

UNIVERSIDAD COMPLUTENSE DE MADRID
FACULTAD DE GEOGRAFÍA E HISTORIA



TESIS DOCTORAL

**Miguel Calderón de la Barca (1653-1720): biografía y aspectos
artísticos**

MEMORIA PARA OPTAR AL GRADO DE DOCTOR

PRESENTADA POR

Leticia García de Ceca Sánchez del Corral

Director

José Manuel Cruz Valdovinos

Madrid, 2016



UNIVERSIDAD COMPLUTENSE
MADRID

*Miguel Calderón de la Barca (1653-1720):
biografía y aspectos artísticos*

Autor: LETICIA GARCÍA DE CECA SÁNCHEZ DEL CORRAL
Director: JOSÉ MANUEL CRUZ VALDOVINOS

FACULTAD DE GEOGRAFIA E HISTORIA

AGRADECIMIENTOS

En el curso del tiempo consagrado a esta investigación no me ha faltado el respaldo de personas a quienes deseo agradecer abiertamente el consejo y atención que me brindaron, haciendo posible la culminación de este trabajo.

La labor de archivo fue tan ardua como apasionante, en particular durante los meses que duró mi estancia en Sevilla y que dediqué a sondear los infinitos fondos del Archivo General de Indias. Los profesionales que trabajan en él me orientaron e introdujeron en un ambiente de colegas, hoy amigos, fructífero y estimulante. Fue allí donde entré en contacto con Amorina Villarreal y Pilar Ponce Leiva, miembro destacada y coordinadora, respectivamente, del Seminario de Investigación de Historia Moderna de América (SIHMA), que me dieron la bienvenida a un espacio dinámico, de intercambio y apertura a nuevas formas de abordar, para mejor comprender, el pasado.

En Conil de la Frontera, escenario en que transcurre una parte significativa de la vida de Miguel Calderón, conté con la asistencia fundamental de los párrocos y sacristán de la iglesia parroquial de Santa Catalina; de Francisco González Ureba, juez de paz y cronista de la villa; de los miembros de la Hermandad de Nuestro Padre Jesús Nazareno; del historiador Francisco J. Hernández Navarro y de José Díaz Pascual, presidente de la Asociación de Amigos de los Museos de Conil. Debo reconocer a estos dos últimos, particularmente, su pródiga y desinteresada ayuda.

El estímulo inicial y el fomento constante del trabajo se lo debo a mi director, José Manuel Cruz Valdovinos, que me ha guiado y acompañado en esta empresa con enorme sabiduría y delicadeza.

Finalmente, aunque el agradecimiento exigiría un punto y seguido que sólo refrena el sentido común y la falta de espacio, debo expresar lo preciosos que han sido las palabras y gestos de afecto de mi familia –Carlos e Ignacio, Juan y María– y mi entorno más íntimo y cercano, que con estas líneas pongo a salvo del olvido.

A MIS PADRES

ÍNDICE GENERAL

RESUMEN	8
ABSTRACT	11
ÍNDICE DE ABREVIATURAS.....	14
GLOSARIO.....	15

INTRODUCCIÓN.....	17
-------------------	----

CAPÍTULO 1: APUNTES FAMILIARES Y AÑOS ANDALUCES

1. FORMACIÓN Y AFINCAMIENTO EN CÁDIZ.....	22
2. EL BENEFICIO DE LA MAGISTRATURA	
2.1. APROXIMACIÓN A LA VENALIDAD EN INDIAS.....	38
2.2. MAGISTRATURAS BENEFICIADAS EN TIEMPO DE CALDERÓN.....	41
3. EL MEMORIAL DE SERVICIOS.....	49
4. EL TÍTULO Y REACCIÓN AIRADA EN MÉXICO.....	51
5. ÚLTIMOS AÑOS EN CÁDIZ Y PARTIDA A NUEVA ESPAÑA.....	57

CAPÍTULO 2: NUEVA ESPAÑA I. PRIMEROS AÑOS EN EL EJERCICIO DEL MINISTERIO

1. LA AUDIENCIA MÉXICANA EN 1692.....	63
2. DESCRIPCIÓN DEL PUESTO Y COMISIONES ANEJAS.....	70
3. EJERCICIO DURANTE EL GOBIERNO DEL VIRREY MOCTEZUMA	
3.1. EXEQUIAS DE LA REINA MARIANA.....	74
3.2. OIDOR DECANO DE LA AUDIENCIA.....	79
4. UNA LLAMADA DE ATENCIÓN DESDE MADRID.....	84

CAPÍTULO 3: NUEVA ESPAÑA II. AFIANZAMIENTO EN EL PODER

1. ENTRADA DEL VIRREY DUQUE DE ALBURQUERQUE.....	91
2. COMISIONES EN EL REAL Y MINAS DE GUANAJUATO.....	95
3. EL COBRO DE LOS TRASPASOS DE OFICIOS.....	106
4. NOMBRAMIENTOS SUCESIVOS PARA GUADALAJARA Y GRANADA.....	107
5. EL BENEFICIO DEL ASIENTO EN EL CONSEJO	109
6. LA CARTA DE J. J. DE URIBE DE 16 DE AGOSTO DE 1706.....	116

CAPÍTULO 4: EL JUICIO DE RESIDENCIA

1. EL PROBLEMÁTICO INGRESO EN EL CONSEJO.....	123
2. NATURALEZA DEL JUICIO DE RESIDENCIA	125
3. SUSPENSIÓN Y DEMORAS EN LA TOMA DE RESIDENCIA.....	127
4. TOMA EFECTIVA DE LA RESIDENCIA.....	132
4.1. INTERROGATORIO DE VALENZUELA VENEGAS.....	136
4.2. DEPOSICIÓN DE LOS TESTIGOS DE URIBE.....	141
4.3. FORMULACIÓN DE CARGOS Y DEFENSA.....	151
4.4. DENUNCIAS INTERPUESTAS Y DICTADO DE LAS SENTENCIAS.....	156
5. REMISIÓN DE LOS AUTOS A MADRID Y JUBILACIÓN DE CALDERÓN.....	160

CAPÍTULO 5. VISITA GENERAL A LA AUDIENCIA NOVOHISPANA

1. IMPULSO REFORMISTA DE LAS AUDIENCIAS INDIANAS.....	165
2. APROXIMACIÓN A LAS VISITAS COMO INSTITUCIÓN.....	167
3. VISITA GENERAL DE FRANCISCO DE GARZARÓN.....	167
3.1. CARGOS Y ACUSACIONES CONTRA CALDERÓN	169

CAPÍTULO 6: PLANIFICACIÓN DE LAS DONACIONES, HERENCIA Y LEGADO

1. POSTRIMERÍAS Y VIAJE A CONIL DE LA FRONTERA.....	179
2. ÚLTIMAS MANDAS Y DISPOSICIONES.....	184

CAPÍTULO 7: «BIENHECHOR» DE CONIL

1. LA CAPILLA DE N ^{ra} SRA. DE GUADALUPE.....	192
1.1. EL CULTO A LA VIRGEN GUADALUPANA.....	194
1.2. APUNTES SOBRE LAS PINTURAS DEL RETABLO.....	206
2. IGLESIA PARROQUIAL DE SANTA CATALINA.....	210
2.1. CUSTODIA DE JUÁREZ DE MAYORGA.....	212
2.2. CÁLIZ MEXICANO.....	214
2.3. BLANDONCILLOS DEL ANTIGUO CONVENTO DE MÍNIMOS.....	216
2.4. CRUZ DE ALTAR.....	216
2.5. CRUCIFICADO DE MARFIL.....	217
3. LEGADO EDUCATIVO EN CONIL: LA ESCUELA DE LATINIDAD.....	219

CAPÍTULO 8: LEGADO A LA SANTA IGLESIA CATEDRAL DE CÁDIZ

1. LA CUSTODIA «DEL MILLÓN».....	223
2. EL PLATERO PEDRO VICENTE GÓMEZ DE CEBALLOS.....	230

CAPÍTULO 9: LA HERENCIA Y LEGADO DE LOS DORRONSOROS

1. BIENES INMUEBLES VINCULADOS.....	232
2. CAPELLANÍAS.....	234
2. BIENES MUEBLES QUE CONFORMARON LA HERENCIA.....	236

CAPÍTULO 10: DESCRIPCIÓN DE LOS BIENES DE LA TESTAMENTARÍA

1. CONSIDERACIONES.....	242
2. ROPA BLANCA Y COLCHONES.....	244
3. GÉNEROS BORDADOS Y OTROS.....	245
4. ROPA DE LANA, SEDA Y VESTIDOS.....	245
5. GÉNEROS TOCANTES A MADERA, PINTURAS, ABANICOS, VIDRIERAS, COCOS, PASTA DE CACAO Y OTRAS MENUDENCIAS DE LA CHINA.....	246
6. UTENSILIOS DE COCINA, HIERRO Y AZÓFAR.....	258
7. TAPICES Y ALFOMBRAS.....	259
8. RELOJES.....	260
9. FORLÓN, MULAS, GUARNICIONES Y AMOFRECES.....	260
10. PLATA Y PLATERÍA DE ORO.....	261
10.1. PLATA BLANCA Y DORADA.....	263
10.2. PLATA DORADA.....	265
10.3. PLATA BLANCA.....	265
10.4. PLATERÍA DE ORO.....	269
10.5. MENUDENCIAS.....	270
11. COMPRADORES DE LOS BIENES EN ALMONEDA.....	273
12. LAS CUENTAS DE LA TESTAMENTARÍA.....	276

CONCLUSIONES.....	284
-------------------	-----

BIBLIOGRAFÍA.....	288
-------------------	-----

FUENTES INÉDITAS.....	305
-----------------------	-----

ANEXOS.....	309
-------------	-----

RESUMEN

En el presente trabajo se da a conocer a Miguel Calderón de la Barca, figura de relieve por su carrera jurídica, pero sobre todo por las donaciones y legado artístico que enriquecieron el patrimonio cultural de la villa de Conil de la Frontera y el tesoro de la Iglesia Catedral de Cádiz. Los estudios que se habían efectuado hasta el momento eran parciales e incompletos, algo que se ha pretendido subsanar con la aportación de datos inéditos mediante los que recomponer la biografía del personaje, al tiempo que se ha procurado la comprensión y análisis profundo del momento histórico y manifestaciones artísticas ligadas a Calderón. Ha sido preciso recurrir a fuentes de diversa índole para poder cumplir estos objetivos.

En la fase heurística de la investigación, realizamos la consulta y recopilación de la documentación manuscrita que se halla dispersa en archivos andaluces y madrileños. En concreto, el Archivo General de Indias es el principal repositorio para lo tocante al nombramiento de Calderón como oidor de la Real Audiencia de Nueva España en 1689 y el desempeño de sus funciones como ministro; el Archivo Histórico Nacional lo es, a su vez, para complementar la información tocante a la provisión de la plaza de toga en el Real y Supremo Consejo de las Indias en 1707. Por último, los archivos históricos de protocolos de Madrid, Cádiz y Conil, y los eclesiásticos –parroquiales, diocesano y catedralicio– de la capital y localidad de la expresada provincia gaditana, han suministrado las noticias útiles de la historia personal y familiar de don Miguel: bautismo, matrimonios, poderes para testar y testamento. No sólo eso. En su acervo hemos descubierto algo más: inventarios de bienes dotales y de la testamentaria –estos con la consiguiente tasación y almoneda–, escrituras de fundación de capellanías y donación de piezas de plata y pintura de señalada importancia a las fábricas de los templos de Conil y de la catedral de Cádiz.

Con la asistencia de las obras impresas concebidas en la segunda mitad del siglo XVII y primera de la siguiente centuria –como las *Memorias* de Lantery, el *Emporio del orbe* de fray Gerónimo, el *Diario* de Robles o las *Exequias* de la Reina Mariana de Austria que dio a imprenta Calderón de la Barca–, y el soporte de la bibliografía de

autores que desde la perspectiva del Derecho Indiano, la Historia de América y la Historia del Arte han abordado aquel período, hemos sentado los cimientos y fijado el andamiaje —es decir, el marco referencial—, que nos ha habilitado después para tratar la información y elaborar un juicio crítico.

De manera que, una vez reunido el material y hecho el cotejo de las fuentes, fue obligado sistematizar la información, otorgándole sentido. Miguel Calderón obtuvo la magistratura por medio del sistema conocido como beneficio, es decir, la enajenación de un empleo con jurisdicción aneja. Esta práctica, que se aplicó ampliamente para la provisión de cargos en Indias, tenía implicaciones de orden filosófico y moral, y también consecuencias concretas más allá del plano teórico. Así lo lamentaron los contemporáneos, de Juan de Solórzano a los consejeros de Indias y los propios monarcas, que sin embargo excusaron la venalidad atendiendo a las apremiantes necesidades del Real Erario.

Numerosos autores han tratado de establecer una relación de causa y efecto entre abuso de la venalidad durante los reinados del último de los Austrias y del primer rey Borbón, y la corrupción del aparato burocrático que se instauró, sobre todo, en las Indias. Según la creencia tradicional, el acceso al oficio por la puerta del beneficio dio preferencia a individuos con escasa preparación y experiencia frente a otros que ostentaban mayores méritos, entorpeciendo el sistema de ascensos, y condicionando el proceder torticero en el ejercicio del empleo de quienes se veían arrumbados, sin posibilidades de promoción, y de quienes buscaban recuperar con creces la inversión pecuniaria que les había dado la llave al nombramiento. Lo cierto es que de no haber sido por las necesidades acuciantes de la Real Hacienda que motivaron la puesta en almoneda de cargos, Calderón, sin antecedentes familiares ni credenciales académicas, difícilmente hubiera podido hacer carrera en la alta magistratura.

Restaba inquirir acerca de su comportamiento y actuación para vislumbrar si se había cumplido o no en él el ejemplar de ministro que aprovechó su posición para obtener réditos del dinero invertido en el beneficio del cargo. En esta ocasión los instrumentos más eficaces para inquirir sobre ello fueron el juicio de residencia y la

visita general a los Tribunales de México del inquisidor Francisco de Garzarón. La indagación requirió la exploración de la naturaleza de ambas figuras y el recurso a las Leyes de Indias para ver si se acomodaba al modelo de ministro ideal que prefiguraba el Derecho. Lo que se constató fue, de un lado, que la corrupción era un mal generalizado del que se sirvió don Miguel para alcanzar el ennoblecimiento y poder que confería el más alto asiento de la Justicia de Indias. Otro hecho constatado fue el de que aplicó sus abundantes recursos económicos a equipararse con los usos y costumbres de las clases más elevadas, marcando decisivamente su gusto el paso por Nueva España, como evidencian las noticias de su porte y menaje de su casa.

Una simbiosis de profunda religiosidad, amor a su tierra y deseo de perpetuar su memoria le llevaron a disponer la donación y el legado de múltiples obras de Arte cuyo estudio nos ha servido para poner de manifiesto que el intercambio entre Castilla y las Indias no fue sólo de mercancías, sino de estilos, iconografía, técnicas, y en fin, tradiciones y espiritualidad. Asimismo, valoramos como una de las principales aportaciones de este trabajo el haber documentado el importante conjunto de platería hispanoamericana que guarda Conil, hasta ahora desconocido.

ABSTRACT

The present work focuses on Miguel Calderón de la Barca, prominent figure for his legal career, but mainly for his donations and artistic legacy that enriched the cultural heritage of Conil de la Frontera and the treasure of the Holy Cathedral of Cádiz. The prior works that had been made up to now were biased and incomplete. Such issues have been addressed by way of unpublished data with which we have aimed to reassemble his biography, and that has also served as means to achieve a deeper understanding and to conduct a thorough analysis of the historical moment and artistic manifestations linked to Calderón. It has been necessary to resort to miscellaneous sources in order to achieve such goals.

In the heuristic phase of our research, we carried out the consultation and compilation of the handwritten documents and records in Andalusian and Madrilenian archives. In particular, the General Archive of the Indies (Archivo General de Indias) is the main repository with regards to the nomination of Calderón, in 1689, as the judge of the Royal Court of New Spain and the performance of his duties as minister; the National Historical Archive (Archivo Histórico Nacional) is also a repository to complement the information pertaining to the provision of the position in the Supreme Council of the Indies in 1707. Finally, the Notarial Archives of Madrid, Cádiz and Conil, and the Ecclesiastical ones of the capital city and of the location of the above mentioned province of Cádiz, have supplied the news of the personal and family background of Mr. Calderón: baptism, weddings, capitulations, powers to vouch and testament. Moreover, among his collection we found: inventories of endowment goods and from the testamentary –these with its subsequent appraisal and auction value–, incorporation deeds of chaplaincies, and donation of silver pieces and paintings of remarkable importance to the temples of Conil and the Cádiz Cathedral.

With the aid of the printed works of the second half of the seventeenth century and first half of the following century –as the *Memoires* of Raimundo de Lantery, the *Emporio del Orbe* by Friar Geronimo, Roble's *Diary* or the *Exequias* of the Queen Mariana of Austria that were printed by Calderón de la Barca–, and the format of the

bibliography of authors that, from the perspective of the Law of the Indies, the History of America and History of Art have addressed such period, we have laid the foundations and put together the framework – that is, referential framework-, that has enabled us to process the data and develop our own judgment.

In such a way that, once the materials had been gathered and the cross-examination of the sources had been accomplished, it was mandatory to systematize the obtained information, giving meaning to it. Miguel Calderón became part of the judiciary through the system known as “*beneficio*”, that is, the sale of a position with annexed jurisdiction. This practice, which was extensively used for the assignment of positions in the Indies, had philosophical and moral implications, as well as precise consequences beyond a theoretical perspective. Thus it was regretted by the contemporaries, from Juan de Solórzano to the members of the Council of the Indies and to the Monarchs themselves, which however excused the venality because of the pressing needs of Royal Treasury.

A number of authors have sought to lay down a cause and effect relationship between the abuse of the venality during the reigns of the last of the Austrians and the first Bourbon king, and the corruption of the bureaucratic apparatus that was established, mainly, in the Indies. According to the traditional beliefs, the access to a position through the gateway of the “*beneficio*” gave preference to individuals with limited readiness and experience compared with others that held higher merits, constraining the promotional system, and conditioning deceptive behaviors in those officials saw themselves left behind, without promotion opportunities, and of those who sought to reap the upside of its monetary investments that had given them the key to their nomination. The truth is that, had it not been for the pressing needs of the Royal Treasury that motivated the “*auction*” of the positions, Calderón, without an appropriate family background or academic credentials, hardly would have had a chance of building a career in the Judiciary

It remained to inquire about his behavior and performance in order to learn if he had complied or not the character of minister who took advantage of his position to

obtain income of the money invested in the acquisition of the public office. In this case, the most effective instruments to inquire about it were the residence trial and the general visit to the Tribunals of Mexico of the inquisitor Francisco de Garzarón. The inquiry required the exploration of the nature of both characters and the recourse to the Laws of the Indies, in order to find out if he fitted the role of the ideal minister that the Law foreshadowed. It was proven, on the one hand, that corruption was a widespread evil that was used by Mr. Miguel to achieve the ennoblement and power conferred by the highest “seat” in the Justice of the Indies. Another verifiable fact was that he spent abundant economical resources to conform to the traditions and customs of the elite, as can be proven by looking at the inventory of goods in his possession, many of which came from the Indies.

A symbiosis of profound religiosity, love for his homeland and desire to perpetuate his memory lead him to arrange the donation and legacy of various art works. Our study has allowed us to highlight that the exchange between Castile and the Indies was not only referred to goods, but also to styles, traditions, iconographies, techniques and spirituality. Moreover, we have had the opportunity to record the long forgotten collection of American silverwork of the Conil temples.

ÍNDICE DE ABREVIATURAS

A.C.C.: Archivo Catedralicio de Cádiz

A.G.I.: Archivo General de Indias, Sevilla

A.H.N.: Archivo Histórico Nacional, Madrid

A.H.P.C: Archivo Histórico Provincial de Cádiz

A.P.Co: Archivo Parroquial de Conil

A.H.P.M.: Archivo Histórico de Protocolos de Madrid

D.A.: Diccionario de Autoridades

e.: expediente

f., ff.: folio, folios

l.: ley

leg.: legajo

lib.: libro

n.: número

op. cit.: obra citada

pág., pp.: página, páginas

prot.: protocolo

r.: registro

R.L.I.: Recopilación de las Leyes de Indias. Siguiendo la recomendación de Tomás Polanco Alcántara, emplearemos números romanos para expresar, por este orden, la ley, el título y el libro en que se cifran las normas o disposiciones.

t.: tomo

tít.: título

v.: verso

GLOSARIO

Aviar: Entenderemos este término en su acepción de prestar a los mineros para la explotación de un yacimiento, con miras a obtener un beneficio en concepto de interés sobre el préstamo. Quien efectúa el préstamo recibe el nombre de aviador.

Beneficiar: “Conseguir y obtener algún empleo, ministerio y cargo, mediante la anticipación o desembolso de alguna cantidad de dinero, o cosa de estimación y precio; y porque esto redunda en beneficio de quien le da y confiere, se dice beneficiar”. *Diccionario de Autoridades*, t. I, 1726.¹ Tiene el matiz de que el cargo beneficiado tiene atribuciones de justicia.

Cohecho: “La dádiva, don o paga que recibe el juez, ministro o testigo porque haga lo que se le pide, aunque sea contra razón”, *D.A.*, t. II, 1729. El matiz diferenciador con la *baratería* es difícil de establecer y se basa en que ésta tiene un significado más reducido o acotado, pues de todo el espectro de actuación de un ministro, afecta únicamente al dictado de una sentencia: “cohecho o soborno que recibe el juez por la sentencia que da”, *D.A.*, t. I, 1726.

Mancerina: Si atendemos al *D.A.*, t. IV, 1734, se trata de “una especie de plato o salvilla, con un hueco en medio donde se encaja la xícara, para servir chocolate con seguridad de que no se vierta. Diósele este nombre por haber sido su inventor el marqués de Mancera, por lo que se dijo mancerina y después, con mayor suavidad, macerina”.

Memorial: “El papel o escrito en que se pide alguna merced o gracia, alegando los méritos o motivos en que funda su razón”. *D.A.*, t. IV, 1734.

¹ Hemos consultado el *Diccionario de Autoridades* de los años comprendidos entre 1726 y 1739, en la versión digital, habilitada como recurso electrónico por el Instituto de Investigación Rafael Lapesa, editada en Madrid por la Real Academia Española.

Residencia: “La cuenta que se toma un juez a otro, o a otra persona de cargo público, de la administración de su oficio, de aquel tiempo que estuvo a su cuidado”. *D.A.*, t. V, 1737. El residenciado es, por ende, el funcionario sometido a juicio.

Vaqueta: Aunque la grafía más habitual es la de «baqueta», por el contexto se infiere su significación es la del “cuero o piel de buey o vaca curtido, adobado y zurrado”. *D.A.*, t. VI, 1739.

Visita general: Inspección conducida por un juez visitador al conjunto de funcionarios que componen un órgano de la Administración.

INTRODUCCIÓN

“Hay un refrán en nuestra España, a mi parecer muy verdadero (...) que dice: «Iglesia, o mar, o Casa Real», como si más claramente dijera: «Quien quisiere valer y ser rico, siga, o la Iglesia, o navegue, ejercitando el arte de la mercancía, o entre a servir a los reyes en sus casas»”.

M. de CERVANTES Y SAAVEDRA, *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*, vol. I, cap. XXXIX.

Todo hombre es, a su vez, encrucijada. Si nuestro propósito es ofrecer algo más que una relación ordenada de informaciones biográficas y noticias históricas y artísticas –y tal es nuestro el caso–, hemos de procurarnos un marco comparativo y relacional, que sólo nos brindará un conocimiento profundo de los acontecimientos combinado con una ampliación de perspectiva. Por este motivo, hemos tratado de que se dieran la mano distintas disciplinas que se encuentran –con mayor o peor acierto– parceladas, como son la Historia del Arte, la Historia de España y de América, pero que coadyuvan a la comprensión de los hechos y fenómenos que constituyen el objeto de nuestro estudio.

Partimos de la importancia de las circunstancias –geográficas, familiares, históricas– que determinan forzosamente la biografía y mentalidad de la persona. Miguel Calderón de la Barca no iba a ser una excepción. Su nacimiento en el seno de una familia acomodada le permitió acceder a la Universidad, lo que en el Antiguo Régimen estaba reservado a un porcentaje reducido de población. La geografía no es cuestión menor, en tanto que la localización de su villa natal en Conil, a escasa distancia de Cádiz, donde disponía de enlaces familiares, propició su asiento al término de sus estudios en una ciudad volcada al mar y al comercio. Entra entonces el ingrediente, también capital y determinante del tiempo. A finales del siglo XVII, la bahía gaditana estaba en pleno desarrollo y efervescencia gracias a la febril actividad mercantil derivada de su condición de puerto de entrada y de salida de las flotas, registros y galeones que cubrían la distancia que separaba los «reinos de la Europa» de los reinos de Indias.

De las posibilidades enumeradas por Cervantes, Calderón tomó la de «servir al rey»: cursó los estudios de Leyes y en cuanto se presentó la oportunidad, se procuró una plaza de oidor en una de las Audiencias virreinales. Ni más ni menos que en una Audiencia de primera clase y en el puesto más relevante, por encima del de alcalde o fiscal, en la Administración de Justicia novohispana. La suerte, por otra parte, jugó a su favor. Habiendo obtenido en 1689 el nombramiento para México en condición de supernumerario, para cuando tomó posesión del empleo en 1692 las vacantes que se habían producido en la plantilla de aquel Tribunal le permitieron acceder directamente a una plaza del número; y cuando apenas había transcurrido un lustro, adquirió por antigüedad el rango de oidor más antiguo de aquella Corte. Dieciséis años de fiel servicio fueron bastantes y le valieron el ascenso a una plaza de consejero togado en el Real y Supremo Consejo de las Indias, donde se jubiló en 1716. A la muerte de su esposa en 1720, donó una custodia para la fiesta del Corpus a la catedral de Cádiz –así lo rezaba la inscripción en la base del ostensorio, conduciendo a error, pues fue un legado– y ordenó las disposiciones que era su voluntad que se cumplieran cuando se produjera su propio deceso: la fundación de un mayorazgo o vínculo de legos, en que se habría de invertir lo que produjera la venta de todos sus bienes, y erección de una capilla en Conil dedicada a la Virgen de Guadalupe, por la que sentía una intensa devoción.

Esto era todo cuanto sabíamos y hasta donde llegamos en el trabajo para la obtención del Diploma de Estudios Avanzados, para el que estudiamos detenidamente los poderes, inventarios, almoneda y tasación de bienes testamentarios. No obstante, en aquella primera aproximación a los archivos, nuestra inspección fue somera, como superficiales y erráticos son los primeros pasos del investigador novato. De otra parte, nos desplazamos a Conil para fotografiar y comprobar el estado de conservación del lienzo dedicado a la Guadalupana en la ermita de Jesús Nazareno, sin que tuviéramos la intuición y ocasión de asomarnos al tesoro parroquial. Nos remitimos entonces a la limitada bibliografía que se había ocupado de la figura de Calderón: un artículo del cronista de la villa, Francisco González Ureba,² y otro de nuestro director, José Manuel Cruz Valdovinos, en que daba a conocer la relación de don Miguel con el platero Pedro

² F. GONZÁLEZ UREBA, “Miguel Calderón de la Barca. Un conileño en el Gobierno de Indias”, *Sociedad Vejeriega de Amigos del País*, Véjer de la Frontera, 2005, n. 11, pp. 3-6.

Vicente Gómez de Ceballos, artífice de la espléndida custodia que alberga el Museo Catedralicio gaditano.³ Otros autores habían tratado, en breves líneas, algunos aspectos de la gestión de Calderón de la Barca mientras desempeñó el cargo en la Audiencia de México; mas estas referencias eran tangenciales o perpendiculares. De ellas también entonces nos ocupamos.

Restaba una ardua labor de búsqueda y rastreo por delante que se concentró, fundamentalmente, en el Archivo General de Indias donde la documentación relativa al juicio de residencia de Calderón de la Barca y el descubrimiento fortuito de los expedientes de la visita general a los Tribunales de Nueva España de Francisco de Garzarón, nos suministraron el grueso de la información a partir de la que empezamos a recomponer la biografía, la semblanza del carácter de nuestro sujeto de estudio y conocimos bien las costumbres e ideas que regían aquella tierra –más fuertes que el ordenamiento jurídico– en que tantos años fungió el oficio don Miguel. Consultamos y resultaron también útiles y valiosas las noticias obtenidas en los acervos del Archivo Histórico Nacional, Archivo Histórico de Protocolos de Madrid, Archivo Histórico Provincial de Cádiz, Archivo de la Catedral de Cádiz y Archivo Parroquial de Santa Catalina de Conil. A la recopilación de fuentes directas y manuscritas, siguió el rastreo de las impresas, tanto contemporáneas a Calderón en su composición, como elaboradas a posteriori, que nos ayudaron a comprender e interpretar el producto resultante de nuestras investigaciones. De este modo sentamos las bases sobre las que fuimos cimentando y edificando el contenido, abordando la realidad desde distintas ópticas, entrelazando los hilos para la urdimbre del tapiz, tal como aparece desplegado en las páginas que siguen.

Calderón de la Barca fue un personaje con mayor peso de lo que habíamos podido anticipar, que se vio favorecido por el azar dinástico para escalar al zénit de la magistratura indiana, con contactos influyentes en las más altas esferas del poder, y su legado y donaciones fueron infinitamente más ricas, en número y en el plano artístico, de lo que hubiéramos podido aventurar. Nuestro trabajo fue ganando peso y

³ J.M. CRUZ VALDOVINOS, “Miguel Calderón de la Barca, Pedro Vicente Gómez de Ceballos y la custodia del Millón de la catedral de Cádiz”, J. RIVAS CARMONA (coord.), *Estudios de platería San Eloy*, Universidad de Murcia, 2009, pp. 247-262.

complejidad a medida que fuimos añadiendo descubrimientos que nos obligaron a dar una nueva orientación a los planteamientos iniciales, a recomenzar y ampliar las investigaciones. Nos sucedió así con la cuestión del beneficio de cargos, la disputa sobre la mina de Rayas, la vinculación de Calderón con los «comisos e ilícito comercio», el concepto y utilidad reñida de los juicios de residencia y visitas; o la aparición de documentos que atestiguaban la donación de un abundante repertorio de piezas de plata labrada a las fábricas de las iglesias de Conil, lo que tornaba inexcusable el estudio y documentación de un tesoro que hasta ahora, permanecía inédito.

Retomando la metáfora tejedora, debimos introducir rectificaciones en determinados puntos de la labor y hay huecos que difícilmente pudieron salvarse mediante la interpretación y el planteamiento de hipótesis, ante la carencia de fuentes fidedignas. Quisimos transformar los obstáculos en retos, siendo los más difíciles de superar los de la criba de fuentes, que debimos aprender a leer, para aprehender el significado de sus contenidos y, a veces, de sus elocuentes silencios. Fue duro, igualmente, el enfrentamiento a la ausencia y otras veces al exceso abrumador de datos y el establecimiento de nuestras propias conclusiones a partir del contraste de tesis enfrentadas. Y es que, frente a la escasez de bibliografía acerca de Miguel Calderón, en los fondos archivísticos los documentos, producidos por él o tocantes a su persona, eran inconmensurables, sobre todo en el A.G.I., lo que nos hace evocar un comentario que con frecuencia escuchamos entre los investigadores anglosajones: “*Spaniards had an unshakeable reverence for the written word*”. Esa “reverencia inquebrantable” por el registro minucioso de todo acontecer relacionado con el gobierno espiritual y temporal del territorio para su comunicación puntual a Madrid, iba ligado al deseo de los monarcas de obtener información veraz para el mantenimiento del control y dominio sobre las Indias, para abreviar la distancia insalvable entre la Península y aquellas provincias.

En el importante papel desempeñado por Calderón de la Barca en el seno de la Audiencia de México y posteriormente en el Consejo está la clave que explica la referida abundancia documental. Lo que emana de la lectura y contraste es la representación de un sujeto complejo y problemático, como tendremos tiempo de ver.

En su paso por la Nueva España está también cifrada la forja de su fortuna, que se materializó después en la donación y legado de la custodia «del Millón» a la catedral de Cádiz y de las demás piezas de pintura, eboraria y orfebrería –entre ellas una custodia del platero Jorge de Mayorga, uno de los artífices más sobresalientes de la platería hispana, felizmente conservada– que trajo consigo de América, o que encargó de aquellos reinos para perfeccionar el tesoro de los templos de Conil, lo que le otorgó la fama que mantiene de «bienhechor» de las iglesias de la villa.

Cabe introducir dos advertencias previas. Nótese, en primer lugar, que excusamos el empleo del tratamiento de “don” siempre que no es estrictamente necesario –si bien lo incluiremos delante del nombre propio cuando prescindamos del apellido–, para evitar la reiteración y aligerar la lectura del texto. Asimismo, hemos eludido deliberadamente el término «colonia» y derivados para referirnos a lo que en los textos sincrónicos a Miguel Calderón se denominaron, mayoritariamente, «reinos» y «provincias», que hemos preferido en su lugar. Buscamos excusar así, por otra parte, las connotaciones mercantiles que adquirió después esta palabra, a pesar de que no somos ajenos a la discusión que envuelve la materia.⁴

⁴ M. GONGORA, *Estudios sobre la Historia colonial de Hispanoamérica*, Editorial Universitaria, Santiago de Chile, 1998.

CAPÍTULO 1: APUNTES FAMILIARES Y AÑOS ANDALUCES

1. FORMACIÓN Y AFINCAMIENTO EN CÁDIZ

Miguel Calderón de la Barca nació en Conil, Torre de Guzmán –la locución «de la Frontera» se adoptaría después–, pequeña villa de la costa atlántica gaditana, en cuya iglesia parroquial de Santa Catalina fue bautizado el 8 de octubre de 1653. Las Constituciones sinodales del obispado de Cádiz de 1591, inspiradas en el concilio de Trento, ordenaban que este sacramento se administrase en el plazo de ocho días desde el nacimiento,⁵ por lo que resulta plausible que los padres transgrediesen ligeramente la norma y que Calderón hubiera nacido el 29 de septiembre, fecha de la festividad de san Miguel Arcángel. Siguiendo lo dispuesto en el concilio tridentino, en el libro sacramental correspondiente quedó inscrito el nombre del bautizado, el de los padres, Sebastián Calderón Bocanegra e Isabel de Mendoza, ambos naturales y vecinos de la villa, y el del padrino, que lo fue el presbítero de Chiclana, Andrés de Molina Espino.⁶

La inestabilidad de los apellidos, que mudaban de orden o se extinguían con la sola voluntad de sus poseedores, ha dificultado la tarea de localizar a los familiares directos. Salvado este inconveniente y el de las vacilaciones ortográficas, hemos podido reconocer a cuatro hermanos de don Miguel: Alonso y Ana María, nacidos del primer matrimonio de su padre con Sebastiana Reinaltes Herrera; y Cristóbal y María de Plata, fruto, como él, de la segunda unión de don Sebastián con la ya mencionada Isabel de Mendoza.⁷

De sus antepasados no hemos hallado alegato alguno de nobleza o hidalguía, ni estatuto de limpieza de sangre. Tampoco consta que a alguno se le hiciese merced del hábito de una de las tres órdenes militares. Sin pertenecer al escalón más alto de la pirámide social del Antiguo Régimen, es posible afirmar que la familia gozaba de poder y relevancia a nivel local. El padre fue regidor del cabildo municipal y el abuelo,

⁵ P. ANTÓN SOLÉ, *La Iglesia gaditana en el siglo XVIII*, Universidad de Cádiz, 1994, pp. 402-403.

⁶ A.P.Co., *Libro de Bautismos*, n. 6, 1648-1664, f. 79.

⁷ La reconstrucción del árbol genealógico de Calderón de la Barca se encuentra en el Apéndice I.

Alonso Calderón Bocanegra, ejerció de escribano público y capitular entre 1634 y 1639.⁸ El nombramiento para éstos y otros cargos de autoridad municipal dependía en exclusiva del duque de Medina Sidonia, señor de Conil, que seleccionaba y designaba a los candidatos entre las familias notables de la población.⁹

La casa familiar, enclavada en una zona principal de la villa, lindaba con las casas del cabildo y con el hospital de la Misericordia que ha dado nombre a la calle en que se emplazaba.¹⁰ En los testamentos de los progenitores y del abuelo paterno de Miguel Calderón aparecen registradas propiedades de tierra y de ganado, se hace referencia al personal de servicio –doncellas, mozos, esclavos–, y se describen textiles en abundancia –ropa doméstica y de vestir–. Todo lo cual habla a favor de la calidad y decencia de la casa y de sus personas.¹¹

Ante la carencia de medios e infraestructura locales, de no haber contado con un preceptor en el domicilio familiar, lo más seguro es que Calderón recibiera su primera instrucción lejos de su lugar de nacimiento. El de Conil, por cierto, es un caso ilustrativo de cómo a lo largo del siglos XVI y XVII la educación escolar estuvo “organizada sobre una base municipal o privada” y dependió exclusivamente para su financiación de la contribución generosa de particulares.¹² En este sentido, Miguel Calderón y sus parientes actuaron como ejemplares bienhechores, empezando por su tío, el prebendado Pedro de Mendoza, que antes de morir dejó asignada una dotación anual para el maestro de la precaria escuela de primeras letras de la ermita del Espíritu Santo, situada extramuros. Cristóbal García de Morejón, su primo hermano, “considerando la incomodidad de los niños”, buscó y labró una escuela primaria que acondicionó para tal función, “por ser obra de piedad y útil a la crianza de los niños naturales de aquella

⁸ F. GONZÁLEZ UREBA, *op. cit.*, pp. 4-6.

⁹ F.J. HERNÁNDEZ, F.J. CAMPESE y P. YBÁÑEZ, “Los corregidores señoriales del Ducado de Medina Sidonia en Conil de la Frontera (1724-1779). Estudio Prosopográfico”, *Baetica. Estudios de Arte, Geografía e Historia*, 2009, Universidad de Málaga, n. 31, pp. 345-364, pág. 347.

¹⁰ Son varias las fuentes al respecto. Estas casas debieron llegar por herencia de la rama de los Herreras –abuelos o bisabuelos de don Miguel–. La información más precisa sobre su localización se encuentra en el testamento del licenciado D. Juan Carlos de Dorronsoro de 29 octubre de 1726, cfr. A.H.P.C., *prot. de Conil*, 123, ff. 10-13.

¹¹ Hemos consultado el testamento de Alonso Calderón Bocanegra de 17 de abril de 1636 –A.H.P.C., *prot. de Conil*, 68, ff. 93-98; el de Isabel de Mendoza Cebada de 9 de enero de 1676 –A.H.P.C., *prot. de Conil*, 100, ff. 1-2; y, finalmente, el testamento de Sebastián Calderón formado el 8 de diciembre de 1649 –A.H.P.C., *prot. de Conil*, 76, ff. 80-81.

¹² R. KAGAN, *Universidad y sociedad en la España Moderna*, Tecnos, Madrid, 1981, pág. 45.

villa”.¹³ Para lo tocante a los estudios secundarios, Conil no tuvo su propia escuela de Latinidad o Gramática hasta 1721, y su creación se debió por entero a la caridad de don Miguel.¹⁴ Y es que todo apunta, como iremos viendo, a que fue un gran aficionado a la lengua clásica. No debemos perder de vista que, en una época en la que la población alfabetizada en Castilla no alcanzaba el 15%,¹⁵ el dominio del latín no era cuestión baladí, pues servía “directa e indirectamente, como agente de movilidad social ascendente”¹⁶ y constituía un requisito indispensable para ganar el acceso a las universidades, antesala obligada para la adquisición de una posición importante al servicio del Rey o en el seno de la Iglesia.

Por el lado materno existía ya tradición universitaria. Un hermano de doña Isabel, el antedicho Pedro de Mendoza Cebada, obtuvo el título de doctor antes de ingresar en el Cabildo de la catedral de Cádiz, institución eclesiástica de notable prestigio, donde ocupó una de las cuatro raciones disponibles. Su primo, Mateo Gil Hurtado, cura de las iglesias de Conil, era a su vez licenciado.¹⁷ Siguiendo el camino trazado por éstos, Miguel Calderón y Cristóbal García Morejón debieron de ingresar casi a la par en la universidad –lo más seguro es que fuera en Granada– para graduarse de bachiller en la facultad de Leyes, examinándose y aprobando después para ejercer la abogacía ante los Reales Consejos.¹⁸ De la senda profesional que siguieron Alonso y Cristóbal Calderón, sus hermanos, únicamente hay constancia de que el segundo optó por la clerecía.¹⁹

¹³ A.H.P.C., *prot. de Cádiz*, 5326, ff. 376-386.

¹⁴ A.H.P.C., *prot. de Cádiz*, 8231, fol. 233. Testamento de D. Miguel Calderón de la Barca, otorgado por D. Cristóbal García Morejón, en virtud de poder.

¹⁵ R. KAGAN, *op. cit.*, pp. 65-66.

¹⁶ *Ibidem*, pág. 87.

¹⁷ Isabel de Mendoza nombra por albacea testamentario al “licenciado Mateo Gil Hurtado, mi primo, cura de las Iglesias de esta villa” (A.H.P.C., *prot. cit.*) y en su poder para testar, Cristóbal García Morejón nos descubre la existencia del doctor don Pedro de Mendoza, su tío materno y el de don Miguel (*Ibidem*, *prot. de Cádiz*, 5326, ff. 376-386). Éste último aparece entre los “sujetos insignes en el estado eclesiástico, oriundos de esta ciudad; algunos que en ella vivieron avecindados mucho tiempo y otros que murieron en la misma”, y de él se dice que fue “natural de Conil, prebendado de la Santa Iglesia catedral de Cádiz y provisor de su obispado” (en J.M. ENRILE Y MÉNDEZ DE SOTOMAYOR, *Historia de la ciudad de Medina Sidonia que dejó inédita el Dr. D. Francisco Martínez y Delgado*, Imprenta y Litografía de la Revista Médica, Cádiz, 1875, pág. 306).

¹⁸ Su primo, García de Morejón, se examinó como abogado de los Reales Consejos en Granada, lo que nos hace pensar que tal vez Calderón acudiera a la misma Universidad.

¹⁹ En el testamento materno, que contiene la única referencia que de él nos ha llegado, figura como “clérigo”, cfr. testamento de Isabel de Mendoza en A.H.P.C., *prot. cit.*

Probablemente don Miguel, como tantos hombres de su tiempo, decidió hacerse letrado guiado por el interés en hacer carrera en la administración. No en vano “para los plebeyos, la baja nobleza y los hijos sin tierra de los aristócratas, el Derecho era el camino hacia la riqueza, la influencia y el prestigio social”.²⁰ Al volver la vista sobre este período, Kagan emplea el concepto *empleomanía* –que toma a su vez de Swart–, para describir la preferencia generalizada de los universitarios por acceder a un puesto al servicio del Estado:

“En parte, la empleomanía es síntoma de una sociedad en la que los valores dominantes de clase alta y media son ‘aristocráticos’ en el sentido de que el trabajo manual y la empresa comercial son desdeñados mientras que el *rentier* es aplaudido, incluso si sus ingresos se derivan de un cargo y no de la tierra”.²¹

Es decir, la seguridad que ofrecía una plaza de asiento de tener un sueldo fijo, más o menos cuantioso en función del oficio, no era el mayor incentivo para los letristas aspirantes a un cargo público, sino que lo que estos jóvenes ambiciosos apetecían era la dignidad y enaltecimiento que confería el ejercicio. En consonancia con esta idea, Cristóbal Suárez de Figueroa en su obra de ficción *El Pasajero* (1617), afirma por boca de uno de sus personajes que la del hombre de Leyes es “profesión noble, ilustre, vida y alma de las ciudades”; y se preguntaba, sin dejar espacio a la duda: “¿Podrá haber, pues, tan gran contento para todo nuestro linaje como verme frecuentar las calles de Madrid con la pompa de garnacha, con el boato de oidor?”²²

En 1677, transcurridos los 10 años que se dilataba la formación en Leyes, Miguel Calderón culminó sus estudios superando el examen de habilitación para ejercer la abogacía ante los “Consejos, Tribunales y Juzgados de estos Reinos”.²³ Tras la obtención del aprobado, que representó el primer hito de su carrera, resolvió instalarse en Cádiz, urbe floreciente, al punto de que, en opinión de su contemporáneo fray Gerónimo de la Concepción, merecía recuperar el título de “Emporio del Orbe” que le dieron los autores de la Antigüedad: “Porque si Emporio es lo mismo que un lugar

²⁰ R. KAGAN, *op. cit.*, pág. 39.

²¹ *Ibidem*, pág. 119.

²² C. SUÁREZ DE FIGUEROA, *El Pasajero, advertencias utilísimas a la vida humana*, Madrid, 1617. Hemos consultado la edición digital comentada por Enrique Suárez Figaredo, Barcelona, 2004, pág. 131.

²³ “Relación de los Servicios del Bachiller don Miguel Calderón de la Barca”. Este documento se encuentra recogido en el A.G.I., *Indiferente general*, 134, n. 4.

donde se comercia y trata, una feria común y abierta, una lonja o tablero universal de negocios (...)", bien podía aplicarse entonces a esta ciudad, "donde se negocian y tratan las naciones más distantes, sin negarse a la comunicación y trato de las domésticas y propincuas".²⁴

Cuando Miguel Calderón tomó la decisión de establecerse en ella debió de ponderar, sin duda, la cercanía a su lugar de nacimiento, pero también la perspectiva de un desarrollo profesional que sería impensable de haberse radicado en la modesta villa de Conil.²⁵ La excepcional posición de la ciudad, en la confluencia entre el Mediterráneo y el Atlántico, favoreció a partir del siglo XVII su sensacional expansión urbanística y demográfica. El fenómeno fue ganando en proporciones a medida que se afianzaban las relaciones comerciales con América, cuyo monopolio estaba a punto de arrebatar a Sevilla –en 1680 se estableció en Cádiz la cabecera del comercio con las Indias y en 1717 se desplazó lo que restaba del aparato burocrático, es decir, la Real Audiencia y Casa de la Contratación y el Consulado de Cargadores–. Las cifras manifiestan la eclosión de manera elocuente. Si nos atenemos a los registros parroquiales, el número de vecinos pasó de 23.000 habitantes en 1650, a 41.000 en 1700.²⁶

Las *Memorias* del comerciante piamontés Raimundo de Lantery resultan una fuente inestimable para conocer la sociedad gaditana del último cuarto del siglo XVII. Hemos de tener en cuenta que Lantery no albergó la pretensión de hacerlas públicas, sino que las escribió para su familia, lo que explica que en ellas entremezcle asuntos de carácter personal con la crónica de sucesos de todo género acaecidos entre 1673 y 1700.

²⁴ F. G. DE LA CONCEPCIÓN, *Emporio del Orbe*, Cádiz Ilustrada, 1690, pág. 30.

²⁵ En contraste, en Conil a finales del siglo XVII se había paralizado el crecimiento económico y demográfico –fray Gerónimo de la Concepción cifraba en 600 el número de vecinos y el Censo de 1693 certificó que eran 653–. Atrás había quedado la época dorada de la almadraba conileña, fuente de riqueza fundamental. La población vivía de actividades primarias: agricultura (viñas, cereal), ganadería y pesca, aunque a una escala diferente a la conocida en el siglo XVI. Entonces, el producto de la explotación de la almadraba iba a parar directamente a la Casa de Medina Sidonia, pero también generaba beneficios para la población local y foránea que cada primavera se empleaba en la captura, ronqueo –o despiece– y preparación para la conserva del atún. Para la ampliación de contenidos recomendamos la consulta de los siguientes artículos: A. SANTOS GARCÍA, "Conil en el siglo XV (1411-1530)", pp. 21-28; A. GUILLAUME-ALONSO, "Conil, año 1563: una almadraba espectacular", pp. 29-37; F.J. HERNÁNDEZ NAVARRO y F. GUTIÉRREZ NÚÑEZ, "Conil durante la Guerra de Sucesión: 1700-1711", pp. 38-46; en *Boletín La Laja*, Asociación La Laja, Amigos del Patrimonio Natural y Cultural de Conil, 2006, n. 7.

²⁶ M. BUSTOS RODRÍGUEZ, *Cádiz en el sistema Atlántico. La ciudad, sus comerciantes y la actividad mercantil (1650-1830)*, Sílex, 2005, pág. 73.

Aquella “época de desarrollo que preludiaba el esplendor del XVIII”²⁷ en la bahía, coincide en el tiempo con los años que pasó Calderón en Cádiz antes de cruzar a las Indias. El valor de esta obra se acrecienta a nuestros ojos puesto que presumiblemente los pasos de ambos se cruzaron. No en vano el piamontés alude en diferentes ocasiones a personas que formaban parte del círculo del conileño. Por ejemplo, describe su desencuentro en 1684 con el escribano Diego Díaz Damasio, que administró torpemente una suma considerable de dinero sin el consentimiento de Lantery, que era su legítimo propietario.²⁸ Pues bien, el referido escribano no era otro que el por entonces suegro de Miguel Calderón, que había contraído matrimonio el 31 de enero de 1680 con la hija de éste y de Francisca de Sotomayor, la joven Mariana Díaz Damasio.²⁹ Eso no es todo. Entre los acontecimientos notables de 1690 el piamontés se hace eco en sus *Memorias* de las represalias tomadas contra el alférez galo Juan de León que, en medio de la guerra contra Francia, se vio forzado a abandonar Cádiz a pesar de haberse graduado en España y de que su cuñado, Cristóbal García Morejón, ejercía entonces el influyente puesto de auditor del capitán general de las costas de Andalucía. El infeliz oficial, por tanto, estaba casado con la prima hermana de Calderón de la Barca.³⁰

En otro orden de cosas, Raimundo de Lantery da cuenta del origen y extensión del mal que asoló la bahía de Cádiz a comienzos de 1681: el “mortal flagelo” de la peste.³¹ Según su testimonio, la epidemia no cesó totalmente hasta el 22 de julio, fiesta de la Magdalena, lo cual “se conoció evidentemente fue milagro de Jesús Nazareno”.³² La confirmación oficial de la erradicación de la epidemia llegó al cabo de 50 días, en el mes de septiembre, tiempo en que se organizaron festejos por toda la ciudad para agradecer a María Magdalena y Jesús Nazareno su intercesión.

En este marco de celebraciones, los escribanos públicos de la ciudad sufragaron la erección de un altar a las puertas de las casas del cabildo,³³ ante el que se

²⁷ *Ibidem*, pág. 76.

²⁸ R. DE LANTERY, *Memorias de Raimundo de Lantery, mercader de Indias en Cádiz (1673-1700)*, Escélicer, Cádiz, 1949, pág. 192.

²⁹ A.C.C., *Libro de Matrimonios de la Parroquia de Santa Cruz*, n. XIV, 1678-1684, fol. 63.

³⁰ R. DE LANTERY, *op. cit.*, pág. 269.

³¹ H. KAMEN, *La España de Carlos II*, Crítica, Barcelona, 1987, pág. 88.

³² R. DE LANTERY, *op. cit.*, pág. 127.

³³ No es casualidad que los escribanos públicos de Cádiz corriesen con los gastos que conllevó la erección del altar. Sabemos por Lantery que la voz común fue que aquel brote de peste tuvo su origen en la casa del escribano y secretario Juan de Sera. Gozaba éste de buena fama y era tenido por “el más ajustado de

escenificaron unos juegos florales. Se recitaron décimas, romances, sonetos y cinco epigramas latinos, reunidos todos ellos en una *Recopilación* que fue entregada a imprenta por el fiscal Ignacio de Saavedra.³⁴ Gracias a este trabajo hemos podido conocer la identidad y profesión de los participantes en estas justas poéticas. Entre los juristas y escribanos que acudieron a la cita se encuentran Díaz Damasio, García de Morejón y el “Lcdo. D. Miguel Calderón de la Barca, abogado de los Reales Consejos”, que intervino casi en último lugar “por haber llegado tarde”, con el epigrama:³⁵

*“Quàm rapidis olim properabat gressibus ultor
Pestifera poenas sumere morte Deus.
Forsitam in cursum se proripuisset apertum,
Nulla que non gemeret funere moesta domus;
Ni celeres Domini gressus cohibere furentis
curasset miro Magdala pulchra modo.
Eius namque pedes connectens crinibus arcte,
fecit ut ultores sisteret ille gradus.”*

El catedrático de Filología Latina de la Universidad de Cádiz, Luis Charlo Brea, ha analizado el texto y propuesto para el mismo la siguiente traducción:³⁶

“Cuan rápidamente Dios Vengador se apresuraba en otros tiempos / a castigar con muerte pestífera.

Quizás se hubiese lanzado a una abierta carrera / y todo el pueblo gemiría tristemente,

Si la bella Magdala no hubiese procurado de modo admirable impedir los rápidos pasos del Señor enfurecido.

cuantos escribanos había en la plaza”. De ahí que durante su convalecencia, amigos y colegas de profesión “dedicaron las más de las noches a irle a cantar ahí cerca, para divertirlo y que no cavilase sobre la enfermedad”. Cfr. R. DE LANTERY, *op. cit.*, pág. 124.

³⁴ I. DE SAAVEDRA, *Gloriosos, sagrados y graves cultos con que la... ciudad de Cádiz celebró fiestas a sus tutelares patronos, Jesús Nazareno y Santa María Magdalena, en acción de gracias de la pública salud que a sus ruegos goza, en el mal de contagio de que se había picado. Dibujados por los más primorosos y agudos pinceles de los Ingenios gaditanos...; Recogidos y sacados a la luz por don Ignacio de Saavedra, fiscal de la Real Justicia, que los dedica y consagra a la misma ciudad y siempre nobles capitulares suyos*. Impreso por el alférez Bartolomé Núñez de Castro, Cádiz, 1681. El documento original se conserva en la Biblioteca de la Universidad de Sevilla, y se puede consultar en versión digital en el Portal de Fondo Antiguo de la misma.

³⁵ *Ibidem*, pág. 76.

³⁶ Hemos respetado la redacción y disposición del texto según se el original. Cfr. L. CHARLO BREA, “Epigramas latinos en unos juegos florales con motivo de la victoria sobre la peste en Cádiz (1680-1681)”, *Revista de Estudios Latinos (RELat)*, 2006, n.6, pág. 215.

Pues entrelazando apretadamente sus pies con los cabellos, / hizo que Él reprimiera los vengadores pasos”.

Esta faceta literaria, sumada a la decisión que tomó al final de sus días de fundar una escuela de Latinidad en Conil, pone de manifiesto un profundo aprecio y conocimiento de la lengua clásica, lo que en sí mismo “constituía el signo del hombre culto y era requisito esencial para pertenecer a la clase dominante”.³⁷

No tenemos noticia de la suerte que corrió la primera esposa, Mariana Díaz Damasio, que tal vez sucumbiera a la peste. Sea cual fuere su desenlace, no duró mucho aquel matrimonio, pues el 25 de diciembre de 1686 Calderón se casó y veló, según lo dispuesto por el Concilio de Trento, con Ana Josefa de Pividal y Contreras.³⁸ Actuaron como testigos el referido doctor Pedro de Mendoza y el padre de la novia, el capitán Domingo de Pividal. Gracias al *Catálogo de pasajeros a Indias* formado en el verano de 1692, tenemos una idea general del aspecto físico de doña Ana y hemos podido fijar 1662 como el año de su nacimiento. La entrada en el registro rezaba así:

“Constóle al señor don Juan Bautista de Aguinaga (que actuaba como juez oficial de la Casa de la Contratación en el despacho de la flota de Nueva España) que doña Ana Josefa de Pividal, mujer de don Miguel Calderón de la Barca, es de edad de treinta, ha buen cuerpo, blanca, pelo negro”.³⁹

Fue aquélla una unión entre viudos, pues la novia había estado previamente casada con don Blas Mateo Moreno de Vargas, cuya ocupación como cargador a Indias⁴⁰ conocemos gracias a que para obtener los despachos de embarcación en las flotas de 1675 y 1678, hubo de presentar una licencia con el consentimiento de una jovencísima doña Ana autorizándole a pasar a Nueva España a beneficiar las mercaderías que tenía repartidas entre distintas naos.⁴¹ Así lo estipulaban las leyes y

³⁷ R. KAGAN, *op. cit.*, pág. 45.

³⁸ A.C.C., *Libro de Matrimonios de la Parroquia de Santa Cruz*, n. XV, 1684-1689, fol. 115.

³⁹ A.G.I., *Contratación*, 5454, n. 3, r. 35.

⁴⁰ Los cargadores eran quienes conducían “por sí mismos o por medio de sus factores, y remiten los frutos y géneros que comercian; es decir, vuelven o retornan de estos reinos el producto de su venta, ya en dinero o ya en otros frutos” (en A.G.I., *Consulados*, 63A, año de 1.747, citado por M. BUSTOS RODRÍGUEZ, *op. cit.*, pág. 130).

⁴¹ A.G.I., *Contratación*, 5440, n. 2, r. 146 (3 de julio de 1675) e *Ibidem*, 5442, n. 146 (9 de julio de 1678). En los archivos gaditanos se conserva un número considerable de las referidas licencias.

ordenanzas de la Carrera de Indias, a tenor de las cuales los cargadores casados, como cualquier otro pasajero de su estado, habían de regresar a España a hacer vida maridable tan pronto como hubiesen fenecido sus negocios. Para asegurar que no se contravendría la norma, antes de hacerse a la vela depositaban una fianza en la Contaduría de la Real Audiencia de la Casa de la Contratación y presentaban una persona digna de crédito que actuaba como fiador.⁴²

El 15 de diciembre de 1686, el mismo día en que consagraron su unión en la parroquia de la catedral de la Santa Cruz, Calderón y Ana de Pividal otorgaron las capitulaciones mediante las que escrituraron lo que había de aportar cada parte una vez que, pasados diez o doce días y no habiendo canónico impedimento, su matrimonio se hiciese efectivo. Los padres de la novia ofrecían por bienes, dote y caudal, en representación de su hija y por cuenta de herencia legítima materna y paterna, la cantidad de 10.000 a 11.000 escudos de a 10 reales –que aumentaron después a 13.131 escudos⁴³–, repartidos “la tercia parte en reales de contado, la tercia parte en plata labrada y joyas, y la otra tercia parte en ropa blanca y de vestir y homenaje de casa, esclavos y otras cosas”.⁴⁴ Además de lo referido, Ana de Pividal aportaba un juro de 10.000 ducados de vellón situado sobre medias anatas de mercedes que había pertenecido al difunto Moreno de Vargas. A su vez, por vía de arras Calderón de la Barca hacía gracia y donación de 2.000 escudos que representaban la décima parte de sus bienes.⁴⁵

Recomendamos la lectura de M^a J. DE LA PASCUA SÁNCHEZ, “La cara oculta del sueño indiano: mujeres abandonadas en el Cádiz de la Carrera de Indias”, *Chronica Nova*, Granada Universidad, 1993-1994, n. 21, pp. 441-468.

⁴² *Recopilación de las Leyes de Indias (R.L.I.)*, lib. VII, tit. III, l. I, III y IV. En el caso de Blas Mateo Moreno, para el viaje de 1675 presentó como fiador a su suegro Domingo Fernández de Pividal, y en 1678 a don Pedro de Irizondo.

⁴³ Carta de dote de 5 de febrero de 1687, ante el escribano Francisco del Solar. A.H.P.C., *prot. de Cádiz*, 2362, ff. 113-118.

⁴⁴ A.H.P.C., *prot. de Cádiz*, 2361, ff. 869-870. Firmaron como testigos de esta escritura de capitulación el capitán Andrés de Fuentes, Diego Lugo y Cristóbal García Morejón.

⁴⁵ La contribución por vía de arras del futuro esposo estaba fijada en la décima parte de sus bienes, según dictaba la ley I contenida en la *Novísima Recopilación* (tit. III, lib. X), y para dar más fuerza a este ofrecimiento se incluía el compromiso de que de no disponerse en el momento de ese capital, se fijaba en el que se habría de tener en un futuro. Lo que desconocemos es “el alcance de esta expresión en el sentido de en qué casos las arras podían ser efectivas o en qué otros se habla de cantidades crediticias”. Cfr. M. A. ORTEGO AGUSTÍN, *Familia y matrimonio en la España del siglo XVII: Ordenamiento jurídico y situación real de las mujeres a través de la documentación notarial*, tesis doctoral inédita, Universidad Complutense de Madrid, Madrid, 1999, pág. 268.

El inventario y la tasación de las especies y efectos que componían las dos tercias partes de los bienes dotales y que quedaron registrados en la carta de dote expedida el 5 de febrero de 1687, son de particular interés para nosotros.⁴⁶ Por este motivo nos detenemos a desmenuzar sus contenidos, reparando en aquellos cuyo valor merece comentario. Comenzando por el conjunto de plata labrada, se puso en primer lugar un lote de piezas “de plata nueva, fábrica de México”, que pesó 225 marcos, 2 onzas y media. Habida cuenta que cada marco estaba apreciado en 9 escudos de plata, el conjunto importaba 2.028 escudos de dicha moneda.

Entre todos los objetos que componían esta partida, llama la atención una pileta dorada de agua bendita y un cáliz para oratorio, al que también se dice que estaba destinada una patena, dos vinajeras, una campanilla y una salvilla chica. Más adelante, avanzando en el inventario, se incluyó en el apartado de alhajas “todo el ornamento de decir misa, nuevo”, tasado en 50 escudos. En este punto abrimos un paréntesis para mencionar que el referido oratorio pudo haber sido el mismo para cuya erección solicitó permiso doña Ana de las autoridades eclesiásticas en 1679. De las 336 peticiones para la fundación de un oratorio privado que se han documentado en el obispado de Cádiz entre 1650 y 1814, la de Ana de Pividal se encuadra entre las 75 que partieron de mujeres. “En los estertores del Barroco”, la posesión de un oratorio particular era una manifestación de religiosidad, y también de estatus, siendo habitual su presencia “en las casas gaditanas de cierto postín”.⁴⁷ Algo que iba más allá de la espiritualidad y se conjugaba con ella parece contener la explicación del auge extraordinario que conoció su demanda en la bahía entre 1660 y 1729:

“Un deseo de ostentación por parte de la élite social de esta comarca que a medida que empieza a disfrutar de los beneficios económicos del comercio colonial pretende mostrar por todos los medios su riqueza y su poderío, y la fundación de un oratorio sería una manera más de hacerlo. Al mismo tiempo, su poder adquisitivo era mucho más elevado, y ello facilitaba reunir los arbitrios financieros necesarios para erigir una capilla: tengamos en cuenta que la fundación de un oratorio requería inversiones

⁴⁶ A.H.P.C., *prot. de Cádiz*, 2362, ff. 113-118. Apéndice 2.

⁴⁷ M. BUSTOS RODRÍGUEZ, *op. cit.*, pág. 316.

relativamente costosas, ya que era necesaria la compra de vestimentas litúrgicas, imágenes, altares, pilas de agua bendita...”⁴⁸

La familia de Pividal y Contreras formaba parte de esa élite social enriquecida por la vía del comercio. Su pertenencia a un grupo social privilegiado viene ratificada por el valor de los bienes expresados en la carta de dote que nos ocupa. El apartado de “piezas de plata y alhajas”, estaba integrado por joyas entre las que se contaban zarcillos, sortijas, pulseras, rosarios, adornos para el pelo y el pecho, fabricados en oro y plata y adornados con filigranas, guarniciones de perlas, diamantes y piedras de gran valor (pantaura, amatistas y esmeraldas –que eran las más numerosas–). Este conjunto de objetos suntuarios importaba 2.369 escudos de plata y 6 reales, descollando unos “pulseros de perlas” de 7 onzas y 5 ochavas de peso, que se estimaron en 611 escudos; dos zarcillos de esmeraldas aguacates de 420 escudos; y dos rosarios, uno grande y otro más pequeño, engastados en oro y esmeraldas, con una cadena del mismo metal proveniente de China, “que llaman cristal”, que pesaron 110 castellanos y medio, lo que hacía 338 escudos de plata y 3 reales y medio.

La ropa de vestir que aportaba la novia montaba alrededor de 1.400 escudos y era, como cabía esperar, toda de mujer: vestidos, guardapiés, una hongarina, mantos y mantillas. Los más valiosos eran dos vestidos nuevos de 300 escudos, uno de tela de espejuelo color musgo, oro y plata y el otro de brocado de oro, guarnecidos ambos de encajes dorados. El conjunto de ropa blanca se apreció en un monto importante (7.786 reales), e incorporaba, de nuevo, prendas femeninas –dos docenas de camisas, doce pares de enaguas, unos mangotes, media docena de justillos–, y ropa de hogar: toallas de estrado, pañuelos, acericos, sábanas de encaje, almohadas y fundas... La ropa de mesa –ocho tablas de mantelería con sus servilletas y toallas a juego–, toda nueva, se puso aparte a pesar de la modestia de su valor de tasación (430 reales).

Entre las “alhajas” para la casa se contaban objetos cuya misma procedencia –explicita o razonable, a tenor de los materiales– nos recuerda las palabras que fray Gerónimo de la Concepción dedicó al *emporio* que era Cádiz: una colgadura de estrado de brocateles de Venecia, dos baulitos y dos escribanías de maqui de China, dos

⁴⁸ A. MORGADO GARCÍA, “Solicitudes de fundación de oratorios en la diócesis de Cádiz (1650-1814)”, *Trocadero*, Universidad de Cádiz, Cádiz, 1989, n. 1, pp. 67-92, pág. 70.

escritorios de ébano hechos en Nápoles, un escritorio de tapa de Portugal, una sobremesa de China, dos baúles grandes de Campeche y dos más de lináloe, un lienzo con la imagen de Nuestra Señora de Guadalupe hecho en Nueva España, dos hechuras de bulto de San Francisco y San Antonio de Padua con sus diademas y palma de plata, también mexicanas, una cama nueva de madera de granadillo, hecha y bronceada en Sevilla, con colgadura de damasco guarnecida de galón de oro que costó 500 escudos, dos escritorios sevillanos guarnecidos de “caray” y de marfil, una alfombra nueva del Cairo, cuatro taburetes y doce sillas poltronas de nogal y vaqueta de Moscovia...

Mención aparte merecen una silla de manos de 280 escudos, dos espejos grandes de vestir nuevos tasados en 100 escudos, y las láminas y lienzos devocionales. Éstos, como la pintura de la Guadalupana y las tallas de bulto de *San Francisco* y *San Antonio*, pudieron quizás componer el ornato del oratorio. Entre las láminas figura una serie de doce con la *Historia de David* y media docena de cabezas del *Ecce Homo*, *Nuestra Señora*, *San Francisco de Paula*, *San Antonio Abad*, *Nuestra Señora del Pópulo* y *El Salvador*, todas ellas enmarcadas con “molduras” doradas y negras, o “estofadas de colores”. Entre las pinturas descubrimos con asombro la presencia de dos obras atribuidas a Murillo, así descritas: un “*Nacimiento de Nuestro Señor* de mano de Morillo, con molduras doradas y negras de a 3 varas de largo y 2 y media de alto” y una “pintura de *Ntra. Sra. de los Ángeles con el Niño en los brazos*, asimismo de mano de Morillo, con molduras doradas y negras”.⁴⁹ La primera, de mayores dimensiones, se avaluó en 200 escudos de plata y en 80 escudos la segunda. Desgraciadamente, el rastro de las obras se pierde en este inventario y no constarán en la dilatada lista de bienes hallados en la residencia de Miguel Calderón y Ana de Pividal tras su fallecimiento.⁵⁰

A través de la carta de dote sabemos también que doña Ana aportó al matrimonio un esclavo negro llamado Domingo –cuyo valor se estimó en 110 escudos–, y que la parte correspondiente a 3.000 escudos de su caudal fue entregada de contado a don Miguel por el “gobernador” Domingo de Pividal, en 750 doblones de a dos escudos de oro. En común, todos los bienes, joyas y caudales de esta dote y los 2.000 escudos de

⁴⁹ De la segunda tela no se ofrecen medidas y solamente por su menor aprecio en la tasación podemos deducir sus menores dimensiones. Lo mismo sucede con el resto de las pinturas sobre lienzo –una Virgen de Guadalupe hecha en México y una Nuestra Señora de la Asunción– y láminas del inventario cuya autoría no se asienta.

⁵⁰ Tampoco se conoce ninguna obra del pintor sevillano que por su asunto y medidas se pueda corresponder con estas pinturas.

arras del novio, importaron 15.131 escudos, a los que hay que sumar el juro de 10.000 ducados situados sobre medias anatas. Calderón mediante las fórmulas habituales se comprometió a “no los disipar, consumir o malbaratar” y antes sí a pagarlos a su esposa, “a sus hijos, herederos y a quien por la referida fuere parte legítima, más la mitad de ganancias que durante este matrimonio adquiriéremos”.⁵¹

Es el momento de rescatar brevemente la información sobre los antecedentes familiares de la mujer de Calderón y su vinculación con las Indias, que nos permitirá especular sobre el origen de su fortuna y localizar las casas que debieron de habitar en Cádiz los padres de Ana de Pividal. Comenzamos con la rama de los Contreras, que estuvo asentada en la ciudad desde antiguo, como se infiere de diferentes papeles y recados fechados a inicios y mediados del siglo XVII, que se hallaron en un libro de cuentas a la muerte de Calderón de la Barca.⁵² Ana María Lucas de Contreras –que posteriormente omitiría el primer apellido–, era hija del capitán Claudio Lucas y de Jacinta de Contreras, quien tras enviudar contrajo matrimonio de nuevo con el capitán Juan Bautista Conío, del que nacieron Juan Tomás y Agustín. El primero ingresó en la orden de Santo Domingo, mientras que Agustín hizo carrera en la Armada, como su padre, que de manera ejemplar había servido “en la Armada del Mar Océano 27 años, 11 meses y 22 días, con diferentes plazas de marinerías hasta la de capitán de mar de diversos bajeles”, hallándose presente “en todos los viajes y ocasiones de pelear que en su tiempo se ofrecieron”.⁵³

Ana Lucas recibió por herencia materna unas casas principales en la gaditana “calle del Oreto” –probablemente por ‘Loreto’– de 27.778 reales de vellón, que, junto a otros bienes por valor de 6.982 reales, se incluyó en la carta de pago y recibo de dote que otorgó Domingo Fernández de Pividal cuando contrajeron matrimonio, el 29 de julio de 1654. En 1662 Juan Tomás –por entonces fraile dominico radicado en Puerto Rico– renunció a todos sus bienes y derechos en favor de su hermana, de modo que

⁵¹ A.H.P.C., *prot. de Cádiz*, 2362, ff. 113-118.

⁵² La información útil para conocer la genealogía de doña Ana de Pividal se encuentra fundamentalmente en los referidos papeles y recados que se pusieron por inventario al morir Calderón. A.H.P.M., *leg. 14.192*, ff. 394-397.

⁵³ A.G.I., *Indiferente general*, 126, n. 80. Relación de servicios del alférez Agustín Conío de Contreras, de 22 de abril de 1679. No sólo recoge los servicios prestados por sí, sino que refiere los de su padre, el capitán Juan Bautista Conío, que hemos citado en el texto.

cuando falleció el capitán Juan Bautista Conío en 1670 y se hizo la partición de sus casas, a ésta se le adjudicó una vivienda pequeña sita en la calle del Gitano rico, que lindaba con las casas de su morada, tasada en 15.070 reales y cargada con un tributo perpetuo a favor de la cofradía del Santísimo Sacramento. Asimismo le correspondieron unas casas principales en la calle de la Horca de los franceses, por las que su hermano, el alférez Agustín de Conío, le entregó 14.219 reales y medio.

Por tanto, sabemos que para 1670 los padres de doña Ana de Pividal habitaban ya la propiedad de la calle del Gitano rico sobre la que más tarde impondrían cuatro censos. El primero, de 30.000 reales, lo fundaron en 1689 sobre todos sus bienes y en especial sobre unas casas principales en la calle “que llaman de Juan de Vint” y a favor del monasterio cartujo extramuros de Jerez de la Frontera. Estando ya viuda del capitán de Pividal, doña Ana impuso dos censos más, de 15.000 reales cada uno, a favor de este monasterio, que se cargaron sobre sus bienes y sobre dicha propiedad. En 1695, y a favor del convento de religiosas descalzas de san Agustín de la villa de Chiclana, impuso otro censo de 1.500 ducados de principal sobre una vivienda en la calle de Manurga. La dispar denominación de las vías lleva a suponer que se trata de tres inmuebles diferentes, cuando en realidad debieron de ser siempre el mismo. Así lo demuestra el hecho de que al hacerse el inventario de los bienes de Miguel Calderón en 1721, los papeles que acreditaban la redención de los censos que acabamos de enumerar estuviesen agrupados con los títulos de una propiedad “en la calle D. Juan de Vinto”.⁵⁴ Ratifica esta intuición el hecho de que la conocida informalmente como calle del Gitano rico en 1670, recibiese poco después en documentos públicos sincrónicos a los que nosotros hemos manejado los nombres del “pontón de Juan de Vinte”, de “Manurga” y de “Murguía”.⁵⁵

Por su parte, Domingo de Pividal, que en los escritos ostenta alternativamente los cargos de “gobernador”, “capitán” y “maestre de navío”, nació en la villa de Santiago de Abres, obispado de Oviedo, y aunque ignoramos la fecha en que fue a Cádiz, cuando en 1654 contrajo matrimonio con Ana Lucas, ya había obtenido la vecindad. Según precisamos, Ana Lucas trajo por bienes dotales 34.760 reales de

⁵⁴ A.P.H.M., leg. 14192, ff. 394-397.

⁵⁵ *Nombres antiguos de las calles y plazas de Cádiz*, Imprenta de la Revista Médica, Cádiz, 1857, pág. 42. En la actualidad y desde el siglo XIX, se denomina calle de Cánovas del Castillo.

vellón, de los cuales 27.778 eran los correspondientes las casas de la calle del Oreto. En su testamento, Domingo de Pividal reconocía haberlos recibido sin haber llevado de su capital bienes algunos,⁵⁶ quizá por no tener ninguno. Todo apunta a que el origen de la fortuna que llegó a gozar estuvo en el ejercicio posterior de la actividad comercial con los reinos de Indias.

Tenemos la certeza de que Pividal cruzó el Atlántico en cuatro ocasiones, si bien pudieron ser más. A tenor de los documentos, la primera fue como maestre y administrador de la nao San Antonio de Padua que partió a Santo Domingo en 1661, de donde regresó un año más tarde.⁵⁷ El resultado de esta empresa debió de ser desastroso, pues un año después se formaron autos de acreedores a sus bienes.⁵⁸ Presuntamente involucrado en asuntos de ilícito comercio, en 1663 y 1664 se levantaron de nuevo autos en su contra.⁵⁹ En 1665 partió por segunda vez a Santo Domingo con la flota del general José Roque Centeno y Ordóñez, esta vez como maestre del navío de Nuestra Señora de las Mercedes y Redención de Cautivos. Parece que permaneció durante tres años en La Española antes de emprender el regreso a Cádiz.⁶⁰ No tardó en hacerse a la mar esta vez: en 1669 se incorporó a la armada de Tierra Firme del cargo del general Manuel de Bañuelos y Sandoval, como maestre del navío Nuestra Señora del Buen Suceso.⁶¹

En el transcurso de sus viajes con las flotas y galeones de Santo Domingo y Tierra Firme debió de llevar a cabo operaciones de carácter mercantil que le valieron el crédito bastante como para procurarse la compra de la alcaldía mayor de Miagatlán, en Nueva España. Obtuvo esta posición por los servicios prestados a la Corona y, en esencia, por haber hecho entrega de 3.500 pesos al contado en la Tesorería del Consejo

⁵⁶ A.H.P.C., *prot. de Cádiz*, 2365, ff. 991-992. Poder para testar de Domingo Fernández de Pividal, con fecha de 31 de octubre de 1689, signado ante el escribano público Francisco del Solar.

⁵⁷ El registro de ida consta en A.G.I., *Contratación*, 1451, n. 19, r. 1, y el de venida de Santo Domingo hemos de buscarlo en A.G.I., *Ibidem*, 2455, n. 1, r. 1.

⁵⁸ A.G.I., *Ibidem*, 854A, n. 2, r. 2.

⁵⁹ *Ibidem*, 189.

⁶⁰ A.G.I., *Ibidem*, 1209, n. 4. El registro de venida de Santo Domingo (1688) se halla en A.G.I., *Ibidem*, 2456, n. 2, r. 1.

⁶¹ A.G.I., *Contratación*, 4126, n. 7 y A.G.I., *Contratación*, 1215, n. 11.

de Indias; “los 2.000 de donativo gracioso y los 1.500 restantes prestados”.⁶² A pesar de que en la Contaduría del Consejo no consta habersele dado despacho de este oficio, se conserva un expediente de la Casa de la Contratación fechado en 1678 en que aparece registrado como pasajero de aquella flota y donde figura como alcalde mayor de Miagatlán.⁶³

En Andalucía Occidental las posibilidades de enriquecimiento ilícito y torticero que ofrecía el territorio americano para quienes lograban un oficio político, militar o judicial eran un secreto a voces. Recientes investigaciones han venido a demostrar que durante el reinado de Carlos II menudearon los españoles vinculados al “mundo de los negocios, la producción, el comercio y el tráfico de la Carrera de Indias”, y “entre ellos bastantes maestros, capitanes y dueños de navío”, que se interesaron en hacer valer su capacidad económica para entrar a formar parte del funcionariado político indiano.⁶⁴ Domingo de Pividal encaja a la perfección en este grupo.

Tomara o no posesión del oficio referido, doce años más tarde volvió a postularse para una alcaldía de primera clase, sólo que esta vez lo hizo al tiempo que su yerno, Miguel Calderón de la Barca, iniciaba los trámites para la consecución de una magistratura en la Audiencia virreinal de Nueva España. Es plausible que en esta operación empleasen los 30.000 reales del censo que impusieron sobre sus bienes el capitán de Pividal y Ana María de Contreras en marzo de 1689.⁶⁵ En todo caso, para que quedara asegurado el éxito de sus pretensiones, acudieron a Diego de Villatoro, marqués del Castillo, personaje que desempeñó un papel clave en el “vituperable” e “indecoroso” tráfico de cargos con jurisdicción en Indias en las últimas décadas del XVII.⁶⁶

⁶² A.G.I., *Contaduría*, 235, r. 11. En una anotación al margen se puede leer que: “por papel del Sr. Secretario don Francisco Fernández Madrigal, parece hizo merced a don Domingo Pividal de la alcaldía mayor de Miguatlán (sic) en la Nueva España en atención a sus servicios y al que hizo de 3.500 pesos que entregó de contado en la Tesorería del Consejo, los 2.000 de donativo gracioso y los 1.500 restantes prestados, y no consta habersele dado despacho de este oficio”.

⁶³ A.G.I., *Pasajeros*, lib. 13, e. 1303.

⁶⁴ A. SANZ TAPIA, *¿Corrupción o necesidad? La venta de cargos de Gobierno americanos bajo Carlos II (1674-1700)*, CSIC, Madrid, 2009, pp. 336-337 y 347.

⁶⁵ El censo, al que ya nos referimos, fue impuesto por D. Domingo de Pividal y Dña. Ana María Lucas de Contreras sobre todos sus bienes y en especial sobre las casas de la calle que llaman D. Juan de Vint, por escritura ante el escribano del número Bartolomé de Mora el 26 de marzo de 1689.

⁶⁶ G. LOHMANN VILLENA, *El corregidor de indios en el Perú bajo los Austrias*, Fondo Editorial PUCP, Lima, 2002, pp. 170-173.

A continuación trataremos de la naturaleza y pormenores de la negociación de las plazas de la administración real indiana, para volver después sobre Calderón de la Barca, Pividal y su eficaz y activo agente, Villatoro.

2. EL BENEFICIO DE LA MAGISTRATURA

2.1. APROXIMACIÓN A LA VENALIDAD EN INDIAS

La enajenación de cargos y honores no fue una novedad del reinado de Carlos II, sino que, conocida la práctica en tiempos de Carlos V, fue Felipe II quien extendió su aplicación al territorio americano.⁶⁷ Las carencias endémicas de la Real Hacienda para hacer frente a los apremios de la política exterior del Imperio condujeron a los sucesivos monarcas a aumentar el recurso a la venta de oficios como fuente de financiación extraordinaria, hasta llegar a proveer a cambio de dinero los puestos de mayor altura de Gobierno, Justicia y Hacienda.⁶⁸

Puesto que la provisión de los oficios públicos era tenida por una regalía real, el rey tenía potestad para autorizar la puesta en almoneda de los cargos si lo consideraba conveniente, aunque las Leyes de Indias conminaran a los consejeros a que “no consientan, ni permitan que intervenga ningún género de precio, ni interés, por vía de negociación, venta, ni ruego, directa, ni indirectamente”.⁶⁹

En el ámbito de la venalidad es importante diferenciar la venta y el beneficio como conceptos jurídicos independientes. El término beneficio se emplea únicamente para los oficios públicos con jurisdicción (magistraturas, presidencias, gobernaciones, alcaldías mayores y corregimientos), obtenidos a cambio de un servicio pecuniario o donativo gracioso hecho al monarca, que recibía así “un provecho adicional (*conmodus*)

⁶⁷ “Certain limited classes of office, by Charles V’s time, were being sold regularly in Spain. Philip II, shortly after his accession, extended the practice in the Indies”. Cfr. J. H. PARRY, *The Sale of Public Offices in the Spanish Indies*, University of California Press, Berkeley - L.A., 1953, pág. 3.

⁶⁸ Las penurias del Real Erario justificaron una medida tan extrema como el beneficio de la más alta dignidad colonial: el cargo de virrey. A. DOMÍNGUEZ ORTIZ, “Un virreinato en venta”, *Mercurio peruano*, XLIX, 453, Lima, 1965, pp. 43-51.

⁶⁹ *R.L.I.*, lib. II, tít. II, l. XXXVII.

en su función de nombrar personas para dichos cargos”.⁷⁰ Al contrario de lo que sucedía en la venta, en este tipo de operaciones al titular no se le cedía la propiedad plena de la plaza, sino que se le otorgaba de forma temporal o indefinida.

La provisión de los oficios con potestad judicial mediante el sistema del beneficio suscitó desde sus inicios un intenso debate. Numerosas voces se alzaron para advertir de la irregularidad de una práctica que se consideraba del todo contraria al derecho divino y humano, de la que cabía esperar incontables perjuicios.⁷¹

Por una parte, los detractores del beneficio argüían que la Justicia quedaba abandonada en manos de los intereses personales de los compradores. Éstos, endeudados y con sueldos insuficientes en sus puestos de destino, estaban abocados “a considerar su oficio como una fuente de ingresos para resarcirse de su inversión inicial y obtener un holgado rendimiento económico”.⁷² Por este motivo el respetado jurista y consejero Solórzano y Pereira en su *Política Indiana* se oponía a que las magistraturas se concediesen “a cambio de dinero, dádivas ni otros medios ilícitos”, pues la experiencia dictaba que “pocas veces o ninguna acontece que uno deje de vender el oficio que primero compró y que, en llegando adonde le ha de ejercer, no procure sacar de él con usuras más que centésimas lo que adelantó para conseguirle”.⁷³

En el supremo organismo indiano el sentir generalizado fue de rechazo. Para algunos historiadores, tras de la desaprobación de los ministros del Consejo de Indias y de su Cámara –a quien correspondía oficialmente la propuesta al rey de los candidatos a ocupar los principales cargos y oficios para América y Filipinas–, se ocultaba la resistencia a ver mermada su influencia en el proceso selectivo.⁷⁴ Éstos quedaban

⁷⁰ F. MURO ROMERO, “El beneficio de oficios públicos con jurisdicción en Indias. Notas sobre sus orígenes”, *Anuario de Estudios americanos*, XXXV, Sevilla, 1978, pág. 8.

⁷¹ Solórzano desaprueba el mercadeo de las magistraturas y encuentra sus argumentos en “Santo Tomás y sus glosadores y otros muchos autores que refiere Bobadilla, Márquez, Contzen, Mastrillo y el novísimo Carleval”. Véase J. DE SOLÓRZANO Y PEREIRA, *Política Indiana*, Imprenta Real de la Gaceta, Madrid, 1756, lib. V, cap. IV., pp. 64 y 65.

⁷² A. GARCÍA GARCÍA, “La reforma de la plantilla de los tribunales americanos de 1701: el primer intento reformista del siglo XVIII”, *La venta de cargos y el ejercicio del poder en Indias*, Secretariado de Publicaciones de la Universidad de León, 2007, pág. 60.

⁷³ J. DE SOLÓRZANO Y PEREIRA, *op. cit.*, pp. 64 y 65.

⁷⁴ Desde su fundación, el Consejo de Indias o alguno de sus miembros tuvieron bajo su control la provisión de las plazas para el mundo americano, encargándose de la selección de los candidatos y elevando una terna con los más idóneos al Rey mediante consulta. En 1600 se creó la Cámara en el seno del Consejo, un organismo compuesto por el presidente y tres consejeros, que funcionó de forma intermitente y al que se encomendó específicamente esta tarea. Chandler y Burkholder plantearon la

excluidos cuando lo negociado era un beneficio, pues en estos casos el nombramiento se tramitaba por vías extraordinarias y se producía por decreto ejecutivo. Publicaciones recientes insisten, no obstante, en que no fue la pérdida de poder y atribuciones lo que les llevó a manifestarse en contra del beneficio, sino que su celo respondía a un interés legítimo por el buen gobierno y recta administración de la Justicia en territorio indiano.⁷⁵

En este sentido, conviene citar por significativa la consulta del 9 de noviembre de 1693 mediante la que el Consejo, en cumplimiento de la que creía su obligación, recordó al rey la gravedad de adjudicar los oficios de Justicia al mejor postor:

“siendo ésta [la Justicia] en su esencia intrínseca materia espiritual, no está sujeta a beneficio, y todos los teólogos y juristas que con cristiano celo han discurrido y disputado esta potestad quedan firmes en el no uso de ella por aquellos irreparables inconvenientes de no ser los oficios los que se benefician, sino la Justicia la que se pregonaba en pública almoneda; su legal vara, que mide premio y castigo, la que se convierte en instrumento, con que desproporcionan sus intereses los compradores y a excesivos precios vuelven a venderla, en que tanto zozobra la Real obligación (...).⁷⁶

En la referida consulta el Consejo reconocía las “aflicciones” de la Corona y “la debilidad de sus fuerzas”, pero recomendaba desterrar el beneficio por los innumerables daños que de él se derivaban.⁷⁷ Ante semejante representación, la respuesta resignada de Carlos II sintetiza a la perfección su postura:

“Siempre ha sido mi ánimo excusar estos beneficios, pero habiendo estrechado tanto las necesidades públicas no sólo se han tenido por lícitos, sino de obligación para

posibilidad de que los ministros de la Real Cámara se resistieran al sistema del beneficio por percibir en su uso “una amenaza a la prerrogativa más apreciada por ellos: la influencia que tenían en la designación de funcionarios”. M.A. BURKHOLDER y D.S. CHANDLER, *De la impotencia a la autoridad: La Corona española y las Audiencias en América, 1687-1808*, Fondo de Cultura Económica, México, 1984, pág. 53.

⁷⁵ Guillermo Burgos ha rebatido la interpretación de Chandler y Burkholder, descartando que las quejas del Consejo fuesen una respuesta airada ante “la pérdida de su capacidad para gestionar favores”. Sostiene, en su lugar, que “sus discursos contra la venalidad” tuvieron una justificación desinteresada, pues “fueron siempre motivados por algún nombramiento que considerase particularmente inconveniente”. G. BURGOS LEJONAGOITIA, “Reos de conciencia. El discurso del Consejo de Indias ante la venalidad de cargos en América durante el reinado de Felipe V”, *Campo y campesinos en la España Moderna. Culturas políticas en el mundo hispano*, Fundación española de Historia Moderna, Salamanca, 2010 (pp. 1593-1.604), pp. 1599 y 1.601.

⁷⁶ A.G.I., *Indiferente general*, 795. Recogido en R. KONETZKE, *Colección de documentos para la Historia de la formación social de Hispanoamérica*, vol. III, t. I, CSIC, Madrid, 1962, pp. 34-39.

⁷⁷ *Ibidem*.

evitar por su medio mayores inconvenientes, y así lo tendrá entendido el Consejo, quedando Yo en deliberación de que se cese cuando se pudiere en estas negociaciones”.⁷⁸

Al autorizar la puesta en marcha de la operaciones de venta y beneficio de cargos a gran escala, el último de los Austrias era plenamente consciente de los nefastos resultados indirectos que la desaforada venalidad tenía sobre la vida económica y social de sus reinos, pero los asumía como inevitables. Los dictados inapelables de la necesidad legitimaban estas prácticas y su perpetuación. Domínguez Ortiz así lo apunta:

“La administración habsburguesa terminó su gestión con esta actitud ambigua y, en parte, contradictoria: se reconocían los males de la venta de cargos, se deseaba la reversión de los más importantes pero se carecía de medios para la restitución del precio de venta”.⁷⁹

Lejos de extinguirse con la llegada de la nueva dinastía, la venalidad cobró nuevos bríos con el conflicto sucesorio, alcanzando el sistema del beneficio su máximo desarrollo durante la primera mitad del siglo XVIII.⁸⁰ Precisamente en la debilidad extrema del Real Fisco estará cifrado el éxito profesional de Miguel Calderón.

2.2. MAGISTRATURAS BENEFICIADAS EN TIEMPO DE CALDERÓN

De 1682 en adelante, conforme se agravaba la situación de la Hacienda pública, se produjo un auge en el beneficio de los oficios de provisión indiana. En concreto, el sistema conoció uno de sus puntos más álgidos durante el tiempo que ocupó la presidencia del Consejo Fernando Joaquín Fajardo, sexto marqués de los Vélez. Retrato como un personaje amable y corpulento por los historiadores, tuvo un papel de primera magnitud en el “reformista y bienintencionado” equipo ministerial del conde de Oropesa. Tras una extensa carrera en puestos de gobierno en Orán, Galicia e Italia, reunió en su persona los cargos de más alta responsabilidad en el Consejo de las Indias

⁷⁸ A.G.I., *Indiferente general*, 795, recogido en R. KONETZKE, *op. cit.*, pp. 34-39.

⁷⁹ A. DOMÍNGUEZ ORTIZ, *Política fiscal y cambio social en la España del siglo XVII*, Instituto de Estudios Fiscales, Madrid, 1984, pp. 182-183.

⁸⁰ L. NAVARRO GARCÍA, “Los oficios vendibles en Nueva España durante la Guerra de Sucesión”, *Anuario de Estudios Americanos*, 32, 1975, pp. 133-154.

–fue presidente interino desde 1685, y en propiedad desde diciembre de 1687 hasta su muerte en noviembre de 1693–; y, a partir de 1687, en la Superintendencia General de Hacienda, cuyo ejercicio le ha valido el sobrenombre de “*Colbert español*”.⁸¹

Desde su posición pudo constatar el estado de postración de la monarquía y la incapacidad del real erario para sufragar los gastos que conllevaba su sostenimiento. En particular, los gastos bélicos derivados de la Guerra de los Nueve Años, contienda que entre 1689 y 1697 enfrentó a Francia con la Liga de Augsburgo. La urgente necesidad de incrementar los ingresos fiscales y de hallar nuevas vías de financiación justificó el recurso masivo a la venalidad. Para las Indias, Vélez delegó la supervisión de las operaciones de compra y venta de cargos en su asesor Manuel García de Bustamante, sobre quien recayeron las críticas por la práctica excesiva de una fórmula de recaudación tan controvertida.⁸²

Los oficios en la Administración estatal eran intensamente codiciados por un sinnúmero de pretendientes que procuraban el éxito de sus aspiraciones confiando su negociación a un agente intermediario, algo especialmente habitual cuando el candidato se encontraba alejado de la Corte. Para los puestos de Indias, durante la guerra contra Francia destacaron por su actividad Juan Sáenz de Viteri, Francisco de Argandoña y el anteriormente citado Diego de Villatoro –al que acudieron Calderón y el capitán de Pividal–, sobre cuya fascinante figura merece la pena recalar. Protagonista de una brillante carrera de ascensos en la Corte, no era un mediador cualquiera, sino “el agente por antonomasia, campeón del sistema del beneficio indiano y quizás incluso instaurador del propio oficio, puesto que es quien primero aparece documentado con tal dedicación”.⁸³ Por el volumen y envergadura de las plazas cuya transacción corrió por su mano, se distinguió como el más “influyente agente solicitador y a la par prestamista de toda la historia del beneficio según se conoce”.⁸⁴

⁸¹ J. LYNCH, *Los Austrias, 1516 -1700*, Crítica, Barcelona, 2010.

⁸² A. SANZ TAPIA, *op. cit.*, pág. 68. Tras la muerte del marqués de los Vélez y la caída del conde de Oropesa en 1693, la continuación del beneficio de los oficios para las Indias corrió por mano del duque de Montalto.

⁸³ *Ibidem*, pág. 106.

⁸⁴ *Ibidem*, pág. 110.

Los hombres como Villatoro gozaron de pésima fama por los supuestos abusos en su proceder, consistentes en “abultar gastos o representar inexistentes servicios”.⁸⁵ Para que las demandas de sus representados fueran satisfechas, era preciso que entrasen en trato directo con algún alto cargo del Consejo o con la autoridad en quien estuviese comisionada la venta y beneficio de las plazas. La cotización del cargo en el mercado venal dependía de las posibilidades de enriquecimiento y recuperación de lo egresado, pero también se tenían en cuenta los premios que conllevaba el nombramiento, tales “como prestigio personal, valoración meritoria para ulteriores puestos peninsulares o indianos, o sencillamente la posibilidad de establecerse en Indias”.⁸⁶

Gracias a la *Memoria de los oficios y cargos del distrito de las provincias de Nueva España que ha beneficiado don Diego de Villatoro, marqués del Castillo, desde 1683 a esta parte*, perteneciente a la sección de Contaduría del Archivo General de Indias,⁸⁷ conocemos las cantidades entregadas por Calderón y su suegro para beneficiar sus respectivos puestos. Al tratarse de un documento oficial, descartamos que en él se contemplen las comisiones que llevaría su experimentado y diestro agente en recompensa de su gestión. Tan sólo se recogen las sumas en que se cotizaron sus plazas y que los interesados depositaron en la Tesorería General del Consejo de Indias.

Si Domingo de Pividal había obtenido en 1677 la alcaldía mayor de Miahuatlán por 3.500 pesos (2.000 de donativo y 1.500 prestados),⁸⁸ para desempeñar el que prometía ser un lucrativo oficio en las minas de San Luis de Potosí hizo un “donativo gracioso” de 5.000 pesos, que aumentó en 1.000 más a cambio de la facultad de nombrar sustituto si sus achaques o fallecimiento le impedían tomar posesión de la plaza. El abono del conjunto de los 6.000 pesos escudos de plata se hizo llegar al marqués de Fuentehermosa, administrador de la Tesorería del Consejo, después de que por real decreto de 15 de agosto 1689 se le hiciese merced del oficio por espacio de cinco años.⁸⁹

⁸⁵ J.M. MARILUZ URQUIJO, *El agente de la administración en Indias*, Instituto de Investigaciones de Historia del Derecho, Buenos Aires, 1998, pág. 61.

⁸⁶ A. SANZ TAPIA, *op. cit.*, pág. 97.

⁸⁷ A.G.I., *Contaduría*, 235, r. 6.

⁸⁸ *Ibidem*, r. 11.

⁸⁹ A.G.I., *Contratación*, 5454, n. 3, r. 45. El resto de las condiciones en que se benefició la alcaldía han quedado recogidas en el título de Francisco Eusebio del Castillo y Saavedra, en quien se subrogó la alcaldía de San Luis de Potosí por haber fallecido el capitán de Pividal.

El de alcalde mayor era un oficio de gobierno con jurisdicción aneja y por tanto no se otorgaba en propiedad, sino por un período de tiempo limitado. A pesar de este carácter no patrimonial, en ocasiones los compradores obtuvieron, previo pago, la potestad de subrogar el cargo. La sola condición era que el sujeto elegido para ir en su lugar fuera de la aprobación del rey, o del virrey correspondiente en caso de que el cedente y el cesionario estuviesen en las Indias.⁹⁰ Pividal recurrió a este mecanismo para asegurar su inversión, seguramente previendo que su edad y mala salud le impedirían, como en efecto sucedió, ocupar la alcaldía beneficiada. El 31 de octubre de 1689 otorgó un poder para testar en que reconocía estar enfermo, y una nota al margen del documento nos da a entender que su muerte aconteció a principios de diciembre.⁹¹ En tanto que albacea y testamentario, Miguel Calderón señaló a Francisco Eusebio del Castillo y Saavedra, vecino de Cádiz, como sustituto de su suegro el 26 de enero de 1691. Para completar el traspaso, del Castillo ingresó en la testamentaría los referidos 6.000 pesos de plata que le había valido al capitán de Pividal la provisión.⁹²

Además de influyente agente, Villatoro dispuso de solvencia para financiar la plaza a un buen número de sus representados, entre los que Sanz Tapia sitúa a Calderón de la Barca. A su lado se cuentan magistrados designados para servir en las Audiencias de Lima, Quito, Charcas, Guatemala, México y Santa Fe.⁹³

Este autor ha estudiado cuidadosamente el tráfico de oficios con jurisdicción en Indias durante el reinado de Carlos II y ha podido constatar que desde que en 1683 se beneficiara el primer empleo para una magistratura, medió servicio pecuniario en 43 de las 111 provisiones registradas. De las mencionadas 111 designaciones, 20 fueron fiscalías, 14 alcaldías del crimen y las restantes 77 correspondieron a puestos de oidor. Dentro de este último grupo, 32 plazas –10 de titular, 17 supernumerarias y 5 futuras–

⁹⁰ F. MURO ROMERO, *art. cit.*, pág. 28.

⁹¹ El escribano Francisco del Solar anotó que a 8 de diciembre de 1689 se encargó de dar “testimonio para la iglesia a los albaceas por haber muerto el otorgante”. Cfr. A.H.P.C., *prot. de Cádiz*, 2365, ff. 991-992.

⁹² A.G.I., *Contratación*, 5454, n. 3, r. 45. El rey autorizó el nombramiento y se le concedió su título el 7 de junio de 1691.

⁹³ A.G.I., *Contaduría*, 235, r.6. La referencia a la compra de Calderón de una plaza de oidor por 12.000 pesos aparece registrada en dos ocasiones. En primer lugar, en la citada *Memoria de los oficios y cargos del distrito de las provincias de Nueva España...* y en un pliego suelto dentro del mismo ramo con el siguiente encabezamiento: *Empleos que benefició el marqués del Castillo en el distrito del Perú desde 1983*. A pesar de su título, en éste último se relacionan puestos beneficiados más allá del virreinato del Perú, como las plazas de oidor la Audiencia de Guatemala, México o la Casa de la Contratación de Sevilla. Los cargos enumerados en esta cuenta secreta fueron, según Sanz Tapia, todos ellos negociados y financiados por Diego de Villatoro. Cfr. A. SANZ TAPIA, *op.cit.*, pp. 110-111, nota al pie 47.

fueron dispensadas a cambio de una cifra media ligeramente superior a 12.000 pesos,⁹⁴ que es la misma cantidad que Miguel Calderón abonó para hacerse con una posición de oidor en Nueva España.

La particularidad del título conferido a Calderón es que se le hizo merced de una plaza supernumeraria, concepto éste que requiere explicación. En los períodos de necesidad más acuciante, una vez agotadas las plazas de asiento que enajenar en las instituciones, se recurrió a aumentar la recaudación proveyendo nombramientos por encima del número oficial de la plantilla, es decir, supernumerarias; y plazas en expectativa o futuras. A diferencia de los futurarios, que debían aguardar para iniciar su gestión a que les llegase el turno, a los supernumerarios se les reconocía el derecho a incorporarse inmediatamente, y en algunos casos, si lo habían negociado así en el momento de la compra, se les admitía con los mismos goces y retribuciones que los empleados del número.⁹⁵

Pronto se cuestionó lo provechoso de este negocio, pues al incrementarse el total de asalariados públicos se lastraban los presupuestos y perjudicaba a la larga a la real Hacienda. La creencia generalizada de que “los supernumerarios eran empleados excedentes que lejos de ayudar perjudicaban a la Administración por sus elevados costes de mantenimiento” justifica que en los reiterados intentos de reforma, emprendidos en 1691 y 1701, se buscase devolver la plantilla de los organismos del Estado al número que fijaba la ley.⁹⁶

A este argumento de la rentabilidad económica hay que añadir las fundadas preocupaciones acerca de la capacidad y calidad de los compradores de un cargo jurídico. Lo cierto es que sólo mediante el beneficio pudo Calderón de la Barca acceder a una magistratura a la que difícilmente habría optado si la selección de los candidatos hubiese seguido el cauce tradicional, bajo la supervisión de la Cámara de Indias, puesto

⁹⁴ A. SANZ TAPIA, “El proceso de venta y beneficio de cargos indianos en el siglo XVII”, *La venta de cargos y el ejercicio de poder en Indias*, Universidad de León, 2007, pp. 46-47 y 52-53.

⁹⁵ J. M. MARILUZ URQUIJO, *op. cit.*, pp. 158-159. Apenas se puede trazar un perfil general de los supernumerarios: “su existencia depende de disposiciones sumamente casuistas y poco uniformes”. Tampoco en lo que respecta al salario existió una norma universal. Mariluz Urquijo aplica al mundo indiano las observaciones de Janine Fayard refiriéndose a Castilla: “no existía regla fija, ya que podían no recibir sueldo alguno, ser recompensados con la mitad del sueldo normal del oficio o percibir el sueldo entero”.

⁹⁶ A. GARCÍA GARCÍA, *art. cit.*, pág. 64. Más adelante repararemos de nuevo en los intentos de reforma de 1691 y 1701.

que no reunía las condiciones de idoneidad que los camaristas más valoraban en un pretendiente. Estos requisitos estaban perfectamente establecidos: poseer antecedentes sociales (pertenecer a una de las grandes familias burocráticas); tener amigos y parientes con capacidad de influencia en la Corte; y reunir los credenciales académicos adecuados (haber estudiado en las Universidades de Salamanca, Alcalá de Henares o Valladolid, ser “colegial” de uno de los prestigiosos colegios mayores castellanos que alimentaban los grandes Consejos o haber sido titular de una cátedra universitaria).⁹⁷

Si la desbocada venalidad presentaba múltiples inconvenientes, la provisión de oficios supernumerarios contribuyó particularmente a la ruptura del sistema de ascensos prefijado. Al ser designado directamente para la Audiencia novohispana, Miguel Calderón entorpeció irremediablemente la promoción de ministros mejor preparados por su experiencia de años de servicio en tribunales menores e intermedios americanos.

Teóricamente existían unos esquemas de ascenso que funcionaban para todos los juristas que hacían carrera en las Indias. De los puestos audienciales el más bajo era el de fiscal de lo criminal. Por encima, en orden de creciente importancia, se situaban los cargos de fiscal de lo civil, alcalde del crimen y, finalmente, el de oidor (o juez civil). Los miembros de las nueve cortes inferiores de primera instancia debían avanzar posiciones y acumular antigüedad antes de disponer de alguna posibilidad de ocupar una vacante en Lima o México, que gozaban del máximo prestigio.⁹⁸

Cabía esperar una reacción animosa entre quienes quedaban arrumbados cada vez que se producía un nombramiento directo a una de las Audiencias virreinales. Así sucedió en 1689, poco tiempo antes de que Calderón comenzase a tramitar la

⁹⁷ Sirvan como obras de referencia sobre la cuestión las ya citadas de R.L. KAGAN, *Universidad y sociedad en la España Moderna* y M.A. BURKHOLDER y D.S. CHANDLER, *De la impotencia a la autoridad: La Corona española y las Audiencias en América, 1687-1808*.

⁹⁸ M.A. BURKHOLDER y D.S. CHANDLER, *op. cit.*, pp. 15-17. “Los esquemas de promoción eran tan definidos que los miembros de los tribunales dependientes del Secretariado de la Nueva España podían aspirar a ser elevados a la jerarquía de miembros de la Audiencia de México, mientras que los de Sudamérica y Panamá tenían como meta final la de Lima o a veces la de Santa Fe”. Los Tribunales subordinados a Lima eran Panamá, Chile, Charcas, Quito, Buenos Aires y Santa Fe de Bogotá. A su vez, bajo la supervisión administrativa del Secretariado de Nueva España había cinco Audiencias –todas las que se encontraban al norte de Panamá–, que se podían dividir en tres categorías: los tribunales inferiores eran Santo Domingo y Manila; los intermedios de Guatemala y Guadalajara; y por fin, a la cabeza estaba la corte virreinal de México. Los magistrados de los principales tribunales indios todavía podían aspirar a más: a ser ascendidos a las plazas que supuestamente tenían reservadas en las Audiencias y Chancillerías peninsulares, e incluso a entrar en uno de los supremos Consejos. A.G.I., *México*, 1072, lib. 25, fol. 148, en R. KONETZKE, *op. cit.*, pp. 630-636.

adquisición de su título. En mayo de aquel año llegó a la Cámara del Consejo un memorial que portaba la queja de los oidores de Santo Domingo y Panamá por la designación automática para Lima y México de “algunos colegiales y otros que se valen de favores no lícitos”.⁹⁹ Tras haber visto truncadas sus oportunidades de promoción, solicitaban, entre otras cosas, que a la hora de proveerse las primeras plazas de los tribunales indianos se tomasen en consideración los servicios y experiencia de los ministros de las cortes inferiores para premiarlos, y que se prohibiese la negociación de los agentes. La respuesta de la Cámara fue tajante, defendiendo la impecabilidad de los procedimientos y negando que en las aludidas provisiones hubiera mediado la intervención de agentes.

No faltan quienes afirman que detrás de la degradación de las Audiencias americanas estuvo la pérdida de vigencia del método regular de progreso en el escalafón: “la moral de todo el sistema judicial declinó apreciablemente por la falta de ascensos de jueces altamente calificados”.¹⁰⁰ No era cuestión baladí. La Corona tenía por muy conveniente la promoción y el consecuente traslado de los ministros, “así para premiar a los que lo merecen (que suele ayudar mucho a hacer ellos y otros, con la esperanza, lo que deben), como para desarraigarlos de las amistades que cobran en las partes donde están largo tiempo”.¹⁰¹

Las Leyes de Indias estaban cargadas de disposiciones para mantener aislados a los magistrados con miras a salvaguardar su independencia. Prohibiciones como la de ejercer en el lugar de nacimiento, las relativas al concierto de matrimonios dentro de sus distritos o de mantener trato y comunicación con los vecinos, perseguían prevenir aproximaciones perjudiciales que pudieran poner en riesgo su imparcialidad. Sin embargo, cuando se paralizaba el sistema del ascenso, los funcionarios permanecían en un tribunal durante un período tan prolongado que terminaban por estrechar vínculos

⁹⁹ “Consulta de la Cámara de Indias sobre un memorial dado en nombre de los oidores de las Audiencias de las Indias”. A.G.I., *Indiferente general*, 792, recogido en R. KONETZKE, *op. cit.*, vol. 2, t. II, pp. 812-814.

¹⁰⁰ M.A. BURKHOLDER y D.S. CHANDLER, *op. cit.*, pp. 55, 84-87.

¹⁰¹ R.L.I., lib. II, tít. II, l. XXXIV.

con la población y sirviendo a los intereses locales, en perjuicio de la recta administración de la Justicia.¹⁰²

Volviendo sobre Calderón de la Barca, desconocemos los pormenores del proceso de compra de su plaza por haberse realizado la negociación por la vía reservada. En un artículo reciente, Pilar Ponce-Leiva ha desgranado los pasos que se siguieron para beneficiar la presidencia de Quito en 1695 y ha podido comprobar que una operación de este calado, en la que intervinieron no más de seis personas, pudo decidirse en dos días y cerrarse en apenas quince.¹⁰³ Domingo de Ezeiza, que así se llamaba el sujeto que benefició la presidencia de la Audiencia quiteña, se valió de los servicios de Miguel Díez de Recalde. Este agente hizo llegar al Rey un memorial de su representado el 1 de noviembre de 1695. Carlos II encomendó inmediatamente después al consejero Juan de Larrea y al presidente del Consejo de Indias, conde de Montellano, la gestión y ajuste del beneficio. El día 16 ya se había llegado a un Acuerdo entre partes y el 8 de diciembre se promulgó el decreto ejecutivo por el que se nombraba a Ezeiza, “en atención a sus servicios, a los de su hermano y a los 28.000 pesos escudos de plata en oro que pagó al contado”, presidente supernumerario.¹⁰⁴

En el caso de Calderón sólo está clara la participación de Villatoro, a quien como intermediario correspondería la elevación al monarca del memorial con la pretensión y la relación de méritos y servicios de su cliente. Según la norma, los aspirantes a un nombramiento habían de incluir en su relación “todos aquellos actos meritorios y de buen servicio a la Corona ejecutados en el campo de las armas, la pluma, el gobierno, la administración, etc.”,¹⁰⁵ realizados por ellos mismos o por algún familiar o pariente, siempre y cuando pudiesen acreditarlos debidamente mediante las “certificaciones de virreyes, generales u otros jefes debajo de cuya mano hubieren servido”.¹⁰⁶

¹⁰² M.A. BURKHOLDER y D.S. CHANDLER, *op. cit.*, pág. 19. Las múltiples leyes que restringían la comunicación y el contacto de los oidores con los naturales de la Audiencia en cuyo distrito prestaban servicio, se encuentran en *R.L.I.*, lib. II, tit. XVI.

¹⁰³ P. PONCE-LEIVA, “El valor de los méritos. Teoría y práctica política en la provisión de oficios (Quito, 1675-1700)”, *Revista de Indias*, vol. LXXIII, n. 258, CSIC, Madrid, 2013, pp. 341-364.

¹⁰⁴ *Ibidem*, pp. 353-355.

¹⁰⁵ A. SANZ TAPIA, *¿Corrupción...*, 2009, pág. 89.

¹⁰⁶ *R.L.I.*, lib. II, tit. II, l. XLIII.

3. EL MEMORIAL DE SERVICIOS¹⁰⁷

En la relación de servicios de Miguel Calderón se enuncian someramente, en orden cronológico, los hitos de su carrera hasta 1689. Abre el informe la certificación por la que consta que en 6 de septiembre de 1677 fue examinado y aprobado para abogado de los Reales Consejos.¹⁰⁸ Sigue otra certificación mediante la que acredita su labor como asesor de Salinas de Andalucía durante 51 meses y 9 días –no se detalla en espacio de qué fechas–, defendiendo con integridad y celo las cuestiones que fueron puestas a su cuidado: la administración, la determinación de causas y el atajo de fraudes que se cometían en perjuicio de la Real Hacienda.

En 1680 sirvió de asesor en las causas civiles y criminales que se siguieron en la Proveeduría General de la Armada Real del Mar Océano y, a partir de 1682, también en la Artillería. Un año después fue llamado a ocupar temporalmente la fiscalía de la Casa de la Contratación, en ausencia de su titular, por el presidente de la institución, Juan Jiménez de Montalvo, para asistir en el despacho de la flota de Nueva España. En 1684 volvió a ejercer de fiscal interino, esta vez en el despacho de los navíos de azogues y por señalamiento del nuevo presidente de la Casa, Pedro de Oreitia.

Al cabo de dos años, en septiembre de 1686, Calderón presentó al Rey un memorial suplicando se le tuviese en cuenta en la provisión de un puesto de auditor de galeones, sin que llegase a concedérsele esta merced. Lo que sí obtuvo en 1687 fue una comisión de la Protectoría General de las Rentas Reales y Estancos de Tabacos de Andalucía, “para evitar los fraudes y extravíos”, después de que el conde del Aguilar subdelegase en él esta responsabilidad para lo tocante a la ciudad de Cádiz y su partido. Entre sus funciones estuvo la administración de distintas rentas, de modo que quedase asegurada la entrada de su procedido en las arcas reales.

El siguiente documento del que se hace eco la relación debemos situarlo en el contexto de la tramitación del título de oidor en Indias al que Calderón era aspirante. Se

¹⁰⁷ Los datos ofrecidos a continuación, salvo que se exprese lo contrario, pertenecen al memorial de Miguel Calderón de la Barca. Este documento “es copia del original que queda en la Secretaría del Consejo y Cámara de Indias de la negociación del Perú”, de donde se sacó en Madrid, a 9 de septiembre de 1689 por don Gregorio de Vega. A.G.I., *Indiferente general*, 134, n. 4.

¹⁰⁸ De la fecha del examen y aprobado dio fe la certificación del escribano Miguel Fernández de Noriega de 16 de diciembre de 1689. A.G.I., *Ibidem*.

trata de una carta de recomendación fechada en 13 de agosto de 1689, mediante la que el conde de la Calzada, entonces al frente de la Casa de la Contratación, se dirigía al marqués de los Vélez para expresar que tenía a Miguel Calderón por sujeto digno de entrar a servir en cualquier empleo que su majestad le dispensare por “las buenas prendas, procedimientos, juicio y literatura acreditada y experimentada, en las ocupaciones que ha ejercido y en los negocios que se le han encargado”. Y en efecto, si nos atuviéramos a la letra del contenido de este informe, fueron los méritos hasta ahora descritos los que le hicieron acreedor del nombramiento.

En los márgenes del memorial hay anotaciones que fueron realizadas con posterioridad para señalar que a Calderón se le concedió por consulta la presidencia de la Audiencia de Guadalajara en 1703, y que viajó en fecha indeterminada “a España a plaza de oidor de Granada”, una aseveración esta última que debió haberse corregido por no ajustarse a lo que en realidad sucedió. Lo que sí tiene fundamento es la breve noticia en que se apunta que el 28 de junio de 1690 la Cámara del Consejo estuvo de Acuerdo con que se le hiciese merced de hábito de una de las tres órdenes militares, sin exceptuar la de Santiago. Hemos localizado la consulta original donde los miembros de la Cámara —compuesta por el marqués de los Vélez, el conde de Villaumbrosa, el conde de Canalejas y el conde de Cifuentes— expusieron su parecer sobre este asunto después de que por decreto de 31 de octubre de 1689 se les remitiese el memorial que contenía la demanda de Miguel Calderón. El argumento fundamental por el que se estimó oportuno que se le favoreciese con un hábito fue el del agravio comparativo que se le seguiría al interesado de no obtener esta merced, “concurriendo en él notoria calidad” y “a vista de que se ha conferido a los demás provistos y con especialidad en Audiencia tan principal como aquella”.¹⁰⁹ La Cámara, previa deliberación, aprobó los pedimentos de Calderón basándose en que el hábito funcionaría como incentivo: “para que con este lustre sirva con más decoro y aliento”. El 5 de julio el monarca la refrendó con un lacónico: “Helo mandado”.

Se nos plantea en este punto una incógnita para la que carecemos de respuesta. Tras tomar la iniciativa de solicitar el hábito y haber obtenido el beneplácito real y el de la Cámara, no hay evidencia de que Calderón de la Barca iniciase los procedimientos

¹⁰⁹ A.G.I., *México*, 10, r. 1.

burocráticos ante el Consejo de Órdenes para que se tramitase su expediente. ¿Temió acaso que quedara truncado? La concesión de una merced de hábito no era una dignidad inmediata, sino sólo la llave para procurar el ingreso. Por otra parte, los altos costes monetarios de su tramitación pudieron desalentarle. ¿Traspasó entonces a un tercero la merced a cambio de dinero? Lo único que podemos afirmar con rotundidad es que don Miguel nunca vistió el hábito ni ostentó el título de “caballero”.¹¹⁰

4. ASPECTOS DEL TÍTULO DE CALDERÓN Y REACCIÓN AIRADA EN MÉXICO

El nombramiento de oidor supernumerario de la Audiencia de México se hizo expreso por decreto decisivo el 17 de septiembre de 1689. Tres meses después, el 30 de diciembre, se le hizo entrega al beneficiario de su título y de una real cédula dirigida al presidente y oficiales de la Casa de la Contratación para que, llegado el tiempo de emprender el viaje a Nueva España, pudiese hacerlo en compañía de su esposa, dos criados y dos doncellas.¹¹¹ Por su valor informativo conviene desgranar los puntos fundamentales contenidos en el título por el que se le daba poder y facultad para ejercer la plaza. Lo primero en que reparamos es en una ausencia: como sucediera en el memorial de méritos y servicios, a Calderón se le permitió silenciar, una vez más, el donativo.¹¹² Tan sólo el carácter supernumerario de la plaza y el nombramiento por decreto ejecutivo, sin que mediara consulta, permitían especular acerca de si había beneficiado, o no, el oficio.¹¹³

¹¹⁰ *Ibidem*. Por nuestras pesquisas sabemos que en el Archivo Histórico Nacional no hay rastro de que se le concediera el hábito de caballero, ni de que se hubiese iniciado el procedimiento y hubiera sido reprobado.

¹¹¹ Conocemos el contenido del título y de la real cédula de 30 de diciembre de 1689 gracias a que se guardó una copia en los libros de la Contaduría principal de la Casa de la Contratación cuando Calderón de la Barca solicitó el despacho de embarcación en la flota de Nueva España de 1692. A.G.I., *Contratación*, 5.454, n. 3, r. 35.

¹¹² La supresión del “sonido del dinero” en los contratos habría sido, albergamos pocas dudas, “objeto de pacto explícito” en la negociación del beneficio. F. ANDÚJAR CASTILLO, “Venalidad y gasto militar: sobre la financiación de la Guerra de los Nueve Años” en A. GONZÁLEZ ENCISO (editor), *Un estado militar: España, 1650-1820*, Actas, Madrid, 2012, pág. 401.

¹¹³ Por una mezcla de pudor y de cálculo a los funcionarios designados mediante este sistema les interesaba que en sus títulos se silenciase el donativo, anticipando un posible intento de reforma que pudiese derogar o suprimir la provisión. A. SANZ TAPIA, *¿Corrupción...*, 2009, pp. 46-47.

Entre las prevenciones contenidas en el texto figuraba la de embarcarse cuanto antes, en la primera ocasión de flota o naos de azogues que se presentase, so pena de perder la provisión. Por lo general, los magistrados supernumerarios designados para una Real Audiencia indiana procuraban trasladarse al punto a su destino y “se integraban en el tribunal americano sin mayor contratiempo”.¹¹⁴ El motivo de acudir cuanto antes a tomar posesión de la plaza era doble: para no ver cumplida la amenaza contenida en el título de quedar excluidos de ella;¹¹⁵ y para controlar por sí mismos el acceso a los cargos del número cuando hubiera una vacante¹¹⁶, cuestión primordial dada la precariedad que conllevaba una posición fuera de plantilla si se producía una reforma, como sucedió en 1691. Por decreto de 17 de julio el rey ordenó la reforma del superpoblado Consejo de Indias, medida aplicable por extensión a la Casa de la Contratación y a los tribunales americanos.¹¹⁷ Para los oficiales entretenidos, ausentes y supernumerarios esto se traducía en que quedaban apartados del ejercicio en espera de que se produjese una vacante apropiada para ellos –es decir, dejaba de reconocérseles la antigüedad–, percibiendo en este intervalo únicamente el 50% del sueldo.¹¹⁸ La remoción, que por las propias limitaciones del sistema resultó de corto alcance y no

¹¹⁴ A. GARCÍA GARCÍA, *op. cit.*, pág. 61.

¹¹⁵ “Su Majestad fue servido de responder a consultas de 22 de agosto de 1606 y 23 de julio de 1645 y el Consejo por diferentes decretos ha mandado que a todos los proveídos así en prebendas eclesiásticas, como en oficios perpetuos y temporales de cualquier calidad que sean, se les ponga cláusula en los títulos de *que tengan obligación a embarcarse en la primera ocasión de Flota o Galeones*, con que la provisión y merced se haya hecho tres meses antes que partan las Armadas, y se cuenten desde el día de la publicación de la merced en el Consejo; y *no embarcándose, queden excluidos por el mismo hecho y transcurso de tiempo de la merced* de su Majestad, y se provean de nuevo en otras personas y *no se les pueda dar posesión, ni admitir al uso, no costando haberse embarcado dentro de este tiempo*: y han de presentar con sus títulos certificación del secretario por cuyo oficio se hiciere la provisión del día en que se hubiere publicado, para que desde él se cuenten los tres meses.” Autos 20, 34, 65, 84, 93 y 163. *R.L.I.*, lib. II, tit. II.

¹¹⁶ A. GARCÍA GARCÍA, *op. cit.*, pág. 61.

¹¹⁷ A.G.I., *Indiferente general*, 828. La reforma estaba en línea con un real decreto de 31 de enero de 1687 que había quedado sin efecto debido a las consabidas urgencias y estrecheces que padecía la Monarquía y que hicieron preciso el recurso al beneficio y venta de plazas supernumerarias. La mayor parte de los autores que hemos estudiado limitan los efectos de la reforma de 1.691 al Consejo de Indias. No hemos podido consultar la cédula original, por lo que desconocemos su extensión, pero si atendemos a Chandler y Burkholder, que citan una copia de dicha real cédula de reforma (A.G.I., *Indiferente general*, 826), ésta afectó también a los tribunales de Indias: “el decreto privó de su cargo por lo menos a un ministro que lo había adquirido por compra, el mexicano José Miranda Villayzán” (M.A. BURKHOLDER y D.S. CHANDLER, *op. cit.*, pág. 40). Por otra parte, las cifras apuntan a que tan bien intencionada reforma no alcanzó su objetivo, como tampoco lo logró su réplica de 1701. Las obras de referencia para este asunto son G. BERNARD, *Le Secrétariat d'État et le Conseil Espagnol des Indes (1.700-1.808)*, Librairie Droz, Ginebra, 1.972; A. GARCÍA GARCÍA, “La reforma de la plantilla de los tribunales americanos de 1.701: el primer intento reformista del siglo XVIII”, *La venta de cargos y el ejercicio del poder en Indias*, Secretariado de Publicaciones de la Universidad de León, León, 2007.

¹¹⁸ G. BERNARD, *op. cit.*, pág. 174.

afectó a Miguel Calderón, perseguía agilizar la Administración y descargar la Real Hacienda, desembarazándola del pago de la mitad de los referidos salarios.¹¹⁹

Volviendo al título, entre las competencias y prerrogativas en él descritas estaba el derecho a entrar con el mismo goce y ejercicio de los demás oidores y la potestad de tomar posesión por vía de antigüedad de cualquiera de las plazas del número que vacaren en aquella Audiencia. Nos hallamos ante una nueva concesión excepcional: las leyes de Indias dictaban que la antigüedad corría desde la toma de posesión, y sin embargo Calderón logró que se le contase desde la fecha de la merced.¹²⁰ El carácter extraordinario de esta cláusula responde, sin duda, a la voluntad de Calderón de entrar lo antes posible a una plaza del número, una preocupación que reaparece tres años después, cuando suplicó que se le diera despacho que ratificase su antigüedad, de forma que ningún oidor supernumerario provisto después del 17 de septiembre de 1689 pudiera aventajarle cuando se produjera una vacante del número, aunque hubiese entrado a ejercer antes que él.¹²¹ Tomó esta prevención en junio de 1692, estando próximo a embarcar, alertado por la posibilidad de que el oidor de Santa Fe, Juan Garcés de los Fallos, a quien se había hecho merced de plaza de oidor supernumerario de México por decreto y título de 12 y 17 de febrero de 1690 respectivamente, se hubiese desplazado desde Nueva Granada a México y jurado ya la plaza, mientras que Calderón no había podido cruzar a las Indias debido a que la peligrosidad de los mares había impedido la formación y despacho de las flotas de Nueva España en 1690 y 1691.¹²²

La cautela de Calderón no resulta desproporcionada habida cuenta la frecuencia con que estallaban disputas entre oidores en territorio americano por la cuestión de si la

¹¹⁹ Apunta Schäfer que en 1690 sólo en el Consejo de Indias había como mínimo “50 supernumerarios asalariados de todas las categorías, desde el consejero hasta los porteros”, por lo que “¡cuántos no habría por aquel entonces en toda España!”. Las reformas para acabar con el exceso de funcionarios se justificaron por “la necesidad del pronto despacho de los negocios y con razones de economía”. E. SCHÄFER, *El Consejo Real y Supremo de las Indias: su historia, organización y labor administrativa hasta la terminación de la Casa de Austria*, Marcial Pons Historia, Valladolid, 2003, vol. I, pp. 262-268.

¹²⁰ *R.L.I.*, lib. II, tit. XVI, l. XXV.

¹²¹ A.G.I., *Indiferente general*, 134, n. 4. Su solicitud se vio de nuevo atendida y por acuerdo de la Cámara del Consejo de 16 de junio de 1692 se le mandó dar despacho para que se le guardara la antigüedad por fecha de su título.

¹²² M. F. LANG, *Las flotas de la Nueva España (1630-1710): despacho, azogue, comercio*, Muñoz Moya editores, Sevilla, 1998, pp. 202-213.

antigüedad empezaba a contar desde el momento en que se expedía el título o desde el día en que se prestaba el juramento. Así lo apuntaba Solórzano:

“En todos ministros, pero especialmente en los de las Indias, suele ofrecerse y controvertirse muy de ordinario la competencia sobre la antigüedad, cuando alguno de ellos ocurre tomar posesión de su plaza con título de data anterior y otro posterior en ella la tomó primero por haber abreviado más su viaje o tenido más feliz navegación. Y lo que en este punto hallo resuelto más comúnmente por los doctores es que si el Príncipe especialmente no hubiere declarado lo contrario, como muchas veces lo suele hacer (...) el primero que tomó posesión suele ser preferido porque la viene a tener en acto y en hábito por esta aprehensión y a comenzar a ejercer su oficio y ser cooptado en el orden y número de los de su Audiencia”.¹²³

Lo que descubriría don Miguel a su llegada a México era que sus desvelos habían sido en vano pues sobraban plazas del número disponibles. Esta circunstancia, no obstante, sólo se conoció en Castilla en enero de 1693.¹²⁴

Respecto al salario, se le reconocía que había de percibir 800.000 maravedís de plata anuales (algo menos de 3.000 pesos), así con la plaza supernumeraria como con la del número, que cobraría de los oficiales de la Real Hacienda de la capital novohispana, y que empezaría a devengar el mismo día en que se hiciese a la vela en uno de los puertos de Sanlúcar de Barrameda o Cádiz para ir a servir su empleo, siempre que no emplease más de seis meses en el viaje. Sin embargo de lo anterior, por decreto de 24 de mayo de 1692 se le hizo a Calderón una nueva gracia extraordinaria: el rey ordenó que desde entonces, y sin necesidad de que hubiese puesto rumbo a México, se le acudiese “por entero con el sueldo de su plaza”, sin más explicación que “que le pertenece por diferentes motivos que su Majestad reserva en sí”.¹²⁵ Desearíamos esclarecer este punto, accediendo a las razones que se esconden tras semejante disposición del monarca. Lamentablemente, escapa del todo a nuestro alcance.

El título de la plaza, por lo demás, contenía las usuales fórmulas mediante las que se confiaba en su acierto en los negocios de Justicia y la prohibición de causar daño

¹²³ J. DE SOLÓRZANO Y PEREIRA, *op. cit.*, t. II, lib. V, cap. IV, pág. 288.

¹²⁴ A.G.I., *México*, 10, r. 3. Carta del virrey conde de Galve, firmada en México a 18 de agosto de 1692 y recibida en aviso en 30 de enero de 1693.

¹²⁵ A.G.I., *Indiferente general*, 134, n. 4.

o perjuicio a los indios; antes bien se le conminaba a atender a su alivio y conservación. Por último se especificaba el plazo y condiciones en que debía satisfacer el derecho de la media anata, arancel con el que se gravaban “las mercedes, títulos, oficios y rentas otorgadas por el rey o sus delegados siempre que para ello mediara cédula o despacho del rey o sus ministros”,¹²⁶ y que consistía en el abono de la mitad del salario de un año. Para Calderón ello representaba 400.000 maravedís, que había de entregar en dos plazos: la mitad antes de jurar el cargo –para ser admitido tenía que mostrar la certificación de haber satisfecho el primer abono y de haber afianzado el segundo pago– y lo restante al comienzo del primer mes del segundo año de ejercicio.

La política de venta y beneficio de cargos tenía pocos partidarios más allá de quienes se lucraban y obtenían una ganancia económica u honorífica por este medio. Cuando la noticia de que se había beneficiado secretamente una plaza para México llegó a aquella corte, el virrey y la Real Audiencia en pleno reaccionaron airadamente, remitiendo al Consejo una carta de 30 de junio de 1690 en que manifestaban que, para preservar “la honra, decoro y reputación” de aquel tribunal, suspenderían la ejecución del real despacho, impidiendo la toma de posesión de este individuo cuando se presentase en aquel reino.¹²⁷

Asimismo representaban, con gran congoja y dolor, que se hallaban enterados de que un sujeto había sido promovido a plaza de oidor “sólo por haber servido con dineros”.¹²⁸ No daban el nombre del individuo en cuestión, pero la data de la carta restringe las opciones a Miguel Calderón de la Barca –Chandler y Burckholder son de esta opinión¹²⁹– y a Juan Garcés de los Fallos. Ambos habían sido nombrados por real decreto para una plaza fuera de plantilla, lo que en sí mismo era indicativo de que habían sido reclutados por dinero. La diferencia residía en que el primero había sido provisto directamente desde un puesto de abogado de los Reales Consejos en la Península, y el segundo podía acreditar largos años de servicio en Indias, habiendo sido

¹²⁶ A. M. BARRERO GARCÍA, “El régimen contributivo indiano en los siglos XVI y XVII” en *Memoria del X Congreso del Instituto Internacional de Historia del Derecho Indiano*, Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM), México D.F., 1995, (pp. 101-132), pág. 108.

¹²⁷ A.G.I., *México*, 10, r. 2.

¹²⁸ *Ibidem*.

¹²⁹ BURKHOLDER y D.S. CHANDLER, *op. cit.*, nota al pie 20, pág. 39.

promovido en al menos dos ocasiones desde Audiencias menores y subordinadas, como fueron Santo Domingo y Santa Fe, antes de que se le destinase a un tribunal de primera categoría. Sea como fuere, lo ajustado del tiempo transcurrido entre el nombramiento de Garcés de los Fallos, en febrero de 1690, y el día en que está fechada la misiva nos inclina a pensar que el sujeto aludido no era otro que Miguel Calderón.

La carta fue vista el 28 de marzo de 1691 en la Cámara de Indias, cuyos miembros –Vélez, Villaumbrosa, Cifuentes y Canalejas– condenaron de manera unánime su representación y contenido. El sentir general fue el de que virrey y ministros merecían una severa reprehensión y demostración:

“que manifestase el desagrado de vuestra Majestad y les advirtiese como deben obedecer sus reales órdenes, porque su ejecución no embaraza para que los tribunales representen después (...) lo que tuvieren por de su mayor servicio, siendo más precisa la prontitud en la obediencia en los que están tan distantes, como los de las Indias, porque de la suspensión (respecto al largo tiempo que pasa a esperar nueva resolución) se consideran imponderables los perjuicios que podrían seguirse”.

En su voto particular el conde de Cifuentes aprovechó la ocasión para recordar al monarca que se mantenía firme en el dictamen de que se habían de “excusar semejantes beneficios, especialmente en empleos de Justicia y Hacienda”. Nos interesa particularmente lo discurrido por el marqués de los Vélez, para quien el supuesto beneficio respondía a “alguna vaga y maliciosa noticia (...) no pudiendo (como no pueden) afirmar lo que aseguran, pues la Cámara está ignorante”, y a modo de castigo sugería la imposición de una multa a la Audiencia de 6.000 ducados. Es posible que no faltase a la verdad al afirmar que hasta México sólo podían haber llegado voces vagas, no pudiéndoles constar la operación, como no le constaba a la Cámara, pero esta supuesta “ignorancia” no debemos entenderla en un sentido literal, sino que más bien parece describir la inexistencia de evidencia instrumental.

El cariz escandaloso de la enajenación de oficios con jurisdicción explica la reticencia a su divulgación y registro en documentos oficiales, por lo que cabría la posibilidad de que los consejeros de Indias, aun presumiendo la venta, careciesen de medios materiales para probarla y permaneciesen ignorantes de los pormenores de la

negociación. Lo que no resulta creíble es que Vélez, al frente del Consejo, no estuviera al corriente, máxime cuando estaba situado a la cabeza de la Hacienda. Incluso, como adelantamos, lo más probable es que auspiciara y supervisara estas prácticas como fórmula para socorrer a una monarquía urgentemente necesitada de liquidez para afrontar los gastos de la guerra contra la Francia de Luis XIV.¹³⁰

5. ÚLTIMOS AÑOS EN CÁDIZ Y PARTIDA A NUEVA ESPAÑA

Devolvemos de nuevo la mirada a Calderón de la Barca y abandonamos el terreno de la especulación para asirnos a la seguridad de los datos, que, aunque escasos, han llegado hasta nosotros sobre las actividades en que ocupó sus días Calderón desde el 17 de septiembre de 1689, fecha de su nombramiento como oidor, hasta su partida a las Indias tres años después. Será nuestra labor en las próximas líneas exponer de forma ordenada la información, tratando de conferirle sentido, lo que supone volver sobre algunos acontecimientos ya referidos.

Recordemos que, recién designado, solicitó por memorial una merced de hábito que por decreto de 31 de octubre pasó a la Cámara del Consejo de Indias, deliberando ésta a favor de tal pretensión en consulta de 28 de junio de 1690, y que a pesar de haberlo ratificado el rey una semana después, nunca llegó a tramitarse su expediente. Por su parte, el capitán Domingo de Pividal otorgó el último día de octubre de 1689 un poder para testar mediante el que instituía por albaceas testamentarios a su yerno, a su esposa, y a su hija, doña Ana Josefa de Pividal, quedando ésta por única y universal heredera. Fallecido en los primeros días de diciembre, debió de ser enterrado, como era su voluntad, en el convento de San Francisco, casa grande de los franciscanos de Cádiz, con hábito de esta orden.¹³¹ Un año después, en enero de 1691, encontramos a Calderón

¹³⁰ No está en nuestro ánimo señalar a Vélez como artífice e instigador de las ventas y beneficios de cargos en Indias. Más bien hay que considerar que actuaba” –al igual que otros presidentes del mismo Consejo– como comisionado para esas operaciones, es decir, por delegación regia, pues todo el proceso venal era atribución en última instancia del monarca que firmaba los despachos de todos aquellos servidores que habían pagado una determinada cantidad de dinero para hacerse con un empleo en Indias”. F. ANDÚJAR CASTILLO, *op. cit.*, pág. 403.

¹³¹ A.H.P.C., *prot. de Cádiz*, 2365, fol. 991-992. Poder para testar de Domingo de Pividal ante Francisco del Solar, escribano público.

de la Barca como podatario de su suegro subrogando, según dijimos, la alcaldía de San Luis de Potosí para recuperar el crédito de 6.000 pesos en que se había ajustado el oficio y que seguramente necesitaría emplear en los preparativos del viaje.¹³²

El permiso para embarcar a México venía expresado en una real cédula que se le entregó el mismo día en que se le expidió el título, el 30 de diciembre de 1689. Dicha cédula le franqueaba el paso a Nueva España en compañía de su esposa, dos mozos y dos criadas. Esta licencia no incluía a doña Ana María de Contreras, viuda del capitán de Pividal, por lo que Calderón presentó un nuevo memorial ante el Consejo para que su suegra pudiera seguirles. Aunque se le concedió, debió de cambiar de opinión pues no sólo nunca llegó a embarcar, sino que nadie se interesó en recoger el despacho con la referida licencia.¹³³ Quienes a ciencia cierta sí acompañaron al matrimonio en calidad de personal de servicio fueron los jóvenes Luis Sánchez Tagle y Esteban de Presmanes Torres, ambos naturales del valle de Transmiera. Las dos criadas eran la asidonense Juana Gutiérrez y la hija de ésta, Isabel Tocino. A todos ellos se les dio despacho de embarcación en la ciudad de Cádiz el 25 de junio de 1692.¹³⁴

Por aquel tiempo el puerto gaditano era el epicentro del tráfico marítimo con América, entrando y saliendo flotas y galeones como antes lo habían hecho desde Sevilla y Sanlúcar. La Guerra de los Nueve Años incrementó la peligrosidad de los mares, frustrando la formación de las flotas de 1690 y 1691. La oportunidad de cruzar el Atlántico para ir a servir el empleo adquirido se le presentó a Calderón por fin en 1692. Fue en la flota del general conde de Saint Rémy, don Luis de Egüés, Beaumont y Navarro, cuyos preparativos pudo seguir de cerca pues entre junio y julio tomó parte en su despacho en calidad de fiscal del rey por designación del marqués de Canales,

¹³² A.G.I., *Contratación*, 5454, n. 3, r. 45.

¹³³ A.G.I., *Indiferente general*, 2077, n. 376. La Cámara deliberó que se le había de conceder esta licencia, a pesar de lo cual no acudió nadie “a sacar este despacho”, como nos informan las notas de 8 de septiembre de 1691 y 29 de noviembre de 1701, que se apuntaron en el margen del memorial. La escritura de los censos que impuso sobre sus bienes la referida Ana María Lucas de Contreras en 1695 y 1701 revela que siguió residiendo en Cádiz. No conocemos la fecha de su muerte.

¹³⁴ A.G.I., *Pasajeros*, lib. 14, e. 368/ 369/ 370/ 371 y 372. Cumpliendo con las normas que regulaban el movimiento migratorio, el 23 de junio de 1692 Calderón de la Barca presentó la requerida certificación con las informaciones sobre el lugar de nacimiento, edad, señas y estado civil de las dos sirvientas y dos criados que por real cédula se le había autorizado a llevar consigo. De este modo certificaba a su vez que no se encontraban entre los que tenían prohibido pasar a las Indias. Dos días después se dictó el auto por el que se les daba a los cuatro despacho de embarcación junto a Calderón y su esposa.

presidente de la Casa de la Contratación, y Juan Bautista de Aguinaga, juez oficial de la Real Audiencia de ella. La vinculación de Calderón con la Casa se remontaba a 1683. Aquel año y el que le siguió estuvo asistiendo en el registro de ida de la flota de Nueva España y de navíos de azogues como fiscal interino,¹³⁵ y aunque no se detalla esta condición, suponemos que 1692 volvió a ocupar la fiscalía con interinidad, en ausencia del fiscal titular residente en Sevilla.¹³⁶

Era bien conocido que las flotas debían partir de las costas españolas antes del 15 de julio. En caso de no hacerlo a su tiempo, como bellamente escribe Lantery en sus *Memorias*, “no puede salir, por causa de los nortes tan furiosos que entran en esos mares de la Nueva España por fines de septiembre y principios de octubre, y si los coge en esa ensenada, van a peligro de perderse todos y aun ahogarse”.¹³⁷ Apurando los plazos, la flota del conde de Saint Rémy zarpó de Cádiz el 18 de julio, poniendo rumbo a la Nueva Veracruz.

De todos los efectos que Calderón de la Barca llevó consigo desde España, únicamente hemos hallado registradas cinco cajas de libros que, previa inspección del Santo Tribunal y pago del 1% del derecho de avería, cargó en la nao Santísima Trinidad y Nuestra Señora de Aránzazu el 7 de julio.¹³⁸ De acuerdo a la ley, los ministros antes de ser admitidos a ejercer su plaza debían presentar un inventario de bienes.¹³⁹ Para aquellos que se desplazaban por mar, una consulta del Consejo de 1627 prevenía que “hiciesen inventario de lo que llevan y a la vuelta registren lo que traen antes de desembarcarse”.¹⁴⁰ Se entendía que esta medida procuraría la prudencia en la actuación y garantizaría la honestidad de los funcionarios reales en Indias.¹⁴¹ Con el tiempo, no obstante, la práctica de la bienintencionada norma cayó en desuso y Calderón fue uno de tantos que descuidó su cumplimiento.¹⁴² Este inventario como instrumento

¹³⁵ Como nos dice a su vez la relación de méritos y servicios (cfr. A.G.I., *Indiferente general*, 134, n. 4) en 1686 presentó un memorial solicitando, sin resultado a su favor, un puesto de auditor de galeones.

¹³⁶ Tenemos constancia de que Calderón de la Barca ocupó el cargo entre el 11 de junio y 5 de julio. A.G.I., *Contratación*, 1249 / 1250 / 1251 y 1252.

¹³⁷ R. DE LANTERY, *op. cit.*, pp. 249-250.

¹³⁸ A.G.I., *Contratación*, 1249, n. 6.

¹³⁹ *R.L.I.*, lib. III, tít. II, l. XLVIII.

¹⁴⁰ R. KONETZKE, *op. cit.*, t. L. Consulta del Consejo de 23 de agosto de 1627.

¹⁴¹ J.M. MARILUZ URQUIJO, *op. cit.*, pág. 392.

¹⁴² En 1715, cuando al oidor decano de la Audiencia de México, Francisco de Valenzuela y Venegas, se le preguntó si había hecho inventario de bienes antes de entrar a ser ministro, afirmó que “ni tenía de qué

descriptivo nos hubiera sido enormemente útil, no tanto para conocer al pormenor los muebles y efectos de valor con que viajó –que también–, como para calcular en cuánto multiplicó Calderón su riqueza en el tiempo en que estuvo de ejercicio. Por lo demás, del equipaje, que necesariamente hubo de ser abundante, sólo disponemos alguna información adicional a través de una carta de 1700 en que don Miguel daba cuenta personalmente al presidente del Consejo de Indias de la moderación del ornato de su casa ocho años después de su paso al Nuevo Mundo, afirmando que se reducía a una colgadura de estrado de brocatel, almohadas y alfombra que había traído consigo desde Cádiz, donde habían sido del uso de su mujer doña Ana de Pividal –ésta, en su comedimiento, todavía se mantenía con los mismos vestidos que gastaba antes del viaje–.¹⁴³ Quizá tanto la colgadura como las almohadas y la alfombra fuesen las mismas descritas en el inventario de la carta de dote de 1686, habiendo cruzado con sus propietarios el Atlántico. En concreto, la alfombra parece aquélla del Cairo que cuando contrajeron matrimonio se tasó en 1.600 reales; la colgadura encaja a la perfección con aquélla “para el estrado, de brocateles de Venecia”, de 3.225 reales; y posiblemente las almohadas, siguiendo la misma lógica, formaron parte de la docena a estrenar, que tapizadas de terciopelo carmesí, guarnecidas con galón y bellotas de oro, se valoraron en 120 reales cada una.

Calderón pudo haber realizado el viaje en la Santísima Trinidad, que era la nave de gobierno y una de las de mayor tonelaje de cuantas componían la flota. Por lo general, los provistos para un oficio en las altas esferas de la administración se acomodaban en las mejores embarcaciones “y en aposentos decentes. Los demás, buscaban un rincón en donde sufrir, lo más desahogadamente posible, la travesía”.¹⁴⁴ De cuantos pasajeros cruzaron entonces a las Indias, hay dos que merece la pena resaltar porque permiten asociar a Calderón de la Barca con el poderoso gremio de comerciantes vascos afincados en tierras gaditanas en el último tercio del siglo XVII. El primero es el sargento mayor Pedro Dorronsoro,¹⁴⁵ cuyo hermano Juan estaba casado con María de

hacerlo, ni se practica el que ninguno lo haga”. A.G.I., *Escribanía*, 278C. Visita General de Francisco de Garzarón a la Audiencia y Real Sala del Crimen de Nueva España.

¹⁴³ A.G.I., *México*, 90, r. 4, n. 59.

¹⁴⁴ F. SERRANO MANGAS, *Función y evolución del galeón en la carrera de Indias*, Mapfre, Madrid, 1992, pág. 204.

¹⁴⁵ El despacho de embarcación que le fue entregado para cruzar a las Indias como factor incluye una copia de la licencia de su esposa, María Díaz de Incinillas, autorizándole a pasar a beneficiar las

Plata, hermana de don Miguel.¹⁴⁶ El otro individuo es Pedro Martínez de Murguía y Sanz del Zuazo, nacido en Manurga, que en compañía de su hermano Andrés administraba una de las más prósperas casas de comercio de cuantas en Cádiz había. Andrés, en concreto, mantuvo con Calderón fuertes lazos de afecto y correspondencia, al punto de nombrarle por coalbacea en su testamento.¹⁴⁷ El sargento mayor Dorronsoro y Pedro Martínez de Murguía compartían nación –eran vascos o, como se reconocían entonces, vizcaínos– y profesión: con ocasión de la flota de 1692 viajaban a ultramar como comerciantes y agentes, acompañando las mercaderías que tenían cargadas en diferentes navíos. En el transcurso del viaje, el 20 de agosto, hubieron de actuar como testamentarios de su paisano, Ignacio de Elizondo, muerto a bordo.¹⁴⁸ También sugiere que tuvieron trato cercano y directo la frecuencia con que sus nombres aparecen juntos en documentos relativos a la cofradía y patronato del Santísimo Cristo de la Humildad y la Paciencia, sita en la capilla mayor de la Iglesia conventual de San Agustín.¹⁴⁹

La flota del general Diego de Egüés alcanzó la Nueva Veracruz la noche del 14 de octubre, víspera de la festividad de santa Teresa, con lo que se puso fin a más de dos meses de periplo. Hacia las diez arribaron las primeras cinco naves de las quince que la componían, mientras las restantes, que “estaban a la vista”,¹⁵⁰ fueron alcanzando el puerto de manera escalonada. Como narra Antonio de Robles en su *Diario de sucesos notables*, un mes antes, en septiembre, un navío de aviso que la precedió se había encargado de anunciar en México la inminencia de su llegada y, cuando ésta se produjo

mercaderías que por valor de 200.000 maravedíes tenía repartida entre las naves que componían la flota. A.G.I., *Contratación*, 5454, n. 2, r.5 6.

¹⁴⁶ En el Archivo Histórico Diocesano de San Sebastián hemos hallado las partidas de bautismo de Pedro y Juan, hijos de Juan Dorronsoro y Catalina Portu. FO6-113 Fondo parroquial de San Juan Bautista, de Lezo.

¹⁴⁷ Los hermanos Martínez de Murguía llegaron a Cádiz desde Manurga, y en particular sabemos que don Andrés lo hizo con la recomendación del “capitán Juan Sáenz de Manurga, su tío, que andaba en la carrera de Indias, y con él siguió la misma profesión y ejercicio embarcando géneros diferentes a Veracruz y a México”. Así consta en AHN, *Ord. Militares, Santiago*, leg. 52, exp. N. 4977, según lo recoge M.G. CARRASCO GONZÁLEZ, *Comerciantes y casas de negocios en Cádiz, 1650-1700*, Universidad de Cádiz, 1997, pág.48.

¹⁴⁸ A. OTAZU Y J.R. DÍAZ DE DURANA, *El espíritu emprendedor de los vascos*, Sílex, Madrid, 2008, pág. 390.

¹⁴⁹ J. GARMENDIA ARRUEBARRENA, *Cádiz, los vascos y la Carrera de Indias*, Eusko Ikaskuntza, San Sebastián, 1989, pp. 68, 71, 130 y 137.

¹⁵⁰ A. DE ROBLES, *Diario de sucesos notables*, Porrúa, México, 1946, t. II, pág. 272.

felizmente, se celebró con el repique de campanas y misa en acción de gracias en la catedral.¹⁵¹

¹⁵¹ *Ibidem*. Entre 1665 y 1703, Robles registró en las páginas de su *Diario* todos los hechos importantes que incumbían a Nueva España y al resto del mundo, ofreciendo una panorámica de gran interés para entender este período y su contexto.

CAPÍTULO 2: NUEVA ESPAÑA I. PRIMEROS AÑOS EN EL EJERCICIO DEL MINISTERIO

1. LA AUDIENCIA MÉXICANA EN 1692

Aquel otoño la ciudad de México aún andaba conmocionada por los graves sucesos del tumulto que se desató el 8 de junio con la propagación del rumor de haber muerto una india ahogada en la alhóndiga durante el reparto del maíz, cuya escasez, como la de trigo, se acusaba. Una multitud hambrienta y descontenta, pertrechada de piedras y cuchillos, cargó contra los símbolos del poder en la ciudad al grito de “¡Viva el rey y muera el mal gobierno!”.¹⁵² Los soldados de la compañía y guardia del Real Palacio no bastaron para sofocar la revuelta:

“por el crecido número de gente sublevada la cual empezó a pegar fuego al balcón principal y cuarto de la virreina y a las tres puertas de los oficios del Juzgado de Provincia, a las principales, que son tres, de dicho Real Palacio, a las de los cuarteles y parque y las de la Real Cárcel contigua a él, y de allí a saquear los cajones de la plaza mayor que se componen de considerables créditos de mercaderías, ropa, plata, reales, especiería y otros géneros (...) y de allí la gente de dicho motín pasó a poner fuego a la casa del Ayuntamiento y Cabildo de esta ciudad, su oficio, los públicos, alhóndiga y cárcel de ella (...) ardiendo todo allí tiempo con tanta actividad y estrago que aunque se ha solicitado con toda instancia y cuidado el remedio, ha sido el daño irreparable”.¹⁵³

Los contemporáneos hicieron distintas lecturas del suceso y de las razones que motivaron la revuelta. Sin olvidar los factores económicos, se apuntó al descontento social derivado de las medidas implantadas por el virrey para atender al abastecimiento de la ciudad e incluso a que todo fue un motín orquestado por los indios para restablecer el imperio azteca y recuperar sus antiguas idolatrías.¹⁵⁴ Para Robles, además de la escasez de grano, las causas “se discurren ser nuestras culpas que quiso Dios castigar, tomando por instrumento el más débil y flaco, como es el de unos miserables indios, desnudos, desprevenidos y desarmados, como en otros tiempos lo ha hecho su Divina

¹⁵² *Ibidem*, pp. 248-258.

¹⁵³ A.G.I., *Patronato*, 226, n. 1, r. 2.

¹⁵⁴ R. FEIJOO, “El tumulto de 1692”, *Historia mexicana*, COLMEX, México, julio-septiembre 1964, n. 54, vol. XIV, pág. 656.

Majestad, como parece por historias divinas y humanas”.¹⁵⁵ Lo cierto es que entre la muchedumbre que protagonizó los altercados se reconoció haber indios, pero también negros, mestizos, mulatos, criollos y españoles pobres. Gentes de malvivir que según la creencia imperante se daban cita en las pulquerías y en torno al “baratillo” de la Plaza Mayor.¹⁵⁶ De ahí que entre las medidas adoptadas en respuesta y prevención de nuevos levantamientos estuviese la extirpación del baratillo, la creación de barrios de indios a las afueras de la ciudad y la prohibición del pulque.¹⁵⁷

La noche del alboroto el conde de Galve, trigésimo virrey de Nueva España, faltó de “guarnición y medios” para restablecer el orden, no salió a enfrentar la multitud sino que permaneció a resguardo en el convento de San Francisco, una precaución que le valió ácidas críticas de falta de arrojo y cobardía.¹⁵⁸ Sin un ejército que pudiera hacer frente a los sublevados, fueron las milicias improvisadas de vecinos voluntarios las que lograron sofocar la revuelta. Más en concreto, fue la compañía de comerciantes la

¹⁵⁵ A. DE ROBLES, *op. cit.*, pág. 258.

¹⁵⁶ R. FEIJOO, *op. cit.*, pág. 661.

¹⁵⁷ Estas medidas tuvieron un éxito y efecto limitado, sobre todo en lo concerniente al consumo del pulque, que volvió a legalizarse en 1699 por real cédula. Por lo que toca a la eliminación del baratillo de la Plaza Mayor, prohibido por mandato expedido por el virrey con voto consultivo del Real Acuerdo de 12 de julio de 1692, pronto volvió a autorizarse de facto, habiéndose dado por imposible su extinción. En 1719 el alcalde de corte Juan Francisco de la Peña y Flores, justificó la permisividad de la Sala del Crimen alegando que “este mal del baratillo, si lo es, se ha hecho irremediable y necesario. Digo ‘si lo es’ porque más es la mala fama que tiene que los delitos que se cometen (...) y también es irremediable porque para extirparlo no han bastado fuerzas y manos (...) Por los años de 93 y 94 consiguió la suma actividad de don Teobaldo de Gorráez Beumonte y Navarra, corregidor que a la sazón era de la ciudad, arrancar de raíz el baratillo de la plaza obrando para ello con todo el calor del señor conde de Galve y de la Real Sala del Crimen que le dio extrañas facultades para que ejecutase castigos extraordinarios. Pero el efecto avisó que era la hidra de Lerna el baratillo, a quien quitada una cabeza le nacían siete porque por un baratillo quitado en la plaza se llenó la ciudad en todos sus barrios y extramuros de innumerables baratillos (...) y resultó mayor daño porque pasó a sacrilegio el baratillo, pues huyendo de esta constante persecución se pasaron a fundarlo en el cementerio de la catedral donde ya no los pudo aprehender y donde ni los ostiarios ni celadores de la Santa Iglesia, si las censuras del señor arzobispo los pudieron expeler. Hasta que acabado su empleo don Teobaldo y experimentados dichos inconvenientes causó la connivencia el que se restableciese donde antes estaba. Y esta connivencia tuvo origen de que habiendo dejado dicho don Teobaldo el corregimiento tomó la Real Sala en sí el empeño del baratillo y habiendo preso una tarde a uno de dichos baratilleros el año de 96 el señor alcalde de corte don Manuel Suárez Muñiz, se atumultuó toda la gente vulgar contra este señor ministro, le apedrearon el coche en que iba, y persiguieron hasta su casa, que también apedrearon y le quebraron todos los vidrios de sus ventanas. Y vueltos a la Plaza, donde estaba una picota en frente de la catedral, la quemaron con suma irreverencia, levantando una llama tan escandalosa que alumbraba toda la ciudad y concurrió tanta gente a este desacato que por no ‘perfisionar’ un tumulto se tuvo por bien disimularlo y que parase el incendio en la picota. Y esta y otras razones me persuado son las que han influido para levantar la mano y desentenderse en el punto del baratillo.” A.G.I., *Escribanía*, 281A, fol. 586. En concreto corresponde a la defensa presentada por de la Peña y Flores al cargo 45 de los que resultaron contra él en la visita del inquisidor Francisco de Garzarón.

¹⁵⁸ J.I. RUBIO MAÑÉ, *El virreinato II: Expansión y defensa*, Fondo de Cultura Económica (en adelante emplearemos FCE), México, D.F., 1983, parte I, pág. 62.

primera en penetrar en la plaza para la pacificación del tumulto y apagar el fuego.¹⁵⁹ En lo que mira los Tribunales de la Real Audiencia, los estragos originados por el fuego en el Real Palacio obligaron a buscar una nueva ubicación en los espacios aún habitables e impidieron el restablecimiento de la actividad hasta el 30 de junio.

Si la sede física se hallaba deteriorada cuando llegó Miguel Calderón, el cuerpo de ministros que la componía se hallaba seriamente menoscabado, aunque por distintos motivos. El fallecimiento de Juan de Padilla Guardiola y Guzmán, marqués de Santa Fe, acaecida el 2 de diciembre de 1691, había señalado el inicio de una etapa de apuros para la Audiencia de Nueva España. A la muerte del marqués de Santa Fe sucedieron otras dos en menos de tres meses: el 16 de febrero de 1692 murió Juan Bautista de Urquiola y el 12 de marzo lo hizo Fernando de Haro y Monterroso. Cumpliendo con el deber de informar al rey y Consejo sobre cualquier materia que afectase al estado general del virreinato, en carta de 18 de agosto el conde de Galve expuso la gravedad de la situación. Si en México, como en Lima, el número ordinario de oidores en planta debía ser ocho, sólo restaban cinco ministros en servicio, dos de los cuales, para más inri, sufrían achaques que a menudo imposibilitaban su asistencia, padeciéndose constantes y penosos retrasos en el despacho de Justicia.¹⁶⁰ En la misma correspondencia notificaba el virrey la presencia en el reino de Juan Garcés de los Fallos, a quien había enviado a la Puebla de los Ángeles a entender en la residencia y capítulos puestos contra el alcalde mayor Gabriel del Castillo.¹⁶¹ A pesar haber puesto a su cuidado esta tarea, lo que no había hecho el virrey era darle posesión de la plaza de oidor, en espera de que le llegasen instrucciones al respecto desde España. Éstas viajaron con la flota a Veracruz y

¹⁵⁹ El Consulado de comerciantes se ofreció a mantener a su costa, sin que supusiera gasto alguno para la real hacienda, el tercio de hombres que se formó para hacer frente al tumulto. La junta de guerra de Indias estuvo de acuerdo en su subsistencia, instando al virrey a que crease “dos o tres compañías de caballos de la gente que pareciere puede ser más a propósito, sin señalarles sueldo alguno y dándoles solamente las patentes de capitanes, tenientes y alféreces con la obligación de estar prontas y dispuestas a salir en los casos que pudieren ofrecerse (...) a la manera de las que hay aquí en la costa de Granada y que entonces lo que se les diere no ha de ser con nombre de sueldo sino por vía de socorro o ayuda de costa y como para pan de munición”. A.G.I., *México*, 376. 13 de febrero de 1693.

¹⁶⁰ *Ibidem*, 10, r. 3. Carta del virrey conde de Galve, firmada en México a 18 de agosto de 1692 y recibida en aviso en 30 de enero de 1693.

¹⁶¹ *Ibidem*, 87, r. 4, n. 48. En 25 de septiembre de 1692 y en la Puebla de los Ángeles, escribió Juan Garcés de los Fallos para informar de que hallaba entendiendo en la residencia del alcalde mayor de la ciudad por orden del virrey, tras haber navegado a Veracruz desde Cartagena en embarcación corta e incómoda, exponiéndose a un sin fin de peligros, en compañía de su mujer y once hijos. Explicaba que había sido elegido para dicha comisión por la “inquietud y desasosiego que había entre sus vecinos en tiempo de otras calamidades, con daño de la paz”.

alcanzaron la capital el 23 de octubre, cuando se hizo público que tanto él como Miguel Calderón de la Barca habían sido provistos para el oficio. Sin más dilación, al día siguiente Garcés de los Fallos juró el cargo y partió de nuevo a la Puebla a retomar la comisión que tenía su cargo.¹⁶²

Aunque Calderón no fue recibido por oidor hasta fines de noviembre, se cumplió lo dispuesto por el rey respetándose la antigüedad de su título frente a Garcés de los Fallos, de modo que la primera plaza que había vacado, la del marqués de Santa Fe, se le reservó a Calderón mientras que Garcés, aun habiendo jurado antes, ocupó la segunda plaza que había quedado libre y pertenecido al difunto Juan Bautista de Urquiola.¹⁶³ La tercera vacante del número tardó en ser cubierta, pues aunque se dio por consulta de febrero de 1693 al fiscal de lo civil de México, Benito de Novoa Salgado, éste murió antes de llegar a ocuparla, por lo que hubo de consultarse de nuevo el 18 de noviembre, confiriéndose por fin a Juan de Escalante y Mendoza, que entró a servirla en septiembre de 1695.¹⁶⁴

Retornemos a noviembre de 1692. El jueves 27 tuvo lugar el acto de toma de posesión y juramento por el que se oficializó la incorporación de Calderón a aquella Real Audiencia.¹⁶⁵ En el curso de este tipo de ceremonias el designado acudía con su título ante el virrey y oidores, presentando a su vez la certificación de los oficiales de la Real Hacienda y Caja de México que acreditaba el cumplimiento del derecho de la media anata y de haber dado la fianza de la segunda paga. El escribano de cámara procedía a la lectura en alta voz del real título, que pasaba después de mano en mano de los asistentes, que lo besaban y colocaban sobre sus cabezas en señal de acatamiento. El virrey ordenaba entonces que se procediese al juramento acostumbrado, lo que el ministro entrante efectuaba de rodillas ante una mesa en que se había colocado una Cruz, un libro abierto de los Santos Evangelios y el real sello de aquella Audiencia sobre una fuente de plata. Tras este acto el oidor más antiguo le cogía de la mano y le guiaba para complimentar al virrey y a sus compañeros, y para que ocupara por fin la silla que le correspondía de Acuerdo a la jerarquía y a su antigüedad por juramento o, como en el caso de Calderón, por la fecha de expedición del título. La norma dictaba

¹⁶² A. DE ROBLES, *op. cit.*, t. II, pp. 273-274.

¹⁶³ A.G.I., *Indiferente general*, 133, n. 76.

¹⁶⁴ A.G.I., *México*, 88, r. 1, n. 1.

¹⁶⁵ A. DE ROBLES, *op. cit.*, t. II, pág. 277.

que al oidor más moderno se le había de conceder el último asiento entre los oidores, inmediatamente anterior al de los alcaldes de corte.¹⁶⁶ Por otra parte, desde el instante en que se producía el ingreso, vestir la garnacha –ropa talar o hábito que simbolizaba el cargo–, se convertía en un deber para todos los ministros.¹⁶⁷

Conforme a lo dispuesto en las Leyes de Indias, los oidores no podían tener casas en propiedad en todo el distrito de su Audiencia, de forma que Calderón vino a instalarse con su familia y criados a en la calle de Santa Clara, en unas casas alquiladas a don Agustín de Sandoval, “sujeto conocido y honrado”, que para mejor agasajarle se las adornó con alhajas, “entre ellas una colgadura, con casi todo el menaje de casa”. Recaerían después acusaciones sobre Calderón de ingratitud y codicia pues al parecer se apropió de estos bienes, “interpretando (...) a medida de su deseo por donación el que fue suplemento amistoso para lissarle por entonces de los gastos de recién llegado”.¹⁶⁸ Ignoramos cuánto tiempo se hospedó en Santa Clara, pero tenemos noticias de que pronto se mudó a la que sería su residencia definitiva hasta su regreso a España, en la calle de la Encarnación, donde “antes de entrar a vivir, gastó más de dos mil pesos en su aderezo y ponerla corriente por estar casi inhabitable”.

Todo parece apuntar que durante los años de ejercicio en Nueva España existió una buena relación entre Calderón y los sucesivos virreyes que fungieron el cargo. El virrey, constituido como suprema autoridad y máximo representante de la figura del monarca, merecía el tratamiento de ‘Excelentísimo’. Entre sus atribuciones estaba de gobierno; la misión espiritual de atender a la conversión y evangelización de los indios; la económica, como responsable de la Real Hacienda; y la guerra, pues era Capitán General de los Ejércitos. Le correspondía también la presidencia de la Real Audiencia y

¹⁶⁶ El testimonio de la toma de posesión de la plaza de oidor de don Baltasar de Tobar y de don Fernando López Ursino y Urbaneja, en 1699 y 1700 respectivamente, nos ha permitido reconstruir cada uno de los pasos que se seguían en estos actos. Como curiosidad, en ambos actuó Calderón de la Barca como oidor más antiguo, cogiéndoles de la mano y llevándoles a ocupar la silla que por turno les pertenecía. A.G.I., México, 90, r. 4, n. 51 y r. 3, n. 44. Únicamente referido a Baltasar de Tobar, sirven también las notas del estudio preliminar de M. GUTIÉRREZ DE ARCE en B. De TOBAR, *Bulario Índico*, CSIC, Sevilla, 1945, vol. II, pág. XLI.

¹⁶⁷ Así lo señalaba la ley XCVII, lib. II, tít. XVI, por la que se ordenaba que lucieran garnachas o ropas talaras siendo seglares, como usaban los ministros de los consejos y chancillerías peninsulares. Los ministros designados para Indias tenían prohibido vestirla en la Península, salvo en Sevilla y en el puerto en que fueran a embarcar para ir a cumplir sus funciones. Así al menos lo indica T. POLANCO ALCÁNTARA en *Las Reales Audiencias en las provincias americanas de España* (MAPFRE, Madrid, 1992, pág. 53).

¹⁶⁸ A.G.I., *Escribanía*, 236A. José Joaquín de Uribe al rey, México, 15 de agosto de 1706.

como tal ser acatado por los oidores, mas no se les concedía voto “en las cosas de justicia”. De esta forma se perseguía perpetuar la tradición que aconsejaba deslindar los asuntos judiciales de los de gobierno, impidiendo que una sola figura acaparase demasiado poder, pues se entendía que convenía a los intereses de la corona la coexistencia de autoridades paralelas que se fiscalizaran entre sí.

Desde la fundación de la primera Audiencia de México en 1527 hasta 1810, hubo intentos de abuso e injerencia de los virreyes en competencias y materias cuya jurisdicción estaba reservada a los oidores, que guardaban con celo sus prerrogativas y solían juzgarlas de mayor altura que las gubernamentales.¹⁶⁹ No estaba clara la línea, en cualquier caso, que separaba los asuntos judiciales de la administración gubernativa, por lo que solía resultar “en la práctica un logogrifo tratar de separar las dos jurisdicciones”.¹⁷⁰ El Real Acuerdo era el lugar en cuyo seno virreyes y oidores confluían para atender a las materias graves, que precisaban la adopción de resoluciones ejecutivas. No es de extrañar que las leyes instaran al buen entendimiento entre oidores y virrey para la correcta marcha de los asuntos administrativos, para hacer efectiva la defensa de la soberanía real y para garantizar la prosperidad del reino. Los ministros debían respetar y reverenciar a los virreyes, quedando “siempre muy advertidos de que el pueblo no entienda que (...) hay alguna diferencia, sino toda conformidad”.¹⁷¹ Es decir, había que transmitir a toda costa la sensación de unidad y concordia.

Aunque subordinadas jerárquicamente a la figura del virrey como presidente de la Audiencia, no hay que pensar que por ello fue menor la importancia de las competencias y actuación de las Reales Audiencias, que en su desarrollo y adaptación a las necesidades y problemas de cada territorio se alejaron del modelo peninsular que las había inspirado. Imbuidas de la autoridad del monarca, usaban el sello real como símbolo y sus mandatos habían de ser obedecidos como si emanaran de la real persona. Respondió su nacimiento a la preocupación sincera por que sus vasallos en aquellos

¹⁶⁹ E. DE LA TORRE VILLAR, “Advertencias acerca del sistema virreinal novohispano”, *Anuario Mexicano de Historia del Derecho*, UNAM, Instituto de investigaciones jurídicas, México, 1991, n. 3, pp. 261-290, pág. 264.

¹⁷⁰ J.I. RUBIO MAÑÉ, *El virreinato I: Orígenes y jurisdicciones y dinámica social de los virreyes*, FCE, México, D.F., pág. 69.

¹⁷¹ R.L.I., Lib. III, tít. III, l. XXXIV.

reinos “tengan quien los rija y gobierne en paz y justicia”¹⁷². Solórzano celebraba su fundación:

“Porque de verdad no se puede negar, que son los castillos roqueros de ellas, donde se guarda justicia, los pobres hallan defensa de los agravios y opresiones de los poderosos y a cada uno se le da lo que es suyo con derecho y verdad”.¹⁷³

En esta misma línea, el historiador de Derecho Indiano Ots Capdequí, defendió en reiteradas ocasiones que fueron “la pieza fundamental sobre la que descansó toda la maquinaria burocrática del Estado español”.¹⁷⁴ Constituían además un elemento de continuidad –consideremos que el cargo de oidor era vitalicio y el sistema de ascensos se veía interrumpido a menudo, con lo que podían pasar largos años antes de que un ministro togado conociese un nuevo destino–, frente al gobierno pasajero de los virreyes. Puede decirse que representaron, como institución,

“Junto a los conventos y las universidades, las tres columnas sobre las cuales se pudo construir gran parte de la obra permanente de la cultura española en América, y que sirvió de contrapeso a la acción negativa de los conquistadores, aventureros y gente de baja ralea que, casi indispensablemente, debían acompañar la labor propia de la actividad colonizadora”.¹⁷⁵

Los reinos de las Indias se partieron en Audiencias Reales a que quedaban subordinadas judicialmente las demarcaciones políticas en que se fragmentó el territorio: gobiernos, corregimientos y alcaldías mayores. Como la organización y el número de ministros, las cuestiones importantes que atañían a su composición y funcionamiento, el distrito o ámbito jurisdiccional venían descritas en las cédulas reales de creación de cada Audiencia.¹⁷⁶ Para la Nueva España se dispuso mantener la capital en “la ciudad de México Tenochtitlán”, donde había de residir la Real Audiencia y Chancillería, cuyo distrito geográficamente abarcaba, más allá de la provincia de la Nueva España, las de Yucatán, Cozumel y Tabasco; “y por las costas de la mar del Norte y seno mexicano, hasta el cabo de la Florida; y por la mar del Sur, desde donde

¹⁷² R.L.I., lib. II, tít. XV, l. I.

¹⁷³ J. DE SOLÓRZANO Y PEREIRA, *op. cit.*, t. II, lib. V, cap. III, pág. 271

¹⁷⁴ J.M. OTS CAPDEQUÍ, *El Estado español en las Indias*, FCE, México, D.F., 1957, pág. 54.

¹⁷⁵ T. POLANCO ALCÁNTARA, *op. cit.*, pág. 57.

¹⁷⁶ *Ibidem*, pág. 34.

acaban los términos de la Audiencia de Guatemala, hasta donde comienzan los de Galicia (...).¹⁷⁷

2. DESCRIPCIÓN DEL PUESTO Y COMISIONES ANEJAS

Antes de dar comienzo a la jornada de trabajo, los ministros y oficiales del máximo tribunal de la Nueva España debían acompañar al virrey a la misa en la capilla del Real Palacio. A continuación los oidores se dividían en dos salas, de forma que el expediente de los negocios de lo civil se hiciese con la mayor diligencia, para mayor alivio de los vasallos. Tanto las salas de lo civil como la de lo penal y el Real Acuerdo se ubicaban en la tercera planta del real palacio, en torno a uno de los cuatro patios de los que disponía el edificio. En particular, en el que estaba orientado al sur y a poniente. Toda la actividad se hallaba sometida a horarios, calendarios, plazos y términos; una “ritualización” que sumada a una estricta regulación de las actuaciones y definición del protocolo –para dentro y fuera del escenario judicial–, posibilita hablar de un complejo “teatro de la justicia”.¹⁷⁸ Al menos en teoría, puesto que más tarde tendremos tiempo de ver cuán poco se ajustaba lo que dictaban las leyes del rey a lo que sucedía en la práctica. Como en las Chancillerías de Valladolid o de Granada, los oidores debían oír y librar pleitos en estrados todos los días no feriados durante un mínimo de tres horas –los días de Audiencia pública durante una hora más, si era conveniente– por la mañana, que se computaban en los meses de invierno desde las 8, y desde las 7 en los seis meses restantes. Un reloj en cada tribunal debía presidir la actividad de cada jornada y ayudar a conservar el rigor de las horas de entrada y de salida. A su vez estaban marcados los días de la semana y las horas de asistencia necesaria al Real Acuerdo. Además de las labores propias del oficio de oidor, Miguel Calderón alternó individualmente otras responsabilidades que iremos detallando en las páginas que siguen.

¹⁷⁷ *R.L.I.*, lib. II, tít. XV, l. III.

¹⁷⁸ S. CÁRDENAS GUTIÉRREZ, “El teatro de la justicia en la Nueva España. Elementos para una arqueología de la judicatura en la época barroca”, *Historia Mexicana*, El Colegio de México, A. C., México, D. F., abril-junio 2006, vol. LV, n. 4, pp. 1179-1220, pág. 1215. Este autor hace una aportación interesantísima al conocimiento de la ordenación de tiempo, espacio, tratamientos, etc. que desvelan que la teatralidad no se agotaba en el espacio judicial.

Durante los primeros años de su ejercicio en México Calderón de la Barca supo granjearse el aprecio del conde de Galve,¹⁷⁹ como evidencia una carta de recomendación de junio de 1694 en que el virrey alababa la inteligencia y buenas prendas que había demostrado en el ejercicio del cargo de juez superintendente de Propios y Rentas de la ciudad para el que le había designado por despacho de 2 de abril de 1693.¹⁸⁰ El buen servicio prestado por Calderón en el desempeño de este puesto –que le significaba cada año el considerable estipendio de 500 pesos de oro común, el equivalente a un sexto de su salario– motivaba la carta de Galve, mediante la que le ponía en la consideración y real memoria, para que el monarca le tuviera presente para dispensarle un ascenso o merced, “en las ocasiones que se ofrezcan de sus adelantamientos”.¹⁸¹

El 6 de mayo de 1694 don Nicolás de Aragón y Pignatelli, duque de Monteleón y marqués del Valle de Oaxaca, haciendo uso de la facultad que tenían los poseedores de dicho marquesado para nombrar jueces conservadores¹⁸², propuso una terna encabezada por el nombre de Calderón para que, en caso de fallecimiento o ausencia de don Juan de Arechaga, el entonces titular, fuera quien cubriera su vacante, entendiendo en el aumento y conservación de las rentas del Estado y marquesado del Valle. A pesar de que en conformidad con lo anterior se le despachó cédula a Calderón en 7 de agosto de 1694, sus expectativas se vieron frustradas porque la “misma fortuna” había sido concedida cinco años atrás por la marquesa del Valle y duquesa de Terranova al alcalde de corte Fernando López Ursino. Acontecida la muerte de Arechaga en agosto de 1694, no perdió la ocasión Ursino de acudir a la Audiencia para pedir que se le diese posesión del cargo de juez conservador, como efectivamente se hizo en fuerza del despacho que presentó de 18 de octubre de 1689 por donde se hacía constar el nombramiento.

¹⁷⁹ Gaspar de la Cerda, Sandoval, Silva y Mendoza, conde de Galve, administró la Nueva España durante un octenio, entre noviembre de 1688 y febrero de 1696.

¹⁸⁰ El puesto había quedado vaco tras la muerte del oidor Francisco Fernández Marmolejo.

¹⁸¹ A.G.I., *México*, 61, r. 1, n. 16.

¹⁸² *Ibidem*, 88, r. 1, n. 6. Se encuentra entre las Cartas de Audiencia de México. El marquesado del Valle de Oaxaca fue el título nobiliario concedido en 1529 por Carlos I a Hernán Cortés en reconocimiento de los servicios prestados a la Corona en la Nueva España. En cuanto a Juan de Arechaga, falleció el 31 de agosto de 1694, según informa Robles. Cfr. A. DE ROBLES, *op. cit.*, t. II, pág. 309.

Se entabló entonces una disputa entre Ursino y Calderón de la Barca, que reivindicó sin éxito la plaza, suplicando que la toma de posesión de su rival no tuviera efecto. Por auto de 23 de diciembre de 1695 la Audiencia les emplazó al Consejo de Indias para que fuera en la suprema instancia donde se determinara lo más conveniente. En esta circunstancia, los interesados hubieron de nombrar representantes para la defensa de su causa en Madrid. Resulta significativo que Calderón nombrase por podatarios o representantes al marqués del Castillo, don Diego de Villatoro, el mismo que en 1689 había actuado como mediador en el beneficio de su cargo de oidor supernumerario, y en segundo lugar a Diego Márquez de Armenta, ambos miembros de la contaduría mayor de Hacienda.¹⁸³ Sin duda confiaba en que su causa se vería beneficiada por el peso e influencia en la corte de estos sujetos de habilidad contrastada e incuestionable. Como podatarios actuaron entregando un memorial al Consejo suplicando se declarase por nulo o expirado el nombramiento, el título y la cédula expedidos a favor de Ursino. Desconocemos lo resuelto en el Consejo, pero sabemos que Calderón accedió finalmente al cargo por designación del virrey duque de Alburquerque, ocupándolo desde el 13 de enero de 1703 hasta su partida a España en 1708.¹⁸⁴

Por otra parte, comenzando en enero de 1695 y durante dos años, ejerció como Juez general de Bienes de Difuntos, tarea que atendió sin remuneración ni ayuda de costa, por señalamiento del conde de Galve. Su cometido era procurar la conservación de los bienes de quienes fallecían en Indias ex testamento y abintestato, dejando herencias o legados a personas ausentes o mandando su distribución en obras pías en España, para lo que era preciso hacer cuenta separada de los bienes conocidos –cuando existían herederos legítimos– y bienes vacantes. Entre las funciones del oidor situado al frente del Juzgado de Bienes de Difuntos estaba la administración de los mismos y todo lo tocante a judicatura: atender a los pleitos a que estuvieran sujetos los bienes, a los negocios y cobranzas. Al final de cada año era preciso ajustar la cuenta de los bienes y

¹⁸³ El poder fue dado en México el 3 de enero, ante el escribano Agustín de Mora. Muerto el controvertido Diego de Villatoro en 1700, quiso el azar que Márquez de Armenta ostentara el título de marqués del Castillo tras casarse con su viuda. Cfr. A. SANZ TAPIA, *¿Corrupción...*, pág. 111.

¹⁸⁴ A Calderón de la Barca le sucedió a su vez Francisco de Valenzuela y Venegas, que entró a servir el puesto en abril de 1708. R. E. GREENLEAF, “Viceregal Power and the Obrajes of the Cortes Estate, 1595-1708”, *The Hispanic American Historical Review*, vol. 48, n.3, Duke University Press, 1968, pp. 365-379, pág. 379.

de todo lo entrado en las cajas del Juzgado, remitiendo los alcances y una relación detallada al Consejo de Indias. Fenecidos los dos años de ejercicio, el nuevo juez general debía tomar cuenta al saliente y recibir de él la caja con los caudales recaudados.¹⁸⁵ El sucesor de Miguel Calderón en 1697 fue el oidor Francisco de Valenzuela y Venegas, a quien el primero entregó los libros de la caja pero no la cuenta con los recados de comprobación correspondientes, habiendo en esto “descuido”.¹⁸⁶

En diciembre de 1694, en el pleito que se siguió sobre la educación de la menor Francisca de Orozco, el virrey intervino suspendiendo la ejecución de lo que en justicia se había determinado. La Audiencia en pleno reaccionó remitiendo una copia de los autos al Consejo con una carta en que ponderaban “el escándalo que ha causado la resolución del virrey”, al que guiaba su interés particular. Los oidores reaccionaron airados ante el abuso y denunciaban que Galve se había impuesto “atropellando las leyes, ajando a la Audiencia, privando a las partes de que se les haga justicia”. La armonía que debía reinar entre ambos poderes resultaba imposible, ante “este y otros lances en que ha procurado el virrey (que) dependa todo de su gobierno”.¹⁸⁷

Tras este suceso el conde de Galve permanecería por poco tiempo en ejercicio, ya que en enero de 1696 hizo dejación del virreinato tras ocho años al frente de los asuntos de Nueva España. Según lo dispuesto en las Leyes de Indias la duración del mandato de los virreyes era de tres años, a pesar de lo cual el tiempo de permanencia de los provistos en el cargo fue variable, alterándose según el buen hacer de los designados y las conveniencias del momento.¹⁸⁸ El hombre elegido para sustituir a Galve fue el conde de Moctezuma, que se hallaba en España pendiente de efectuar el viaje a América, de modo que hubo de asumir las funciones temporalmente el obispo de Michoacán, don Juan de Ortega y Montañés, que entró a ocupar el puesto de virrey el 27

¹⁸⁵ La legislación referente al Juzgado de Bienes de Difuntos está contenida en la *R.L.I.*, lib. II, tit. XXXII. En concreto, era la ley XXXIV la que obligaba al oidor entrante al juzgado a tomar la cuenta a su antecesor en el cargo.

¹⁸⁶ Así lo reconoció el oidor Valenzuela y Venegas a quien en el curso de la visita general de Garzarón se le puso el cargo de no haber tomado la cuenta a su antecesor, como hubiera sido su deber. A.G.I., *Escribanía*, 280B. También se reconoció ser falta de Miguel Calderón el no haberla entregado, a pesar de que se pudo comprobar mediante consulta de todos los libros y cuentas que no dejó debiendo nada a la caja de este ramo. A.G.I., *México*, 670A.

¹⁸⁷ A.G.I., *México*, 87, r. 6, n. 101. Fechada el 30 de diciembre de 1694, la redacción corrió a cargo de Calderón, pero contiene la firma de todos los ministros de la Audiencia.

¹⁸⁸ E. DE LA TORRE VILLAR, *op. cit.*, pp. 267-268.

de febrero del mismo año.¹⁸⁹ Se inauguraba entonces su primer gobierno interino que se extendió hasta el mes de diciembre.¹⁹⁰ En aquel breve lapso Calderón supo ganarse el favor y consideración del obispo-*virrey*, como prueba una nueva carta de recomendación fechada en México el 7 de julio de 1696 y remitida al rey. En ella Ortega y Montañés informaba sobre “cuán merecedor es de la real gracia (...) para mayores empleos”, por el “buen celo y ánimo” puesto en el cumplimiento de sus obligaciones como oidor de la Audiencia de México.¹⁹¹

3. EJERCICIO DURANTE EL GOBIERNO DEL VIRREY MOCTEZUMA

3.1. EXEQUIAS DE LA REINA MARIANA DE AUSTRIA

Don José de Sarmiento y Valladares, conde de Moctezuma y Tula, fue el último *virrey* de Nueva España nombrado por un monarca de la dinastía austriaca. Perteneciente a la hidalguía por nacimiento, no guardaba más parentesco con el emperador azteca que el derivado de su matrimonio con una descendiente en cuarto grado de Moctezuma, de la que heredó el título. El conde, cuyo físico se caracterizaba por un marcado estrabismo que pasó indisimulado a sus retratos, contrajo nuevas nupcias con la también duquesa viuda de Sesa. Con ella y con los hijos habidos de este matrimonio embarcó a México en la flota de Juan Gutiérrez de la Calzadilla, lo que no dejó de extrañar entre las gentes: “harto se murmuró en España dejasen embarcar dicho Moctezuma por *virrey* de ese reino, porque decían que en oyendo los indios ese nombre de Moctezuma, descendiente de sus reyes naturales, se habían de levantar y coronarle por rey de dicho reino”.¹⁹² Estos temores, recogidos por Lantery en sus *Memorias*, no se materializaron ni pasaron de ser otra cosa que funesto pronóstico.

¹⁸⁹ Escribió Robles, al que tomamos por cronista, que la entrada del señor obispo de Michoacán en México tuvo lugar en la mañana del lunes 27 de febrero de 1696: “Llegó a la Catedral, donde le recibió el Cabildo, Audiencia y tribunales y Universidad, y de la Catedral pasó al Palacio viejo a tomar el gobierno y hacer el juramento a las once del día; después fue a la casa del conde de Galve con los tribunales y de allí pasó a las casas de Antonio Flores, donde posa.” A. DE ROBLES, *op. cit.*, t. II, pág. 39.

¹⁹⁰ El segundo período de gobierno interino tuvo lugar entre la salida del *virrey* Moctezuma y la toma de posesión del *virrey* Alburquerque (4 de noviembre de 1701-25 de noviembre de 1702). Para entonces Ortega y Montañés había ascendido a arzobispo de México.

¹⁹¹ A.G.I., *México*, 64, r. 2, n. 15. Cartas del *virrey* Juan de Ortega y Montañés.

¹⁹² R. DE LANTERY, *op. cit.*, pág. 306.

La flota de Gutiérrez de la Calzadilla hizo su entrada a puerto en la Nueva Veracruz en los primeros días de octubre de 1696, llevando a aquellos confines al futuro virrey –que tomó posesión del puesto el 18 de diciembre–, y la novedad de que la reina Mariana de Austria, madre de Carlos II, había fallecido el 17 de mayo. Lo que sucedió a continuación desde el momento de la recepción de la noticia en México por el todavía virrey Ortega y Montañés, podemos reconstruirlo al detalle bebiendo en el *Diario* de Robles y en la relación de las exequias que encargó y dio a imprenta Miguel Calderón. Iremos por pasos. Cuando llegó a vista del obispo-*virrey* la real cédula fechada el 25 de junio en el Buen Retiro, anunciando el triste suceso y previniendo el modo en que habían de celebrarse las honras –respetando las cédulas y pragmáticas que llamaban al decoro pero también a la moderación y austeridad en lutos y pompas fúnebres–, pasó a convocar el Real Acuerdo para participar su contenido a los oidores, designando al término por comisario de todas las asistencias a Miguel Calderón de la Barca. En el despacho de nombramiento, signado en México a 25 de octubre, se reconocía la conveniencia de poner al frente de la comisión a “persona de autoridad, celo, prudencia y disposición”, cualidades que a los ojos del virrey Ortega reunía en sí Calderón.

El 30 de octubre por la mañana se hizo pública la noticia y pregonaron los lutos en la ciudad de México. Comenzaron a doblar las campanas de la catedral hasta las cuatro de la tarde, cuando tomaron el relevo las demás iglesias, cuyo repique se oyó sin tregua hasta la celebración de las honras, que se emplazaron por el virrey y comisario para el 24 de noviembre. Una pragmática de 10 de noviembre de 1691, corrigiendo lo contenido en la ley II, tít. V, lib. V de la Recopilación, disponía quiénes podían traer lutos por muerte de las personas reales y cuáles habían de ser. La finalidad era recortar los inmoderados gastos que se hacían y que iban en perjuicio de la salud pública, de modo que hasta el día de las honras los hombres habían de vestir “capas largas y faldas hasta los pies”, y las mujeres “monjiles de bayeta y mantos de anascote”.¹⁹³

¹⁹³ A. DE ROBLES, *op. cit.*, t. III, pág. 52. Robles resume de manera eficaz el texto de la pragmática, que en el original corría así: “Los hombres han de poder traer capas largas y faldas caídas hasta los pies, y han de durar en esta forma hasta el día de las honras, y las mujeres han de traer monjiles de bayeta, si fuere en invierno, y en verano de lanilla, con tocas y mantos delgados que no sean de seda, lo cual también ha de durar hasta el día de las honras, y después se pondrán el alivio de luto correspondiente. Que a las familias de los vasallos de cualquier estado, grado y condición que sean sus amos no se les den ni permitan traer lutos por muerte de personas reales, pues bastantemente se manifiesta el dolor y tristeza de tan universal pérdida con los lutos de los dueños; que los lutos que se pusieren por muerte de cualquiera de mis

La víspera de las exequias se reservaba para las visitas y pésames. Las autoridades civiles (ministros de los distintos tribunales, oficiales reales, el corregidor en nombre de la muy noble y leal ciudad de México, representantes de la Universidad, Consulado y Protomedicato) y eclesiásticas (arzobispo, cabildo, deán, canónigos, racioneros y capellanes), desfilaban ante el virrey para expresar por turno su sentimiento ante tan triste y grave pérdida. El primero en hacerlo fue Miguel Calderón, que se contaba por ministro más antiguo ante la ausencia por indisposición del oidor decano, don Jacinto de Vargas Campuzano. Al día siguiente a las 7 de la mañana, hora estimada de la muerte de la reina, se iniciaron los ritos en la catedral, concurriendo nuevamente los hombres ilustres de aquella corte y tomando parte todas las sagradas comunidades establecidas en México. Tras la vigilia vino el oficio de la misa por don Manuel de Escalante, rector de la Real Universidad, que estuvo asistido por diferentes dignidades de la Iglesia. Finalmente se ofició el responso ante la real pira, fino ejemplo de arquitectura efímera, que se decoró con jeroglíficos alusivos a la majestad de Mariana de Austria, trasmutada en un ave imperial.

Casi un año después, en octubre de 1697, Calderón de la Barca escribió al secretario del Consejo de Indias, Bernardino Antonio de Pardiñas y Villar de Francos, confirmando la celebración de las honras en cuya disposición había actuado como comisario y manifestando haber logrando desempeñar su obligación con el mayor lucimiento a pesar de la premura en los preparativos y los límites al gasto impuestos por la pragmática y, mayormente, por la escasez de medios de la Real Hacienda, a la que sólo había cargado mil pesos –habiendo aportado él algunas cantidades de su haber–, frente a los 30.000 que se habían empleado en las anteriores exequias reales. Con la carta remitía dos ejemplares encuadernados en tela y una docena en damasco encarnado que contenían la relación “que a mi costa dispuse e hice imprimir, que dedico al rey

vasallos, aunque sean de la primera nobleza, sean solamente capas largas, calzones y ropillas de bayeta o paño y sombrero sin aforro...”. A.G.I., *Indiferente general*, 538, lib. 11, fol. 44. Citado en el real despacho al marqués de Valero de 10 de febrero de 1716. En vista del incumplimiento de lo en ella contenido, la pragmática se volvió a renovar, una y otra vez, con escaso o ningún éxito.

nuestro señor”, para que el secretario de Indias las hiciera llegar al monarca y al Consejo.¹⁹⁴

Una de estas raras obras se conserva en la actualidad en la Biblioteca Nacional de España (BNE) y en su interior alberga una riqueza de información y contenidos que hacen inexcusable hacer un alto para sacar a la luz aquellos de mayor interés para los fines de este trabajo, aunque lamentamos la ausencia de estampas o grabados del real túmulo, que debió de ser un ejemplo notable de arquitectura efímera. El libro responde a un extenso título:

La Imperial águila / renovada para la inmortalidad / de su nombre, en las fuentes de las lágrimas que tri- / butó a su muerte despojo de su amor, y singular argumento / de su lealtad / esta mexicana corte / restituyendo otra vez sobre la / móvil fugacidad de su lago la Águila que durmió en el Se- / ñor para que descanse en la lisonja pacífica de sus ondas / pues despierta a la eternidad / la reina nuestra señora doña Mariana de Austria (...).¹⁹⁵

Aprendemos en su portada que el autor de la relación fue el hermano Matías de Ezquerria –Esquerria en el original–, estudiante de Teología y maestro de Gramática de la Compañía de Jesús, y que Calderón, además de haber sido comisario, ostentaba en el momento en que la obra fue impresa una larga lista de títulos y cargos:

“del Consejo de S. M., su oidor en esta Real Chancillería, superintendente de los propios y rentas de México, juez general del Juzgado de Bienes de Difuntos de la Nueva España y de Alzadas del Tribunal del Consulado, visitador de ministros de la Audiencia y de los escribanos de ella y de la ciudad, juez superintendente del servicio de Lanzas y oidor decano de dicha Real Audiencia”.

¹⁹⁴ A.G.I., *México*, 90, r. 1, n. 5. A esta carta, recibida en la flota de 13 de octubre de 1698, se mandó dar respuesta agradeciendo lo obrado en la mencionada ocasión. Al resumir el contenido de la misiva, los secretarios equivocaron el nombre del virrey que había puesto a Calderón al frente de la comisión de las exequias, señalándose por error que fue José de Sarmiento y Valladares, conde de Moctezuma, en vez del obispo-*virrey* Ortega y Montañés. Cometieron un una nueva equivocación al dar la cuenta de los libros, sobre los que se decía primero que fueron sólo dos los encuadernados en tela y doce los de damasco carmesí, y a la hora de hacer el recuento se apuntó: “son diez y seis libros”.

¹⁹⁵ M. DE EZQUERRA, *La imperial águila renovada para la inmortalidad de su nombre (...)*, Imprenta de Juan José Guillena Carrascoso, México, 1697. Las páginas sólo están numeradas a partir de la Introducción.

Salta a la vista que por aquel entonces Calderón de la Barca ya era “un funcionario del más alto nivel del gobierno novohispano”.¹⁹⁶ Impresiona por su dignidad y abundancia el gran número de responsabilidades que había asumido quien tan sólo un lustro atrás, descartando algún que otro corto empleo y cargo interino, no pasaba de abogado de los Reales Consejos en Cádiz.

En las primeras páginas don Miguel consagra la obra al monarca (“corto obsequio y rústico voto de mi veneración”), apuntando que a pesar de la pequeñez de la oferta, “no será el primer libro que vuela si le da tantas alas el argumento”. En su dedicatoria emplea variadas referencias a las Sagradas Escrituras, a Plutarco, Plinio, Suetonio y anécdotas extraídas de la mitología grecolatina, demostrando una vez más su erudición. Uno de los párrafos más expresivos es aquel en que se hace eco de la asociación de la pintura con un “silencioso poema”. Las imágenes de la reina madre evocadas por Calderón pretendían ser tanto como un “lienzo como los que exponía a sus familiares Augusto, que siendo milagros de Apeles los representaba por el reverso para ver pintado el susto de la suerte en los semblantes de los compradores”. Se hallaba condensado en “sus ligadas sílabas (...) lo apretado del sentimiento que ocupó los cortos espacios de mi corazón”; un dolor que encontró su desahogo en la atención con que dispuso los actos ceremoniales en memoria de la reina y su posterior registro en la obra que presentaba. Por medio de ella y manifestando una humildad algo dudosa, decía no perseguir “acreditar servicios, sino contener dentro de la civil modestia todo lo que toca a mi obligación, pues sólo me basta para eterno lauro y galardón (...) saber que soy fiel ministro de V.M.” Con esta declaración de lealtad Calderón se despedía.

Lo que venía después eran los reconocimientos y aprobaciones para la impresión del libro, otorgadas por el doctor don Manuel de Escalante, el virrey Sarmiento y Valladares, por el padre fray Antonio Gutiérrez, calificador del Santo Oficio y finalmente por el provisor y vicario general del arzobispado, el licenciado Antonio Ausibay Anaya. Su decreto de 12 de agosto de 1697 parece ser el que definitivamente autorizó la publicación de la obra, que vio la luz en México, en la imprenta de Juan José

¹⁹⁶ B. LÓPEZ DE MARISCAL, “La muerte de una reina lejana. Las exequias de Mariana de Austria en la Nueva España”, pp. 187-196, en VV.AA., *Teatro y poder en la época de Carlos II. Fiestas en torno a reyes y virreyes*, Universidad de Navarra, 2007, pág. 181.

Guillena Carrascoso. Los textos de Gutiérrez y Escalante tienen mayor extensión y están consagrados a cantar las glorias de la reina difunta, incidiendo en su doble condición de reina de España y emperatriz de las Indias, exponiendo la conformidad entre la figura del águila del título y la persona imperial de Mariana de Austria. Alaban asimismo los esfuerzos del señor comisario (“débensele las gracias porque hizo más de lo que pudo”, comenta Escalante), y las letras de Ezquerro como autor de la relación, a la que corona el sermón del maestrescuela y cancelario de la Universidad, José Vidal de Figueroa.

Antes de la introducción que sirve de exordio a la relación propiamente dicha, Ezquerro dedicó algunas líneas a Calderón de la Barca, cuya magnanimidad y aclamación se reconocía en los muchos empleos que el virrey Ortega había puesto a su cuidado. Se suceden a partir de entonces una introducción, donde se da la secuencia de los acontecimientos con todo primor de detalles, transcribiéndose en su integridad el despacho de nombramiento de Calderón y la prevención para las honras reales y publicación de los lutos; la razón de la alegoría que dio asunto a los jeroglíficos –de modo que nos reafirmamos en que fue Ezquerro y no Calderón el responsable de la imagería del aparato artístico–; y la descripción de la real pira o túmulo de seis cuerpos que se elevó en el interior de la catedral.¹⁹⁷ Termina la obra con el sermón que predicó Vidal de Figueroa en las honras de la reina, rematándose de este modo una estructura que encuentra su modelo en otras relaciones semejantes escritas por los jesuitas desde la publicación de las exequias de Felipe III en 1621.¹⁹⁸

3.2. OIDOR DECANO DE LA AUDIENCIA DE MÉXICO

Durante el gobierno del virrey Moctezuma fue consolidándose el peso e influencia de Calderón en aquella Corte. Contribuyó a ello que en la Audiencia se

¹⁹⁷ Sabemos, por cierto, que la proyección del catafalco corrió a cargo de Pedro de Arrieta. De origen español, Arrieta fue arquitecto del Santo Oficio, así como maestro mayor de la catedral y del reino. Su nombre está unido también a la basílica de Guadalupe. S. SEBASTIÁN LÓPEZ, J. DE MESA FIGUEROA, T. GISBERT DE MESA, “Arte Iberoamericano desde la colonización a la independencia I”. En *Summa Artis XXVIII*, Espasa Calpe, Madrid, 1999, pág. 452. Para una ampliación de contenidos sobre los aspectos simbólicos recomendamos con individualidad: I. RODRÍGUEZ MOYA, “La mujer-águila y la imagen de la reina en los virreinos americanos”, *Quiroga*, julio-diciembre 2013, n. 4, pp. 58-75.

¹⁹⁸ B. LÓPEZ DE MARISCAL, *op. cit.*, 2007.

padeciese una vez más la falta de ministros para el expediente y determinación de pleitos en la Sala de lo civil tras el fallecimiento de Agustín Félix Maldonado, Garcés de los Fallos y Jacinto de Vargas Campuzano. Como informó por carta Sarmiento y Valladares en octubre de 1697, quedaban sólo cinco oidores en plantilla: Miguel Calderón, Juan de Escalante, José de Luna, Antonio de Navia y Francisco de Valenzuela. Se daba la circunstancia de que los dos últimos estaban enfermos, imposibilitados para la asistencia: Navia con el peligroso achaque que le había costado la vida al conde de Galve y Escalante impedido de votar en gran número de pleitos por haber sido fiscal antes que oidor. De forma que, precisamente cuando mayor necesidad se sentía de que estuviesen funcionando las dos Salas “por la multiplicidad de pleitos y litigantes que se han aumentado con la falta de frutos y platas en este reino”, no alcanzaba el número de jueces para llenarlas, “y como nadie puede suplir su falta, se detiene el curso de los negocios”.¹⁹⁹

En medio de aquella Audiencia colapsada, Calderón vio recaer sobre sí una responsabilidad y dignidad especiales, ya que al suceder a Vargas Campuzano,²⁰⁰ se convirtió en el oidor decano de México, condición en la que se mantuvo durante once años. Ello suponía un salto de rango en la jerarquía interna de la Audiencia y entrañaba nuevos desafíos. El ministro más antiguo ostentaba el segundo puesto más alto de la administración en aquel reino, inmediatamente por debajo del virrey, cuya autoridad debía asumir en cada ocasión en que su excelencia se ausentase.²⁰¹ Como más antiguo debía atender a la cobranza de las ejecutorias del Consejo de Indias, lo que suponía un trabajo extraordinario por el que se le reconocía el derecho a percibir el 3% de todo lo cobrado. Conforme a lo cual, habiendo ganado la antigüedad, Miguel Calderón hubo de proceder al cobro de las multas y deudas pendientes que heredó de su antecesor.²⁰²

¹⁹⁹ A.G.I., *México*, 65, r. 2, n. 4. Carta del virrey de Nueva España al Rey de 31 de octubre de 1697.

²⁰⁰ El de Jacinto de Vargas Campuzano es un ejemplo singular de lo que debiera haber sido el sistema de ascensos en el espacio jurídico hispanoamericano. En el transcurso de su dilatada carrera de cuatro décadas fue progresando desde las Audiencias inferiores de Santo Domingo y Santa Fe, hasta la virreinal de México; y pasando por los cargos de alcalde y fiscal antes de alcanzar el zénit, entrando a servir la plaza de oidor de Nueva España el 6 de septiembre de 1685. A.G.I., *México*, 460.

²⁰¹ “Faltando el virrey o presidente, gobiernen las Audiencias y el oidor más antiguo sustituya el cargo de presidente; y si fuere capitán general, asimismo use este cargo el oidor más antiguo hasta que se provea sucesor”. *R.L.I.*, Libro II, título XVI.

²⁰² A.G.I., *México*, 90, r. 2, n. 14. En carta de 29 de marzo de 1698, Calderón de la Barca escribió que tras reconocer los papeles de Vargas Campuzano descubrió que había quedado pendiente el cobro de una multa a los fiadores de José de Morueta de 103 pesos, 3 reales y medio, cuya cantidad recaudó y entregó

El buen entendimiento entre el conde de Moctezuma y Calderón se mantuvo durante los tres años de mandato del primero, que le encomendó desde el principio la supervisión de asuntos de primera importancia. Sirvan de muestra los trabajos que corrieron bajo su cuidado que citaremos a continuación. El virrey en su faceta de gobernador civil tenía entre sus competencias velar por el desarrollo de infraestructuras y obras públicas, de modo que cuando en 1697 las lluvias torrenciales anegaron la capital y hubo que emprender medidas de urgencia, “reconociendo el peligro”, no vaciló en solicitar la asistencia de Calderón de la Barca.²⁰³ La concentración de agua dificultaba el tránsito y había causado serios daños en conventos y casas, perjudicando especialmente a los más pobres.²⁰⁴ Calderón como juez de Propios y rentas había podido constatar la ausencia de fondos para cubrir los gastos de las reparaciones y para tomar las medidas oportunas para prevenir nuevas inundaciones. Tampoco disponía de caudal la Real Hacienda, de modo que Moctezuma convocó una junta general a la que acudieron funcionarios, diputados del Cabildo y Consulado. Solo con las aportaciones de los hombres de comercio y de los ministros se logró principiar las obras que vigiló Calderón, para rehacer las calzadas de San Cosme y Guadalupe, introduciendo mejoras en la acequia del Calvario donde se concentraban las aguas de los ejidos y Chapultepec, donde se hallaba el origen del desastre. Se emprendió después el desagüe de la laguna de México y de Huehuetoca, que fueron magnos ejemplos de las obras de ingeniería hidráulica que a lo largo de los tres siglos de historia del virreinato consumieron importantes recursos y provocaron incesantes desvelos de autoridades y habitantes de la ciudad. Lo cierto es que el “buen efecto” que tuvieron las obras supervisadas por don Miguel perduró en la memoria y en 1702, cuando fue preciso reconstruir las acequias, las calzadas y las setenta y dos arquerías que conducían el agua hasta México, en el Consejo de Indias se acordó que además de intervenir la Audiencia en el

al maestre de plata de la capitana de la flota para que se los hiciese llegar al presidente del Consejo. Más adelante, habría de ejecutar lo ordenado en una real cédula de 22 de junio de 1698, procediendo al cobro de ciertas cantidades que a don Gaspar Francisco de Viera, escribano mayor de minas y registros de Veracruz le debían los oficiales reales de esta ciudad. A.G.I., *Contaduría*, 802B, r. 6, lib. 11.

²⁰³ VV.AA., *Desastres agrícolas en México: catálogo histórico*, FCE, CIESAS, México, 2010, vol. 2, pp. 217-218. En sus páginas se reproduce la respuesta de Carlos II al virrey, que en carta de 28 de abril de 1698 había referido los daños sufridos durante las inundaciones y su reparación, así como las obras acometidas para la prevención de nuevas catástrofes, cuyo coste sería superior a 30.000 pesos.

²⁰⁴ R. LLANAS Y FERNÁNDEZ, *Ingeniería en México, 400 años de Historia: Obra pública en la ciudad de México*, UNAM, México, 2012, pág. 187.

reconocimiento y reparo de los desperfectos, se otorgase comisión especial en este particular a Miguel Calderón de la Barca.²⁰⁵

Un mandamiento del conde de Moctezuma de 29 de diciembre de 1698 llevó a efecto una real orden según la que al menos un oidor debía asistir a la elección de los alcaldes ordinarios de la ciudad. El virrey Sarmiento designó para ello a Calderón, que pasó el mismo 1 de enero de 1699 a recibir el juramento de los regidores de que habían de votar sin caer en nepotismos. Tras reconocerse que los pretendientes eran sujetos hábiles y capaces, se procedió al depósito de los votos en las urnas. Los dos candidatos más votados, don Antonio Carrasco y don Juan Luis de Baeza, recibieron de Calderón las varas de justicia tras haber jurado desempeñar el cargo ateniéndose a lo dispuesto en las ordenanzas. A Baeza, caballero de Santiago y mercader de oficio, le restaban todavía una semana para que se cumpliera su tiempo de ejercicio como cónsul, a pesar de lo cual salió electo. Puede que por esta pequeña irregularidad, o por simple deferencia, decidiera esa misma noche enviar a Miguel Calderón una colación de dulces sobre una fuente de plata, que pesaría alrededor de 10 marcos. A pesar de que no precedió “ninguna insinuación” de su parte, al recibir este “regalo voluntario” de Baeza, incurrió don Miguel en una grave falta. No será, ni de lejos, la única que se le puede imputar, como tendremos ocasión de ver a su tiempo.²⁰⁶

En una nueva muestra de la confianza depositada en él por el virrey José de Sarmiento, se le encargó la formación de aranceles para todos los oficios y juzgados de la Nueva España y su gobernación. Acometió esta labor “a expensas de sumo trabajo y desvelo, sin que esta ocupación me dispensase un día de la asistencia a la Audiencia y demás funciones anejas a la plaza”.²⁰⁷ El esfuerzo, no obstante, no fue en balde, pues su composición le ha valido a Calderón un puesto entre “los oidores autores de libros,

²⁰⁵ A.G.I., *México*, 376. Consultas y decretos originales. Acordado en el Consejo el 17 de junio de 1702.

²⁰⁶ A.G.I., *Escribanía*, 278B, fol. 800. Declaración de Juan Luis de Baeza, testigo 47º de la Visita general de Garzarón.

²⁰⁷ A.G.I., *México*, 90, r. 3, n. 48. Carta de Miguel Calderón remitida al Consejo de Indias con fecha de 17 de octubre de 1699 y recibida en aviso a 22 de marzo de 1700, que fue vista por los consejeros el 19 de abril.

académicos, poseedores de bibliotecas importantes y en general hombres de cultura” de la Audiencia mexicana.²⁰⁸

Cuando Calderón hubo concluido la tasación de derechos, confirió su compendio al fiscal Baltasar de Tobar y los presentó en el Real Acuerdo, que los aprobó por auto de 24 de noviembre de 1699. Una vez remitidos a Madrid, fueron sancionados debidamente en el Consejo y por cédula de 11 de junio de 1701 se ordenó que se colocase una tabla de arancel en la sala de Audiencia pública y del Crimen, y en los oficios de escribanos, para que se guardasen indubitablemente. Que los cobros eran excesivos y que no se observaban los aranceles lo prueba un testimonio de Antonio Tamarit, Paz y Carmona, vecino de México y labrador de la provincia de Chalco, que sin concretar el tiempo en que tuvo lugar, aseguraba haber acudido a Miguel Calderón para quejarse “de que un oficial nombrado don Sebastián, que lo era del oficio de Medina y hoy es difunto, le pedía 150 pesos por un despacho y dicho señor rebajó toda la porción a 12 pesos y medio”.²⁰⁹ Consiguió Calderón remediar así uno de los frecuentes abusos y desórdenes que se daban en el cobro de derechos por cada diligencia y despacho.²¹⁰

En otro orden, por repetidos nombramientos entre 1698 y 1706, estuvo entendiendo en el juzgado y protección de Colegios y Hospitales. Compelido por las responsabilidades del cargo de juez conservador, el 30 de mayo de 1699 escribió a España para informar de que habiendo solicitado los instrumentos de la fundación del Hospital del Amor de Dios de México, “el único de este reino para la liberación del

²⁰⁸ T. POLANCO ALCÁNTARA, *op. cit.*, pág. 59. Tenemos constancia de que la obra se llevó a imprenta por segunda vez (ignoramos cuándo fue la primera) en México en 1727, por orden verbal del virrey marqués de Casa Fuerte, con el título de *Reales aranceles de los ministros de la Real Audiencia, Sala del Crimen, oficios de Gobierno, Juzgado de Bienes de Difuntos, Tribunal de Cuentas, Real Caja, escribano de ella, y oficiales subalternos, contadurías de tributos y alcabalas, contador y regulador del derecho de media anatas y de otros ministros que se expresan (...). Reimpresos en la imprenta real del superior gobierno por los Herederos de la Viuda de Miguel de Rivera*. Su autoría se atribuyó por igual a Miguel Calderón de la Barca y Baltasar de Tobar

²⁰⁹ A.G.I., *Escribanía*, 279C, fol. 93 v.

²¹⁰ A pesar de lo cual las tablas de arancel no llegaron a exhibirse en la sala de Audiencia y los originales se perdieron. Por decreto proveído a 8 de marzo de 1713, el virrey duque de Linares mandó que se iniciasen las diligencias para averiguar su paradero, poniendo al frente a don Antonio Terreros Ochoa. Las tablas se hallaron en poder de diferentes sujetos: por ejemplo, el arancel de los escribanos de cámara de la Real Audiencia y sus oficiales habían permanecido en manos de doña María de Soto Cabezón tras la muerte de su esposo, el escribano Miguel de Castañeda. Cuando por fin se logró juntar todos los originales, para que no se volvieran a perder y separar, se guardaron en el Secreto del Real Acuerdo, y se mandó fijar una copia –conforme lo pedía la ley– en cada uno de los oficios.

humor gálico”, los había encontrado tan maltratados que “apenas se percibe la letra”.²¹¹ En todo caso, se reconoció en ellos que el hospital pertenecía al Real Patronato y como tal debería lucir las reales armas y tener administrador nombrado por el rey que diese cuentas de su administración y rentas. Remitió Calderón el testimonio de los instrumentos, rogando que se copiasen “a la letra en un libro de papel de marca, con toda claridad y perfección” y que se devolviesen a México. Todo lo cual se aprobó en Madrid y mandó ejecutar por real cédula de 5 de julio de 1700.

4. UNA LLAMADA DE ATENCIÓN DESDE MADRID

“Temor, amor, dádivas y rencor suelen de ordinario pervertir los rectos juicios de los hombres”.²¹² Esta cita de Savonarola recogida por Solórzano resume los grandes peligros que se ciernen sobre la recta conciencia e integridad en el obrar. El jurista, que además de serlo tenía años de experiencia en América, afirmaba que “las leyes españolas, especialmente las indianas, eran las que en el mundo vedaban más cosas a los funcionarios”.²¹³ Y a sus familias, cabría añadir, pues a sus miembros se hacían extensivas buena parte de las restricciones. La teoría dictaba que presidentes, oidores y alcaldes en el Nuevo Mundo debían permanecer aislados de todo contacto con la población local; como “guardianes platónicos”²¹⁴, debían abstenerse de participar en la vida social en el distrito en que habían de desempeñar el oficio, excusando el establecimiento de todo lazo que pudiera comprometer la adecuada administración de Justicia. Por ende, se desaconsejaba la nominación de ministros para que fueran a ejercer a la tierra de la que provenían, y estaba penado el que ellos y sus hijos o hijas contrajesen matrimonio en el lugar en que estuviesen destinados.

Las leyes sancionaban el juego, visitar y recibir visitas de particulares, acudir a desposorios, honras o entierros, y asistir a iglesias de conventos y monasterios si no era en cuerpo de Audiencia en los casos señalados y forzosos. Huelga decir que los jueces tenían prohibido intervenir en las causas y pleitos de deudos y parientes, aunque era de

²¹¹ *Ibidem*, 90, r. 3, n. 26. Cartas de Audiencia, 30 de mayo de 1699. En cuanto al “humor gallico”, algunos autores lo han identificado con la sífilis. Véase A. CODORNIÚ y J.M. DE LA RUBIA, *Compendio de la Historia de la Medicina*, Imprenta de Don Ignacio Boix, Madrid, 1839, vol. II, pág. 109.

²¹² J. DE SOLÓRZANO Y PEREIRA, *op. cit.*, libro V, cap. VIII, pág. 421.

²¹³ J.M. MARILUZ URQUIJO, *op. cit.*, pág. 350.

²¹⁴ M.A. BURKHOLDER y D.S. CHANDLER, *op. cit.*, pág. 19.

éstos de los únicos, junto con los otros ministros, de los que podían ser padrinos de bautismo y casamiento. Había que excusar toda familiaridad y comunicación estrecha con abogados, procuradores y pleiteantes. Asimismo, debían rechazar toda dádiva, ofrecimiento o promesa que viniera de cualquier persona o entidad que pudiese tener interés en asuntos en que tales funcionarios hubieran conocido o que presumiblemente fueran a conocer. Por juramento renunciaban a tener canoas de perlas, granjerías, comprar o edificar casas propias, adquirir tierras, huertas, tiendas o negocios en todo el ámbito de su jurisdicción, por sí o por interpuestas personas. Cohechos y baraterías eran delitos para cuya averiguación bastaba la declaración de tres testigos, “aunque no coincidieran el tiempo, cantidad o cualidad”.²¹⁵

Absteniéndose de recibir dineros y cosas prestadas, así como de participar en cualquier actividad lucrativa, los ministros debían contentarse para su sostenimiento con el exiguo salario de 3.000 pesos, lo que resultaba harto difícil, máxime si se habían endeudado para beneficiar el puesto o para afrontar los elevados gastos del viaje hasta la tierra donde habían de actuar, lo que les estaría “siempre forzando a pensar de dónde sacarán lo que desembolsaron”.²¹⁶ Es decir, junto a la cortedad de un sueldo que no siempre se podía cobrar a su debido tiempo, hemos de considerar que la actuación de los ministros se pudo ver condicionada por la ambición, el deseo de sacar réditos a lo invertido y por el peso de las deudas contraídas. De hecho, como apunta Parry, para hacer un balance sensato de lo que fue la Administración en las Indias es preciso recordar que la mayor parte de los funcionarios al servicio de la Corona –tanto oficiales subalternos como burócratas del más alto nivel; tanto los que habían comprado el cargo como los que habían ascendido por mérito, antigüedad o favoritismo–, habían iniciado su carrera cargados de deudas: “*they were not merely tempted, they were compelled to batten either upon the public or upon the royal revenue, to clear themselves of debt and make a reasonable living*”.²¹⁷

²¹⁵ J.M. MARILUZ URQUIJO, *op. cit.*, pág. 350.

²¹⁶ J. DE SOLÓRZANO Y PEREIRA, *op. cit.*, lib. V, cap. IV, pág. 286.

²¹⁷ J.H. PARRY, *op. cit.*, pág. 73

En un sistema en el que imperaba la desconfianza²¹⁸ y se daba por sentado que todos los nombrados para ocupar puestos de gobierno, justicia o hacienda en Indias eran proclives a corromperse con facilidad, mediando además tan enormes distancias, se idearon mecanismos para mantener a raya a los altos funcionarios. Los medios de control más eficaces fueron los juicios de residencia y las inspecciones, generales o particulares, que recibían el nombre de “visitas”, sobre los que tendremos tiempo de extendernos más adelante. Otra vía, más directa y discreta, para corregir a un ministro, sin que su fama quedase lastimada, era que el virrey le reprehendiese en secreto. Los virreyes no sólo tenían obligación de asesorar a la Corona sobre los sujetos que merecían ser tenidos en cuenta para promocionar, como hacían cada cierto tiempo mediante recomendaciones. También, como presidentes de la Audiencia, debían recibir información cuando la conducta de un ministro era abusiva o improcedente, haciéndosela llegar al Consejo cuando se daba un ejemplar grave de mal comportamiento.

La documentación no nos permite afirmar si partió del virrey la denuncia, pero en marzo de 1700, el marqués del Carpio, entonces presidente del Consejo de Indias, escribió a Calderón de la Barca para prevenirle de que se hallaba informado del lujo excesivo de su casa y porte, muy por encima de lo que lícitamente podía adquirir un agente de justicia íntegro. Con todo, el marqués decía haber dado por vanas las acusaciones, renunciando a dar cuenta de ellas al monarca. Se contentaba con avisar a Calderón de la delación e instarle a reformarse en lo que se hubiera excedido, advirtiéndole de que si en adelante recibía nuevas quejas, se vería forzado a adoptar medidas en su contra.²¹⁹

El 31 de julio del mismo año don Miguel contestó agradeciendo que se hubiese confiado en su inocencia, sobre la que insistía. Su carta era todo un alegato en su defensa, que comenzaba por la descripción de su humilde indumentaria y adorno, pues “siendo lo regular en todos gastar vestidos de raso y fondo de Toledo”, él los usaba de China “porque es mucho más barato”. En ello le seguía su mujer, que conservaba –lo

²¹⁸ J.M. OTS CAPDEQUÍ (op. cit., pág. 55) “el sistema político establecido estaba basado en la desconfianza”. Por su parte Mariluz Urquijo (op. cit., pág. 350) descubre en las *Partidas* el origen de “una tradición de desconfianza que se prolongará largamente en Castilla e Indias”.

²¹⁹ A.G.I., *México*, 90, r.4, n. 59. Calderón de la Barca al marqués del Carpio, México, 31 de julio de 1700. Los fragmentos entrecomillados en los próximos párrafos, hasta que indiquemos lo contrario mediante una nueva nota al pie, pertenecen a esta carta escrita por don Miguel al presidente del Consejo.

mencionamos al referirnos a los muebles y otros enseres con que había viajado desde España— los mismos vestidos que tenía antes de pasar a aquel reino, y los únicos nuevos que se había mandado hacer eran de géneros de China, de a 16 pesos la pieza. Ana de Pividal había conocido mayores faustos en su niñez que de oidora, según el testimonio de su esposo. La casa que compartían, si se comparaba con la de sus colegas y aun con otros oficiales de menor rango, no pasaba de decente, y estaba decorada con algunas alhajas que habían formado parte de la dote de doña Ana. En el capítulo de los coches, en vez de disponer, como cabría esperar de alguien de su posición, de un coche para cada uno, o de un coche y un forlón, se mantenían con uno solo que les hacía servicio a ambos. De recién llegados habían comprado un coche usado que les había durado tres años, sustituyéndolo entonces por el que todavía les duraba, cuando lo habitual era cambiarlo cada dos años. Este coche, por lo demás, lo habían encargado “de vaquetas y encerado”, lejos de los que se estilaban de “terciopelo o fondos muy ricos, con vestidos de invierno y verano”.

En lugar de los acostumbrados dos o tres lacayos ataviados con “libreas de paños de Holanda, con fajas de terciopelo”, que solían andar con los coches, con el suyo marchaba uno cuya librea era “de paño de la tierra”, sin otro adorno o guarnición que unos ojales de seda. En cuanto a sus criados, aseguraba Calderón que ninguno era español. Lejos quedaban Presmanes y Sánchez Tagle, que habían cruzado a América a su servicio. De este último, por cierto, se ha señalado que fue el mismo Luis Sánchez de Tagle que obtuvo el marquesado de Altamira en 1704, lo que descartamos por una simple cuestión de edad.²²⁰ Las criadas de su mujer, en cambio, sí seguían siendo las mismas, y aunque sirviéndoles con faltas, no habían agregado otras por no contratar “personas de la tierra”. Si además tuvieron en casa los cuatro esclavos que admitía la ley, lo ignoramos porque no lo menciona.

A esto montaba el supuesto lujo y esplendor, “que no llega a decencia y no responde a miseria”, sino “a juicio y cordura”. Finalizaba Calderón manifestando su deseo de salvar su ministerio, a pesar de podían enturbiar su fama “los genios y malicias

²²⁰ El gran comerciante y representante del consulado de Sevilla en México había nacido en 1642, mientras que el criado de Calderón de la Barca en 1692 tenía sólo 21 años. Éste, hijo de María Pérez de la Sierra y Pedro Sánchez Tagle, era oriundo de Santillana del Mar, como el poderoso primer marqués de Altamira. Sin duda existía entre ambos una relación de consanguinidad, pero no se trataba de la misma persona. A.G.I., *Contratación*, 5454, n. 3, r. 35.

de los de por acá”, que se volcaban con frecuencia contra los jueces, que “no pueden dejar de adquirir quejosos a la mitad de los que tienen pleitos y algunas veces a ambas partes”. La misiva fue vista en Madrid el 16 de febrero de 1701 y al parecer logró desvanecer toda sospecha, pues se ordenó poner “con el expediente, desestimando el Consejo la acusación contra este ministro”. Reconocemos no saber de quién habían partido las denuncias que dieron pie a la formación de este expediente, mas podemos afirmar que no fue Miguel Calderón el único oidor de México que se vio salpicado por ellas. En marzo de 1700, el marqués del Carpio redactó una segunda carta de advertencia que tenía como destinatario a don Juan de Escalante y Mendoza. Carpio participaba estar informado de “los inmoderados y profusos gastos que hacía en el ornato y porte” de su persona y “los excesivos que consumía en los festines y festejos” que presuntamente celebraba en su casa con asiduidad.²²¹ Escalante, entre el agradecimiento y la confusión, esgrimió en su defensa que eran pocas y de escaso valor las alhajas que adornaban su morada, y que “la decencia de la calle se reduce a un coche de los comunes y ordinarios, de encerado verde, de madera blanca, sin tallas doradas ni otras composturas” que se podían ver en los de otros vecinos y comerciantes, “que más parecen tronos que comodidad para trajinar las calles sin fatiga”. Sobre la imputación de ofrecer festines y fiestas, negaba haber reunido en su casa en los doce años que llevaba de ministro en México –antes lo había sido por seis años en Guadalajara–, a más de cuatro personas. La dedicación en exclusiva a los gravísimos negocios en que se hallaba entendiendo por orden de su Majestad le impedía, o eso afirmaba el interesado, dedicar tiempo a cualquier otra ocupación, además de que su limitado salario no le hubiera permitido costearlo.

Escalante y Calderón de la Barca conocían de sobra el contenido de leyes en que se ordenaba a los funcionarios públicos llevar una vida discreta y de recogimiento, y las disposiciones reguladoras del lujo. La pragmática de 1691 no sólo se ocupaba de los lutos que habían de traer los súbditos a ambos lados del Océano, sino de todo el vestuario y adorno, de la disposición de los vehículos, el acompañamiento del personal de servicio, etc., que en algunos casos se establecía atendiendo a la calidad, oficio y profesión. Los reiterados intentos de los monarcas españoles por moderar los signos de vanidad y ostentación no eran arbitrarios. Se consideraba un deber del gobernante frenar

²²¹ A.G.I., *México*, 90, r. 4, n. 63.

en los vasallos la prodigalidad, que resultaba “tanto más onerosa cuanto que la compra de joyas y vestidos llevaba consigo la salida de oro hacia los países extranjeros que las exportaban”.²²² Las ordenanzas para el comercio procuraban mantener unas condiciones ventajosas para los comerciantes del consulado de Sevilla, aun a costa de mermar el desarrollo de la economía de los reinos de las Indias. Para la fecha en que nos situamos, había quedado demostrado que la metrópoli no podía abastecer al mercado novohispano de productos suntuarios o cotidianos pero de calidad y precio competitivos. La Corona tampoco podía garantizar la honestidad de los oficiales reales que supervisaban en los puertos de Acapulco y Veracruz la entrada y salida de navíos, y la carga y descarga de mercancías. Dadas las circunstancias y ante “un sistema legal y comercial insostenible”²²³, no parece extraño que proliferasen los fraudes a la Real Hacienda y el contrabando o ilícito comercio.

No siéndoles ajeno el contenido de las disposiciones promulgadas para luchar contra los gastos inútiles y profanos, resulta llamativo que ni Calderón ni Escalante empleen ante el presidente del Consejo argumentos de tipo normativo para su defensa, y que recurran constantemente a la costumbre. Es decir, se preocupan por presentarse en sus respectivas cartas como servidores humildes que denigran los bienes mundanos, en contraste con los abusos que se experimentan a diario en aquella corte. En su modestia se podrían comparar con islotes en medio de un mar de excesos que por ser comunes y acostumbrados han terminado por resultar tolerables.

La buena noticia para Escalante, como lo fue para Calderón, es que se clausuró el expediente y no se procedió a la probación de las faltas que se le atribuían. Caballero de Santiago, pertenecía éste a una familia poderosa en la ciudad de México. De sus hermanos, Pedro había beneficiado un título de conde de Loja por 6.000 pesos, y Manuel alcanzó la dignidad de chantre de la catedral y rector de la Real Universidad – previamente le citamos puesto que tomó parte en las exequias de la reina Mariana–. La relación de Pedro y Juan con Calderón de la Barca se enturbió a raíz de las discrepancias a la hora de votar en la oposición para la cátedra de Prima de Leyes de la Universidad de México, a la que concurrió como miembro de la Junta encargada de la

²²² P. GONZALBO AIZPURU, “De la penuria y el lujo en la Nueva España. Siglos XVI-XVIII”, *Revista de Indias*, CSIC, 1996, n. 206, pp. 49-75, pág. 63

²²³ C. ROSENMÜLLER, *Patrons, partisans and palace intrigues: the court society of colonial Mexico, 1702-1710*, University of Calgary Press, Alberta, 2008, pág. 32.

deliberación en 1698. Los Escalantes no lograron convencer a don Miguel para que apoyase a su candidato, José de Cabrera Ponce de León. Otorgó su voto en cambio al doctor José de Torres y Vergara, “respondiéndoles que en su persona, casa y caudal hicieran cuanto quisieran como dueños de ella, pero que en el voto en la cátedra, que era materia de Justicia y en que había tercero interesado, no podía servirles”.²²⁴ Se inició así un antagonismo que veremos culminar con el curso de los años.

²²⁴ José de Ledesma, abogado defensor de Miguel Calderón en el curso de su juicio de residencia en 1715, achacaba a este desencuentro el que su representado se hubiese desprendido de “dos amigos antiguos y tan de su estimación, sólo por no perder como tenía a Dios que es el mejor de todos”. A.G.I., *Escribanía*, 236A, f. 498. Al parecer en el concurso de la cátedra salió como más votado José Cabrera, lo que provocó que Torres arremetiese contra Manuel de Escalante, provisor y vicario general del arzobispado, al que acusó de haber amañado la votación para que ganase Cabrera siendo él quien tenía más méritos. La cuestión se resolvió tres años después en España, deliberando el Consejo a favor de Torres y Vergara, que había quedado como único candidato tras la muerte en 1699 de Cabrera. R. AGUIRRE SALVADOR, *Por el camino de las letras: el ascenso profesional de los catedráticos juristas de la Nueva España, siglo XVIII*, UNAM, México, 1998, pp. 83 y 137.

CAPÍTULO 3: NUEVA ESPAÑA II. AFIANZAMIENTO EN EL PODER

1. ENTRADA DEL VIRREY DUQUE DE ALBURQUERQUE

La noticia de la muerte de Carlos II se divulgó en México a partir de la entrada en el puerto de Veracruz de un navío de aviso del capitán Bartolomé Antonio Garrote el 3 de marzo de 1701.²²⁵ Traía también las disposiciones que se hallaron en el testamento del monarca con las que quedaba resuelto el problema de la sucesión, de modo que a las honras por el último Austria siguieron las funciones para aclamar la subida al trono del duque de Anjou. En la capital del virreinato las fiestas en honor de Felipe V se celebraron el 4 de abril²²⁶ y exactamente siete meses después, en noviembre, devolvió el conde de Moctezuma el mandato a Ortega y Montañés –designado arzobispo de México un año antes por bula de Inocencio XII–, que iniciaba así su segundo gobierno interino. El virrey saliente, del que comúnmente se ha dicho que era adepto al bando austracista, demostró en 1706 durante la ocupación de Madrid por las tropas fieles al archiduque Carlos, su lealtad al rey Borbón, lo que le valió el título de duque de Atlixco –que se simplificó en “Atrisco”–, con privilegios similares sobre diversos señoríos de Nueva España a los que tenían los descendientes de Hernán Cortés en el marquesado del Valle de Oaxaca.²²⁷

²²⁵ A.G.I., *México*, 376. Por medio del memorial de don Lucas de Llano Salazar conocemos la fecha de arribo del navío de aviso despachado para hacer llegar a Nueva España el anuncio del fallecimiento del monarca y proclamación de Felipe V, que se celebró con todo lucimiento el 11 y 12 de abril en la Veracruz.

²²⁶ M. ALFONSO MOLA, “Fiestas en honor de un rey lejano. Proclamación de Felipe V en América”, *XIV Coloquio de Historia Canario Americana*, Cabildo Insular de Gran Canaria, 2000, pp. 2142-2172, pp. 2142-2145.

²²⁷ El gesto de fidelidad hacia el rey consistió en un sustancioso donativo mediante el que no sólo logró el ducado de Atrisco con grandeza de España y los privilegios expresados, sino que también le procuró la plaza interina de presidente del Consejo de Indias. F. Andújar Castillo refiere que el embajador francés Amelot escribió a Luis XIV en agosto de 1705 una misiva “aclarando el origen de esa merced y de otras que había recibido el duque: «El Rey de España acaba de dar la plaza de Presidente del Consejo de Indias por interin, en ausencia del duque de Uceda, al conde de Moctezuma, que es Grande de España, y muy rico, mediando un presente de cien mil escudos. S.M.C. le ha dado al mismo tiempo una gracia que le pedía desde hace tiempo para la continuación de ciertas rentas que tenía en las Indias». Cfr. F. ANDÚJAR CASTILLO, “Sobre la financiación extraordinaria de la Guerra de Sucesión”, *Cuadernos dieciochistas*, Universidad de Salamanca, 2014, n. 15, pp. 21-45, pág. 32.

Quienes recelaban abiertamente en Madrid del nuevo rey ante la posibilidad de verse desplazados en las altas esferas del poder fueron los aristócratas, entre los que despuntaba el duque de Medinaceli. El nombramiento de éste en 1701 para presidir el Consejo de Indias deja traslucir la voluntad del nuevo rey por granjearse la lealtad de la vieja nobleza. En esta clave hay que leer la designación de Francisco Fernández de la Cueva Enríquez, X duque de Albuquerque, como virrey de México el 25 de abril de 1702. Nacido en Génova hacia 1666, pertenecía a una “verdadera dinastía de virreyes”, que habían prestado servicio en España, Italia y en las Indias.²²⁸ En lo que toca al Nuevo Continente, su abuelo –y tío, pues su madre se había casado con un hermano de su padre, que heredó el título–, el VIII duque de Albuquerque, le precedió en el gobierno de la Nueva España entre 1653 y 1660. A los méritos de su linaje sólo podía sumar el haber servido de capitán general de las Costas de Andalucía en la década de 1690, donde es posible que coincidiera con Cristóbal García Morejón, el primo al que tan unido estuvo Calderón de la Barca, y que ejerció de auditor en la Capitanía en los mismos años. Dada su limitada experiencia militar y administrativa, cabe concluir que cuando el rey y sus consejeros franceses eligieron al aristócrata “*for the lucrative office of viceroy, they intended less to recruit an efficient administrator than to bind the power circle around Medinaceli to the Bourbon cause*”.²²⁹

Su nombramiento se hizo público por real cédula de 13 de abril de 1702.²³⁰ La presencia de naves británicas y neerlandesas al acecho de la flota de Nueva España complicó la conducción del Albuquerque a México. La Armada española se resentía de su debilidad y hubo que recurrir una escuadra de navíos de Francia que se puso a cargo de *monsieur* Ducasse, capitán general de las Armas Marítimas en las Indias, que salió de La Coruña el 30 de junio y arribó a Veracruz el 6 de octubre. Junto al duque embarcó su familia y una corte compuesta por centenar de criados. En su recibimiento se siguió la secuencia acostumbrada, acudiendo a su encuentro en Otumba el arzobispo-*virrey* el 18 de noviembre, después de haber dicho adiós al gobierno en Acuerdo extraordinario un día antes.²³¹ Albuquerque juró el cargo el 27 del mismo mes, dando inicio efectivo a un largo y agitado mandato que se prolongó durante ocho años. Asumió el mando, no

²²⁸ J. R. RUBIO MAÑÉ, *op. cit.*, vol. I, pp. 249-252.

²²⁹ C. ROSENMÜLLER, *op. cit.*, pp. 16-17.

²³⁰ A.G.I., *México*, 610. Expedientes de nombramientos de virreyes de Nueva España.

²³¹ A. DE ROBLES, *op. cit.*, t. III, pág. 412.

hay duda, en una coyuntura difícil, en que hubo de procurar la conservación de la fidelidad del reino a Felipe V, sofocando cualquier conato de revuelta pro-austracista, y defendiendo la integridad del territorio frente al ataque de las naciones enemigas de España y Francia en la Guerra de Sucesión.²³²

Rosenmüller, en la obra que dedica a desentrañar el juego de alianzas y conspiraciones que se dieron en la Nueva España mientras el duque de Alburquerque permaneció en el poder, concluye que la relación entre Calderón de la Barca y Ortega fue buena basándose en que el oidor testificó a favor del arzobispo en el juicio de residencia que se le tomó de su segundo interinato.²³³ Ello no fue óbice para que en 1703, en la confrontación entre Alburquerque y su antecesor por el matrimonio entre Domingo de Tagle e Ignacia Cruzat y Góngora, Calderón se pusiese del lado del primero. El asunto puede resumirse así. Ignacia, conocida como “la China”, era hija del que fuera gobernador de Filipinas, Fausto Cruzat, quien antes de morir prometió su mano a Tagle para sellar con esta unión una alianza que a los inicios había sido comercial entre ambas familias, y con mucha probabilidad se había forjado a la sombra del contrabando. Muerto el gobernador, sus hijos trataron de deshacer la promesa de matrimonio, vislumbrando acaso establecer una relación más ventajosa con alguien del entorno del virrey, que favorecía las operaciones de legalidad dudosa de un grupo de comerciantes que competía con la facción de los Tagle.²³⁴ La dote y herencia legítima de la joven Ignacia –que Robles sitúa en 600.000 pesos– hicieron de ella un imán de pretendientes, entre ellos el oidor José Joaquín de Uribe, sobre quien se ha dicho que tuvo el respaldo de Alburquerque por la amistad común que nació entre ellos durante la travesía que hicieron juntos desde Galicia.

Cuando los hermanos Cruzat recluyeron en su casa a “la China” para impedir que se celebrase el enlace con Domingo de Tagle, éste y sus parientes acudieron al

²³² Iván Escamilla ha apuntado la posibilidad de que se viese impelido a informar acerca del potencial económico del virreinato, algo que en nuestra opinión es razonable si se tiene en cuenta que se imponía la búsqueda de fondos con que costear la guerra. I. ESCAMILLA GONZÁLEZ, “La memoria de gobierno del virrey duque de Alburquerque, 1710”, *Estudios de Historia Novohispana* (en adelante *EHN*), 25, julio-diciembre 2001, pp. 157-178, pág. 159.

²³³ C. ROSENMÜLLER, *op. cit.*, pp. 84, 180 y 239. El autor ha consultado la sumaria secreta que se formó entre mayo y junio de 1704 y que está contenida en A.G.I., *Escribanía*, 233A.

²³⁴ En febrero de aquel año el virrey había mandado encarcelar a Domingo de Tagle por haber pasado mercancías sin registro con la nao de China. Toda la información sobre el suceso está comprendida en C. ROSENMÜLLER, *op. cit.*, pp. 79-88. También en A. DE ROBLES, *op. cit.*, t. III, pág. 457.

arzobispo, que tras entrevistar a la hija del gobernador y conocer su conformidad con la voluntad de su difunto padre, la sacó de su encierro y custodió su traslado al convento de religiosas de San Lorenzo. Llenos de ira al ver frustrados sus planes, los Cruzat buscaron el auxilio del virrey. A partir de ahí se formaron dos bandos entre los que mediaron sobornos, excomuniones, apelaciones al derecho común y canónico... Ortega y Montañés llegó a solicitar el real auxilio y a interponer un recurso ante la Audiencia, deliberando ésta en su contra y a contemplación del virrey.²³⁵ Aún así el arzobispo siguió adelante y desposó en la portería del convento a Ignacia con Domingo de Tagle. Las represalias de Alburquerque para los Tagle y sus partidarios fueron terribles –lo que le valió después una seria amonestación del Consejo de Indias–, y a pesar de los intentos de mediación de la virreina para enterrar los resquemores, el empeño del duque en negarle a Ortega la etiqueta debida a los antiguos virreyes, terminó de marchitar la relación entre ambos.

Cuando todavía compatibilizaba los cargos de arzobispo y de virrey interino, Ortega y Montañés manifestó ya su preocupación por el trato y atenciones que se le habrían de dispensar al abandonar el puesto por segunda vez. En marzo de 1702 escribió al Consejo suplicando que no se hiciese “novedad alguna en el estilo y práctica”, para seguir gozando de los honores propios de un exvirrey: conservar el título de Excelencia, poder usar seis mulas en el coche y recibir un trato deferente de las autoridades civiles.²³⁶ Mas llegaron para él malas noticias en octubre con las urcas que trajeron al duque de Alburquerque. Robles las calificó de “cédulas de disgusto”, pues en ellas se le denegaba cuanto pedía y se le advertía de que, entre otras muestras de respeto, habría de soltarse la falda pasando delante de la virreina, algo “que no había querido hacer”.²³⁷ Protestó Ortega sin efecto, y en octubre de 1704 el virrey le comunicó la nueva resolución sobre que los virreyes interinos no gozasen de honores después de haberlo sido. Interpretando que el ánimo de Alburquerque había sido el de causarle afrenta, el arzobispo escribió al Consejo, resignándose con “gran dolor” a lo dispuesto y exponiendo que si el virrey se lo permitiese abandonaría México para que sus feligreses

²³⁵ Discurrió entonces Ortega y Montañés que la Audiencia se movía según los intereses del virrey y los oidores buscaban con su decisión satisfacer la voluntad de Alburquerque. C. ROSENMÜLLER, *op. cit.*, pág. 85.

²³⁶ A.G.I., *México*, 460. Carta del Arzobispo, fechada a 7 de marzo de 1702.

²³⁷ A. DE ROBLES, *op. cit.*, t. III, pág. 406.

no asistiesen a su pública humillación.²³⁸ Ortega y Montañés no salió del arzobispado ni de aquella ciudad por este motivo, pero la hostilidad hacia Albuquerque perduró hasta su muerte en diciembre de 1708.

2. COMISIONES EN EL REAL Y MINAS DE GUANAJUATO

La ciudad de Santa Fe y Real de minas de Guanajuato, distrito de Michoacán, distante 70 leguas de México, ocupa un terreno poco a propósito para la labor y el cultivo, de forma que hasta que a mediados del siglo XVI no se descubrieron en el seno de su escarpada orografía los yacimientos que demostraron ser abundantísimos en metales, no devino en centro poblacional importante. La actividad minera se convirtió en el eje central de la economía guanajuatense, cuyo ejercicio era imposible sin la provisión de crédito y el abasto de los insumos. Los mercaderes y aviadores serían los encargados de facilitar el crédito a los mineros para financiar la extracción y el beneficio, que consistía en el tratamiento del mineral para obtener la plata. Para ello resultaba indispensable el mercurio o azogue, cuyo reparto vigilaba estrechamente la Real Caja con ánimo de prevenir los fraudes en el pago del quinto a la Real Hacienda.²³⁹

En 1699, la cobranza de las deudas contraídas por la minería con los ramos de azogues, naipes y papel sellado, fue el origen de las desavenencias que estallaron entre mineros y oficiales reales. La enemistad se acusó durante la distribución de las partidas de azogues llegados del Perú y de Castilla, en que el contador Gonzalo de Laegui y el tesorero Diego Sáenz Calderón²⁴⁰ se negaron a la pretensión de los mineros de fiarse entre sí. Contrariados por la dificultad de encontrar quien les supliese crédito y entendiendo que los oficiales intentaban atrasar su ejercicio, hicieron convocatoria y

²³⁸ A.G.I., *México*, 460. La representación del arzobispo de 12 de octubre de 1704 fue vista en el Consejo y tuvo por respuesta, el 13 de julio de 1705, que con su persona se había practicado lo mismo que se mandó con el arzobispo de Lima, según estaba reglado. En los mismos términos respondió el Rey por carta fechada en 28 de agosto de 1705. A.G.I., *México*, 401.

²³⁹ La relación de la Caja con el beneficio de la plata tenía una doble vertiente: “Primero porque a través de la Caja Real, la Corona otorgaba el azogue necesario para el beneficio de los minerales y, segundo, porque una vez obtenida la plata, los beneficiadores acudían a ella para pagar el quinto real y recibir el cuño real en sus barras”. E. M. TORRES TORRES, *El beneficio de la plata en Guadalajara, 1686-1740*, tesis para la obtención del título de licenciado en Historia, UNAM, Facultad de Filosofía y Letras, Colegio de Historia, México, 1999, pág. 50.

²⁴⁰ Gonzalo de Laegui había adquirido la propiedad del puesto de contador, de la Real Hacienda y Caja de la ciudad de Santa Fe y minas de Guanajuato por 6.000 pesos escudos de plata en 1689. A.G.I., *Contaduría*, 235.

Junta de minería buscando desafiar esta medida ante los tribunales, señalando de paso la incompetencia de Sáenz y destapando las ventas clandestinas de azogues de Laegui, entre otros excesos.²⁴¹ Tal fue el revuelo que el virrey Moctezuma envió al oidor de la Audiencia de Guadalajara, don Cristóbal de Palma y Mesa, para que hiciese las averiguaciones oportunas en el curso de una visita con la que se perseguía restablecer la normalidad en aquel Real. De Palma, al parecer, actuó de forma interesada y deliberó a favor de los mineros, procediendo a embargar los bienes de los oficiales reales sin querer entregar los autos para que éstos pudieran dar sus descargos, de lo que se quejaron los afectados ante el virrey y el monarca.²⁴²

Pues bien, una “persona celosa del real servicio”²⁴³ —pudo ser Lorenzo Cano, del que ahora hablaremos, o los oficiales reales en la representación que dirigieron al monarca el 28 de agosto de 1701—, puso en conocimiento de Felipe V que el juez visitador había admitido cohechos y encubierto a los mineros que extraviaban plata sin pagar los derechos debidos, al tiempo que conspiraban y causaban vejaciones al contador y tesorero del real de Guanajuato. En concreto se acusaba al presbítero Juan Díaz de Bracamonte de haber capitaneado a los mineros que se habían comportado de forma tan irregular, y de haber incurrido individualmente en la falta de despojar al capitán Lorenzo Cano Cortés de la mitad de la mina de San Juan de Rayas para quedar él como único administrador, transgrediendo lo dispuesto por reales ejecutorias. No era la primera vez que así sucedía: desde que en 1694 Bracamonte entrara en posesión de la mina en una operación que tildaremos de compleja y turbia, no habían cesado los pleitos y disputas con Cano, a quien legalmente correspondía la administración de la mitad de ella. El monarca fue informado de que el eclesiástico se había obstinado en sacar grandes remesas de oro y plata aun a costa de cometer una negligencia, como fue comerse los pilares antiguos, abriendo diferentes brechas y grietas que ocasionaron un

²⁴¹ E. M. TORRES TORRES, *op. cit.*, pág. 71.

²⁴² A.G.I., *México*, 460. Cristóbal de Palma y Mesa, oidor más antiguo de Guadalajara, fechó el 28 de agosto de 1701 el testimonio de autos que envió a Madrid con la sentencia dada en la comisión para averiguar los capítulos puestos por Bracamonte, en nombre del común de la minería, a los oficiales reales de Guanajuato. Una semana después, los oficiales reales escribieron al rey para representar diferentes puntos sobre las vejaciones recibidas de Bracamonte y del oidor de Palma en el curso de la visita.

²⁴³ A.G.I., *México*, 232B, “Cuaderno de autos testimoniados e información pública recibida en virtud de comisión del Excelentísimo señor duque de Albuquerque por el señor don Miguel Calderón, oidor más antiguo de la mina de Rayas y Real Caja de Guanajuato”. Se corresponde con el cuaderno n. 10, formado en 1703.

derrumbe en que murió un operario, resultaron heridos otros muchos y se destruyó la caja de aguas hecha por Lorenzo Cano, lo que imposibilitaba el desagüe de la mina y ponía en serio riesgo su conservación.

Las denuncias surtieron el efecto deseado y despertaron el recelo del rey Borbón, que el 14 de marzo de 1703 despachó dos reales cédulas dirigidas a la persona de Miguel Calderón y al virrey Alburquerque para que verificasen lo que de cierto había en ellas. Al virrey se le encomendaba que reconociese los autos que sobre estos puntos se hubiesen formado y que se formaren, remitiéndolos a la Audiencia para que conjuntamente deliberasen lo que era más de justicia y conveniente para la resolución de estas dependencias. Alburquerque debía informar con distinción y claridad del estado de la mina de Rayas, de lo que podía resultar más útil para tenerla en corriente y de los motivos que hubo para privar a Cano de la administración, dejando en su lugar a Bracamonte sin reparar en que estaba prohibido por la ley IV del lib. I, tít. II de la *Recopilación* que los religiosos pudieran beneficiar minas. Se le daban instrucciones al virrey para que mandase a Bracamonte abandonar Guanajuato en tanto se llevaban a cabo las averiguaciones sobre sus procedimientos en información –ha de entenderse el término como “pesquisa”– pública y secreta. Una vez vista y votada la causa en la Audiencia, si el eclesiástico resultaba delincuente se le debía mandar a comparecer en el Consejo.

En septiembre, cuando llegó a sus manos la real cédula, el duque de Alburquerque acudió al Acuerdo para consultar si podía subdelegar en Calderón de la Barca estas diligencias, que habrían de sumarse a las que privativamente le habían sido encomendadas en el despacho que después describiremos. El Real Acuerdo fue elocuente al emitir su parecer: no había obstáculo para que Calderón entendiese en lo que se le había cometido al virrey, siempre que se llevasen prontamente a término las diligencias que posibilitaran al Consejo “tomar pleno conocimiento en materia tan ruidosa y de tan contrarias y complicadas noticias, sucediendo lo mismo en esta Real Audiencia, que parece no tiene otra incumbencia que cuentos y quimeras inacabables de esta mina, siendo S.M. el principal perjudicado en estos pleitos, pues con ellos cesa el beneficio y corriente de ella y la percepción de los derechos reales”.²⁴⁴ En consecuencia,

²⁴⁴ A.G.I., *México*, 236B, cuaderno 10. Parecer del Real Acuerdo, México, 3 de septiembre de 1703.

el 10 de noviembre el virrey expidió un mandamiento mediante el que le confería a don Miguel esta comisión.

Ese mismo día escribió Miguel Calderón al Consejo avisando de haber recibido la carta del secretario de Indias, Manuel de Aperregui, de 12 de mayo que iba acompañada de la cédula de 14 de marzo por la que se le mandaba pasar a visitar la mina de Rayas y las reales Cajas de Guanajuato. En su respuesta al Consejo, Calderón decía aceptar cuanto se le ordenaba y afirmaba que en los siguientes tres días pasaría a aquel real para satisfacer su cumplimiento.²⁴⁵ Su partida atrajo la atención del cronista Robles, que la reflejó en su *Diario de sucesos notables*,²⁴⁶ lo que revela la notoriedad que las disputas por la mina y el conflicto entre oficiales reales y mineros había adquirido en la capital del virreinato.

El solo valor de la mina de Rayas justificaba su fama. Descubierta 130 años atrás, se decía que era “alhaja tan preciosa que no la hay como ella en el reino”,²⁴⁷ y se daba en ella la rareza de que podía extraerse oro en cantidades significativas. Para comprender el conflicto de intereses en torno a su administración y lo que supuso la visita de don Miguel es preciso que nos detengamos en algunos pormenores. Centramos nuestra atención en este asunto porque, a pesar de que resultó una comisión altamente rentable para nuestro oidor, la justicia que administró o dejó de administrar en ella, le perseguiría en los años venideros.

Tenemos noticia de que Cano, probablemente español y nacido hacia 1658, estuvo vinculado a la Casa de la Contratación, que le nombró capitán del aviso de un navío que en 1688 hizo el viaje de ida y vuelta a Nueva España.²⁴⁸ No sabemos cómo llegó al real de Guanajuato, pero en 1692 el doctor Nicolás de Bonilla le hizo donación de la mitad de la mina de Rayas y sus haciendas. Poco después, el que había trabajado como administrador de la mina, fray Francisco de San Agustín, alias Samarramarra,

²⁴⁵ *Ibidem*, 460. Calderón daba cuenta de haber recibido el despacho para que visitase la mina y las reales Cajas en los azogues del almirante Garrote, que vino acompañado de una carta del secretario Manuel de Aperregui de 12 de mayo de 1703.

²⁴⁶ A. DE ROBLES, *op. cit.*, t. III, pág. 300.

²⁴⁷ A.G.I., *México*, 236B, cuaderno 10. Testimonio contenido en los Autos e información pública de la visita a la mina de Rayas y Real Caja de Guanajuato.

²⁴⁸ A.G.I., *Contratación*, 3276. En Sevilla, 7 de enero de 1688, en la Contaduría principal se tomó la razón del nombramiento de don Lorenzo Cano Cortés como capitán del pliego del aviso, cuyo dueño era el capitán Juan de Arana, que en aquel año fue “yente y viniente” a la Nueva España.

religioso agustino descalzo del Hospicio de San Nicolás, le suscitó pleito que se determinó en la Audiencia de México en abril de 1693. Según relataría Cano en 1718, supo por un criado de fray Francisco que el día antes de la vista del pleito, habiendo pasado el fraile a ver a los ministros togados que lo habían de votar –que fueron Arechaga, de la Bastida, Vargas Campuzano, Garcés de los Fallos, Maldonado y Calderón de la Barca–, volvió muy desconsolado al reconocer las pocas opciones que tenía. Acordó entonces con Diego Franco, principal aviador de la mina, regalar a cada ministro un tejo de oro y una barra de plata, como hicieron por mano de su criado, y todos lo recibieron, a excepción de Maldonado y Garcés de los Fallos. Como se esperaba, salió sentencia a favor de fray Francisco y aunque Cano trató de sobornar a uno de los jueces por medio de un intermediario, ofreciéndole 6.000 pesos si en la revista lograba atraer hacia sí a los demás oidores de modo que se revocase lo determinado, no tuvo éxito y se confirmó la sentencia por la que se anulaba la donación. Fray Francisco traspasó la mina después al que había sido su abogado en el pleito, el presbítero Juan de Bracamonte.²⁴⁹

Juan Díaz de Bracamonte es un personaje fascinante, con una biografía llena de sombras.²⁵⁰ Aunque en su relación de méritos afirmaba ser hijo de padres nobles (José Félix Díez de Estrada e Isabel Miranda Bracamonte) y que en su familia abundaban quienes habían ostentado “oficios de República de regidores y alcaldes mayores”,²⁵¹ por México y Guanajuato se extendió el rumor de que era “de casta morisco, que esto se explica por acá en este país de aquellos que son hijos de mulata blanca y español”²⁵²; y de que sus padres se llamaban “Fulano Ranxel y su madre Fulana Gutiérrez”.²⁵³ Su carrera estudiantil fue sobresaliente. Alcanzó el título de doctor en Cánones y el grado de bachiller en Artes y Leyes, obteniendo asimismo como sacerdote la licencia de confesor y predicador general en los arzobispado de México y Michoacán. Antes de administrador y propietario de la mina de Rayas, ejerció como abogado y “amanuense”²⁵⁴ de Diego Franco. Hombre ambicioso y de gustos refinados, en 1706

²⁴⁹ A.G.I., *Escribanía*, 279 B. Declaración del capitán don Lorenzo Cano Cortés, testigo 138 de la Visita de Garzarón. El interrogatorio tuvo lugar el 9 de agosto de 1718, ff. 747-750 v.

²⁵⁰ El guanajuatense responde en los documentos indistintamente al apellido de Díaz o Díez, de Bracamont o Bracamonte. Nos hemos atendido a Díaz de Bracamonte por ser la fórmula más recurrente.

²⁵¹ A.G.I., *Indiferente*, 141, n. 85.

²⁵² A.G.I., *Escribanía*, 278B, ff. 270 - 271. Visita de Garzarón, testigo 39, Juan Bautista López.

²⁵³ *Ibidem*, 279B, fol. 298 r y v. Visita de Garzarón, testigo 75, Gaspar de Villapando Centeno.

²⁵⁴ *Ibidem*, 278A, fol. 136 v, Visita de Garzarón, testigo 53, Gregorio de Prado y Zúñiga.

abandonó la mina para ocupar una plaza de oidor que había beneficiado en la Audiencia de México, dejándola cargada de deudas en manos de Franco, que de tanto aviarle se había convertido en el más importante de sus acreedores.²⁵⁵ Como juez civil se dedicaría a proteger las dependencias de los vecinos de Guanajuato, por el gran conocimiento y manejo que tuvo en el tiempo en que fue minero.

De la visita de Calderón a Guanajuato resultaron una quincena de cuadernos de autos, que hemos estudiado en profundidad y procurado compendiar, dando un solo cuerpo y sentido a un cúmulo interminable de diligencias, declaraciones, pruebas, certificaciones y sentencias. Los hechos, sucintamente descritos, fueron los siguientes. En 1698 llevó Cano personalmente su caso ante el Consejo de Indias, donde logró que se le despachase una real provisión en que se le reconocía el derecho a entrar a administrar, como hizo el 24 de octubre de 1699. Pero Bracamonte no estaba dispuesto a administrar en sociedad. El 18 de mayo de 1701, con un hábil movimiento de hilos consiguió apartar a Cano temporalmente de la mina. El desposeído no se rindió y en julio de 1702, tras un cruce de querellas, inició su segunda administración que debía haber durado dos años y no pasó de nueve meses. Cuando se hizo el reparto por mitad de la mina y haciendas anejas, se dio a Bracamonte a escoger de modo que a Cano le quedaron las haciendas sin molinos en que beneficiar los metales que sacara. Además, le esperaba una sorpresa desagradable: tras su desalojo se habían degollado los pilares principales, por lo que la mina amenazaba ruina. La amenaza se tornó en realidad al cabo, cuando un derrumbe ocasionó un muerto y serios destrozos en la caja de aguas principal, motivo por el que se envió de la Audiencia al oidor José de Luna a hacer “una vista de ojos” sobre el estado de la mina y justificar el origen de los daños causados. Don Lorenzo se encontró haciendo frente a gastos y reparos imprevistos y que difícilmente podía afrontar. La falta de respaldo financiero era su talón de Aquiles, algo que su oponente estaba dispuesto a emplear a su favor. Bracamonte elaboró un plan con ejecutó con destreza, y que pasaba por obtener del Consejo de Indias una ejecutoria en

²⁵⁵ M.A. BURKHOLDER y D.S. CHANDLER, *Biographical Dictionary of Audiencia Ministers in the Americas 1687-1821*, Greenwood, 1982, pág. 101. Su figura ha sido estudiada a fondo por F. J. CERVANTES BELLO, “De la mina a la prebenda. Trayectoria de un eclesiástico en la transición al siglo XVIII” en la obra coordinada por el mismo autor, *La Iglesia en la Nueva España: relaciones económicas e interacciones políticas*, Seminario de Historia política y económica de la Iglesia en México, Instituto de Ciencias Sociales y Humanidades “Alfonso Vélaz Pliego”, Benemérita Universidad Autónoma de Puebla, México, 2010, pp. 92-114.

que se le ordenase a Cano reunir una fianza depositaria y otra de que administraría bien y fielmente. Como reconoció en su testamento:

“A mis instancias vino una real cédula de S.M. (de 23 de mayo de 1702) para que afianzase a satisfacción de la Real Audiencia todos los frutos que se le entregasen (...), que no hizo por falta de fiadores y se imposibilitó de todas manera de volver a ella”.²⁵⁶

Lorenzo Cano, incapaz de hacer frente a los empeños y fianzas, volvió a ser despojado el 9 de marzo de 1703 por denuncia interpuesta por Díaz de Bracamonte ante el alcalde mayor de Guanajuato, Damián de Villavicencio. Al arrojarle de la administración violentamente, se le embargaron 30.000 pesos en metales y cosechas que nunca se le habrían de devolver. Cano no tardó en ir a quejarse a la corte mexicana, argumentando que por fin había conseguido reunir las fianzas. El fiscal de lo civil reconoció que, aun asumiendo que fueran buenos los fiadores, no podía pronunciarse acerca del monto a que debían ascender las fianzas por ignorarlo todo de esta materia. De manera que cuando Miguel Calderón acudió como juez visitador a Guanajuato, por autos de 11 y 27 de octubre de 1703 se le mandó regular las fianzas y hacer información de oficio de la idoneidad de los fiadores ofrecidos por Cano Cortés.

La fianza depositaria había de estimarse en función de los bienes muebles y raíces de la mina y haciendas, por lo que se reunieron todos los inventarios formados desde 1694 y se solicitó a sujetos de juicio e inteligencia en la minería que procediesen a tasar cuanto se había inventariado. Junto a las mulas de recua, bueyes y aparejos, se consideraron en la tasación, por cierto, treinta esclavos, a los que se dio un valor individual de 300 pesos. Para fijar la segunda fianza se hizo un cálculo estimativo de la cantidad de oro y plata que cabía esperar que diese la mina. Preguntados los testigos llamados por Calderón sobre esta cuestión, no supieron responder: todo dependía de la buena o mala fortuna, de la abundancia o escasez y la mejor o peor ley de los metales. Cano hizo un pedimento para que se comprobasen los libros de la Real Caja para certificar la cantidad de plata que se había beneficiado en los últimos diez años,

²⁵⁶ Cfr. F. J. CERVANTES BELLO, *op. cit.*, pág. 100.

buscando demostrar cómo desde que se comieron los pilares había descendido dramáticamente el beneficio.²⁵⁷

Procedía averiguar si los fiadores propuestos eran suficientes, así se procedió a interrogar a personas con conocimiento de aquel real, para que informasen sobre si estaban “en la común estimación de los hombres de este comercio y si los reputan por bastantes y abonados”. Basándose en las comparecencias de los testigos, formó Calderón un informe negativo, que convenció a la Audiencia de que la mayoría estaban sin caudal. Don Lorenzo quedó inmediatamente fuera de la mina por no haber cumplido las condiciones a que se había sujeto su administración. Por auto de 7 de febrero de 1704 se mandó a los oficiales reales que ponderasen el estado de la mina y sugiriesen las providencias que en adelante se podían dar. Diez días después respondieron que lo más provechoso sería que Bracamonte administrara solo, en vista de lo cual se proveyó auto de 28 de febrero por el que se le mandó dar la entera administración, siempre que diese las fianzas que se le habían pedido a Cano. Incapaz de darlas al contado, se obligó mediante hipoteca de la media mina y haciendas que le pertenecían. Que estos bienes estaban cargados de deudas no fue tenido en cuenta por Calderón, que dio por buena la hipoteca, conforme a lo cual la Audiencia dio su aprobación por auto de 10 de abril de 1704.

En el ínterin don Miguel hizo las averiguaciones acerca de los procedimientos de Díaz de Bracamonte. Durante el mes de noviembre de 1703 Calderón sometió a interrogatorio a diversos testigos para la información secreta judicial, de lo que sólo resultaron elogios.²⁵⁸ Alabaron uno tras otro la rectitud y caridad del presbítero, que socorría doncellas y viudas, y procuraba alimento a los pobres en tiempo de carestía. De su dadivosidad hablaban las limosnas que para su adorno y sostenimiento había

²⁵⁷ Los oficiales reales certificaron que desde que entró Bracamonte el 29 de agosto de 1694 y en los cinco años en que administró por sí solo, es decir, hasta el 7 de septiembre de 1699, benefició 150.127 marcos de plata y 36.453 castellanos y 1 gramo de oro de ley de 22 quilates. Entre 24 de septiembre y 18 de mayo de 1701, mientras administraron en compañía, Bracamonte diezmó 14.656 marcos y 6 onzas de plata del beneficio del azogue, 4.049 marcos y 4 onzas de fundición, y 55 castellanos y 5 tomines de oro. En el mismo periodo Lorenzo Cano benefició 3.342 marcos y 1 onza de plata de azogue, 2.655 y 3 onzas de fundición, y 460 castellanos y 9 granos de oro. Estando Cano fuera de la mina fue cuando se comieron los pilares, experimentándose a partir de entonces una caída tal que en los últimos nueve meses Bracamonte sólo había diezmado la corta cantidad de 2.509 marcos de plata y 100 castellanos de oro. En adelante, según sus cálculos, lo más que cabía esperar era que la mina diese al año 8.118 marcos de plata y 514 castellanos de oro. A.G.I., *Escribanía*, 236B, cuaderno n. 5 y A.G.I., *Escribanía*, 236A.

²⁵⁸ *Ibidem*, 236B, cuaderno n. 12.

entregado en todas las iglesias del real del Marfil y Guanajuato. Por ejemplo, había financiado por sí solo el retablo del altar mayor del convento de San Pedro de Alcántara y remozado la capilla de la hacienda de Las burras. Miguel Calderón restó crédito a las imputaciones que en una carta de 26 de agosto de 1703 dirigieron al virrey varios vecinos del comercio de Guanajuato,²⁵⁹ en que lamentaban el odio que había sembrado Bracamonte entre la población desde el día de su llegada y su mal obrar, que en una década había motivado la visita de tres jueces a Guanajuato –por ese cómputo, Calderón de la Barca venía a ser el cuarto–. Desoyendo el contenido de la delación, Miguel Calderón optó por no obrar cosa alguna, excusándose en el riesgo de incurrir en las censuras de la *bullá in cena Domine*, y argumentando que los autores eran todos “criados, dependientes y aliados de don Lorenzo, mozos sirvientes de tiendas, interesados de su restitución a la mina”.²⁶⁰

Calderón de la Barca se hallaba dispuesto a concluir las causas que estaban pendientes relacionadas con los procedimientos de Bracamonte, por lo que atendió la causa criminal hecha a petición de Mateo de Garay, administrador que había sido de la mitad de la mina de Lorenzo Cano, contra Andrés Velázquez de la Rocha, Damián de Villavicencio y otros sujetos a los que acusaba de haber extraído los metales que habían quedado cuando se desposeyó a Cano por segunda vez y que eran de su propiedad. Garay había hecho su petición ante Juan José de Vargas Campuzano, alcalde mayor de Guanajuato, en agosto de 1703. La causa se le remitió a Calderón para que oyese a los supuestos acusados en justicia. Nada se probó de lo alegado por Garay.²⁶¹

Asimismo, Miguel Calderón solicitó a los oficiales reales de Guanajuato que pusiesen en su conocimiento la causa referida al extravío de una carga de plata en bollos sin quintar y su envío a México el 1 de octubre de 1703, de que Miguel de Borja Poín, asistente de Lorenzo Cano en la hacienda de San José de las burras, había acusado a Bracamonte mediante un papel de delación. En él aseguraba tener noticia de que se

²⁵⁹ Sus nombres: Antonio Pérez de Bulnes, Francisco Rodríguez de Llanos, Antonio Pastor de Castro, Francisco de Alipasolo, Manuel de Cos García, Santiago de Villanueva y Uribay, José Navarro, Francisco Postigo Valde, Antonio Martínez de Lexarzar, José García de Rivas, José Martínez Gudono, José Candía Agüero y José Urrutia.

²⁶⁰ *Ibidem*, 236B, cuaderno n. 12.

²⁶¹ *Ibidem*, cuaderno n. 9. Causa criminal hecha a pedimento de Mateo Garay vecino del real y minas de Guanajuato contra los culpados en la extracción de metales pertenecientes a don Lorenzo Cano al tiempo que se le desposeyó de la mina de Rayas y sus haciendas.

habían conducido a la capital para regalar al virrey por el día de su santo.²⁶² La primera medida de Calderón de la Barca fue llamar a testificar a Borja, poniéndole inmediatamente después en prisión, convencido como estaba de ser inicuo el delator. La plata supuestamente sin quintar consistía en cuatro tejuelos y un cajón que contenía un taller de diez piezas, con su pie y salero de plata sobredorado, que los criados de Bracamonte habían llevado a México envueltos y cargados en una mula, para repartirlos entre el abogado Oyanguren, la religiosa del convento de Santa Clara y hermana del minero, Rosa de Bracamonte, y el correo mayor y regidor de la ciudad, Pedro Ximénez de los Cobos. Por testimonio de este último se averiguo que los tejuelos estaban todos quintados, no así el taller. A su debido tiempo recordaría el regidor que no se había llevado ante el ensayador en Guanajuato porque se había acabado de fabricar al mismo tiempo que salieron los mozos de Bracamonte para México. Según su declaración, le pidió Miguel Galecio, maestro platero que había acudido a su casa a mostrarle un espadín y estaba presente cuando se hizo la entrega del cajón con el taller, que lo quintase en su nombre como platero en la Real Caja de México. Se explicaba así, al parecer, que la marquilla del taller dijera “Gonzáles”, por el ensayador Nicolás González de la Cueva. Después de múltiples interrogatorios, Miguel de Borja se echó atrás y confesó que había escrito el papel que había dado pie a la causa bajo el dictado e influjo de Mateo de Garay. De esta forma quedó demostrada la falsedad de la acusación y a salvo el nombre de Bracamonte... y el del virrey Alburquerque. Substanciados los autos, se despachó mandamiento de prisión contra Garay, que se dio a la fuga. En el parecer que Calderón envió a la Audiencia sobre esta materia con fecha de 7 de junio de 1704, arremetió contra Garay, y culpó indirectamente a don Lorenzo Cano de haber promovido las imposturas de su administrador, con el solo fin de “hacer horroroso y aborrecible el nombre de este eclesiástico y por este medio excluirle de la administración de la mina”.²⁶³

No habiendo resultado culpa contra Bracamonte, el 14 de enero de 1704, asistiendo al Real Acuerdo los oidores Escalante, Valenzuela, Luna, Tobar y Uribe, se determinó que había de continuar y quedar en dominio de la mina, “sin embargo de su

²⁶² *Ibidem*, cuaderno n. 11. Testimonio de autos y testimonio por oficiales reales de Guanajuato por la delación hecha por Miguel de Borja sobre extravío de una carga de plata sin quintar.

²⁶³ *Ibidem*, cuaderno n. 11, fol. 1704 v. Parecer emitido por Miguel Calderón, destinado al virrey duque de Alburquerque. Su fecha en México, 7 de junio de 1704.

calidad de eclesiástico, cuya prohibición de correr en estos ejercicios no se ha practicado en este reino y así porque los dueños antecesores de esta misma mina lo han sido, como porque en las (del reino) de la Galicia haya habido muchos que la hayan ocupado, no obstante las contradicciones de los señores fiscales en diversos tiempos, que atendidas en Juntas Generales no se han considerado eficaces para alterar la costumbre admitida, sin perjuicio de los haberes reales”.²⁶⁴ Quien no estuvo de acuerdo sobre este punto fue el monarca. Después de que los autos formados en el curso de la visita de Calderón fueron vistos en el Consejo y examinados por el fiscal, despachó una real cédula en que insistió en la importancia de observar y cumplir la ley que excluía a los religiosos y clérigos de la minería. Para ello, instaba a los virreyes, arzobispos y obispos del Perú y Nueva España a que estuviesen vigilantes para remediar “estos excesos”, “por el grave perjuicio que de ello resulta a mi Real Hacienda y a la mejor administración y conservación de las minas”.²⁶⁵

Juan Díaz de Bracamonte era un hombre de astucia y recursos, que empleó a su favor para deshacerse a tiempo de la mina y no verse privado de su posesión. No pesó únicamente esta posibilidad en su decisión, sino que se movió al comprender la escasa rentabilidad que se derivaba de la mina. Y ello después de haber invertido grandes porciones de su caudal en introducir reparos y mejoras, poniendo especial cuidado en las obras que se ejecutaron para asegurar el desagüe de la mina mediante un aparatoso sistema de norias de tracción animal. Así al menos lo refirió Calderón en el otoño de 1704, en la carta que remitió al rey junto con los planos que le había hecho llegar el procurador José de Ledesma en nombre de don Juan.²⁶⁶ Pues bien, aprovechó la ocasión que se le brindó cuando las necesidades crecientes de la guerra obligaron a Felipe V a recurrir al beneficio de magistraturas. El 14 de enero de 1706 se le expidió el título de oidor supernumerario de la Audiencia de Nueva España, con la dispensa de poder entrar a ejercer siendo natural de su distrito. Tomó posesión el 16 de agosto de 1716 y la suerte pronto le sonrió, pues no hubo de esperar mucho antes de ingresar en una plaza

²⁶⁴ *Ibidem*, cuaderno n. 12, ff. 1432-1435.

²⁶⁵ “A los virreyes del Perú y Nueva España y a los arzobispos y obispos de ambos reinos, encargándoles la puntual observancia y cumplimiento de la ley IV, libro I y título II, que prohíbe que los religiosos y clérigos puedan beneficiar minas. 7 de marzo de 1705”. Cfr. R. KONETZKE, *op. cit.*, t. II, pp. 136 y 137.

²⁶⁶ A.G.I., *MP-México*, 97. En los planos se reproduce el camino interior de la mina y el diseño de las obras y norias para el desagüe. Se pusieron con carta de Calderón de la Barca de 10 de octubre de 1704, en que en tanto que juez visitador daba cuenta de las últimas diligencias ejecutadas de su orden en la visita.

del número; la que había vacado por muerte de Baltasar de Tobar en septiembre de 1708.

Para terminar sólo nos resta por resolver el asunto de la inspección de la Real Caja y las denuncias de ida y vuelta entre funcionarios y mineros. Ésta se realizó en 28 días. Mediante la sentencia dictada por Calderón en enero de 1704 se pusieron de manifiesto los abusos introducidos contra la ley por los oficiales reales y por los mineros. No obstante, lejos de lo que resultó en la visita del oidor de Palma, su determinación fue tibia y no perjudicó seriamente a ninguna de las partes. Se probaron cargos contra el escribano, el ensayador y balanzario de la caja real de Guanajuato, pero fueron absueltos. El tesorero Sáez Calderón fue hallado culpable, pero para entonces ya había fallecido, de modo que sus herederos únicamente pagaron 80 pesos de multa. Y aunque también se probaron cargos contra el contador Gonzalo de Laegui, en atención a sus muchas obligaciones y la suma pobreza que padecía, Miguel Calderón pidió para él un indulto. Además refirió que el buen estado en que había hallado la Real Caja era debido en gran medida al celo, aplicación y cuidado de Laegui.²⁶⁷

3. EL COBRO DE LOS TRASPASOS DE OFICIOS

Por despacho de 22 de septiembre de 1703 se encomendó a Calderón, y en segundo lugar al oidor que le seguía en antigüedad, Juan de Escalante, que hiciesen las averiguaciones pertinentes acerca de la forma en que los alcaldes mayores y corregidores habían hecho empleo de la facultad de nombrar a otras personas para que sirviesen en su lugar.²⁶⁸ A los oidores se les remitió una relación de oficios sobre la que trabajar, que incluía las alcaldías de Nejapa, Guajapa y minas de Silacayoapa, Santa Catalina de Chichicapa, Zimatlán, Ixtlahuaca y Metepec. De probarse que había mediado pacto de reales, se debía proceder al cobro de lo percibido por el traspaso. Con este encargo la corona no pretendía, aclara Navarro García, revocar o anular las

²⁶⁷ E.M. TORRES TORRES, *op. cit.*, pp. 72-74. Este autor parte de la obra del que fuera cronista oficial de Guanajuato, Isauro Rionda Arreguín, cuya tesis doctoral sobre la mina de Rayas no hemos podido consultar, pese a que lo hubiéramos querido así, pues nos hubiera resultado de gran ayuda (I. RIONDA ARREGUÍN, *La mina de San Juan de Rayas (1670-1727)*, Escuela de Filosofía y Letras, Universidad de Guanajuato, 1982).

²⁶⁸ A.G.I., *México*, 460. Real despacho de 22 de septiembre.

sustituciones en que hubiese mediado transacción comercial, sino asegurarse de que “el dinero que de esta forma había cambiado de manos fuese a parar a las arcas reales”.²⁶⁹ Estas cantidades se ingresarían en la Real Caja de México para ser remitidas a España, con el seguro destino de soliviantar las urgencias del real erario. En virtud de esta comisión, Calderón remitió los cuadernos de autos entre septiembre y octubre de 1704, dando cuenta de las diligencias ejecutadas. En ocasiones no se le ofreció qué hacer por hallarse en España el cedente, como sucedió con Basilio de Ondona, que había subrogado el oficio de la Villa Alta en don Francisco Benítez Maldonado por 10.000 pesos.²⁷⁰ También se dio el caso de que, habiéndose demostrado el interés pecuniario en un acuerdo de cesión, no se pudo actuar contra quien se había lucrado por defunción. Así sucedió con el oficio de Antequera de Oaxaca, corregimiento que el agente Villatoro había beneficiado en Diego Alonso de Salinas por 4.000 pesos,²⁷¹ que Alonso traspasó por 2.000 pesos más a don Juan Núñez de Villavicencio, que dio permiso a su sobrino Pedro de Villavicencio para que lo ejerciera en su nombre. Muerto Diego Alonso, Calderón de la Barca procedió a cobrar de su heredero una letra por valor de los 6.000 pesos del traspaso, mas nada se siguió contra don Juan porque no pudo probarse que su pariente le entregase algo a cambio de dejarle el servir por él en el oficio.²⁷²

De los informes se extrajo la conclusión en Madrid de que convenía, por su escasa rentabilidad, poner fin a las acciones que se habían desplegado según lo dispuesto en la cédula de 22 de septiembre de 1703: “las cantidades en juego eran cortas y de difícil cobro”.²⁷³ Sin embargo, la utilidad para Calderón en forma de inteligencia y experiencia adquirida en el tráfico de cargos públicos, resultó, como el tiempo vendrá a demostrar, más que considerable.

4. NOMBRAMIENTOS SUCESIVOS PARA GRANADA Y GUADALAJARA

El 19 de agosto de 1703 Calderón de la Barca tuvo noticia de que, por consulta del Consejo de Castilla de 1702, se le había conferido una plaza de oidor de la Real

²⁶⁹ L. NAVARRO GARCÍA, *op. cit.*, pág. 136.

²⁷⁰ A. SANZ TAPIA, *¿Corrupción...*, pág. 445.

²⁷¹ A.G.I., México, 235, r. 6, “Memoria de los oficios y cargos del distrito de las provincias de Nueva España y ha beneficiado don Diego de Villatoro, marqués del Castillo, desde 1683 a esta parte”.

²⁷² A.G.I., *México*, 460. Miguel Calderón de la Barca por carta de 1 de octubre de 1704 dio cuenta con testimonio de las diligencias ejecutadas en lo tocante al traspaso de este corregimiento.

²⁷³ L. NAVARRO GARCÍA, *op. cit.*, pág. 138.

Chancillería de Granada.²⁷⁴ De forma casi simultánea e independiente, por consulta del Consejo de Indias obtuvo la presidencia de la Audiencia de Guadalajara, capital del reino de Nueva Galicia. Como resultado, durante algún tiempo pudo parecer que se le estaba dando a escoger, cuando lo que se había dado en verdad era una falta de coordinación entre ambos Consejos. Al llegar a sus manos la real cédula de 18 de septiembre de 1703 en que se le participaba el ascenso a la presidencia guadalajarenses, Miguel Calderón reconsideró la decisión que ya tenía comunicada oficialmente de ingresar como ministro en el tribunal andaluz. Si bien era cierto que el puesto en Granada representaba una oportunidad nada desdeñable de regresar a la Península, también le privaba de entender en los asuntos de Indias, amortizando el capital de influencias y contactos forjados en el curso de tantos años de ejercicio en México. Otro inconveniente era la guerra en la que se hallaba sumida España. Mientras no se vislumbrase un desenlace, a todas luces resultaba más seguro permanecer en América. En contraste, la oferta de trasladarse a Guadalajara resultaba atractiva por diversos motivos. En primer lugar, Nueva Galicia era un territorio en expansión, próspero por la abundancia de yacimientos mineros, ubicada a una distancia razonable de la capital del virreinato. El presidente, a la cabeza de una plantilla compuesta por cuatro oidores que hacían las veces de alcaldes del crimen, no tenía facultades de gobernador ni de capitán general de su distrito —éstas le correspondían al virrey—, pero en la práctica gozaba de un alto grado de autonomía.

Todo ello debió de pesar en él para que el 1 de septiembre de 1704 se dirigiese al Consejo de Indias para trasladar su intención de acudir a ocupar la posición que se le había otorgado al frente de la Audiencia de Guadalajara, solicitando que se le guardase la plaza de Granada para más adelante. El motivo que alegó para justificar el aplazamiento fueron las dificultades para efectuar el viaje, “por lo arriesgados que estaban los mares debido a las guerras”.²⁷⁵ En respuesta, por cédula de 10 de marzo de 1705 se le informó de que en cuanto se conoció que tenía aceptada la plaza de Granada, se revocó la concesión para Guadalajara y se designó a Juan de Escalante en su lugar, por lo que se le ordenaba poner rumbo a Granada en la primera ocasión. Frustrada su propuesta, Calderón dilató el viaje durante tres años. No tenía razones para acelerar su

²⁷⁴ D.S. CHANDLER y M.A. BURKHOLDER, *Biographical...*, pág. 62.

²⁷⁵ A.G.I., *Guadalajara*, 232, leg. 9, ff. 218v - 219v.

partida, exento como estaba de padecer suspensión o pena alguna: por real cédula de 1704 había obtenido la gracia excepcional de continuar en su empleo, con asistencia del salario de oidor, todo el tiempo que permaneciere en México. Su ambición, por lo demás, estaba puesta en el Consejo de Indias, donde supo procurarse un hueco movilizándolo sus contactos. Aunque finalmente no se sentó ni en Granada ni en Guadalajara, sus coetáneos pudieron hacer una lectura variada del hecho insólito y fortuito de que se le nombrase para ambos destinos a un tiempo. De partida, constituía un reconocimiento de su competencia profesional y, paralelamente, daba a entender que Calderón gozaba de protección y amistades en las más altas esferas del poder. Era, en conclusión, un espaldarazo que terminaría de afianzar su autoridad y fama entre las gentes de aquel reino.

5. EL BENEFICIO DEL ASIENTO EN EL CONSEJO

En marzo de 1701 Felipe V trató de poner en práctica por decreto las medidas que una década atrás había emprendido, con poco éxito, Carlos II, con miras a desembarazar los Consejos y Audiencias de supernumerarios, poniendo fin a la venalidad y destituyendo a quienes, nombrados sin que mediase consulta, por decreto ejecutivo, hubiesen sido provistos a cambio de dinero. Pero una vez más la guerra y los onerosos gastos a ella asociados dieron al traste con tan recto empeño de reforma. En septiembre de 1704 se abrió una «Junta de beneficios» que un año después derivó en almoneda masiva de cargos y honores.²⁷⁶ Bajo la supervisión de José de Grimaldo, superintendente del Despacho de Guerra y Hacienda, y del todopoderoso embajador francés Jean-Michel Amelot, los banqueros Juan de Goyeneche y Bartolomé de Flon actuaron como principales intermediarios en el complejo proceso de enajenación de oficios para servir en España e Indias. Hombres de plena confianza de Grimaldo y en estrecha comunicación con él, hallaron en este ejercicio una vía para recuperar escalonadamente los préstamos que habían hecho al soberano, pues presumiblemente les correspondería un porcentaje de lo abonado en cada compra que hubiera corrido a su cargo. La Corona, por su parte, al comisionar en estos sujetos las ventas y beneficios se

²⁷⁶ F. ANDÚJAR CASTILLO, *Necesidad y venalidad. España e Indias, 1701-1711*. Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, Madrid, 2008, pág. 7.

aseguraba que las gestiones se llevarían a cabo fuera de las instituciones públicas, con la mayor confidencialidad, ahorrándose la exhibición de su flaqueza: “la venalidad es a la vez signo del poder absoluto del monarca y de su propia debilidad ante la necesidad de recaudar dinero por este medio extraordinario. El soberano no nombra a quien quiere sino a quien paga para que lo nombre (...)”.²⁷⁷

Olvidados los cauces tradicionales de designación –en lo que atañe a Indias, arrumbado el Consejo y suspensa la Cámara–, los aspirantes o sus representantes debían acudir a las oficinas privadas de los financieros a negociar con ellos el precio y las condiciones en que estaban dispuestos a adquirir el producto de su interés. En su caso, Calderón de la Barca, probablemente por medio de algún agente cuya identidad desconocemos, recurrió a Flon para pactar la compra de una plaza de ministro togado en el Consejo de Indias, con la particularidad de que debía ser una plaza del número; que se le había de permitir pagar la media anata al tiempo de entrar a ejercer y no antes; y de que se le reconocería la antigüedad desde la fecha de expedición del real decreto, como si hubiera jurado el cargo y “en la actualidad” lo estuviera sirviendo.²⁷⁸ No terminaba aquí la lista de requisitos, pues suplicó que se le concediera la merced que había obtenido al ser promovido a Granada de mantener el sueldo de oidor mientras permaneciese en México y hasta un mes después de su llegada a puerto en España.

Los financieros no sólo acordaban y elevaban la oferta económica a las autoridades competentes, sino que también “confeccionaban” el memorial del candidato –silenciando carencias o enfatizando los méritos que hablaban a su favor, según las circunstancias–, para asegurar la viabilidad de las operaciones. De esta labor se encargaba habitualmente el propio Flon, por sí o valiéndose de sus hijos.²⁷⁹ De hecho, podía redactar dos escritos: un memorial para el Consejo en el que se omitía cualquier alusión al dinero, y otro ejemplar destinado al monarca en que se incluían todos los términos de la negociación.²⁸⁰ En este último caso, el intermediario presentaba la propuesta de compra a Grimaldo, en cuya Secretaría se recababa información relativa a la idoneidad del aspirante y se estimaba si la cantidad que ofrecía se ajustaba al valor

²⁷⁷ *Ibidem*, pág. 317.

²⁷⁸ A.H.N., *Estado*, leg. 774.

²⁷⁹ F. ANDÚJAR CASTILLO, *Necesidad...*, pág. 73.

²⁸⁰ *Ibidem*, pág. 317.

del puesto a enajenar. Pasado este filtro, el ministro Grimaldo elevaba el memorial de solicitud a Amelot para se viera en el despacho con el rey, que era quien, en última instancia, tenía el poder de decisión. Después de que el soberano hubiese emitido su parecer, Amelot trasladaba la voluntad regia a Grimaldo. Si Felipe V daba su beneplácito, se activaban en la Secretaría los mecanismos para llevar a término la operación. Para ello se informaba, primeramente, al intermediario para que diera el aviso oportuno al interesado o a su agente, y a la Tesorería Mayor para que emitiese la carta de pago cuando se efectuase el depósito de la cantidad en que se hubiera resuelto la venta. Una vez hecho el abono, el decreto de nombramiento se comunicaba a los Consejos, donde finalmente se despachaba el título correspondiente.

Hemos seguido a través de los documentos los pasos burocráticos que condujeron a Calderón a culminar su deseo de acceder al puesto de consejero. A grandes rasgos se reproduce el orden que hemos descrito y los actores fundamentales que intervienen en la tramitación, que se desarrolló entre los meses de junio y julio de 1707, son los arriba mencionados. Sospechamos que Bartolomé de Flon hizo a la par de intermediario y prestamista, pues fue él quien remitió, a través de José Morán de Navia los 14.000 pesos de plata en oro –es decir, pesos escudos– que Miguel Calderón había ofrecido por la plaza, al secretario *monsieur* Claudio de la Roche, quien emitió recibo en Buen Retiro en 7 de junio de 1707.²⁸¹ Un día después Amelot puso en manos de Grimaldo este recibo junto a distintos papeles, entre los que se encontraba la remisión de una consulta del Consejo de Indias para una vacante que el rey había conferido a don Miguel Calderón de la Barca, cuyo memorial iba incluso.²⁸² No disponemos de este

²⁸¹ AHN, *Estado*, leg. 774: “Hechos pertenecientes a empleos provistos por beneficio para Indias y España (1706-1710)”. Hay indicios que nos permiten columbrar que los 14.000 pesos escudos se aplicaron directamente a los gastos de la Casa del Rey: en primer lugar, que se ingresó esta suma en la Tesorería Mayor de la Guerra, y en segundo término, el que fuese el secretario de la Roche quien expidiese el recibo.

²⁸² Hemos hallado la consulta de la Cámara de Gobierno del Consejo –suponemos que se trata del de Castilla–, signado en Madrid el 28 de febrero de 1707 por los condes de Gondomar, de Gramedo y de la Estrella, mediante la que se proponía al rey una terna de candidatos a ocupar la plaza vacante en Indias por ascenso de don Pedro de Ursúa. La terna estaba compuesta por don Manuel de Cervantes, don Luis de Curiel y don Francisco Gobeo, y de cada uno se remitía el memorial y especificaba que habían empatado en número de votos. Una anotación posterior explicaba que el monarca había otorgado la plaza a don Miguel Calderón, oidor de la Chancillería de Granada. En efecto, el 2 de julio el rey comunicó su resolución a la Cámara de Gobierno, refiriendo que la plaza de consejero togado de que se le había hecho merced a Calderón de la Barca se había de entender “gozando de la antigüedad desde el día que se le concedió” y “con esta expresión se le despachará desde ahora el título, previniendo en él que la media anata la ha de satisfacer antes de entrar en el ejercicio”. Este decreto de 2 de julio estuvo motivado, con

memorial primitivo, que debía de datar de los primeros días de junio, sino del que se elevó después, el 1 de julio, para representar que aunque el 15 de junio había visto la luz el decreto de nombramiento, no se había dado trasladado del mismo a los Consejos. También pretendía añadir una nueva cláusula a la compra: la de que si no llegara a gozar la plaza por su fallecimiento, los oficiales de la Real Caja de México reintegrarían los 14.000 pesos a sus herederos. En respuesta, en uno de los márgenes del documento quedó anotada la real deliberación: se había de obrar “como lo pide en todo”.²⁸³

En este memorial, que presuponemos redactado por Flon, podemos leer acerca de la trayectoria y designaciones para Guadalajara y Granada que había obtenido Calderón de la Barca, así como sobre la petición del empleo de consejero y las mercedes que junto a la provisión rogaba que se le hiciesen, y que se le habían de conceder en atención a que, “además de sus continuados servicios, ha hecho ahora al presente el de haber dado a V.M. 14.000 escudos de plata, que están entregados”.²⁸⁴ Para cubrirse frente a posibles inconvenientes que pudieran surgir en vista de que las condiciones que había fijado para la compra estaban al margen de la costumbre y de lo dispuesto por la ley, el memorial contenía instrucciones muy precisas: las cláusulas –que se denominan “prevenciones y declaraciones”–, habían de figurar en el decreto de nombramiento que regularmente se participaba al Consejo de Indias y bajaba a la Cámara de Castilla, de modo que quedaran recogidas en el título que la Cámara le había de expedir. Conservamos otro memorial no fechado y que sin duda fue el que pasó a los Consejos, que reproduce punto por punto el anterior, con la salvedad de que no está dirigido a la real persona y se han esfumado las referencias al dinero, como sucederá en el título. Encaja en la lógica del secretismo que debía envolver las operaciones para no exponer al comprador a la humillación y demérito que suponía la manifestación pública de la

toda certeza, por el memorial presentado un día antes por Calderón de la Barca para que se diera traslado a los Consejos de su nombramiento, con las condiciones expresadas acerca de la antigüedad del título y pago de la media anta. Sobre este último punto, se dio aviso a la Secretaría de Hacienda. Por su parte, el secretario del Gobierno, Lorenzo Vivanco Angulo, escribió a Grimaldo el 9 de julio diciendo que era preciso saber qué día había tomado Felipe V la resolución a la citada consulta para poder establecer la antigüedad, a lo que Grimaldo respondió que se había tomado el 8 de junio anterior. A.H.N., *Estado*, leg 6380/19.

²⁸³ La minuta de la real cédula se conserva en A.G.I., *México*, 402.

²⁸⁴ AHN, *Estado*, leg. 774.

compraventa. Por fin se despachó el título el 16 de julio²⁸⁵ y el 27 se le otorgó por cédula lo que pedía sobre que se le continuase el sueldo de oidor aunque no embarcase en la primera flota que partiese de Veracruz y durante un mes desde su entrada en España. En este estadio, sólo restaba que alcanzase la noticia a Calderón de la Barca para que se trasladase desde México para jurar y tomar posesión de su sillón en el Consejo.

Queda fuera de nuestra incumbencia hacer un recorrido por la inestable nómina de ministros, oficiales, secretarios, presidentes... que integró aquella institución en el tiempo que Calderón accedió al cargo y estuvo en ejercicio, como también está lejos del alcance de este trabajo dar cuenta, caso por caso, del sistema por el que fueron provistos.²⁸⁶ Sin embargo cabe introducir algunas, muy breves, consideraciones acerca de lo que conllevaba la obtención de la plaza y desempeño de sus funciones. De cuantos ofrecía la administración, los puestos de consejero, de carácter vitalicio, gozaban de gran prestigio y eran ampliamente codiciados. Su atractivo iba de la mano de una mayor cotización. El profesor Francisco Andújar ha podido constatar que la mayoría de las plazas enajenadas durante la Guerra de Sucesión para los Consejos de Indias y Hacienda fueron de toga, lo que implica que las magistraturas superiores de justicia de la monarquía se repartieron entre individuos cuya mayor virtud fue el sustancioso servicio pecuniario con que subvinieron a las imperiosas necesidades de la Hacienda. Los estudios de Andújar apuntan a que el numerario entregado a cambio de ellas osciló en torno a los 300.000 reales, y si en ocasiones fue menos era porque existía algún motivo para la rebaja. Por lo que respecta a Miguel Calderón, fue su larga trayectoria en Indias

²⁸⁵ Se conserva una copia del título en el archivo simanquino, el décimo legajo del inventario 13, que contiene el traslado de todos los títulos de los Consejos derivados del Archivo de la Contaduría General de Distribución. Cfr. R. MAGDALENO, *Catálogo XX del Archivo General de Simancas*, Patronato Nacional de Archivos Históricos, Valladolid, 1954, pág. 21.

²⁸⁶ Recogemos, en cambio, por haber sido publicada en toda su extensión en la *Gaceta de Madrid*, la lista de quienes formaron la nueva planta del Consejo de Indias tras la profunda reforma promovida por Orry en 1713. Se nombraron tres presidentes: el conde de Frigiliana, Alonso Pérez de Araciél y Gonzalo Machado. Asciende a diez el número de consejeros togados: Manuel de la Cruz Aedo –“Ahedo” en el original–, José Agustín de los Ríos, Miguel Calderón de la Barca, Nicolás Manrique, Juan de Otálora, Fernando de Arango, José Munibe, Diego de Zúñiga, Antonio Valcárcel y Diego de Rojas. Los consejeros de capa y espada eran Alonso Carnero, el marqués de Valero –virrey de Nueva España desde 1717–, Manuel de Mieses, el marqués de Miana, Francisco Javier de Goyeneche, el conde de Adanero, Manuel de Silva, el marqués de Monteleón, José de Grimaldo y Francisco Antonio de Salcedo. Martín de Miraval quedaba como fiscal, Baltasar de Acevedo y Pedro Gómez de la Cava como abogados generales, y Francisco de Castejón, Bernardo Tinajero de la Escalera y Diego de Morales como secretarios. *Gaceta de Madrid*, n. 46, Madrid, 14 de noviembre de 1713.

lo que justificó que la suma no superase los 14.000 escudos, que con la conversión de la moneda hacen 210.000 reales.²⁸⁷ Aquel que hubiera pagado 300.000 reales debía ejercer durante una década para recuperar en concepto del salario devengado semejante cifra. Decidirse a una inversión con un plazo de amortización tal se explica a través de los bienes o valores intangibles que el título y desempeño de la plaza reportaban, como la dignidad y el honor. Aunque para el Consejo de Indias existían otras razones que residían en que, además de órgano supremo de Justicia para aquel territorio, en él se dirimían las cuestiones relevantes de gobierno y materia económica:

“Decidir desde el Consejo de Indias valía su peso en oro. La capacidad de mediación, de influir, de orientar las decisiones a favor de las parentelas, de los clanes familiares, de las redes clientelares que controlaban el poder político y económico en América –a veces por encima incluso de los propios virreyes– otorgaban un extraordinario poder a los consejeros de Indias, muy superior a la mera percepción del mero salario por el ejercicio de su actividad”.²⁸⁸

Haciendo balance, a Calderón de la Barca le sobraban los motivos para aspirar a entrar en el Consejo: la promoción política y social, la acumulación de poder y la influencia. Para concluir este apartado, añadiremos unas líneas sobre la importante labor desempeñada por nuestro protagonista mientras se mantuvo activa la campaña de recaudación de fondos para financiar la guerra por medio de la enajenación de cargos. Pocos meses después de su ingreso como consejero, Calderón se inició como informante directo de quienes orquestaban las ventas, “sin la intervención del secretario ni del presidente del Consejo de Indias”, lo que viene a constituir “la prueba más clara de que desempeñó un importante papel en aquella empresa venal”.²⁸⁹

Puede que fuera en enero de 1710 cuando, por orden de Felipe V, Grimaldo solicitase por primera vez su intervención, poniendo en sus manos el memorial de Mateo de Morales Chofre con la pretensión de compra de la vara de alguacil mayor de la ciudad de México a perpetuidad. La respuesta de don Miguel fue tan extensa que Grimaldo la calificó de “prolijísima narración”²⁹⁰ al remitirla a Amelot, y es que

²⁸⁷ F. ANDÚJAR CASTILLO, *Necesidad...*, pp. 181-185.

²⁸⁸ *Ibidem*, pág. 200.

²⁸⁹ *Ibidem*, pág. 131.

²⁹⁰ AHN, *Estado*, leg. 774. Grimaldo a Amelot, sin fecha.

Calderón cumplió con el deber de informar “reservadamente” sin escatimar noticias sobre la práctica y estima de éste y de otros oficios de igual calidad desde tiempos de la conquista. En la introducción a su escrito decía no haberse valido de los papeles presentados por Chofre, que le habían prestado un corto servicio en comparación con lo útiles que le habían resultado los conocimientos adquiridos en 16 años de residencia en la Audiencia novohispana, sobre lo que fundamentaba la fiabilidad de su juicio. Por experiencia había constatado la caída del interés por los puestos de regidor y alguacil de la ciudad de México, sin retribución de la Real Hacienda, cuyo mantenimiento sólo conllevaba gastos. Mientras permanecieran vacos, la Corona dejaba de obtener lo que producían las ventas y renunciaciones, de manera que Calderón se mostraba partidario, modificando algunas condiciones, de otorgarle la vara a Chofre por escasa que pareciera su oferta, valorando sobre todo que era al contado: “por la suma escasez de dinero, estrechísimas necesidades y urgencias de él para los inmensos gastos de la guerra”.²⁹¹

En abril la petición de asesoramiento partió de Bartolomé de Flon, que le hizo llegar el memorial de José Francisco de Aguirre, abogado de los Reales Consejos y aspirante a una plaza futura de relator en México. En una muestra de entera confianza, el financiero interrogaba a Calderón de la Barca sobre la competencia de este sujeto, “para poder yo (Flon) dar cuenta a S.M. de su idoneidad”.²⁹² El mismo día en que está fechada la misiva, Calderón escribió en el margen su respuesta. Reconocía haberse reunido con el pretendiente —“persona de buenas letras, juicio y prudencia”²⁹³—, a quien había conocido bien mientras residió en aquel reino. La sagacidad con que argumenta su dictamen acerca de lo arreglado del servicio de 800 pesos que Aguirre ofrecía y sobre la naturaleza de los oficios futurarios, es la propia de alguien como él, versado en las operaciones de compra y venta de oficios públicos. Recordemos que en 1703 se le había comisionado la averiguación de los traspasos de alcaldías mayores y corregimientos en Nueva España, y que, a fin de cuentas, sus ascensos de escalafón en la magistratura se habían cifrado en el beneficio. Curtido por lo demás en los asuntos de Nueva España, Calderón de la Barca era sin duda el hombre mejor preparado en la Corte para informar los memoriales de los candidatos cuando lo que estaba sobre la mesa era un

²⁹¹ *Ibidem.* Calderón a Amelot, Madrid, 27 de enero de 1710.

²⁹² *Ibidem.* Bartolomé de Flon a Miguel Calderón, Madrid, 2 de abril de 1710.

²⁹³ *Ibidem.*

nombramiento para el virreinato. Además de la vara de alguacil de México y de la futura de relator, es probable que participase en la negociación de otros cargos que no se encuentran documentados, sacando provecho de su influencia como valedor. Por lo pronto sospechamos que intervino en la concesión del título de oidor supernumerario con futura de fiscal de la Audiencia de Guatemala, a don Antonio Santaella y Melgarejo,²⁹⁴ así como en la operación que puso en marcha el correo mayor de México, Jiménez de los Cobos, para perpetuarse en el oficio.²⁹⁵

6. LA CARTA DE J. J. DE URIBE DE 16 DE AGOSTO DE 1706

Nos retrotraemos a México por un instante. En cuanto Calderón recibió la noticia de que se le había provisto la plaza de consejero, sin pérdida de tiempo inició los preparativos y lo dispuso todo para su partida en la flota del general Diego Fernández de Santillán, que salió de México en mayo y arribó, después de una difícil travesía, al puerto de Pasajes el 27 de agosto de 1708. Mas sus planes de acceder inmediatamente al cargo quedaron frustrados por una repentina y para él inesperada reacción del monarca. Lo cierto es que la llegada de Calderón de la Barca a Madrid estuvo precedida por la de una carta apasionada del oidor José Joaquín de Uribe dirigida a la persona del rey, que portaba la noticia del comportamiento improcedente de don Miguel en el cargo. Un litigio sobre el desembarazo de una casa que Uribe quería entrar a habitar por arrendamiento motivó serios lances en el seno de la Audiencia mexicana y desembocó en la recusación por parte de Uribe de varios de los ministros que debían entender en la causa, entre los cuales estaba Calderón, contra el que don José Joaquín sentía un odio

²⁹⁴ *Ibidem*. Aunque no hemos localizado el informe de Calderón y tan sólo una petición para que informase sobre este sujeto a tenor de su memorial, es presumible que no se pronunció a favor del nombramiento, pues sabemos que en mayo de 1712 Santaella y Melgarejo se embarcó a Indias como oidor de la Audiencia de Guatemala. A.G.I., *Contratación*, 5466, n.2, r.16. Cabe añadir una nota más sobre las posibles actuaciones de Calderón de la Barca como informante, y es que cuando Juan de Rodezno, hijo del que fuera contador general de Alcabalas de México, Francisco de Rodezno, suplicó una plaza de oidor de Guatemala, en una esquila se apuntó que “de la idoneidad, méritos y literatura de este pretendiente podrán informar don Miguel Calderón de la Barca, Juan Oliván, oidor de Guadalajara, y Juan Gómez de Parada, canónigo de la Iglesia de México que se halla presente en esta corte”. Desconocemos si en la deliberación de la concesión de la plaza se tuvieron en cuenta las noticias aportadas por alguno de estos tres personajes que, en efecto, contaban con la experiencia mexicana y conocimiento del sujeto que se estimaban útiles para asesorar sobre la oportunidad de la provisión. A.H.N., *Estado*, leg. 774.

²⁹⁵ En su memorial, Pedro Jiménez de los Cobos advertía respecto de que “de esta dependencia está muy instruido don Miguel Calderón de la Barca”. Cfr. F. ANDÚJAR CASTILLO, *Necesidad...*, pág. 131.

particular. Con su carta de 15 de agosto de 1706, Uribe aclaraba las circunstancias del pleito y de la recusación, pero sobre todo lanzaba una ráfaga de denuncias sobre los usos y abusos de Miguel Calderón que hicieron recelar a Felipe V. Para llegar al fondo de la cuestión y averiguar lo que de verdad contenían las acusaciones, el soberano acudió a la *Recopilación* donde por ley se advertía a los ministros y presidentes promovidos a otra Audiencia de que no dejasen sus plazas sin haber dado antes su residencia. De no poder hacerlo así por verse apremiados por la partida de la flota que les había de conducir a su nuevo destino, podían embarcar con la condición de que nombrasen procurador que respondiera por ellos si resultaban cargos. Calderón no podía alegar desconocimiento, máxime cuando por despacho de 16 de julio de 1703 se ordenó a la Audiencia de México observar el puntual cumplimiento de la referida ley, velando además para que los togados provistos para otro tribunal no se mudasen sin afianzar previamente su residencia.²⁹⁶ Pues bien, lo cierto es que don Miguel no se atuvo a lo reglado y abandonó aquel reino sin dejar poderes y sin depositar fianza alguna. Nos interesará abordar las consecuencias derivadas de ello y perfilar los aspectos fundamentales del juicio de residencia, pero por el momento devolvemos nuestra atención a la misiva de agosto de 1706.

La representación de Uribe es tan extensa como carente de estructura, por lo que trataremos de desgranar su contenido al tiempo que dotamos de articulación al conjunto. Según su autor, el propósito fundamental era “informar el real ánimo” y desvanecer las maliciosas imposturas que sobre él se habían propalado a raíz del controvertido pleito, auspiciadas por Calderón, cuyas faltas resultaban intolerables y precisaban el real remedio. La enumeración de sus “irregularidades y exorbitancias” comenzaban por traer poderes de las partes implicadas en pleitos y dependencias, y sustituirlos a su contemplación. Asimismo, llevado de su arrogancia y afectado de la autoridad de oidor más antiguo, se atrevía a usurpar el nombre del Acuerdo o de la Audiencia, invirtiendo las resoluciones en la forma y en la sustancia. Si bien Uribe no termina de concretar

²⁹⁶ A.G.I., *México*, 460. Este despacho figura en el índice de cuantos se remitieron en el aviso que salió para Nueva España del Puerto de Sanlúcar en 20 de diciembre de 1703. Con respecto a las fianzas en el curso del juicio de residencia, su importancia no era baladí: “las fianzas eran el instrumento que hacía posible asegurar la efectiva aplicación de las condenaciones impuestas y evitar que estos juicios se transformaran en un vacuo formalismo”. Cfr. J.M. MARILUZ URQUILLO, *Ensayo sobre los juicios de residencia indianos*, Escuela de Estudios Hispano Americanos (en adelante EEHA), Sevilla, 1952, pág. 125.

gran parte de las imputaciones, contentándose con enunciarlas, de estos cargos sí que ofrece ejemplo individual, para cuya comprensión referiremos brevemente el contexto. En septiembre de 1702, coincidiendo con la llegada a Nueva España del virrey Alburquerque, se produjo una agria disputa entre el obispo y el gobernador de Campeche por el prendimiento y envío a México del pesquisidor de Guatemala, Francisco Gómez de la Madrid. El arzobispo-virrey Ortega y Montañés había ordenado su captura al gobernador Martín de Ursúa, que no vaciló en apresar al pesquisidor a pesar de que éste contaba con el patrocinio del obispo fray Pedro de los Reyes y de que había encontrado refugio en la casa episcopal. Un problema de competencia jurisdiccional derivó en antipatía personal y cruce de acusaciones entre ambas dignidades. Desde México el arzobispo-virrey remitió una carta a Ursúa agradeciéndole la diligencia que puso en la tarea que se le encomendó, mas según el relato de Uribe, don Miguel le remitió al gobernador otra falsa, arrogándose el nombre del Real Acuerdo, en que le dirigía una severa reprehensión. Y todo porque al parecer Calderón de la Barca era amigo del prelado y le respaldaba. Así, al parecer, se lo dijo Ortega y Montañés “en la cara” delante de todos los oidores reunidos en el Acuerdo cuando se trataba de esta materia. Si tenemos en cuenta que Alburquerque entró en el cargo en noviembre y Uribe no juró la plaza hasta el 9 de diciembre de 1702, no pudo hallarse presente en aquella sesión del acuerdo presidida por el virrey interino, de forma que necesariamente hablaba de oídas o de memoria. Si damos por buena la entrada de 21 de octubre en el *Diario de Robles*, podemos suponer que Uribe confundió ligeramente el discurrir de los hechos, pues se dice que con el correo llegado de la Veracruz venía “una carta del obispo para el real acuerdo, diciéndole que recibió una, que aunque iba firmada del señor virrey Ortega no creía ser suya, y caso que la hubiese firmado, lo haría sin saber lo que contenía, porque como tan viejo se la introducirían con otras”.²⁹⁷ Es decir, el destinatario de la equívoca carta no fue Ursúa, sino el fray Pedro. En su crónica, Robles también indica que desde México salieron a continuación despachos para el obispo, para que absolviera al gobernador y a cuantos había excomulgado durante las disputas. A pesar de que Alburquerque tras tomar el mando del virreinato trató de mediar entre ambos, los enfrentamientos no cesaron en Campeche entre los defensores de una y otra parte, recrudeciéndose con el linchamiento y garrote que se dio a los alcaldes Osorno y

²⁹⁷ A. DE ROBLES, *op. cit.*, t. III, pág. 408.

Covarrubias.²⁹⁸ La causa criminal que se formó contra los autores de estas muertes y sus instigadores se vio en la Sala del Crimen de México, donde por hallarse enfermo el fiscal Espinosa, estuvo entendiendo Miguel Calderón de la Barca, quien se afanó en concluir la causa. En la sentencia condenatoria puso al frente de la narrativa al obispo de Campeche y a otro eclesiástico; un error formal que, según señalaba Uribe en su carta, ponía de relieve la impericia de Calderón.

Por otra parte, Uribe hace un recuento informal –bailan las fechas y sus fuentes son difusas– de las ocasiones en que las quejas sobre el mal e injusto obrar de Miguel Calderón llegaron a Madrid, a instancias de las cuales se despacharon reales cédulas a ministros particulares para que oyesen e hiciesen justicia a las partes que se habían sentido perjudicadas. Tal fue el caso en 1699 ó 1700 –Uribe no recordaba la fecha fija–, cuando se libró cédula a instancia de doña Francisca del Portal, vecina de Guatemala, viuda de Isidro de Cepeda, porque Calderón como juez de Alzadas, revocó la sentencia que en el consulado de la ciudad la viuda había obtenido a su favor. En otra cédula se mandaba –“según me han referido”, declaraba don José Joaquín sin dar nombres– que se investigase su implicación en operaciones de comercio ilícito. Las averiguaciones, no obstante, nunca se llevaron a cabo. Y ello a pesar de que abiertamente, sin ningún escrúpulo, Calderón de la Barca trataba y contratava por mano de Luis y Jerónimo de Monterde, “turbando y embarazando el comercio y cortando la consociedad de esta república”. A este respecto, Uribe introducía acusaciones veladas e indirectas en su carta al sugerir que, pese a que Calderón había puesto espías a su forlón para descubrirle en algún tropiezo, él no tenía nada que esconder, pero le costaría muy poco “el averiguar que su forlón (refiriéndose a Miguel Calderón) suele rondar muy a menudo por almacenes y aduanas, transportando géneros de contrabando”. Asimismo se hace eco de las voces malsonantes que le atribuían inteligencias y aprovechamientos en la

²⁹⁸ Se acusó al gobernador de haber sido cómplice en el atentado que se cometió contra los alcaldes Osorno y Covarrubias, protegidos del obispo, que fueron ejecutados injustamente. La Audiencia de México dio la razón al prelado y procedió a retirar de su empleo a Martín de Ursúa, embargándole todos sus bienes. Cuando Felipe V tuvo conocimiento de estos sucesos, recriminó a la Audiencia su actuación: “Ha sido muy de mi real desagrado la contemplación con que en este caso obrasteis, inclinándoos tan clara y manifiestamente a contemplar al obispo y su jurisdicción”. Los lances y desavenencias entre obispo y gobernador de Yucatán están magistralmente recogidos en J.I. RUBIO MAÑÉ, *Virreinato II...*, pp. 248-265.

mina de Rayas, donde al parecer tenía gran porción de avío desde que pasara como juez visitador al real de Guanajuato en 1703.

Uribe va dando pinceladas para poner en evidencia ante el rey todas las miserias de su enemigo. Para ilustrar su naturaleza mezquina cita lo que sucedió a un vecino respetable que había padecido en silencio los gestos de ingratitud con que le había pagado Miguel Calderón sus cortesías: primero, apropiándose de todos los bienes de valor con que le había adornado la casa en que entró a vivir don Miguel con su familia de recién llegado a México y, por otro, no devolviéndole la escritura de 8 ó 10.000 pesos que sobre la mina de Rayas le entregó “en confianza de su falsa y afectada amistad”. Más adelante descubriremos que este sujeto honrado y abnegado, cuya identidad no se explicita en la carta, era el suegro de Uribe, don Agustín Muñoz de Sandoval. Pero si hay un rasgo que destaca de la personalidad de Calderón de la Barca es la soberbia; la arrogancia que se torna en temeridad en quien no teme moverse en los márgenes de la ley, pues confía en que sus operaciones no tendrían castigo. ¿Cuándo perdió este ministro su recato? Uribe situaba el punto de inflexión en la muerte en 1699 del conde de Adanero, presidente del Consejo de Indias, “en cuyo tiempo estuvo temiendo su ruina”. Mas aquellos tiempos habían quedado atrás para Calderón, que al presente y conforme al relato de Uribe, no dudaba en jactarse, incluso en presencia del arzobispo de México, de que habiéndole “honrado V.M. en diferentes tribunales a un mismo tiempo, dándole –como blasona–, a escoger, no ha de conducirse a España sin plaza o a lo menos sin futura de ese Real Consejo, que no es hombre que ha de ir a Granada”. A pesar de que no podemos demostrar que Calderón tuviera en efecto la osadía de emitir semejantes pensamientos a viva voz, no albergamos dudas respecto de que este fue el motivo por el que no se condujo a España en cuanto supo de su nombramiento para la Chancillería de Granada en agosto de 1703 y dejó pasar el tiempo hasta que se le confirmó el ascenso al Consejo.

Vanagloriarse y compartir este tipo de manifestaciones en público habría servido para apuntalar una autoridad y fama de poderoso en la que ya estaba encumbrado por el mero hecho de ser el oidor más antiguo. Consecuentemente, no resultaba difícil creer lo que aseguraba Uribe acerca de que en los pleitos los litigantes, procuradores y abogados

se afanaban en conseguir su patrocinio; que las partes a las que dejaba de asistir y hacer justicia se abstenían por temor de dar queja alguna; que los testigos se intimidaban en sus declaraciones; y que la mayoría buscaba cómo complacerle con la esperanza de obtener de él favores en el futuro. Esto último, en opinión de Uribe, pudo haber sucedido con el alcalde del crimen Osaeta, que en las recusaciones que siguieron al pleito sobre el desembarazo de la casa que quiso arrendar, había hecho lo posible para perjudicarle a él y favorecer a Calderón. Entre otras cosas, Osaeta se había negado a introducir en el interrogatorio, por no pertinente, una pregunta con la que intentaba Uribe poner al descubierto la mala providencia con que había actuado Calderón como juez de Propios y rentas de la Ciudad en el remate de la Nieve de 1705, que merecerá nuestra atención más adelante.

Éstas eran las faltas de las que Uribe acusaba a Calderón en su delación y aun aseveraba que había otras muchas que callaba por la dificultad de su comprobación. Ni siquiera un juicio de residencia sería suficiente, a su modo de ver, para librar el examen de la verdad, por lo que se imponía la necesidad en aquella Audiencia de una visita general, no practicada desde un siglo atrás. Hecha esta advertencia y habiendo trazado el retrato completo de don Miguel, Uribe terminaba su carta rogando que se le concediese ausentarse de México, donde vivía en la zozobra hostigado por sus adversarios, para viajar a Castilla y consolar a su madre viuda, lo que obtuvo por real cédula de 16 de junio de 1708 y que, como a su tiempo veremos, se le denegó seis meses después.

De manera que esta fue la carta cuya lectura alarmó a Felipe V, que con ocasión de la llegada de Calderón a la Corte, tomó la prevención por decreto de 30 de octubre de 1708, de mandar al Consejo de Indias que le impidiese el ingreso a la plaza hasta nueva orden. Pedía a su vez que se pusieran en sus manos todas las cartas que hubiera escrito Uribe contra este ministro y que se le hiciera llegar el juicio de residencia que según tenía entendido, pues así lo dictaba la ley, se le debería haber tomado. De no haber sido así, si el Consejo hubiera cometido poco tiempo atrás la residencia a algún ministro o alcalde de la Audiencia de México, solicitaba el rey que se le diera cuenta de la persona a quien se le hubiera encargado, a quien se daría aviso cuanto antes para que la

suspendiera hasta que el rey deliberase a qué sujeto se la debía encomendar. El Consejo satisfizo este decreto por consulta del 22 de octubre, informando al monarca de que se le había cometido la residencia el 14 de abril al oidor don Juan de Valdés, al que, con miras a que la suspendiera, ya se le había despachado orden que viajaría en la primera ocasión de flota. La consulta y cartas de Uribe pasaron al fiscal de Indias José de los Ríos para que formase la instrucción secreta, que una vez lista se puso por duplicado en las reales manos con los despachos en blanco para la nueva comisión. Se desposeyó así al Consejo de la facultad de designar los jueces para la residencia, tarea de la que el monarca quiso ocuparse personalmente con la sola asistencia de Grimaldo y Amelot. Felipe V desviaba su atención de los avatares de la contienda para ocuparse de una materia que rutinariamente hubieran resuelto sus consejeros, señal inequívoca de la importancia que para él revestía esta dependencia, preocupado y acaso con algún escrúpulo de conciencia por haber beneficiado un asiento en la más alta magistratura indiana en un sujeto de moral reprochable y cuyo proceder pudiera resultar legalmente reprobable. En adelante exhortó al Consejo a que tuviera muy presente la ley referente a las residencias que se habían de dar antes de pasar de una Audiencia a otra, velando por que se cumpliera puntualmente con todos los ministros que llegaran de las Indias.

CAPÍTULO 4: EL JUICIO DE RESIDENCIA

1. EL PROBLEMÁTICO INGRESO EN EL CONSEJO

Recién entrado en Madrid, Calderón debió de experimentar sorpresa y disgusto al enterarse de lo dispuesto en el decreto de 30 de septiembre y reaccionó redactando un memorial que, entregado al secretario Grimaldo el 25 de octubre, iba destinado a Amelot y a Felipe V.²⁹⁹ En su interior expresaba el desconsuelo padecido: una innmerceda “pena tan agria y denigrativa de su puesto y crédito”, máxime cuando no había incurrido en ninguna culpa por no ser del arbitrio de los ministros dar su residencia y no tener ni la Audiencia ni el virrey la facultad para tomársela, debiendo haberse expedido real provisión con nominación expresa, lo cual no se hizo a tiempo. Don Miguel había estado documentándose y no había hallado antecedente, “en la memoria reciente”, de que a un sujeto promovido en Indias para pasar el Consejo se le vedase el ingreso por no haber dado la residencia. Lejos de ser su intención quedar eximido, protestaba para que no se practicase con él esta discriminación y se declaraba dispuesto, en tanto que se verificaba la pureza de sus operaciones, a afianzar lo que pudiera resultar de los cargos que le imputasen. En noviembre se le previno desde el Consejo para que, de no haber otorgado poder en México, lo diese cuanto antes, para que tuviera en Nueva España apoderado que asistiera en su nombre e interpusiera las defensas que ocurrieren en la residencia que se le había de tomar. De modo que el día 28 Calderón de la Barca, declarándose “residente en esta corte y villa de Madrid”, otorgó poder ante escribano, en primer lugar, al capitán de caballos don Alonso de Acinas y Duque de Estrada, seguido del doctor don Carlos Bermúdez de Castro, catedrático de Vísperas de Cánones de la Universidad de México. Designó a su vez, por este orden, a los procuradores José Patiño de las Casas, José de Ledesma, Francisco Pérez de Santoyo y Carlos de Navia. De todos ellos habría de ser Ledesma el que aceptara y se hiciera cargo de la defensa.³⁰⁰

²⁹⁹ A.G.I., *México*, 656. Memorial dirigido por Calderón de la Barca a Grimaldo, 20 de noviembre 1708.

³⁰⁰ *Ibidem*. Este poder fue otorgado por don Miguel el 28 de noviembre de 1708 en Madrid ante el escribano Manuel Caniego.

Dada la situación, Felipe V deliberó con el embajador francés la solución más práctica. Sin descuidar los aspectos burocráticos de la residencia –que se encomendó por despacho de en diciembre a Juan José de Veitia y Linaje, hombre de entera confianza del rey en Nueva España³⁰¹–, considerando las necesidades precisas de numerario y la imposibilidad de reintegrarle el servicio de 14.000 pesos escudos que hizo por la plaza, determinaron que a Calderón de la Barca se le allanaría el camino al Consejo a cambio de que abonase en la Tesorería Mayor de la Guerra la suma inmensa de 5.000 doblones.³⁰² O lo que es lo mismo, 300.000 reales, una cantidad que sobrepasaba con mucho lo que inicialmente había pagado para obtener el nombramiento. Por una esquila rubricada por Amelot sabemos que el 24 de marzo de 1709 se dispuso participar este arreglo a Calderón, como efectivamente hizo Grimaldo, y en poco más de una semana don Miguel depositó en la Tesorería los referidos 5.000 doblones,³⁰³ “para calificar la pureza de su obrar, para la seguridad de lo que resultase de su residencia y como socorro de las urgencias presentes”. Así lo ejecutó el 1 de abril y acto seguido bajó decreto al Consejo para que se le franquease el acceso al ejercicio de la plaza, de la que tomó posesión poco después. Pues bien, el 9 de abril, al tiempo de jurar el cargo, presentó nuevamente un memorial, esta vez solicitando que se le abonase el salario de los 163 días transcurridos desde el 27 de septiembre de 1708. Solicitaba en su escrito que se le bonificase o bien el sueldo de consejero por lo que hubiera devengado de no haberse detenido su ingreso, o bien el de oidor de México como si hubiera permanecido en Nueva España a la espera de su residencia. Su solicitud se tomó en cuenta y desde el Consejo se mandó a la Contaduría y Escribanía de Cámara informar de cuál había sido en el pasado la práctica y estilo en estos casos. Reconocidos

³⁰¹ Lo habitual en las residencias era nominar un juez para la comisión y dos sustitutos que se pondrían al frente del encargo por orden de nombramiento, en caso de muerte o indisposición de su antecesor. Para la residencia de Calderón de la Barca se nombró sólo dos: Juan José de Veitia y Linaje y Félix González de Agüero. Conservamos una copia del despacho en A.H.N., *Estado*, 774.

³⁰² A pesar de las prevenciones que se debían haber tomado para que no se repitiera el ejemplar de que un ministro llegase de las Indias para ingresar en un Consejo o Chancillería peninsular sin haber presentado su residencia, en 1711 el rey ordenó por decreto de 2 de abril que se suspendiera el darle posesión para la plaza de oidor de Granada que le había conferido a Diego de Zúñiga, que había estado sirviendo en la Audiencia de Chile, por no haber dado su residencia. Pues bien, por un nuevo decreto de octubre, se revocó el antecedente y además se ascendió a Zúñiga a supernumerario del Consejo de Indias. La llave para Zúñiga seguramente fue la misma que sirvió a Calderón en 1709: el depósito de una cuantiosa suma en la Tesorería de la Guerra. A.H.N., *Estado*, leg. 6380/31.

³⁰³ El 1 de abril de 1709 el marqués de Campoflorido le dio recibo de haber ingresado los 5.000 doblones en la Tesorería por vía de depósito en el ínterin que se fenecía la dependencia de su residencia. Sabemos, no obstante, que Calderón no habría de recuperar el dinero en vida, y sólo pudo cobrarlo su testamentario tras hacer un préstamo al rey para la Jornada de Badajoz.

los libros, se comprobó que ni ministros ni virreyes habían experimentado suspensión de empleo o sueldo, de forma que el 26 de junio de 1709 el Consejo se mostró partidario de que se le reconociesen para los 163 que solicitaba los emolumentos correspondientes a la plaza que ocupaba en México, librándosele su importe en las Cajas de aquel reino.

2. NATURALEZA DEL JUICIO DE RESIDENCIA

Es el momento de profundizar en el significado del juicio de residencia, cuya importancia burocrática salta a los ojos y se constata de las 49 leyes consagradas a esta materia en el libro V, título XV de la *Recopilación*. En primer lugar señalaremos la intención de la norma, para a continuación, partiendo de los pareceres de historiadores y juristas, concluir que cuando menos tuvo una cuestionable eficacia. Pues bien, cualquier funcionario público destinado en Indias, fuera la que fuese su actividad y jerarquía, sabía que al término de su ejercicio habría de rendir cuentas y someterse a una investigación en la que se ponderaría la rectitud o desviación de sus procedimientos. Como apuntaba Solórzano, se juzgó que “con este freno” los ministros “estarán más atentos a cumplir sus obligaciones y se moderarán en los excesos e insolencias”.³⁰⁴ “No hay duda”, en opinión Rubio Mañé, “de que el mucho temor al juicio de residencia fue frecuentemente el mejor incentivo al cumplimiento eficiente del deber”.³⁰⁵ Es decir, la anticipación del castigo despertaba la conciencia y apelaba a la responsabilidad de aquellos hombres que desempeñaban su oficio en unos reinos tan extraordinariamente distantes de Castilla.

Los estudios sobre el Nuevo Reino de Granada, en el Archivo Nacional de Colombia, permitieron a Ots Capdequí sacar una serie de conclusiones generales acerca del éxito de la aplicación de los instrumentos de control (visitas, pesquisas, juicios de residencia) a disposición del poder central.³⁰⁶ De sus consideraciones nos interesa destacar que “no se evitaron –cosa menos que imposible–, las extralimitaciones, pero no

³⁰⁴ J. SOLÓRZANO Y PEREIRA, *op. cit.*, lib. V, cap. X, pág. 343.

³⁰⁵ J.I. RUBIO MAÑÉ, *Virreinato I...*, pág. 86.

³⁰⁶ OTS CAPDEQUÍ, *op. cit.*, pp. 52 y 53.

prevaleció la impunidad para los desmanes realizados”. La ley, por otra parte, alcanzaba a todos: cualquiera podía ser objeto de “amonestaciones y reprensiones públicas, multas en cuantía mayor o menor, suspensiones de empleo y sueldo (...)”; y se atendieron las quejas y acusaciones, “lo mismo las que provenían de los propios particulares perjudicados, que las presentadas por algunos funcionarios contra sus inmediatos superiores”. En todo caso, coincide plenamente con Domínguez Ortega en afirmar que las infracciones más perseguidas fueron las tocantes a la Real Hacienda.³⁰⁷

Ciñéndonos por ahora al juicio de residencia como herramienta de sujeción y sancionadora de la conducta, Mariluz Urquijo defiende su utilidad jurídica y su función social,³⁰⁸ mientras que Rosenmüller se muestra crítico con su eficacia después de consultar las nueve residencias de altos funcionarios accesibles para la Nueva España en el período comprendido entre 1700 y 1755. Los residenciados en cuestión fueron cinco virreyes, incluidos Ortega y Montañés y el duque de Alburquerque, un fiscal y tres oidores, uno de los cuales fue Miguel Calderón de la Barca.³⁰⁹ Lo que comprobó es que ni de la pesquisa secreta ni de la pública de que se componía un juicio cabía esperar la averiguación de la verdad: el resultado de la secreta había sido en cada ocasión un relato hagiográfico derivado de la selección oportuna de testigos por parte del juez de la residencia, y aunque en la pública se daba vía libre a los enemigos de los residenciados para resolver viejos agravios mediante la interposición de denuncias, sólo se consiguió probar un cargo menor en el caso del arzobispo virrey. Calderón, sobre el que se vertieron un buen número de acusaciones, salió airoso de todas ellas y constituye un buen ejemplar de lo que sostiene Rosenmüller: *“The trial usually was guaranteed to declare the innocence of the official. Arguably, the process’s favourable conclusion depended more on the relation between the judge and the outgoing official than on a true finding of facts”*.

³⁰⁷ M. DOMÍNGUEZ ORTEGA, “Análisis metodológico de dos juicios de residencia en Nueva Granada: don José Solís y Folch de Cardona y don Pedro Messía de la Cerda (1753-1773), *Revista Complutense de Historia de América*, UCM, 1999, n. 25, pp. 139-165, pág. 142.

³⁰⁸ J.M. MARILUZ URQUIJO, *Ensayo sobre...*, pp. 291-293.

³⁰⁹ ROSENMÜLLER, op. cit., pág. 152 y nota al pie 40 en pág. 255.

3. SUSPENSIÓN Y DEMORAS EN LA TOMA DE RESIDENCIA

Vamos a rescatar algunos pormenores y detalles desde lo que aconteció tras la llegada a México, en agosto de 1709, del real despacho de diciembre del año anterior por el que se ordenaba a Veitia y Linaje que se hiciese cargo de la comisión para la toma de residencia a Miguel Calderón de la Barca. La cédula de nombramiento viajaba acompañada de una carta de Grimaldo de 15 de enero de 1709, de la instrucción secreta del fiscal de 18 de noviembre de 1708 y de una copia de la carta de 15 de agosto de 1706 de José Joaquín de Uribe de la que antes nos ocupamos. Respecto a la instrucción, conforme a su contenido el juez nominado debía informar a José de Valdés, por si todavía no se hallaba enterado, de que debía suspender la residencia que se le había encomendado por decreto de 14 de abril de 1708, haciendo entrega de todos los autos y papeles que hubiera reunido tocantes a ella. En segundo lugar, el juez encargado de la comisión debía advertir a don José Joaquín de que se le había de oír sobre los cargos que hacía en su carta, para que los justificara conforme a derecho. Al juez de la residencia se le avisaba, además, de que en el interrogatorio para la secreta, después de las preguntas acostumbradas debía insertar aquéllas relativas a los hechos y circunstancias expresados en los cargos de la referida carta. También quedaba obligado a admitir en la nómina de los testigos a examinar a los que presentase el oidor Uribe. Sólo a partir del resultado de la sumaria se estimaría el tiempo que debería correr entre la publicación y fenecimiento de la residencia, que no debía exceder los 60 días que establecía la ley de no ser indispensable, en cuyo caso sería facultad del Real Acuerdo conceder la prórroga. Fenecida la información sumaria, teniendo presentes las comprobaciones hechas en la secreta, el juez debía sacar los cargos y capítulos resultantes, avisando al podatario de don Miguel para que presentase los descargos. Tras lo cual y sólo después de haber completado cada una de las diligencias, con vista de todos los autos, el juez estaría en condiciones de determinar la causa. Otrosí, debía admitir, sustanciar y determinar, remitiéndolas después al Consejo, todas las demandas que en el término de la residencia, se pusieran en la parte pública a Miguel Calderón.

Lo cierto es que Veitia, que participó a Grimaldo haber recibido el 7 de agosto en Puebla de los Ángeles los mencionados documentos y estar listo a ejecutar lo que se le mandaba, no dio impulso a este negocio. Hay que reconocer que fueron múltiples los

inconvenientes que sucesivamente paralizaron el progreso de la residencia, comenzando por que el podatario de Calderón no compareció hasta noviembre. A ello se sumó el que en 3 de enero del año siguiente Uribe dirigió a Veitia una representación para comunicarle “los bien fundados recelos” que aconsejaban diferir la pesquisa y que se dieron por bastantes para suspender la prosecución de la residencia. Uribe se quejaba de que los parciales de don Miguel estaban seguros de que “en el gobierno presente nada ha de probarse”; de que “con el auxilio del superior fomento que asiste a este ministro” no habría de asomar la verdad. Lo que denunciaba es que Calderón de la Barca y sus aliados contaban con la protección del virrey Alburquerque y mientras éste se mantuviera en el gobierno haría lo posible por frustrar cualquier averiguación. Veitia tenía razones para convencerse de ello. Alburquerque llevaba tiempo obstinado en sabotear los planes y medidas que trataba de impulsar en virtud de las comisiones que desde Madrid se habían puesto a su cargo: como juez privativo de Arribadas de embarcaciones del Perú tenía bajo su control el comercio ilícito en Acapulco y como juez superintendente de las alcabalas de Puebla concentraba un poder extraordinario que desafiaba al que previamente habían ostentado las oligarquías locales, el obispo y el cabildo, con los que simpatizaba el virrey.³¹⁰ La rivalidad se agudizó cuando por decreto de enero de 1709 se le puso al frente de la renta del Azogue, cuya administración hasta entonces había dependido del virreinato. El duque de Alburquerque, viendo peligrar sus intereses, trataba desde noviembre de embarazarle la administración por medio de juntas generales, violando la jurisdicción privativa que expresamente el rey le había concedido. Precisamente en esta coyuntura un Veitia desbordado debía afrontar la toma de la residencia de Calderón.

³¹⁰ Veitia y Linaje es una de las figuras de la administración novohispana más sobresalientes en el período que trabajamos. Merced a la compra y a los servicios prestados a la monarquía, fue amasando poder y acumulando cargos. En 1685 obtuvo la administración de las alcabalas de México y diez años después fue nombrado superintendente de ellas en Puebla de los Ángeles, granjeándose enemistades por doquier al tiempo que emprendía reformas que aumentaron espectacularmente la recaudación de esta renta. La lucha contra los fraudes a la Real Hacienda le valió el reconocimiento del rey y del Consejo, y nuevas comisiones particulares: en 1705 fue designado juez privativo de arribadas en Acapulco y en enero de 1709 administrador general de los Reales Azogues de aquel reino. Se le concedió también la alcaldía mayor de Puebla y, por fin, en 1711 un asiento honorífico en el Consejo de Indias. Para obtener más información sobre su conflictiva relación con el virrey duque de Alburquerque recomendamos C. ROSENMÜLLER, *op. cit.*, pp. 128-135. Para saber más sobre las reformas acometidas como juez superintendente de las alcabalas poblanas, remitimos al artículo de M. BERTRAND, “La contaduría de las alcabalas de Puebla: Un episodio reformador al principio del siglo XVIII”, *Jahrbuch für Geschichte von Staat, Wirtschaft und Gesellschaft Lateinamerikas*, 1995, 32, pp. 321-333.

Por si esto fuera poco, el éxito del juicio de residencia estaba igualmente comprometido por la abierta hostilidad que el virrey profesaba hacia Uribe. En la representación de 3 de enero de 1710 a la que hemos hecho alusión, éste informó asimismo a Veitia de que la corte mexicana estaba “hecha un mar tempestuoso” y de que estaba siendo víctima de las calumnias que los aliados de Calderón de la Barca esparcían por México, adjuntando como prueba la copia de un libelo según el que el Consejo de Indias, dirigiéndose a Felipe V, había dado por sentado que “por su (referido a Uribe) genio irregular y travieso”, este ministro tenía “alborotada aquella república, por lo cual V.M. se sirvió de mandar por su real decreto viniese preso a estos reinos”.

Así pues, entendió Veitia que había razones suficientes para desistir en la residencia. Apoyándose en los argumentos esgrimidos por Uribe, el 12 de abril de 1710 escribió a la Corte dando cuenta de los motivos por los que creía conveniente interrumpirla hasta mejor coyuntura.³¹¹ El 25 de octubre en el cuartel de Casa Tejada el monarca remitió al Consejo el informe elaborado por Veitia y en noviembre, en Vitoria, el fiscal de Indias dio a conocer su parecer sobre esta dependencia: los recelos expresados por Uribe y Veitia se hallaban ya desvanecidos puesto que el duque de Linares, nombrado para suceder a Albuquerque en mayo de 1710,³¹² debía de encontrarse a esas alturas en Nueva España a tenor de la fecha de partida de la flota en que embarcó y probablemente habría entrado ya en el gobierno.³¹³ Fuera del poder y caído en desgracia, Albuquerque habría quedado neutralizado, incapaz de amparar a Calderón y de perjudicarles. De modo que el soberano expidió una real cédula el 24 de noviembre en Talavera de la Reina –la alternancia de localizaciones refleja los

³¹¹ A.G.I., *México*, 656. Juan José de Veitia y Linaje al Consejo, Puebla, 12 de abril de 1710. Veitia decidió por cuenta propia “dar tiempo al tiempo” y suspender la residencia, deteniéndola en sí, sin renunciar y pasarla a que se había nominado en segundo lugar para tomarla. En su opinión, lo más conveniente al real servicio era que no se ejecutase mientras Albuquerque estuviera en el virreinato.

³¹² Fernando Alencastre Noroña, IV duque de Linares, había obtenido en 1709 el nombramiento de virrey del Perú, que consiguió permutar por el virreinato de Nueva España en mayo de 1710. Tomó posesión del cargo el 13 de noviembre y lo sirvió hasta que el 30 de junio de 1716 entró su sucesor.

³¹³ A.G.I., *México*, 656. El 25 de octubre, en el cuartel real de Casa Tejada, Felipe V remitió al Consejo de Indias la carta de 12 de abril de 1710 firmada por Veitia y Linaje. Atendiendo al contenido de la misma y a la real cédula hecha en Valladolid en que se le encargaba al señor Veitia que en caso de que los negocios que le estaban cometidos y puestos a su cuidado le embarazasen poder pasar a la ejecución de dicho real despacho al cabo de un mes de su recepción, lo remitiese al nombrado en segundo lugar, el fiscal emitió el parecer que citamos el 11 de noviembre en Vitoria.

desplazamientos a que forzó la contienda— instando a Veitia a que, como se le había ordenado en primera instancia, se hiciese cargo de la residencia de Calderón o que delegase este cometido en el oidor Félix González de Agüero, al que se había nominado en segundo lugar, si se veía impedido de tomarla. En el verano de 1711, Veitia y Agüero replicaron parapetándose en sus especiales incumbencias —y en caso de Agüero además en su mala salud—, para no entender en la comisión.

Cuando Calderón de la Barca supo de ello, redactó un escrito en Leganés, con fecha de 21 de junio de 1712, comunicando al secretario Bernardo Tinajero de la Escalera las incomodidades que se le seguían de dilatar como mínimo dos años más la toma de su residencia, suplicando que se resolviese su expediente lo antes posible en el Consejo para que la providencia que se tomara fuera en la próxima flota. Pedía además que se le entregase “una copia de la cédula para dirigirla por mi mano y que allá no se oculte”, y se hacía eco de una consulta que, según había llegado a su conocimiento, habían dirigido Agüero y Veitia al Consejo —de la que no tenemos constancia, por cierto— y denunciaba que habían incumplido la obligación de dejar paso a Francisco de Casa Alvarado, que según tenía entendido, había sido designado en tercer lugar para la toma de la residencia.³¹⁴ Cabe señalar, por otro lado, que en la apertura de la carta Calderón le deseaba a Tinajero que se mantuviera “en cabal salud, a cuya obediencia queda la mía, aunque no libre del dolor de cabeza, origen y principio de tan grave enfermedad como la que he padecido”. No descartamos que estas palabras tengan un sentido figurado y evoquen la aflicción que padecía a causa de la suspensión de su residencia, pero existe la posibilidad de que aludan a una enfermedad real que le habría llevado a comparecer ante notario para otorgar un poder para testar, según veremos a su tiempo.

Ante los ruegos de don Miguel, el Consejo reaccionó a velocidad ejemplar por “el perjuicio que de la dilación de tomarse esta residencia puede resultar, ya sea al Real Oficio o a la parte del señor Miguel Calderón”. No hubo tiempo de cerciorarse sobre si era cierto lo que afirmaba Calderón respecto de que Veitia y Agüero habían desistido de la comisión o de que Francisco de Casa Alvarado había sido nominado en tercer

³¹⁴ *Ibidem*. Calderón a Bernardo Tinajero de la Escalera, Leganés, 21 de junio de 1712.

lugar.³¹⁵ Esta comprobación se delegó en el virrey duque de Linares por carta acordada –la salida de la flota no dejó espacio para hacer un despacho en su debida forma-, al que se mandó que, de verificarse todo lo dicho, ordenase a Casa Alvarado que tomase la residencia sin permitirle excusa. En los meses que siguieron hubo ocasión de estudiar a fondo los antecedentes de la dependencia en el Consejo, y se deliberó por consulta, que fue del agrado del rey, que en lugar de Veitia y Agüero, entendiesen en la comisión los dos oidores más antiguos de aquella Audiencia, excluyendo a José Joaquín de Uribe por ser capitulante del residenciado.³¹⁶ Así quedó dispuesto y ordenado en virtud de real cédula de septiembre de 1712, que alcanzó al ministro decano de la Audiencia mexicana, Francisco de Valenzuela Venegas, en enero del año siguiente.

Valenzuela aceptó en un primer momento la comisión para arrepentirse después. Según su testimonio, al reconocer la instrucción secreta para la residencia y la carta de Uribe –que, por mediación del virrey, se le remitieron en mayo desde Puebla de los Ángeles, donde permanecían en poder de Veitia y Linaje–, se percató de que no podía tomarla por haber sido juez en el litigio que tuvieron Calderón y Uribe por el desembarazo de la casa que este último quería habitar, razón por la cual había llegado a recusarle junto a los demás jueces. Hallándose comprometido en la recusación, lo representó a Linares para evacuar la comisión en el oidor que le seguía en antigüedad. El duque, dudoso de la validez de este pretexto, consultó al real acuerdo que lo dio por insustancial, a pesar del parecer favorable del fiscal Espinosa. Con todo, se pasó la comisión a los dos oidores inmediatos en antigüedad, que eran José de Luna y, saltándose a Uribe, el marqués de Villahermosa de Alfaro, que se dieron por enterados de la real orden para excusarse después.

³¹⁵Al haberse encargado personalmente el rey de la nominación de los jueces en un primer lugar, el Consejo quedó ignorante de si se rellenó el despacho de comisión con un tercer nombre. En cualquier caso, urgía designar a dos nuevos jueces, motivo por el que desde Indias se elevó consulta al rey el 6 de julio de 1712. Para llevar a cabo esta selección Felipe V solicitó el parecer del Consejo, que el 26 de agosto propuso que fueran los dos ministros más antiguos de aquella Audiencia, excluyendo a Uribe de entender en esta materia. En conformidad, se expidió cédula para México que fue hecha en Buen Retiro a 18 de septiembre.

³¹⁶ *Ibidem*. En consulta de 26 de agosto el Consejo propuso que se nombrase para la comisión a los dos oidores más antiguos de México, excluyendo a Uribe por ser capitulante del residenciado. El rey comunicó la resolución por carta al virrey Linares el 18 de septiembre, solicitando que tras recibir este despacho velase porque se diese conclusión a esta residencia con la mayor brevedad posible.

El 2 de agosto de 1714 Valenzuela dio parte al rey de “los eficaces y sólidos fundamentos” que le asistían para no poder y no deber ser juez en la residencia, a pesar del dictamen contrario del Real Acuerdo.³¹⁷ Al recibir la noticia de sus apoderados de que una vez más se había interrumpido su residencia, entre el sobresalto y la indignación, Calderón de la Barca condenó en un nuevo memorial de enero de 1715 el “distante y despreciable pretexto” de Valenzuela y el descuido del virrey.³¹⁸ Era la tercera vez en seis años que se dirigía al monarca para suplicar que pusiese remedio y diese providencia para que se tomara con efecto su residencia. Tan prolongada demora le había supuesto un “agravio notorio” de su crédito y caudal, y deducía que los cinco ministros que se habían excusado de la comisión, el virrey Linares y el fiscal se habían confabulado para perjudicarlo “por complacer a don José de Uribe, oidor de aquella Audiencia, para que no llegue el caso de descubrirse la falsedad y malicia de la delación que hizo contra el suplicante”. En febrero de 1715 el Consejo en pleno estuvo a favor de que se impusiesen multas a Valenzuela por entenderse que fueron vanas sus excusas, al virrey por haber tolerado su insolencia y al fiscal Espinosa “por no haber interpelado a Valenzuela y al virrey a la ejecución de esta orden”, como hubiera sido su obligación.³¹⁹ Por cartas acordadas de 2 de marzo, el secretario de Indias Diego de Morales les dirigió a los tres una dura reprehensión, y a Valenzuela en concreto le conminó con la suspensión de la plaza y aun con mayores demostraciones, a que ejecutase la residencia sin dilación ni réplica.

4. TOMA EFECTIVA DE LA RESIDENCIA

La advertencia del Consejo bastó para que Francisco de Valenzuela rectificase. En cuanto recibió el aviso, el 23 de julio del mismo año, inició las diligencias en la forma que disponía la instrucción fiscal, nombrando a sus auxiliares: escribano, alguacil mayor, intérprete de la lengua mexicana, etc. Un día después se mandó despacho al alcalde mayor de Tlaxcala para que sin pérdida de tiempo hiciese saber a José Joaquín de Uribe, que se hallaba en sus haciendas de Atoyaque, que debía pasar a la capital a justificar los cargos y capítulos que había hecho a Calderón en su carta de delación de

³¹⁷ *Ibidem*. Minuta de carta dirigida a Francisco de Valenzuela Venegas, Madrid, 2 de marzo de 1715.

³¹⁸ A.G.I., *Escribanía*, 236A. Acordado en Consejo de 26 de febrero de 1715.

³¹⁹ A.G.I., *México*, 656. Escrito de don Miguel Calderón, Madrid, 19 de enero de 1715.

nueve años atrás, presentando los testigos, autos e instrumentos que necesitare para la comprobación de los referidos cargos. Uno de los rasgos distintivos de Uribe es que se define por sistema como el más fiel de los vasallos y el ministro más sacrificado, dispuesto a cumplir con su obligación aun a costa de padecer innumerables trastornos que pormenoriza hasta la extenuación. Lo que sí resulta cierto es que la carta de 1706 no tuvo sólo consecuencias perniciosas para Miguel Calderón, sino que su autor también salió perjudicado: después de haber obtenido en junio de 1708 la licencia para pasar a España a consolar a su madre viuda, se le revocó el 10 de enero de 1709 porque Felipe V, probablemente asesorado por Amelot y su secretario del Despacho Universal, estimó que convenía a la averiguación de la verdad que se hallase presente en México hasta la conclusión de la residencia que se le había de tomar a don Miguel. Ahora, al conocer que Valenzuela requería su asistencia, se apresuró a contestar por escrito afirmando que estaba listo para trasladarse a la capital, aunque le costara el abandono de su mujer cercana al parto, con el sobresalto que le había de causar su partida, y tuviera que interrumpir la comisión del monte y río de Tlaxcala en que se hallaba entendiendo por orden del virrey y de la Audiencia.

La respuesta de Uribe alcanzó México el 30 de julio. Sin dar tiempo a que arribase personalmente, Valenzuela ordenó que el 1 de agosto, a medio día, se hiciese público y pregonase el edicto en la Plaza Mayor. En el común de los juicios de residencia ello representaba el punto de partida de las pesquisas y diligencias. Sin embargo, en este caso lo propio, de haber seguido Valenzuela al pie de la letra la instrucción fiscal, hubiera sido aguardar a tener la sumaria antes de publicar la residencia y ponerle término —en el edicto se estableció que serían 60 días, que habían de correr de aquél en adelante—. El pregón constituía un acto solemne en que se llamaba a que toda persona, sin importar su estado, calidad o condición, acudiese por sí o por procurador ante Valenzuela como juez de la residencia, en caso de que tuviera algo que pedir y demandar, civil o criminalmente, contra Calderón de la Barca, sus criados, familiares o allegados. Para darle la mayor publicidad y repercusión posible, el pregón se repitió en los lugares acostumbrados, en torno a la Plaza Mayor. A continuación se fijó una copia del edicto en las esquinas y acceso principal del edificio que servía de Real Palacio y Audiencia. Hecho lo cual, Valenzuela Venegas procedió a formar el

interrogatorio de la secreta, todavía sin contar con don José Joaquín, que al descubrir que se había invertido el orden de la instrucción protestó amargamente el 9 de agosto, quedando recogidas por escrito sus quejas pero sin que tuvieran ningún efecto.

4.1. INTERROGATORIO DE VALENZUELA VENEGAS

Para la confección del interrogatorio lo habitual era recurrir a la literatura jurídica o seguir modelos previamente utilizados con funcionarios del mismo oficio. Las preguntas, por tanto, no estaban en su totalidad sujetas a la discrecionalidad del juez, sino que seguían un mismo patrón. Vamos a citar sucintamente las treinta y tres preguntas que integraron el interrogatorio de Miguel Calderón y que afectaban a todas las áreas de la vida del residenciado.³²⁰ De partida, a los testigos se les preguntó por las generales de la ley, es decir, sobre si tenían con don Miguel una relación de amistad o dependencia, si le conocían y le habían visto fungir como oidor. En la órbita de lo profesional, se les interrogaba acerca de si había asistido puntualmente a la Audiencia en las horas de despacho, Acuerdos y Juntas Generales, sin faltar a su obligación si no era por causa legítima; si había entendido en pleitos sin tener jurisdicción y llevado penas o asesorías en algún negocio. En su condición de oidor más antiguo, si había corregido y castigado a los ministros inferiores, y si había cobrado fielmente los ejecutoriales del Consejo. En lo concerniente a sus emolumentos, si tenían noticia de que hubiese llevado mayor salario del asignado por ley –doce pesos diarios– saliendo a comisiones, o de que hubiese pedido préstamos o adelantos a los oficiales de la Real Hacienda por cuenta de su salario.

De las distintas comisiones que había tenido a su cargo –juez de Hospitales, Colegios y Seminarios, juez del Juzgado de Indios y del de Bienes de Difuntos, asesor del Tribunal de la Santa Cruzada y superintendente de Propios y Rentas–, interesaba saber si había administrado justicia con integridad y sin retardar los negocios innecesariamente. Sobre la protección de los indígenas, si mientras estuvo al frente del Juzgado de Indios procuró que no se les hiciesen agravios ni extorsiones, ni les permitió

³²⁰ El interrogatorio se encuentra en A.G.I., *Escribanía*, 236A, en el cuaderno n. 4 correspondiente a la información y pesquisa secreta (ff. 100-110v).

vender sus servicios ni empeñarse por sus deudas, ni que excediesen el tiempo de condena en los obrajes, trapiches, ingenios o panaderías. También, si cuidó de que hubiese caja de comunidad en los barrios de Santiago y San Juan y de que se diese una buena aplicación a los caudales, de tal forma que revirtieran en utilidad de los indios. Otro de los puntos sobre los que se insistía en el interrogatorio era la diligencia puesta en los cobros, recaudaciones y remisión de caudales, así como la exactitud procurada por Calderón en las cuentas durante el tiempo que fue superintendente de la Ciudad y juez general de Bienes de Difuntos. Se inquiría, en otro orden de cosas, sobre si sus costumbres eran las de un hombre prudente y recogido, que no se prodigase en visitas, desposorios, entierros u otras funciones fuera de las que señalaba la ley y a que debía acudir en cuerpo de Audiencia. Su honestidad se ponía a prueba en que no hubiera contravenido la normativa que prohibía a los ministros tener casas, estancias, haciendas o siembras; y se esperaba de él y de su esposa que no se hubiesen dejado acompañar de litigantes ni hubiesen aceptado cohechos, baraterías, dádivas o presentes, aunque fuesen de escaso valor o comestibles. Si los testigos tenían conocimiento de lo contrario, no debían omitirlo en sus declaraciones.

Las preguntas antecedentes eran las ordinarias y regulares que se practicaban con todos los oidores. Le siguieron trece más que Valenzuela dedujo de la carta de Uribe al monarca, y que fueron, primeramente, si acostumbraba a instruir lo mismo que había de juzgar. Le seguían las cuestiones tocantes a si había tenido poderes de las partes para pleitos y dependencias, sustituyéndolos a su contemplación, y si los litigantes no quedaban contentos hasta tener asegurado su patrocinio. En cuarto y quinto lugar se inquiría sobre lo acaecido en Yucatán a raíz de los enfrentamientos entre el gobernador y el reverendo obispo de Campeche. En concreto, sobre si Calderón había usurpado el nombre del Acuerdo al dirigirle la carta a Martín de Ursúa con una dura reprehensión por su proceder en la detención del pesquisidor de Guatemala, movido de su amistad y correspondencia con el obispo; y si hallándose en la Real Sala del Crimen por turno, como presidente en la causa de los garrotes de Osorno y Covarrubias, había puesto a la cabeza de la sentencia como actor acusante al obispo y otro eclesiástico. Con la sexta y séptima pregunta se trataba de averiguar si los testigos tenían conocimiento de que hubiesen llegado cédulas desde Madrid para descubrir y remediar sus excesos, y si

sucedió así a instancias de Francisca del Portal por el año de 1699 ó 1700, por haberle revocado Calderón, como juez de Alzadas, la sentencia de dominio que había obtenido en un pleito sobre una herencia.

Nos interesarán especialmente las cuestiones acerca de si él, su esposa o alguno de sus parientes o criados, comerció o tuvo tratos y contratos, por sí o por interpuesta persona; y acerca de cuáles fueron sus procedimientos como juez comisario de las Cajas Reales y de la mina de Rayas en el real de Guanajuato. Las demás preguntas estuvieron referidas, en este orden, a si demoraba Calderón la entrada de los ministros en la Audiencia con su conversación, de manera que nunca se cumplían las tres horas de despacho bajo el dosel; si su forlón rondaba los almacenes y aduanas, introduciendo y portando géneros de contrabando e ilícito comercio; si habitó contra la voluntad de su dueño alguna casa y si era verdad que se hizo con las alhajas que adornaban la morada de la calle de Santa Clara en que se hospedó a su llegada a México. La última pregunta era la más general, pues versaba sobre si tuvo empeño o interés en el asiento de la Nieve, y a la vez sobre si los demás ministros de la Audiencia le temían y si trataba de atraerlos con artificios a su dictamen.

El 3 de agosto se dio inicio al examen de testigos a los que se identificó reseñando su edad, vecindad y ocupación, con miras a que quedase bien definida “su situación social, personal y profesional”.³²¹ Los testigos debían ser personas desapasionadas e independientes, que presumiblemente estuvieran bien enteradas de las cuestiones que se iban a averiguar. El número lo establecía el juez siguiendo su criterio y en cuanto a su calidad “no había leyes expresas, pero algunos autores aconsejaban que fuesen de distintas clases sociales para que así se tuviese noticia de la opinión de la mayoría de la población”.³²² Valenzuela convocó por su cuenta a 34 testigos para la secreta –con independencia de los que después citaría a petición de José Joaquín de Uribe–, todos vecinos de México y entre ellos un número significativo de prohombres de la ciudad. No es extraño si consideramos que en los juicios la elevada posición social de los testigos hablaba en favor de la dignidad del acusado.³²³ De los 34, nueve eran

³²¹ M. DOMÍNGUEZ ORTEGA, *op. cit.*, pág. 148.

³²² J.M. MARILUZ URQUIJO, *Ensayo sobre...*, pág. 175.

³²³ C. ROSENMÜLLER, *op. cit.*, pág. 107.

caballeros (ocho de Santiago y uno de Calatrava), dos tenían título nobiliario, aunque fuese de adquisición reciente (Lucas de Careaga y Alonso Dávalos Bracamonte, marqueses de Santa Fe y de Santa Sabina respectivamente y apoderados del consulado de Sevilla en México, habían comprado el título en 1704), ocho eran eclesiásticos (incluyendo al presbítero Bracamonte, aunque él no se presentara como tal, sino simplemente como oidor), y en su mayoría ostentaban o habían ejercido en el pasado un cargo público en el seno de la Audiencia, del Tribunal de Cuentas, de la Universidad, de la Ciudad o del Consulado de Comercio.

En una carta que tenía al rey como destinatario, Valenzuela resumió su proceder en la pesquisa secreta explicando que había buscado “personas de primera plana de todos los estados, clases, independientes y desapasionados, examinándolos al tenor del más prolijo y exacto y interrogatorio que hasta hoy se había practicado en las residencias”.³²⁴ Uribe, por el contrario, lamentaría que todos los llamados a deponer por el juez de la residencia hubieran sido amigos y confidentes de Calderón. Nos faltan instrumentos y espacio para ahondar en la naturaleza de las relaciones que mantuvo el residenciado con cada uno de los testigos, pero en el caso del antiguo minero y actual oidor Bracamonte, considerando lo sucedido en la visita de don Miguel al real de Guanajuato entre 1703 y 1704, es obvio que no podía ser imparcial. En el mismo sentido, se ha apuntado la posibilidad de que Juan de Estacasolo y Otálora –llegado a México como secretario del virrey duque de Alburquerque y emparentado con dos miembros del Consejo de Indias– y el capitán Nicolás López de Landa –ex agente del mismo virrey en operaciones de ilícito comercio–, hubieran devuelto a Calderón con su declaración un antiguo favor. En opinión de Rosenmüller, el hecho de que Calderón de la Barca hubiera sufragado en 1706 las políticas de Alburquerque tocantes a la excesiva introducción de navíos extranjeros, explicaría el testimonio interesadamente positivo y hasta apologético de Estacasolo y otros viejos aliados del virrey en esta residencia.³²⁵

En cuanto al contenido de las comparecencias de los testigos seleccionados por Valenzuela, hemos rescatado los testimonios que nos parecen más ilustrativos de los puntos de la averiguación. Antes de proceder a su repaso conviene hacer una

³²⁴ A.G.I., *México*, 636. Francisco de Valenzuela Venegas al rey, México, 20 de septiembre de 1715.

³²⁵ C. ROSENMÜLLER, *op. cit.*, pp. 180-181.

advertencia: notaremos que todos, sin excepción, defendieron y ensalzaron en sus declaraciones a Miguel Calderón. Tanto es así que las respuestas, por su afinidad y coincidencia, terminan resultando estereotipadas y vacuas. De forma reiterada tropezamos con las mismas expresiones tendentes a conformar la buena opinión del juez y destinadas a describir el carácter y estilo del residenciado en su empleo, predominando las que contienen los términos limpieza, precisión, puntualidad, arreglo, caridad, prudencia, celo y pureza.

De la asistencia de Miguel Calderón a las horas de Audiencia, Acuerdo y Juntas Generales, aprendemos de los testigos que era el primero en entrar y tan obstinado que en alguna ocasión acudió con la cara hinchada y sangrando. Bracamonte incluso refiere que lo vio una víspera de Pascua de Navidad continuar en la Audiencia por la tarde, cosa insólita y “sin ejemplar, sólo porque no quedase defraudado en el tiempo de vacaciones aquella providencia”.³²⁶ Otra muestra de su entrega y capacidad de trabajo fue el haber logrado que la cárcel quedase con una docena escasa de reos cuando estuvo por turno en la Real Sala del Crimen.³²⁷ Su honestidad y exhaustividad se reflejaban, por otra parte, en lo saneadas que había dejado las cuentas de Propios y Rentas, habiéndolas encontrado muy deterioradas tras la quema de los cajones de la Plaza Mayor en el tumulto de 1692, “cuya finca era la más pingüe y excesiva” de la ciudad.³²⁸ Siempre había andado vigilante y procurado que los ministros inferiores cumpliesen con su obligación sin hacer extorsiones a las partes y él mismo nunca había obtenido ganancias indebidas en negocios, pleitos y comisiones.

Sin salir de las comisiones, refiriéndose a las que llevaron a Calderón a Guanajuato, Bracamonte expresó que, habiendo sido parte interesada en ellas, había descubierto al hacerse la tasación de los salarios y derechos que no tenía con qué pagar lo que le correspondía. De modo que le pidió a don Miguel que “le aguardase algún tiempo y esperó todo el que fue necesario para que pagase”, sin multarle o pedirle interés por dilatar el pago.³²⁹ Preguntados los testigos por su proceder como juez

³²⁶ A.G.I., *Escribanía*, 236A, ff. 213-217v. Declaración de Juan Díaz de Bracamonte.

³²⁷ *Ibidem*, ff. 174v -179. Declaración de José de los Ríos, escribano de la Cámara del Crimen.

³²⁸ *Ibidem*, ff. 146-151. Declaración del doctor Marcos Salgado, catedrático de Método de la Real Universidad de México y del Real Protomedicato.

³²⁹ *Ibidem*, ff. 213- 217v. Declaración de Juan Díaz de Bracamonte.

visitador de la mina de Rayas y de las Reales Cajas de Guanajuato, y más específicamente sobre si sabían que hubiese aviado la mina tras entregarle su administración a Díaz de Bracamonte, lo que salió a relucir fue que no había sido el residenciado quien había tenido parte o utilidad en sus avíos –y aunque hubiera querido, no hubiera tenido con qué–³³⁰, sino el capitán Jerónimo de Monterde y Antillón, caballero de Calatrava y cónsul de la Universidad de Mercaderes. Si algo había hecho don Miguel había sido solicitar entre los hombres de comercio de la capital virreinal quien la aviara por ver que la mina se perdía. Y todo en aumento del comercio y en pro del interés público. Calderón se había dirigido, entre otros, a Luis Sánchez de Tagle, que se negó a embarcarse en tan arriesgada aventura. Sólo por cuenta de la amistad y cariño que le profesaba al residenciado se había avenido don Jerónimo a invertir sus caudales en esta empresa, quedando después muy arrepentido. Para que figurase como prueba, Bracamonte presentó el instrumento formado en enero de 1705 ante escribano por el que se formalizó la entrega de los 2.000 pesos de oro común que le hizo Monterde al para el avío, saca y beneficio de la mina.³³¹ A este respecto, el presbítero, exminero y presente oidor reconoció en su declaración que al ingresar en la plaza de ministro, dispuesto a desentenderse de la mina, se encontró sin más efectos que una hacienda de ganados menores y mayores nombrada La Jalpa, que le entregó a don Jerónimo para satisfacer su débito. Tras la muerte de don Jerónimo, su hermano Luis de Monterde la compró de sus herederos y era todavía su dueño en el tiempo en que se tomó la residencia de Calderón.

Quedaba así despejada la cuestión de si Miguel Calderón había sido aviador de la mina y asentada su buena correspondencia con Jerónimo de Monterde. Lo que había que desvanecer a continuación eran las sospechas de que hubiese tenido inteligencias –entendiendo por tales los tratos secretos de tipo mercantil– con él o con su hermano. El abogado Juan de Dios del Corral, que decía haber frecuentado la casa de don Miguel, afirmó que la familiaridad entre éste y los Monterdes era muy antigua, mas no cabía

³³⁰ *Ibidem*. Coinciden en que carecía del capital suficiente para ello Careaga, marqués de Santa Fe, y Juan de Dios del Corral (ff. 179-183v).

³³¹ *Ibidem*, fol. 219. Declaración de Juan Díaz de Bracamonte. El escrito se hizo ante el notario Jerónimo Carrillo en la ciudad de México, 25 de enero de 1705. Uno de los fiadores de Bracamonte fue el correo mayor y regidor de la ciudad, el capitán don Pedro Ximénez de los Cobos, al que nos referimos anteriormente. En cuanto a la hacienda, de ganados mayores y menores, pasó a los herederos de don Jerónimo a su muerte, de quienes la adquirió después su hermano, don Luis de Monterde.

imaginar por su estrechez la existencia de una ligazón comercial.³³² Los restantes 33 testigos descartaron de forma unívoca que Calderón hubiese comerciado por mano de los Monterdes o hubiese encubierto las ilícitas operaciones de éstos; un comportamiento en las antípodas de lo que cabía esperar de un ministro tan limpio. Este mismo argumento aplicaba a la cuestión de si su forlón iba y venía de las aduanas, introduciendo géneros y mercancías de contrabando. Como expuso Antonio de Villaseñor, su forlón había sido “muy ordinario y muy conocido, y si se hubiera ocupado en semejante torpeza hubiera sido público en el lugar con gran detrimento de su señorío y buena fama”.³³³

En apariencia, su integridad no dejaba oportunidad a presumir cohechos o baraterías. En cuanto a dádivas y regalos admitidos sin que mediase interés, si algo había recibido sería “en contemplación de su persona y buen estilo, lo cual granjeaba con su cariñoso y político trato”.³³⁴ En lo que respecta a su esposa, doña Ana de Pividal, sólo había recibido “los agasajos que observan las oidoras, a que correspondía muy puntual”.³³⁵ Marido amante y trabajador empedernido, a Miguel Calderón no se le habían conocido ni amoríos ni entretenimientos. Rara vez se le podía ver fuera de su estudio, “en paseos públicos ni otras partes impropias de su ministerio”³³⁶ y si visitaba a algún vecino era a los principales de la ciudad y por alguna causa que lo justificara, como muerte y enfermedad; o movido de su gran generosidad, para pedir limosnas para la manutención de las monjas de Santa Inés, que habían quedado muy pobres al menoscabarse sus rentas.³³⁷ De las funciones públicas, sólo había asistido a las estipuladas por ley en cuerpo de Audiencia y nunca como particular.

Uno de los testigos requeridos por José Joaquín de Uribe, el canónigo Andrés Pérez de Costela, depuso que había tenido muy poca comunicación con el residenciado fuera de la “visitita cortesana” de recién llegado, pero recordó que, estando en compañía

³³² *Ibidem*, ff. 179- 183v. Declaración del abogado de la Real Audiencia, Juan de Dios del Corral.

³³³ *Ibidem*, ff. 195v-200. Declaración de Antonio de Villaseñor y Monroy, chartre de la Santa Iglesia Catedral.

³³⁴ *Ibidem*.

³³⁵ *Ibidem*. En el memorial ajustado (pieza 6) se resume así la deposición de Santa Sabina, Santa Fe y Miguel Gallardo.

³³⁶ *Ibidem*, ff. 118-122v. Declaración de Juan de Estacasolo.

³³⁷ *Ibidem*, ff. 200- 203. Declaración del canónigo Juan Ignacio Castorena.

del arzobispo Ortega y Montañés, en un par de ocasiones había visto entrar a Calderón solicitando limosnas para una viuda y para las monjas de Santa Inés. En una de aquellas ocasiones, cuando ya se había despedido, el arzobispo le dijo a Costela: “Vea vuestra merced: este caballero es de buen corazón y de gran caridad y me ayuda a llevar la Cruz del Arzobispado; y en algunas limosnas en que he cooperado (...) las he hecho por las instancias y buenos oficios de este oidor”.³³⁸ Parece que tiene visos de verdad esta declaración. Uribe y Costela habían sido compañeros en el colegio mayor de Cuenca, en Salamanca, habían pasado en la misma flota a México en 1702 y el canónigo había intercedido decisivamente para que Uribe no tuviera que abandonar el reino en un enfrentamiento con el virrey Alburquerque en 1708.³³⁹ Habiendo sido llamado a comparecer por Uribe, lo presumible era que hubiese censurado y no alabado las buenas obras y méritos del residenciado. La de Miguel Calderón se va configurando como una personalidad con matices, y por muy dudosos que resulten sus procedimientos en otros ámbitos, parece indudable que fue un hombre religioso y caritativo con la Iglesia.

4.2. DEPOSICIÓN DE LOS TESTIGOS DE URIBE

Uribe no estuvo satisfecho con el interrogatorio de Valenzuela y el 15 de agosto presentó uno formado por sí con una lista provisional de testigos que se le admitió el 18 y que fue ampliándose con el paso de los días. Mediante el escrito que remitió acompañando sus preguntas, recalcó que la manida carta de 1706 no había sido concebida “con ánimo de injuriar, ni agraviar, ni capitular, ni sindicar, sino sólo informar el real ánimo”.³⁴⁰ Aseguraba haber olvidado las incomodidades sufridas por habersele impedido la habitación de la casa del litigio y le perdonaba a Calderón “el odio positivo que contra mí tenía manifestado desde que pasé a este reino”. Dicho lo cual, pasaba a introducir las siete preguntas que había formado ateniéndose a lo más sustancial de su misiva y que venían a ser un compendio y reformulación exaltada de las trece que Valenzuela había incluido al final del interrogatorio de oficio. No quiso poner pregunta aparte, empero, sobre el particular de las alhajas de que supuestamente se

³³⁸ *Ibidem*, ff. 290-292. Declaración del canónigo Pérez de Costela.

³³⁹ C. ROSENMÜLLER, *op. cit.*, pp. 114-118.

³⁴⁰ A.G.I., *Escribanía*, 236A, pieza 6ª, cuaderno 4º, fol. 124 r. Escrito de Uribe de 15 de agosto de 1715.

había apropiado Calderón y que pertenecían a la casa en que se había instalado al llegar a México, porque sabía que Agustín de Sandoval “no quería pedir ni demandar nada por razón de interés ni queja”. Fácilmente le podían constar los deseos de Sandoval por tratarse de su suegro, aunque Uribe nunca revele en el curso de esta residencia la relación de parentesco que les unía. También quiso dejar fuera de las preguntas el asunto del impago del vale que le entregó Sandoval a Calderón contra la mina de Rayas, aunque sí señaló una nueva irregularidad en el comportamiento de Miguel Calderón: don Agustín le había hecho un préstamo para que pudiera satisfacer las muchas deudas y empeños que arrastraba cuando llegó de España. Aunque debió de ser una práctica común, los ministros tenían prohibido por ley solicitar préstamos o recurrir a empeños. El mismo Uribe había solicitado del eminente banquero de la Corte, José de Goyeneche, 2.000 pesos escudos de plata para pagar la media anata de la plaza de oidor de la Real Audiencia de México y los gastos de las pruebas que se le hicieron para recibir el hábito de Santiago.³⁴¹ Y más adelante, en diferente contexto, se le acusaría formalmente de haber pedido prestados 4.000 pesos de otros sujetos, lo que no negó, aduciendo que fue “con la venialidad de pedir por no estafar, que fuera idea platónica pedir tan nimia y exacta observancia con la corta renta de mi sueldo tan moderado”.³⁴² Debemos reconocer cierta honestidad y coherencia, por tanto, en el hecho de que José Joaquín de Uribe no formulase cargo independiente contra Calderón por haber pedido prestado a Sandoval. Refiriendo esta anécdota no pretendía denunciar una contravención de la ley en que él mismo había incurrido, sino solamente insistir en el natural desagradecido de don Miguel.

Uribe tenía derecho a que se admitiesen los testigos de su consideración, aunque como Pedro García de Rivas, Sebastián Vázquez o Lorenzo Cano, fueran notorios enemigos del residenciado, por ser éstos los más convenientes para la averiguación de los cargos que le hacía a Calderón. A diferencia de los convocados por el juez de la residencia, los de Uribe eran hombres de dispar categoría social, lo que llevó a la parte de Calderón a pronunciar que “en una ciudad imperial como México hubiera podido

³⁴¹ La casualidad quiso que descubriéramos la carta de 15 de mayo de 1702 —es decir, otorgada por Uribe poco tiempo antes de poner rumbo a México—, por la que se obligaba a pagar la referida cantidad a Goyeneche. AHPM, *prot.* 11062, fol. 226.

³⁴² *Ibidem*, 280A, cuaderno 11, lib. 3. Prueba y defensa de José Joaquín de Uribe en la visita general del inquisidor Francisco de Garzarón a los Tribunales novohispanos.

encontrar caballeros de tantas obligaciones (...) y, sin embargo, se vale de los hombres más despreciables que se pudieran hallar en esta república”.³⁴³ El único “testigo de representación” era el conde del Fresno, primo del que fuera gobernador Martín de Ursúa, por quien dijo haber sabido que Calderón de la Barca era correspondiente del obispo de Campeche cuando se estallaron las disputas. Según José de Ledesma, el apoderado de Miguel Calderón, los demás testigos de Uribe no tenían oficio ni ocupación conocida y sólo acudían a deponer para pagar algún favor a Uribe —a José de Reizu, por ejemplo, lo habría colocado “a su contemplación” cuando era superintendente de la ciudad, en el único empleo que había tenido: comisario de la Real Fábrica de naipes—, o buscaban ganarse a don José Joaquín para que los favoreciese en sus pleitos presentes y por venir.³⁴⁴

Sobre lo acontecido en Campeche, por cierto, de las declaraciones de los testigos de Valenzuela se infería que Calderón no había tomado partido y sólo había procurado componer las diferencias entre obispo y gobernador porque, como expuso el capitán Pedro Carrasco,

“era de un natural pacífico y un corazón generoso, amistoso con todos y (...) cualquiera enemistad, controversia o enfado que acaecía, así en esta ciudad como en otros lugares de la gobernación de esta Audiencia, la procuraba componer y ajustar, exhortando y persuadiendo a todos”.³⁴⁵

Y en cuanto a la hipotética impericia que había demostrado al poner al reverendo obispo como actor acusante en la sentencia a muerte de los alcaldes que habían dado garrotes a Osorno y Covarrubias, el alcalde jubilado Suárez Muñiz, por cuya enfermedad Calderón había entrado por turno en la Sala del Crimen, aclaró que en nada había tenido culpa pues no había intervenido en la narrativa, cuya formación tocaba al oficio, su corrección al relator y, pasarla, al semanero. Los errores de los oficiales eran habituales por descuido o ignorancia, y a los ministros superiores pasaban inadvertidos porque dirigían su atención a lo más sustancial de la sentencia.³⁴⁶

³⁴³ *Ibidem*, 236A. El escrito de la parte del residenciado que contiene las defensas se encuentra en los ff. 445-460 de la pieza 1ª, en un cuaderno sin numeración.

³⁴⁴ *Ibidem*.

³⁴⁵ *Ibidem*, ff. 126v-130v. Testimonio de Pedro Carrasco Marín.

³⁴⁶ *Ibidem*, ff. 201v-212v. Testimonio de Manuel Suárez Muñis, alcalde de corte jubilado.

Son múltiples los puntos en que chocaron los testimonios de quienes fueron seleccionados por el juez de residencia y los que acudieron por señalamiento de Uribe; aunque de los llamados por este último algunos hablaran a favor del residenciado, como el canónigo Costela o el alcalde mayor de Tacuba, y otros respondieran tras reconocer el interrogatorio, que se les entregaba por escrito, que ignoraban todo lo que contenían las preguntas. Incluso en uno de los casos el testigo hubo de ser apremiado por el alguacil de la residencia para que acudiera a testificar. Se trataba de Antonio de Rojas y Sandoval, ex agente de negocios, condenado a prisión por habérsele hecho cargo por una comisión que había obtenido de obrajés y, aunque ocasionalmente debiera pasar por la cárcel, se le había concedido licencia para salir en libertad y procurar su manutención cotidiana. Para que compareciese en la residencia el alguacil hubo de buscarlo hasta en tres ocasiones, amenazándole a la tercera con que “lo ejecutase el día de hoy y de no, «lo traería amarrado»”. ¿Cómo se explica esta resistencia? La sexta pregunta del interrogatorio de Uribe inquiría sobre si sabían que el residenciado “fue tan temido que las partes de los litigantes, aunque tuvieran alguna cierta queja, pocas o raras veces tuvieron aliento para quejarse por considerarlo poderoso y absoluto (...) y si por este motivo el día de hoy serán muy pocos los que se atrevan a decir la verdad por considerarlo asentado en el Consejo”. Rojas no dejó lugar a equívocos al responder. El miedo de saber que el residenciado se hallaba en el Supremo Consejo y sus partidarios menudeaban en aquella Real Audiencia justificaban sobradamente que un hombre como él se escondiese y se excusase de prestar declaración.³⁴⁷

La posición y autoridad de Calderón de la Barca acobardaban a los testigos, que se abstendían de declarar lo que sabían “por su poder absoluto y respecto de las hechuras que dejó y de las voces que corren del gran poder que tiene en el Consejo”. Tal era la influencia que le atribuían, que le imaginaban repartiendo puestos, mitras y dignidades, y ya se murmuraba en México que tenía “hecho obispo a Bracamonte”.³⁴⁸ Lorenzo Cano

³⁴⁷ *Ibidem*, fol. 257.

³⁴⁸ *Ibidem*, ff. 240-246v. Testimonio de Salvador López de Santa Ana. La pretensión de alcanzar la mitra encaja con el talante ambicioso de Bracamonte, punto sobre el que incidirán en sus deposiciones Lorenzo Cano y José Joaquín de Uribe cuando acudan a declarar en la visita general a la Audiencia mexicana, iniciada al cabo de la toma de residencia de Calderón de la Barca. Uribe explicó entonces, refiriéndose al presbítero, que hacía “memoria, por lo que mira a alhajas ostentosas, de haber oído decir comúnmente que el señor don Juan Díaz de Bracamonte tenía colgaduras de cama de tisú, aunque no las había visto el declarante por no frecuentar su casa ni observar lo que pasa en las ajenas (...) asimismo, pocos días ha

resumió con simplicidad en una frase lo que a su juicio parecía lógico y era que, mientras don Miguel fuese consejero de Indias, “los hombres ricos no declararán en su contra y los pobres temerán algún castigo”.³⁴⁹ Uribe presumía que así estaba sucediendo y en concreto se quejó de que los eclesiásticos no deponían por miedo del provisor Carlos Bermúdez, apoderado y amigo del residenciado. Sólo en esa clave cobraba sentido, en su opinión, la negativa del padre Mudarra y otros clérigos cuyo testimonio hubiera sido crucial en la comprobación de los cargos.

Parece fuera de duda que Calderón de la Barca infundió respeto antes de pasar al Consejo, mientras ocupó el cargo de oidor de la Audiencia novohispana, donde se le tuvo por el más poderoso ministro. Según los testigos que citaremos a continuación, era bien sabido por las gentes de aquel reino que para ganar un pleito antes había que granjearse el voto de este ministro. A Santa Ana le constaba –“por notorio, pública voz y fama”, y por habérselo oído a un clérigo que solía visitar la casa de don Miguel y ya era difunto– que para congraciarse con él los litigantes recurrían a José de Patiño o al capitán Acinas, con cuya interposición lograban que llegase su caso a don Miguel, pasando después a negociar con Ana de Pividal. Como resultado “quedaban tan de la casa y familiares con dicha señora, que de noche se juntaban a jugar o a juego de cartas o albures”, y las ganancias que percibía la oidora “en el juego eran bastantes para mantener casa y forlón”.³⁵⁰ Ledesma negaría que en casa de don Miguel hubiera habido juego nocturno y más aun que en él participara decididamente doña Ana, basándose en que ella “no jugaba ni aun podía jugar porque por el afecto que padecía al pecho ni aun

que le ha dicho Lorenzo Cano que dicho señor estaba actualmente haciendo una cama que se estaba fabricando en Toluca de ébano de plata, tan costosa que dijo Cano que le dijeron costaría de 12 a 14.000 pesos (...) Accidentalmente ha oído decir en algunas ocasiones que (...) es muy regalador y particularmente de los señores virreyes y otras personas autorizadas, y que al comisario general de San Francisco ha oído haberlo regalado con alhaja o alhajas de plata, y que en cuanto a cómo se hace esto suspende su juicio porque aunque dicho señor con el sonido de minero tiene comúnmente concepto de rico, también ha oído decir está lleno de empeños y que las casas en que vive las tiene aún cargadas de censo". A.G.I., *Escribanía*, 278C. En cuanto que alhaja, merece nuestra atención lo que Cano agrega sobre la cama –prescindimos de otros testimonios para no ser reiterativos– que presuntamente iba a servir a Bracamonte para alcanzar la prelatura, y que envió a Felipe V por mano del virrey: “habiendo perfeccionado dicha cama antes de encajonarla para remitirla a S.M., fue público y notorio que dicho señor Bracamonte la hizo armar en su casa, convidó a todo el lugar para que la fuesen a ver y con efecto, estándose para despachar la flota última del general Serrano, fueron varios personajes a ver dicha cama, así señores ministros como prebendados y mujeres principales del lugar.” *Ibidem*, 279B, fol. 751 y v.

³⁴⁹ *Ibidem*, 236A, ff. 300-305. Testimonio de Lorenzo Cano en el juicio de residencia de Calderón de la Barca.

³⁵⁰ *Ibidem*, ff. 240-246v.

a las luces podía estar sólo por el calor material de ellas, aun sin el formal que la atención del juego causa”. Por otro lado, José de Reinoso dijo haber escuchado que los litigantes de quien más solicitaban ayuda era de Calderón de la Barca y que “para conseguir esta gracia”, se valían de “mi señora doña Ana, su esposa, a quien regalaban y obsequiaban”, por ser ella quien “imponía su autoridad (...) para que sus ahijados consiguiesen su pretensión”.³⁵¹ Según el clérigo José Vela del Castillo, Calderón era “obsequiado y atendido, agasajado y regalado como ninguno de los demás señores ministros de su tiempo, por decirse que sólo dicho señor era hombre de empeño y que el suyo importaba más que todos”.³⁵² Esto decía para añadir después que había perdido un pleito por no haber contado con el respaldo del residenciado. En la misma línea, Pedro García de Rivas rememoró haberle entregado a Calderón de la Barca dos bernegales con dos salvillas y 150 pesos en regalos, a pesar de lo cual no le había favorecido después en su pleito. Esta declaración no fue muy afortunada pues, como acertadamente expuso Ledesma en el escrito de defensa, aunque hubiera sido cierta, hablaba en favor de Calderón: “en vez de experimentar el patrocinio de don Miguel, lo que experimentó fue su justicia”.³⁵³ Por su parte, Francisco de Ugarte, uno de los testigos examinados por designación de Valenzuela para que quedase patente la ecuanimidad del residenciado, puso el ejemplo de un sujeto llamado Juan de Galain, agente de negocios, que “siendo favorecido del señor Calderón” perdió un pleito “porque no tendría justicia, por lo que se infiere que lo del patrocinio no salvaba lo injusto”.³⁵⁴

La admisión de cohechos, baraterías, dádivas y presentes de toda especie estaba a la orden del día en el México que conoció Calderón de la Barca y si bien los testigos citados en primer lugar por el juez de la residencia excluyeron a Calderón de esta práctica, los llamados a instancias de Uribe hicieron lo posible para salpicarle. Vamos a recorrer las imputaciones más significativas y consistentes que se le hicieron al respecto. Miguel de Carranza, que había sido asistente del inquisidor y posterior obispo de Guamanga, Francisco Deza, buen amigo a la sazón de Calderón de la Barca, se había enterado por Deza y el difunto padre Antonio Borrego, “lo que festejaban y regalaban a dicho oidor residenciado y que los regalos comestibles que no se podían guardar se

³⁵¹ *Ibidem*, ff. 247-249v. Testimonio de José de Reinoso.

³⁵² *Ibidem*, ff. 263-267v. Testimonio de José Vela del Castillo.

³⁵³ *Ibidem*, ff. 253-256. Testimonio de Pedro García de Rivas.

³⁵⁴ *Ibidem*, ff. 143-146. Testimonio de Francisco de Ugarte.

vendían (...) y que había diversión de juego (...) y vio ponderar al obispo las muchas alhajas y riqueza”.³⁵⁵ Benito Núñez del Rumbo depuso que sabía de oídas que le habían regalado a Calderón de la Barca “las primeras mancerinas que se introdujeron en esta ciudad” y creía recordar que “habían sido 36 ó 46”.³⁵⁶ La parte de Calderón en la defensa apenas se ocupó de la cuestión, contentándose con indicar que “bastaba la inverosimilitud para reprobear a este testigo, pues 46 mancerinas ni por el número ni por la imperfección que contienen se hacen creíbles, pues vienen a hacer tres docenas de mancerinas, no siendo dable que por dos dejara de acabalarlas quien con tanta liberalidad las había dado”.³⁵⁷

Dos testigos afirmaron que en conversación reciente con Alonso Montaña, éste mencionó que en una ocasión había obsequiado a don Miguel, en cuya casa entraba con asiduidad, con unos cocos guarnecidos con tapas de filigrana de oro; y en otra, después de que la oidora le hubiera pedido en préstamo unas joyas para acompañar una huérfana, viéndola aficionada a un Cupido que valía al menos 1.600 pesos, se lo había regalado. En total, la amistad con don Miguel le había costado en presentes cerca de 9.000 pesos. Cuando a tenor de esta cita se llamó a Montaña a testificar, reconoció haberle llevado a Calderón una docena de cocos para agradecerle su mediación con los religiosos de San Agustín para que le devolvieran una hacienda que le habían quitado a su padre por un censo, pero que el metal de la filigrana no había sido oro sino plata. En cuanto al regalo del Cupido para adornar la huérfana, aunque admitía haberlo referido, ahora, bajo juramento, se veía forzado a decir que mintió: nunca había regalado una joya a doña Ana, ni había tenido motivos para hacerlo.

Otrosí, José Joaquín de Uribe expuso que hablando en sobremesa en casa de Agustín de Sandoval con el padre José de Ybarra acerca de cómo discurría la “ruidosa y reñida” residencia de don Miguel, el religioso comentó haber descubierto tiempo ha en los libros de cuentas del difunto Diego de Zaldívar una partida en que se incluían 20.000 pesos que entregaron al residenciado “por la inspección y reconocimiento que

³⁵⁵ *Ibidem*, fol. 432.

³⁵⁶ *Ibidem*, fol. 327.

³⁵⁷ *Ibidem*. Este argumento de la defensa resulta algo débil. Para descartar la veracidad de este testimonio, se basa únicamente en que uno de los números que se barajan y en que se cifró el cohecho, no era múltiplo de seis, como era la norma habitual en los juegos de mancerinas.

hizo de hallarse demente doña María de Paz, mujer de José de Retes”.³⁵⁸ A petición de Uribe, Valenzuela solicitó licencia al provincial de la Compañía de Jesús para que el padre Ybarra y otros miembros de la Compañía pudieran ser examinados en la residencia, a lo que el padre provincial se negó. No se podía contar con la deposición del padre Ybarra, pero se podía recurrir a los autos de la causa referida y revisar los libros de cuentas de Zaldívar, como se hizo, sin que se hallase una sola prueba inculpatoria.

Recordemos que el paso del residenciado por Guanajuato había causado turbulencias en aquel real. Pues bien, fueron tantas que un testigo lo comparó con la catastrófica incursión del pirata Lorencillo en la Veracruz.³⁵⁹ Los declarantes requeridos por Uribe dieron buena cuenta de lo que habían oído y experimentado sobre los excesos cometidos por Calderón como juez visitador, atestiguando sobre las injusticias cometidas con Lorenzo Cano, a quien en su opinión había apartado de la mina por su amistad con Samarramarra y con Díaz de Bracamonte. Sobre la cuestión se extendió particularmente Cano, cuyas “falsedades”, para la defensa, fueron “tan específicas que pueden alucinar el entendimiento más avisado”.³⁶⁰ Especularon los testigos con que Calderón había ganado de manera ilícita en aquella comisión entre 15.000 y 30.000 pesos, a lo que había que agregar un taller, una vajilla, una fuente y distintos juguetes de plata que le regalaron algunos mercaderes guanajuatenses.³⁶¹ Antonio de Rojas reveló que en una plática sobre este asunto con el difunto Juan de Escalante, el oidor le había dicho en confianza: “Ve, señor don Antonio, cómo no nos sabemos ingeniar y nos vamos pasando como pobres estudiantes, vestidos a la quínola, y al oidor don Miguel le ha valido dicha comisión de 30.000 a 32.000 pesos, sin los tejuelitos que acá recibe de los mineros”.³⁶²

Escalante y Uribe habían estado, por cierto, entre los ministros que en 1705 refrendaron al virrey Alburquerque para que se abriera el remate de la Nieve en contra del parecer de Miguel Calderón de la Barca, entonces juez superintendente de Propios y

³⁵⁸ *Ibidem*, fol. 416.

³⁵⁹ *Ibidem*, ff. 247v-249v. Declaración de Lorenzo de Rozas y Céspedes, tratante de comercio.

³⁶⁰ *Ibidem*, ff. 445-460.

³⁶¹ *Ibidem*, ff. 261v-263.

³⁶² *Ibidem*, ff. 272-273v.

Rentas de la Ciudad, en cuya mesa se había decidido en los días previos renovar el arrendamiento por 400 pesos a Pedro de España. Esta resistencia, según lo que don José Joaquín reflejó en su carta de 1706, debía achacarse a que Calderón miraba por el bien del asentista España, su ahijado. Lo que sucedió, en cualquier caso, es que finalmente se abrió el remate, hubo puja entre postores y creció el arrendamiento hasta 2.100 pesos. De tener razón Uribe, Calderón habría contribuido a que se hubiera mantenido congelado en 400 pesos el arrendamiento en beneficio del asentista y en detrimento de los ingresos de que potencialmente podía haberse beneficiado la ciudad, como lo demostraba el que en una década hubiera crecido este estanco hasta situarse en 6.000 pesos y convertirse en ramo de la Real Hacienda. En esta ocasión todos los testigos coinciden, de manera excepcional, en que el aumento tan espectacular del arrendamiento se había producido de forma natural, subiendo en la medida en que lo hacía el consumo. En tiempos de don Miguel bien podía estar en 400 pesos, porque sólo los hombres de caudal tomaban las bebidas enfriadas y los indios recelaban de este producto. En los últimos años se había disipado, no obstante, el “horror que le tenían los habitantes de esta ciudad al frío” y “después fue acreditando la experiencia cuán proficuo era este género para salud”.³⁶³ Ledesma, por su parte, explicó que Calderón había estado en contra de la reapertura de la puja porque el candidato que pretendía disputársela a España, al parecer criado de Albuquerque, se había presentado fuera de plazo. Celoso de su jurisdicción, vulnerada con la intervención del virrey y de la Audiencia, Calderón había optado por abandonar esta comisión después de haber entendido en ella prácticamente desde su llegada a Nueva España. Como curiosidad, después de que hiciera dejación de sus funciones –con lo que ello conllevaba de renuncia a un salario suplementario al básico de oidor–, quien pasó a ocupar la Superintendencia fue Juan de Escalante. No había indicios, a fin de cuentas, para presumir el interés o empeño de Calderón de la Barca en el arrendamiento, incluso cuando, como admitía la defensa, había consentido en que España le suministrase gratuitamente la nieve para su casa mientras se mantuvo en el asiento. En ello no había nada de extrañar “por ser costumbre antiquísima cortesana que los asentistas de la Nieve la den como la dan de balde a todos los señores ministros, como es público y

³⁶³ *Ibidem*, ff. 151-154. Testimonio del mayordomo de la Ciudad, José Antonio Vázquez.

notorio”.³⁶⁴ Si tenemos en cuenta que los autos de la residencia se debían remitir en su totalidad al Consejo y que Ledesma era plenamente consciente de que se miraría con detenimiento su escrito en descargo del residenciado, sorprende la falta de pudor al exponer una práctica que penaba la ley. Es este otro ejemplo de que en aquella Nueva España la costumbre, a fuerza de repetición, había adquiría un rango superior al de la norma y se aplicaba con mayor rigor.

En el interrogatorio de Uribe no faltó la consabida pregunta concerniente a tratos, inteligencias o granjerías, “y muy particularmente a la que públicamente se ha dicho tuvo en el tráfico de navíos de Francia por mano de sus confidentes, los Monterdes”. Alguno de sus testigos sostuvo que había tenido uno o dos negocios de tocinería en compañía de José de Patiño, al que había “criado procurador”³⁶⁵ y al que favorecía entregándole poderes en los pleitos, y hasta se especuló con la existencia de una panadería. Pero si en algo coincidía la mayoría de ellos era en la colaboración estrecha de Calderón con los hermanos Monterde en operaciones de contrabando. Para probarlo, Antonio de Rojas echó mano, una vez más, de sus conversaciones con Escalante. Don Juan, al que sabemos reñido con Calderón desde la elección de una cátedra en 1697, le había participado a Rojas que don Miguel tenía tratos con don Jerónimo en la introducción de barcos franceses que llegaban cargados de ropa, que él denominaba “cañutos”.³⁶⁶ En este punto debemos detenernos para definir el contexto en que se produjo la entrada masiva de naos extranjeras, arrastrando a muchos hombres a la bancarrota. Los comerciantes mexicanos y ‘gachupines’ que compraban a los flotistas pagando los correspondientes derechos reales experimentaron serias pérdidas durante los años en que la guerra interrumpió la frecuencia de la flota. Asistieron con las manos atadas a cómo se les estancaban los géneros y mercancías, mientras eran incapaces de competir con los ínfimos precios de venta de cuanto se descargaba de continuo y de forma clandestina en las playas y puertos de San Juan de Ulúa, San Francisco de

³⁶⁴ *Ibidem*, ff. 445-460.

³⁶⁵ Interrogados sobre si sabían que Calderón diera los poderes a su contemplación, no fueron pocos los testigos que señalaron a Patiño, al que según Antonio de Rojas, había “criado al procurador”, prestándole dinero para la compra del empleo, algo de lo que Patiño se defendió al ser llamado a deponer en la residencia, afirmando que lo había adquirido por sí solo, sin ayuda de ningún tipo. Por otra parte, era cierto que había tenido tocinería, pero en compañía de otros sujetos, sin intervención de Miguel Calderón. En el reconocimiento de los libros de su ejercicio no se halló partida en pro ni contra de don Miguel. *Ibidem*, fol. 181.

³⁶⁶ *Ibidem*, fol. 173v.

Campeche y, sobre todo, en la Veracruz. En México hubo distintas determinaciones, Juntas de Acuerdo y se libraron bandos condenando el tráfico y comiso, tanto con franceses como con los reinos y provincias de Inglaterra, Holanda y el resto de potencias enemigas de la Corona. En España se expidió una cédula en diciembre de 1708 encomendando al oidor González de Agüero la averiguación de estos delitos, probando éste en la pesquisa la intervención de oficiales reales y hombres de comercio entre los que sobresalían los Monterdes.³⁶⁷ Tras librarse auto de prisión y embargo de bienes de los culpables, se procedió a un indulto por el nacimiento del príncipe don Luis I. Para los indultados esta gracia tuvo un coste elevado, pues se les impuso para regular su situación un servicio que produjo para la Monarquía 140.000 pesos, de los que 40.000 pertenecían a Luis y Jerónimo de Monterde.³⁶⁸ Parece ser que don Luis, regidor de Veracruz, donde tenía casa de comercio, había arrendado una cabaña con puerta a la marina que se abría para recibir de noche las lanchas con la mercancía descargada de los navíos que se acercaban a la costa y venían consignados a su nombre. Sobre todo, lo que se recibía y alijaba era ropa que después se remitía a México. Radicado en aquella ciudad estaba don Jerónimo, que actuaba como encomendero de su hermano y empleaba las porciones de caudal que le confiaban distintos sujetos. Miguel de Salazar, testigo en la residencia de Calderón por designación de Uribe, aseguró haber escuchado mientras se hallaba en la Veracruz atendiendo a algunos negocios, que bajaron recuas cargadas de plata remitidas por Jerónimo de Monterde para emplear en géneros y que una porción de dicha plata era del residenciado. Salazar citó a los sujetos que así se lo habían referido, con la circunstancia de que se hallaban todos ausentes, repartidos entre Cádiz, Sevilla y La Habana.

4.3. FORMULACIÓN DE CARGOS Y DEFENSA

El 10 de septiembre se dio por concluso el término de la pesquisa secreta después de que Valenzuela hubiese solicitado una prorroga al Real Acuerdo el 30 de

³⁶⁷ Exitosos comerciantes naturales de Albarracín, los hermanos Jerónimo y Luis de Monterde formaron en México lo que se podría denominar una “familia nicho”, cuyo linaje y descendencia ha sido objeto de estudio, cuya publicación en dos partes reseñamos: J. SANCHIZ y J.I. CONDE, “Familia Monterde y Antillón en Nueva España: Reconstrucción genealógica. Primera parte”, *EHN*, UNAM, México, 2005, n. 32, p. 93-164; “Familia Monterde y Antillón en Nueva España: Reconstrucción genealógica. Segunda parte”, *Ibidem*, n. 33, p. 97-172.

³⁶⁸ A.G.I., *México*, 262. “Cuaderno principal de autos generales de la pesquisa de los reos comprendidos en consentimiento de entrada de navíos extranjeros e ilícito comercio”.

agosto. Llegó el tiempo de que se juntaran los autos y probanzas para sacar los cargos. Únicamente resultó uno, que formulado y puesto con los capítulos, se le entregó el 12 de septiembre a la parte de Calderón para que formara la defensa. El cargo en cuestión fue precisamente el de haber tenido inclusión en los negocios de comercio ilegal de los Monterdes. Muerto a esas alturas don Jerónimo y avecindado en México don Luis, se le hizo llamar para que mostrara los libros de cuentas de su hermano –por aparente descuido o negligencia, no se le solicitó a Luis de Monterde que exhibiese también los propios–. En su interior se halló un ‘ha de haber’ de 14.460 pesos en una cuenta formada el 5 de abril de 1708 y registrada a nombre de Calderón de la Barca, de la que se sacó testimonio y puso certificación en la residencia. Según dejó asentado don Jerónimo, Calderón le hizo entrega de esta cantidad en reales, dejado orden de que 8.000 pesos quedasen listos y a disposición de don Roque de Pividal, vecino de Oaxaca, que en efecto los recogió el 8 de junio de 1708. Lo restante se le debía remitir en la flota. La fecha coincide con el tiempo de la partida de Calderón a la Veracruz para poner rumbo a España y don Roque debió de ser algún familiar en segundo grado de Ana de Pividal. Por lo demás, nada de especial tenía esta cuenta y desde luego no inculpaba a don Miguel en modo alguno.

Hemos ido avanzando por el verano de 1715 y alternativamente recorrido las acusaciones y loas que se hicieron a Calderón de su persona y del uso que dio al empleo de oidor de México. Fuera del termino fijado para la pesquisa secreta, se le concedió a Uribe, aunque fuera contra estilo y naturaleza de las residencias, presentar escritos con nuevas preguntas y someter a todos los testigos a la ratificación de sus deposiciones. Huelga decir que estas nuevas diligencias y examen de testigos merecieron la queja de la parte de Calderón que exigió la nulidad ante la imposibilidad de formar la defensas, sin que su representación fuera atendida por Francisco de Valenzuela.

En esta fase de la residencia, José Joaquín de Uribe solicitó que cuando se llamase a Salvador López de Santa Ana para ratificar lo que tenía declarado, se le interrogase específicamente sobre algo que había omitido y de lo que Uribe tenía conocimiento: la entrega de unas perlas y la abundancia de cajones que abarrotaban los corredores o antesala de la casa del residenciado antes de su salida de la ciudad. A lo

que respondió Santa Ana que, habiendo fallecido el conde de Loja, hermano del oidor don Juan y del obispo de Mechoacán, don Manuel de Escalante, la condesa viuda decidió deshacerse de sus bienes, entre ellos “las mejores perlas que se decía había en México”, y sabiendo que doña Ana de Pividal quería comprarlas, se las entregó al testigo para que se las llevara a enseñar a la oidora, que se interesó por ellas y preguntó su precio. Escandalizada al escuchar que se pedía por ellas 6.000 pesos, le respondió que “si discurría las había menester, que no; que le mostraría mucho mejores perlas y diamantes. Y con efecto hizo sacar dos gavetas en que tenía tanta hermosura de perlas, diamantes y esmeraldas, que se admiró”. Esta anécdota hay que inscribirla en el momento en que Calderón y su esposa se ocupaban de los preparativos para regresar a España y según quiso recordar el testigo, había contemplado con asombro que los corredores de la casa estaban llenos de cajones que por su hechura y forma no podían ser de barro o chocolate, sino de los que se empleaban para plata. En cuanto a los dos cajones de joyas que le había mostrado doña Ana, a ojo había estimado su valor entre 25.000 y 30.000 pesos y añadió que la señora de Pividal había intentado adquirir las perlas de la condesa en 4.000 pesos, que no le aceptó. Finalmente se hizo con ellas por 5.000 pesos, comprándolas a otro intermediario.

No abandonamos todavía el terreno de las alhajas y joyas. Para declarar sobre una cita que le hizo Lorenzo Cano, el escribano de cámara del Crimen y maestro platero, Alonso de Avilés, fue llamado para que aclarase si era cierto lo que dijo sobre haber avaluado las perlas, plata labrada y joyas de diamantes, esmeraldas y rubíes del residenciado, cuyo valor pasaba de 80.000 pesos. Avilés, que tenía asimismo un negocio de platería, respondió que esto era falso: jamás había tasado alhaja de Calderón ni era posible que lo hubiera ejecutado “pues la facultad de tasador o avaluador sólo reside en don Nicolás Gonzáles de la Cueva, nombrado tal tasador y están todos los dueños de platería notificados”.³⁶⁹

Un buen número de los testigos presentados por Uribe da a entender que en la primavera de 1708 sonó con fuerza el rumor de la mucha riqueza que Calderón había acumulado y tenía lista para transportar a España, lo que en un agente de justicia

³⁶⁹ A.G.I., *Escribanía*, 236A, fol. 306v. Declaración sobre citas de Alonso de Avilés, dueño de platería y maestro platero.

despertaba sospechas maliciosas. En un intento por defender a su representado, Ledesma insistió en que no se podía comparar a don Miguel con otros ministros que percibían únicamente 3.000 pesos de salario anual, porque él había gozado también de las rentas de asesor de Cruzada, Juzgado de Indios, Superintendencia de la Ciudad... y ello sin contar las comisiones particulares que habían corrido a su cuenta. Sumadas todas las partidas, sus ingresos anuales bien podían haber superado los 8.000 pesos. Uno de los primeros testigos llamados por Valenzuela calificó el adorno que le había conocido al residenciado en su casa de “tan moderado que se podía tener por indecente”, lo que nos remite a la carta que en 1700 Calderón de la Barca dirigió al marqués del Carpio para rebatir la denuncia que había llegado al Consejo respecto de que el lujo de su casa y porte excedía con mucho el que era dable en un ministro del rey que se portase con integridad. En el escrito de defensa de la residencia algunos ejemplos de sobriedad y prudencia en el gasto recuerdan a los de la misiva de don Miguel de quince años atrás, con algunas diferencias que quizá se expliquen porque describen momentos distintos. Así el viejo coche “de vaquetas y encerado” que Calderón decía compartir con doña Ana en 1700, en el escrito de Ledesma se transforma en un forlón “de encerado verde” que usaba él y en un coche “eterno” que servía para ella, aludiendo acaso a una situación posterior que fue real. Otra de las similitudes está en el comedimiento de ella, que se mantiene siempre con un vestuario que a duras penas se renueva. Reproducimos a continuación un fragmento de la defensa de la residencia cuya veracidad es incierta, pero su contenido resulta altamente sugerente:

“Su gasto era tan moderado que su mesa no pasó de decente, ni supo lo que eran banquetes en su casa. Jamás salió de un forlón de encerado verde y la señora doña Ana de un coche de la misma manera que fue eterno por lo poco que servía. Las visitas de las señoras tan pocas, que eran ningunas. Los vestidos para las de Palacio tan de artificio que el más escandaloso fue uno de un género de China, que parecía mucho y no era nada; de suerte que era el imán de la curiosidad de las señoras y la ponderación de su habilidad. Los desperdicios del señor don Miguel tan ninguno que ni por luego ni por otro lado habrá quien diga que perdió un peso. Con que con todas estas circunstancias quién duda no sólo que con la renta tenía para comer y pasar, sino que cuando menos le habían de sobrar 6.000 pesos al año que en 16 años de ministro importan 96.000 pesos, que junto con las alhajas que recibía de los amigos, independientes totalmente de pleito,

sino en correspondencia de sus grandes garbos y demostraciones de cariño que en Pascuas, cuelgas y ocasiones oportunas le hacían, como cuando le vino del señor don Juan de Escalante el hábito que le regaló con una venera riquísima, ejecutando ésta y otras demostraciones en que ninguno quiere quedar corto y todos los hombres de bien procuran adelantarse, y más con quien tanto lo merecía. Que todo esto es público y notorio, a vuestra señoría (por Valenzuela Venegas) le consta y a todo México. Y quién puede dudar que en la larga carrera de 16 años pudo llevar, caso ninguno que los llevara, más de 200.000 pesos muy bien ganados y sin el menor escrúpulo”.³⁷⁰

En primer lugar, parece que hay un desajuste en las cuentas. En 16 años de ejercicio, de haberse dado la improbable circunstancia de que cada año hubiera devengado 8.000 pesos en salarios, gastando sólo 2.000, la distancia que media entre 96.000 y 200.000 pesos resulta difícil de salvar en concepto de regalos. Además de la discordancia matemática, que los ministros recibieran regalos era incompatible con lo que dictaban las leyes de la *Recopilación* y cuando menos debía generar “el menor escrúpulo”. El divorcio entre la práctica y el derecho queda al descubierto una vez más. Hay otro punto que suscita nuestro interés y es que Calderón de la Barca recibiera de Escalante un hábito y una concha o venera, señas de la orden de Santiago y que solían recibir quienes estaban por prestar el juramento correspondiente al ingreso.³⁷¹ Tendría sentido que hubiera sido al revés, por pertenecer don Juan a dicha orden. Y sin embargo, salvo que se trate de un error de transcripción, Ledesma parece establecer que quien recibía en este caso las alhajas y obsequios de gran valor, por sus “grandes garbos y demostraciones de cariño”, no era otro que don Miguel. De modo que nos vemos forzados a devolver la mirada por un instante a 1690, cuando Calderón obtuvo una merced de hábito “de una de las tres órdenes, sin exceptuar la de Santiago” que no llegó, misteriosamente, a formalizarse nunca.

En el escrito de defensa, Ledesma echó en cara a don José Joaquín no haber articulado bien los cargos contra don Miguel ni presentando a examen testigos fidedignos. En cuanto a éstos, para probar los cargos habían recurrido a hablaturías,

³⁷⁰ *Ibidem*, ff. 445-460.

³⁷¹ Sabemos, por ejemplo, que Uribe recibió de “su padrino, cuando le puso el hábito” de Santiago, una venera, que llevaba consigo y tenía por “la mejor alhaja propia, aunque corta”, de cuantas disponía. *Ibidem*, 278C, fol. 200v.

voces públicas o a terceros que estaban muertos, ausentes, o que pudiendo probar cuanto decían, lo habían negado al ser llamados a declarar. Este escrito se le entregó a Uribe el 14 de octubre y se le asignó un plazo de 24 horas para contestarlo, de modo que respondió, quejándose por la escasez de tiempo que le impedía hacer las reflexiones o tocar los puntos más importantes, valiéndose de anotaciones en los márgenes. Para defender el testimonio de Santa Ana en relación a los cajones que aglomeraban el corredor de la casa de Calderón de la Barca en los días anteriores a su partida, introdujo como novedad en su comentario que si el juez de la residencia hiciera memoria, recordaría haber hablado con personas autorizadas acerca de que “en la aduana de Madrid y en otras por donde fue pasando el residenciado con aparato y recámara de príncipe y con equipaje correspondiente al trono (...) llegó a causar no pequeña nota un aparato tan exorbitado para un ministro de Justicia, haciéndolo más sospechosos venir de Indias”.³⁷² Don José Joaquín sitúa en el “fantástico” caudal y equipaje introducido por Calderón en la Corte el “motivo que obligó a S.M. a inquirir como jamás se ha visto en las operaciones de este ministro”. Los procedimientos que se siguieron en la toma de esta residencia fueron sin duda irregulares desde el mismo momento en que por orden expresa del monarca Uribe fue llamado a asistir como capitulante, siendo lo habitual que el papel de fiscal lo interpretase el juez de la residencia. Lo que no decía Uribe en este punto es que Felipe V había actuado prevenido por su carta de agosto de 1706 y desde luego estaba fuera de su alcance presumir que el rey pudiese albergar algún tipo de aprehensión por haber beneficiado un cargo de consejero en un sujeto de dudosa honradez.

4.4. DENUNCIAS INTERPUESTAS Y DICTADO DE LAS SENTENCIAS

Tomando en consideración todo lo anterior, Valenzuela Venegas finalmente dictó sentencia el 15 de octubre por la que absolvió a Miguel Calderón de cuanto se le había imputado, determinando que, antes sí, había quedado probado por la pesquisa secreta que el residenciado había servido en “el empleo de oidor y en las comisiones a él anejas, con toda integridad, desinterés, limpieza y rectitud”, haciéndose acreedor “de dicho empleo y del que hoy obtiene y de otros mayores que la benignidad de S.M. fuere

³⁷² *Ibidem*, 236A, fol. 462.

servido concederle”.³⁷³ En la parte pública de la residencia, a la que todavía no nos hemos referido, fueron dos las denuncias que se le pusieron a Calderón y a punto estuvo de recibir una tercera. Sabemos que hubo una demanda frustrada porque a requerimiento de Uribe se llamó a testificar a Gertrudis del Rivero, viuda de Pedro Pérez de la Barreda, capataz y emblanquecedor de la Casa de la Moneda de México. Ésta había acudido al mercader Diego Delgado, al que conocía desde su niñez, para que le prestase algunos pesos sobre una cantidad considerable de alhajas de plata, oro, perlas y esmeraldas. Delgado, por la amistad que le unía desde España a la familia de Calderón, encontró acogida en su casa cuando se retiró de la actividad mercantil, actuando esporádicamente de factor o mayordomo. Su muerte se produjo en 1704 y aunque tenía un hijo, quedaron Miguel Calderón y su esposa como albaceas, tenedores de bienes y herederos. Doña Gertrudis no fue entonces a recuperar sus alhajas, sino que reaccionó cuando supo que el oidor estaba preparando su partida a España. Envío entonces a desempeñarlas y sólo se le envió con José de Patiño una escribanía, una palangana, un jarro chocolatero y un platillo, todos de plata, y unos zarcillos de oro y perlas. En vista de que la partida era incompleta, se valió de la interposición del duque de Alburquerque para que Calderón le entregase las alhajas que le faltaban, mas éste respondió que estaban encajonadas y de camino a la Veracruz. Así habían quedado las cosas hasta que se publicó el edicto que anunciaba el inicio de la residencia. Quiso poner una demanda valiéndose del abogado Juan de Dios del Corral, que le dijo “que era mejor un mal conchabo que ver buen pleito”, instándola a que procurase llegar a un acuerdo con los apoderados de Calderón de la Barca, que le ofrecieron 800 escudos por las alhajas que le faltaban. El 4 de octubre de 1715, dos días después de su comparecencia ante el juez Valenzuela, percibió de don Alonso de Acinas la cantidad referida ante escribano.³⁷⁴ De modo que doña Gertrudis ya no tenía nada que reclamar ni que pedir en la residencia.

³⁷³ *Ibidem*, fol. 527.

³⁷⁴ *Ibidem*, ff. 435v-440. En efecto, el mercader Diego Delgado era gaditano y por ello podía conocer de antiguo a Miguel Calderón y a su mujer, a quienes dejó como albaceas y herederos en su testamento, otorgado ante el escribano real Agustín de Mora, a 25 de enero de 1701. Su muerte se produjo en 1704 y se le enterró en el convento de Santo Domingo de México. Así aparece recogido en el A. P. de la Catedral de México, Entierros, V, fol. 261 v. En J.I. RUBIO MAÑÉ, “Gente de España en la ciudad de México. Año 1689”, *Boletín del A.G.N.*, México, 1966, 2ª serie, t. VII, núms. 1-2, pág. 62.

Las demandas que sí se tramitaron fueron las que interpusieron Lorenzo Cano Cortés y Pedro García de Rivas, que actuaron, según Ledesma, inducidos por el capitulante, con quien conspiraban. Sea como fuere, el 9 de septiembre, Cano le puso demanda de 30.000 pesos que Calderón debía pagarle y restituirle por haber sido la causa formal de que los perdiese por no haberle administrado la justicia que debiera en la visita y comisión a que fue al Real de Santa Fe de Guanajuato, en la mina de Rayas. Don Lorenzo se lamentaba de que el residenciado lo había destruido y aniquilado quitándole su parte de la mina.³⁷⁵ Para la sustanciación y determinación de la demanda se hicieron traer para la vista todos los cuadernos de autos que paraban en Puebla de los Ángeles en poder de Veitia y Linaje, a quien el rey había encargado la supervisión de la mina por las deudas que sus propietarios tenían con la Hacienda Real.³⁷⁶ Concluidas las diligencias, Valenzuela Venegas falló que Miguel Calderón era inocente y condenó a don Lorenzo a pagar las costas en sentencia pronunciada el 14 noviembre de 1715, que se confirmó en segunda instancia en Madrid el 30 de enero de 1717.³⁷⁷

Por otra parte, el 3 de septiembre de 1715 Pedro García de Rivas le puso demanda a Miguel Calderón de 14.000 pesos, que fueron los que presuntamente perdió por los manejos injustos del ministro en el tiempo en que fue a Guanajuato en condición de juez visitador de la mina de Rayas. En su exposición, Rivas refería que había tenido una tienda en aquel real en compañía de su hermano don José, ya difunto, cuyo caudal en géneros de ropa estaba valorado en 21.109 pesos y 7 reales. Calderón había supuesto que en casa de don José se reunían los parciales y amigos de don Lorenzo en juntas donde “se hablaba mal de las operaciones y de lo ejecutado por dicho señor don Miguel en la comisión que tuvo para visitar la mina”³⁷⁸; y con este pretexto Calderón puso a su hermano en la cárcel, condenándole en más de 1.000 pesos. No quedó en esto el castigo,

³⁷⁵ *Ibidem*, 236A, pieza 4ª. Contiene la demanda de don Lorenzo Cano, sobre la que no nos extenderemos por haberle dedicado harto espacio a este asunto en las páginas previas, especialmente en el apartado en que narramos lo acontecido en la visita de Calderón a la mina de Rayas entre 1703 y 1704.

³⁷⁶ Los cuadernos de autos tocantes a la mina de Rayas –tan voluminosos, por cierto, que no se remitió una compulsa de Puebla a México, sino que se optó por remitir los originales para que, una vez reconocidos, fuesen devueltos– se reunieron para ser enviados al Consejo de Indias y en la actualidad se encuentran en un legajo separado, independiente del que venimos citando para la residencia de Miguel Calderón de la Barca. Cfr. A.G.I., *Escribanía*, 236B.

³⁷⁷ *Ibidem*, 236A, pieza 4ª, fol. 39. Firmaron la sentencia definitiva los señores don Cándido de Molina, don Francisco de Arana, don Sebastián Antonio de Ortega, don Álvaro de Castilla, don Diego de Zúñiga y don Diego de Rojas. Emitieron su voto por escrito don Nicolás Manrique y don José Munibe.

³⁷⁸ *Ibidem*, pieza 3ª, fol. 13.

pues movido de su afán de venganza, Bracamonte le hizo detener en la cárcel con el argumento de que había sido fiador de don Lorenzo Cano y debía responder por sus deudas, para lo que se le embargó la tienda. Perdida su fuente de ingresos, los hermanos García de Rivas se vieron abocados a pedir limosna. Que su situación material era miserable en 1715 lo corrobora el comentario que José de Ledesma le dedica en el escrito de defensa de la residencia: don Pedro era conocido en México como “el Gallo de Morón, cacaraqueando y sin plumas”.³⁷⁹ Según Ledesma la tienda era una tapadera o “cobertera de drogas” –entendiendo por tales ‘deudas’–, que empleaban los hermanos para no pagar, pues cuando a don José había algo que cobrarle en Guanajuato, decía que la tienda era de su hermano Pedro, quien se valía del mismo recurso a la inversa cuando le cobraban en México. Los autos del embargo de la tienda incluyen el inventario y tasación de los bienes de que se componía. Aparecen géneros humildes de la tierra –paños de San Miguel el Grande, bayetas de avería poblana, güipiles de Texcoco– y extranjeros que nos recuerdan la importancia de la actividad comercial en la Nueva España, cuyo mercado se nutría tanto de productos americanos, como de los importados del mundo asiático por la vía Manila-Acapulco, y cuantos entraban con la flota por Veracruz provenientes de España. Y todo ello sin considerar los apreciados géneros de lana y la especiería –pimienta, clavo y canela–, que introducían los navíos ingleses y holandeses de forma ilícita. La tienda de los hermanos García de Rivas en Guanajuato tenía a la venta cacao de Guayaquil y manojos de tabaco, quimonos del Japón, navajas de Francia, y prendas y tejidos originarios de territorios tan distantes y variados como Génova, Calabria, Nápoles, Cambray, Holanda, Flandes, Armenia, China, Filipinas, Francia –que producía sobre todo lencería– y por supuesto, Castilla. Como curiosidad, se registraron mancuernas con piedras de plata de Bolonia, frenos, estribos, sombreros, cascabeles... y un pequeño conjunto de instrumentos: tres clarines, “un bajón, dos tenores, un tiple, un fagotillo y un bajoncillo de tenor”. La suma de todo lo cual produjo 4.741 pesos y 4 reales en la tasación,³⁸⁰ lejos de los 21.000 pesos que había señalado Pedro García de Rivas en su demanda, sobre la que, por cierto, Valenzuela no dictó sentencia, sino que por auto de 12 de noviembre de 1715 remitió los autos para su

³⁷⁹ *Ibidem*, pieza 1ª, f. 445-460.

³⁸⁰ *Ibidem*. El inventario y tasación se ejecutaron en marzo de 1704.

determinación al Consejo. Como sucedió con Cano, por sentencia dictada en Madrid el 30 de enero de 1717, Calderón fue absuelto y el demandante condenado en costas.³⁸¹

5. REMISIÓN DE LOS AUTOS A MADRID Y JUBILACIÓN DE CALDERÓN

Pronunciadas las sentencias, todos los autos originales se debían remitir para su revista al Consejo de Indias, quedando en México una copia de los mismos. Para facilitar la tarea de los consejeros, el juez de la residencia debía elaborar una relación o “memorial ajustado”, que contenía el resumen de todo el proceso de la pesquisa pública, además de la privada.³⁸² Valenzuela Venegas remitió la documentación en dos tandas, la primera en el aviso que zarpó de tierras mexicanas en diciembre de 1715 y la parte restante en la flota de Manuel López Pintado de abril del año siguiente.

En medio de las diligencias, casi todos los agentes implicados –el virrey, Valenzuela, el fiscal, Lorenzo Cano y Uribe– enviaron por su cuenta cartas al rey y al Consejo que se pusieron en Madrid con los papeles tocantes a la residencia, para que se vieran conjuntamente. José Joaquín de Uribe y Valenzuela se presumían odio mutuo y comunicaban el sacrificio y mortificación que les estaba suponiendo el juicio. En una misiva de 20 de septiembre de 1715, Francisco de Valenzuela imploraba que se le disculpase por haberse negado a tomar la residencia en primer lugar y que se tuviese en cuenta el alto coste que evacuar las diligencias estaba teniendo sobre su salud, en particular por el ardimiento y constantes intentos de Uribe por perturbar el progreso de la causa, y se despedía suplicando que no se creyese una palabra de los informes que hicieren Uribe o el virrey duque de Linares –al que acusaba de no haberse portado con la indiferencia debida–. Uribe, por su lado, denunció la actuación interesada de don Francisco como juez de la residencia, recelando incluso de que remitiese íntegros los autos, y señaló la falta de respaldo del virrey que no había querido inmiscuirse en la causa, dejándole a él como único valedor y defensor de los intimidados testigos. Es decir, mientras uno se quejaba de la injerencia excesiva del virrey, el otro lo hacía de su

³⁸¹ *Ibidem*, fol. 97. Firmaron la sentencia definitiva los mismos ministros de Castilla e Indias, en la forma que señalamos para la demanda de Lorenzo Cano.

³⁸² *Ibidem*. En el caso de Calderón, corresponde a la pieza 5ª.

distanciamiento. Linares, por sí mismo, nos da la clave de su comportamiento. En una carta fechada en 12 de septiembre de 1715, descargó su conciencia e informó según creía su deber de los malos procedimientos de los partidarios de don Miguel, que desde que llegó la orden para que se ejecutase la residencia, “a banderas desplegadas sacaron la cara a ostentar”, proclamando que nadie hablaría “por conocer que don Miguel está en el Consejo y sus agentes principales están en esta Audiencia, con la máxima de su idea cotidiana de que los virreyes se van y los oidores se quedan”.³⁸³ Como bien destaca Linares, su tiempo en el ejercicio sería breve y en cambio los jueces continuarían radicados en el mismo distrito hasta que se diera el raro caso de que fuesen trasladados. Si en las residencias de los virreyes, que abandonaban las Indias, los damnificados difícilmente osaban quejarse, era impensable que lo hicieran en la de Calderón en que se daba la circunstancia de que sus amigos estaban y habían de permanecer en el poder en aquella Audiencia. El virrey advertía de que, “aunque yo obre contra lo que me puede suceder mañana”, los juicios de residencia se tornarían inservibles si los parciales lograban “canonizar a don Miguel Calderón” porque “no les atemorizará el freno en que V.M. se fía contendrá nuestras pasiones o desaciertos”. Sobre la persona y fama del residenciado no emitía su parecer porque ni estaba facultado, ni el rey le había llamado a ello, pero creía ineludible confiar al monarca “la avilantez y maldad con que publicaban los parciales de esta protección, que don José de Uribe quedaría perdido con el desaire de no probar nada”. En contra de la versión de Valenzuela, a su entender Uribe se mostraba apático, impasible, porque “le han destemplado con su poca cautela en la parcialidad o contradicción que le han hecho”. Más allá de lo que podían ser solo vagas impresiones, “lo que en esta materia me consta a mí positivo es que la mayor parte de los testigos que han examinado eran confidentes y corresponsales de este ministro”; y con todo, habían acudido a él dos con escrúpulos por haber mentido. También le habían llegado lamentos de los testigos presentados por Uribe, represaliados por haber declarado contra Calderón, como probaba el testimonio de Miguel de Salazar que enviaba adjunto. Estaba lejos de su voluntad dar nombres, inquirir y destapar la verdad, labor que Linares sabía que correspondía únicamente al juez de la residencia. Finalizaba su carta asentando que daba por cumplida su obligación después de haber

³⁸³ A.G.I., *México*, 656. El virrey duque de Alburquerque a Felipe V, México, 12 de septiembre de 1715.

referido el contexto de las averiguaciones y trasladado al rey sus cautelas, de modo que retomaría en adelante la neutralidad y se inhibiría de tomar partido.

Entre junio y octubre de 1716 se recibieron los autos principales de la residencia de Calderón, que empezaron a verse en noviembre. Por una serie de decretos, Felipe V dio instrucciones sobre cómo se debía ver y determinar la residencia, estableciendo que la vista se efectuaría durante la tarde de las jornadas señaladas por ley –martes, jueves y sábados–³⁸⁴ y durante las semanas que fuere preciso, sin la menor intermisión, “de suerte que se concluya la decisión con la mayor brevedad”.³⁸⁵ Generalmente, aunque el número de togados en sala variaba por decisión del presidente del Consejo, solían ser cuatro los letrados que asistían con el fiscal y el presidente.³⁸⁶ Sin embargo, de forma extraordinaria dispuso el monarca que junto a los ministros de Indias concurrieran el marqués de Andía, don Francisco de Arana, don Álvaro de Castilla, Sebastián de Ortega y don Cándido de Molina, consejeros de Castilla.³⁸⁷ A punto de cerrar el año, el 28 de diciembre, para agilizar todavía más las cosas el rey resolvió que la residencia se viera aunque alguno de los ministros faltase por legítima excusa, quedando sólo afectos al juicio y determinación de cada capítulo particular quienes hubieran empezado a verlo.³⁸⁸

Como sucedió con las denuncias de García de Rivas y Lorenzo Cano, por la sentencia pronunciada por el Consejo el 30 de enero de 1717, Calderón de la Barca fue absuelto de los cargos y capítulos puestos por don José Joaquín de Uribe en la pesquisa secreta, condenándosele a éste en la mitad de las costas.³⁸⁹ Las tres sentencias se notificaron en los estrados del Consejo el 1 de febrero, quedando por fin don Miguel

³⁸⁴ R.L.I., lib. II, tít. II, l. X.

³⁸⁵ A.G.I., *Escribanía*, 236A, pieza 5ª. Diego de Morales Velasco dio cuenta a Juan Ortiz de Bracamonte, secretario del Consejo, del contenido de los decretos de 11 y 13 de noviembre de 1716.

³⁸⁶ J.M. MARILUZ URQUIJO, *Ensayo...*, pág. 234.

³⁸⁷ A.G.I., *Escribanía*, 236A, pieza 5ª. Aviso de Diego de Morales a Ortiz de Bracamonte, Madrid, 12 de noviembre de 1716.

³⁸⁸ *Ibidem*. Aviso de 2 de enero de 1717, dirigido por Diego de Morales al secretario del Consejo, participándole el contenido del decreto de 28 de diciembre de 1716.

³⁸⁹ *Ibidem*, pieza 5ª, fol. 3. El procurador Ignacio Peces, nombrado por Calderón de la Barca para su defensa en Madrid, suplicó que para que tener mayor seguridad de que Uribe abonase el importe que le correspondía, se embargase en las Cajas Reales de México una parte del sueldo de la plaza de oidor que gozaba. Pidió también que se le diese real ejecutoria en que se ordenando a los oficiales reales que pagasen a José de Ledesma como apoderado de su parte en aquel reino, lo que resultare que debía percibir.

definitivamente juzgado y libre de todo cargo.³⁹⁰ No obstante, no se le reintegró la fianza que había depositado en la Tesorería de la Guerra en 1709 –no habría de abonársele en vida–, y para cuando se hizo público el fallo, tras una suerte de purga a que se sometió el Consejo entre diciembre de 1716 y enero de 1717, Calderón de la Barca se encontraba fuera de este órgano.³⁹¹ La depuración afectó a cuatro consejeros de capa y espada, y a cuatro de toga entre los que se contaba Calderón. Todos ellos fueron obligados a jubilarse, retirándose solamente con tratamiento entero a causa de la edad don Manuel de la Cruz Aedo.

Las reformas no se dieron de forma aislada en el Consejo de Indias, sino que afectaron a todos los órganos de gobierno y Tribunales peninsulares y americanos, en lo que representó para algunos un eficaz golpe de efecto del monarca para recobrar el control sobre los mismos después del prolongado período de enajenación de cargos en sujetos no aptos para el ejercicio. Más en particular se ha puesto énfasis en que los destituidos fueron criollos, a los que se persiguió “como si fueran prevaricadores”.³⁹² La realidad, siempre compleja, nos obliga a tomar en consideración otros factores que influyeron en que se practicasen en este momento las reformas. Además de que la nueva coyuntura de paz permitía a Felipe V afianzarse en el poder y daba un respiro a la Hacienda, su unión con la italiana Isabel Farnesio en 1714 alentó una reacción en la Corte contra la hasta entonces preponderante influencia francesa, cuyo alcance pudo afectar a la regeneración de los órganos de gobierno:

³⁹⁰ Miguel Calderón debió de encargar entonces a Juan de Laisequilla Palacio el *Manifiesto jurídico por el señor don Miguel Calderón de la Barca, del Consejo de su Majestad en el Real de Indias. En defensa de los capítulos puestos y seguidos por Don Juan de Urive, Cavallero del Orden de Santiago, Oidor de la Real Audiencia de México, y cargo que de ellos, y del juicio de residencia se le hizo por el Licenciado Don Francisco de Valençuela Benegas, Cavallero de dicho Orden, Oidor más antiguo de dicha Audiencia, À quien se cometiò de orden de su Magestad. Sobre Que confirmándose la sentencia en esta causa dada por dicho Juez en 15 de Octubre del año pasado de 1715 en quanto absolbió al señor don Miguel del cargo único que le hizo, y declaró aver cumplido con toda integridad, desinterés, limpieza, y rectitud de Justicia, en el empleo de Oidor de aquella Audiencia de México, y demás comisiones a él anexas, pretende se le dé satisfacción condigna, y correspondiente a la calumnia, y temeridad con que se le acusó por dicho Capitulante, mandando se le vuelva y restituya el caudal que por vía de fiança tiene depositado.* Hemos respetado la redacción original que recoge en su catálogo de obras de literatura jurídica indiana M. LUQUE TALAVÁN, *Un universo de opiniones: la literatura jurídica indiana*, CSIC, Madrid, 2003, pág. 451.

³⁹¹ G. BERNARD, *op. cit.*, pp. 13-15.

³⁹² *Ibidem*, pág. 14. Bernard se pregunta si los consejeros cesados no serían criollos y, citando a Torcy, indica que las iniciativas para reformar las Audiencias indianas cobraron tintes de persecución racial. Esta política basada en la desconfianza tendría consecuencias nefastas para la monarquía que se harían notar un siglo después, pues habría sembrado el desafecto de los americanos hacia España.

“El empeño moralizador que se manifestó en las nuevas Secretarías y en el Consejo de Indias en 1715 y 1716 tal vez surgió del deseo de poner en situación difícil a los funcionarios anteriores y a los adversarios políticos, así como de un interés sincero en el bienestar de los reinos hispánicos”.³⁹³

³⁹³ D.S. CHANDLER y M.A. BURKHOLDER, *De la impotencia...*, pp. 59.

CAPÍTULO 5. VISITA GENERAL A LA AUDIENCIA NOVOHISPANA

1. IMPULSO REFORMISTA DE LAS AUDIENCIAS INDIANAS

Focalizamos ahora nuestra atención en América, donde en 1716 se desplegaron medidas para recuperar el control sobre las Reales Audiencias y penalizar a los elementos corruptos. En el caso de la Nueva España, uno de los Tribunales con mayor número de funcionarios que habían accedido al cargo por compra, el resultado fue la destitución de once de los dieciocho ministros que hasta entonces habían compuesto las Salas de lo Civil y del Crimen. Perdieron la toga los oidores Valenzuela Venegas y Díaz de Bracamonte, mientras que Uribe fue uno de los seis ministros –tres oidores y tres alcaldes de corte– que permanecieron en ejercicio.³⁹⁴ Para Chandler y Burkholder, no fue casual que en la inspección que se llevó a cabo en la Nueva España y demás Cortes indianas, la mayoría de los cesados hubieran pagado para entrar en sus empleos o fueran nativos; y, “aunque no existe ninguna declaración explícita de que la Corona se haya deshecho de aquellas personas” por estos motivos, es posible concluir que lo que se impuso fue una nueva visión de Estado. La finalidad de la visita general a la Audiencia de México habría sido la expulsión de los criollos en plantilla, el grueso de los cuales había entrado en el empleo por la puerta del beneficio, y la confirmación por esta vía de la teoría según la que los americanos se corrompían con facilidad y debían quedar fuera de las instituciones.³⁹⁵

³⁹⁴ En atención a los cargos que se les hicieron en la visita, Garzarón proveyó auto, suspendiendo de sus plazas, desterrando a veinte leguas de la ciudad de México y condenando en las costas a los ministros de Francisco de Valenzuela Benegas, Juan Díaz de Bracamonte, Antonio Terreros, Félix Suárez de Figueroa y al fiscal don Francisco Oyanguren que acababa de tomar posesión de la fiscalía civil. De la sala del Crimen los cesados fueron los alcaldes Juan de la Peña, Agustín de Robles, Diego Fernández de Castañeda y Pedro Sánchez de Alcaraz. Quedaron únicamente en cada sala tres ministros que eran, en la de lo Civil, Uribe, el marqués de Villahermosa de Alfaro y Juan de Oliván; y en la del Crimen Nicolás Chirino, Juan de la Veguellina y Francisco de Barbadillo. Visto en el Consejo a 2 de septiembre de 1721, se confirmó la privación de oficio y que no pudieran tenerlo en ningún tiempo de provisión de Justicia. A Soria, Uribe y Oliván se les absolvió con la condición de que debían pagar la prorrata de costas de visita y con la advertencia de que debían abstenerse en adelante de tener inclusión con parientes y otros particulares que pudieran alejarles de la imparcialidad debida en un ministro. A.G.I., *México*, 670A. Determinación del Consejo tomada en Madrid, 2 de septiembre de 1721.

³⁹⁵ A. GARCÍA GARCÍA, “Corrupción y venalidad en la magistratura mexicana durante el siglo XVIII”, *Illes Imperis*, 2014, n.16, pp. 13-38. La tesis esgrimida por este autor es que “en el caso de los oficios de justicia de la Real Audiencia de México esta asociación entre compra-venta de cargos públicos y el abuso del oficio para rentabilizarlo fue una ficción teórica diseñada por la literatura jurídica castellana y americana, a la que se acogió el Real y Supremo Consejo de las Indias para alcanzar sus aspiraciones políticas” (*Ibidem*, pág. 14). La intención de los consejeros sería resucitar la Cámara de Indias y recuperar la facultad de presentar la terna de candidatos al monarca para los nombramientos.

2. APROXIMACIÓN A LAS VISITAS COMO INSTITUCIÓN

Tenían en común con los juicios de residencia –a los que latamente nos hemos referido– su carácter inquisitivo y sancionador de la conducta, y en gran medida coinciden en el procedimiento. Como notas distintivas podemos destacar que mientras la residencia es particular y está referida a un ejercicio ya cerrado, las visitas son colectivas, los funcionarios visitados se mantienen en su puesto mientras se hace la averiguación, y ésta no se circunscribe a un tiempo pasado, sino también presente. El juez visitador goza de mayor libertad de actuación que el juez de residencia, pero si hay algo que distingue de verdad las visitas es su eficacia, que radica en el secreto que protege a los testigos, cuyos nombres y deposiciones no se dan a conocer bajo ninguna circunstancia a los visitados, y en la “cédula de amparo” para los demandantes o querellantes.³⁹⁶ Pilar Arregui ha estudiado las seis visitas que se efectuaron a la Audiencia de México entre los siglos XVI y XVII, la última de las cuales precede a la de Garzarón que nos ocupará, y de su análisis concluye que resultaban de gran utilidad. Por una parte, la figura del visitador infundía respeto, corregía y prevenía conductas desviadas, y por otra:

“los visitadores, en su amplia correspondencia con la Corona, van dando una valiosa información de primera mano, información bastante objetiva que da al monarca una visión independiente de los intereses creados y que permite saber lo que sucedía realmente en aquellos territorios”.³⁹⁷

Los contemporáneos tuvieron también una idea altamente positiva de las visitas, pues como refiere Mariluz Urquijo a partir de la *Política Indiana* de Solórzano, “(su juicio) se tiene y se reputa por más grave y estrecho que el juicio de residencia” debido a que “es del todo cerrado y secreto y por la sola información sumaria, sin citar para ella ni dar copia a los testigos ni de sus deposiciones, se da por concluso”.³⁹⁸

³⁹⁶ P. ARREGUI ZAMORANO, *La Audiencia de México según los visitadores. Siglos XVI y XVII*, UNAM, México, 1981, pág. 58.

³⁹⁷ *Ibidem*, pág. 271.

³⁹⁸ J.M. MARILUZ URQUIJO, *Ensayo...*, pág. 256. El autor bebe directamente de la *Política Indiana* de Juan de Solórzano, en particular del capítulo X del libro V que trata de las residencias y visitas de virreyes, presidentes, oidores y demás ministros en territorio americano.

Pese a todo, tenía sus inconvenientes que atañían principalmente a los procedimientos y resultados. Los gastos económicos inherentes a una visita eran considerables, amén de la turbación política que podía generar. Por su amplitud y exhaustividad podía durar años; para hacernos una idea, se sometía a interrogatorio a varios centenares de testigos.³⁹⁹ En contrapartida ofrecía un retrato fiel del organismo sometido a examen y de la sociedad en que se inscribía. Será precisamente a través de una visita a la Audiencia de México, celebrada entre 1716 y 1727, como lleguemos a conocer a fondo a Miguel Calderón de la Barca y apreciemos la ficción que se impuso con el fallo del juicio de residencia. Si como historiadores nos detuviéramos y contentáramos con el resultado de la residencia, nuestra visión del personaje quedaría incompleta, empobrecida. Resulta de obligación, por tanto, atender a la verdad que fructificó de la pesquisa sobre Calderón, aunque lo hagamos esquemáticamente, para dotar a este trabajo de auténtica perspectiva.

3. VISITA GENERAL DE FRANCISCO DE GARZARÓN

La visita general de la Corte mexicana se le encomendó al inquisidor Francisco de Garzarón por despacho expedido por la vía reservada al virrey marqués de Valero, sucesor del duque de Linares, con fecha de 21 de diciembre de 1715.⁴⁰⁰ Por el mismo documento se le ordenaba a Garzarón la toma de la residencia de Miguel Calderón; una medida que deja traslucir preocupación por que Valenzuela se hubiese excusado una vez más y hubieran irrumpido nuevos obstáculos en una residencia que no terminaba nunca de arrancar. Entendemos que el nombramiento de Garzarón como juez de la residencia de don Miguel era una forma de anticiparse a los acontecimientos, ya que la noticia de

³⁹⁹ Sánchez Bella, tras comparar la opinión de distintos historiadores y juristas acerca de las visitas, resume así las principales censuras: “la perturbación de la paz, excesivo costo, larga duración, y escasez de frutos”, a lo que había que añadir “los defectos de los visitantes”. No obstante, es concluyente: “puede afirmarse que, aun teniendo en cuenta las críticas señaladas sobre las Visitas, esta institución, complemento del juicio de residencia (...), tuvo en las Indias mayor eficacia de lo que se ha venido pensando antes de que se abordara un estudio directo del tema”. I. SÁNCHEZ BELLA, “Importancia de la Visita en Indias”, *Anuario del Derecho Español*, Instituto Nacional de Estudios Jurídicos, Madrid, 1980, vol. 50, pp. 383-411. Las citas corresponden, respectivamente, a las pp. 388 y 411.

⁴⁰⁰ A.G.I., *México*, 670A. Memorial ajustado de la visita de Garzarón. Hallamos esta noticia en un pliego no fechado, con el encabezamiento: “Extracto del origen y estado en que actualmente se halla la visita general de los Tribunales del reino de Nueva España, cometida por S.M. a don Francisco de Garzarón, inquisidor del Tribunal de México”.

que se había concluido esta dependencia no había alcanzado todavía Madrid. En todo caso, la designación de Garzarón, un sujeto de estima y prestigio a ojos del soberano como para encomendarle una visita general no practicada en la Audiencia mexicana en más de seis décadas, revela la gravedad que para Felipe V revestía el éxito de la residencia de Calderón, como ya había quedado patente con la designación, en diciembre de 1708, de su hombre de confianza en tierras mexicanas, Veitia y Linaje.

Al inquisidor Garzarón se le reconocería la potestad para actuar con total independencia de la jurisdicción y autoridad del virrey, a quien no se informaría bajo ningún pretexto de los nombres o deposiciones de los testigos. A estos se les hizo saber antes de ser sometidos al interrogatorio de la pesquisa secreta, que no era su obligación probar o justificar los hechos que testificasen. Únicamente quedaban comprometidos por su juramento a decir la verdad de lo que supiesen o hubiesen entendido acerca del contenido de las 300 preguntas del interrogatorio. La lista de funcionarios sometidos a inspección la encabezaban tres virreyes en orden de antigüedad: Alburquerque, Linares y el marqués de Valero, entonces en ejercicio. El descenso en la lista de los visitados seguía un orden jerárquico, de modo que tras los virreyes figuraba la nómina completa de oidores que lideraba Miguel Calderón.

Al juez visitador no le correspondía pronunciar la sentencia, sino informar al rey y al Consejo de los cargos que habían resultado de la averiguación y pesquisa secreta contra cada uno de los individuos en ella comprendidos. Sólo la gravedad de las imputaciones que hubiesen sido probadas justificaba la suspensión y alejamiento de los ministros, como sucedió en el caso que nos concierne. Por lo demás, los cargos, descargos o defensas y todos los cuadernos del expediente de la visita debían remitirse al Consejo para su vista y determinación.

Antes de enunciar los cargos resultantes contra Calderón, debemos establecer una sencilla clasificación entre los que se formaban a título particular y los que se formulaban, con carácter general, al conjunto de funcionarios de una misma categoría.⁴⁰¹ Fueron cuatro las culpas de este tenor que se atribuyeron a los togados en

⁴⁰¹ *Ibidem*, 670B. La fama de los ministros se resume en los ff. 5-12v.

la visita de Garzarón, comenzando porque recibían sin reparo cuanto se les enviaba por litigantes o no litigantes; que lo habitual era que las partes interesadas en un pleito insinuasen a los jueces que serían agradecidos si se decantaban a su favor; que con el solo salario que percibían no podían mantener el porte que traían y costear sus gastos; y, finalmente, que la Audiencia había estado dividida en parcialidades o bandos enfrentados. Se especificaba, a pesar de todo, que “esta difamación no es igual en todos los togados”, como se haría constar adecuadamente en cada caso.⁴⁰²

3.1. CARGOS Y ACUSACIONES CONTRA CALDERÓN

El aluvión de cargos sobre Calderón de la Barca se inició con los particulares que se acreditaron con pruebas –aparte se pusieron los que no se pudieron demostrar–, referidos prácticamente en su totalidad a la pregunta 95 del interrogatorio, que inquiría sobre:

“si dichos señores togados, sus mujeres, hijos, criados o familiares, por sí o por interpuesta persona, por vía directa o indirecta, hayan recibido por hacer o dejar de hacer justicia cosa alguna, aunque sea de comer, de Universidad o de algún particular o persona que haya traído o traiga pleito entre ellos durante sus oficios o que verosíblemente se espere que le ha de traer”.⁴⁰³

La mayoría de los testigos que admitieron haber obsequiado a don Miguel con ocasión de un pleito, alegaron haberlo hecho espontáneamente, sin que por sí o por el ministro mediara insinuación en ningún momento. Esta circunstancia se dio en Juan Antonio de Hano –otras veces ‘Ano’ o ‘Año’–, que en 1697, dos meses después de que hubiese concluido a su favor un juicio por una hacienda, presentó a Calderón con 200 pesos en doblones que le dejó sobre la mesa de su estudio, “dándole las gracias por haberle favorecido, como es habitual en este país dar las gracias el que saca su pleito”.⁴⁰⁴ 400 pesos de la misma moneda fue lo que el apoderado y agente de la vecindad de Toluca, Gaspar de Villalpando, pendiente la vista de un pleito entre la vecindad y Matías de Eguilus en 1701, hizo llegar a Calderón a través de Patiño,

⁴⁰² *Ibidem*.

⁴⁰³ A.G.I., *Escribanía*, 278C, cuaderno n. 2, ff. 6-54.

⁴⁰⁴ *Ibidem*, 279B, cuaderno n. 7, fol. 151. Testimonio de Juan Antonio de Hano, testigo 66.

“íntimo” y “corredor de los negociados que se hacían con dicho señor y su mujer sobre pleitos y dependencias en la Audiencia”.⁴⁰⁵ El mismo año, pronunciada una sentencia a favor del licenciado Aranda Gómez, presbítero, contra los vecinos de Tecamachalco, la parte de Aranda le gratificó con 500 pesos –según otro testigo, en realidad fueron 2.000 pesos y para hacérselos llegar se usó como intermediario al mercader retirado y convertido en criado de Calderón, Diego Delgado, que vivía en los entresuelos de su casa–⁴⁰⁶, y en 1702 recibió de Diego de Aberasturi una fuente de plata de ocho marcos que le envió con dulces después de haber ganado un pleito sobre el ingenio de Cocoyoque.

A partir de 1703 se dispara el número de dones y presentes de que se hizo ilícito acreedor Calderón de la Barca. Mateo de Morales Chofre⁴⁰⁷ admitió que, resuelto un litigio sobre una herencia, su mujer había recompensado a Calderón con 2.000 pesos a través del abogado Villarreal. En una circunstancia similar, Diego de Zaldívar le regaló un bufete de plata que valdría 2.000 pesos para ganarse su voto, como interesado que era en el pleito sobre los bienes y herencia de doña María de Paz, sin que las demás partes se mantuvieran en los límites de lo legal, pues trataron de cohechar a Calderón con un taller de tres altos o andanas, valorado en 1.000 pesos, y con 200 doblones. También en 1703, recibió 1.000 pesos por medio de Patiño de las Casas que le envió Antonio Tamarit por haber dictado sentencia a su favor. Tamarit no quiso perder la buena correspondencia entablada entonces, de modo que cada Pascua de Navidad mandaba a casa del ministro varias cargas de harina, cajoncillos de almidón y cuatro o seis pares de tirantes para sus coches. Igualmente por Pascuas y por cueiga del día de San Miguel, Gaspar Antonio de Rivadeneira se aseguró de que le llegasen a casa varias arrobas de azúcar, cargas de cebada y avena, en distintos años, y sin que sepamos el negocio que motivó tan generosa iniciativa.

En 1704, un minero de Pachuca le remitió por su abogado, Joaquín de Zabaleta, un barretón o plancha quintada de 200 pesos y Francisco de Traslosheros le hizo llegar por José de Ledesma “un ahogador de perlas netas”, compuesto de seis hilos y 360

⁴⁰⁵ *Ibidem*, ff. 309v -310v. Testimonio de Gaspar de Villalpando Centeno, testigo 75.

⁴⁰⁶ *Ibidem*, 278C, cuaderno n. 5, ff. 449v - 453. Testimonio de Pedro Mendoza Escalante, testigo 41.

⁴⁰⁷ El mismo que en 1710 presentó memorial para hacerse con la vara de alguacil de la ciudad de México, asunto en el que Grimaldo buscó el asesoramiento de Calderón.

granos, con un candado de oro y rubíes.⁴⁰⁸ Don Francisco quiso regalar al ministro sabiéndole inclinado hacia su contrario, Pedro Marroquín, de manera que buscó ayuda en su procurador, que era Ledesma, para congraciarse con Calderón. Lo interesante de este caso es que fue él, Miguel Calderón, quien tomó delantera e hizo la propuesta, enviándole por escrito en una “hojuela” lo que le interesaba de los bienes en disputa: el ahogador que por inventario se había tasado en 1.200 pesos y que, como referimos, terminó quedando en su poder. El platero Alonso de Avilés, que frecuenta las páginas de nuestro trabajo y que había negado haber “avaluado” joya o alhaja alguna de Calderón en su residencia, ante Garzarón reconoció que, habiendo vencido el pleito sobre la casa en que entonces vivía en compañía del conde del Fresno, agasajó a la oidora con “dos candilitos de filigrana de plata por juguete para su escaparate, que valdrían de 25 a 30 pesos”.⁴⁰⁹

Junto a los procuradores Ledesma y Patiño, sobresale el capitán Acinas como intermediario entre Calderón, su esposa y los litigantes. En 1704 actuó como mediador de la parte de José de Pliego, que le entregó 100 pesos para tenerle de su lado en un pleito sobre paga de apenas 800 pesos. Más adelante, en 1707, la parte de María Gelaria Altamirano contactó a Acinas para que llevase 2.000 pesos a don Miguel, que al principio no los quiso recibir. Sólo los admitió cuando hubo concluido el negocio que llevó a María Gelaria ante la Audiencia, hallándose Calderón a punto de partir a España con su familia.

Juan Luis de Baeza, al que ya citamos, debió de sentirse libre ante Garzarón de declarar lo que había silenciado en el juicio de residencia en que fue llamado a deponer a instancias de Valenzuela. Es ahora cuando admite que la noche de su elección como alcalde ordinario, habiendo procedido por la mañana Calderón como superintendente de la Ciudad, quiso obsequiarle con una fuente de diez marcos de plata. No había sido esto lo único que había callado, pues declaró a su vez en la visita que, en tiempo de represalia contra portugueses, el luso Lorenzo de Medina se sirvió de él para que le hablara a Calderón y que éste a su vez intercediera por su soltura y desembargo ante el virrey, a cambio de lo que Medina le regaló dos tejos de 300 ó 400 pesos. Como

⁴⁰⁸ *Ibidem*, 279B, cuaderno n. 8, fol. 598 v. Antonio de Caona, sobre citas.

⁴⁰⁹ *Ibidem*, 279C, f. 1v-2v. Testimonio de don Alonso de Fuenlabrada y Avilés, testigo 150.

justificación para no haber incluido estas especies al testificar en el juicio de residencia, Baeza dijo que no se le había preguntado con la misma “expresión y menudencia”. O al menos, él no lo había entendido así.⁴¹⁰

Tras la presentación de los cargos y pruebas contra Calderón –fueron 19, entre los que se encuentran los ya descritos–, se abordó su fama particular, verificándose por los testigos que don Miguel se había hecho merecedor de las ‘infamias’ que se concretaron en los cuatro capítulos formulados para el común de los oidores. Las averiguaciones no sólo no exceptuaban a Calderón de la Barca, sino que le incluían especialmente en todos ellos. Primeramente, se le acusaba de recibir cohechos y sobornos a cambio de su patrocinio en los juicios. Según quedó atestiguado, no era preciso dirigirse a él, sino que los empeños se hacían directamente con Ana de Pividal. Los pleiteantes se valían además de los interlocutores que hemos señalado –Ledesma, Patiño y Acinas–, y asomaron dos nombres nuevos: el del procurador Francisco de Somoza y el del abogado Juan de Dios del Corral, el mismo que designó Valenzuela como testigo en el interrogatorio de oficio de la residencia de Calderón y que aconsejó a Gertrudis del Rivero que no pusiese demanda por las joyas que éste le había dejado de entregar. Con todos ellos tuvo, por lo demás, estrecha correspondencia el matrimonio Calderón-Pividal.

Para manipular el resultado de los pleitos a su conveniencia, Miguel Calderón precisaba el voto de otros jueces. La pregunta 102 del interrogatorio de la visita buscaba averiguar si los togados habían tenido bandos o parcialidades. Pues bien, las informaciones suministradas por los testigos fueron contundentes al respecto: antes de Calderón no hubo parcialidades en la Audiencia pues todos seguían el dictamen del oidor Juan de Escalante. Hasta que don Miguel, “no pudiendo aguantar el yugo, le sacudió y cogió los señores que le parecieron mejores para seguir su doctrina”.⁴¹¹ El bando formado y encabezado por Calderón contrapesaba al de Escalante, y su parcialidad llegó a ser tan fuerte que las gentes le llamaban “el monarca”.⁴¹²

⁴¹⁰ *Ibidem*, 278B, cuaderno n. 5, fol. 774v. Juan Luis de Baeza, testigo 47.

⁴¹¹ *Ibidem*, 279B, cuaderno n. 8, fol. 802 recto y v. Manuel Jerónimo de Tovar, testigo 140.

⁴¹² *Ibidem*, fol. 69. Martín Luzón de Andrade, testigo 94.

Calderón y doña Ana aceptaban sin reserva cuanto se les enviaba, sin importar la procedencia del regalo, haciendo pública gala de ello. Se atribuía a Miguel Calderón haber “quitado el velo de la vergüenza que antes se tenía en esto de recibir” y “al ejemplo de dicho señor se ha conservado el abuso”.⁴¹³ Tanto recibían que la oidora blasonaba cada Pascua y “decía estar enfadada de la muchedumbre de regalos que se les enviaban, pues no había despensa donde meterlos por estar llena; y esto se probó ser cierto porque de la casa de dicho señor se vendía el cacao, azúcar y otras cosas y tenía un puesto en la plaza donde se vendía la paja y cebada con que le regalaban”.⁴¹⁴ Por otra parte, si la fama general de los ministros era que su porte y gasto excedían lo que daban de sí el salario y rentas, en el caso de Calderón había que buscar su origen, más allá de los regalos, en los tratos y negocios. Don Miguel y doña Ana empleaban sus caudales valiéndose de comerciantes de los que eran además buenos amigos. Como por ejemplo, el mentado marqués de Santa Fe, don Lucas de Careaga, en cuyo libro de caja se descubrió una cuenta a favor de Calderón de 31.000 pesos, en los que iba incluida una partida de géneros de China que Jerónimo de Monterde le entregó diciéndole que pertenecían a este ministro. Careaga y Luis de Monterde manifestaron no recordar las dependencias que habían causado las partidas referidas. Al margen de estos, se le relacionó con prominentes comerciantes como Julián Osorio, Juan de Baroco y el castellano de San Juan de Ulúa, Juan de Velasco.

Además de cuanto llevamos referido, hubo otras “especies sueltas que no tuvieron prueba suficiente para cargo”.⁴¹⁵ En efecto, el material acusatorio recabado era exiguo para justificar un cargo, pero aun así se puso por escrito, conformando una lista en que se sucedían las imputaciones de cohecho, recepción indisimulada de regalos, toma de préstamos de mercaderes, el avío de la mina de Rayas... Abusos todos de orden económico. También se atribuyó a doña Ana la administración de una pulquería, que supuestamente tenía por concesión del asentista del pulque en la calzada de la Piedad.⁴¹⁶ Hemos pasado de puntillas por los contenidos y circunstancias de que se nutre la visita

⁴¹³ *Ibidem*, cuaderno n. 7, fol. 653. Alejandro de Novoa, testigo 90.

⁴¹⁴ *Ibidem*, ff. 627v-628. José de Padilla, marqués de Guardiola, testigo 91.

⁴¹⁵ *Ibidem*, 670B, ff. 13-28.

⁴¹⁶ Siendo alcalde ordinario de la ciudad, Andrés de Berrio, visitó la pulquería de doña Ana, donde tenía colocado un mestizo, y cuando “quiso corregir algunos excesos y castigar al pulquero (...) le llamó la dicha señora y le dijo que aquella pulquería era suya y que el que estaba en ella era su criado”. *Ibidem*, 279B, ff. 202-203. Berrio fue el testigo 69.

general. Antes de cerrar este apartado, no obstante, debemos introducir algunas reflexiones. Si tenemos en cuenta que Calderón de la Barca y Ana de Pividal habían abandonado la Nueva España en 1708 y los cargos de la visita se formularon en 1719, nos sorprenderá que el tiempo no hubiese sofocado el recuerdo de los excesos y corruptelas de don Miguel. Apenas tuvo valedores entre los cerca de 200 testigos que fueron llamados a deponer por Garzarón y, en cambio, fueron muchos los que tuvieron algo que deponer en su contra. La estela y legado que dejó Calderón en México a su partida fue su mal ejemplo y pésima fama, que en el imaginario de algunos le convirtió en el modelo de oidor que persigue y alcanza fortuna abusando del poder que le confiere la plaza, sorteando las restricciones que a los ministros imponía la ley. Restricciones excesivas, sin duda, pero que permanecían vigentes al fin y al cabo. Así lo sintetiza un testigo al ser interrogado sobre si tenía constancia de que los señores togados hicieran inventario al tiempo de entrar en sus oficios, y si luego sus bienes disminuían o iban en aumento:

“Jamás ha oído mentar tal inventario y sólo sí muestra la experiencia que vienen de España o antes estaban los patricios de acá pereciendo, y después se ve que tienen alhajas, muebles y mucho gasto, aparato y sobrada grandeza (...) El ejemplar se vio en el señor Calderón, que vino bien pobre y estando 17 años, poco más o menos, en dicha plaza, se dijo llevó a España más de 300.000 pesos, sin el excesivo gasto que acá mantuvo”.⁴¹⁷

Una y otra vez hemos asistido al eclipse de la ley, sobre la que se impone la realidad más mundana. Lo que se infiere es que el ideal de honradez e integridad de los funcionarios reales se enturbia y vela con la legión de corruptelas que, por su reiterada manifestación, parecen hallarse firmemente ancladas en la administración novohispana. No puede tomarse cabalmente a Miguel Calderón por inventor de las transgresiones de que se le acusa en la residencia y en la visita general. Y sin embargo, parece exacto atribuirle la culpa de no haber procurado su remedio y de sentar un triste precedente al incurrir impudicamente en unas faltas que no sólo tachaban a su persona, sino que desprestigiaban al órgano judicial en su conjunto, vulneraban y ponían en cuestión la objetividad de la Justicia.

⁴¹⁷ *Ibidem*, 278A, cuaderno n. 6, ff. 135v-136. Gregorio de Prado y Zúñiga, testigo 53.

De las declaraciones de los testigos y probanzas de la visita se desprende que el proceder de la gran mayoría de los oidores, fiscales y alcaldes discrepaba de la normativa de manera muy similar a como antes lo había hecho el de Calderón. Las noticias son tan enjundiosas para el conocimiento de la mentalidad social y vida cotidiana en la Nueva España, como abundantes en su extensión. Nos vemos privados de reproducirlas en el presente trabajo, pero cabe hacer un alto para examinar ciertos datos que se descubren vinculados a Juan Díaz de Bracamonte, no por la estrecha amistad y correspondencia que este sujeto mantuvo con Miguel Calderón, sino porque de los 22 cargos particulares que se le formaron podemos extraer apuntes significativos en el plano artístico.⁴¹⁸ Dejando aparte las sumas de dinero con que presuntamente cobraba de litigantes e interesados en pleitos, las dádivas con que se le cohechó evidencian un gusto exquisito. Se le acusó de haber recibido un juego de libros “intitulado *Átlas de todo el mundo*, en ocho tomos grandes estampados y con cuaternación dorada que valdrían 200 pesos” para incorporar a su cuantiosa biblioteca; blandones de cristal, fuentes, salvas, vasos y otros artículos de plata para su ajuar doméstico; lingotes y cajetas de oro, un pectoral de esmeraldas... No resulta de extrañar que el adorno de su casa, inundada de alhajas “que aun en el palacio del señor virrey parecieran excesivas”. Mas lo que de verdad nos interesa y resulta obligado reseñar es que durante la intervención y embargo de los bienes del marqués de Santa Fe, don Lucas de Careaga, a que procedió por subcomisión del virrey Alburquerque entre 1708 y 1709,⁴¹⁹ aceptó del marqués un *San Francisco* de cuerpo entero y un *San Pedro* de medio cuerpo, “pinturas estimadas de Morillo”, con dos pares de espejos de a vara, con moldura y marco dorado, montando todo a 300 a 400 pesos. En su escrito de defensa, Bracamonte justificó estos dones refiriendo la circunstancia en que se descubrieron las pinturas, carentes de marco y de cañas: eran “dos lienzos viejos que estaban enrollados

⁴¹⁸ A.G.I., *Escribanía*, 280A, fol. 533 recto y v. Bracamonte presentó su escrito de defensa ante Garzarón el 6 de junio de 1719. Los pasajes entrecomillados en este párrafo provienen del mismo documento, que abarca los ff. 511v-549v.

⁴¹⁹ De Felipe V partió la orden de proceder al embargo de los bienes para satisfacer las deudas contraídas por Careaga con el comercio sevillano y con la Hacienda regia. El virrey, al delegar en Bracamonte, le debió de dar órdenes muy precisas para que antes de emprender las diligencias se asegurase de que el marqués de Santa Fe hiciese una última cesión de crédito para devolverle íntegramente al duque de Alburquerque y a su secretario Estacasolo el capital que estos le habían confiado para sus negocios. En la visita general Domingo de la Canal, hombre de comercio y prior del Consulado, afirmó que también se ocupó Bracamonte de garantizar que diversos diputados de la flota y Miguel Calderón de la Barca cobrasen de Careaga las partidas que éste manejaba por su mano. *Ibidem*, 278A, fol. 314. Domingo de la Canal, testigo 55.

y en un rincón, y estándose haciendo los inventarios en virtud de los embargos mandados por S.M., pregunté qué lienzos eran aquéllos, y con esta ocasión se desenvolvieron”. Lo mismo sucedió con los vidrios o espejos franceses que se hallaron en un cajón, ante los que Bracamonte expresó su admiración, lo que motivó la respuesta de Careaga, que le envió el lote a su casa como regalo. La reacción de don Juan resulta algo desconcertante por la consideración que demuestra hacia quien le regalaba: “para que no le pareciese grosería” su devolución, regresó al día siguiente e hizo que “por el administrador se manifestasen como bienes de Careaga los dichos lienzos (...) y que se inventariasen, como se hizo”. Para probar la veracidad de su testimonio, Bracamonte presentó ante Garzarón el testimonio de los autos donde se hallaba el inventario referido,⁴²⁰ a través del que conocemos la altura y el valor que se les asignó a las obras de ‘Morillo’, al que una vez más hemos de reconocer como Murillo.⁴²¹ El *San Francisco*, de dos varas y media de alto, se tasó en 40 pesos, y el *San Pedro*, de dos varas, en 30 pesos. Debemos notar que, aunque fueran telas “muy estimadas”, no les atribuyó el mismo valor que a los espejos, ya que cada vidrio se apreció en 70 pesos. El propio Bracamonte, en su defensa, remarcó que Careaga en el curso de sus diligencias quiso regalarle con unas fuentes de plata con dulces, que le rechazó, a pesar de ser “más estimables” que las pinturas. Que eran “menos ruidosas”, como alegó por otra parte, parece claro, mas desde la sensibilidad contemporánea resulta llamativo que tuviese las fuentes como “cosa más preciosa” que los lienzos, lo que nos sirve de contrapunto para comprender que a las alhajas, en función del peso y del material en que estaban labradas, dejando a un lado su calidad artística, se les otorgaba una importancia superior

⁴²⁰ *Ibidem*, fol. 553. El encargado de la tasación, efectuada en ciudad de México el 26 de septiembre de 1709, fue el venerable don Nicolás Rodríguez Juárez, maestro de pintor. En R. DOMÍNGUEZ CASAS, “Una Virgen de Guadalupe de Nicolás Rodríguez Juárez”, *Boletín del seminario de Estudios de Arte y Arqueología (BSAA)*, n. 62, 1996, pp. 427-441, figura una breve reseña biográfica que nos descubre que este artista mexicano, que vivió entre 1667 y 1734, perteneció a una familia de destacados pintores: “A través de la obra de los Juárez puede rastrearse la evolución estilística de gran parte de la pintura colonial novohispana”. En concreto, Nicolás y su hermano Juan fueron los “máximos representantes del cambio de gusto pictórico que arranca del Barroco de influjo sevillano característico del siglo XVII y desemboca en lo que Burke llama ‘segundo Barroco mexicano’ cuya suavidad lumínica y atemperamento en el colorido conecta con la obra de Bartolomé Esteban Murillo, a la vez que anuncia el Rococó”. Domínguez Casas, por cierto, alude en su artículo a una pintura sobre cobre conservada en el Museo de América de Madrid.

⁴²¹ Recordemos que en la carta de dote de Ana de Pivaldal se registró un *Nacimiento de Nuestro Señor* de tres varas de largo y dos y media de alto, y una tela con el tema de *Nuestra Señora de los Ángeles con el Niño en brazos*, más chica, atribuidos a igualmente a “Morillo”. Sus mayores dimensiones y los marcos de molduras doradas y negras acaso expliquen por qué en 1687 estas obras se tasaron en una cantidad considerablemente superior: en 200 escudos y en 80 escudos de plata, respectivamente.

que a la pintura, por mucho que se tuviesen por obras salidas de los pinceles de Bartolomé Esteban Murillo.⁴²²

Retornamos a la visita general para concluir este apartado. Es importante señalar que no se siguió ningún procedimiento ni actuación contra Calderón de la Barca. En la determinación del Consejo de Indias de 2 de septiembre de 1721 se confirmó la suspensión de empleo de las tres cuartas partes de los ministros de la Audiencia que había dispuesto Garzarón, pero se acordó “de común consentimiento” que no procedía “tomar resolución en los cargos hechos a don Miguel Calderón por difunto mucho antes de la visita”⁴²³ y lo mismo se resolvió en el caso de Antonio Terreros, a diferencia de anteriores visitas generales a los Tribunales del virreinato novohispano, en que se dirigieron acciones contra los bienes y herederos de los condenados, sin importar que hubiesen fallecido tiempo antes de que se pronunciara la sentencia.⁴²⁴

Hasta ahora hemos procurado, espigando testimonios y documentos, el ensamblaje de las piezas que recomponen el reflejo de la personalidad de Calderón de la Barca. Todo sugiere que orientó su proceder al enriquecimiento para ver cumplidos sus particulares fines –en última instancia, el ennoblecimiento y también el poder que

⁴²² El marqués de Santa Fe reconoció haber regalado a Bracamonte en el pasaje que transcribimos: “Preguntado si el que declara ha regalado a dicho señor Bracamonte con dineros o alhaja u otra cosa que lo valga, dijo que sólo le ha regalado con un *San Francisco* de cuerpo entero y un *San Pedro* de medio cuerpo con marcos dorados y que no sabe lo que valdrán porque se los regalaron al que declara, pero eran pinturas de Morillo muy estimadas y por el genio aseado que el que declara conoce en el señor Bracamonte y ser amigo de estas cosas, se las dio y al mismo tiempo dos espejos de a vara, con su moldura y marco dorados que valdrían como 200 pesos y le instó para que los recibiera, habiéndoselos ofrecido voluntariamente y sin ninguna insinuación de dicho señor, quien los recibió a los principios estando entendiendo en los embargos e inventarios, y no tiene hoy en su casa (a) los criados que se los llevaron y que de esto sabe el dicho don Francisco de Guirlés, por cuya orden corrió disponer de las molduras así de los espejos y marcos como de las pinturas”. *Ibidem*, 278B, ff. 345-346. Lucas de Careaga, como diputado de la flota en Nueva España, estaba en contacto directo con los comerciantes radicados en los puertos andaluces y bien sabemos que el tráfico de obras de arte fue intensísimo entre la Península y las Indias, siendo las obras del maestro Murillo muy apreciadas y copiadas en los obradores novohispanos: “En muchos talleres mexicanos no sólo se imitaba al famoso pintor de las Inmaculadas, sino que se copiaban sus producciones, que llegaban profusamente al virreinato multiplicadas en pequeños grabados” (cfr. J. GONZÁLEZ MORENO, *Iconografía Guadalupana. Clasificación cronológica y estudio artístico de las más notables reproducciones de la Virgen de Guadalupe conservadas en las Provincias Españolas: Andalucía*, Editorial Jus, México, 1959, pág. 29). Sin embargo, viajaban las alhajas y telas en cajas cuyo contenido raramente se especifica en los registros de carga, de forma que nos es imposible hacer un seguimiento de las mismas (cfr. M.P. AGUILÓ ALONSO, “El coleccionismo de objetos procedentes de ultramar a través de los inventarios de los siglos XVI y XVII” en AA.VV., *Relaciones artísticas entre España y América*, CSIC, Madrid, 1990, pp. 107-149). Por tanto y puesto que Careaga no establece la procedencia clara de las pinturas, permanece abierto el interrogante de su origen, como también es una incógnita el destino que tuvieron.

⁴²³ *Ibidem*, México, 670A. Determinación del Consejo tomada en Madrid, 2 de septiembre de 1721.

⁴²⁴ P. ARREGUI ZAMORANO, *op. cit.*, pp. 96 y 107.

confería el asiento en el Consejo de Indias—. Es el momento de que nos encaminemos nosotros también hacia España, para narrar los últimos episodios biográficos, mandas y disposiciones testamentarias, donde lo histórico y lo artístico acompañarán plenamente el paso.

CAPÍTULO 6: PLANIFICACIÓN DE LAS DONACIONES, HERENCIA Y LEGADO

1. POSTRIMERÍAS Y VIAJE A CONIL DE LA FRONTERA

Hemos mencionado que en junio de 1712 Calderón de la Barca dirigió desde Leganés a Bernardo Tinajero de la Escalera una carta para que se resolviera cuanto antes en el Consejo la cuestión de su residencia, que se hallaba detenida en México. Nos interesó entonces que deseara al secretario que se mantuviera “en cabal salud” e hiciese alusión a su “dolor de cabeza (...), origen y principio de tan grave enfermedad como la que he padecido”.⁴²⁵ Corrobora la hipótesis de que se trataba de un mal físico el que unos meses antes, el 21 de febrero, acudiese con su esposa ante escribano para instituirse mutuamente por herederos, albaceas, fideicomisarios y tenedores de bienes, y otorgarse el uno al otro poder para testar. Mientras doña Ana –Calderón se refiere a ella como “mi querida mujer”, introduciendo una nota de afecto–, se declaraba “en sana salud”, Calderón reconocía hallarse “con algunos achaques”.⁴²⁶ En este escrito exponían su deseo de recibir sepultura en el lugar en que acaeciere su fallecimiento y quedaba dispuesto que el cónyuge superviviente se encargaría de lo concerniente a misas, funeral y entierro. Por el mismo instrumento, nombraban a su vez por albacea al padre jesuita Alonso de Quirós, procurador general de las Provincias de Indias. En el plano religioso, cabe apuntar que elegían como “abogados e intercesores” a San José y “a la Serenísima Reina de los Ángeles, siempre Virgen María Santísima Nuestra de Guadalupe”. Una devoción, la de la Guadalupana, que adoptaron y trajeron consigo desde Nueva España. Incidiremos en ello más adelante.

Jubilado don Miguel en el empleo de consejero en diciembre de 1716,⁴²⁷ no hemos hallado evidencia documental que aclare si continuó avecindado en Madrid o si el matrimonio se desplazó a Cádiz para instalarse en las casas principales de la calle

⁴²⁵ *Ibidem*, 656. Miguel Calderón a Bernardo Tinajero de la Escalera, Leganés, 21 de junio de 1712.

⁴²⁶ A.H.P.M., *prot.* 12.530, ff. 25-27. Ante escribano Juan de la Lastra en Madrid, 21 de febrero de 1712.

⁴²⁷ A su muerte se halló una certificación otorgada el 12 de agosto de 1720 por los contadores del Consejo, por la que se le hacía efectiva la paga de los 7.209 pesos, 6 reales y 16 maravedís de plata que restaban de los gajes que devengó con su plaza desde que la juró, el 9 de abril de 1709, hasta que cesó en su ejercicio a fin de diciembre de 1716, y 657 pesos, 4 reales y 27 maravedís restantes de plata antigua por lo que importaron 50 luminarias extraordinarias que se mandaron poner en su tiempo.

denominada alternativamente de Manurga, del Gitano rico o de Juan de Vint; una propiedad heredada, como señalamos, de doña Ana de Contreras. De Calderón y de su esposa únicamente tenemos la certeza de que anduvieron por tierras gaditanas entre febrero y marzo de 1714 gracias a las escrituras de redención de dos de los tres censos impuestos sobre las referidas casas por el capitán Domingo de Pividal y por su viuda.⁴²⁸ Pero no podemos localizarles geográficamente con precisión después de enero de 1717. Lo que está mejor documentada es su actividad en el plano económico: Calderón siguió empleando sus caudales en el comercio por mano de agentes e intermediarios, amortizando la red de contactos que había establecido durante sus años mexicanos y cuya trama se puso al descubierto en el juicio de residencia y en la visita general de Francisco de Garzarón a los Tribunales novohispanos.

En este sentido, en los libros de cuenta y razón de los que se hizo inventario a su muerte se hallaron débitos y cobros pendientes que proclaman la implicación directa de don Miguel en operaciones mercantiles desde su el mismo momento de su regreso a España, hasta su fallecimiento en 1720. Como decimos, habiendo desembarcado con la flota en el puerto de Pasajes en 1708, no abandonó Guipúzcoa sin cerrar un acuerdo con José de Ybarra y Bernardo de Azocena, a los que entregó 19.000 pesos escudos que le habían de devolver con el producto de 34 zurrone de grana fina de 9 arrobas cada una y 698 mazos de vainilla.⁴²⁹ Tuvo también una cuenta con un pariente de Jerónimo y Luis de Monterde, Nicolás de Echevarría, marido de Ignacia de Monterde; y con el destacado comerciante alavés afincado en Cádiz, Andrés Martínez de Murguía,⁴³⁰ que recibió de Calderón en septiembre de 1720 la cantidad de 15.740 pesos y 7 reales y medio de

⁴²⁸ El testimonio de redención de los censos dados por el escribano Juan de Borja Poín el 3 de febrero y 12 de marzo de 1714, apareció en el registro de los bienes, papeles y efectos de los que se hizo inventario en 1721, tras la muerte de Miguel Calderón. De modo que las casas sólo quedaron afectas a un censo perpetuo de 41 reales de vellón anuales a favor de la cofradía del Santísimo Sacramento que tenía su sede en la catedral. A.H.P.M., *prot.* 14.192, ff. 389-397.

⁴²⁹ Entre los débitos del libro de cuenta y razón, en lo que se denominaron “quantas vivas” estaba la que tenía Miguel Calderón de la Barca con José de Ybarra y Bernardo de Azocena y Falcarena, vecinos de San Sebastián, según la en 1708 les entregó a los susodichos 19.127 pesos escudos y 6 reales de plata, de los que habían devuelto 16.200 pesos, con lo que restaban debiendo 2.927 pesos y 6 reales de plata. Además de esto, debían lo que produjesen 34 zurrone de gran fina con peso de 9 arrobas netas cada uno, excepto las mermas que hubiesen tenido, y 698 mazos de vainilla de a cincuenta cada uno. *Ibidem*.

⁴³⁰ Los hermanos Andrés y Pedro Martínez de Murguía debían su importante fortuna al comercio transatlántico, en el que se introdujeron siguiendo los pasos de su tío el capitán Sáenz de Manurga. En la fecha que manejamos, septiembre de 1720, don Andrés tenía el Asiento de los Registros que unían Cádiz y Buenos Aires. Profundiza sobre la cuestión A. CRESPO SOLANA, “Los registros destino Buenos Aires del comerciante Andrés Martínez de Murguía, 1717-1730”, *Estudios de la UCA ofrecidos a la memoria del profesor B. Justel Calabozo*, Cádiz, 1998, pp. 499-510.

plata. En mayo del mismo año confió a Miguel González del Camino una partida de objetos cuyo elenco estaba compuesto por una escribanía de coral y plata, así como de ropa blanca del siguiente tenor: 39 camisas de Bretaña para mujer y 33 de hombre, tres camisas y cuatro enaguas bordadas de sedas de colores, cinco enaguas con soles y encajes, un par de vuelos de encajes y otro de muselina guarnecido con flecos, una cofia, un peinador y una toalla con encajes grandes, tres tablas y 30 servilletas de mantelería real, y, por fin, dos juegos de sábanas. En el papel por el que se formalizó la entrega se anotó expresamente que González del Camino cargaría esta partida en la flota que estaba a punto de salir a Nueva España,⁴³¹ y que traería “lo procedido” de la venta “en el navío donde ‘voltiase’ a estos reinos para entregarlo a dicho señor o a quien su poder hubiese”.⁴³²

Miguel Calderón y Ana de Pividal fallecieron héticos, como adelantamos, el año de 1720. La muerte alcanzó en primer lugar a doña Ana en Madrid, donde fue enterrada en el convento de Nuestra Señora de la Merced Calzada.⁴³³ La perspectiva de un final próximo debió de sacudir a Calderón, que emprendió al cabo un viaje a Cádiz para disponer su herencia y legado. Consciente de que podía sorprenderle la muerte en cualquier instante y de que para cuanto pensaba acometer necesitaría tiempo, acudió al encuentro de su primo por vía materna, Cristóbal García Morejón, fiscal de la Casa de la Contratación, al que en comunicó en persona, como más tarde haría por carta, su voluntad, confiándole su cumplimiento. En el recorrido trazado por su biografía han asomado por momentos destellos de fervor religioso y prodigalidad, virtudes que coexistían en Calderón de la Barca con otras inclinaciones menos favorables o

⁴³¹ Se trataba de la flota del cargo de don Fernando Chacón, Medina y Salazar.

⁴³² Miguel González del Camino fue uno de los tres españoles que en representación del comercio de la metrópoli asistieron al establecimiento de la feria de la Jalapa, constituida en 1720, a que concurrieron los diputados del comercio mexicano: Luis de Monterde, Domingo de la Canal, Francisco de Ugarte y Juan Bautista de Arrozqueta. Cfr. M. CARRERA STAMPA, “Las ferias novohispanas”, *Historia mexicana*, El Colegio de México, Centro de Estudios Históricos, 1953, n.7, vol. 2 pp. 319-342, pág. 323.

⁴³³ Tenemos informaciones contradictorias que dificultan establecer una fecha concreta para su muerte. Por una parte, en el *Libro de entierros, testamentos y abintestatos* del A.P.Co. que abre el 1 de enero de 1720, en el fol. 3v quedó apuntado que don Cristóbal García Morejón entregó el 17 de enero de 1720, “300 reales de limosna de 100 misas por el alma de doña Ana Josefa de Pividal (...) que murió en Madrid”. En cambio, en otra fuente –cuya noticia agradecemos a F.J. Hernández Navarro– la fecha señalada es el 13 de febrero (cfr. J.M. MAYORALDO Y LODO, “Necrológico nobiliario del siglo XVIII (1701-1808)”, *Hidalguía*, Madrid, 2010, n. 336, pág. 65). En cuanto a la enfermedad hética, el *D.A.* (t. IV, 1734) la define como una “enfermedad que consiste en la intemperie cálida y seca de todo el cuerpo, con varios síntomas, especialmente calor externo en las partes extremas, con acedia de estómago después de la comida, flaqueza de cuerpo, sudor nocturno y otros. Proviene de la eferescencia de la sangre más acre y salada, continuada lentamente”. En la actualidad se identifica con la tisis o tuberculosis.

‘defectos’ que quizá no fueran privativos de su persona, sino comunes a los hombres de su tiempo y contexto. Mas no ha lugar una disquisición sobre el controvertido concepto de corrupción y su generalización como fenómeno en la segunda mitad del siglo XVII y primer cuarto del siglo XVIII. Vamos a seguir avanzando con Calderón valiéndonos de la guía que nos señalan los documentos.

Pues bien, el deceso de su esposa y sus padecimientos particulares le movieron a ordenar su herencia y a planificar las donaciones y el legado a través de los que expresaría simultáneamente su fe, el apego a su tierra y el deseo de perpetuar su memoria. Podemos situarle en Conil a comienzos de mayo, en unas casas que compró de su sobrino Juan Carlos de Dorronsoro, ubicadas en la calle del Hospital, haciendo esquina con “la calle que baja a la plaza” de Santa Catalina. Una construcción “que alinda a espaldas con el cabildo de esta villa, y por poniente con la casa y ermita de Nuestro Padre Jesús Nazareno”.⁴³⁴ Estas casas, en las que él mismo había nacido sesenta y seis años atrás, le sirvieron provisionalmente de base desde la que delinear e incoar algunos de los proyectos y asuntos tocantes a su última voluntad. Aunque iremos enunciándolos ahora para no perder el hilo del tiempo, será más adelante cuando corresponda extenderse sobre ellos.

Uno de los capítulos de mejoras y enriquecimiento más ambiciosos de cuantos quiso emprender tuvo como beneficiarios los templos de Conil. Empezando por la ermita de la Hermandad de Jesús Nazareno, el reconocimiento del edificio no sólo sirvió para constatar que su estado ruinoso demandaba la puesta en marcha de unas obras que Calderón estaba dispuesto a sufragar. Se advirtió también que era el lugar más apropiado para la erección de una capilla en honor a su venerada Virgen de Guadalupe. Por otra parte, dispuesto como estaba a remediar la escasez de objetos de culto y ornato en la parroquia de Santa Catalina de Alejandría, “adonde su señoría fue bautizado”, el 28 de mayo hizo donación de un grupo de piezas compuesto por un cáliz con su patena, vinajeras, plato y campanilla de gran riqueza, de plata dorada; y, labrados en plata blanca, dos atriles, una cruz de altar, tres sacras grandes —en una fijadas las palabras de la Consagración, en otra el Evangelio de San Juan y en la tercera el salmo del Lavabo—, una lámpara grande para la capilla mayor, así como cuatro blandones y dos ciriales para

⁴³⁴ A.H.P.C, *prot. de Conil*, 123, ff. 10-13. Testamento de Juan de Dorronsoro, Conil, 29 de octubre de 1726.

el altar mayor. De todo este conjunto hizo Calderón entrega al mayordomo de fábrica de la parroquia y al vicario de las iglesias de Conil, estableciendo como condición que no pudieran salir dichas alhajas de la iglesia en ninguna circunstancia, pues de verificarse lo contrario la donación quedaría revocada y pasarían a ser titulares el deán y cabildo de la catedral de Cádiz.⁴³⁵ Para que ello se tuviera siempre presente y para que se reconociera en tiempo de visitas la existencia de estas piezas entre los bienes de la parroquia, se apuntó la donación en el Libro de fábrica, cuyo paradero a día de hoy se desconoce. Sí se conserva, en cambio, en el Archivo parroquial de Santa Catalina el Libro en el que se asentó, el 7 de junio del mismo año, que el clero y el vicario habían acordado hacer oficio solemne, “con su túbulo y dobles sueltos 24 horas”, en agradecimiento de las referidas alhajas y a las ofertas que Calderón había realizado, sin que hubiesen quedado recogidas en la escritura de donación de 28 de mayo ante escribano, por no tratarse de piezas labradas en metales nobles. Las especies, en concreto, fueron las siguientes: la cera del día y Octava del Corpus, un palio y un paño de atril de damasco blanco, un guión de procesión del Santísimo del mismo color, un alba con encajes de soles y pitas de Indias y, para los tres acólitos monaguillos, el vestuario de sotanas de paño fino colorado, sobrepellices, zapatos y medias. El capítulo de textiles no terminaba aquí, pues Calderón regaló a la ermita de Jesús Nazareno una túnica de terciopelo morado con ricos encajes de oro; y a la del Espíritu Santo un alba, frontal y casulla. Expresivamente apuntó el vicario que “reconocidos tamaños favores y caritativa dádiva, mayormente por no tener ni haber tenido semejantes alhajas”, además del oficio y dobles por doña Ana, se le debían dedicar a la difunta y a su esposo las fiestas “de viernes, sábado y domingo de la Octava de Corpus, de mañana y tarde, cantándoles sus responsos después de concluidas las fiestas, con sus dobles, todo con la mayor solemnidad y *ad perpetuam rei memoriam*”.⁴³⁶ No olvidó Calderón regalar al

⁴³⁵ *Ibidem*, 121, ff. 34-36v. La entrega se realizó en las casas de la morada de Calderón de la Barca en Conil, donde acudieron a recibirlas los licenciados Diego García Gil Moreno, comisario del Santo Oficio y de la Santa Cruzada, vicario de las iglesias y clero de la villa, y Francisco Jiménez, cura de ellas y mayordomo de la fábrica parroquial de Santa Catalina, de lo que dio fe el escribano público y de cabildo Diego Márquez de Herrera. Firmaron como testigos el presbítero Amador José García Bureba, Juan Carlos de Dorronsoro, Francisco Fernández Ternerero, abogados de los Reales Consejos, y don Pedro de la Peña, todos vecinos de Conil.

⁴³⁶ A.P.Co., *Libro de entierros, testamentos y abintestatos*, n. 4, ff. 8-9. Lo firmó Diego García Gil Moreno, vicario. A su vez, en el *Libro puntador* (*Ibidem*, n. 5, fol. 3v) “donde se puntan, cumplen y firman las misas de testamentos, abintestatos, votivas o adventicias desde enero de 1720”, se anotaron las 100 misas a limosna de 3 reales cada una por el alma de doña Ana. Y aunque Calderón de la Barca seguía vivo, se le dedicaron junto a su mujer las tres fiestas referidas de viernes, sábado y domingo octavos del

convento de Nuestra Señora de las Virtudes de religiosos Mínimos de san Francisco de Paula, cuyo corredor, fray Alonso Gutiérrez Gaviña, recibió de manos del donante cuatro blandoncillos de plata labrada que debían servir al culto en el altar de Nuestra Señora de las Virtudes.⁴³⁷

2. ÚLTIMAS MANDAS Y DISPOSICIONES

El 1 de julio, aprestándose para retornar a Madrid, escribió Miguel Calderón a don Cristóbal desde Conil para comunicarle nuevas órdenes y deliberaciones, a que se sumarían las contenidas en diferentes cartas fechadas en 13, 28 y 29 de agosto, cuyo contenido sólo podemos adivinar a partir del testamento que en virtud de poder otorgó Morejón en Cádiz en 1724. Para no saltarnos episodios, regresamos al verano de 1720. En algún momento entre el primero y el 23 de julio retornó a la capital, pasando a instalarse en unas casas principales de la calle de la Espada –cuyo trazado y denominación siguen vigentes–, que pertenecían al convento de la Merced⁴³⁸ y en las que transcurrían sus últimos meses de vida.⁴³⁹ El día 23 de dicho mes solicitó que se tasara “extrajudicialmente” una partida de riquísimas alhajas⁴⁴⁰ que a su muerte debían

Corpus, y se incluyó la advertencia de que “todo ha sido en remuneración de la valiosa dádiva y oferta que ha hecho a esta parroquial iglesia este caballero”. Tal era el agradecimiento que motivó que el 7 de noviembre se le dedicase a los padres y difuntos de don Miguel un oficio de aniversario, con vigilia y misa cantada “graciosamente y sin estipendio alguno, en agradecimiento de las alhajas que ha dado a la parroquial iglesia y gasto en aderezar la sacristía”. Un día después, el 8 de noviembre, se oficiaron las honras por los padres y difuntos de don Cristóbal. (*Ibidem*, fol. 11).

⁴³⁷ Ante el escribano Diego Márquez de Herrera, actuaron como testigos el sobrino de Calderón de la Barca, Juan Carlos de Dorronsoro, y el nieto de Cristóbal García Morejón, Cristóbal Moreno Morejón. En este caso, de contravenirse la cláusula impuesta por don Miguel para que los candeleros blandones no salieran del templo, la donación se revocaría y se sustituiría en ella a la fábrica de Santa Catalina. El convento, fundado en el siglo XVI con el respaldo de la Casa de Medina Sidonia, como atestigua el escudo ducal sobre el crucero de la iglesia, guardaba en su interior la imagen de la Virgen de las Virtudes, objeto de culto y devoción en distintos pueblos del obispado. Cfr. A. SANTOS y VELÁQUEZ GAZTELU, *Conil de la Frontera*, Diputación de Cádiz, 1988, pp. 97 y 224. Aunque recibe variadas denominaciones –convento “de Mínimos”, “de Victorios” o “Vitorios”, “de Nuestra Señora de las Virtudes”– la alternancia de nombres no debe llamar a confusión, pues siempre se refiere a la misma institución.

⁴³⁸ Si bien el recorrido de la calle nombrada de la Espada no ha variado, el convento no ha llegado a nuestros días. El solar que ocupaba antes de su demolición conformó después la plaza del Progreso y actual plaza de Tirso de Molina.

⁴³⁹ En las cuentas de la testamentaría que estuvieron a cargo de López de Lara se apuntó la paga de 2.750 reales de vellón a Juan Felipe de Echeverría, “administrador de las casas donde vivió dicho señor don Miguel Calderón, por el medio año que se cumplió en 20 de enero de 1721”. A.P.M., *prot. 14.192*, f. 525.

⁴⁴⁰ Aunque tasadas en fecha anterior a su muerte, se pusieron por inventario con los demás bienes hallados en las casas de la calle de la Espada en la forma que tendremos oportunidad de pormenorizar más adelante.

ser remitidas a García Morejón “para que el susodicho las haga remitir al reino de la Nueva España”, y empleara después el producto derivado de su venta en hacer cumplir sus disposiciones.⁴⁴¹ El 2 de agosto sabemos que otorgó al padre Manuel Serrano y Aytarra, comendador del convento de la Merced de Segovia, un poder general para el cobro de las deudas que unos vecinos de aquella ciudad habían contraído con él un año atrás.⁴⁴² Cuando apenas se había cumplido una semana, Calderón requirió de nuevo al escribano Juan Ruiz, sólo que en esta ocasión para otorgar un documento de otra índole. Se trataba de un poder por el nombraba a sus albaceas y testamentarios en la forma que sigue: en Madrid, al contador de resultas del Consejo y Contaduría Mayor de Hacienda, Francisco López de Lara⁴⁴³ y al reverendo padre fray Francisco de Avilés, provincial de la orden de San Agustín en la provincia de Castilla; y en Cádiz, al presbítero y beneficiado José de Sierra Coello, a su primo, don Cristóbal y al nieto de éste, Cristóbal Moreno Morejón, abogado de los Reales Consejos. A diferencia del poder que había otorgado con doña Ana de Pividal en 1712, eligió como su abogada e intercesora a la Virgen María sin especificar la advocación guadalupana, y al arcángel san Miguel, “mi ángel de la guarda”.

En este documento expresaba Calderón su deseo de descansar en la capilla de los Remedios del convento de la Merced Calzada, adyacente, por cierto, a las casas que habitaba y en cuya bóveda probablemente fuera enterrada doña Ana unos meses atrás.⁴⁴⁴ En caso de fallecer fuera de la corte, encomendaba a sus testamentarios la determinación del lugar más apropiado para que descansara su cuerpo. Por su alma se habían de oficiar 2.000 misas, distribuidas por mitad entre la parroquia y comunidades donde acaeciere morir, al arbitrio de sus comisarios nombrados en Madrid; y las mil restantes en Cádiz, a elección de Sierra y García Morejón. Establecía asimismo las cantidades que habrían de entregarse a las personas que habían estado a su servicio. A

⁴⁴¹ *Ibidem*, fol. 380.

⁴⁴² A.H.P.M., *prot.* 13.476, fol. 45 recto y v. Poder general ante Juan Ruiz. Más adelante, en el inventario de bienes que se hizo a la muerte de Miguel Calderón, se halló un papel en que se reconocían deudores Diego Benito e Isabel de San Juan, vecinos de Segovia, de la cantidad de 19.691 reales de vellón que quedaban del resto de 21.691 reales de la misma moneda que se les entregó en Segovia el 30 de agosto de 1719. Una nota se había añadido al papel en que se especificaba la concesión del poder para su cobro al padre Manuel. No sabemos qué negocio se saldó con esta deuda o si se trató de un préstamo de carácter personal.

⁴⁴³ Por el testamento que otorgó en agosto de 1735 ante el escribano Antonio Pérez, sabemos que se apellidaba “López de Ayala Manrique de Lara”. *Ibidem*, fol. 532.

⁴⁴⁴ La devoción a Nuestra Señora de los Remedios tampoco debió de resultarles extraña, habida cuenta de la extensión e importancia del culto que se le profesaba en la Nueva España.

su paje, Felipe de Ybarlucea, 250 doblones de a 2 escudos de oro; a su criada, doña Ana de Zafra, 25 ducados de vellón; y al cochero y sota cochero, 20 ducados de vellón por cabeza. Se preocupó particularmente por sus criadas más antiguas, Ana de Castilla y Dominga Micaela. Siendo su voluntad que no padeciesen por su falta, había discurrido que fuesen conducidas a Vejer, Conil o a donde viviere su sobrino don Juan Carlos, “para que las tuviere y las recoja en su casa el tiempo que vivieren, cuidando mucho de su asistencia”⁴⁴⁵ y les asignó 3 reales de vellón a cada una para sus gastos diarios, que elevó después a 5 reales.

Declaraba, por otra parte, que había iniciado la búsqueda de fincas seguras en la villa de Abres, obispado de Oviedo, sobre las que imponer una capellanía a favor de los parientes más cercanos de la casa y apellido de Pividal, comenzando por el bachiller Andrés Fernández de Pividal, presbítero, sobrino en segundo grado de doña Ana. Con una dotación de 100 ducados de vellón de renta anual, el capellán quedaría obligado a celebrar 150 misas por sus ánimas y las de sus antepasados. Había puesto todas las gestiones bajo la supervisión de doña Nicolasa de Zurbarán y don Jacinto de Arias, vecinos de Ribadeo. Éstos, por cierto, invirtieron aproximadamente un año en la operación hasta que por fin lograron la fundación de la referida capellanía, en la que se emplearon en total 40.000 reales.⁴⁴⁶

López de Lara y Avilés quedaron encargados de dirigir el inventario, tasación y posterior almoneda de sus bienes, mas era el contador de resultas en exclusiva quien debía llevar las cuentas de la testamentaría, lo que implicaba realizar los cobros y satisfacer las deudas pendientes que constarían en sus libros y papeles, de que también se había de hacer inventario. Lo producido por la almoneda se sumaría a los caudales líquidos que quedaren después de haber pagado los débitos y todos los gastos correspondientes al entierro, funeral, y cuanto fuera necesario en Madrid. El remanente se remitiría a García Morejón, instituido como principal poderista. Don Cristóbal tendría poder suficiente para otorgar por sí solo su testamento. Esta responsabilidad recaía por entero sobre él, lo mismo que la ejecución de cuantas disposiciones Calderón

⁴⁴⁵ *Ibidem*, prot. 13.476, ff. 46-48v.

⁴⁴⁶ *Ibidem*, prot. 14.192., f. 526v. En las cuentas de la testamentaría se registraron distintas partidas que se pagaron, en virtud de letra, a doña María Nicolasa de Zurbarán y Zigarrán, en enero y julio de 1721. La cuenta completa de 40.000 reales fue remitida por don Jacinto de Arias Valmayor el 19 de septiembre de 1721.

había tenido tiempo de transmitirle en persona y las que habría de agregar en sus comunicaciones por carta hasta su defunción. A su vez, el fiscal de la Casa de la Contratación quedaba con facultad suficiente para arbitrar y formular nuevas órdenes, sobre las que ni se le habría de pedir ni él habría de dar cuentas.

Al hallarse sin ascendientes o descendientes forzosos, Calderón de la Barca resolvió nombrar por universal heredero a Juan Carlos de Dorronsoro, hijo de su hermana pequeña, María de Plata Calderón, y del capitán de infantería vizcaíno Juan de Dorronsoro. Don Juan Carlos, a la sazón corregidor de Vejer, quedaba como único heredero pero con determinadas calidades y circunstancias. En primer lugar, la cota y cantidad en que se hubiere de verificar la herencia la regularía Cristóbal García Morejón, que determinaría lo que le pareciere prudente para su manutención y decencia. La referida cota y cantidad se acensuaría en bienes raíces, pues la voluntad de Calderón era que se fundase un vínculo o patronato de legos que estaría compuesto de todos los bienes que se comprare para este efecto, así como de la casa conileña que había adquirido de su sobrino con intención de labrarla y hacerla principal de altos. Los bienes vinculados permanecerían indivisibles, sin que cupiera la posibilidad de reparto entre los hijos y sucesores de don Juan Carlos, por cuya muerte nombraba Calderón como heredero a su hijo del primer matrimonio, Pedro Ubaldo de Dorronsoro, al parecer ausente en Nueva España, al que don Miguel había mandado llamar. Por defecto de esta línea, entraría en el vínculo don Juan Dorronsoro, hijo mayor del segundo matrimonio, y así sucesivamente, prefiriendo al hombre sobre la mujer, y sin que ser capellán de una de las cuatro capellanías que quería fundar en Cádiz constituyese un impedimento para heredar el vínculo y gozar del usufructo.

Cuando Miguel Calderón otorgó la escritura de poder para testar al que nos venimos refiriendo, el 10 de agosto de 1720, firmaron como testigos dos vecinos de Madrid que compartían el oficio de tejedores de lienzo; el abogado de los Reales Consejos, Juan Bautista Millares y don Félix y Juan Ortiz de Bracamonte, éste último escribano de Cámara del Consejo de Indias. Mientras que la presencia de Millares y de los Ortiz de Bracamonte permite suponer que existía una relación personal entre ellos y Calderón de la Barca, los demás debieron de ser testigos circunstanciales, requeridos por tener una tienda o su vivienda en los alrededores del convento de la Merced. Así lo

corroborar el hecho de que en noviembre, cuando Calderón otorgó el definitivo poder para testar, actuaran como testigos cinco tejedores, repitiendo Francisco Peliblán, cuya mujer, Paula Gómez, al ser llamada a tasar la ropa blanca del inventario de bienes de Calderón, declaró vivir en la misma calle de la Espada.⁴⁴⁷

El 28 de noviembre, según hemos apuntado, Calderón otorgó un último poder prácticamente idéntico al de agosto, introduciendo leves cambios que vamos a desglosar.⁴⁴⁸ Al comienzo de la escritura reconocía “sus achaques” y más adelante afirmaba que las obras de Conil ya se habían iniciado bajo la dirección y mando de Morejón. También desgranaba las circunstancias que unieron originalmente a Ana de Castilla, “mujer de gobierno de mi casa”, con su esposa, bajo cuya sombra y protección se había criado, y dedicaba palabras de reconocimiento a Dominga Micaela, por “el buen servicio, cariño y amor con que nos ha servido”, acompañando a la familia “en todas nuestras peregrinaciones y que ya está vieja y enferma”. Curiosamente, aunque se refiere a ella como su criada, ésta a la hora de testar en 1733 afirmó ser natural de Turquía, bautizada 40 años atrás y haber sido, no criada, sino esclava del consejero y de su esposa.⁴⁴⁹ En otro orden, lejos del doméstico, Calderón de la Barca reconocía hallarse debiendo 300 pesos a las monjas de Santa Inés –aquellas para las que había solicitado limosnas al arzobispo-*virrey* Ortega y Montañés, según atestiguó el canónigo Pérez de Costela en el interrogatorio de residencia–, que le habían consignado las religiosas para el seguimiento de un pleito que venía por recurso al Consejo. Calderón hizo lo posible para que se viera privadamente el asunto, comprobando las dificultades de que

⁴⁴⁷ *Ibidem*, fol. 403.

⁴⁴⁸ *Ibidem* f. 366- 370. Poder para testar, 28 de noviembre de 1720.

⁴⁴⁹ A.H.P.C., *prot. de Cádiz*, 3610, ff. 878-879. Testamento de Dominga Michaela, ante José Antonio Camacho, escribano público, Cádiz, 27 de septiembre de 1733. Sobre su pasado apenas suministra información que hubiera sido de interés para la curiosidad del estudioso. Reconoce ser de estado “doncella” y que “habiéndome restituido a estos reinos de España, me introdujeron en los misterios de nuestra santa fe católica, se me suministró y recibí el agua del bautismo en esta ciudad de Cádiz habrá tiempo de 40 años (...)”. Sus únicos bienes eran la ropa blanca y de color que tenía en uso, “que es de corta consideración” y encargó 12 misas rezadas por su alma, dando de limosna por cada una 3 reales de vellón. Para la disposición de su entierro, encargó a sus albaceas dar aviso de su muerte al administrador del mayorazgo fundado por don Miguel Calderón, probablemente para que de sus rentas se sufragasen algunos gastos y dejara de remitirse el pago anticipado de los 5 reales diarios que recibía en concepto de alimentos y vestuario. Por otro lado, no resulta extraño descubrir que otorgase testamento a pesar de la escasez de sus bienes y mandas; “en Cádiz, al menos, no puede considerarse al testamento como una fuente elitista, ya que éstos son otorgados por personas de variada extracción social (...). En este sentido, no es observable una hiper-representación de un sector o sectores específicos en detrimento de otros”. Cfr. M.P. DE LA PASCUA SANCHEZ, “Aproximación a los niveles de alfabetización en la provincia de Cádiz: las poblaciones de Cádiz, El Puerto de Santa María, Medina Sidonia y Alcalá de los Gazules entre 1675 y 1800”, *Trocadero*, UCA, n. 1, 1989, pp. 51-65, pág. 53.

prosperase el recurso, “con gran probabilidad de perderse y lo que en él se gastase”. Así se lo había indicado a las monjas por escrito, guardando los 300 pesos en su poder hasta que enviasen a su recobro, que sus testamentarios habían de atender puntualmente si él hubiese muerto para entonces.⁴⁵⁰ Por lo demás, las deliberaciones y disposiciones dictadas por Calderón el 28 de noviembre fueron las mismas –incluso lo fue la redacción– que en el poder para testar de 10 de agosto. Únicamente notaremos un añadido más, y es que al final del documento, después de que el escribano hubiera inserto los nombres de los testigos y demás fórmulas acostumbradas para su conclusión, don Miguel quiso incluir como coalbacea a Andrés Martínez de Murguía para las cosas que pudieren ocurrir en la ciudad de Cádiz y las que se ofrecieran en la Nueva España. No en vano tenía en él “entera satisfacción y confianza, producida de muchos años de amistad y correspondencia”.⁴⁵¹ La cuenta apuntada en los libros de Calderón, con fecha de 24 de septiembre, según la que don Andrés le quedaba debiendo la fuerte suma de 15.740 pesos, sugiere que los lazos entre ellos pudieron ser comerciales además de afectivos.

La muerte no se hizo esperar. Los comisarios en Madrid de Calderón de la Barca señalaron como fecha de su fallecimiento el 13 de diciembre, siendo la causa notoria la tisis, lo que forzó a adoptar las medidas exigidas en estos casos, como picar y blanquear las paredes de su habitación.⁴⁵² Siendo de sobra conocido el carácter contagioso de este

⁴⁵⁰ Sobre esta cuestión podemos aclarar algunas circunstancias. En la visita general de Garzarón se acusó al oidor Juan Díaz de Bracamonte de haberse inclinado a favor del ingenio de San Pedro Mártir en la revista de un pleito sobre tierras que se seguía en la Audiencia entre el arrendador de dicho ingenio y las monjas de Santa Inés. La actuación de Bracamonte benefició al arrendador, de quien recibió varios miles de pesos y una porción de azúcar. Las religiosas apelaron entonces al Consejo, donde pendía la causa, a pesar de que la parte del ingenio trató de desincentivarlas ofreciéndoles tres o cuatro mil pesos para que no se siguiese la apelación. A.G.I., *Escribanía*, 278B, cuaderno n. 5, ff. 197-198v. Para cumplir con esta manda testamentaria Cristóbal García de Morejón se valió de González del Camino, que fue por diputado en la flota que salió a Nueva España a cargo de don Fernando Chacón, para que hiciese llegar los 300 pesos a las monjas. Así se hizo, mas la madre abadesa no quiso recibir el dinero. En su lugar, escribió por carta de 11 de octubre de 1721 a Morejón informándole de que prefería que los hiciese emplear por ellas en damasco carmesí de Granada. Don Cristóbal se valió de un vecino de Cádiz con correspondencia en aquella ciudad para que le mandasen las varas de damasco correspondientes a los 300 pesos, que una vez en sus manos, encajonó con todo cuidado y remitió a la madre abadesa en la flota del cargo de don Antonio Serrano. En esta ocasión encomendó su embarque al cónsul Blas de Madrona, para que las depositase en su representante en la Veracruz, que a su vez las habría de encaminar a México. En 1724, en el momento de dictar el testamento de su primo, Morejón se hallaba todavía a la espera del aviso de su recibo, que habría de llegar con la flota. A.H.P.C., *prot. de Cádiz*, 8231, ff. 224-245.

⁴⁵¹ A.H.P.M., *prot.* 13.476, ff. 69v-70.

⁴⁵² *Ibidem*, fol. 523. Calderón dejó un vale de 1.500 reales de vellón a Diego Ordóñez, vecino de Leganés, de los que éste devolvió más tarde a la testamentaria 1.200 reales, diciendo haber quedado 300 reales por los que gastó en “en picar y blanquear el cuarto donde habían estado el referido señor don Miguel y su

mal, por “no ser justo que la ropa de su cuerpo y cama se vendiese y diese lugar a la contingencia de que pegase la enfermedad a quien la comprase”, se entregó como limosna al Hospital General para que se emplease en la “sala de héticos”.⁴⁵³ A través de las cuentas de la testamentaría, que corrieron en efecto por mano de López de Lara, sabemos que hubo que saldar cuentas con el boticario en concepto de las medicinas que se le habían suministrado —en las que se emplearon 949 reales—, seguramente por prescripción del maestro cirujano que presentó recibo de 100 reales por haberle asistido y visitado durante la enfermedad.⁴⁵⁴

En las jornadas que siguieron se actuó con arreglo a la voluntad explícita del difunto, oficiándose en el convento de la Merced la misa funeral, a que había querido asistir de cuerpo presente, con todo lo correspondiente de honras enteras, dándosele sepultura en la capilla de la Virgen de los Remedios. Los familiares de Calderón debieron de tener noticia días antes del empeoramiento de su salud, pues se hallaban en Madrid por lo menos desde el 14 de diciembre, cuando tuvo lugar el entierro. Desde entonces y hasta su partida en mayo del año siguiente, produjeron unos gastos de asistencia y manutención de 7.649 reales y 13 maravedís de vellón.⁴⁵⁵ Por disposición de don Cristóbal, a doña Ana de Castilla y a Dominga Micaela se les hicieron lutos, así como un vestido de paño de Inglaterra a don Felipe de Ybarlucea.⁴⁵⁶ En cuanto a las 2.000 misas que dispuso que se dijeran por su alma, tenemos noticia de que aquellas que se dejaron a la prudencia del beneficiado José de Sierra y de Morejón, se repartieron en esta forma en la provincia de Cádiz: cien en la parroquia de Santa Catalina y el mismo número en el convento de religiosos Mínimos de la villa de Conil; 600 en los conventos de religiosos y religiosas de Cádiz; 50 en la Compañía de Jesús y 50 en San Felipe Neri;

señora doña Ana de Pividal, su mujer, por haber muerto éticos”. Además de inferir de esta nota que la muerte del matrimonio se produjo a raíz del mismo mal, quizá podamos deducir también que la muerte de doña Ana se produjo en las casas de la Espada.

⁴⁵³ *Ibidem*, fol. 448. El 28 de diciembre correspondió al administrador del hospital, José González de Jate, recibir la cama, colchones, almohadas, sábanas, cobertores, colcha, camisas, batas y otras menudencias de este tenor, con las que había tenido contacto el difunto.

⁴⁵⁴ *Ibidem*, fol. 526 recto y v. El recibo de 949 reales de las medicinas que entregó el boticario se puso en “datta” de las cuentas, y separadamente se apuntaron 100 reales que pagó López de Lara al maestro cirujano.

⁴⁵⁵ *Ibidem*, fol. 528. A esta cantidad, López de Lara sumaría otros 1.140 reales y 5 maravedís de vellón que se ofrecieron por gastos sueltos que produjo la familia de don Miguel hasta que salió de la corte hacia Cádiz, y que se incluyeron a la partida de lo que se pagó a los tasadores.

⁴⁵⁶ *Ibidem*, fol. 526v. Los lutos y vestido de don Felipe importaron 988 reales de vellón.

y las cien restantes fueron oficiadas por diferentes eclesiásticos de Conil, designados libremente por su vicario.⁴⁵⁷

La abundancia y complejidad de las mandas, cláusulas y disposiciones encargadas por Calderón a su primo, García Morejón, justifica que transcurrieran cerca de cuatro años hasta que éste ordenara el testamento de don Miguel, presentando al escribano para este fin el traslado de la escritura del poder para testar de 28 de noviembre de 1720. El testamento data de 19 de mayo de 1724 y nos abastece de información trascendente, que organizaremos para su estudio a continuación, enriqueciéndola con el contenido procedente de diversas fuentes que nos ayudarán a ponderar la valía de un legado familiar, histórico y artístico del que, afortunadamente, aún sobrevive una parte sustancial.

⁴⁵⁷ Testamento de Calderón de la Barca. Lo que a este respecto nos consta es que el vicario de las iglesias de Conil certificó el 31 de diciembre de 1723 haber recibido carta de don Cristóbal en que le pedía que distribuyese entre los eclesiásticos de la villa 100 misas rezadas a limosna de 3 reales cada una. El 19 de abril del año siguiente se apuntó que Morejón hizo entrega en la contaduría de 400 reales de limosnas por 100 misas que se habían de celebrar en la iglesia mayor de Conil por el alma de don Miguel. A.P.Co., *Libro de entierros y abintestatos*, n. 4, ff. 34v-41.

CAPÍTULO 7: «BIENHECHOR» DE CONIL

1. LA CAPILLA DE N^a. SRA. DE GUADALUPE

El apego de Calderón a su localidad permaneció incólume, como demuestra la abundancia de obras que dispuso para el bien de sus habitantes, y las donaciones y mejoras que proyectó para sus templos. El responsable de velar por su culminación fue Cristóbal García Morejón, que ejecutó cuanto el difunto le había encomendado con todo cuidado, dando breve noticia de la multitud de trámites y gestiones que corrieron por su mano en el referido testamento que otorgó en Cádiz en mayo de 1724.

La propiedad que Miguel Calderón compró de su sobrino Juan Carlos de Dorronsoro en la primavera de 1720 era, como ha quedado consignado, la misma en que el propio don Miguel había nacido en 1653 y que debió de llegar a don Juan Carlos por vía de herencia.⁴⁵⁸ En distintos documentos pertenecientes a su familia consta que fue a través de su antepasada, doña Ana de Herrera. Dijimos también que ocupaba la misma manzana –de hecho se hallaba contigua– a las casas capitulares y lindaba a su espalda con el hospital y la ermita, erigida entre 1592 y 1632 para la Hermandad de Nuestro Padre Jesús Nazareno.⁴⁵⁹ El mal estado del conjunto de los edificios citados a comienzos de la segunda década del siglo XVIII se manifiesta en las obras de reconstrucción que se acometieron a petición de Miguel Calderón y, por añadidura, a través de las actas del cabildo que desvelan que en 1721 la cárcel pública adyacente a las casas capitulares sufrió un derrumbo que forzó al vicario de las iglesias de Conil a solicitar el socorro de Cristóbal García Morejón. El fiscal de la Casa de la Contratación consintió en prestar auxilio para que “se aliñasen e hiciesen las dichas casas capitulares del ayuntamiento y cárcel (...) por el afecto que como tal patricio siempre ha tenido al

⁴⁵⁸ Hasta 1709 su propietaria fue Ana María Calderón, hermana de don Miguel por la rama paterna, que al morir era viuda de Sebastián Domínguez Alba. No tuvieron descendencia. Sobre este inmueble son varias las fuentes de que disponemos. Por un lado, sabemos que debió de llegar por herencia de la rama de los Herreras –abuelos o bisabuelos de don Miguel–, como constatamos de un instrumento para la fundación de una capellanía a la que se le dio el título o número 22. En esta ocasión fue Francisco González Ureba quien nos señaló la existencia del documento en el A.P.Co. La información más precisa sobre su localización de las casas, en todo caso, se encuentra como hemos referido en el testamento del licenciado D. Juan Carlos de Dorronsoro de 29 octubre de 1726. A.H.P.C., *prot. de Conil*, 123, ff. 10-13.

⁴⁵⁹ A. SANTOS GARCÍA (autor) y F. GONZÁLEZ UREBA (colab.), *Patrimonio Cultural del Litoral de La Janda: Conil de la Frontera*, Janda Litoral, Vejer, 2007, vol. II, pp. 44-45.

cabildo, ayudándole en todo”.⁴⁶⁰ Y es que Morejón se comportó análogamente como ejemplar benefactor de la villa, si bien la medida de sus posibilidades fue más discreta que la de don Miguel.

Aludimos a que el estado ruinoso de la ermita de Jesús Nazareno demandaba con urgencia su reparación y a que los planes de Calderón de la Barca para su acondicionamiento iban más allá de su mera restauración, pues era su intención que se labrase en su interior una capilla consagrada al culto de Nuestra Señora de Guadalupe. Así se hizo en la primera nave del pequeño templo, donde se colocó un lienzo con la imagen de la Virgen, traído por don Miguel de la ciudad de México. Para ello fue imprescindible obtener del obispado de Cádiz, de cuya diócesis dependía Conil, una licencia que finalmente concedió el prelado Lorenzo Armengual de la Mota.⁴⁶¹ Lo hizo por despacho de 3 de octubre de 1720, mediante el que otorgó también derecho de patronato.⁴⁶² Morejón aplicó entonces todo su celo en dar lustre al espacio consagrado a la capilla, dotándola de un retablo dorado para enmarcar la pintura, cubriendo el solar con losas traídas de Génova y protegiendo los accesos con dos grandes rejas de hierro forjado. Asimismo, fue necesario sacar de cimientos el muro que hacía las veces de pared y que en la vertiente exterior servía de fachada principal de la ermita, abriéndose en él la puerta de entrada desde la plaza. Por lo demás, y siguiendo las pautas marcadas por Calderón, se reedificó y techó la cubierta de las dos naves del santuario y para la sacristía se confeccionaron cajones de caoba en que conservar los ornamentos y vestuarios para el culto de que Morejón se aseguró que estuviera provista. También se labró un retablo para la talla del Nazareno, atribuida a Francisco de Villegas, imagen a la que don Miguel en vida había ofertado una rica túnica de terciopelo morado,

⁴⁶⁰ Archivo Municipal de Conil, caja 701, fol. 25. *Actas capitulares*, 26 de marzo de 1721. Cristóbal García Morejón accedió a poner hasta 100 ducados de vellón para las obras.

⁴⁶¹ Armengual de la Mota representa un caso singular de hombre hecho a sí mismo. Nacido en Málaga en 1663, en una familia de condición humilde, simultaneó cargos de índole política durante el reinado de Felipe V con los de dignidad eclesiástica del más alto rango. Nombrado para puestos destacados en el seno del Consejo de Hacienda y de Castilla, alcanzó una de las cuatro Secretarías del Despacho Universal en 1714, por lo que no es improbable que conociera a Calderón de la Barca en la Corte. Su promoción a la mitra gaditana tuvo lugar en 1715, cuando se le otorgó también el título de marqués de Campo Alegre. Se mantuvo como prelado de la diócesis gaditana hasta su muerte en 1730.

⁴⁶² Entre los expedientes del obispo Armengual que se conservan en el Archivo Diocesano de Cádiz no encontramos evidencia o rastro alguno de este despacho de licencia. Fue el testamento de don Miguel Calderón otorgado por Cristóbal García Morejón el que nos ha provisto de las noticias que señalamos en el texto (A.H.P.C., *prot. de Cádiz*, 3770, ff. 224-248).

guarnecida de encajes dorados y con su cingulo de seda y oro. Don Cristóbal procuró que todo se hiciera “con la mayor perfección y primor que me ha sido posible”.

A propósito del patronazgo de la capilla de Guadalupe, el propietario del vínculo o mayorazgo debía ser, según estipulaban sus clausulas, también patrono. El primero, en consecuencia, fue Juan Carlos de Dorronsoro, en cuyo poder puso Morejón lo necesario para el adorno del altar y celebración del culto, lo que comprendía un conjunto argénteo formado por una lámpara de gran tamaño, cáliz, candelero, vinajeras y campanilla; piezas todas ellas que Calderón envió desde la Corte en fecha que no se determina. Suponemos que se trataría de obras de plata labrada en su color, acaso las mismas que habían servido para la celebración del culto en el oratorio fundado por doña Ana de Pividal en 1679. Desde luego, esta partida no se tasó junto a las demás piezas de plata y alhajas que integraron el inventario de bienes de Calderón de la Barca, según se detallará después, de cuyo apreció se encargó entre julio de 1720 y enero de 1721, el tasador Juan Muñoz. Por lo demás, quiso Miguel Calderón que hubiese sacristán que cuidase de su capilla y como tal se designó en febrero de 1723 a Diego Ternero, natural de Conil, al que se asignó un estipendio de 30 ducados anuales.⁴⁶³ El nombramiento de sus sucesores en el cargo correría a cuenta de los patronos, que deberían abonar al sacristán el salario por trimestres. Para asegurar su paga, el sueldo se fijó sobre las rentas del vínculo. Igualmente sería obligación de los patronos proveer la cera y procurar el aceite para la lámpara grande de plata remitida por Calderón desde Madrid, que por orden de Morejón se colocó pendiente del arbotante de hierro de una de las rejas.

Por deseo de Miguel Calderón se instituyó a perpetuidad una función que cada 12 de diciembre se había de celebrar en el altar de Nuestra Señora de Guadalupe, “en memoria y celebridad de la aparición de la Virgen, que fue en dicho día”.⁴⁶⁴ Para esta dotación se estipuló una limosna de 16 ducados –esto es, 176 reales de vellón–, que debía pagar el patrono el mismo día del oficio, “para que se distribuyan entre los eclesiásticos que asistieren, sacristán, monaguillos, pertiguero y campanero de la parroquia”. Las obvenciones se habían de repartir atendiendo al buen criterio del

⁴⁶³ *Ibidem*. Así se lo hizo saber don Juan Carlos a García Morejón por papel de 9 de febrero de 1723.

⁴⁶⁴ *Ibidem*. Consigna Morejón que se trataba de una de las disposiciones que por carta de 13 de agosto Calderón le comunicó reservadamente.

vicario. Por otra parte, cada 14 de diciembre se había de celebrar en la capilla un aniversario de difuntos⁴⁶⁵ con vigilia y misa cantada por la comunidad de religiosos del convento de San Francisco de Paula. Y es que, aunque los albaceas testamentarios de Calderón de la Barca en Madrid establecieron como fecha de su muerte el 13 de diciembre, García Morejón en el testamento que otorgó en 1724 asentó que se había producido un día más tarde, de manera que para su conmemoración se reservó el día 14. La limosna que a cambio recibirían los religiosos sería de 12 ducados –132 reales de vellón– que debería entregarles puntualmente el patrono de la capilla en cada aniversario. La pérdida del archivo del convento durante la ocupación francesa de Conil entre 1810 y 1812, sólo nos permite especular que cada 14 de diciembre el clero regular cumplió con la celebración de la misa de aniversario en el altar de la capilla de la Virgen de Guadalupe, atendiendo a lo establecido.

Sobre la función en honor de la Guadalupana nos brindan algo más de información los documentos conservados en los fondos de la iglesia de Santa Catalina. El 12 de diciembre de 1724 comenzó a celebrarse, en toda forma y con acompañamiento de todo el clero, procesión de ida y vuelta desde la parroquia a la ermita de Jesús Nazareno, cantándose misa solemnísimas en la capilla que directamente se asienta como “de Miguel Calderón”.⁴⁶⁶ Puesto que en cada ocasión se dio razón de la entrega de la limosna de 176 reales por el patrono, es posible hacer un seguimiento a través del tiempo del propietario del vínculo. Así tenemos noticia de que, habiéndole sobrevenido la muerte a don Juan Carlos en noviembre de 1726, le sucedió como patrono de la capilla y poseedor del vínculo su hijo Pedro Ubaldo, que se encargó de que la entrega de la limosna y celebración prescrita en la fundación se hiciese en la forma conveniente. Algunas anotaciones en los libros parroquiales nos ayudan a reconstruir los pormenores del transcurrir de la fiesta. El clero en pleno salía a procesionar con vestuarios, esto es, “con sobrepellices, el preste con su capa y con su

⁴⁶⁵ No eran equivalentes, en su significado y función, las dotaciones como la instituida por Calderón de la Barca el día de Nuestra Señora de Guadalupe, y los aniversarios de difuntos: “Si los aniversarios cumplían la finalidad de rezar anualmente una serie de misas por el alma del fundador, las dotaciones tenían a su cargo la organización de alguna festividad litúrgica en el día del santo o advocación mariana de la devoción del fundador”. A. MORGADO GARCÍA, *La Diócesis de Cádiz: de Trento a la desamortización*, Universidad de Cádiz, 2008, pág. 198. Aunque en el caso que nos ocupa, en atención a la prodigalidad de don Miguel para con los templos de Conil, al finalizar la misa cantada ante el altar de la Guadalupana se rezó en distintas ocasiones de forma gratuita –y así se apuntó–, un responso por su alma.

⁴⁶⁶ A.P.Co., *Libro puntador*, n. 4, fol. 47v.

Cruz alta, dándose repique a la salida de la parroquia”,⁴⁶⁷ haciéndose la vuelta de la misma suerte. Dentro de la ermita, ante el altar de la Virgen se celebraba la misa cantada, incorporándose en distintos años un responso por el alma del fundador. En la visita general a la iglesias de Conil encargada por el obispo de la diócesis fray Tomás del Valle,⁴⁶⁸ sucesor don Lorenzo Armengual, en 1738, cuando se comprobó el libro de testamentos se halló que no se habían cumplido algunas misas,⁴⁶⁹ mas parece que nadie se apercibió de que en 1730 y 1736 no se había ejecutado la procesión y el oficio instituido por Calderón de la Barca. Se ignora el motivo por el que se suspendieron, quizá porque que el patrono no entregara los consabidos 176 reales para la dotación. Como hecho digno de nota, en 1752 se celebraron dos funciones, en 12 y 13 de diciembre, para cumplir con la que el año anterior había quedado pendiente, colocándose en el altar las reliquias de los santos mártires Plácido y Plácida, de las que no volveremos a tener conocimiento. El 12 de diciembre de 1755, “el año en que el mar salió de su curso natural una hora antes de que hubiese un temblor de tierra”, que acabó con la vida de tantos vecinos, concluido el oficio del culto en la capilla de Guadalupe, se entonó un responso solemne y se hizo sin remuneración, teniéndose bien presente en el recuerdo que se le debía a Calderón, por haber sido su instituyente y “por razón de bienhechor a esta parroquia”.⁴⁷⁰

El patrono de la capilla y poseedor del vínculo entre 1752 y 1766 fue don José Javier de Dorronsoro, natural de Conil y alcalde del Castillo. Le sucedió su hijo, Pedro Cristóbal de Dorronsoro, presbítero y vecino de Chiclana, que se ocupó de que se realizase la función el día de Nuestra Señora de Guadalupe hasta que la invasión francesa de la villa alteró por entero la normalidad.⁴⁷¹ El de 1810 fue un caso particular. El clero de Santa Catalina fue el encargado de cumplir con la fiesta del 12 de diciembre

⁴⁶⁷ *Ibidem*, fol. 86v.

⁴⁶⁸ Sobre este género de visitas, valga la siguiente aclaración: “Las autoridades diocesanas pretendían controlar la moralidad del estamento eclesiástico y el cumplimiento de sus obligaciones por medio de las visitas pastorales, realizadas por el obispo o por algún agente expresamente nombrado por el prelado, debiendo inspeccionar el estado de los templos y edificios sagrados, las posesiones de fábricas y capellanías, el cumplimiento de las obligaciones anejas al disfrute de las rentas de las mismas, la situación moral del clero, la administración de los sacramentos, la predicación al pueblo y el grado de observancia de los mandatos eclesiásticos por parte de los fieles”. P. ANTÓN SOLÉ, *op. cit.*, pág. 17.

⁴⁶⁹ A.P.Co, *Libro puntador*, n. IV, fol. 38.

⁴⁷⁰ *Ibidem*, fol. 36.

⁴⁷¹ El acontecer de la Guerra de Independencia en Conil ha sido estudiado por F. GONZÁLEZ UREBA, “La ocupación francesa de Conil”, *Feria y fiestas de primavera de El Colorado*, Conil, 2011; y de forma más extensa en J. ARAGÓN, J. PAZ y A. SOUTO, *Conil durante la ocupación francesa*, Ayuntamiento de Conil de la Frontera, 2004.

y, de manera extraordinaria, dos días después ejecutó además las solemnes honras “en la iglesia auxiliar que fue convento de los padres Mínimos, con doble suelto desde ayer tarde a vísperas, hasta puesto el sol, y hoy desde el amanecer hasta concluida la función, a la que asistieron todos los ministros de esta parroquia”.⁴⁷² En efecto, el convento había sido desalojado y fue en aquella coyuntura cuando desapareció su archivo. La población estuvo subyugada durante 28 meses y en 1811, en medio de la dureza extrema de la guerra, no hubo lugar ni para celebrar la aparición de la Virgen de Guadalupe con su fiesta, ni para las honras por don Miguel y sus antepasados. En 1812 se cumplieron ambas, pero en 22 y 23 de diciembre, fuera de las fechas previstas en origen.

Esta irregularidad en la fiesta en honor de la Virgen no volvió a repetirse y se celebró con arreglo a lo dispuesto en su fundación, por lo menos, hasta 1854, último registro del que disponemos. En tanto, en diciembre de 1819 falleció el presbítero y heredó el vínculo, con el patronato anejo, su sobrino José Joaquín de Dorronsoro y Parra. Era éste natural de Medina, teniente de fragata, y aparece sucesivamente avecindado en San Fernando, Chiclana y Conil. Apenas había transcurrido un siglo desde la erección de la capilla cuando don José Joaquín hubo de acometer obras para remozarla en 1821.⁴⁷³ De su aspecto recién estrenada sólo tenemos la sucinta descripción que brinda Cristóbal García Morejón en el testamento de Calderón de la Barca: que se hallaba en la primera nave del templo, cerrada por grandes cancelas de hierro torneado, con enlosado de Génova y con su retablo dorado que enmarcaba la tela con la imagen de la Virgen traída por don Miguel de México. Sirviéndonos únicamente del testamento y perdidos los Libros de fábrica pertenecientes a la Hermandad, sobre el retablo sólo cabría presumir el empleo de estuco o madera con un recubrimiento de pan de oro. En cuanto a la pintura de la Guadalupana, Morejón no tiene para ella más palabras que las relativas a su procedencia, que ni siquiera esclarecen si el lienzo vino en el equipaje de Miguel Calderón en la travesía del tornaviaje de 1708 o si fue encargado por él posteriormente.

De no haberse conservado la obra en cuestión no alcanzaríamos más allá de lo que nos permitiera el siguiente ejercicio deductivo: si García Morejón no revela la autoría del lienzo es porque carecía de firma y si no realiza un comentario sobre la

⁴⁷² A.P.Co., *Libro de entierros, testamentos y abintestatos*, n. 5, fol. 10.

⁴⁷³ F. GONZÁLEZ UREBA, *Miguel Calderón...*, pág. 4.

originalidad del tema o sus medidas, es porque se ajustaba a ‘su Sagrado Original’, es decir, a la reproducción fiel de la imagen estampada milagrosamente en la tilma del indio Juan Diego, ejecutada en masa por los pintores de los obradores novohispanos que proliferaron para abastecer la fenomenal demanda que se dio a ambos lados del Atlántico. Los españoles europeos establecidos en aquel reino regresaban llevando consigo láminas y tallas de la Virgen de Guadalupe o bien las remitían a sus familiares, iglesias y conventos de sus localidades de origen. Burócratas como Calderón de la Barca, comerciantes y religiosos, contribuyeron a la difusión de su culto por medio de imágenes que inundaron la Península, dándose una mayor concentración en “las provincias del sur de Andalucía, tierras marianas por excelencia”.⁴⁷⁴ Resulta lógico, considerando que Sevilla y después Cádiz fueron las cabeceras monopolísticas del tráfico con América y que el intercambio no era sólo de mercancías; también lo era de ideas y devociones. A partir de la segunda mitad del siglo XVII ganó en intensidad “este fenómeno de remisión artístico-devocional, que sólo se vio trastornado hasta la guerra de independencia y luego interrumpido con las expulsiones de peninsulares (1827-1829)”.⁴⁷⁵ En España la mayor parte de las pinturas que se conservan son anónimas –es natural; más adelante incidiremos en que fue el rasgo común en telas con la advocación Guadalupana–, pero a su lado menudean los lienzos señalados con la firma de ínclitos pintores mexicanos como Correa, Arellano, Avellaneda, Rodríguez Juárez, Cabrera o Villapando.

Decíamos que por ventura pervive en la capilla de la ermita de Jesús Nazareno la obra original donada por Calderón, que ratifica lo que de otro modo no pasarían de meras hipótesis –su carácter anónimo y la representación de la Virgen tocada al original de México–. Sus medidas (1,70 de alto y 1,5 de ancho) se aproximan a las de una pintura sobre lienzo, sin marco ni bastidor, que se registró en el inventario de los bienes que dejó Calderón en su morada de la calle de la Espada de dos varas de alto y vara y

⁴⁷⁴ J. GONZÁLEZ MORENO, *op. cit.*, pág. 1. El insigne historiador sevillano catalogó a mediados del siglo XX más de 3.000 imágenes en Andalucía, mil de ellas sólo en Sevilla. Asimismo, se hizo eco de las conclusiones de la primera investigación sobre la extensión del culto a la Virgen de Guadalupe: diseminadas por el territorio se contaban “cincuenta iglesias, setenta y cinco imágenes, veinte altares y once capillas”. *Ibidem*, pág. 10.

⁴⁷⁵ J. CUADRIELLO, “La propagación de las devociones novohispanas: las guadalupanas y otras imágenes preferentes”, VV.AA., *México en el mundo de las colecciones de arte*, Universidad de Colima, México, 1994, vol. II, pp. 257-289, pág. 263.

media de ancho.⁴⁷⁶ Interesa notar que, aunque era más estrecha, se le dio un valor de tasación de 240 reales de vellón, lo que quizá sirva de referente para su homóloga conileña.⁴⁷⁷

Cuando en 1821 la situación de deterioro en que se hallaba la capilla conminó a José Joaquín de Dorronsoro a repararla, ésta sin duda se debía de resentir de los envites de la guerra a su paso por Conil, de la humedad y de los años. Cabría la posibilidad de que se hubieran incorporado entonces los cuatro lienzos que contienen el ciclo de apariciones que culminan en el milagro de la estampación en el ayate o tilma del indio Juan Diego. Se trata de obras independientes, de 85 cm de altura por 63 cm de anchura, que comparten estilo, formato y un carácter marcadamente narrativo, muy alejado de la sobriedad y hieratismo de la pintura principal, de que se distancian también en sus desdibujados perfiles, escasa luminosidad y tenue colorido. Parecieran salidos del pincel de otro pintor, concebidos en un tiempo distinto, y así lo refrenda lo insólito de la representación autónoma de estas escenas, inscritas por lo general a modo de cartuchos en los ángulos del soporte –lienzo, tabla, cobre– sobre el que se representa en el centro la copia fidedigna del original. En 1761 José Mariano de Veytia afirma en sus *Baluartes de México* que “en la mayor parte de estos cuadros, estaban pintadas las apariciones”, y González Moreno añade que la proporción de pinturas del siglo XVIII conservadas en España que “presentan las tradicionales cartelas” es del 80%.⁴⁷⁸ Todos estos motivos, sumados a que García Morejón refiera una sola pintura y no cinco conformando el retablo de la capilla, hace barajar que fueran puestas en común tardíamente. Esta teoría, no obstante, se contradice con el comentario que el ilustre naturalista Simón de Rojas Clemente y Rubio introduce en su *Viaje a Andalucía* en que reseña que “es bueno el lienzo de la Virgen de Guadalupe y los chicos que acompañan y representan los milagros de esta Señora”.⁴⁷⁹ Teniendo en cuenta que inició su recorrido por la geografía andaluza en Conil en 1804, hemos de considerar que su integración en un mismo

⁴⁷⁶ Hemos tenido en cuenta para la vara castellana la equivalencia de 0,8359 m.

⁴⁷⁷ Con miras a establecer el valor relativo que se les concedía a estas imágenes, podría servirnos asimismo la Virgen de Guadalupe de 40 ducados de a 10 reales de plata, que doña Ana de Pividal escribió entre sus bienes dotales en febrero de 1687, mas no tenemos datos sobre sus medidas.

⁴⁷⁸ J. GONZÁLEZ MORENO, *op. cit.*, pág. 13.

⁴⁷⁹ S. DE ROJAS CLEMENTE RUBIO [A. GIL ALBARRACÍN (ed.)], *Viaje a Andalucía. Historia Natural del Reino de Granada (1804-1809)*, Griselda Bonet Girabet, Barcelona, 2002, pág. 102.

espacio se dio a instancias de Morejón y no de José Joaquín de Dorronsoro un siglo después de su fundación.

La disposición actual de la capilla responde a la intervención de don José Joaquín en la segunda década del siglo XIX, en que se labró de nuevo el retablo siguiendo una marcada estética neoclásica en que predominan la línea recta y la simetría. Irguiéndose sobre la mesa del altar, consta de una sola calle. Todo el espacio central lo ocupa la hermosa pintura de la Virgen, flanqueada por dos pilastras de orden jónico a cada costado. Sobre el entablamento, un frontón y cuatro florones rematan el conjunto. Por separado, aunque conformando calles laterales de dos registros culminadas por escudos familiares de los Dorronsoros, se encuentran los referidos lienzos con el ciclo milagroso. En sustitución de las molduras sobredoradas originales, se empleó madera policromada a imitación del mármol de tipo veteado. El enlosado procedente de Génova –por ende, presumiblemente marmóreo– fue sustituido por un pavimento de ajedrezado oblicuo del que hay una réplica en la base del pequeño sagrario que incorpora el banco o predela del retablo.

Sorprende al paso, en frente del altar, una baldosa sobre la que se ha grabado una inscripción que anuncia que allí descansa doña Josefa de Pareja, fallecida el 1 de noviembre de 1811. En uno de los muros, una lápida conmemorativa de grandes dimensiones informa de que su muerte acaeció en la Isla del León y de que su esposo, don José Joaquín, trasladó a aquel recinto sus cenizas. El único hijo de ambos, Juan José de Dorronsoro, abogado de los Reales Consejos, poseedor del mayorazgo y patrón de la capilla, reunió sus restos en mayo de 1864.⁴⁸⁰

⁴⁸⁰ En la inscripción todavía se puede leer: “R.I.P. AQUÍ DESCANSAN LOS RESTOS MORTALES DE LOS Sres. D^a JOSEFA DE PAREJA NATURAL DE MEDINA SIDONIA, QUE FALLECIÓ EN LA ISLA DEL LEÓN EN 1º DE NOVIEMBRE DE 1811 A LOS 33 AÑOS DE EDAD: Y SU ESPOSO D. JOSÉ JOAQUÍN DE DORRONZORO Y PARRA, OFICIAL DE MARINA, NATURAL TAMBIÉN DE MEDINA, QUE PASÓ A MEJOR VIDA EN ESTA VILLA EL 4 DE MAYO DE 1854 DE EDAD DE 82 AÑOS. AMBOS FUERON MODELOS DE CARIDAD Y DE AMOR FILIAL Y CONYUGAL. EL PIADOSO Y AMANTE MARIDO TRASLADÓ A ESTA CAPILLA LAS CENIZAS DE SU VIRTUOSA CONSORTE Y EL CARÍÑO DEL ÚNICO HIJO DE AMBOS HOY REÚNE CON LAS DE AQUÉLLA LAS DE SU PADRE A FIN DE QUE LOS QUE TANTO SE AMARON EN ESTA VIDA MATERIAL NO APAREZCAN EN ELLA SEPARADOS. DIOS HABRÁ UNIDO SUS ALMAS ETERNAS. COMO RESPETARON A SUS PADRES, SERÁN RESPETADOS P. SUS HIJOS DE GENERACIÓN EN GENERACIÓN. MAYO DE 1864”. No hay duda de que la relación paterno filial había sido entrañable, como se deduce del testamento otorgado ante escribano en Conil, en abril de 1830 - 24 años antes de su fallecimiento- por el capitán de fragata, entonces ya retirado. En este instrumento le dedicaba unas palabras a su mujer difunta, doña Josefa, y al único vástago de aquella unión que no había

1.1. EL CULTO A LA VIRGEN GUADALUPANA

La historicidad de las apariciones de la Virgen de Guadalupe al neófito Juan Diego Cuauhtlatohuac en los primeros días de diciembre de 1531, fue polémica y su crédito ha sido puesto en duda desde el mismo momento en que empezó a extenderse su devoción. Que los hechos milagrosos se produjeran en los alrededores del Tepeyácac (Tepeyac), al norte de ciudad de México, donde hasta la conquista se había rendido culto a la diosa madre de los mexicas, Tonantzin, hizo desconfiar a quienes, como fray Bernardino de Sahagún, sospechaban de su carácter idolátrico.⁴⁸¹ La historia, de conocimiento general, tendremos tiempo de repasarla cuando estudiemos los lienzos con que se aderezó el retablo de la capilla que mandó fundar Miguel Calderón en Conil. Nos interesa por el momento estudiar el proceso por el que se popularizó una advocación que fue “resultado de una doble transformación: “de un lado se impuso el nombre de una Virgen célebre en la Madre Patria y, del otro, la imagen de la Inmaculada Concepción, forjada en la España de la Contrarreforma”.⁴⁸² La filiación entre las Vírgenes homónimas es remota, guardando la mexicana mayor similitud con una talla gótica de la Concepción que se encuentra en el coro del convento jerónimo dedicado a la Virgen cacereña. Al respecto, el que fuera prior de dicho convento, fray Francisco de San José, constataba el parecido: “Por qué quiso la Virgen, habiendo de poner a su imagen mexicana el nombre de Guadalupe, se copiase a imitación de esta de

pasado de 10 meses: “don José de Dorronsoro y Pareja, que en el día existe en mi compañía, educándole y cuidándole con el cariño de un padre amante de un hijo de bendición”. A.H.P.C., *prot. de Conil*, 50, ff. 25-26. Conil de la Frontera, 21 de abril de 1830.

⁴⁸¹ Fray Bernardino de Sahagún acredita su fama como primer antropólogo moderno con su indispensable *Historia general de las cosas de la Nueva España* (Porrúa, ciudad de México, 1979). En los apéndices del libro 11, en “Adición sobre supersticiones”, se encuentra retratado el culto practicado en 1576 en “un montecillo que llaman Tepeacac y que los españoles llaman Tepequilla, y ahora se llama Nuestra Señora de Guadalupe. En este lugar tenían un templo dedicado a la madre de los dioses, que ellos llaman Tonantzin, que quiere decir nuestra madre. Allí hacían muchos sacrificios en honra de esta diosa, y venían a ella de muy lejanas tierras, de más de veinte leguas de todas las comarcas de México, y traían muchas ofrendas (...) y ahora que está ahí edificada la iglesia de Nuestra Señora de Guadalupe, también la llaman Tonantzin, tomando ocasión de los predicadores que también la llaman Tonantzin (...) y vienen ahora (...) de muy lejos, tan lejos como de antes, la cual devoción también es sospechosa porque en todas partes hay muchas iglesias de Nuestra Señora, y no van a ellas, y vienen de lejanas tierras a esta Tonantzin como antiguamente” (cfr. *Ibidem*, pp. 704-706). Reconocemos el valor del compendio de información relativa a la Guadalupana en H.M.S. PHAKE-POTTER, “Nuestra Señora de Guadalupe: la pintura, la leyenda y la realidad. Una investigación arte-histórica e iconológica”, *Cuadernos de Arte e Iconografía*, Fundación Universitaria Española, Madrid, 2003, t. XII, n. 24

⁴⁸² V.I. STOICHITA, “Imagen y aparición en la pintura española del siglo de Oro y en la devoción popular del Nuevo Mundo”, *Norba, Revista de Arte*, 1992, n. 12, pp. 83-101, pág. 96. Sostiene Stoichita el carácter sincrético de la imagen, cuya adecuación al modelo ‘inmaculista’ se fraguó a lo largo del tiempo, hasta su “formulación definitiva con el escrito del bachiller Sánchez” en 1648. Cfr. *Ibidem*, pág. 97.

nuestro coro, y no de la célebre, antiquísima y principal portadora de este nombre, toca a los juicios de Dios, que no debemos investigar curiosos, sino venerar rendidos”.⁴⁸³

En 1648, el bachiller y sacerdote mexicano Miguel Sánchez publicó la obra impresa por la que se dieron a conocer las epifanías, bajo el título *Imagen de la Virgen María, Madre de Dios de Guadalupe, milagrosamente aparecida en la ciudad de México*, que por su forma y contenido se inscribe en la órbita cultural europea. Sorprende por su “*extravagant criollismo, which saw the people of Mexico as a new chosen people and Mexico City as a new Jerusalem*”,⁴⁸⁴ y aunque según ha apuntado Fayard, Sánchez no era un revolucionario –decir algo semejante sería incurrir en un anacronismo–, su discurso encaja con el de un patriota criollo que celebra a la Virgen de Guadalupe como “*the first creole woman, a native of this land*”.⁴⁸⁵ Consecuentemente, la Guadalupana era una segunda Eva y sus hijos, los habitantes del reino de Nueva España, podían estar orgullosos de considerarse el nuevo pueblo elegido. En 1649, con apenas unos meses de diferencia, se publicó el *Nican mopohua* –en náhuatl, ‘aquí se cuenta’–, de discutida autoría y posible fuente en la que bebiera la composición del bachiller Sánchez. Lo único seguro es que fue transcrito y dado a imprenta en 1649 por Lasso de la Vega, entonces vicario del santuario del Tepeyac. Alejado de las florituras barrocas y del lenguaje culto empleado por Sánchez, tiene por audiencia a los indios e incorpora datos que completan y en algunos puntos contradicen la versión de la *Imagen*. En cualquier caso, ambos documentos tienen en común el que por primera vez queda descrita la imprimación sobre la tilma, otorgándosele un origen sobrenatural que sirvió para cimentar el sentimiento de orgullo antes aludido, que se contagiaria entre las gentes de la Nueva España y que se resumió en la fórmula que a menudo aparece inscrita en las representaciones pictóricas de la Guadalupana: “*non fecit taliter omni nationi*”.⁴⁸⁶

⁴⁸³ Fray F. de SAN JOSÉ, *Historia Universal de la primitiva y milagrosa imagen de N^a Sra. De Guadalupe*, Imprenta de Antonio Martín, Madrid, 1743, pág. 146.

⁴⁸⁴ C.M. STAFFORD POOLE, *The Guadalupe Controversies in Mexico*, Stanford University Press, 2006, pág. 3.

⁴⁸⁵ J. LAFAYE, *Quetzalcoatl and Guadalupe: The formation of Mexican National Consciousness (1531-1813)*, University of Chicago Press, 1987, pp. 249-251.

⁴⁸⁶ El padre Stafford Poole reflexiona al respecto en la obra ya citada: *The Guadalupe Controversies in Mexico*, Stanford University Press, 2006.

La devoción se divulgó por medio de la palabra impresa pero mayor, si cabe, fue el papel que jugó en su difusión la imagen. En el siglo XVII algunos pintores tuvieron acceso al ayate que se guardaba en el humilde templo del Tepeyac –se sucedieron las ermitas en el lugar señalado por la Virgen a Juan Diego, edificándose después dos santuarios, el segundo de los cuales, de Pedro de Arrieta, se inauguró en medio de fastuosas celebraciones en 1709,⁴⁸⁷ apenas unos meses después de que Calderón de la Barca hubiera abandonado Nueva España– y obtuvieron calcos del original que sirvieron para sacar nuevas copias. El pintor mulato Juan de Correa fue uno de los primeros que dispuso de un calco sobre papel aceitado que empleaba a modo de plantilla, según el testimonio de su discípulo, José de Ibarra, recogido por Miguel Cabrera en la *Maravilla Americana*:

“Le tomó perfil a la misma imagen original (...) del tamaño de la misma Señora, con el apunte de todos sus contornos, trazos y números de estrellas y de rayos; y de este dicho perfil se ha difundido muchos, de los que se han valido y se valen hasta hoy los artífices”.⁴⁸⁸

Así es como se nos presenta Nuestra Señora de Guadalupe en la tela donada por Miguel Calderón para presidir la capilla: como una copia fidedigna del original, arreglada a él en sus contornos, en su proporción, número de estrellas y de rayos. La Virgen aparece suspensa en el aire y aislada sobre un fondo neutro, como una “*Mulier amicta sole*”:⁴⁸⁹ envuelta en rayos solares, de pie sobre un creciente de luna. La sustenta un ángel de tez morena y alas de plumas divididas en franjas azules, amarillas y rojas. Las facciones de la Virgen son europeas, pero su carnación más oscura busca asemejarla a la de los indios. Tiende a un gris apagado que contrasta vivamente con el dorado de la

⁴⁸⁷ El segundo santuario fue bendecido el 27 de abril de 1709 y en la tarde del día 30 se trasladó procesionalmente la imagen al nuevo edificio proyectado por Arrieta. La ausencia de una relación impresa del acontecimiento la “suple con creces” una pintura, posible encargo del virrey duque de Albuquerque para conmemorar los fastos, firmada en una cartela por Arellano –aun está por dilucidar si Antonio o Manuel–. El óleo sobre lienzo retrata con calidad topográfica el suceso y constituye un retrato verídico del “microcosmos sociorreligioso en el que conviven armónicamente grupos jerárquicos y sociales muy distintos entre sí”, conformando “una sola identidad colectiva”. M.C. AMERLINCK DE CORSI, “El santuario de Nuestra Señora de Guadalupe en 1709”, *Boletín de Monumentos Históricos*, Septiembre-diciembre 2010, México, D.F., n. 20, pp. 7-25, pág. 15. Declarado Bien de Interés Cultural en 2011, forma parte de una colección particular.

⁴⁸⁸ J. CUADRIELLO, *op. cit.*, pág. 268.

⁴⁸⁹ V.I. STOICHITA, *op. cit.*, pág. 83. La imagen apocalíptica de la “Mujer envuelta en el sol, con la luna debajo de sus pies” descrita por San Juan sirvió para configurar iconográficamente a la Inmaculada Concepción, con la que la Guadalupana guarda una estrecha relación de parentesco, según indicamos.

corona y de las ráfagas que emanan de ella, de las estrellas y de los ribetes y fimbria del manto. Viste una túnica rosada decorada con arabescos y un manto celestial, azul verdoso y cuajado de estrellas, que la envuelve y pende en uno de los lados por encima de la luna en cuarto creciente. Se pueden apreciar tres cuartos del rostro, inclinado hacia su diestra, hacia donde se orienta ligeramente el resto cuerpo. Sugiere la postura que sostiene el peso sobre la pierna derecha, mientras la izquierda descansa y se dobla a la altura de la rodilla, generando un bello juego de pliegues en la túnica. La ilusión del bulto sobresaliente se obtiene mediante una gradación delicada del color. Su actitud es de recogimiento, como insinúan los párpados bajos y las manos juntas en señal de oración.

Para entender el alto valor de mercado que adquirieron estas copias “tocadas a su original”, hay que tener en cuenta que, en la medida en que la imagen “verdadera” dispensaba favores, se esperaba que “sus consabidos poderes” se traspasasen por contacto a las obras que guardaban correspondencia con el milagroso ayate.⁴⁹⁰ La acuñación de un modelo iconográfico conllevaba, a todos los efectos, la exclusión de la idea de originalidad, imponiéndose el carácter funcional sobre el artístico. Esta subordinación explica igualmente que la mayoría de las copias carezcan de firma. Lo que, por otra parte, no fue un rasgo singular del arte religioso novohispano, sino común a todos los reinos de Indias:

“Preocupaba que la obra estuviera bien hecha y sirviera para sus fines, no había ansiedad de “obras únicas” ni de privilegios de excepción. Por ello habrá centenares de cuadros similares de la Virgen de Guadalupe, de la de Pomata, de Copacabana o de la de Chiquinquirá, porque la repetición del modelo icónico no hace más que ratificar el imaginario y facilitar la identificación del mensaje”.⁴⁹¹

Cierto que el mensaje arraigó. El sentimiento piadoso prendió con intensidad entre los indios y se extendió con rapidez a tal punto que “todas las castas del virreinato se identificaron con la Guadalupana. Su condición milagrosa y su carácter popular la

⁴⁹⁰ De ahí la frecuente inscripción en las pinturas que avalaba la exactitud de la copia. J. CUADRIELLO, *op. cit.*, pág. 263.

⁴⁹¹ R. GUTIÉRREZ CONICET, “Los circuitos de la obra de arte. Artistas, mecenas, comitentes, usuarios y comerciantes”, en VV.AA., *Pintura, escultura y artes útiles en Iberoamérica, 1500- 1825*, Cátedra, Madrid, 1995, pp. 51-82, pág. 63.

hicieron triunfar sobre el resto de las advocaciones”.⁴⁹² Pronto recibió el respaldo de los altos cargos de la Iglesia novohispana, lo que se constata en que para finales del siglo XVII se habían erigido altares para honrarla en las iglesias catedrales de Puebla, México y Oaxaca. Los virreyes y gobernantes civiles también participaron de su culto y dotaron a esta Virgen generosamente.⁴⁹³ Se contagiaron de su fervor los forasteros, comerciantes y funcionarios peninsulares, que junto a los religiosos –mayormente franciscanos y jesuitas– contribuyeron a propagar la adoración a la Virgen del Tepeyac en Castilla. No resulta difícil imaginar que la tela que doña Ana de Pividal tenía entre sus bienes dotales en 1686 hubiera sido adquirida por su primer marido, el cargador Blas Mateo de Vargas, o por el capitán Domingo de Pividal en uno de sus viajes a Nueva España. Este fenómeno espontáneo de importación de láminas, tallas, cobres, lienzos, enconchados... se acentuó, según mencionamos, a partir de 1670 y fue posible gracias a que los talleres mexicanos trabajaron a pleno rendimiento para satisfacer, por medio de obras de variable hechura y calidad, una demanda interior y exterior al alza.⁴⁹⁴

Para la expansión del ‘guadalupismo’ en el siglo XVII hay una obra clave de la que hasta ahora no hemos hecho mención. Se trata de la *Felicidad de México en el principio y milagroso origen que tuvo el Santuario de la Virgen María, Nuestra Señora de Guadalupe*, de Luis Becerra Tanco, cuya primera impresión data de 1675, tres años después de la muerte de su autor. Hombre de extraordinaria erudición, Becerra Tanco era natural de las minas de Taxco, donde nació en 1603. Reivindicó con entusiasmo ante la Santa Sede la institución de una fiesta y oficio propios de la Guadalupana, defendiendo con este fin la historicidad de los sucesos. La demanda que conoció su *Felicidad de México* explica que en 1685 se llevase a cabo una segunda impresión, esta vez en Sevilla y, lo que para nuestra investigación resulta más interesante, esta edición estuvo ilustrada con cuatro grabados de Matías de Arteaga y Alfaro, reconocido aguafuertista hispalense, discípulo de Valdés Leal. La popularidad alcanzada por sus

⁴⁹² P. BAREA AZCÓN, “Pintura guadalupana en Cádiz”, *Atrio*, Universidad Pablo de Olavide, Sevilla, 2007-2008, n. 13 y 14, pp. 37-52, pág. 42.

⁴⁹³ J. CUADRIELLO, *op. cit.*, pág. 259.

⁴⁹⁴ En concreto, como apuntamos, se daba una mayor estimación a las copias fieles del original, a las que se atribuían cualidades milagrosas: “El exceso de pedidos mercantilizó las reproducciones guadalupanas, cotizándose a alto precio las ‘tocadas al Sagrado Original’”. J. GONZÁLEZ MORENO, *op. cit.*, pág. 7. Anteriormente nos detuvimos sobre este asunto para hacernos eco de las cifras propuestas por este investigador. La importancia del fenómeno nos conduce a insistir nuevamente e introducir algunas notas expresivas.

estampas en la Nueva España se debió a la habilidad con que Arteaga compendió las apariciones, en las que mostraba a la Madre de Dios inscrita en una mandorla de nubes, a Juan Diego con los atributos del peregrino y a una miríada de ángeles dinamizando las tres primeras escenas. Tomando como punto de partida los grabados de Arteaga y siguiendo un esquema iconográfico cuya invención se atribuye a Correa, se popularizó la representación del ciclo de las apariciones en compañía de las ‘verdaderas imágenes’. Las escenas se inscribían a modo de medallones o cartelas –a menudo de formas poligonales, entrelazadas por motivos ornamentales de carácter floral, querubes, símbolos marianos, etc.– en las esquinas del lienzo, añadiéndose con frecuencia a los pies de la Virgen una quinta cartela con una vista del Tepeyac.⁴⁹⁵

1.2. APUNTES SOBRE LAS PINTURAS DEL RETABLO CONILEÑO

Por lo general, los episodios se ordenaban siguiendo la lógica de lectura del espectador occidental, es decir, de izquierda a derecha, situándose la primera aparición a Juan Diego en el ángulo superior izquierdo y cerrando la secuencia la impresión milagrosa en la tilma en la esquina inferior derecha. En Conil se ha invertido el orden de la narración, lo que obliga a realizar una lectura en sentido inverso a las agujas del reloj, comenzando por el extremo superior derecho. Menos frecuente aún es que se haya dedicado un lienzo individual a cada una de las cuatro apariciones, a pesar de que en España existen otros ejemplos en retablos localizados en la mezquita-catedral cordobesa –en uno de los muros de la capilla de San Nicolás de Bari–, en la iglesia navarra de San Andrés de Morentin y en el convento de la Concepción de Ágreda, Soria.⁴⁹⁶

Constreñidos por el rigor de la representación de la imagen impresa en la tilma, era en estas escenas donde los artistas trabajaban con mayor libertad y es habitual

⁴⁹⁵ “Resulta difícil precisar cuándo se representaron por primera vez, juntas, en la pintura guadalupana, las Cuatro Apariciones”, si bien la obra más antigua que responde a este tipo es de Correa y se ha datado en 1667. Lo que es irrefutable es que los grabados que ilustraban las obras impresas fueron empleadas por los pintores como modelos para sus composiciones. E. VARGAS LUGO, “Algunas notas más sobre iconografía guadalupana”, *Anales del Instituto de Investigaciones Estéticas*, México, 1989, n. 60, pp. 59-66, pág. 62.

⁴⁹⁶ P. BAREA AZCÓN, “Iconografía de la Virgen de Guadalupe en España”, *Archivo Español de Arte*, CSIC, Madrid, 2007, n. 318, p. 177-206.

identificar elementos que permiten asociar las obras con un determinado pintor. No sucede así en el caso presente, pero existe una marcada cercanía formal con las mencionadas estampas de Matías de Arteaga que ilustraban la edición sevillana de la *Felicidad de México* de 1685. Iniciaremos el análisis de las pinturas en que se concretizan plásticamente los milagros en la capilla conileña, atendiendo a la escena en que la Virgen se hace visible por primera vez en lo alto del cerro del Tepeyac al indio Juan Diego, que se sintió atraído hacia la cima por el canto exquisito de los pájaros al alba. En el grabado de Arteaga, la Reina del Cielo ocupa la mitad derecha de la composición, suspenda entre espesas nubes y cabezas de querubines que la enmarcan, y Juan Diego –vestido como un viajero, calzando unas sandalias y apretando contra el pecho el gorro del peregrino- le acompañan dos ángeles que le ayudan a interpretar la visión. Sobre ellos, en un rompimiento de gloria unos ángeles que portan instrumentos simbolizan la música celestial que guió los pasos del indio. En la representación de la capilla de Miguel Calderón han desaparecido –o están ocultas bajo el marco– las cabezas de los querubines que orlan la Aparición entre nubes, pero la diferencia más notable está en la gesticulación. Juan Diego no aparece detenido, contemplando a la Virgen mientras entablan un silencioso diálogo, sino que el modo de sostener el bardón, formando una marcada diagonal, y la disposición de las piernas sugieren que la figura está en movimiento y camina impulsada por los dos ángeles a su espalda. Hacia uno de ellos gira la cabeza, para escuchar la explicación que le brinda, en vez de buscar con la mirada las alturas.

El segundo episodio ilustra el instante en que Juan Diego se ve sobresaltado por el encuentro con María cuando iba en busca de un sacerdote que atendiese a su tío moribundo. En esta ocasión, tanto en el lienzo de Conil como en el grabado de Arteaga, la Virgen está situada a la izquierda y el indio vuelve hacia ella el rostro al ser interpelado. El cielo nocturno se abre sobre él para dejar que asome una corte de ángeles músicos. En la tela, el cuerpo de Juan Diego echado al frente y el vuelo de los ropajes hacen notar la velocidad con que se conducía hasta ese mismo instante –en su lugar, en la estampa aparecía más sosegado, en compañía de un ángel–. Se advierte que su figura, por otra parte, está levemente desproporcionada con respecto de los demás elementos compositivos, lo que acusa cierta torpeza del pintor.

La tercera escena del ciclo muestra a Juan Diego arrodillado en el plano inferior derecho, desplegando su tilma ante la Virgen para ofrecerle las flores que cortó y reunió tras subir a la cima del cerrito a instancias de Ella –la presencia de vegetación era ya de por sí prodigiosa, en tanto que era invierno y el suelo, salitre y ríscoso, era poco propicio para el cultivo–. La Virgen de Arteaga separa las manos de forma expresiva, rompiendo con su tradicional inmovilidad y rigidez, y el cielo está poblado de querubines y ángeles músicos. El artífice del lienzo, en cambio, presenta a María sosteniendo una rosa que ha tomado del hueco del ayate rebosante de flores azules, rojas y lilas. En el rompimiento sobre Juan Diego, se cuentan únicamente tres ángeles cantan o hacen sonar sus instrumentos –apenas puede distinguirse un laúd y una trompeta–. Es posible que las facciones del indio hayan sido alteradas a posterioridad, lo que explicaría el prominente perfil. El contorno desdibujado, la mancha azulada en torno a la cabeza y el tronco, que rompe con el fondo compacto de nubes, sugieren, en efecto, que se han introducido repintes.

Por último, en una sala del palacio del obispo de México fray Juan de Zumárraga asistimos al descubrimiento de la imagen de Nuestra Señora de Guadalupe que las flores han impreso, grabado o pintado en el ayate. De las cuatro pinturas, diríase que ésta es la de mayor calidad, como se aprecia en los hábiles escorzos –particularmente lograda está la perspectiva en la figura que invade el primer plano, a la izquierda del indio–, en la suave elocuencia de los gestos de sorpresa y admiración ante el milagro, y en la cuidada caída y transparencia de las telas –véase el sutil juego de blancos del hábito franciscano del obispo–. Bajo un rico dosel carmesí, Zumárraga aparece arrodillado frente a la tilma que un Juan Diego rejuvenecido en relación a las demás escenas, despliega ante sus ojos y ante los tres testigos que participan de la sorpresa ante el prodigioso suceso. En este caso las reminiscencias no son de Arteaga. De las interpretaciones del asunto documentadas, evoca la representación que hace del milagro el mexicano Juan de Arellano en el cuadro dedicado a la Virgen de Guadalupe que alberga el Los Angeles County Museum of Art (LACMA), fechado en 1691. El parentesco es palpable, a pesar de que no exista la misma familiaridad entre las otras tres pinturas conileñas y el ciclo aparicionista de la citada obra de Arellano.

En resumidas cuentas, la calidad desigual de los lienzos laterales de la capilla guadalupana de Miguel Calderón y las señas cambiantes del indio hacen suponer que se aplicaron a su producción los pinceles de más de un pintor. Una inspección más detenida descubre pequeñas disimilitudes en las expresiones de la Virgen y del ángel que la sustenta en las distintas escenas, lo que apunta en la misma dirección, aunque, a grandes rasgos, el diseño de las figuras, el formato, el colorido... sean coincidentes y pongan de manifiesto que fueron concebidos como conjunto. La luminosidad general, la elegancia de la figura y la claridad de las finas líneas que dibujan a la Guadalupeana en la tela de mayor tamaño revelan, por otra parte, una autoría dispar. No existe enlace entre los óleos que contienen los pasajes de la narración y el lienzo que alían más allá de la circunstancia de que alguien –seguramente Morejón– decidió juntarlos en un mismo retablo. En cuanto al estado de conservación, los peor parados son los cuadros de las apariciones y en particular los situados a la izquierda del retablo: las superficies presentan salpicaduras blancas del enfoscado que reviste los muros de la ermita. Asimismo, roces y humedades han causado un serio deterioro: en algunas zonas se ha craquelado la pintura, desprendiéndose los pigmentos y dejando al descubierto la base de la tela. El caso más grave se da en la Segunda Aparición, en que el lienzo ha sido perforado, puede que como resultado de una quemadura. El cuidado ha sido, a todas luces, insuficiente, como quizá también lo hayan sido los recursos para el mantenimiento del templo. En la década de los 70 del siglo XX fue necesario someter el edificio a rehabilitación para reparar los daños que llevaron a su clausura. De unos años a esta parte, la Hermandad de Nuestro Padre Jesús Nazareno busca fondos con que costear de nuevo la restauración para mantenerlo abierto al culto. En junio de 2015 entró en vigor una campaña recaudatoria mediante la que se pretende: “el arreglo y reposición de la cubierta, saneamiento y reposición de enfoscados para su adaptación a la normativa vigente, pulido y embellecimiento de suelos, arreglo de la puerta principal y ventanas, enlucido de fachada y recuperación del campanario”.⁴⁹⁷ El plan de medidas es ambicioso, mas se echan en falta disposiciones encaminadas a reparar los menoscabos y asegurar la preservación de las pinturas.

⁴⁹⁷ www.pasionygloriasdeconil.blogspot.com.es/ La noticia de la “Campaña Pro-Restauración” se hizo pública en una entrada de 8 de junio de 2015, consultada el 19 de septiembre de 2015.

2. IGLESIA PARROQUIAL DE SANTA CATALINA

El que fuera templo mayor de la villa desde su fundación en el siglo XV y hasta principios del siglo XX, necesitaba también de reformas que emprendió García Morejón atendiendo, una vez más, a las disposiciones testamentarias de Miguel Calderón. Reconstruyó la estructura de la torre campanario e hizo cuanto fue preciso para el lucimiento de la sacristía, renovando los cuartos sobre ella y colocando en su interior el crucifijo tallado en marfil remitido por Calderón con un sitial de terciopelo carmesí. Se encargó a diestros ebanistas la confección de una cajonera grande para la sacristía y de un facistol labrado para el coro, ambos de caoba, y se aprovisionaron las vigas, clavazón y alfarjías para formar la armazón para el techado de las naves laterales.

Capítulo aparte merece la donación de una custodia muy rica de plata dorada y de distintas alhajas para la procesión del Santísimo Sacramento en la solemnidad del Corpus, cuya celebración –fomentada por el espíritu contrarreformista post-tridentino–, gozaba de un fuerte arraigo en todo el orbe católico. En el testamento que redactó Morejón en 1724 no aparecía expresado el día y sólo se apuntaba que la entrega había tenido lugar en julio de 1721. Gracias al instrumento otorgado por el vicario y mayordomo de fábrica de la parroquia podemos precisar que fue el día 18 cuando, tras ser convocados junto al escribano a las casas que don Cristóbal poseía en Conil, se hizo efectiva la donación del ostensorio “de plata dorada, de singular hechura”, de las andas doradas y estofadas para llevarlo a hombros, de ocho cartelas de bronce plateadas y ocho ramos de flores con sus pies torneados y dorados.⁴⁹⁸ Dio también cuatro faldones, cuatro estolas y cuatro cojincillos o almohadillas para llevar las andas, todo de damasco blanco guarnecido de cuchillejo de oro, con sus cintas o colonias para atarlos. Quedaba completo así el ajuar procesional que ya había empezado a configurar Calderón un año antes, cuando obsequió, como quedó descrito, una pareja de ciriales de plata, el palio, un paño de atril y un guión de procesión del Santísimo. Para dar mayor lustre y solemnidad a la fiesta, el poseedor del vínculo fundado por Calderón de la Barca debía entregar cada año 100 ducados a la fábrica parroquial, la mitad de ellos para la cera de la custodia, procesión y altar del día del Corpus y su Octava. Los otros 50 ducados se destinarían al sochantre de la parroquia en aumento de la congrua de su salario, para

⁴⁹⁸ A.H.P.C., *prot. de Conil*, 121, fol. 16.

acrecentar la estima de la sochantría y que fuera apetecida por quienes tuvieran buena voz y formación en canto gregoriano. Todo lo cual reguló don Cristóbal a partir de las instrucciones de Calderón, y así lo expresó al otorgar el testamento, “para que siempre conste la devoción y afecto de dicho señor a su iglesia y patria”.⁴⁹⁹

El templo de Santa Catalina sobrevivió durante dos siglos más gracias a que fueron muchas y costosas las reformas introducidas en ese tiempo, que alteraron sustancialmente el aspecto y composición del edificio. La última gran obra fue la acometida en la penúltima década del siglo XIX a instancias del padre Caro, el entonces párroco. En la nueva construcción, estrenada en 1891, se descubrieron pronto fallas que fueron ganando importancia y gravedad. En 1930 el estado de avanzada ruina aconsejó la clausura de la iglesia y el traslado de la parroquia al antiguo convento de la Victoria – extinto tras la desamortización de Mendizábal–, dispersándose entonces los bienes muebles.⁵⁰⁰

La sacristía del que fuera convento de Mínimos de San Francisco de Paula y actual sede de Santa Catalina, guarda en su interior un rico tesoro que todavía no ha sido dado a conocer. Felizmente, entre las piezas que conforman la colección es posible identificar con práctica certeza las que fueron donadas o legadas por Calderón por vía testamentaria. Entre todas las obras sobresale el rico ostensorio entregado por Morejón en 1721 –no hay constancia de una donación semejante a las iglesias de la villa que pudiera llevar a confusión–, que continúa saliendo a procesionar en cada festividad de la Eucaristía. Fue reseñado por E. Romero de Torres en 1907-1909 como “una custodia de plata sobredorada, de estilo barroco, regalo, según tradición, de don Pedro Calderón de la Barca, que donó también a la catedral de Cádiz otra, llamada del «Millón»”.⁵⁰¹ Es remarcable la confusión entre nuestro personaje y el célebre autor de *La vida es sueño*. Romero de Torres no establece su autoría, que hasta el día de hoy no había sido consignada. Como aportación clave de esta investigación procedemos a revelar los

⁴⁹⁹ Testamento otorgado por don Cristóbal García Morejón en virtud de poder para testar. Ante Gabriel Bravo Navarro, escribano público. 19 de mayo de 1724.

⁵⁰⁰ A. SANTOS GARCÍA et al., *Patrimonio Cultural de Conil...*, pp. 37-39.

⁵⁰¹ E. ROMERO DE TORRES, *Catálogo monumental de España. Provincia de Cádiz (1908-1909)*, Ministerio de Instrucción Pública y Bellas Artes, Madrid, 1934, pág. 393. De la iglesia de Jesús Nazareno apenas menciona, en el apartado de pintura, que “tiene un retablo con la Virgen de México y cuatro tablas regulares a los lados, que representan milagros”.

frutos del cuidadoso examen de ésta y de las demás piezas que consideramos que pudieron ser obsequiadas por Miguel Calderón.

2.1. CUSTODIA DE JUÁREZ DE MAYORGA

No hay duda de que se trata de la custodia legada por Calderón de la Barca por disposición testamentaria, aunque con añadidos posteriores. Así sucedió, por una parte, con el sol, como demuestra el cerco de nubes y ráfagas, de numerosos rayos de diferente longitud. Una estructura que fue utilizada en distintos centros plateros peninsulares durante los reinados de Carlos III y Carlos IV. A excepción del viril y de uno de los nudos del astil que describiremos a continuación, el resto de la obra, con sus dos templetes y pie, pertenece al siglo XVI. Sus medidas principales: considerando la cruz del colofón, alcanza 80 cms. de altura; el sol tiene 36 cms. de diámetro y 10 cms. el cristal del viril; el diámetro de la base, debido a las grandes escotaduras, oscila entre 26 y 31 cms. En la superficie del pie se aprecia, aunque frustra, la marca «MA/OR/.A», que corresponde al platero Jorge de Mayorga, que hasta fechas recientes se tenía por Pero o Pedro Xuárez de Mayorga. Una exhaustiva investigación de Javier Abad ha permitido esclarecer la identidad del que se tiene por “uno de los mayores orfebres de Guatemala”.⁵⁰² Nacido en León hacia 1525 en el seno de una familia ilustre, debió de marchar a las Indias hacia 1553, estableciéndose en Santiago de los Caballeros, donde está documentado hasta finales del siglo XVI. Su muerte debió de acaecer en los últimos años de la centuria.

Se desconocen los motivos que le llevaron a instalarse en Santiago de Guatemala, tercera capital de la Capitanía General y cabecera de la Real Audiencia de los Confines desde 1549, convertida en la segunda mitad del siglo XVI en un importante centro urbano, político y administrativo, y también escenario en que coincidieron maestros plateros de gran talento. Uno de ellos, quizá el más destacado, fue Mayorga, que además de trabajar en su obrador debió de ocupar durante algún tiempo el

⁵⁰² J. ABAD VIELA, “Plateros de Guatemala. El platero Jorge de Mayorga, anteriormente conocido como Pero Xuárez de Mayorga”, J. RIVAS CARMONA (coord.), *Estudios de Platería, San Eloy*, Universidad de Murcia, 2013, pp. 19-37, pág. 37. La identificación ha sido posible gracias a la labor de investigación en los archivos guatemaltecos de este autor, para el que la formación del platero leonés debió de darse en España; en concreto, pudo aprender el oficio de la mano de Enrique y Antonio de Arfe. *Ibidem*, pág. 24.

puesto de ensayador y marcador de la Real Caja. Hay constancia de que recibió encargos de la orden dominica, para la que debió de labrar Mayorga la custodia que se conserva en Conil, en la que identificamos el punzón que Abad Viela señala como de uso posterior a 1569-1570. Por razones de semejanza estilística y formal, no debe alejarse mucho de esta fecha, en que se ha datado una cruz de altar subastada por Sotheby's en 2007 y que forma hoy parte de los fondos del LACMA. El pie del ostensorio contiene, por otra parte, una marca en que se distingue una M grande que es la misma que Abad ha catalogado como «A2» y que ha de corresponder al ensayador, cuya identidad todavía se ignora.⁵⁰³

La estructura del astil se compone de dos templetes separados con un nudo liso periforme invertido, que hubo de añadirse en la primera mitad del siglo XVIII, cuando se reformó la pieza, separándose entonces los templetes. Esta misma disposición de los templetes se reproduce en una cruz procesional de Jorge de Mayorga, en el Museo Nacional de Historia de México, en el Castillo de Chapultepec, y en un cáliz subastado en 2008 por la casa antes en octubre de 2008 y que C. Esteras atribuye a un maestro platero activo en Guatemala en el mismo periodo que Mayorga.⁵⁰⁴ Igualmente, descubrimos la superposición de templetes en un cáliz sorprendentemente parecido al anterior, conservado en el Museo Nacional de Historia de Guatemala, reconocido como obra de Lorenzo de Medina,⁵⁰⁵ y en la referida cruz de altar del LACMA. Los ejemplos citados y otras piezas guatemaltecas muestran que esta articulación fue constante y ratifican que los dos cuerpos del astil de la custodia conileña iban unidos o cercanos, siguiendo este patrón característico: el menor sobre el mayor, pero no con el nudo entre ellos.

⁵⁰³ Esta marca «M» – fue dada a conocer por Cristina Esteras en 1992, que reconoció en ella la impronta incuestionable del marcador. La encontró en un cáliz de una colección privada mexicana (inédito), en compañía de la variante de la marca «MA/.IOR/.GA», como sucede en el pie de la custodia conileña y en una cruz procesional que perteneció a la iglesia de Sacatepéquez (también inédita). C. ESTERAS, *La platería de la Colección Várez Fisa. Obras escogidas (siglos XV-XVIII)*, TF Editores, Madrid, 2000, pág. 57.

⁵⁰⁴ Se encuentra entre los objetos incluidos catalogados como “*European silver, gold boxes and objects of Vertu*” de la subasta de 30 de octubre de 2008. El catálogo está disponible para consulta en www.sothebys.com/en/auctions/ecatalogue/lot.171.html/ C. Esteras infiere de las marcas que la autoría se debe al platero Opiriz.

⁵⁰⁵ M. ÁLVAREZ, “La platería guatemalteca”, *Boletín de los Museos*, Dirección de Museos y Centros Culturales, Ciudad de Guatemala, junio 2010, vol. 3, pp. 5-13, pág. 8. Este cáliz, una de las piezas más destacadas del tesoro conservado en el Museo Nacional de Historia, fue catalogado por C. Esteras como obra de Lorenzo de Medina, que debió realizarlo en torno a 1560.

El templete más pequeño tiene una altura de 9 cms., y 10 cms. el de mayor tamaño. Ambos templetes son de planta hexagonal y contienen, en los lados menores, cabezas de ángeles, huesos y otros adornos inscritos en hornacinas. En las caras principales, las figuras de santos visten el hábito dominico y se cobijan en hornacinas dobles de medio punto, separadas por una columna abalaustrada lisa. Los ángulos se han señalado con una superposición de columnas del mismo tipo, rematadas por niños. La crestería es idéntica en ambos templetes: lleva una medalla con rostro humano en el centro, entre seres monstruosos de medio cuerpo, y cintas en el resto; todo labor relevada y calada.

Entre los santos se distingue a algunos de los miembros más preclaros de la orden de Predicadores, como Santo Tomás de Aquino, Santo Domingo y Santa Catalina de Siena. Otros, que portan sencillas filacterias resultan más difíciles de identificar. En cuanto al pie, es estrellado y escalonado, con escotaduras grandes y menores en la base. La superficie se adorna con hojas de acanto, veneras y otros adornos superpuestos en la zona inferior, y cabezas barbadas en contornos mixtilíneos, rematados por bolillas. Aunque incompleta, resulta excepcional que se haya conservado en el depósito parroquial hasta nuestros días, pues no hemos de perder de vista que son raras en extremo las piezas de origen americano labradas en el siglo XVI que han superado todas las incidencias que en el transcurso del tiempo les pudieron afectar. Siguiendo este razonamiento, es justo afirmar que se trata de una obra única, en la que confluye además la circunstancia de haber salido del taller de “uno de los grandes plateros hispánicos”.⁵⁰⁶ Por estos motivos de envergadura merece sobradamente ser rescatada para la historiografía artística.

2.2. CÁLIZ MEXICANO

En el repertorio de piezas entregadas por Calderón de la Barca personalmente durante su estancia en Conil, en mayo de 1720, al párroco y vicario de las iglesias de la

⁵⁰⁶ C. ESTERAS, *op. cit.*, pág. 58. Esa es la conclusión de la doctora Esteras tras el análisis crítico y descriptivo del cáliz de la colección Várez Fisa, anteriormente citado por contener las mismas marcas, «M» y «MA/IOR/GA», que la custodia. Cabe reseñar que, estilísticamente, no hay ninguna analogía entre ambas piezas y otras que igualmente se han atribuido a este platero en tanto que portaban el punzón con alguna de las dos variantes de su apellido patronímico. Ello nos plantea interrogantes y nos lleva a pensar que Mayorga pudo actuar también como marcador. Es de esperar que nuevas investigaciones en este sentido aporten algo de luz sobre la cuestión.

villa, figuraba un conjunto de plata sobredorada formado por un cáliz con patena, vinajeras, plato y campanilla, “todo muy rico”. De este juego únicamente estamos ciertos de poder reconocer un cáliz, que ha perdido su patena, y que ostenta por partida doble el punzón de la ciudad de México en la base. Ambas impresiones son parciales, pero en ellas se reconoce sin lugar a dudas la marca de localidad de la capital novohispana: una cabeza de Hércules de perfil izquierdo sobre la letra M, entre columnas y baja corona. No muestra marcas ni del artífice ni del marcador.

Se trata de un magnífico ejemplar, notable por su belleza y calidad artística. Sus medidas: 26 cms. de altura, 17 cms. de diámetro de base y 9 cms. de boca. El desconocido artífice ha distribuido y equilibrado los cuerpos de forma magistral, lo que revela un gran dominio técnico. La exuberancia ornamental es propia del barroco mexicano en la transición del siglo XVII al XVIII. En el basamento, circular y escalonado, los bordes verticales del primer y tercer escalón contrastan con el abombamiento del segundo, que nace estrangulado.⁵⁰⁷ En él descubrimos superpuestas cuatro cabezas de querubes, que se alternan rítmicamente con adornos geométricos, cincelados de medio relieve, mientras que los espacios libres se han cubierto con punteado de motivos fitomorfos.

El astil de tipo balaustral se articula a partir de cuerpos cilíndricos y ovoides, y presenta una variación de superficies lisas, cinceladas y punteadas, Como en el pie, en uno de los nudos sobresalen cuatro cabezas aladas, casi de bulto redondo. Destaca la decoración vegetal superpuesta y calada en la moldura superior, como también caladas están las grandes hojas de acanto de la subcopa. La copa, ligeramente acampanada, está partida a la mitad por un doble baquetón saliente. El cuidado manejo de las proporciones, la lograda calidad formal y ornamental, convierten este cáliz en una muestra singular del excelso arte de la platería practicado en los talleres novohispanos.

⁵⁰⁷ A pesar de no poseer la riqueza y complejidad del cáliz conileño, el del convento sevillano de Santa María de Jesús presenta semejanzas estructurales. Se trata de un ejemplar guanajuatense, fechado hacia la mitad del siglo XVIII. Cfr. M.J. SANZ, *La orfebrería sevillana del barroco*, Diputación provincial, Sevilla, 1976, t. II, pp. 85 y 254-255. En el diseño del basamento y astil, el parecido es aún mayor con el conservado en la iglesia de San Bartolomé de Fontanales, Gran Canaria. Cfr. J. PÉREZ MORERA, “Formas y expresiones de la platería barroca poblana. Repertorio decorativo, técnicas y tipologías”, *Anales del Instituto de Investigaciones Estéticas*, México, D.F., 2012, vol. 34, n. 100, pp. 119-170.

2.3. BLANDONCILLOS DEL ANTIGUO CONVENTO DE MÍNIMOS

Denominados así en la donación. Son candeleros de altar que al seguir un tipo complejo propio de blandones que son candeleros de gran tamaño, superando a veces las dos varas de altura y los menores tres cuartas de vara.⁵⁰⁸ Estos ejemplares son sólo de una tercia de vara y están compuestos por molduras desmontables y atornilladas. Presenta un mechero cilíndrico sobre un cuerpo de planta circular sobresaliente con perfil convexo, al que sigue un cuerpo cilíndrico estriado y un tronco de mayor diámetro. Un cuello cilíndrico da paso al nudo de jarrón, al que continúa un cuerpo de manzana aplastada y un cuello de perfil cóncavo. El pie es de planta triangular, con pies de garra sobre bolas y estrangulamiento de perfil alabeado entre los dos cuerpos triangulares, menor el superior. El adorno es geométrico y simplemente “macizo” con lengüetas o gallones planos y hojas de acanto.

La estructura es similar pero no idéntica a la de otros blandoncillos mexicanos. El nudo de jarrón es el típico del siglo XVII y que siguió usándose en los primeros años del siglo XVIII. Las bases triangulares, son características de candeleros eclesiásticos y los cuerpos muy volados bajo el mechero para recoger la cera que pueda caer son también típicos. La decoración no figurada es la acostumbrada con motivos planos de poco relieve o estriados muy repetidos. De los cuatro mencionados, sólo se conservan tres, ignorándose cuándo desapareció el que falta. Lo habitual es que fueran seis para usarse en fiestas de primera clase, aunque al tratarse de piezas de adorno no era imprescindible que fuera el juego completo.

2.4. CRUZ DE ALTAR

En el ajuar litúrgico de la parroquia no debe soslayarse la cruz latina, de brazos rectos y superficie plana, moldurada en los bordes y con un remate escalonado y liso, que aunque carece de marcas que permitan establecer su filiación, posee rasgos que sugieren que pudo ser aquélla con la que Calderón de la Barca obsequió a la iglesia de Santa Catalina. La figura del Crucificado responde a la tipología del Cristo muerto, con

⁵⁰⁸ M.J. SANZ, *La orfebrería hispanoamericana en Andalucía Occidental*, Fundación El Monte, Sevilla, 1995, pág. 48.

la cabeza muy inclinada sobre el hombro derecho, brazos extendidos y piernas verticales. La macolla se forma con un cuerpo cilíndrico de remate cupuliforme y otro de perfil convexo al que se han superpuesto asillas de ce, con ramal intermedio.

La decoración es plana, marcando gallones en la cúpula, espejos entre ces en el cilindro y similares en el cuerpo final. Por sus características, la pieza responde a modelos labrados en México en los años finales del siglo XVII o iniciales del siguiente, que dependen de ejemplares castellanos. Aunque no puede decirse estrictamente que haga juego con los blandoncillos, no se aleja de ellos por su adorno y corresponde a una época similar. El atornillado de las molduras a una vara permite que en la actualidad se le dé un uso procesional.

2.5. CRUCIFICADO DE MARFIL

En la capilla del Hospicio de la Misericordia –institución benéfica fundada por el conde de las Cinco Torres y erigida entre 1775-1778– se conserva un Cristo crucificado tallado en marfil, enmarcado por un rico retablo barroco.⁵⁰⁹ El diseño del nicho en que se inscribe y la disposición de las molduras delatan que se labró el retablo expresamente para realzar esta escultura. Por tanto, descartamos que se corresponda con la que regaló Miguel Calderón a la iglesia mayor de Conil y que García Morejón se aseguró de colocar en la sacristía del templo. La lógica apunta a que el Crucificado obsequiado por Calderón es el que se guarda en el tesoro del antiguo convento de la Victoria, convertido hoy en iglesia parroquial de Santa Catalina. Desprovisto del sitial que lo acompañaba en el momento de la donación, la cruz moderna, de maderos planos y sin ornamentación, parece un añadido reciente. El Cristo es un bello ejemplar hispano-filipino, realizado en la segunda mitad del siglo XVII, que responde a la tipología del Cristo expirante que eleva los ojos al cielo –el de la Misericordia, en cambio, deja caer la cabeza sobre el esternón, como es propio de un Cristo moribundo–.

En España fueron escasos los maestros que trabajaron a partir de un material de importación tan costoso como los colmillos de elefante –aunque destacan los nombres

⁵⁰⁹ Patrimonio Cultural de Conil de la Frontera, vol. II, pp. 42-43 y 91.

de Pablo de Rojas y Martínez Montañés—. La mayor parte de las tallas procedían de Filipinas, donde la eboraria alcanzó un gran desarrollo y altísimas cotas de calidad, de la mano de los “sangleyes”, que era el término que se empleaba para designar a los comerciantes y pobladores de ascendencia china instalados en las Islas del Archipiélago, aunque su concentración fue mayor en Manila. Demostraron éstos ser habilísimos en todas las artes, como preconizó el obispo Domingo de Salazar en su *Carta-Relación de las cosas de la China y de los chinos del Parián* de 1590.⁵¹⁰

“Los oficios mecánicos de los españoles han cesado porque todos se visten y calzan con sangleyes, por ser muy buenos oficiales, al uso de España, y hácenlo todo muy barato; los plateros, aunque no saben esmaltar porque en la China no usan esmalte, pero en lo demás, así de oro y plata, hacen obras maravillosas, y son tan hábiles e ingeniosos que en viendo alguna pieza hecha de oficial de España, la sacan muy al propio; y lo que más me admira es, que con no haber cuando yo aquí llegué hombre de ellos que supiese pintar cosa que algo fuese, se han perfeccionado tanto en este arte que así en lo de pincel como en lo de bulto, han sacado maravillosas piezas y algunos Niños Jesús que yo he visto en marfil que no se puede hacer cosa más perfecta; y así lo afirman todos los que los han visto”.

Habida cuenta su destreza y facilidad para la copia, en Filipinas se resolvieron los problemas de aprovisionamiento de imágenes para la evangelización recurriendo a estos artífices que constituían, por otra parte, una mano de obra muy económica.⁵¹¹ Para el trabajo del marfil aportaban, además, el conocimiento técnico derivado de la que en China era una tradición milenaria. Como bien sintetiza Estella, la producción en marfil filipina “integra la sabiduría del arte oriental bajo sus formas occidentales”.⁵¹² El colmillo de elefante de mayor calidad llegaba a las Islas desde Siam y se empleó tanto para relieves y esculturas de bulto redondo de carácter religioso, como en mobiliario y todo tipo de enseres suntuarios. Las razones de su éxito y demanda en el Viejo Mundo radicaban en el elevado valor de la materia prima, así como en su belleza y exotismo.

⁵¹⁰ D. de SALAZAR, *Carta-Relación de las cosas de la China y de los chinos del Parián de Manila, enviada al Rey Felipe II por Fr. Domingo de Salazar, O. P., primer obispo de Filipinas*. Desde Manila, a 24 de junio, de 1590, incluido en W.E. RETANA, *Archivo del Bibliófilo filipino. Recopilación de documentos históricos, científicos, literarios y políticos y estudios bibliográficos*, Madrid, 1897. Transcrito para la Universitat Pompeu Fabra (UPF) por Carles Brasó Broggi y Dolors Folch. Abierto a consulta en: www.upf.edu/asia/projectes/che/s16/salaz90.html

⁵¹¹ M. ESTELLA, “Artes aplicadas y marfiles”, L. CABRERO (edit.), *España y el Pacífico. Legazpi*, Sociedad Estatal de Conmemoraciones Culturales, Madrid, 2004, t. II, pp. 443-478, pp. 444-446.

⁵¹² M. ESTELLA, “Artes aplicadas...”, pág. 478.

Sabemos que Calderón de la Barca participó del gusto por los muebles de lujo venidos del mundo asiático: en el inventario de sus bienes abundaban los de origen filipino, chino y japonés, procedencias quizá establecidas sin mucho rigor, pero que denotaban que el objeto en cuestión provenía del Oriente. En relación a las hechuras devocionales, Calderón, además de enviar desde Madrid a la parroquia de Santa Catalina el Cristo que nos ocupa, dejó a sus herederos una Virgen de Guadalupe y un San Miguel Arcángel; y en su casa se hallaron un crucifijo de cerca de cuarto de vara – es decir, unos 20 cm, por tanto sensiblemente más pequeño que la pieza de Conil–, con su Cruz de ébano y guarnición de plata, que se tasó en 150 reales de vellón, y un San José con el Niño de la mano, sobre una peana de peral con adornos de plata, apreciada en 600 reales. De esta obra se dice, sencillamente, que fue “hecha en Indias”. El conjunto referido bien pudo haberlo adquirido en Nueva España –estación de paso y ávido mercado de los productos que portaba la Nao de China–, llevándolo después consigo a la Corte.

En cualquier caso, la única pieza sobre la que podemos trabajar con seguridad es este Cristo Crucificado de Santa Catalina, de modo que a él regresamos la mirada. Como sucede con la mayoría de las imágenes talladas de forma serial por los sangleyes, resulta imposible atribuir la autoría. Junto a su característico anonimato nos topamos con otro problema para su clasificación y datación debido a que hubo distintos focos de producción –en el subcontinente indio, que abastecía de imágenes a Portugal, y también en América–. Sólo a partir de los estudios iniciados en las últimas décadas del siglo XX ha sido posible reconocer una serie de elementos diferenciales que facilitan la clasificación de las piezas.⁵¹³ En el Cristo de Calderón de la Barca apreciamos rasgos faciales de la escuela hispano-filipina, como es el abultamiento de los párpados inferiores y los altos arcos ciliares. La delicadeza con que está tratada la anatomía de este Cristo Expirante la asemejan a otras obras producidas en el siglo XVII, como el de la iglesia de San Bartolomé de Belmonte, Cuenca.⁵¹⁴ Su estado de conservación es bueno y aún guarda abundantes restos de policromía. En negro se han delineado los ojos –marcando la curva que los orientaliza–, se han dibujado las pupilas y señalado las

⁵¹³ En esta materia, el primer trabajo que aúna rigor científico con amplitud de perspectiva es la investigación elaborada por M. ESTELLA, *La escultura barroca de marfil en España. Escuelas Europeas y coloniales*, Instituto Diego Velázquez, Madrid, 1984. De las cerca de mil obras eborarias documentadas, cerca de 200 son Crucificados. Cronológicamente, la tercera parte de los mismos pertenece al siglo XVII.

⁵¹⁴ *Ibidem*, cat. 268, fig. 187.

aletas de la nariz. Del mismo color se ha pintado la espesa y rizada cabellera que cae sobre los hombros de Jesús, la barba y el bigote de guías que se vuelven hacia el interior, enmarcando la expresión de la boca entreabierta. En vez de corona porta un grueso casquete de espinas sobre el que se aplicado tinta marrón, aunque lo más llamativo es el rojo intenso de los regueros y salpicaduras de la sangre.

El tratamiento anatómico es de un gran realismo, al punto de que se ha intentado replicar la hinchazón de las venas en los brazos extendidos en una horizontal ligeramente ascendente, y desde las rodillas a los pies superpuestos y atravesados por un solo clavo. El paño de pureza, cuyos extremos se entrecruzan y recogen en el medio, presenta marcados pliegues que contrastan con el suave modelado del cuerpo. El grosor del colmillo del animal condiciona el trabajo del artífice. A excepción de los brazos, que pertenecen a una pieza de marfil independiente, está tallado en una sola. Ahora bien, la marcada curvatura que presenta el torso de otros Crucificados que por sus dimensiones abarcan la longitud de la pieza,⁵¹⁵ en esta ocasión, dada la modestia de su tamaño, resulta prácticamente imperceptible.

3. LEGADO EDUCATIVO EN CONIL: LA ESCUELA DE LATINIDAD

Al repasar los primeros hitos en la biografía de Calderón, apuntamos a que debió de tener un preceptor particular o que salir de Conil para recibir una formación adecuada que le preparase para el acceso a la Universidad. Para remediar la precariedad de medios de que disponía la escuela local, don Pedro de Mendoza, racionero del cabildo gaditano y tío materno de don Cristóbal y don Miguel, dejó una asignación de 10 ducados de vellón al maestro para costear la casa en que tuviera la escuela. Su fallecimiento debió de producirse en los primeros años del siglo XVIII y don Cristóbal, como heredero y albacea que debió de ser de su tío, cumplió pagando durante algún tiempo. En la memoria que redactó en los meses previos a su muerte con intención de que se hiciera constar en su testamento, Morejón dio cuenta de que, tras reparar en la

⁵¹⁵ La longitud media de un colmillo –que, si hablamos con propiedad, es un incisivo y no un canino– está entre 1 m. y 1, 25 m, aunque puede alcanzar los dos metros. En ocasiones, no sólo los brazos del Crucificado, si no también el nudo del paño de pureza, recogido sobre una cadera, se obtiene de una pieza diferente a la que conforma el tronco de la figura. L. DÍAZ-TRECHUELO, “Marfiles hispano-filipinos”, *Buenavista de Indias*, Aldaba, Sevilla, 1992, n. 4, pp. 60-79, pág. 61.

incomodidad de los niños que debían acudir a la ermita del Espíritu Santo, sita extramuros, a recibir las clases, discurrió “en una ocasión en que me hallé allí en tiempo de verano” el modo de solucionarlo. Solicitó y obtuvo del cabildo un espacio conveniente para fundar en él una escuela con vivienda para el maestro, proveyendo todo cuanto fue necesario para la conveniencia del maestro y para los niños. En conjunto invirtió más de 1.200 pesos, y fue su voluntad que sus herederos atendiesen a la obligación de contribuir a su mantenimiento:

“Para que se mantenga con la misma formalidad que yo la hice y he mantenido, por ser y obra de piedad y útil a la crianza de los niños naturales de aquella villa; y celen que los maestros que se nombraren sean de buenas costumbres y hábiles para la educación y enseñanza, sobre que encargo la conciencia a quien los nombrare y aprobare para el ejercicio”.⁵¹⁶

En las escuelas de primeras letras los pupilos aprendían a leer, escribir y contar, y los rudimentos de la Doctrina Cristiana. Restaba cuidar de que los muchachos pudieran tener una digna formación secundaria: “las cátedras de Gramática equivalían y ejercían la función de la segunda enseñanza, *mutatis mutandis*”.⁵¹⁷ De ello se ocupó

⁵¹⁶ A.H.P.C., *prot. de Cádiz*, 5326, ff. 376-386. Testamento de Cristóbal García Morejón, otorgado en Cádiz por su nieto, Cristóbal Moreno Morejón, el 19 de septiembre de 1728, en virtud de poder de 3 de marzo del mismo año. Por este documento aprendemos noticias y anécdotas que trataremos de resumir, ciñéndonos a lo nuclear. Era hijo de Pedro Gil Morejón y de doña Estefanía de Mendoza, naturales de Conil, y había enviudado en dos ocasiones. De su segundo matrimonio tuvo una hija legítima y otra natural fruto de una relación que mantuvo en sus tiempos de pasante en Granada con una mujer soltera que murió en el parto. Para 1724 ya eran difuntas sus dos hijas y sólo le sobrevivían dos nietos legítimos y otro natural que se hallaba en Indias. En el entierro y misas de su segunda mujer, doña María Moreno, en 1722, gastó 11.189 reales de vellón. Entre los distintos bienes que le pertenecían, declaró haber heredado del tantas veces aludido racionero don Pedro de Mendoza, una casa inmediata al palacio episcopal que vendió al deán y cabildo para sitio de la nueva iglesia catedral, lo que permite columbrar la buena posición económica y social de que gozaban los Mendoza y que sin duda facilitó a Miguel Calderón y a don Cristóbal afincarse en aquella ciudad al término de sus estudios universitarios. Como Calderón de la Barca, Cristóbal Morejón estaba ya jubilado en el tiempo de su muerte. Entre los papeles que conforman la memoria que después se habría de poner con su testamento había uno en que escribió que, hallándose imposibilitado de continuar en el puesto de fiscal de la Casa de la Contratación, solicitó licencia al rey para retirarse, concediéndosele la jubilación con la retención de la mitad del salario -1.000 pesos escudos- y goce de honores de consejero de Indias según se hizo constar en su título de 10 de abril de 1728. Todo ello en atención a sus servicios y avanzada edad. En efecto, su fallecimiento se produjo dos meses después, el 3 de junio. Había expresado su deseo de que, en caso de morir en Conil, se le había de enterrar en la bóveda de su familia, ante el altar de Nuestra Señora de la Concepción de la parroquia de Santa Catalina, mas habiendo muerto en Cádiz, fue se le enterró en la Santa Iglesia Catedral. Dijéronse por su alma e intención 1.000 misas rezadas.

⁵¹⁷ P. ANTÓN SOLÉ, “Escuelas de primeras letras y las cátedras de gramática del obispado de Cádiz en el siglo de las luces”, *Tavira*, Universidad de Cádiz, 1992, n. 9, pp. 47-60. Pág. 47. En este artículo el autor hace una primera y valiosa aproximación a la situación de las escuelas de primeras letras y cátedras

Miguel Calderón, cuya piadosa voluntad fue que se labrase un estudio de Gramática Latina y vivienda para su preceptor. Morejón refiere que en la primavera de 1720 don Miguel se había afanado en comprar una casa con este fin, sin éxito al parecer, porque quien se ocupó de ello fue su primo y omnímodo apoderado. En efecto, Don Cristóbal adquirió en remate público un solar en una rinconada de la plaza de Santa Catalina, que adecuó para el ministerio y vivienda del preceptor —el primero de los cuales fue don Diego de Fuentes—, al que se asignó un salario de 200 ducados anuales. El pago del sueldo y de las reparaciones para conservar en buen estado el edificio, correspondería al patrono y poseedor del vínculo, que quedaba como responsable del nombramiento de los preceptores. Para ello se le impusieron ciertos criterios que debía seguir en la elección: en igualdad de suficiencia, se preferiría a los nacidos en Conil, y en caso de que concurrieran dos o más candidatos, se designaría al que contase con la aprobación del rector de la Compañía de Jesús de Cádiz.⁵¹⁸ Este gesto generoso es congruente en un ejemplar como Calderón de la Barca, que demostró en distintos episodios de su quehacer vital su afición e inclinación hacia la lengua latina.⁵¹⁹

de latinidad en la ciudad de Cádiz y su obispado en el siglo XVIII. Desgraciadamente, no se hace ninguna mención del caso conileño.

⁵¹⁸ Testamento de Miguel Calderón. Sobre el cumplimiento de esta disposición testamentaria, disponemos de una noticia que nos permite conocer que al menos uno de los propietarios del mayorazgo veló porque el nombramiento de preceptor se hiciese el alguien digno del oficio. Entre los protocolos parroquiales de Santa Catalina se halló lo que resultó ser una misiva fechada en Chiclana, el 2 septiembre de 1792, remitida por el entonces patrono y poseedor del vínculo, el presbítero Pedro Cristóbal de Dorronsoro, a don Cristóbal de la Torre. En ella se reconocía apremiado para “nombrar individuo que desempeñe la cátedra de la villa; y para poderlo ejecutar en el más idóneo, lo he sujetado al examen que deberá verificarse por el maestro de gramática que desempeña la del convento de los RR. PP. Agustinos” de Chiclana. Nótese que no se dirige al rector de la Compañía de Jesús, en tanto que los jesuitas habían sido expulsados en 1767. Nombraba a continuación a los tres aspirantes, a los que se dio aviso para que se presentasen al citado examen. (Cfr. A.P.Co. Puesto que se trata de un pliego suelto, no consignamos ningún libro o protocolo concreto).

⁵¹⁹ Así lo apuntó y a nuestro entender con acierto, L. CHARLO BREA, *op. cit.*, p. 201-215.

CAPÍTULO 8: LEGADO A LA SANTA IGLESIA CATEDRAL DE CÁDIZ

1. LA CUSTODIA «DEL MILLÓN»

En el testamento de Miguel Calderón de la Barca, entre las mandas y disposiciones del difunto a las que ya había dado satisfacción, Cristóbal García Morejón refería la de haber entregado el 7 de junio de 1721 al deán y cabildo de la catedral gaditana “la custodia rica de pedrería”, que Calderón había mandado hacer en Madrid y que “se empezó en su vida”. Después de la muerte de don Miguel en diciembre de 1720, “se continuó la obra al cuidado de don Francisco López de Lara”, su testamentario en la Corte. Cuando estuvo terminada, éste se encargó de enviar a Cádiz la custodia, “en su caja y con su resguardo correspondiente”, para que Morejón pudiera cumplir la voluntad de Calderón de obsequiar con ella a la fábrica de la catedral. De todo ello hacía memoria “para que conste la devoción y afecto que tuvo a esta santa iglesia y sirva de ejemplar que inflame la voluntad de los fieles para hacer semejantes donaciones, en obsequio y reverencia de Nuestro Señor sacramentado y su santo templo”.⁵²⁰

Estas noticias se ven corroboradas por las cuentas de la testamentaría, en las que López de Lara ponía de relieve el “gran cuidado que me costó la hechura de la custodia grande de plata, oro y pedrería fina, que se hizo para enviar a la santa iglesia de Cádiz, y remitir con su conducta y seguridad de guardar, cuya obra duró más de cinco meses”.⁵²¹ No daba el nombre del platero, pero sí aportaba otros datos que nos resultan valiosos. En primer lugar, que el importe de la custodia había sido de 123.456 reales de vellón, como atestiguaba la cuenta y recibo que dio su artífice el 20 de junio de 1721. Del conjunto de plata blanca del que inicialmente se había hecho cargo Lara, en tanto que albacea de Calderón, señalaba haber tenido que rebajar 107 marcos, 7 onzas y 2 ochavas (23,369 kg.), “que tomó el platero que hizo la custodia por cuenta de lo que importare”.⁵²² De modo que podemos hacer un cálculo estimativo del coste total de la pieza a partir de estas dos partidas: a los 123.456 reales de la hechura, el oro, perlas y piedras finas, hay que añadir los 13.770 reales que se obtienen de la conversión de los

⁵²⁰ A.H.P.C., *prot. de Cádiz*, 3770, ff. 231-248.

⁵²¹ A.H.P.M., *prot. 14192*, f. 530.

⁵²² *Ibidem*, fol. 521v.

107 marcos, 7 onzas y 2 ochavas, si consideramos que cada marco montaba a la ley de 8 pesos y medio.⁵²³ De lo que se deduce que el precio aproximado de la custodia fue de 137.226 reales.⁵²⁴

A esta cantidad hay que sumar dos partidas adicionales. De una parte, los costes del traslado desde la Corte a tierras gaditanas: 7.558 reales importó la conducción de la custodia, en compañía de las perlas y plata labrada que había quedado para don Juan Carlos de Dorronsoro, heredero y poseedor del vínculo fundado por Miguel Calderón. Por otro lado, se pagaron 3.900 reales de vellón al contraste Juan Muñoz por la tasación de la plata y joyas del inventario, así como de la custodia, de que dio recibo el 30 de junio de 1721. La última alusión al ostensorio destinado a la iglesia catedral es la memoria de 28 de junio del mismo año que reflejaba la venta de todas las alhajas y pedrería que sobraron cuando se hubo culminado la obra, “al platero que hizo la custodia”, por 22.036 reales de vellón.

Las Actas capitulares conservadas en el archivo catedralicio refrendan lo relativo a la donación y suministran nuevos datos. El 7 de junio de 1721, después de la misa conventual, el arcediano de Cádiz, Tomás Eusebio de Astorga, “convocó a una palabra en el coro” al tesorero, chantre, racioneros y demás dignidades capitulares. Según dio fe el secretario Gaspar Martínez de Esquivel, el canónigo doctor Jerónimo Alejandro Fontanilla, obrero de la catedral, se dirigió entonces a los miembros del cabildo para informar de que Cristóbal García Morejón le había dirigido un papel por el que declaraba hacer donación de la custodia que a aquella iglesia “legaron el señor don Miguel Calderón, del Consejo de su Majestad en el de Indias, y la Señora doña Ana Pividal, su mujer, difuntos, cuyos afectos a esta santa iglesia fueron mayores aún de lo que manifiestan en lo primoroso y rico, así de la referida alhaja, como de las dos arañas que antes habían donado, sin embargo de ser tan grandes donaciones”.⁵²⁵ En efecto, Calderón de la Barca había regalado una pareja de arañas de plata de 15 mecheros y peso de 130 marcos cada una (29,9 kg.), con intención de que sirvieran en las fiestas de primera clase, Octava de Corpus y en el monumento de la Semana Santa.⁵²⁶

⁵²³ En la testamentaria se vendió el marco de plata a 8 pesos y 2 reales y a 9 pesos el marco, según su mayor o menor pureza. *Ibidem*, ff. 521v-522.

⁵²⁴ J.M. CRUZ VALDOVINOS, *op cit*, pág. 262.

⁵²⁵ A.C.C., *Libro de Actas capitulares*, n. XXIV, 1721-1724, fol. 43.

⁵²⁶ A.C.C., *Inventario de las alhajas de la catedral de 1741*, f. 4.

Desconocemos la fecha de entrega de las mismas, hoy desaparecidas, aunque recuerdan por el número de mecheros a los ejemplares mexicanos.⁵²⁷

Devolvemos nuestra atención a la custodia. Quienes la habían transportado a la catedral –y con ella el recado de García Morejón y un papel con las señas, valor y aprecio de la custodia que lamentamos no haber localizado– fueron dos criados a los que en el acuerdo capitular se decidió hacer “alguna regalía”, aunque no se especifica el modo. Se determinó, por otro lado, que el deán y tesorero acudirían en representación del cabildo a visitar a don Cristóbal para demostrarle el agradecimiento y amistad debidas ante tamaña donación. Asimismo, se resolvió que la custodia debía ser enviada sin pérdida de tiempo al obispo de la diócesis, el ya mencionado don Lorenzo Armengual de la Mota, y a su hermana la marquesa de Campo Alegre, para que “discurriesen la forma y modo posible de llevarla en la procesión del próximo día de Corpus, para manifestar al pueblo tan digna alhaja y que se estrene en día tan propio del Santísimo Señor a quien se ofrece”.

Unos días más tarde, el 12 de junio, el señor deán reunió nuevamente al cabildo en el coro, esta vez para comunicar que había recibido la visita de dos diputados que en nombre del Ayuntamiento le manifestaron sorpresa y disgusto por haber sabido que las autoridades eclesiásticas habían resuelto unilateralmente, sin contar con la Ciudad, llevar en la próxima procesión del Corpus la nueva custodia. De no revocarse esta decisión, los diputados amenazaban, sin especificar consecuencias, de que “la Ciudad” estaba “en el ánimo de tomar la que le convenga”.⁵²⁸ La verdad es que las tensiones entre ambos cabildos, antes y después de esta crisis, estaban a la orden del día.⁵²⁹ Se entiende que en esta ocasión el detonante fue que la municipalidad había interpretado como un desaire la disposición de los prebendados de que saliera el nuevo ostensorio a procesionar en lugar de la «custodia grande», que había servido en cada fiesta del Corpus desde que ingresó en la fábrica catedralicia en 1664 y que había ejecutado el platero Antonio Suárez a expensas de la Ciudad.⁵³⁰ El cabildo catedralicio acabó dando

⁵²⁷ J.M. CRUZ VALDOVINOS, *op. cit.*, pág. 261.

⁵²⁸ A.C.C., *Libro de Actas capitulares*, n. XXIV, 1721-1724, ff. 43v-44.

⁵²⁹ Las desavenencias y desencuentros fueron habituales a lo largo de los siglos XVII y XVIII, al punto de que para imponer la armonía entre ambas instituciones más de una vez fue preciso recurrir a la mediación de los obispos e incluso del mismo monarca. A. MORGADO GARCÍA, *La Diócesis de Cádiz...*, pág. 72.

⁵³⁰ Puede decirse que la Ciudad había cedido y no regalado esta alhaja a la Santa Iglesia Catedral, conservando la propiedad la municipalidad. En 1873, incluso, llegó a plantearse la venta de la misma en

marcha atrás y en las ceremonias de aquel año se observaron al punto las fórmulas acostumbradas.⁵³¹ Se evitó un enfrentamiento que hubiera llegado en un momento inadecuado: el proyecto de la nueva catedral estaba a punto de iniciarse –de hecho se principiaron las obras en 1722– y la colaboración del Ayuntamiento se entendía indispensable en todos los órdenes para el progreso de la que se denominaría en el siglo XX “catedral de las Américas”.⁵³²

La fama de la alhaja legada por don Miguel se extendió por Cádiz y penetró también en los conventos. En concreto, las religiosas Descalzas, de la Candelaria y de Santa María pidieron permiso para que se les llevara la nueva custodia a sus conventos para poder contemplarla, como debió de efectuarse puesto que se dio licencia para ello

pública subasta para la compra de armamento para los voluntarios republicanos, lo que sólo se logró impedir tras la consulta del Libro de Actas donde figuraban las cláusulas de entrega: una de las cuales atañía a que la custodia no debía abandonar la Catedral. Cfr. A. OROZCO GUERRERO, *Cádiz durante el Sexenio Democrático: El conflicto Iglesia – Secularización*, Tesis doctoral, UNED, 2013, pp. 431-461. Fray Gerónimo de la Concepción compendió todos los detalles útiles sobre la custodia y condiciones con que la Ciudad “cedió” esta alhaja a la fábrica de la Santa Iglesia Catedral de Cádiz, que venía a sustituir la que se conoce como “custodia del Cogollo”: un “rico obelisco de plata” –dorada–, que se decía había donado Alfonso X y se atribuía a Enrique de Arfe, tenido en el siglo XVII por demasiado humilde –“apenas incluye tres arrobas de plata”– para una fiesta que se quiso dotar de majestuosidad. De ahí la iniciativa de la Ciudad y Consistorio de encargar en 1648 a un afamado maestro gaditano, Antonio Suárez, la realización de una pieza que estuviese a la altura de una celebración mediante la que se pretendía contrarrestar el temido contagio del protestantismo; infección latente por la presencia de extranjeros en Cádiz: “de tantas naciones inficionadas de la herejía sacramentaria como concurren en aquel Emporio del Orbe”. La decisión, después revocada, del cabildo eclesiástico de sacar la custodia de Miguel Calderón en la siguiente fiesta del Corpus Christi en 1721, fue la misma que se había adoptado después de que los regidores y diputados hicieran entrega de la pieza labrada por Suárez en la víspera de la fiesta de 1664: sólo un día más tarde, el jueves “12 de mayo de 1664 años, se ordenó la procesión del día de el Corpus, en el cual se vio la primera vez en público el cuerpo de N. Salvador Jesucristo en aquel majestuoso trono de plata”. Cfr. F. G. De la CONCEPCIÓN, *op. cit.*, lib. VII, cap. X y XI. Una particularidad de la custodia donada por el Ayuntamiento es que estaba pensada para que se pudiera colocar “el Cogollo” en el interior del primero de los tres cuerpos que se superponen a modo de torre. A finales del siglo XVII el platero romano Bernardo Cientolini añadió la peana, de forma que el conjunto procesional resulta soberbio, rozando los 5 m. de altura. Se hicieron adornos y añadidos posteriores que le dieron el lustre que hoy se le conoce y se mantiene gracias a los procesos de restauración a que se ha sometido. Cfr. M. J. SANZ, *La Custodia de la Catedral de Cádiz*, Fundación Vipren y Excelentísimo Ayuntamiento de Cádiz, 2000. Salvando las distancias, como si de un juego de muñecas rusas se tratase, para el Corpus se acostumbra a colocar el viril de la custodia donada por Miguel Calderón en el interior del primer cuerpo del Cogollo, que a su vez ubica en el interior del ostensorio donado por el Ayuntamiento. Ignoramos, no obstante, la fecha concreta en que se introdujo esta práctica. G. BRAVO GONZÁLEZ, “La platería de la Catedral de Cádiz a fines del Medioevo y comienzos de la Modernidad”, *Estudios sobre patrimonio, cultura y ciencia medievales*, 2007-2008, n. 9 y 10, pág. 32.

⁵³¹ A.C.C., *Libro de Actas capitulares*, n. XXIV, 1721-1724, fol. 52v.

⁵³² J. DE URRUTIA, *Descripción histórico-artística de la Catedral de Cádiz*, Revista Médica, Cádiz, 1843. El autor toma el relevo de fray Gerónimo como cronista de las obras de la catedral nueva en el primer capítulo de su obra, sirviéndose para ello de las Actas capitulares. A través de ellas evoca los obstáculos con que tropezó su construcción y que impidieron su apertura al culto hasta bien entrado el siglo XIX, así como los encuentros y desencuentros entre el cabildo de la catedral y los representantes del Comercio y la Ciudad.

en Acuerdo capitular de 16 de junio. La reputación de esta pieza fue creciendo y le valió el sobrenombre, con el que todavía hoy se conoce, de custodia «del Millón», por el número de piedras preciosas, perlas y diamantes que la adornan.⁵³³

Se trata de una custodia de sol. Su viril tiene doble marco, el primero con un cerco de perlas, esmeraldas y rayos. El segundo es similar y el remate es de ráfagas de rayos simétricos, escalonados en su longitud. Racimos de perlas y pámpanos de esmeraldas cubren el arranque de los rayos y en el centro se ha colocado la paloma que representa el Espíritu Santo, de cuyo pico pende una perla solitaria. La cruz de remate está coronada y la sostienen dos ángeles que portan una filacteria en que está escrito: “PANEM ANGELORUM MANDUCAVIT HOMO”. Reproduce la primera parte del salmo: “comió el hombre pan de ángeles / y les dio comida hasta la saciedad” (Sal. 77,25). Entre 1877 y 1879 se superpuso, entre los ángeles y bajo la corona, un pectoral de oro, engarzado de amatistas, que impide su lectura. Según quedó asentó en una nota al margen en el inventario de fábrica de 1877, fue donado por fray Félix María de Arriete y Llano, obispo de la diócesis entre 1864 y 1879. El pectoral está guarnecido de perlas y brillantes y contiene una imagen de la Inmaculada en el centro, Virgen por la que el prelado, concepcionista, sentía especial devoción.⁵³⁴ Esta pieza hacía juego con un anillo que se colocó fundido en el nudo del astil del cáliz donado en el siglo XIX por doña Ana de Viya y Jáuregui.⁵³⁵

En cuanto al astil de la custodia, se inicia con un ángel de alas verticales y brazos extendidos, de cuerpo plano y piernas que se distinguen, que iconográficamente remite a la figura mitológica de Atlas o Atlante. El cuerpo va bordeado por piedras preciosas, que se reparten también por la superficie.⁵³⁶ Apoya en una peana a la que

⁵³³ A.C.C., *Libro de Actas capitulares*, n. XXIV, 1721-1724, fol. 52v.

⁵³⁴ En el inventario de fábrica de 1877, una nota al margen señalada junto a la entrada correspondiente a este ostensorio que “Le faltan algunas piedras y en su parte superior tiene un pectoral de oro con amatistas, perlas y brillantes donado por el Ilmo. Sr. Arriete”. Cfr. A.C.C., *Inventario de las esculturas, cuadros, alhajas de plata, ternos, ornamentos, ropa blanca y demás objetos y enseres de la Santa Iglesia Catedral de Cádiz. Formado el año de 1877, siendo canónigo obrero mayor de la misma el Sr. D. Luis M^a Morote y Vargas*, fol. 9.

⁵³⁵ *Ibidem*, fol. 9v. Así se hace constar en el comentario junto a la descripción de este cáliz.

⁵³⁶ La figura del ángel en el astil con las alas extendidas, que deja ver las dos piernas bajo las ropas semiguerreras, de brazos elevados como un Atlante para sostener el viril, responde a un tipología común en España y en el continente americano, como se desprende del estudio de otras piezas de aquel período y espacio geográfico, sirviendo de insigne ejemplo comparativo la custodia denominada «la Lechuga» de José de Galaz, de la iglesia de San Ignacio de Bogotá, conservado hoy en la colección de Arte del Banco de la República, fechado entre 1700 y 1707. Cfr. M. FAJARDO DE RUEDA, *Oribes y plateros en la*

sigue un cuello cóncavo, un nudo de manzana aplastada y otro menor. El pie es de planta cuadrilobulada, con su cuerpo de perfil alabeado. Una peana repite el cuadrilóbulo y la base saliente. Sobre el pie descubrimos dos estatuas de ángeles mancebos con racimos de perlas y espigas en las manos, sentados sobre tornapuntas. La superficie está toda esmaltada y con piedras de distintas formas y tamaños, que describen cintas curvilíneas. En la mitad de la peana superior domina un sello timbrado que encierra una cruz jacobea, toda de diamantes, sobre esmalte de fondo azul que simula el mar. Representa el escudo de la diócesis de Cádiz: la Santa Cruz que emerge de las aguas. A excepción del viril –que está cubierto, como en el frente, por un marco en que se alternan perlas, esmeraldas y brillantes–, la mitad posterior no presenta esmaltes ni pedrería, sino adorno en alto relieve; y en el centro de la peana, el Cordero apocalíptico sobre el libro de los siete sellos.

En la base, aprovechando el escalonamiento y la mayor verticalidad con que arranca el pie, el platero introdujo una inscripción que se inicia con los nombre de los bienhechores y el año de ejecución:

“DON MIGUEL CALDERÓN DE LA BARCA DEL CONSSEJO DE S.M.G.D. EN EL REAL DE YNDIAS, NATVRAL DE LA VILLA DE CONIL Y DO^a ANA PIBIDAL SV MUGER, NATVRAL DE LA CIVDAD DE CÁDIZ, DIERON ESTA CVSTODIA A ESTA SANTA YGLESIA CATHEDRAL DE CÁDIZ. AÑO DE 1721”.

Hemos copiado literalmente, eliminando tan sólo el fundido de las letras. A continuación, el artífice afirma su autoría. Advertimos, no obstante, de que no es posible realizar una lectura completa debido a que una pieza superpuesta oculta de la vista un fragmento del texto: “DON PEDRO BIZENTE GOMEZ DE ZEBALLOS, ARTÍFIZE DE ORO Y PLATA Y /.../ SANTO OFIZIO ME FEZIT EN MADRID.” Salvando la inexactitud de la terminología, ya que la obra no fue donada, sino legada, por lo demás la inscripción deja poco espacio para la confusión a la hora de catalogar la pieza. Lo contrario sucede con las arañas, si bien es cierto que su valor e importancia distaban mucho de los de la custodia. En los inventarios que hemos tenido a nuestro alcance, sólo

Nueva Granada, Secretariado de publicaciones de la Universidad de León, 2008. De la primera mitad del siglo XVIII, dentro del mismo modelo, aunque estilísticamente más alejados, se sitúan los ostensorios mexicanos de la parroquia de Palomares del Río, en Sevilla, y Salvatierra de los Barros y Cordobilla de Lácara, en Badajoz. Cfr. M.J. SANZ, “La orfebrería en la América española”, *I Jornadas de Andalucía y América*, Instituto de Estudios Onubenses, Sevilla, 1981, t. II.

en el de 1741 se consignó que el donante había sido Miguel Calderón, cayendo esta asignación después en el olvido.⁵³⁷

El comentario que merece el ostensorio del Millón en cada uno de estos inventarios varía en su extensión y profundidad descriptiva. En 1741 apenas se consigna el material y los donantes, mientras que en 1806 aprendemos la ubicación que se le dio: se colocó en la capilla de las Reliquias de la antigua catedral, en el lado del Evangelio, en una urna dorada de caoba que había donado el arcediano titular, doctor don Rodrigo Caballero Solórzano.⁵³⁸ Es en 1877 cuando la descripción es más expresiva,⁵³⁹ estableciéndose la altura –como de una vara– y elogiándose el viril por ser “de un mérito y riqueza poco común”. En su Catálogo monumental, Romero de Torres tomaba por oro la plata dorada en que está labrada y ofrecía como medida 58 cm. de altura.⁵⁴⁰

Su aspecto es, ciertamente, impactante. No se escatimaron medios materiales para su ejecución, lo que encaja con la tradición artística vinculada a este tipo de piezas destinadas a exponer, con la mayor dignidad y esplendor, la Sagrada Forma. En un artículo aparecido en prensa en 1895, un periodista anónimo se atrevía a dar el valor de tasación del conjunto –82.000 pesos fuertes–, y a cifrar el número de perlas y gemas. Frente a las 999.999 piedras que según la creencia popular componían la pieza, de acuerdo a su recuento eran 8.975, que se repartían así: “4.457 diamantes rosas y tablas,

⁵³⁷ A.C.C., *Inventario Universal de muebles y alhajas de la Santa Iglesia de Cádiz, hecho por el obrero D. Diego Felipe*, 1741, fol. 32. Consideramos posible que Calderón de la Barca donara las arañas a su paso por Cádiz, en la primavera de 1720. En dicho inventario de fábrica figuraban, además, dos arañas iguales, labradas y de 12 mecheros, que por comentarios insertos después (A.C.C., *Inventario general de las reliquias, alhajas, ornamentos y demás muebles pertenecientes a la Sta. Iglesia Catedral*, 1806, fol. 32) sabemos que fueron “compradas a los jesuitas de América” y que se usaban para iluminar el altar mayor. De la pareja donada por don Miguel en 1806 ya sólo restaba una araña de quince candeleros que se había colocado en la capilla bautismal (*ibidem*), que habrá desaparecido para 1877, mientras que las adquiridas de los jesuitas se mantienen como “lámparas grandes, de exquisito gusto y cincelado”. Cfr. A.C.C., *Inventario de las esculturas, cuadros, alhajas de plata, ternos, ornamentos, ropa blanca y demás objetos y enseres de la Santa Iglesia Catedral de Cádiz*, 1877, fol. 10v.

⁵³⁸ A.C.C., *Inventario general de las reliquias, alhajas, ornamentos...*, 1806, fol. 7. Más adelante se empleó para su almacenamiento y exposición uno de los dos armarios de caoba, decorados con pintura y azulejos de Delft, donados de don Francisco Valero Carbonell en 1890. En la pintura de la cara interior de una de las puertas se ha inscrito una cartela que anuncia que la custodia fue obsequio de Miguel Calderón de la Barca, “virrey que fue de Indias.

⁵³⁹ A.C.C., *Inventario de las esculturas, cuadros, alhajas de plata...*, 1877, fol. 9.

⁵⁴⁰ E. ROMERO DE TORRES, *op. cit.*, pág. 339. Es de suponer que entonces no se tuvo en cuenta el viril, puesto que hemos comprobado que la altura desde la base hasta la corona de la cruz de remate, es ligeramente superior a una vara: se aproxima a los 90 cm.

uno grueso. 2.569 perlas, de las cuales 25 son de gran tamaño. 1.300 rubíes. 649 esmeraldas, de las que 50 alcanzan gran tamaño”.⁵⁴¹

Se ajusten o no a este cálculo, son numerosísimas y componen una estructura exuberante, densa y tupida, que la habilidad del artífice ha sabido tornar dinámica, fluida, a través de una compleja disposición formal y combinación cromática de los elementos ornamentales. Es de notar que el origen de las piedras, brillantes, perlas y aljófar se encuentra en las joyas y alhajas que poseyeron don Miguel y doña Ana de Pividal. En 21 y 23 de julio de 1721, Calderón de la Barca ordenó su tasación –que describiremos después, puesto que se enumeraron y pusieron por inventario a su muerte– estimándose en 92.872 reales de plata. Es decir, 173.670 reales de vellón. Se incluyó en el aprecio el valor del metal precioso que guarnecían o en que iban engastadas, de manera que no se puede establecer taxativamente que lo invertido en piedras finas y perlas para la custodia fuese dicha cantidad, a la que habría que restar los 22.036 reales que pagó Gómez de Ceballos por las piedras que sobraron cuando estuvo terminado el ostensorio. Otro asunto es el valor de la hechura, que es inestimable. Se trata de una pieza de calidad artística sin parangón en el tesoro catedralicio gaditano y obra cumbre de la platería de este periodo. A su excepcionalidad también se suma el que es la única obra que se conoce de quien fuera un ilustre maestro del arte de la platería.

2. EL PLATERO PEDRO VICENTE GÓMEZ DE CEBALLOS

La inscripción grabada en la base de la custodia avisa de que fue platero de oro y plata. Y así fue, siendo además “distinguido por su arte, su carrera palatina y su fortuna”.⁵⁴² Una fortuna que le dio acceso a los negocios de las rentas municipales madrileñas, lo que propició que se enfrentase con frecuencia al gremio de plateros. Se ignora la fecha y lugar de nacimiento, aunque es probable que naciera hacia 1690. De lo que sí se tiene constancia es de que fue aprobado como maestro platero de oro por la Congregación de San Eloy de Madrid –la corporación de artífices plateros de la capital–

⁵⁴¹ “Paseo por la provincia. Cádiz: Santa Iglesia Catedral”, *La Nueva Era*, 7 de enero de 1895, Cádiz, n. 4080, pág. 1. Nos gustaría pensar que estas cifras fueron tomadas de aquella cuenta que se extravió, aunque se dijo que se pondría en el archivo, y que acompañaba a la carta de García Morejón en el momento en que se hizo entrega de la custodia.

⁵⁴² J.M. CRUZ VALDOVINOS, *op. cit.*, pág. 261.

, el 11 de junio de 1712. Fue elegido mayordomo de la misma en 1725 y ejerció distintos cargos en ella, que simultaneó con una próspera carrera palatina. El 29 de agosto de 1728 juró el oficio de platero de oro de su Alteza ante el conde de Salazar, sumiller de corps del príncipe Fernando, de que se le despachó título un año después, el 2 de septiembre de 1729. Estuvo al servicio del primogénito de Isabel Farnesio, el infante don Carlos, junto a otros plateros, como José de Zafra.⁵⁴³ A través de la inscripción de la custodia sabemos, a su vez, que fue familiar del Santo Oficio de la Inquisición.

Uno de los litigios que le enfrentaron desde 1740 a la corporación de plateros estuvo motivado porque se negaba Ceballos a pagar una obligación de 2.000 reales que contrajo por el subarrendamiento de la alcabala llamada del Viento. La trascendencia de las disputas desembocó en la “reestructuración del modo de elegir los oficios, celebración de las juntas y, en fin, el gobierno de toda la Congregación”.⁵⁴⁴ En lo que respecta a su carrera palatina, siguió progresando hasta que se le reconoció el título de platero del rey al tiempo que el príncipe Fernando accedió al trono en 1746. El año siguiente se le reconoció el sueldo de ayuda supernumerario de la furriera. El acontecer de su muerte hemos fijarlo hacia 1753.

⁵⁴³ A.M. ARANDA HUETE, *La joyería en la Corte durante el reinado de Felipe V e Isabel de Farnesio*, Tesis doctoral, UCM, Madrid, 2002, pp. 141 y 149.

⁵⁴⁴ J.M. CRUZ VADOVINOS, *op. cit.*, pág. 253.

CAPÍTULO 9: LA HERENCIA Y LEGADO DE LOS DORRONSOROS

9.1. BIENES INMUEBLES VINCULADOS

Manifestó Calderón de la Barca su voluntad de que todos los bienes raíces que le pertenecían –las casas heredadas de los Pividal y Contreras en Cádiz y las compradas en Conil que habían sido propiedad de su familia– se vinculasen con los demás inmuebles y fincas que fuesen adquiridos por Morejón después de su muerte, para que quedaran inajenables e indivisibles. Sobre este vínculo se habían de imponer las diferentes cargas, obligaciones y gravámenes que hemos ido reseñando, a las que se han de añadir las que iremos señalando. El primer titular del vínculo debía serlo su sobrino, Juan Carlos de Dorronsoro y por su muerte, sus hijos y descendientes legítimos, comenzando por el hijo del primer matrimonio, don Pedro Ubaldo de Dorronsoro.

Como en los mayorazgos fundados por línea transversal o colateral, tendrían preferencia los hijos mayores sobre los menores y los varones sobre las hembras. A falta de esta línea y descendencia, seguirían los hijos del segundo matrimonio en igual orden y preferencia. Acabadas estas líneas, entraría en juego la de doña María de Plata Calderón, hija de don Alonso, hermano de padre de don Miguel y de doña Mariana Narváez Mendoza, su prima hermana. El remanente de la renta, después de pagadas las capellanías y demás obligaciones con que iban cargadas las fincas del vínculo, se dividiría por mitad entre la fábrica de la iglesia catedral de Cádiz y los señores deán y cabildo de ella, que habían de cuidar como patronos perpetuos del cuidado y cumplimiento de las fundaciones.

Cristóbal Morejón, haciendo uso de la facultad y arbitrio que se le había concedido, compró ocho asesorías ubicadas en la plazuela de las Tablas de la ciudad de Cádiz,⁵⁴⁵ que redimió de todos los censos que tenían abiertos. Se hallaban muy viejas e inhabitables, de modo que decidió sacar provecho de la excelente localización de las mismas –era aquel “un sitio tan principal y estimable”–, y las redujo a cuatro casas de vivienda y un almacén, añadiendo después a la “esquina del Juego de pelota tres alcobas

⁵⁴⁵ La plazuela de las Tablas, hasta el siglo XVII llamada de Cardoso, debe su nombre a las casas que por orden real se hicieron labrar “de tablas y tejas” para alojar a los soldados que acudieron a Cádiz tras la toma y saqueo de la ciudad por las tropas inglesas en 1596. *Nombres antiguos de las calles y plazas...*, pág. 16.

en el vacío que quedó de un torreón de la muralla”, que solicitó y le fue concedido por acuerdo capitular de 14 de agosto de 1723. Como resultado, se contaron entre “las más lucidas y apetecidas que hay en esta ciudad”. A su vez, en la gaditana rúa Ancha de la Jara⁵⁴⁶ compró unas casas principales del doctor don Alonso de Jaén, en las que se abordaron diferentes obras e introdujeron reparos útiles, de forma que aumentaron sus arrendamientos de 500 a 600 pesos escudos anuales.

En Conil se contaron como parte del vínculo las mencionadas casas de la calle del Hospital, en las que se finalizaron las obras para hacerlas principales de altos y que quedó habitando don Juan Carlos de Dorronsoro como primer beneficiario del vínculo. Es el mismo inmueble que se conoce hoy generalmente como «casa del corregidor», pues en los siglos XVIII y XIX el Ayuntamiento pagaba el arrendamiento a sus propietarios, los Dorronsoros, para que sirviera de residencia de los corregidores de Conil.⁵⁴⁷ Fuera de esto, por orden de Morejón se labró extramuros de la villa, en el lugar llamado Las Chanquillas, una casa de campo que servía de cortijo para labor de don Juan Carlos de Dorronsoro. Mediante el testamento otorgado por éste sabemos que el cortijo, que él nomina “casilla de campo”, estaba “pegada a la Cartuja por el lado de afuera”.⁵⁴⁸

Como fiel albacea, Morejón labró la casa de la referida María de Plata, en la calle Cádiz, según había sido deseo de Calderón; y a la hija de ésta y de Pedro Vázquez de Dueñas, llamada Sebastiana Calderón y Plata, la dotó con 1000 ducados para que tomase estado. El poseedor del vínculo quedó obligado a procurar cada año a dos parientas de don Miguel sus vestidos de lamparilla –se estimó para la confección de cada uno bastarían 150 reales de vellón–, empezando por las dos más cercanas y avanzando siguiendo el grado de parentesco. Para que así pudiera ejecutarse, Morejón se ocupó de formar una escala de las que vivían entonces, apuntando las que tenían sucesión y las que no, de forma que en el futuro se pudieran conocer sus grados. Por su

⁵⁴⁶ Antes de ser conocida con este nombre (h. 1660), recibió la denominación de calle nueva de la Jara. Comúnmente se la llamó también calle de Bomba o de Bomba vieja. *Ibidem*, pág. 7.

⁵⁴⁷ *Guía histórica y monumental de Conil*, Patronato Municipal de Turismo de Conil de la Frontera, s.f., pág. 40. No debe confundirse con la que hoy se tiene por “casa de los Dorronsoro”, en el n. 1 de la calle Cádiz, vía más antigua de la población. Ésta perteneció a García Morejón, que la remodeló en 1689, antes de que pasara por vía de herencia a los Dorronsoro, que la ocuparon durante generaciones.

⁵⁴⁸ A.H.P.C., *prot. de Conil*, 123, ff. 10-13.

parte, las candidatas a beneficiarse de esta memoria deberían justificar su filiación con partidas de bautismo y fes de casamiento.

2. CAPELLANÍAS

En una de las mandas testamentarias dispuso Miguel Calderón la fundación de cuatro capellanías, cada una con cargo de 100 misas anuales, que se deberían officiar en la capilla de la Virgen de Guadalupe. La primera, con título de «mayor» y 200 ducados de renta, sería para el primogénito del segundo matrimonio de Juan Carlos de Dorronsoro. A las demás se les asignaría una renta individual de 100 ducados y se repartirían entre el segundo hijo de dicho matrimonio de don Juan Carlos, el hijo de doña María de Plata Calderón y el nieto menor de García Morejón. En tanto que estos mozos se ordenaban sacerdotes, sería el clero parroquial o los religiosos de la Victoria quienes celebrasen las misas por el alma de Calderón –a razón de 4 reales de vellón de limosna por cada misa oficiada correspondiente a la “capellanía mayor” y de 3 reales de limosna en las restantes–. Hecho el abono de las obvenciones según lo establecido, los jóvenes podrían gozar del superávit como ayuda para sus estudios.⁵⁴⁹ En cumplimiento de esta piadosa voluntad, don Cristóbal instituyó y fundó las capellanías sobre la renta que produjese el vínculo, prohibiendo expresamente que los bienes raíces se pudieran librar de ellas por redención, permutación o subrogación en otras fincas. Para la fundación se contó con la aprobación del obispo y provisor, que eran quienes debían erigir y aprobar la conversión de estas dotes en beneficios eclesiásticos.

Si tenemos en cuenta la fundación de la capellanía en Abres, fueron cinco en total las que mandó instituir don Miguel. Atendiendo a la interpretación que ofrecen los estudiosos sobre la materia, en el origen de este tipo de fundaciones se entremezclaban las razones de tipo práctico con las puramente espirituales. Según Morgado García, que subraya el fuerte carácter familiar de las capellanías gaditanas en el Siglo de las Luces,

⁵⁴⁹ En la diócesis de Cádiz no era cuestión baladí para quienes aspiraban a las sagradas órdenes contar con el respaldo económico que suponía, a fin de cuentas, una capellanía: “Dado la escasez de beneficios simples y curados existentes en la diócesis, se hacía indispensable que cualquier futuro aspirante a ingresar en el estamento clerical contara con las rentas de alguna capellanía”. P. ANTÓN SOLÉ, *La Iglesia gaditana...*, pág. 55.

eran múltiples los beneficios que se derivaban de esta institución para el linaje del fundador:

“La creación de un patrimonio vinculado para los segundones, el mantenimiento de relaciones clientelares con las ramas colaterales del linaje, la ganancia espiritual en forma de misas por las almas de los difuntos de la familia, el valor propagandístico”.⁵⁵⁰

Lo cierto es que, siguiendo las instrucciones antedichas, se nombró capellán de la primera capellanía, apelada «la mayor», a José Dorronsoro, y de «la segunda», a su hermano Francisco. «La tercera» capellanía se adjudicó a don Alonso Vázquez Dueñas y «la cuarta» a José Moreno Morejón, nieto de don Cristóbal. En caso de éste último se hizo una salvedad, y es que si en el futuro no quería ser eclesiástico, la capellanía pasaría a los hijos, nietos o descendientes que tuviere, y por falta de ellos, a su hermano, don Cristóbal Moreno Morejón. En los protocolos parroquiales de Santa Catalina se inscribieron las capellanías numerándolas del 57 al 60, asentándose en cada visita diocesana el cumplimiento de las misas a que estaban sujetas.⁵⁵¹ Puede comprobarse que se cumplió puntualmente con el pago de las obvenciones por don José Joaquín de Dorronsoro hasta su muerte, en 1854. Después, la colecturía reclamó inútilmente el pago de las limosnas a su hijo, don Juan José –aquel que decidiera reunir en la capilla de Guadalupe las cenizas de sus padres, colocando en su recuerdo una lápida con una hermosa dedicatoria–, pero nada pudo adelantarse. Los postreros comentarios que se apuntaron junto a los títulos de cada capellanía, explicaban que éstas habían quedado desvinculadas, aunque se ignoraba por quién:

“Y habiendo reclamado en varias ocasiones a don Juan Dorronsoro, abogado y vecino de esta ciudad (Cádiz), propietario de las fincas sobre que gravita la renta (...) no

⁵⁵⁰ A. MORGADO GARCÍA, *La Diócesis*., pág. 100. Para esta elucidación se apoya en la investigaciones de Serafín Pro Ruiz acerca de esta institución en el Antiguo Régimen. En el mismo sentido en lo que atañe a su finalidad se pronuncian C. CASTRO, M. CALVO y S. GRANADO, “Las capellanías en los siglos XVII y XVIII a través del estudio de la escritura de fundación”, *A.H.Ig.*, 2007, n. 16, pp. 335-347, pág. 336. Ciertamente, la capellanía contribuía a un tiempo “a la salvación del alma de sus fundadores y generaba una renta, a partir de la cual se mantenía un capellán de forma vitalicia”.

⁵⁵¹ A.P.Co., *Libro de Capellanías*, n. 7. Capellanías 57-60. Las tres capellanías menores quedaron vacantes antes de 1792, de modo que era el clero secular y los religiosos del convento quienes cumplían con el oficio de las misas rezadas a cambio de la paga de la limosna que inicialmente se fijó en 3 reales de vellón. Señala Morgado que la redacción de los protocolos de capellanías se generalizó tardíamente: bien entrado el siglo XVII, coincidiendo con el inusitado auge de fundaciones que conoció la diócesis. A. MORGADO GARCÍA, *La Diócesis de...*, pp. 55-57.

ha contestado jamás, evadiéndose de los informes que se le han pedido para esta aclaración, porque según parece, tiene pedida la redención”.⁵⁵²

Así se hizo constar en 1863. La entrada final en cada uno de los títulos de las capellanías es de 31 de diciembre de 1879, y certificaban que los términos no habían cambiado. Es cuanto sabemos al respecto.

3. BIENES MUEBLES QUE CONFORMARON LA HERENCIA

En el tiempo de redactar el testamento de su primo en 1724, Morejón no tenía presentes los bienes muebles que debían conformar la herencia en tanto que no se habían fenecido en Madrid las dependencias que quedaron a cargo de Francisco López de Lara. De hecho, no fue, como tendremos ocasión de señalar, hasta 1737 cuando se ajustaron las cuentas de la testamentaria y los herederos de Miguel Calderón recibieron el residuo de los bienes que no fueron vendidos en la almoneda judicial y extrajudicial. El testamento otorgado por Juan Carlos de Dorronsoro, nombrado e instituido como primer heredero, aporta algunos datos relativos a las piezas concretas que pasaron a sus manos y que antes habían sido propiedad de su tío.⁵⁵³

Don Juan Carlos, abogado de los Reales Consejos, ostentó distintos cargos de relevancia a nivel local. Está acreditado que fue alcalde ordinario de Conil entre 1703 y 1709, y corregidor de las villas de Vejer y de Medina Sidonia entre 1712 y 1715. A su vez, ejerció de capitán de almadras en Conil, respondiendo ante la casa del duque de Medina Sidonia en 1710, 1716 y 1723.⁵⁵⁴ Su muerte tuvo lugar en Conil el 26 de noviembre de 1726, a la edad de 56 años.⁵⁵⁵ Pidió ser enterrado en la iglesia mayor, en la bóveda que estaba a la entrada de la sacristía y pertenecía a su familia. Señaló entierro con oficio de honras enteras y con tres posas, al que debía asistir todo el clero secular y los religiosos del convento. Quiso que por su alma se dijeran 600 misas rezadas, 300 en Santa Catalina y la otra mitad en el convento por sus religiosos.

⁵⁵² A.P.Co., *Libro de Capellanías*, n. 7. Capellanías numeradas del 57-60.

⁵⁵³ A.H.P.C., *prot. de Conil*, 123, ff.10-13. Testamento de Juan Carlos de Dorronsoro, 29 de octubre de 1726.

⁵⁵⁴ F.J. HERNÁNDEZ, F.J. CAMPESE y P. YBÁÑEZ, *Los corregidores señoriales...*, pág. 347

⁵⁵⁵ A.P.Co., *Libro de entierros, testamentos y abintestatos*, n. 4, fol. 42.

Reconocía que a su primer matrimonio con doña Catalina Pacheco llevó cada uno 50 ducados de vellón en ropa de vestir. No se mencionan más bienes dotales, de modo que huelga establecer una comparación con los abundantes y variados objetos que constan en la carta de dote de Ana de Pividal. De este matrimonio le quedaron dos hijos legítimos, don Pedro Ubaldo y Juan de Dorronsoro, “el cual embarqué a Indias y no se sabe si es vivo o muerto”. Al parecer Pedro nunca dejó Europa, de manera que Calderón de la Barca trocó los nombres cuando en su poder para testar dijo haber llamado a buscar a “Pedro” a la Nueva España. El segundo matrimonio de don Juan Carlos fue con Josefa de Dueñas, aportando él los consabidos 50 ducados de su ropa de vestir y ella 1.535 reales y medio de vellón “en distintos vestidos y otras cosas”. De esta unión nacieron seis hijos, algunos de los cuales hemos citado ya por habérseles asignado una capellanía.

En tanto que poseedor del vínculo instituido por su tío, don Juan Carlos disfrutaba en 1726 del derecho de morada en las casas de la calle del Hospital.⁵⁵⁶ En su interior, según su descripción, se encontraban algunos bienes legados por don Miguel y que sabemos, porque no se inventariaron, que no estaban en la madrileña calle de la Espada en diciembre de 1720. Quizá se hallaran en las casas de doña Ana de Pividal en Cádiz antes de que entrar en poder de Dorronsoro, aunque tampoco descartamos que Calderón los hubiera trasladado consigo a Conil en el último viaje que realizó unos meses antes de su fallecimiento. Don Juan Carlos se refiere a estos bienes heredados genéricamente, sólo demorándose para describir los que debieron de ser los más llamativos y valiosos. En primer lugar menciona dos pinturas de la Virgen de Guadalupe. Una de ellas, la de menor tamaño, daba la bienvenida a quienes accedían desde la calle, puesto que se hallaba situada en el zaguán, justo en frente de la puerta. El lienzo mayor, por su parte, pendía del muro opuesto a la entrada “a la sala alta” – recordemos que Calderón hizo labrar la casa para hacerla principal de altos–. De la ausencia de ulteriores comentarios al respecto, colegimos que las pinturas eran copia del

⁵⁵⁶ Según las noticias reunidas por el padre Antón Solé, el Hospital de la Misericordia de Conil, junto a la ermita de Jesús Nazareno, estaba abierto al recogimiento de enfermos, para los que disponía de espacio, pero no de medios para su atención. Su renta era escasa, 225 reales anuales, de manera “que ningún enfermo quería acogerse a ella y sólo algún transeúnte accedía. El eclesiástico encargado remitía al enfermo ocasional al hospital de Chiclana, si estaba en disposiciones para ello; si no, lo atendía con lo más preciso hasta su fallecimiento”. P. ANTÓN SOLÉ, *La Iglesia...*, pp. 526-529.

“Sagrado Original”, sin ningún aditamento ornamental o la representación de las famosas escenas aparicionistas en sus esquinas.

Es interesante en el caso la segunda pintura que Dorronsoro asegurara que colgaba “donde se mandó colocar”, lo que hace suponer que su tío había previsto la disposición de los bienes que dejó a sus herederos, o al menos de los más representativos. Otro detalle llamativo es que este lienzo estuviese cubierto con un velo, cuya función adivinamos ornamental y protectora. Se trataría de un recurso para preservar la pintura del deterioro producido por la incidencia directa de los rayos solares. Este detalle trae a la memoria la referencia de González Moreno acerca de cómo “en Sevilla, para resguardar su delicado colorido del desgaste producido por los reflejos solares, se solían colocar estos lienzos desde el siglo XVII en los muros de los descansos de la escalera, ofreciendo una bella perspectiva”.⁵⁵⁷ Por otro lado, también con un marcado sentido devocional, Miguel Calderón dejó dos tallas de marfil: una imagen de Nuestra Señora de Guadalupe y otra del Arcángel San Miguel, seguramente producidas en Filipinas a partir de modelos europeos.

También daba noticia Dorronsoro de que tenía en su poder toda la plata que le había hecho llegar Cristóbal García Morejón, sin entrar a pormenorizar las piezas. Para completar este vacío debemos recurrir al inventario y tasación de los bienes de Miguel Calderón, quien al parecer unos días antes de su muerte le comunicó a López de Lara, extrajudicialmente, que “era su voluntad que a don Juan Dorronsoro, su sobrino, se le apartasen y remitiesen por vía de legado” un repertorio particular de alhajas de plata blanca, que fueron vistas y pesadas por Juan Muñoz, tasador de las reales joyas de cámara de la reina y contraste en la Corte, el 29 de diciembre de 1720.⁵⁵⁸ El conjunto era importante numéricamente y por el peso: 220 marcos, 6 onzas y 2 ochavas. O lo que es lo mismo, algo más de 50 kilos. Teniendo en cuenta que el marco montaba a la ley de 81 reales y cuartillo, se le dio un valor de 18.020 reales y medio de plata. No era una cantidad desdeñable, aunque representase poco más del 10% del total de la plata blanca registrada en propiedad de Miguel Calderón.

⁵⁵⁷ J. GONZÁLEZ MORENO, *op. cit.*, pág. 11.

⁵⁵⁸ A.H.P.M., *prot.* 14.192, ff. 375v y 448.

Los enseres seleccionados por Calderón para su sobrino cubrían distintas necesidades cotidianas y formaban una suerte de ajuar doméstico. Iban incluidas dos fuentes de plata redondas, cinceladas con motivos florales; una pareja de azafates aovados, también cincelados de flores; 24 platos trincheros y dos medianos; dos flamenquillas; una salva con su pie atornillado; una palangana ovoide con dos bocados; seis mancerinas con flores labradas; un salero grande, con tapador, que servía de pimentero; 24 vasos desiguales; ocho candeleros iguales, con plantillas cuadradas y mecheros redondos; un platillo de despabilar, con su cabo, cadenilla y tijeras; 18 cucharas, 18 tenedores y dos cabos de cuchillos dorados; una bacinica redonda y un orinal; una bacía en que se habían grabado unas águilas y que posiblemente sirviera para el afeitado;⁵⁵⁹ y, finalmente, lo que se enlistó como “un cacharro, con pie, asas y pico”.⁵⁶⁰

En las cuentas de la testamentaria, Lara refirió haber pagado 7.558 reales de vellón por el traslado desde Madrid hasta Cádiz de la custodia «del Millón», y de las “perlas y plata labrada para el heredero del dicho señor don Miguel”. Juan Carlos Dorronsoro no señala ningunas perlas como pertenecientes al vínculo, pero sí un “bejuquillo de oro y un rosario engarzado en oro con tres medallas de lo mismo”.⁵⁶¹ Quizá el rosario y bejuquillo⁵⁶² se correspondan con la “cadena de oro de China, que llaman cristal” y con uno de los rosarios engastados en oro y esmeraldas que formaban parte de la dote de doña Ana, aunque sea prácticamente imposible a partir de estos datos llegar a un juicio concluyente.

En último lugar, como parte constitutiva de la herencia y vínculo, hizo memoria don Juan Carlos de una docena de sillas y otra de taburetes de vaqueta colorada nuevas; de dos bancas y dos mesas de pino cubiertos de pintura colorada. En su testamento

⁵⁵⁹ La bacía era, según el *D.A.* (t. I, 1726), un “vaso grande de metal hondo y redondo, que sirve para echar cosas líquidas o condensadas, y para otros usos”. En concreto, uno de los usos más populares es el que la misma edición del Diccionario recoge en la segunda acepción del término: “Se llama también la que usan los barberos para bañar la barba cuando afeitan a alguno, y sólo se diferencia en ser más pequeña y delgada, y tener en el borde una abertura en forma de media luna, para que la barba entre en ellas”. Es una lástima que a la hora de hacer el inventario no se dieran más detalles que hubieran permitido fijar su tipología con precisión.

⁵⁶⁰ A.H.P.M., *prot.* 14.192, fol. 448.

⁵⁶¹ A.H.P.C., *prot. de Conil*, 123, ff. 10-13.

⁵⁶² El bejuquillo era “una cadenilla dorada (...) conocida y célebre en España y en Europa”, que solían emplear las mujeres y cuya tipología permitía reconocer su fabricación en Extremo Oriente. S. DE MAS Y SANS, *Informe sobre el estado de las Islas Filipinas*, s.n., Madrid, 1843, t. II, pág. 221.

enlistaba otros bienes, pero lo hacía aparte, señalando las más de las veces si pertenecían a su mujer, doña Josefa, o habían sido heredados u obsequiados por otras personas. De plata labrada enumeraba nueve chucharas, cinco tenedores, tres cubiletes, dos candeleros, una salvilla, una concha, dos cajas de tabaco y dos cajas doradas, una de ellas esmaltada, que pertenecía a su esposa. De Ana de Contreras, madre de Ana de Pividal, decía haber recibido por donación doce almohadas de felpa para estrado. Una esmeralda pequeña cuadrada y un reloj con tapa de esmalte fueron regalos de los padrinos de sus hijos a sus ahijados. Sumariamente decía haber recibido la herencia de su tía, doña Ana Calderón, excusando entrar en detalles. Los demás objetos de valor de su familia se resumían en unos bufetes de cerraje de caoba, algunas arcas de cedro, un rosario dorado, un espadín con puño, contera y guarnición, cuatro escopetas armadas dos espadas, tres cruces –dos de ellas de oro con esmeraldas y otra de San Gregorio, embutida en oro, con tres perlas–, doce láminas doradas y algunos vestidos. Los demás productos eran de hierro, peltre, cobre –dos perolcitos, dos chocolateras y una pareja de pasteleras–, pino... de lo que deducimos que eran comparativamente de escasa estimación.

En el testamento se pusieron otros bienes raíces, aparte de los ya expresados como pertenecientes al vínculo, y que ignoramos por qué vía llegaron a don Juan Carlos. Se trataba de unas casas junto al convento de la Victoria de la villa, con bodegas y silo, y dos campos de barbecho: uno de 79 aranzadas en La Alcaidía, en el término de Conil, y 19 fanegas y media en un lugar llamado El Torno de Matavaqueros, en la villa de Vejer. Además de citar instrumentos de labranza y algunas cabezas de ganado, decía tener un esclavo que se hallaba ausente.

Le sucedió como heredero del vínculo, según hemos anticipado, don Pedro Ubaldo, que murió soltero y sin descendencia en enero de 1749.⁵⁶³ Tuve éste, como su padre, una posición sobresaliente en el municipio, ocupando la alcaldía del Castillo y Fortaleza de Conil. En 1735, al tiempo de solicitar una licencia para fundar un oratorio, como lo hiciera Ana de Pividal en 1679, ostentaba la regiduría de preeminencia.⁵⁶⁴ El estudio de su testamento, otorgado en virtud de poder por su hermano Francisco

⁵⁶³ A.H.P.C., *prot. de Conil*, 126, ff. 42v-44. Testamento en virtud de poder de don Pedro Ubaldo de Dorronsoro, otorgado por su hermano de padre, don Francisco Antonio, 24 de abril de 1749.

⁵⁶⁴ A. MORGADO GARCÍA, “*Solicitudes de fundación de oratorios...*”, pág. 88.

Antonio, no refiere ningún aspecto tocante a sus bienes que agregar e incluir en la herencia recibida por don Miguel Calderón. Sólo sí aparecen algunas rentas que se le habían dejado a deber de las fincas vinculadas y la deuda pendiente de muchas de las obligaciones anejas a la titularidad del vínculo y patronato. Sorprende, en todo caso, que no dejara bienes efectos con que satisfacer sus mandas y disposiciones,⁵⁶⁵ con la salvedad del pago de su entierro en el convento y la limosna de cien misas por el eterno descanso de su alma.

⁵⁶⁵ Cobradas las cantidades que se le debían y hecho el pago de sus deudas, fue voluntad de don Pedro Ubaldo que heredasen sus derechos y acciones sus hermanos, aunque se debía dar prioridad a la formación de la dote de su hermana María. A.H.P.C., *prot. de Conil*, 126, ff. 42v-44

CAPÍTULO 10: DESCRIPCIÓN DE LOS BIENES DE LA TESTAMENTARÍA

1. CONSIDERACIONES

Como testamentarios insolidum y “partes únicas en esta Corte”, fray Francisco Avilés y el contador López de Lara, dieron cuenta de la muerte de Miguel Calderón el 13 de diciembre de 1720 y suplicaron al alcalde de Casa y Corte y teniente corregidor en Madrid, José de Pasamonte, que diese autorización para proceder al inventario, tasación y almoneda de los bienes, hacienda y efectos que habían quedado por su muerte.⁵⁶⁶ Pasamonte dio licencia el día 17 de diciembre, comenzándose un día más tarde, ante el escribano Antonio Pérez, el registro de los bienes muebles y efectos que habían quedado en las casas principales de la calle de la Espada.⁵⁶⁷

Cuando se hubo completado el inventario se dio paso a la tasación, que se inició el 2 de enero de 1721, tras el nombramiento de “personas inteligentes” y que fueron de la “satisfacción” de Lara y Avilés. Para la ejecución de la almoneda se presentaron algunos obstáculos en tanto que el auto de Pasamonte había autorizado el inventario y tasación, pero no se pronunciaba sobre la almoneda. Los testamentarios debieron hacer un nuevo pedimento, concediéndose la celebración de la almoneda judicial el 16 de enero, aunque no se procedió a ello hasta que no hubieron transcurrido veinte días. Entonces y para que quedaran enterados todos los vecinos de que se estaba ejecutando la almoneda, se colocó como señal y advertencia “un tafetán encarnado en una de las rejas del cuarto principal de dichas casas”.⁵⁶⁸

Vamos a englobar toda la información proveniente de los tres estadios referidos, inventario, tasación y almoneda, para elaborar un análisis de los bienes muebles que acumuló a lo largo de su vida Miguel Calderón de la Barca. Anticipamos, no obstante, las consideraciones que hemos inferido de su estudio. La vastedad de bienes de alto valor en su haber delata que se trataba de un gran señor, y nos obliga a descartar por completo los presuntos alegatos de moderación, prudencia y sobriedad, esgrimidos en primer lugar por Calderón en su carta al marqués del Carpio en 1700 y más tarde por

⁵⁶⁶ A.H.P.M., *prot.* 14.192, ff. 348-349.

⁵⁶⁷ *Ibidem*.

⁵⁶⁸ *Ibidem*, fol. 466.

José de Ledesma en su defensa del juicio de residencia. Por otro lado, cabía esperar que abundaran los productos traídos de Indias y de Extremo Oriente. Aunque el origen se establece en ocasiones de forma genérica, veremos desfilar los artículos que se clasifican como de Indias, Filipinas, Chile, China, Brasil, Japón... Y aunque no se especifique la proveniencia, su carácter exótico se adivina a partir de los materiales – coral, marfil, concha, nácar, madera de Campeche, lináloe, calabazas, cocos, caoba, ébano, piedras bezoares, plumas, sedas– y de las técnicas que se emplearon en su fabricación –charoles o laqueados, plumería, incrustaciones de concha–. Descubriremos la afición desmedida de Miguel Calderón por el cacao a partir de los polvos y pasta que acumulaba su despensa, y de los instrumentos específicos para su consumo: jícaras, piedras para moler chocolate, jarros, mancerinas, molinillos, toallas...

El número de pinturas, láminas y esculturas de bulto es poco numeroso y su carácter es eminentemente devocional. El conjunto de plata es ciertamente fabuloso y damos por hecho la “fábrica” novohispana de la mayoría de las piezas. Hasta aquí llegan los ecos de los cajones de plata y el equipaje fabuloso que se decía en la ciudad de México que Calderón de la Barca y doña Ana de Pividal habían llevado consigo a España. No hemos podido, a pesar de todo, identificar las piezas que en la residencia y visita general se citaban como obsequios y agasajos con que los pleiteantes habían comprado el voto de don Miguel –y el de la partida de seguidores de su facción en la Audiencia–.

Aunque Calderón participó del aprecio por las piezas raras, exquisitas y venidas del lejano Oriente, que otorgaban “a sus propietarios el prestigio de obtener piezas valiosas, difíciles de obtener”,⁵⁶⁹ no creemos acertado reconocer en él a un gran amante de las artes. La práctica totalidad de sus bienes tenía un fin ornamental, utilitario o devocional, mas no manifiesta una inclinación particular por lo artístico. Finalmente, nos hubiera gustado poder explicar cuándo y dónde fueron adquiridos estos objetos, por qué vías llegaron a su propiedad y resolver algunos enigmas de difícil solución, como el destino que se dio a los libros de que sin duda dispuso Calderón de la Barca y de los que no se hace mención.

⁵⁶⁹ M.P. AGUILÓ ALONSO, “Vía Orientalis 1500-1900. La repercusión del arte del extremo oriente en España en mobiliario y decoración”, *El arte foráneo en España: presencia e influencia*, CSIC, Madrid, 2005, vol. 12, pp. 525-538, pág. 526.

2. ROPA BLANCA Y COLCHONES

La encargada de abrir la tasación, el 2 de enero de 1721, fue Paula Gómez, de unos 40 años, esposa de Francisco –el tejedor de lienzos que descubrimos firmando como testigo en los poderes para testar otorgados por Miguel Calderón en agosto y noviembre del año anterior–, a la que se llamó para tasar la ropa blanca y colchones.⁵⁷⁰

Dentro del género de la ropa blanca encontramos ejemplares de muy diversa calidad y origen, y usados en distinto grado. Se tasaron en esta partida tres colchas de hilo y cotonía, ninguna de más de 100 reales; cortinas de estopa y de lienzo de diferentes medidas; dos peinadores de encaje de Barcelona y Cambray;⁵⁷¹ 16 camisas, de Bretaña y Holanda, algunas remendadas; 18 pares de calzoncillos (17 de lienzo de Bretaña fina, algunos labrados, y otro par “picado”); unas enaguas de Cambray que fueron la pieza individual de mayor valor de todo el repertorio, 150 reales; tres almillas de hombre de lienzo de Bretaña; cinco corbatas de muselina y de Cambray; cinco gorros de lienzo; una docena de tablas de manteles, uno de ellos “de la China” y varios alemaniscos, mientras que los de la familia, de peor calidad, eran de gusanillo; servilletas, 74 en total, usadas o “andadas las más” y algunas de la China; sábanas de Holanda, de lienzo de Francia, de la Coruña y de la China, y las de la familia, de estopa; almohadas y acericos –almohadas más pequeñas– de lienzo de Bretaña, gallego las de la familia y la mayoría de Cambray, con labor en “seda encarnada que llaman de Tangay”); varios pedazos de cotonía que componían un rodapié de cama; toallas alemaniscas, de Cambray, de hilo de pita; dos pañuelos, uno de Cambray y otro de muselina, guarnecidos de encaje; algunas varas sueltas de encaje de diferentes pedazos, con anchos y motivos variados; y por último, fundas de almohada, hijuelas y colchones, éstos poblados de lana o estopa. Todo lo cual sumó 5.656 reales de vellón, un monto humilde en relación con los bienes que consideraremos en adelante.

⁵⁷⁰ *Ibidem*, f. 403 v.

⁵⁷¹ Lo más probable es que la designación sea genérica y no atienda a la procedencia u origen de la pieza, como sucederá en otros casos, como al hablar de “Olán” –otras veces Holán u Holanda– o “Bretaña”. Respetamos, no obstante, la grafía en mayúsculas.

3. GÉNEROS BORDADOS Y OTROS

El 3 de enero prosiguió la tasación, esta vez atendiéndose a “los géneros de bordados de China, colgaduras de cama y almohadas de estrado”, que corrió de la mano de Lucas de Larne, maestro bordador, casullero y camero.⁵⁷² Se aclara que tenía 45 años, más o menos, y que vivía en la plaza Mayor, en unas casas del Hospital. Entre los géneros bordados de la China se contaban 88 papeles de marca mayor, decorados con bordaduras de ramitos de diferentes sedas y valorados cada uno en doce reales.⁵⁷³ Sabemos que la finalidad de estos pliegos de papel tapiz era cubrir los muros de los salones y estancias más importantes de la casa.⁵⁷⁴ En el conjunto se describen colchas y tellizas de lienzo, cañamazo de sedas, raso; labradas con encajes de plata, paja de oro, de toda suerte de colores, adornos, remates y guarniciones. La decoración interior de las casas que habitaron doña Ana de Pividal y Calderón constituían un espectáculo de suntuosidad y cromatismo. Junto a objetos menores -un mosquitero o un misterioso “ynquerque”- sobresalen las colgaduras rosas, azules, azul “turquí”. De estas últimas, merecen mención aparte dos colgaduras de cama de cerca de 8.000 reales, ambas “de raso liso açul” y compuestas de telliza, paño de almohadas, cielo, cenefas, cortinas y almohadas. La más notable era una colgadura para sala de raso liso encarnado, “bordada de Indias”, compuesta de diez paños iguales de a cinco anchos cada uno, una cortina, 24 almohadas del propio raso “por las dos caras”; todo medía 319 varas y se tasó en más de 19.140 reales. La totalidad de esta partida se apreció en 46.892 reales de vellón, el equivalente a 3.126 pesos; el sueldo anual de un oidor en la Audiencia de Nueva España.

4. ROPA DE LANA, SEDA Y VESTIDOS

Un día después, el 4 de enero, fue el turno de Marcos de Oquendo,⁵⁷⁵ que se encargó de tasar la ropa de lana, seda y vestidos. Se pusieron por tasación piezas que,

⁵⁷² *Ibidem*, f. 410.

⁵⁷³ En la tasación se da cierta confusión, pues se pone en primer lugar que estos papeles eran de Indias, y poco después en la misma descripción se añade que los bordados estaban sentados “sobre dicho papel de diferentes sedas fábrica de la China”. *Ibidem*, f. 410v.

⁵⁷⁴ G. CURIEL, “Formas, costumbres y rituales cotidianos de las élites novohispanos a través de los objetos de la cultura material”, *La grandeza del México virreinal: tesoros del Museo Franz Mayer*, University of Texas Press, Italia, 2002, pág. 25

⁵⁷⁵ A.H.P.M., *prot.* 14.192, f. 410.

como en el caso de los géneros bordados, colgaduras y almohadas, aparecen descritas en su mayoría como “de la China” e “Yndias”: es el caso de frazadas, cortinas, paños de almohada y acericos, encajes para manto, para vestidos de golilla, con corte de mantilla, etc. Las que sin duda venían del Nuevo Mundo eran 32 toallitas de tomar chocolate, de distintos colores, tamaños y géneros, tasadas todas en 128 reales. En cuanto a los vestidos, se citan batas y jubones de raso, casacas de paño y de tafetán, chupas y calzones de nobleza, pero no en un número excesivo. Entre ellos llama la atención una almilla⁵⁷⁶ de seda de punto que estaba “tejida en telar, el fondo carmesí, con flores de oro y plata”, tasada en 480 reales y que era la pieza de esta partida de mayor valor.

5. GÉNEROS TOCANTES A MADERA, PINTURAS, ABANICOS, VIDRIERAS, COCOS, PASTA DE CACAO Y OTRAS MENUDENCIAS DE LA CHINA

De los géneros de madera y charol se hizo cargo el 7 de enero Agustín Manrique Martín, “maestro ebanista, entallador y carpintero”,⁵⁷⁷ con casa y tienda en la calle de Jesús y de María. López de Lara, por cierto, daría en data en las cuentas de la testamentaría 1.130 reales de vellón que se le debían “de una obra que había hecho” y cuyo recibo estaba fechado poco antes de la muerte de Calderón de la Barca, el 20 de noviembre de 1720.⁵⁷⁸ También aparece actuando como testigo habitual durante la tasación y la almoneda, lo que se explica por la proximidad de su tienda y casas con la residencia de Calderón en la calle de la Espada.

Fueron cerca de 200 piezas las que se registraron, muchas de ellas traídas de otras tierras. Así sucedía con los escritorios, frisos, biombos, tibores, cofres, tocadores, cajas, platillos, bateas y arquetas, de madera de charol o “imitada de charol”. Es decir, piezas lacadas importadas de Oriente o elaboradas en América siguiendo las técnicas que se empleaban en China y Filipinas, aunque quienes la sublimaron fueron los japoneses, como ahora referiremos.

⁵⁷⁶ De acuerdo con el *D.A.* de 1726, el término describe “una especie de jubón con mangas ajustado al cuerpo. Es traje interior, así de uso de hombres como de las mujeres”, que solía emplearse en invierno, para combatir el frío.

⁵⁷⁷ A.H.P.M., prot. Cit., f. 416 v.

⁵⁷⁸ *Ibidem*, f. 529 v.

Volvemos a incidir en la magnitud y trascendencia del intercambio comercial entre el Lejano Oriente y la Nueva España a partir de la conquista de Manila en 1572 y el establecimiento regular del tráfico entre Filipinas y Acapulco. La Nueva España actuaba como puente de las mercancías entre Asia y Europa, pero también las consumía ampliamente, como pusimos de relieve al examinar los géneros de uso cotidiano que guardaba la tienda de los hermanos García de Rivas en Guanajuato.⁵⁷⁹

A ambos lados del Atlántico se apreciaba especialmente la eboraria y las lacas de producción oriental que cargaba la nao que arribaba cada año a tierras mexicanas –y así lo hizo durante más de dos siglos–, y que influyeron de forma decisiva en las artes y artesanías novohispanas. Los maestros en la aplicación de la técnica milenaria del laqueado –*urushi* era el nombre de la laca negra, que en castellano se apeló charol–, eran los japoneses, que durante el siglo XVII y hasta 1625, cuando se cerraron bruscamente las fronteras, produjeron las lujosas obras de estilo *namban* –literalmente, «bárbaros del sur»– para abastecer al exterior.⁵⁸⁰ Pronto surgieron escuelas en el exterior que trataron de alcanzar el perfeccionamiento de las lacas niponas, sin demasiado éxito. Su secreto se encuentra tanto en la materia prima, la savia del árbol conocido como *Japanese* en el mundo anglosajón, como en los complejos procedimientos empleados en su fabricación,⁵⁸¹ lo que equipara el arte del *urushi* en la sociedad japonesa con el de la platería en Occidente:

⁵⁷⁹ A.G.I., *Escribanía*, 236A. Recordemos que el inventario y tasación de la tienda de don Pedro García de Rivas se efectuaron en 1704, por orden de Miguel Calderón de la Barca como juez visitador de las Reales Cajas y mina de Raya.

⁵⁸⁰ En sus características, todos los objetos que tuvieron como destino la provisión del mercado extranjero –según expone la gran especialista radicada en Oviedo, Yayoi Kawamura–, se diferenciaron de la producción para el interior del Japón: “El tratamiento del *horror vacui* de la superficie sin dejar ningún espacio o fondo libre, contrario a la estética japonesa tradicional; la aparición de incrustaciones de nácar apenas utilizada en el *urushi* japonés, que incrementan la decoratividad de los objetos junto con la decoración a base de «makie» plano, el trabajo de *urushi* más bien rápido, justo para lograr una riqueza visual llamativa sin preocuparse de la perfección en los detalles de los objetos (...) Estas características son resultados, por una parte de los gustos de los demandantes, y por otra parte, de las comodidades de los artesanos ante unos clientes no muy exigentes en cuanto a la labor minuciosa”. Cfr. Y. KAWAMURA, “Apuntes sobre el arte de *Urushi* a propósito de un sagrario complutense de arte *Namban*”, *Arte e identidades culturales: actas del XII Congreso nacional del Comité Español de Historia del Arte (CEHA)*, Oviedo, 1998, pp. 155-162, pág. 158.

⁵⁸¹ Toussaint distingue la laca legítima o auténtica de las imitaciones atendiendo al procedimiento. En el caso de la laca original, se reviste “todo el objeto, jícara, batea o bula, con una gruesa capa de pintura, mezclada con sustancias especiales que forman el secreto del trabajo, que después se bruñe finamente. Dispuesto así, con un instrumento punzocortante, se marcan los dibujos del ornato y se aplica pintura de

“El objetivo de los demandantes era embellecer los enseres, que rodeaban la vida de estos hombres que ocupaban la cúpula de sociedad. Los maestros artesanos del *urushi* eran equivalentes a los maestros plateros, que ofrecían sus servicios a la casa imperial, familias poderosas y templos de importancia”.⁵⁸²

En el México precolombino el trabajo de la laca había tenido un papel trascendente; no era ni mucho menos desconocido para los indígenas.⁵⁸³ En el virreinato, confluyó la influencia occidental con la inspiración que aportaron los motivos y formas llegados de China y Japón, que se incorporaron a la tradición prehispánica. Se ha señalado que coadyuvó a su florecimiento el asentamiento en aquel territorio de artífices japoneses llegados vía Manila en la Nao de Acapulco, con las embajadas que enviaron los *shogunes* mientras Nueva España mantuvo relaciones diplomáticas con Japón, y conversos huyendo de las persecuciones religiosas.⁵⁸⁴ La diferencia principal en las labores realizadas en México radican en que la laca o maque empleada tenía origen animal –se obtenía de un insecto– en vez de proceder de la savia o resina vegetal. Los centros más importantes fueron Uruapan en Michoacán y Olinalá, Guerrero.

En los inventarios del último tercio del siglo XVII y primera mitad del siglo XVIII es frecuente encontrar agrupados los bienes muebles por separado, según si son de charol, maque o imitados.⁵⁸⁵ En función de su calidad técnica se les atribuye un origen y aprecio bien diferenciado. Así se sucedió en el caso de la “madera de charol e imitada a charol” que tasó Agustín Manrique. Las más valoradas fueron las piezas venidas de Japón: un friso para estrado⁵⁸⁶ de 18 tablas, apreciado en 5.500 reales y un

la misma calidad, pero de los colores correspondientes, en los huecos que han quedado, para terminar la pieza. Completa la decoración, el objeto es bruñido totalmente y nadie nota la diferencia entre el fondo y lo que después se ha agregado”. Cfr. M. TOUSSAINT, *Arte colonial en México*, Imprenta Universitaria, México, 1948, pág. 395.

⁵⁸² Y. KAWAMURA, *op. cit.*, pág. 157.

⁵⁸³ Se había empleado “para impermeabilizar utensilios de uso común: jícaras (calabazas para transportar el agua) o bateas (bandejas de madera)” Cfr. M.P. AGUILÓ ALONSO, “Aproximaciones al estudio del mueble novohispano en España”, *El mueble del siglo XVIII: Nuevas aportaciones para su estudio*, Barcelona, 2009, p. 19-31, pág. 27.

⁵⁸⁴ R. RIVERO LAKE, *El arte Namban en México virreinal*, Turner y Estilo México Editores, España, 2005, pág. 295.

⁵⁸⁵ M.P. AGUILÓ ALONSO, *Aproximaciones al estudio...*, pág. 30.

⁵⁸⁶ Los frisos para estrado, por su descripción, es seguro que se corresponden con los “rodastrados”, “rodastrados” o “arrimadores” que Toussaint descubrió examinando las partidas de los inventarios de

biombo de doce hojas, decorado con figuras rebajadas, arboledas y paisajes, en 8.000 reales.⁵⁸⁷ Los escritorios y cofres venidos de Filipinas y Japón resultaron piezas exquisitas, estimadas entre los 2.400 reales de dos escritorios de cerca de una vara en cuadro, “con ramos de oro, pájaros y flores embutidos de nácar”, y los 600 reales de una pareja de cofrecitos del Japón de media vara de largo. En contraste, dos tibores de tres cuartas de alto, “de pasta, imitados a charol, el fondo negro con ramos de oro”, sólo se apreciaron en 360 reales, y un tocador también imitado a charol, apenas en 150 reales.

Bajo el epígrafe de “madera de diferentes géneros” se incluyó el mobiliario realizado en palo santo, boj, cocobolo, lináloe, palo de Campeche, etc. En ciertos casos se asentó que los bienes venían de Brasil, China o sencillamente se apuntó que el objeto en cuestión estaba “hecho en Indias” o que parecía provenir de “un Mundo Nuevo”, aunque las mismas maderas y materiales empleados delatan que su origen es lejano.⁵⁸⁸ Algunas piezas aparecen recubiertas de una hoja de plata, con aplicaciones de hueso, marfil, concha o nácar. Para su embellecimiento, más allá del lacado y la taracea, también se recurrió a la pintura sobre la madera.

testamentos mexicanos fechados entre finales del siglo XVII y principios del XVIII. Es correcto referirse a ellos también como biombos, que era la palabra genérica para este tipo de objetos, estableciéndose la distinción atendiendo a las “habitaciones en que se empleaban”. M. TOUSSAINT, “La pintura con incrustaciones de concha nácar en Nueva España”, *Anales del Instituto de Investigaciones Estéticas*, 20, Universidad Autónoma de México, 1952, vol. V, n. 20, pp. 5-20.

⁵⁸⁷ Los biombos, pintados por una sola cara o por las dos, contenían asuntos variados pero nunca religiosos dado que eran muebles de uso profano. En cuanto a su popularidad en la sociedad virreinal, pese a que han llegado pocos hasta nosotros, “puede afirmarse que casi no hubo casa colonial de cierta importancia que no tuviese uno, dos o tres biombos”. M. TOUSSAINT, *op. cit.*, p. 12. En cuanto al origen del término, «byo-bu», significa en japonés «protección contra el viento». R. RIVERO LAKE, *op. cit.*, pág. 170. Su uso está definido con exactitud en el D.A. (t. I, 1726): “Para atajar las salas grandes, defenderlas del aire y para cubrir y esconder las camas que no se quiere tener expuesta”. Poco después de la muerte de Calderón siguió la del primer marqués de Campoflorido, en 1726, que tenía en su casa un biombo de charol de 12 hojas, de 3.000 reales (cfr. M.P. AGUILÓ ALONSO, *Vía Orientalis...*, pág. 526). Del mismo número de hojas, “bien tratado” Nicolás Ventura Echevarría tenía otro de “charol de China”, al que se le asignó un valor de tasación en 1719 de 1.500 reales (cfr. J.L. BARRIO MOYA, “El inventario de los bienes de don Nicolás Ventura Echevarría, hidalgo vizcaíno afectado por la matxinada de 1718 (1719)”, *Boletín de la Real Sociedad Bascongada de Amigos del País*, 1998, t. 54, n. 2, pp. 409-419). El ejemplar de Miguel Calderón debió de ser magnífico a tenor de los 8.000 reales en que se tasó, siendo determinante el que proviniese de Japón.

⁵⁸⁸ En cuanto al empleo de la madera y otras especies vegetales como materia prima, cabe añadir que “la explotación forestal de las enormes extensiones de bosques y su comercio constituyeron un segmento importante de la economía del nuevo mundo; además, como contraparte, el uso de maderas americanas tuvo una considerable repercusión en el desarrollo de la ebanistería europea”. J.F. RIVAS, Observaciones sobre el origen, desarrollo y manufactura del mobiliario en América Latina”, J.J., RISHEL (ed.), *Revelaciones: las artes en América Latina, 1492-1820*, FCE, México, D.F., 2007, p. 487.

En la tasación se crearon subcategorías que en el inventario no existían agrupándose las piezas en: bufetes, sillas, cofres, arcas, escritorios, camas de tablas, “almarios”, fregaderos, petacas, pinturas embutidas de nácar, pinturas de lienzo, bolas, abanicos, vidrieras, esteras de palma y loza de China.

En cuanto a los bufetes, en algunos casos se hace una distinción funcional, indicándose si eran “bufetes para estrado”, “de cama” o “para luces”. Les acompañan sus medidas, que rondan entre una y dos varas de largo, y las tres cuartas y la vara de ancho. A veces se especifica el material: pino o nogal, o incluso se dice que se les ha dado “color de nogal”. Aparecen cubiertos de ébano, también de cuero (badana o vaqueta). Más adelante, cuando entremos a analizar los objetos tasados en las partidas de plata, nos referiremos a una serie de bufetes enriquecidos con una guarnición de este metal, que se pusieron aparte. Junto a los bufetes, el maestro ebanista tasó también una caja de tarimilla de brasero con su bacía de cobre y varias mesas de pino, entre ellas una “mesa de altar” con sus gradas, una “mesa para cocina” y una “mesa para aplachar”.

Las sillas aparecen en dos juegos de doce, en el primero “bien tratadas”, que se avaluaron en 44 reales, mientras que en el otro las sillas estaban “usadas” y se tasan en 40 reales cada una. Había otras tres sueltas “viejas”, de 20 reales la pieza, todas de vaqueta y tableadas con sus clavos escarolados. Están acompañadas de seis taburetes bajos de nogal cubiertos de damasco carmesí, que alcanzaron 33 reales la unidad en tasación y se vendieron en 27 reales y 17 maravedís cada uno.

Los tres cofres y cinco baúles que se inventariaron eran riquísimos: grabados, embutidos de hueso, recubiertos de lináloe por dentro y por fuera de palosanto, algunos con cerraduras de hierro. Los más valiosos de ellos se tasaron en 6.000 reales y estaban descritos como de vara y cuarta de largo y tres cuartas de ancho, tumbados, cubiertos de concha, perfilados de hueso y embutidos de estrellas de lo mismo, con una guarnición de hoja de plata en cantoneras, escudos y aldabones. Estaban “hechos en Indias”, como los materiales y el diseño hacían presuponer.

Las arcas y arcones eran mucho más modestos, de pino o cedro, algunos con su cerradura y llave. La excepción era una arquita de 80 reales, frisada de palosanto por el exterior y chapa grabada blanca, y por dentro de cubierta de lináloe. Se precisan los usos de algunos: “un arcón para tapices”, “para cebadas” o “cajitas para sillas”. Similares a las arcas eran las petacas.⁵⁸⁹ En el inventario y tasación de los bienes de Calderón había nueve, cubiertas o forradas “de pellejo” de distintos colores –azul, ámbar, encarnado, blanco y castaño–, una labrada de sedas y otra de punto de diferentes labores. La más valiosa, de 150 reales de vellón, tenía además “su herraje dorado”.

Dentro de la categoría de escritorios aparecen dos de gran valor y dimensiones, tasados en 2.200 reales y adquiridos en 1.600 reales por el conde de Altamira; otro citado como escritorio papelera cubierto de boj y nogal, y una escribanía de lináloe de media vara. Una pieza singular en el conjunto de objetos de madera era un tablero de damas y ajedrez de ébano y hueso labrado, con sus piezas correspondientes, estimado en 120 reales de vellón.

Las camas de pino apenas merecen mención pues, salvo una de seis tablas y 60 reales de vellón, las demás tenían las tablas “viejas”. De pino también eran dos “almarios”, un baño, un tajo para cocina, un atril recostadero para la cama, un estante para libros y los dos fregaderos. Teniendo en cuenta la abundantísima colección de plata de Calderón, no debe sorprendernos que uno de estos últimos, de dos varas de largo, sirviera “para fregar plata”.

Se tasaron en esta partida varias cruces, una de peral en 12 reales y en algo más del doble otra de marfil de Santo Toribio de Liébana con su guarnición de plata. De hechura de marfil eran también un crucifijo con cruz de ébano y una pieza “hecha en Indias” que estaba adornada de plata y compuesta de un san José con el Niño de la mano de marfil sobre una peana de peral.⁵⁹⁰ La figura con su peana medía más de tercia

⁵⁸⁹ Según el *D.A.* (t.V, 1737), la petaca era una “especie de arca hecha de cueros u pellejos, fuertes u de madera cubierta de ellos”.

⁵⁹⁰ En un buen número de colecciones privadas, eclesiásticas y museísticas españolas se han documentado ejemplos hispano-filipinos del Niño Jesús, Nacimientos y de la Sagrada Familia en marfil, así como representaciones de San José con el Niño, en brazos o de la mano, como es el caso que nos ocupa. De este último tipo, sobresalen por su belleza los del Museo Oriental de los Padres Agustinos, de Valladolid –que

de alto, que se ponderó en 600 reales. Cinco bolas desiguales de marfil “para juego de trucos” se tasaron en 135 reales, vendiéndose en almoneda tres de ellas al prior del convento de San Felipe el Real. El juego de trucos, remoto antecesor del billar, requería de una mesa y tacos, además de las costosas bolas de marfil. Debió de ser popular en las casas de cierto lustre en Nueva España, como demuestra su presencia en los ajuares domésticos de nobles y comerciantes, en la estancia o salón de juegos.⁵⁹¹

La colección de abanicos no era despreciable de ninguna manera. Había 124 blancos, de varillas caladas y procedentes de Indias cuyo valor se estimó era de 12 reales (en almoneda se vendieron a 7 reales y medio). En 12 reales se tasaron también cada uno de los 16 abanicos perantones blancos, con varillas negras, que debían de estar también hechos en el Nuevo Mundo.⁵⁹² Finalmente, se fijó en 30 reales el valor de cada abanico de una docena fabricados en hueso pintado y originarios “de la China”.

En el caso de la loza de China, cuya tasación también correspondió al ebanista, hemos de tener en cuenta que el término es problemático: ignoramos si de este modo se alude al origen o si eran piezas que imitaban las porcelanas chinas y respondían a un cierto tipo. Así, en la misma descripción de varios pocillos y tazas lecheras, se dice que son “de Yndias”, pero a continuación se describen como de “losa de China”.⁵⁹³ De este grupo, además de vasos, escudillas, calderas y platos, hemos de destacar cinco tiboires de media vara y cuatro dedos de alto, con brocales de hierro, llave y cerradura, que se tasaron en 50 pesos cada uno y en 3.750 reales de vellón todos ellos, frente a los 360 reales en que se avaluaron los dos tiboires de pasta que imitaba el charol. Los tiboires, por cierto, gozaron de gran popularidad en el México virreinal. Estas vasijas de cuello recto y hombros, solían incluir una cubierta debido que se empleaban para almacenar chocolate o especias.⁵⁹⁴

posee los mejores fondos de arte oriental en nuestro país–, y del convento dominico de San Esteban de Salamanca. L. DÍAZ-TRECHUELO, *op. cit.*, pp. 72-75.

⁵⁹¹ B. BALLESTEROS FLORES, “El menaje asiático de las casas de la élite comercial del virreinato novohispano en el siglo XVII”, *Boletín del Archivo General de la Nación*, n. 20, pp. 59-97, pág. 64.

⁵⁹² De acuerdo con el *D.A.* (t. V, 1737) se trataba de un género de abanicos “que venían de Indias, que tenían cerca de media vara de alto y eran muy anchos. Hoy se llama pericón”.

⁵⁹³ A.H.P.M., *prot.* 14.192, f. 368.

⁵⁹⁴ M.A. CODDING, “Las artes decorativas en América Latina, 1492-1820”, J.J., RISHEL (ed.), *Revelaciones: las artes en América Latina 1492-1820*, FCE, México, D.F., 2007, pág. 100. Puede que los

En lo que respecta a las pinturas, todas eran de asunto religioso, y llamativamente poco numerosas, lo que excusó que se llamara a un maestro pintor para la tasación. En lienzo no eran muy numerosas –apenas ocho– y resulta llamativo que muchas no sólo no tenían marco, sino que también les faltaban las cañas y el bastidor. Ninguna estaba firmada y desconocemos su procedencia, aunque proclaman su origen novohispano una *Virgen de Guadalupe*, que referimos en el capítulo dedicado a la capilla fundada por don Miguel, y un retrato del *Venerable Gregorio López*.⁵⁹⁵ Éstas son las de mayor tamaño y coinciden en sus medidas: dos varas de alto y vara y media de ancho. En cambio, el aprecio de cada una difiere, pues la imagen de la Virgen mexicana se estima en 240 reales, en tanto que la del venerable solamente alcanza 66 reales de vellón.

El resto de las obras sobre lienzo contienen representaciones de santos, como *San Agustín*, *San Ignacio de Loyola*, *San Francisco Javier* o *San Juan de Dios*. Igualmente, hay “una pinturita” de *Nuestra Señora de la Contemplación* y una “minatura” de los *Desposorios de santa Catalina* “con su vidrio delante, con su marco y friso y sobrepuesto de bronce de molido” que se tasó en 600 reales. Una diferencia ostensible con las demás que no aducimos tanto a la calidad, rareza o exquisitez de la obra, como al marco que la adorna, como se deja ver de la comparación con el resto de ejemplares recogidos en la tabla.

De Indias venían nueve pinturas embutidas de nácar con su marco correspondiente.⁵⁹⁶ Puede que estuvieran relacionadas con los enconchados, una tipología de pintura que tiene como soporte madera forrada de tela de lino, sobre la que se añade una preparación de yeso en la que se perfila el tema. A continuación se pinta al óleo y se insertan las piezas de concha.⁵⁹⁷ Tres de ellas estaban dedicadas a la *Virgen de*

objetos de “loza de China” de Calderón provinieran en realidad de los abundantes y afamados talleres de Puebla o ciudad de Méjico.

⁵⁹⁵ Nacido en Madrid, el venerable Gregorio López (1542-1596) es conocido como el primer ermitaño de la Nueva España y de las Indias.

⁵⁹⁶ Este género de pinturas con embutido de concha nácar fue abundantísimo en México entre 1692 y 1752. M. TOUSSAINT, *La pintura...*, pp. 5-20.

⁵⁹⁷ En los enconchados abundaban por igual los asuntos profanos y religiosos. A pesar de que se pensó que esta técnica era un arte menor y sus cultivadores meros artesanos, “se ha descubierto que artistas

Guadalupe y la de menor valor y medidas –tenía apenas media vara de alto y se apreció en 150 reales de vellón– presentaba un *Arcángel San Miguel*, el santo del nombre del que fuera su propietario, hecho de pluma.⁵⁹⁸ Si hacemos memoria, Calderón de la Barca se encomendó a él en uno de los poderes para testar que otorgó en 1720, y legó a los Dorronsoros una talla de marfil que pone de manifiesto la especial devoción que le profesó. Lo mismo aplica a Nuestra Señora de Guadalupe, por supuesto, aunque nos exoneramos de repetir aquí un aspecto que latamente hemos desarrollado al tratar de la capilla de la ermita de Jesús Nazareno.

Acompañando a las pinturas anteriores, se mencionaban además una pareja de laminicas en óvalo de la *Magdalena* y *San Jerónimo* guarnecidas de bronce dorado, con sus marcos de ébano y sus vidrios, que se tasaron en conjunto en 180 reales. Finalmente, se puso en la lista una pintura sobre tabla dedicada a *Santa Ana, la Virgen y el Niño* que contaba con un marco negro y dorado, que simulaba ser de charol, a que se asignó un valor de 120 reales.

La tasación de las vidrieras también corrió a cargo de Agustín Manrique. Los postigos y puertas vidrieras con sus respectivos vidrios se concentraban todos en torno a dos estancias, un cuarto bajo y otro principal. Los datos que aportan son demasiado escasos, no obstante, como para que podamos reproducir, siquiera de forma imaginaria, la traza de las habitaciones. En otro orden de cosas, acerca de la calidad de estos vidrios se apunta que la mayoría que eran “hordinarios”. Ninguno de ellos podría tomarse por espejo, lo que, junto con la ausencia de una librería bien nutrida, propia de un jurista y hombre culto como lo fue Calderón, llama poderosamente nuestra atención.

Procedentes de las “Yndias” eran 16 barros o búcaros descritos como grandes negros, blancos y encarnados, que se tasaron en 15 reales la unidad –en la misma cantidad se le vendieron en almoneda seis negros al duque de Arcos–. También

como Antonio de Santander y Nicolás Correa pintaron con esta técnica y firmaron sus obras”. S. SEBASTIÁN LÓPEZ et alii, *op. cit.*, pp. 554 y 556.

⁵⁹⁸ No es extraño encontrar láminas con figuras en plumería, arte complejo, de gran refinamiento, de tradición precolombina, practicado por los amanteca, palabra en náhuatl que significa «los que pintan». Sus producciones fueron perdiendo importancia y esplendor a lo largo del siglo XVIII. Cfr. M. MARTÍNEZ DEL RÍO DE REDO, “La plumería mexicana”, *Buenavista de Indias*, Aldaba, Sevilla, 1992, n. 3, pp. 25-37.

americanos eran veinte barro “que sirven para salva”, y varios platos de barro,⁵⁹⁹ muchos de los cuales fueron adquiridos más tarde por la condesa de Fuensalida. Por otra parte se citan 19 cocos desiguales y once “cocos calabazas” de diferentes colores, a los que se suman 48 más con un adorno o guarnición de plata y que por este motivo se tasaron aparte, como veremos.

Es harto probable que tanto los cocos como los 118 “pocillos de Yndias de losa de China” sirvieran para beber chocolate, mientras que los 42 molinillos⁶⁰⁰ “de madera moradilla” se emplearan para batir el cacao. De estos últimos, aunque en el inventario y tasación no se concreta su propósito, en la almoneda siempre se especifica que se trataba de “molinillos para chocolate”.

Poniendo de relieve su afición por esta bebida, para completar el servicio encontramos en otras partidas de la tasación utensilios relativos a la elaboración y consumo del cacao: “dos piedras para labrar chocolate”, “toallitas para tomar chocolate de distintos colores, tamaños y géneros” que ya citamos, varios “jarros chocolateros”, pocillos, jícara y mancerinas. En los escritos se asentaron como “macerinas” o “mazerinas” estas pequeñas salvas con una o dos abrazaderas en medio destinadas a soportar la jícara en que se vertía el chocolate para su consumo. En el juicio de residencia uno de los testigos mencionó que a Miguel Calderón se le había cohechado con las primeras mancerinas que habían entrado en la ciudad de México, lo que rebatió la defensa con el argumento de que una de las cifras que se barajaron no era múltiplo de seis. Y es que lo habitual es encontrarlas por docenas o medias docenas. Entre los bienes dotales de doña Ana en el tiempo de contraer matrimonio con Calderón había un chocolatero y “seis asientos de filigrana de plata para pocillos”, lo que nos lleva a pensar que tal vez se tratase de mancerinas a las que no se había bautizado aún con el

⁵⁹⁹ Suponemos que en los “platicos” y “platillos de barro”, el barro es el material del que están hechos y que no se refiere a la pieza del servicio de cava.

⁶⁰⁰ De acuerdo con el *D.A.* (t. IV, 1734) el molinillo es “un instrumento que sirve para batir y desleír el chocolate: formado de una bola cavada u dentada, y un astil que se mueve, estregando con ambas manos a un lado y a otro”. Es frecuente encontrarlos de moradilla. Con su chocolatero de cobre, taza de loza blanca con decoración de clara inspiración oriental y platillo a juego, lo encontramos en una espléndida naturaleza muerta del Luis E. Meléndez que se conserva en el Museo del Prado. El título descriptivo que se le atribuye, haciendo una lectura literal de la pintura es *Bodegón con servicio de chocolate y bollos*.

nombre del virrey que las popularizó.⁶⁰¹ En el inventario de bienes de don Miguel se contabilizaron 43 fuera de las seis de plata que constituyeron parte de la herencia de Juan Carlos de Dorronsoro. Una mancerina suelta era blanca y dorada, mientras que todas las demás eran de plata blanca, formando juegos diferenciados: algunos lisos, con cincelado de flores, base ochavada, etc.⁶⁰²

No es ocioso hacer una escala en este punto para subrayar la importancia que adquirió el consumo de cacao en España en las primeras décadas del siglo XVIII. Su introducción no sólo alteró el paladar de los españoles o suscitó la creación de objetos de uso doméstico y cotidiano característicos, como estamos viendo al repasar el inventario de bienes de Miguel Calderón. Lo cierto es que fue tal el volumen de demanda y necesidades de abastecimiento, que requirió la entrada en vigor de un reglamento específico en septiembre de 1720 para regular los derechos que percibía la Corona por el cacao que las “lotas, galeones y navíos de registro conducían de América a Cádiz. En la cabecera del expresado documento, Felipe V dejaba constancia, en primer lugar, de la importancia fundamental del comercio con las Indias. Hacía explícito, asimismo, el deseo de restablecer y ampliar las cotas de intercambio que habían caído en picado durante la coyuntura bélica y afirmaba con rotundidad la dependencia del mercado peninsular de este producto:

“Por cuando siendo el comercio de la carrera de las Indias el fundamento principal de la conservación de mis dominios y de la opulencia y alivio de mis vasallos, he dado varias providencias para allanar las dificultades que han ocasionado la deterioración del trafico entre ellos y estos reinos, reglando lo que más puede conducir a restablecerlo y aumentarlo: y considerando que uno de los puntos esenciales para facilitar esta importancia es el de la moderación de los derechos en el cacao que se conduce a aquellos parajes tanto por ser muy considerables las porciones que de este género se necesitan anualmente en España para el consumo de ella, cuando porque es el

⁶⁰¹ Tomaron el nombre del marqués de Mancera y virrey de Nueva España entre 1664 y 1673, quien contribuyó a la expansión del consumo del chocolate por las cantidades que envió desde México. J.M. CRUZ VALDOVINOS, “La platería en la Corte madrileña de los Habsburgos a los Borbones”, RIVAS CARMONA, J. (coord.), *Estudios de platería San Eloy*, Universidad de Murcia, 2003, pág. 139.

⁶⁰² Finos ejemplos de mancerinas del mismo período ejecutadas por artífices madrileños se conservan en el MNAD, según recoge J. ALONSO BENITO (“En torno a las mancerinas de plata del Museo Nacional de Artes Decorativas”, *Estudios de Platería San Eloy*, Universidad de Murcia, 2003, pp. 39-49). Como señala este autor, se fabricarían después en otros materiales, pero su tipología nació “gracias al arte de la platería”. Cfr. *Ibidem*, pág. 45.

más propio y casi el único para la carga del tornaviaje de galeones y navíos de registro que fueren a Tierra Firme (...).⁶⁰³

En vista de lo cual, no produce extrañeza que la despensa del domicilio de calle de la Espada estuviese bien surtida de “pasta de cacao, chocolate y otras varias menudencias de este tenor”, empaquetado en ladrillos, cajones, taleguillos y sacos, separados según el lugar de importación: “Soconuzco”, Oaxaca y Caracas. Nótese que en la tasación se anota el peso en libras y arrobas, del que se obtiene a continuación el valor en reales de vellón.

Pues bien, primeramente se puso la pasta de cacao de Soconusco, tasada a 12 reales la libra. Eran siete cajones en total, todos con más de 6 arrobas excepto uno más pequeño que pesaba 3 arrobas y 20 libras, de modo que importó 1.140 reales de vellón. También se encontró un ladrillo suelto de dicha pasta de 23 libras, es decir, 276 reales de vellón. Atendiendo a los compradores descubrimos que participaban del furor por el cacao el conde de la Cadena, que compró dos cajones, y el contraste Juan Muñoz que adquirió uno.

Se contaron dos cajones con “chocolate de Yndias”. El primero guardaba 171 cajas –tasada cada una en 10 reales–, y el otro cajón guardaba ladrillos de 4 arrobas y 18 libras en limpio –a 12 reales la libra, equivalía a 1.416 reales–. Se encontraron “tres taleguillos de polvos de Goajaca” de 14 libras, que se tasaron en 210 reales de vellón –cada libra a 15 reales–. Y por último, un saco de cacao de Caracas “decentado”, que en limpio pesaba 3 arrobas y 22 libras (se tasó cada una a 7 reales), lo que suponía 709 reales de vellón. En total, entre polvos y pasta de cacao se hallaron nada menos que 7.429 reales. Junto al cacao se tasó un cajón de pastillas de barro para tabaco que pesaba en limpio 3 arrobas y media, e importó 262 reales y medio de vellón, a razón de 3 reales la libra. Su comprador en almoneda fue el mismo Agustín Manrique, que lo adquirió por 350 reales, es decir, a cuatro reales la libra. Resulta llamativo que, salvo error en las partidas, se vendiera por un importe mayor que el fijado inicialmente, cuando lo acostumbrado en almoneda era que se pagase muy por debajo del precio de tasación.

⁶⁰³ A.G.I., *Indiferente general*, 652. Reglamento sobre los derechos y aranceles del cacao, 20 de septiembre de 1720.

Un último apunte podemos incluir al respecto tomando como referencia algunas noticias en torno a los bienes de los ministros de la Audiencia mexicana que salieron a relucir en la visita de Garzarón. Por ejemplo, a través de una memoria sabemos que en la propartida de viajar a México en mayo de 1706 Gerónimo de Soria Velázquez, marqués de Villahermosa de Alfaro, transportaba el chocolate –28 libras– en una frasquera y una “petaquita de arquita de cuero respuntada de blanco con su cerradura y llave”.⁶⁰⁴ Y relacionado con los utensilios para su consumo, en la alacena de la casa de González de Agüero se reconocieron 64 tazas de chocolate y algunos ejemplares desaparejados decorados con motivos blancos y azules, lo que demuestra la gran afición que había adquirido.⁶⁰⁵ Agüero, que era peninsular, cuando respondió a las preguntas de Garzarón concernientes al estado del comercio en la Nueva España se mostró especialmente preocupado por el abastecimiento del cacao en aquel reino:

“uno de los bastimentos precisos, pues lo usan en su modo como el pan o el vino en Castilla (...) con la falta se encarece el género como lo hemos visto y vemos por experiencia, de calidad que aunque la gente acomodada siente lo excesivo del precio y los pobres y comunidades eclesiásticas claman (...)”.⁶⁰⁶

6. UTENSILIOS DE COCINA, HIERRO Y AZÓFAR

El miércoles 8 de enero continuó la tasación con Francisco Álvarez de todo “lo tocante a cocina”. Álvarez, maestro calderero, tasó una cincuentena de utensilios de cobre, hierro y azófar entre los que se contaban asadores, cuchillas, sartenes, cazos, parrillas ollas, balanzas, peroles, garrafas, jarros, cazuelas, velones... sin olvidar los chocolateros y las piedras para labrar chocolate que antes mencionamos. Eran objetos de escaso valor, entre los que podemos destacar una copa de azófar de 80 reales, una tortera de cobre de 84 reales, 40 varillas de hierro de puertas y ventanas, tasadas todas en 160 reales, las dos piedras negras de labrar chocolate (de 60 reales cada una) y seis cántaros de cobre de que pesaban 97 libras y hacían en total 533 reales y medio, pues cada libra de cobre estaba apreciada en 5 reales y medio.

⁶⁰⁴ A.G.I., *Escribanía*, 280B, ff. 347-348. “Testimonio auténtico” sacado en Madrid al tiempo de ir a embarcarse a Cádiz en 1706.

⁶⁰⁵ *Ibidem*, fol. 1154-1157v.

⁶⁰⁶ A.G.I., *Escribanía*, 278B, fol. 157v.

En la almoneda se dio salida a la mayor parte de los utensilios, siendo el mayor comprador Juan Ortiz de Bracamonte, escribano de cámara del Consejo de Indias, que firmó como testigo junto a su hermano en uno de los poderes para testar otorgados por Calderón en 1720 y que nos hizo presuponer que mantenían alguna relación de amistad, que adquirió dos cazuelas, dos torteras, una espumadera de cobre, dos tres pies, unas trébedes de hierro, un velón de estaño con cuatro mecheros y una docena de cubiletes abarquillados de cobre.

7. TAPICES Y ALFOMBRAS

Tapices y alfombras fueron tasados por Juan de la Maza Fernández, “maestro del arte de la tapicería”, el 9 de enero. En el interior de la casa de Calderón de la Barca se encontraron dos alfombras turcas desgastadas y “maltratadas”, a pesar de lo cual se tasaron una en 1.760 y la otra en 700 reales, que se vendieron en 1.350 y 440 reales respectivamente. No se le dio salida en almoneda a dos reposteros hermanos valorados en 150 reales, como tampoco a una serie de cinco tapices “maltratados, deshermanados, cortados y alamparados” –de 240 reales– o a seis tapices “hordinarios de montería”, pero deshermanados, que se habían tasado en 824 reales.

La pieza más sobresaliente lo era, sin lugar a dudas, una tapicería fina de Bruselas compuesta de doce paños de seis arras de caída y 73 de corrida, que hacían en cuadro 438 arras, de asunto mitológico: el rapto de Elena. De la Maza estimó su valor en 24.090 reales y se vendió por 16.000 después de que se cerrase la almoneda judicial, “por medio de Félix, el prendero, que vive y tiene tienda en la calle de la Montera”.⁶⁰⁷ No se especifica la identidad del comprador, aunque a partir de una partida de las cuentas de la testamentaría se infiere que debió de serlo el duque de Osuna. Una tapicería de once paños de 4 arras y media de caída y 63 y media de corrida (en cuadro hacían 285 arras), con personajes de las fábulas de Diana, tasada en 7.994 reales, fue adquirida por don Andrés Gutiérrez de Solana a cambio de 5.292 reales. Finalmente,

⁶⁰⁷ A.H.P.M., *prot.* 14.192, f. 516.

Ignacio Albardén compró por 3.000 reales la “tapicería hordinaria de arboledas” de 4 arras y media de caída por 58 arras y media de corrida (263 arras en cuadro), compuesta de 12 paños, que se había tasado en 4.734 reales de vellón.

8. RELOJES

El maestro relojero Alfonso Merinero vivía en la calle de Santiago, en unas casas de la Merced Calzada –como Calderón en el momento de su muerte–.⁶⁰⁸ Él se encargó, el 10 de enero, de tasar los dos relojes que pertenecieron al difunto. Uno se dice que era “grande, de pesas de péndola larga que llaman de lantejuela, que da horas y medias horas, de ocho días de cuerda, hecho en Madrid, con su caja de madera pintada”. Tasado en 1.200 reales, se vendió al marqués de Santiago por la mitad de su aprecio. El segundo era un reloj de faltriquera fabricado en Ginebra, “con caja y sobrecaja de plata, y la sobrecaja está tallada con dos manos; una para las horas y otra para los minutos”, cuyo valor estimado era de 420 reales, aunque se vendió por 270 reales de vellón a don José Antonio Montaña.

9. FORLÓN, MULAS, GUARNICIONES Y ALMOFRECES

Antonio Sánchez⁶⁰⁹ como maestro de coches y Juan García del Escorial⁶¹⁰ como maestro herrador y albéitar, llevaron a cabo una doble tasación: una extrajudicial pocos días después de morir Calderón de la Barca, y otra ante escribano el 11 y el 13 de enero respectivamente. En el inventario se expresaba que por orden de los testamentarios se hizo tasación extrajudicial del forlón y las cinco mulas el 22 de diciembre de 1720 para “excusar gastos y no perder la ocasión”⁶¹¹ de vendérselos al obispo de Teruel el 26 de

⁶⁰⁸ J.L. BARRIO MOYA (“La carta de dote de don Juan Mejía, militar extremeño al servicio de Felipe V (1731)”, *Coloquios Históricos de Extremadura*, 1999) ha documentado su intervención como tasador en 1725 de Antonio de Pineda, regidor de Madrid y “de la Junta de Aposento de Su Majestad”.

⁶⁰⁹ Antonio Sánchez tenía, en el momento de la tasación ante escribano 34 años, y vivía y tenía tienda en la calle del Duque de Alba.

⁶¹⁰ Juan García del Escorial, maestro herrador y albéitar, afirmaba tener 68 años más o menos. Vivía y tenía tienda en la plazuela del Lugones.

⁶¹¹ A.H.P.M., *prot. 14.192*, f. 337v.

dicho mes en precio de 12.300 reales de vellón. El forlón, que apenas había recibido uso aparece descrito así:

“Estaba cubierto de vaquetas por dentro y por fuera, con su caparazón de damasco y cortinas de tafetán y ladillos cerrados forrados en damasco verde, con sus tres vidrios, dos de a dos tercias y el grande por dentro para invierno, cubierto de paño aplomado guarnecido a tres carreras de tachuelas doradas y sus remates y alamares para los ladillos con el hierro cuadrado y sus correones en sopandas”.

La tasación de las “guarniciones y almofreces” correspondió a Diego Vez⁶¹² que estimó el valor de dos almofreces de tafilete encarnado en 240 reales cada uno, y otro más pequeño de cordobán negro en 180 reales. Tres sobrecargas de jerga con las armas respuntadas, dos de ellas apollilladas, se tasaron cada una en 33 reales. En último lugar, un juego de seis guarniciones, con seis frenos y dos sillas, “todo corriente”, se vendió en almoneda a Francisco Montenegro por 300 reales, a pesar de que Vez había señalado que su valor era de 500 reales de vellón.

10. PLATA Y PLATERÍA DE ORO

Juan Muñoz, “thassador de las reales joyas de Cámara de la Reyna nuestra señora y contraste en esta Corte”, se ocupó de las joyas y alhajas.⁶¹³ Su primera intervención, según vimos a su tiempo, tuvo lugar el 23 de julio de 1720, estando Calderón de la Barca aún con vida.

Tasó por valor de 48.780 reales de plata toda una serie de alhajas que Calderón, “extrajudicialmente”, dispuso que fueran enviadas a su muerte a Cristóbal García Morejón para que las remitiese al reino de la Nueva España, donde serían puestas a la

⁶¹² Firma “Diego Bez” al final de su tasación, que efectuó el 14 de enero de 1721. Maestro guarnicionero, vivía y tenía tienda en la plazuela del Ángel.

⁶¹³ Juan Muñoz, contraste de oro y plata de la Corte y tasador de joyas de la reina Isabel Farnesio, era hijo, nieto y padre de plateros. Su ingreso en la Congregación de San Eloy se produjo en 1694. En 1695 fue nombrado marcador de la villa, cargo que ocupó hasta su muerte el 25 de febrero de 1731. En enero de 1698 solicitó el puesto de tasador de joyas de la reina aduciendo que llevaba tasando las joyas que realizaba Cristóbal de Alfaro desde hacía tres años. Obtuvo el nombramiento el 6 de enero de 1698. Fue aprobador de la Congregación desde el 28 de junio de 1699 hasta el 3 de octubre de 1701, y tesorero de las memorias de huérfanos plateros en 1699. A.M. ARANDA HUETE, *op. cit.*, pág. 481.

venta.⁶¹⁴ En esta partida se incluyeron dos mazos de manillas⁶¹⁵ de perlas y granos aperlados de a diez hilos cada uno con 559 perlas que hacían 507,7 quilates y valían, “según su qualidad”, 12.000 reales de plata. Dos hilos de perlas puestos en dos muelles de oro esmaltados de negro, con 598 perlas y 435 quilates, se tasaron en 11.200 reales de plata. Por su parte, los muelles tallados y esmaltados de negro estaban guarnecidos de 18 granos de aljófar y se valoraron, con oro y sin hechura, en 129 reales de plata.

Otros dos mazos de manillas de perlas y aljófar de a doce hilos cada uno en que había 891 granos y pesaban 420 quilates, alcanzaron en tasación 3.400 reales de plata. Los muelles sobre los que estaban puestas dichas manillas se tasaron en 140 reales de plata. A dos perlas perillas de cerca de 10 quilates y medio cada una, se les atribuyó un valor de 9.200 reales de plata. Estaban puestas dichas perlas sobre cuatro copetes de oro de 340 reales de plata, esmaltados de blanco pintado de púrpura, guarnecidas con doce diamantes delgados rosas.

Dos arracadas de oro compuestas de dos anillos, dos copeticos de hojas y cuatro pendientes de un diamante cada una, guarnecidas con 32 diamantes delgados de distintos tamaños, valían con el oro y sin hechura, 1.180 reales de plata. Los dos granos de aljófar de 30 quilates puestos en dichas arracadas fueron tasados en 7.000 reales de plata. En último lugar se pusieron en tres hilos de collares con 185 granos de aljófar y algunas perlas valoradas en 4.200 reales de plata.

No vamos a volver a entrar a enumerar las alhajas de plata que se apartaron y remitieron por vía de legado a Juan de Dorronsoro, pues ya lo hicimos al referirnos a la herencia. Únicamente apuntaremos que esta partida fue tasada en Madrid el 29 de diciembre y no se valoró la hechura o peso de las piezas de forma individual. Muñoz tan sólo especificó que pesaba todo ello 220 marcos, 6 onzas y 2 ochavas en contraste, montando su valor 18.020,5 reales de plata. Teniendo en cuenta que cada marco

⁶¹⁴ A.H.P.M., *prot.* 14.192, fol. 380. Se trata de piezas de valor considerable. Desconocemos los motivos que llevaron a Calderón a disponer que se remitiesen estos artículos a la Nueva España, en vez de venderse en Madrid.

⁶¹⁵ El *D.A.* (t. IV, 1734) describe el “mazo” como “cierta porción de mercaderías u otras cosas juntas y atadas en un manojo”. La manilla, por su parte, hace referencia al “adorno que traen las mujeres en las muñecas, compuesto de unas sartas que dan varias vueltas, de perlas, corales, granates u otras cuentas”.

equivale a 230 gramos, que se divide a su vez en ocho onzas, y la onza en ocho ochavas, el peso del total de la partida fue de 50,779 kilos.

El 11 de enero de 1721 el contraste llevó a cabo la tasación de la plata blanca y dorada, y la de la plata dorada (o “sobre dorada”). Al día siguiente fue el turno de la plata blanca. Lo habitual a la hora de tasar las piezas de plata era que se indicase en reales de plata el valor estimado del objeto (sin tener en cuenta las hechuras cuando se trataba de una tasación post mortem), y por otro lado el peso de la plata, es decir, lo que pesaba la pieza en sí, que venía expresado en marcos onzas y ochavas. Sin embargo, en esta ocasión como en las anteriores, Muñoz sólo recogió los totales al final de cada partida en cuestión, por lo que no conocemos el peso y valor particular de las piezas por separado.

La excepción en este sentido la constituye la tasación de las “menudencias”, que Muñoz efectuó el 10 de enero de 1721, donde se apunta el valor en reales de plata de cada objeto, pero no su peso. Y tiene sentido puesto que hubiera requerido desmontar las piezas que no estaban hechas íntegramente de plata, sino que aparecía unida y trabajada con otro material distinto (cocos, nácar, caracol, concha, ébano, marfil o cristal). Más tarde le dedicaremos un apartado independiente a las menudencias.

10.1. PLATA BLANCA Y DORADA

En el grupo de plata blanca y dorada figuraba en primer lugar una tabla de taller⁶¹⁶ que se describe como “muy grande”, con pie de diez cabezas de serafines y cincelada entera de hojas. En medio traía salero, azucarero, pimentero, aceitera y vinagrera, todos con sus tapadores rematados con letras (las iniciales correspondientes a su función) o figuras. Incluía a su vez dos copas seisavadas y dos vasos con pies y dos asas de bichas. Hay que señalar que el taller era una pieza de moda entonces y de las

⁶¹⁶ En la edición de 1739 del *D.A.*, aparece como tercera acepción de taller: “Se llama también una pieza como una salvilla de plata u oro, que se pone en los aparadores de las mesas de los señores: en medio un salero, y a los quatro lados dos vasijas para azeite, y vinagre, y dos cubillos para pimienta, y azúcar”. J.M. CRUZ VALDOVINOS, “Plata de vajilla: Talleres castellanos”, *Archivo Español de Arte*, Madrid, 1980, n. 206, pág. 145.

más costosas, que alcanzó una extraordinaria distinción funcional.⁶¹⁷ Volveremos a encontrar tablas de taller al ocuparnos de la plata blanca.

Había a su vez dos fuentes muy grandes redondas cinceladas de hojas y conchas con una flor en medio cada una; cinco azafates⁶¹⁸ (aovados y redondos, cincelados de hojas y flores u hojas y frutas, uno con figuras, otro con una flor y uno con un vaso en medio); dos salvillas⁶¹⁹ (cinceladas de flores y una con animales, sin pies); una mancerina⁶²⁰ suelta, como mencionamos, de estructura alabeada y con una flor en medio para colocar la jícara; una pila de agua bendita con la Santísima Trinidad en medio; un vaso seisavado y con asas y otro con hechura de copa con pie de plata de filigrana de La Habana; y por fin tres vasitos (picados de zapa y con tapador).

En una caja ochavada con tapador se guardaban doce cuchillos con sus cabos de plata. Además, entre las piezas de cubertería se tasaron 24 cuchillos iguales con cabos cincelados de cartones, diez cabos de cuchillos salomónicos, otro cuchillo de mayores dimensiones con cabo redondo y cincelado de flores, 36 tenedores con cabos de bichas y otro mayor (sólo se dice que era grande y con cabo), 48 cucharas con cabos de bichas y otra más pequeña con su cabo sobredorado.

El total de la partida de plata blanca y dorada fue de 175 marcos, 2 onzas y 4 ochavas (40,321 kg). Montaba a la ley de 81 reales y cuartillo de plata el marco, de modo que su valor alcanzó los 14.244 reales de plata. Su venta, a razón de 8 pesos y medio el marco, reportó 22.350 reales de vellón según cuentas de la testamentaria. Faltaban 95 reales de vellón, que fueron reclamados por Pedro Ubaldo de Dorronsoro, como ya vimos.

10.2. PLATA DORADA

⁶¹⁷ M.F. PUERTA ROSELL, *Platería madrileña: colecciones de la segunda mitad del siglo XVII*, Tesis doctoral, Universidad Complutense de Madrid, 1994, pág. 155.

⁶¹⁸ Formaba parte del servicio doméstico, descrito por Covarrubias como “un género de canastillo extendido de que usan las damas para que las criadas les traigan los tocados, lienzos o camisas”. Cfr. *Ibidem*, pág. 32. Solía confundirse con una bandeja.

⁶¹⁹ Pieza del servicio de mesa, citada en el *D.A.* como “pieza de plata o oro, sobre que se sirve la copa del señor, por hacerse de en ella la salva”. Cfr. *Ibidem*, pág. 134.

⁶²⁰ En el inventario y tasación figuran siempre como “macerina”, lo cual no se tuvo por incorrecto, sino simplemente como una versión suavizada del término, con la misma significación que “mancerina”. Ver glosario.

Decíamos que el 11 de enero de 1721 Juan Muñoz tasó también las piezas de plata dorada, comenzando por una fuente de plata redonda grande, cincelada de hojas y racimos, y otras dos también grandecitas cinceladas de hojas y flores. También se contaban dos salvas y dos fuentes cinceladas con pies entornillados, un jarro redondo mediano (con pie, asa, pico y tapador), dos pares de vasos (dos abarquillados con pies entornillados, asas de bichas y una piedra bezoar en medio⁶²¹; la hechura de los otros dos vasos era de hojas de parra con pies de vástagos, asas y una pieza pintada de verde en cada una de las hojas), un plato mediano cincelado de hojas y una caja ochavada que guardaba doce cuchillos (como la que describimos al referirnos al grupo de plata blanca y dorada, pero en esta ocasión los cabos de los cuchillos eran de plata dorada).

Algunos objetos aparecían sueltos, como un tapador con un gallo por remate y dos remates que parecían “de en medio de algunas fuentes”. Finalmente se citaba una guarnición de espadas, con su puño, pomo, gancho y contera. El peso de todas las piezas de este grupo fue de 105 marcos, 7 onzas y 7 ochavas (es decir, 24,376 kg). En las cuentas de la testamentaría se dice que se vendieron a 9 pesos el marco, importando un total de 14.294 reales de vellón.

10.3. PLATA BLANCA

Las piezas agrupadas en la partida de plata blanca eran abundantísimas, y su tasación se llevó a cabo el 18 de enero. Los bufetes⁶²² aparecen minuciosamente descritos y si bien no se indica el peso de cada uno, sí se nos facilitan las dimensiones. Desconocemos si se trataba de piezas de plata en su totalidad, o lo que es más probable, eran de plata las chapas y los adornos. Eran cinco los bufetes, dos de ellos grandes (de

⁶²¹ La formación de las piedras bezoares tiene lugar en el “estómago de algunos rumiantes de Oriente (cabras persas y dromedarios) y llamas de Sudamérica. Se les atribuían diversas propiedades medicinales y aun mágicas: antídoto contra el veneno, narcótico, estimulante y medicamento contra la melancolía y la epilepsia”. C. ESTERAS MARTÍN, “Plata y platería, fortuna y arte en América Latina”, *Revelaciones...*, pág. 193.

⁶²² Pieza de mobiliario que consiste en una mesa “grande o mediana y portátil que consta de una tabla, o dos juntas, que se sostienen sobre unos pies. Sirve para estudiar, escribir, comer y para otros muchos y diversos usos”. M.F. PUERTA ROSELL, *op. cit.*, pág. 44.

vara y cuarta de largo, con sus chapas y molduras, y cuatro columnas salomónicas por pies), dos más pequeños (de a tres cuartas, también con chapas, molduras, columnas salomónicas por pies, con travesaños, tornillos y porquezuelas), y el que resta, de vara de largo, se dice que tenía la tabla de madera guarnecida de chapas de plata (cinceladas de figuras y animales), como también guarnecidos estaban los pies y travesaños, pesando el total de la chapería de este bufete “doce marcos, poco más o menos”.

Como piezas de escritorio se citan dos tablas de escribanía, habituales entre nobles y burócratas. La primera era cuadrada con cuatro garras por pies, cincelada de flores, con tintero, salvadera, obleera, campanilla y sello. La otra era redonda, lisa, almenillada y con un cañón en medio. Se aludía también a un objeto redondo y con ocho agujeros que se cree servía de plumero,⁶²³ y a un atril cuadrado con cuatro bolitas por pies y corredorcillo. Para la iluminación figuran nueve candeleros de plata, y tres pies seisavados con seis cartelas, cincelados de flores y una “bolla” en medio, “que parece sirven de candeleros”. Estos últimos puede que no los conocieran por no ser piezas de la Península, sino traídas de América, donde su uso era común.

El servicio de mesa era el más abundante en número y variedad de piezas: desde fuentes, salvas y salvillas, a un caldero de sobremesa o una caja confitera. Un salero aovado de dos tapas parece responder al modelo francés que se impuso a partir de 1919.⁶²⁴ La rareza de algunos artículos poco frecuentes en colecciones de plata de la época, como dos perejileras pequeñas y una rociadera, nos hacen suponer “que quizás se tendrían por lujo o por capricho realizadas de plata, pues comúnmente se hacían de otros materiales”.⁶²⁵

Las fuentes eran 13, grandes o muy grandes, y algunas iguales (estaban cinceladas de flores, de hojas y flores, de flores y pájaros e incluso de flores, pájaros y canastillos; algunas con remates en medio; se dice que dos de ellas que eran “hondas” y que tenían pies entornillados). Había 14 salvas (todas distintas, algunas con pie atornillado, almenilladas, lisas, cinceladas de flores y de conchas, con hilo al canto;

⁶²³ Dentro de las acepciones posibles de la palabra, se refiere al “vaso o caja donde se ponen las plumas”. *D.A.*, t. V, 1937.

⁶²⁴ J.M. CRUZ VALDOVINOS, *La platería en la Corte...*, pp. 129-142.

⁶²⁵ M.F. PUERTA ROSELL, *op. cit.*, pág. 155.

otras de filigrana y otra con diez rosillas doradas), tres salvillas redondas y tres bandejas desiguales agallonadas. Dos tablas de taller completas venían a sumarse a aquélla que mencionamos al referirnos a la plata blanca y dorada, lo que pone de relieve una vez más el carácter distinguido y refinado de Calderón⁶²⁶.

En lo tocante a vajilla se contaban 64 platos trincheros, dos pares de platos hondos (se dice que eran “reales”), dos medianos y dos de menores dimensiones. También se incluyeron dos flamenquillas,⁶²⁷ que se empleaban para frutas y postres. Encontramos un gran número de vasos, algunos formando un juego, de variados diseños y dimensiones (ochavados, redondos, de bocados, con pie, con asas, almenillados). Lo mismo sucede con las jarras. La cubertería de plata blanca estaba compuesta principalmente de cucharas: había 17 cucharas con cabos de bichas, cuatro cucharas pastoriles, seis para huevos, 16 cucharas lisas desiguales y un cucharón. Cinco tenedores iguales tenían cabos de cucharitas, y otros tres eran trinchantes, mientras que sólo se pusieron por tasación siete cabos de cuchillos, y uno grande con cabo de plata, con su contera, un engaste, asa y “la bayna” bordada.

Hemos recalcado que la popularidad del chocolate a principios del siglo XVIII era incuestionable, pero no lo era tanto su consumición en piezas de plata.⁶²⁸ Entre las piezas de plata blanca de Calderón referimos que había 36 mancerinas: doce iguales cinceladas de flores, seis lisas, doce iguales con una flor en medio para jícara y seis más ochavadas. Asimismo en esta partida de plata blanca se mencionan cuatro chocolateros (en una ocasión se dice “jarro chocolatero”), que traían tapador, asa y cadenilla.

⁶²⁶ No lo referimos con anterioridad, pero el taller fue a lo largo del siglo XVII “quizá la pieza más rica, innovadora y típica de la platería doméstica hispánica, antes de ser sustituida en el siglo XVIII por las angarillas o cubetas para aceitera y vinagrera de cristal”. Cfr. J.M. CRUZ VALDOVINOS, *La platería en la Corte madrileña...*, pág. 138.

⁶²⁷ De acuerdo con el *Diccionario de Autoridades* (t.III, 1732) se trata de un “plato mediano, mayor que el trinchero y menor que la fuente o plato real, que se usa en las mesas para servir alguna fruta o manjar delicado: como aceitunas o huevos moles”. En cuanto al origen etimológico, se les pudo llamar así “por venir de Flandes la invención”.

⁶²⁸ “El tomar chocolate debió de ser algo muy popular, pero no lo debió ser tanto el tomarlo en piezas de plata, que suponemos sólo estaban presentes en determinados hogares de la sociedad madrileña”. M.F. PUERTA ROSELL, *op. cit.*, pág. 157.

Como parte del servicio doméstico se pusieron también por tasación nueve azafates de diferentes tamaños, aovados y cincelados de flores. La función de los azafates era similar a la de la alzada de mesa, el canastillo, la cesta y posiblemente de la petaca: “Estas piezas se empleaban para presentar diversos objetos de carácter delicado, incluso alguna prenda de vestir”.⁶²⁹ En las casas de Calderón de la Barca se encontraron dos alzaderas de mesa (ochavadas, cinceladas de hojas y flores, y con dos asas cada una), un canastillo y una petaca redonda (“encestada con asa de hilo”).

Entre los utensilios de aseo personal destacaban cuatro palanganas, una escupidera (con cabo y tapador), una bacinica y una bola pequeña para jabón. No contamos aquí, puesto que se tasaron en la partida de las piezas que conformaban la herencia de Dorronsoro, otra palangana, una bacia⁶³⁰ y un orinal, pero hemos de señalar la excepcionalidad de la última pieza. No eran frecuentes los orinales o bacinicas realizados en este material, “y los realizados en este metal precioso tal vez fuera debido a capricho del propietario”.⁶³¹ Se refieren, en otro orden de cosas, perfumadores y juncieras, que se empleaban como perfumador, de distinto tamaño y hechura que se empleaban para perfumar las habitaciones (en la tasación se refieren a su vez “dos juncieritas” que “parecen ensaladeras”).

Para la devoción, descubrimos cuatro pilas de agua bendita (“pilillas” en el inventario y en la tasación) una con *Nuestra Señora de la Concepción*, otra con la cabeza del *Salvador*, una con *San Antonio* y otra decorada con una cruz. Un cáliz con pie redondo basa y copa dorada por adentro, se dice que estaba “maltratado”. Se alude también a dos cajas con sus puertas y remates (una además con asa), que albergaban una *Nuestra Señora de Copacabana*, señalándose en ambos casos que del peso total “va descontado lo que pueda pesar el barro”. Nuestra Señora de Copacabana, por cierto, era una de las advocaciones más antiguas de la Virgen en el Nuevo Continente, venerada en un pueblo del mismo nombre cerca de La Paz, en Bolivia, de manera que su procedencia era americana. Por último hay que incluir en este grupo un cerco de rayos

⁶²⁹ *Ibidem*, pág. 164.

⁶³⁰ Vaso o recipiente hondo para contener líquidos, comúnmente relacionados con la higiene personal. *Ibidem*, pág. 34.

⁶³¹ *Ibidem*, pág. 163.

blanco y dorado, con cuatro cabezas de serafines, cadenillas, eslabón y asa, que tenía en medio un Agnus Dei con algunos granos de aljófár.

Con carácter meramente ornamental se mencionan 26 flores azucenas de chapa lisas, una concha con dos águilas, dos pares de pájaros de plata de filigrana y cuerpos de nacarones o una naveta de incensario (descrita como “un pie blanco y dorado cicelado de flores con una bicha y encima un nacarón de hechura de naveta de incienso con su guarnición de plata, compuesta de asas, listas y una rana”).

El peso total de plata blanca era de 1.864 marcos y 4 onzas (o lo que es lo mismo, 428,835 kg), y el valor en tasación de 151.490 reales y medio de plata en el contraste. Conocemos por la almoneda cuál fue su destino. Se descontaron 118 marcos 4 onzas y 2 ochavas: 10 marcos y 7 onzas se dice que fueron entregados a Ana de Castilla con el consentimiento de García Morejón y 107 marcos 7 onzas y dos ochavas las tomó Gómez de Ceballos por cuenta de lo que pudiera importar la custodia que se le había encargado. De modo que quedaron 1.745 marcos y 6 onzas que fueron vendidos, sin que se especifique a quién o cuándo, a razón de ocho pesos y dos reales de plata el marco. Es decir, en 215.955 reales de vellón.

10.4. PLATERÍA DE ORO

Quizá teniendo en mente la ejecución de la custodia «del Millón», Calderón de la Barca solicitó los servicios del contraste y tasador Juan Muñoz el 21 de julio de 1721. Se formó entonces una partida de piezas agrupadas bajo la denominación de “alhajas”, cuyo importe total ascendió a 44.092 reales de plata. Muñoz en la cabecera del texto reconocía haber visto y tasado: arracadas (de oro pulido, de filigrana y de oro “sochapado”), sortijas (figuraba una de oro y otra de oro y plata, tallados los cantos, con el brazo esmaltado de negro y guarnecida con un diamante rosa de 24 granos de área, que resultó ser la pieza de mayor valor del conjunto: 14.300 reales de plata), broches y otras piezas curiosas. Así por ejemplo, una camita con un cartón debajo “compuesta la cama de cuatro columnas, cabecera, cielo y goteras, con un Niño Jesús y en el cartón una sillita y dos jarrillas y dos pebetericos”, guarnecido todo de aljófár de rostrillo y

medio rostrillo y diferentes piecitas de oro esmaltadas, estaba valorada en 3.000 reales de plata.

También se incluían dos guarniciones de oro, esmaltadas y decoradas con esmeraldas, que contenían una la imagen de *Santa Teresa* y la otra la de *Nuestra Señora de los Dolores*. Se tasaron en 1.040 y 390 reales de plata respectivamente. Una cajita de plata redonda dorada, con “cuatro paysitos de negro y en medio una rossilla de siete diamantes y en el canto un bisel con 21 rositas” importó 440 reales de plata. Dos rosas de oro esmaltadas se tasaron en 580 y 320 reales de plata atendiendo a su peso y calidad, y un rosario de cocos con piecitas de oro y rostrillo alcanzó 750 reales de plata. Lo más probable, por cierto, es que el origen de este rosario fuera americano⁶³².

Por otra parte estaban las piedras sueltas y granos de aljófar: 123 esmeraldas, 122 rubíes, 28 diamantes rositas, 39 amatistas, granos de aljófar de diferentes hechuras y tamaños, un diamante delgado... Entre las piezas sueltas se contaban 78 botones de oro esmaltados y guarnecidos con siete granos de aljófar cada uno, que importaron 4.300 reales de plata; dos hebillas de oro pulido guarnecidas de aljófar en cadenilla de 600 reales de plata; dos botones de oro pulido guarnecidos con esmeraldas, negrillas y diamantes que valían 570 reales de plata; y seis piezas “de oro sochapado que han sido de correa” de 400 reales de plata.

10.5. MENUDENCIAS

Llama la atención la abundancia de objetos agrupados bajo la denominación de “menudencias”, que fueron tasados el 10 de enero de 1721 por Muñoz. De entre los objetos que conforman este grupo, vamos a detenernos en primer lugar en los cocos y calabazas. Empleados para beber y fabricados del fruto que les da nombre, la plata se encontraba en los pies, las asas y los tapadores. En la colección de Calderón figuraban

⁶³² El coco negro de origen americano solía emplearse en la confección de rosarios: “sabemos que se llamaba así a unas cuentecillas –suponemos que se trataba de las semillas- de color obscuro con unos agujeritos que sin duda se aprovecharon para esta finalidad”. *Ibidem*, pág. 147.

46 cocos, que debieron de haber venido de América,⁶³³ algunos labrados, que se tasaron en juegos de cuatro, seis y doce. En dos juegos se facilita además la variedad del mismo (“coco negro”).

De coco o calabaza solían hacerse las jícaras para tomar chocolate, de las que se contaban tres juegos de seis tasados en 120, 140 y 160 reales de plata (en uno de los juegos se especificaba que las jícaras estaban pintadas, en otro que las tapas estaban decoradas con pedacitos de coral), y un juego de doce jícaras blancas desiguales que importaron 520 reales de plata.

Existen productos entre estas menudencias fabricados en nácar, ébano o en los referidos coco y calabaza, que sugieren que las piezas habían sido importadas del continente americano. En algunos juegos de escudillas se dice explícitamente que eran “de la China” y en uno de los barritos que era “de Chile”. Pero en otros casos, lo que delata el origen foráneo de un objeto es su uso. Así sucede con una caja de tumbaga tallada que en el inventario (aunque no en la tasación) se dice era para tabaco. Tasada en 120 reales de plata, fue adquirida en almoneda en 180 reales de vellón por el prior del convento de San Felipe el Real.

Con un carácter eminentemente decorativo figuraban tres nacarones⁶³⁴ (de plata de filigrana, con asas, y dos de ellos con su pie) y una serie de animales con cuerpo de caracol y guarnición de plata (un león, dos tortugas y un pájaro). Estos materiales se encontraban también en cubiertos (diez cucharas de caracol con cabos de plata y doce cucharas de nácar con cabos de plata de filigrana blanca y dorada) y en una caja compuesta de dos nacarones.

De concha encontramos una caja (redonda, embutida de nácar que se tasó en 12 reales de plata), un frasco y numerosos cofres de distintos tamaños y diseños, entre los que destacaba uno de madera, concha y marfil, con asas y pies de leones de 120 reales de plata. Para el aseo figuraba una caja de concha de barbero “guarnecida de plata y

⁶³³ M.F. PUERTA ROSELL, *op. cit.*, pp. 49 y 198.

⁶³⁴ En el *Diccionario de la Academia* (Madrid, 1803) aparece el término por primera vez definido como “concha grande de nácar de inferior calidad”.

dentro tres nabajas, espejo y tijeras”. Realizadas en cristal se recogen tres cajitas (una aovada, otra ochavada y otra de hechura de castañuela, todas tasadas en 30 reales de plata), 4 bufeticos y un vasito ochavado con el pie de oro.

Hallamos un cuantioso número de piezas religiosas, aunque de uso doméstico, como una pequeña peana de plata “con una ymajen de Nuestro Señor con su cerco de plata, sus cartelas y Cruz” de 160 reales de plata, adquirida en almoneda por doña María González en 88 reales de vellón. De los marcos de ébano destaca uno guarnecido de plata blanca y bronce dorado con seis piedras de diáspero, en el que se había cincelado en medio la imagen de *Cristo con la cruz auestas, Nuestra Señora y san Juan*. Se tasó en 400 reales de plata y se vendió con otro de menor tamaño en 720 reales de vellón.

De carácter devocional eran asimismo las once guarniciones de plata blanca o dorada, de diferentes formas (aovada, ochavada, cuadrada, almenillada), algunas enriquecidas con aljófar, piedras, marfil, porcelana o nácar, y que en ocasiones servían para guardar reliquias. En cuatro de ellas estaba presente “Nuestra Señora de Guadalupe de Méjico”, lo que nos hace suponer que eran de origen novohispano. Su valor oscilaba entre los 20 reales de plata de una guarnición de plata blanca con una Virgen pintada sobre porcelana y que fue adquirida por el prior de San Felipe en 28 reales de vellón; y los 160 reales de plata que era lo que importaba la guarnición de mayor valor. Ésta última, con una *Encarnación*, estaba recubierta de plata dorada, bordada de aljófar y granates, y en el reverso un Agnus Dei y unas reliquias.

Mención aparte merecen los objetos totalmente de plata, pero de tamaño insignificante, que se incluyeron en esta partida de menudencias. “El gusto por objetos pequeños o diminutos” estaba extendido entonces, hasta el punto de que en todas las colecciones notables de entonces se registran conjuntos de menudencias de infinita variedad tipológica⁶³⁵. En estos casos, en vez de apuntarse lo que “vale” cada pieza, en la tasación se indica lo que pesa (no en marcos, sino que ya se ha hecho la conversión a reales de plata).

⁶³⁵ *Ibidem*, pág. 162.

En la colección de Calderón era amplio el repertorio de piezas, la mayor parte descritas como de “plata de filigrana” o de “hilo de plata”: cofrecitos, saleritos, petaquitas, calderitas, salvillitas, bandejitas, platillos, azafaticos, conchitas, “bufeticos”, garrafitas, pomitos, aguamanilitos, jarritos, cajitas... Incluso se refieren dos jaulas, tres alfilereros, un bolsillo guarnecido de plata calada, una cruz, dos monos, tres arpitas, una guitarra y dos cítaras. Por lo nimio del valor o peso de algunos de estos objetos, se recurrió a agruparlos para posteriormente proceder a la tasación, aunque luego en la almoneda se vendieran por separado. Así no debe extrañarnos encontrar tasados en conjunto dos monos, una cucharita, un tapadorcito, un pie calado, un nacarón con hechura de navío y un puño de espadín, valorados todos en 40 reales de plata.

El total de esta partida fue de 7.597 reales de plata. Para terminar, sólo nos queda añadir que gracias a las cuentas de la testamentaría sabemos lo que se pagó al contraste Juan Muñoz por su trabajo: el 30 de junio de 1721 Muñoz dio recibo de 3.900 reales de vellón.

11. COMPRADORES DE LOS BIENES EN ALMONEDA

En las cuentas de la testamentaría presentadas por López de Lara se dice que los bienes vendidos en almoneda produjeron 103.514 reales de vellón. Ello no casa del todo con el resultado que obtenemos de la suma de lo que se recaudó al final de cada uno de los 22 días que duró la almoneda (73.341 reales de vellón), más los 22.049 reales de la venta extrajudicial, lo que ascendía a 103.220 reales de vellón y 1 maravedí. Ignoramos a qué puede deberse la diferencia de 294 reales, que no es demasiado significativa.

Es el momento de prestar atención a los compradores de los bienes en almoneda, entre los que se contaban aristócratas como el conde de Miranda, que adquirió dos abanicos, o la marquesa de Santiago que escogió once molinillos de chocolate, ocho tazas lecheras y una batea redonda de fondo negro y flor de oro. El marqués de Santiago, por su parte, se hizo con el reloj grande de pesas, y el duque de Arcos compró un juego de seis barros grandes de Indias y 5 cinco más para salva medianos.

El conde de la Cadena figura como comprador de dos cajones de pasta de cacao de Soconusco. De otra parte, la condesa de Fuensalida llevó en la almoneda varios cocos negros con guarniciones de plata, seis jícaras, un cofre de plata, otro tumbado, dos cajas saleros, 18 pocillos, 21 escudillas, siete tazas lecheras de Indias, un escritorio de charol, dos bandejitas almenilladas, seis cucharas de caracol, tres platillos salvillas de barro, una escudillita y un pajarito de barro, seis platicos más y una caja de ágata. Todas las piezas juntas importaron 2.344 reales de vellón. El conde de Altamira adquirió en almoneda extrajudicial cuatro escritorios muy ricos –dos cubiertos de lináloe y otros dos en forma de torrecilla de Campeche-, y dos baúles. En memoria aparte consta también la venta de diferentes “alhajas de charol” y una colgadura grande que se vendieron al duque de Osuna en 22.049 reales. El marqués de la Fresneda y vizconde del Fresno escogió en la almoneda 446 vidrios ordinarios en dos puertas vidrieras, dos abanicos blancos y, aunque pueda resultar extraño, una cama de pino vieja y una estera de palma. Juan Francisco de Goyeneche, que ya mencionamos como comprador de cinco tibores de China, era probablemente sobrino del destacado político y banquero Juan de Goyeneche.

Burócratas, como don Miguel, eran don Luis Curiel, consejero de Castilla, y don Tomás de Sola “del Consejo de su Majestad y su fiscal en el de Indias”. Curiel compró en la almoneda objetos cuyos usos y funciones eran de lo más variado: una cajita de anteojos, dos alfilereros, una colgadura de cama de raso liso bordado de China –destaca porque importó 5.922 reales-, varas de encaje, cortinas y papeles de marca mayor, seis cucharas de nácar, una guarnición de plata con la *Encarnación*, un bufetillo de cama, abanicos, una crucecita, un tintero y salvadera de cobre dorado y cuatro molinillos de chocolate. Tomás de Sola se hizo con cuatro petacas, dos barritos negros y una colgadura de 4.110 reales de vellón de raso liso azul bordado de China. También adquirió dos escritorios de charol de Filipinas, con ramos de oro, pájaros y flores embutidos de nácar por 720 reales. En esta categoría podemos incluir también al escribano de cámara Juan Ortiz de Bracamonte, que compró varios juegos de servilletas, dos tablas de manteles y numerosos utensilios de cocina: dos cazuelas y una tortera de cobre, otra tortera grande, dos pares de trébedes de hierro, una espumadera de cobre, y

un velón de estaño con cuatro mecheros. La pieza más valiosa de las adquiridas por él fue una colgadura de cama que obtuvo por 660 reales.

Entre los religiosos estaba el obispo de Teruel, a quien hemos visto que se vendió el forlón y las mulas por 12.300 reales. Una hermana de las Descalzas acudió en nombre de la madre sor Teresa de San Francisco, y se hizo por 524 reales y medio con varios barritos de distintos tamaños, cinco guarniciones de plata con imágenes religiosas, un alfilerero, dos arpitás y un petaquita de plata muy pequeñas. El padre fray Diego Fermín, prior del convento de San Felipe el Real, obtuvo un cajón de pasta de cacao de Soconusco en 1.896 reales. También para el consumo de chocolate, adquirió siete cocos calabazas, 13 toallitas para chocolate, seis pocillos de loza de China y un molinillo. Resulta llamativo el número de piezas derivadas de América y Oriente que llevó consigo, sumándose a las anteriores varios abanicos, las bolas del juego de truco, la caja de tumbaga, tazas lecheras y plásticos de loza de China.

Algunos de los tasadores también figuran como compradores en la almoneda. Agustín Manrique adquirió un buen número de objetos de ropa blanca: toallas, sábanas, cortinas, servilletas, tablas de manteles, almohadas, un paño de manos... Todos eran de escaso valor, incluso se dice que algunas de las piezas eran “ordinarias”, “usadas” o “de la familia”. Por otro lado compró 40 varillas de hierro a tres reales cada una, una cortina de jerguilla encarnada mediana y, como ya vimos, un cajón de pastillas de barro para tabaco. Paula Gómez adquirió dos candeleros de azófar de seis reales, una funda de almohada con su lana vieja y dos frazadas blancas, también viejas. Hay que añadir también dos sobrecargas de jerga “apolilladas ambas”, un caldero de cobre mediano y una sábana de lienzo de Bretaña “bien tratada”. Marcos de Oquendo se hizo con un cacito de azófar roto y un chocolatero de cobre, así como con una sartén grande de hierro. El contraste Juan Muñoz compró un cajón de pasta de cacao de Soconusco, y el propio escribano, Alfonso Jacinto Vecino, escogió dos puertas vidrieras con 42 vidrios sanos y enteros a diez cuartos cada uno.

Del personal de servicio, Ana de Zafra pagó por cuatro almohadas de Bretaña 28 reales y se llevó también una cortina de jerguilla encarnada, pequeña y manchada. Ana

de Castilla, por su parte, adquirió dos candeleros de azófar iguales, un velón con su pie vuelto del mismo material, una cortina de jerguilla encarnada mediana y una cajita ochavada de cristal.

12. LAS CUENTAS DE LA TESTAMENTARÍA

El 8 de julio de 1735, Francisco López de Lara asentó ante escribano la cuenta general de la testamentaría que había formado y que debía remitirse al entonces titular del vínculo y patronato perpetuo, Pedro Ubaldo de Dorronsoro Calderón, “vecino de la villa de Conil, Torre de Guzmán de la Frontera, alcalde del castillo y fortaleza de ella”.

⁶³⁶ En este instrumento dejó constancia de todos los caudales que habían entrado en su poder y de los pagos que habían corrido por su mano en los años transcurridos desde la muerte de don Miguel. Puso, primeramente, el agregado de los cargos o partidas que resultaron a favor de la hacienda de Miguel Calderón y que comenzaba con 8.340 reales de vellón que se hallaron en casa del difunto en diferentes monedas. Lo procedido de la venta en almoneda de los bienes muebles montaba 103.514 reales y 9 maravedís de vellón, a los que se añadieron después 22.049 reales de vellón provenientes de la venta en almoneda extrajudicial de diferentes alhajas de charol y una colgadura grande al duque de Osuna. Asimismo, se sumaron 12.300 reales de vellón de la venta de las mulas y el forlón al obispo de Teruel.

El peso de la plata blanca en el contraste de Juan Muñoz era de 1.864 marcos y 4 onzas, pero en las cuentas de la testamentaría se descontaron 2 onzas, presumiblemente por descuido. Se dedujeron, además, 10 marcos y 7 onzas que Lara entregó a doña Ana de Castilla con el consentimiento de García Morejón –ignoramos con qué motivo, posiblemente para ajustar la cuenta de lo que se le debía por sus servicios–; y 107 marcos, 7 onzas y 2 ochavas que tomó el platero Gómez de Ceballos en pago de lo que importare su trabajo en la custodia. Quedaron, pues, 1.745 marcos y 6 onzas que se vendieron a 8 pesos y 2 maravedís de plata el marco, lo que produjo 14.397 pesos escudos, o lo que es lo mismo, 215.955 reales de vellón. Por otra parte, se anotó que el

⁶³⁶ A.H.P.M., *prot.* 14.192, fol. 520v.

28 de junio de 1721 el mencionado platero pagó 22.036 reales de vellón por todas las alhajas y pedrería que sobraron después de terminada la custodia.

En cuanto a la plata blanca y dorada, López de Lara se hizo cargo de lo que produjo la venta de 165 marcos, 2 onzas y 4 ochavas, a 8 pesos y medio el marco, lo que dio como resultado 14.090 pesos escudos de plata o 22.350 reales de vellón. Hay que notar, por un lado, que Lara ha hecho desaparecer 10 marcos con respecto al peso que se registró en el contraste. Y por otro lado, resulta llamativo que en la tasación se diera el mismo valor al marco de plata blanca que al de plata blanca y dorada –81 reales y cuartillo de plata–, lo que debió de ser una equivocación, pues el dorado justifica siempre que el marco monte a una ley superior. Ese desajuste se corrigió a la hora de la venta, como consta en las cuenta, atribuyéndosele al marco de plata blanca y dorada la equivalencia expresada de 8 pesos y medio. En el caso de la plata blanca y dorada también hay una incoherencia entre las cuentas de la testamentaría y lo que se asentó en el inventario y tasación: se vendieron 105 marcos 7 onzas y 7 ochavas, que a 9 pesos el marco hicieron 952 pesos y 7 reales de plata o 14.294 reales de vellón. La incongruencia reside en que en la tasación se apuntaron 125 marcos, 7 onzas y 47 ochavas. Es decir, se escamotearon 20 marcos de plata dorada que no llegaron a venderse.

De todas las deudas que se hallaron apuntadas en los libros de cuentas de Calderón, se cobraron las sumas que vamos a reseñar. Por papeles de 20 de febrero y 12 de abril de 1720, el conde de la Cadena reconocía haber tomado prestados, en total, 5.000 doblones de a dos escudos de oro, que hacían 300.000 reales de vellón. No se apuntó que del préstamo se derivasen intereses. Quizá pretendiera obtener ganancias empleando a través del conde de la Cadena y de los distintos sujetos con los que tenía cuentas pendientes de liquidación. Lo que es seguro es que detrás de estos acuerdos de carácter privado, que no se hicieron constar ante escribano a pesar de que se manejaban gruesas sumas, existía una relación de confianza entre los interesados. El conde de la Cadena, al que mencionamos como comprador en la almoneda judicial y que tomó en crédito la expresada cantidad, era el hijo del financiero Bartolomé de Flon y Morales; el mismo intermediario del que se valió Calderón de la Barca para obtener la plaza de

consejero togado en Indias en 1707. También cobró López de Lara 7.283 pesos escudos de plata –109.245 reales de vellón– que los duques de Atrisco y condes de Fuensalida habían quedado debiendo a don Miguel según reconocían por un papel de 22 de marzo. Tuvimos tiempo de mencionar que el ducado de Atlixco o Atrisco fue concedido Felipe V a José Sarmiento de Valladares, conde de Moctezuma, que gobernó Nueva España entre 1696 y 1701. Ocupó además la presidencia del Consejo indiano entre 1705 y septiembre de 1708, cuando tuvo lugar su fallecimiento. Su muerte coincidió, por tanto, con la llegada de Miguel Calderón de la Barca al puerto de Pasajes a su regreso de México. Es posible que merced al buen entendimiento entre él y Moctezuma mientras éste se mantuvo en el virreinato, Calderón tuviese aún en 1720 algún tipo de relación con sus descendientes. Quien solicitó el préstamo, en todo caso, fue la nieta del ex virrey, doña Bernarda Dominga Sarmiento y Guzmán, casada con el XII conde de Fuensalida y a quien descubrimos adquiriendo en almoneda distintos bienes que habían pertenecido a Calderón.

El ilustrísimo obispo de Tarazona, Fray García de Pardiñas y Villar de Francos era sin duda familiar, probablemente hermano, de Bernardino Antonio, que fuera secretario del Consejo de Indias. El obispo tomó prestados el 2 de abril de 1720, 51.643 reales y 6 maravedís que cobró López de Lara. Éste a su vez había contraído una deuda de 15.468 reales de vellón con Miguel Calderón que también saldó. El canónigo de la santa iglesia de Puebla, el doctor Francisco Díaz de Olivares, debía 400 pesos –6.000 reales de vellón– a Calderón desde 1709, que devolvió a través del agente de negocios, José de Leticia.

En abril de 1709, según pudimos ver al pormenor, Calderón tuvo que ingresar en la Tesorería de la Guerra 5.000 doblones, que hacían 300.000 reales de vellón, por cuenta de los cargos que pudieran resultar de su juicio de su residencia. A pesar de que en enero de 1717 el Consejo le había absuelto de todas las demandas y cargos que se habían formulado en su contra, para lograr su devolución López de Lara hubo de recurrir al préstamo de 90.000 reales para la «Jornada de Badajoz», de modo que únicamente se ingresaron en la testamentaría 210.000 reales de vellón. En último lugar en la cuenta se pusieron 1.200 reales de vellón que entregó un vecino de Leganés

encargado de picar y blanquear el cuarto en que habían muerto éticos doña Ana de Pividal y Miguel Calderón –éste le había hecho un vale por valor de 1.500 reales, quizá al tiempo de morir doña Ana, de los cuales sólo se habían empleado 300 reales–. Según la contabilidad de Francisco López de Lara, importaron todas las partidas antecedentes 1.114.394 reales y 15 maravedís de vellón, sobre los cuales pagó 1.144.571 reales y 24 maravedís que sumaron distintas partidas que enumeró en la data.

En descargo de los caudales que había ingresado, el contador de resultas, López de Lara dejó memoria de 2.750 reales que se dieron al administrador de las casas donde vivió Calderón por medio año que se cumplió el 20 de enero de 1721, y 1.500 por la prorrata desde esa fecha hasta fin de abril; 33.009 reales que importaron el funeral, misas y entierro; 3.000 reales de los derechos de alcabala y almoneda de bienes y 300 reales de la venta de las mulas que se pagaron al arrendador de la alcabala de la cuatropea; 949 reales por las medicinas que se debían al boticario; 100 reales al maestro cirujano por asistencia y visitas; 7.649 reales que produjo la asistencia a la familia de Calderón mientras estuvo en Madrid al tiempo de su muerte; 1.140 reales que se dieron a los tasadores, que se juntaron con algunos gastos sueltos de manutención de los familiares gaditanos de don Miguel; 3.900 reales del contraste de las joyas, plata y custodia, y 123.456 reales de la confección de ésta última; 450 reales que percibió el cochero por los aderezos y encierro de los coches; 879 reales por el herraje y medicinas de las mulas, y 420 reales de su guarnición; 988 reales y medio por cuenta de los lutos del personal de servicio; 20.300 reales que se debían para la fundación de la capellanía de Abres; 700 reales que cobró su capellán, el presbítero Andrés Fernández de Pividal; 1.130 reales que se le debían al tasador y ebanista Manrique por una obra que había hecho; o 6.466 reales que llevó el escribano Antonio Pérez por su asistencia y trabajo en los inventarios, tasaciones y almoneda, y de los derivados traslados, escrituras e instrumentos.

En virtud de libranzas del principal albacea testamentario –Cristóbal García Morejón, ante el que respondía y a cuyas órdenes quedaba Lara–, se pagaron a distintos sujetos y en diversos tiempos, cantidades cuya razón no se conoce porque no quedó especificada. Por ejemplo, el 29 de octubre de 1.721 se entregaron 1.000 pesos escudos de plata a la duquesa de Medina de las Torres, y unos meses antes, en junio, se hicieron

llegar 3.766 pesos escudos y 6 reales de plata al escribano de cámara del Consejo, Ortiz de Bracamonte. Varios miles de reales fue lo que hubo que pagar, por otra parte, por la conversión de pesos escudos de plata en moneda de vellón (el porcentaje oscilaba entre el 1% y el 2,5%) e incluso se anotaron los costes de pasar de una ciudad a otra algunas sumas de dinero, como los 132 reales que costó conducir el caudal procedido de las alhajas compradas por el duque de Osuna desde Sevilla hasta Cádiz. De manera similar, el traslado desde la Corte a la capital gaditana de la custodia para la catedral y a Conil de las perlas y plata labrada que Calderón había dejado a sus herederos supuso 7.558 reales de vellón. Por cierto que Calderón de la Barca había dejado cuentas sin saldar que no figuraban en los libros de su casa, como los 1.000 pesos escudos de plata –15.000 reales de vellón–, que le había dejado debiendo al primer marqués de Altamira de la Puebla, y que se pagaron a su hijo después de que se hicieran autos para la justificación de esta deuda. Asimismo se pusieron en data 705 reales que cobró José de Leticia como apoderado del fraile agustino Ciriaco Prieto, por los que le había dejado debiendo Calderón de resto de mayor cantidad; 100 pesos escudos –o 1.500 reales de vellón– que debía don Miguel al cajero del tesorero del Consejo de Indias, por los que le había hecho papel el 3 de enero de 1716.

Finalmente, López de Lara expresó una partida de 44.575 reales y 24 maravedís que correspondían al 4% del cargo, que se asignó a sí mismo por la atención y cuidado que había puesto en el cumplimiento de su obligación como responsable de las cuentas de la testamentaria y comisario en Madrid de Miguel Calderón. Para legitimar que era merecedor del cobro de este porcentaje, que no se había previsto, resumió con claridad sus casi tres lustros de labor:

“es por el trabajo que he tenido en tan dilatado tiempo de más de 14 años asistiendo sólo al cumplimiento del funeral, misas y entierro, y paga de mandas y legados y cuidar de la familia, hasta que la envié a Cádiz, como también al gran cuidado que me costó la hechura de la custodia grande de plata, oro y pedrería fina que se hizo para enviar a la santa iglesia de Cádiz y remitir con conducta y seguridad de guardar, cuya obra duró más de 5 meses; la fundación de una capellanía de misas en Asturias; la recaudación de todos los efectos y caudales que se derivan a la testamentaria y se cobraron, y deposición de irlo enviando en letras a Cádiz al señor don Cristóbal García Morejón y pagar las que éste daba contra mí; y últimamente, el efecto contra la Real

Hacienda desde el año de 1708, que aunque tuvo algunas distribuciones y gastos, se cobró el año de 1729 y 1730, habiendo para facilitar esta cobranza prestado al rey para la Jornada de Badajoz 10.000 escudos que a mi crédito se buscaron; y por todo lo que va expresado debe entenderse que ésta ha sido una administración y se me debe compensar con el 4% que doy en data en esta partida”.⁶³⁷

En conclusión, tras hacer balance de lo que cobró y entró en su poder y de que pagó y gastó, lo que resultó de alcance contra la testamentaria y a favor de López de Lara fueron 30.177 reales y 9 maravedís. Muerto éste, sería su viuda y testamentaria insolidum, Francisca Javier Campuzano, la encargada de reclamarlos. Para ello acudió ante escribano en octubre de 1735, e hizo constar que el “residuo y remanente” de los bienes muebles de Miguel Calderón que no se vendieron paraba entonces en su poder.⁶³⁸ No era lo único. También guardaba distintas memorias y el libro de cuenta y razón de lo comprendido por inventario.⁶³⁹ Todo lo cual se hallaba dispuesta a entregar a don Pedro Ubaldo, como natural poseedor del vínculo, siempre que pagase el alcance y diese los resguardos que le garantizasen que no resultarían gravámenes contra ella o contra sus hijos. Intervino en este punto Manuel de Escudero Gilón para recurrir la liquidación. Escudero, mayordomo del duque de Medina Sidonia, designado en 1732 por Dorronsoro como su podatario para tomar en su nombre las cantidades pendientes de cobro para la fundación del patronato y vínculo en Conil.⁶⁴⁰

Tras el reconocimiento y examen de las cuentas formadas por Lara, se pusieron una serie de reparos, el primero de los cuales fue que no se habían considerado 3.500 reales del valor de varias alhajas y bienes muebles que figuraban en el inventario y tasación, y que sin haberse vendido, se desconocía su paradero. Se señalaron

⁶³⁷ *Ibidem*, ff. 530-531.

⁶³⁸ *Ibidem*, fol. 531. Francisca Javier Campuzano presentó testimonio de que el fallecimiento de López de Lara se produjo el 8 de agosto de 1735. En cuanto al residuo de los bienes, se formó una memoria de los mismos que se hizo llegar, con el traslado de todo lo demás –inventario, tasación, almoneda judicial y venta extrajudicial, cuentas de la testamentaria–, a Pedro Ubaldo de Dorronsoro. Éste, mediante el cotejo de los documentos pudo llegar a la conclusión de que faltaban algunas alhajas y así lo expresó en uno de los reparos que se pusieron a las cuentas testamentarias. Nosotros no disponemos de la mencionada memoria de bienes que restaron después de la venta judicial y extrajudicial, y sólo podemos hacer una aproximación para saber cuáles fueron.

⁶³⁹ Con los papeles y libro de cuenta y razón se hallaba además “un cuaderno de recados de justificación tocantes a cargo y data (...) que tiene y comprende 200 fojas”. *Ibidem*, fol. 539.

⁶⁴⁰ *Ibidem*, f. 540. Carta de poder general de 31 de julio de 1732. Pedro Ubaldo de Dorronsoro ponía de relieve que estaba aún pendiente la fundación del vínculo tal como lo había dispuesto Calderón, “por no haberse recogido el todo de lo que se ha de componer”.

equivocaciones de escasa importancia –95 reales de vellón– en las partidas del cargo de la plata dorada y de la plata blanca. Igualmente, la parte de Dorronsoro había podido demostrar que López de Lara había cobrado, sin hacerlos constar, 51.424 reales y 28 maravedís de la Tesorería de la Guerra por razón de los sueldos que devengó Calderón por su empleo de consejero. El sexto y último reparo fue el de que se debían excluir de la data los 44.575 reales y 24 maravedís correspondientes al 4% que se había asignado Lara puesto que “en línea de testamentario no le correspondía sueldo ni interés alguno”.⁶⁴¹ No obstante, Escudero decidió concederle 12.000 reales de vellón “por razón de trabajo y ocupación”.⁶⁴²

A tenor de las correcciones introducidas, resultaba un alcance contra Francisco de Lara de 69.429 reales de vellón y 32 maravedís. Una parte de los mismos se le perdonaron a su viuda y herederos por reconocerse que, a excepción de la partida del 4%, los demás reparos habían nacido “unos de equivocación y otros de olvido natural”. Tras una serie de consideraciones, Manuel de Escudero, deseando no perjudicar a la otra parte y “obviar el dilatado litigio que ocasionaría un pleito de agravios en cuyos gastos serían comprendidos unos y otros interesados”, accedió a rebajar el alcance contra Lara a 52.480 reales de vellón.

Francisca Javier Campuzano consintió en pagar esta cantidad, pero quiso asegurarse de que hacía el pago de este capital a parte legítima según lo dispuesto por Miguel Calderón de la Barca para la fundación del vínculo para que no se le pudiera reclamar de nuevo esta cantidad “por defecto de entrega legítimo”, y sólo con esta seguridad se avenía a dar también los muebles, papeles y libros referidos a la testamentaria.⁶⁴³

Escudero pidió que se le entregasen los 52.480 reales para remitirlos a Cádiz, comprometiéndose a entregar una fianza y a traer testimonio de las escrituras en que se certificase que este capital se había invertido a favor del mayorazgo, en un plazo de ocho meses. Ofreció como fiador a su primo, Juan Francisco Escudero, mercader de la lonja madrileña. De no cumplir con lo estipulado, se aplicarían los 20.000 maravedís de la fianza a la Cámara del rey. La viuda de López de Lara, satisfecha con el acuerdo, hizo

⁶⁴¹ *Ibidem*, f. 548 v.

⁶⁴² *Ibidem*, f. 549.

⁶⁴³ *Ibidem*, f. 552.

efectivo el pago convenido a que había quedado reducido el alcance de la cuenta de la testamentaria, de que se le dio carta de pago y finiquito el 20 de mayo de 1737.⁶⁴⁴ Mediante una anotación de abril de 1738 que se encuentra en el margen de esta escritura, el escribano dejó constancia de haber visto los recados legítimos en que se explicitaba que se habían impuesto los 52.480 reales de vellón a favor del vínculo y mayorazgo que mandó fundar Miguel Calderón, aunque una vez más se obviaron las noticias referidas a las inversiones y fechas concretas.

⁶⁴⁴ *Ibidem*, ff. 566-578v. Así se hizo ante el escribano Eugenio Alonso de la Monje. Madrid, 20 de mayo de 1737.

CONCLUSIONES

Solórzano aplaudía la creación de las Reales Audiencias de Indias como “castillos roqueros de ellas, donde se guarda Justicia, los pobres hallan defensa de los agravios y opresiones de los poderosos y a cada uno se le da lo que es suyo con derecho y verdad”.⁶⁴⁵ La discusión en torno a si “estuvieron a la altura de esa misión”, señalaba Konetzke, sólo se resuelve “partiendo de un conocimiento amplio de los desarrollos reales, y no de algunos casos aislados”.⁶⁴⁶ La opinión autorizada de Schäfer era que “de los muchos centenares de letrados españoles en las Indias, al final muy pocos fueron los que se mostraron indignos de su clase”.⁶⁴⁷

En lo que nos concierne, el juicio de residencia de Miguel Calderón nos dotó de información particular que cuando menos nos hizo dudar de su integridad en el obrar como ministro, a pesar de que salió airoso de cuantas denuncias y cargos se le formularon. La visita general de Francisco de Garzarón certificó que la sentencia absolutoria de la residencia había impuesto una ficción: la de que Calderón había sido un ministro prudente, que había servido en el empleo “con toda integridad, desinterés, limpieza y rectitud”.⁶⁴⁸ Recordemos que, a través de las declaraciones de los testigos y de las probanzas oportunas, el inquisidor Garzarón determinó la suspensión de tres cuartas partes de la Audiencia Mexicana. La fama general de los ministros⁶⁴⁹ era que recibían de los litigantes sin reparo cuanto se les enviaba; que lo habitual era que las partes interesadas insinuasen, antes de fenecido el pleito, que serían generosas si les favorecían con su voto; que el porte de los ministros y sus gastos no iban acordes con lo moderado del salario; y que la Audiencia está dividida en parcialidades. No todos incurrieron en estas faltas por igual, pero Calderón descollaba en todas.

⁶⁴⁵ J. DE SOLÓRZANO Y PEREIRA, *op. cit.*, lib. V, pág. 271

⁶⁴⁶ R. KONETZKE, *Colección de documentos para la Historia de la formación social de Hispanoamérica*, t. I, CSIC, Madrid, 1962, pp. 124-125.

⁶⁴⁷ Cfr. I. SÁNCHEZ BELLA, *op. cit.*, pág. 387.

⁶⁴⁸ *Ibidem*, fol. 527r.

⁶⁴⁹ *Ibidem*, 670B. La fama de los ministros se resume en los ff.5 r - 12v.

En los dieciséis años de ejercicio de Calderón, se sucedieron en el Gobierno el conde de Galve, Moctezuma, el duque de Alburquerque y, dos veces como interino, el arzobispo-*virrey* Montañés. A tenor de las recomendaciones y del número de comisiones que se pusieron a su cargo, diríase que mantuvo con todos ellos una relación excelente, disponiendo principalmente de la protección de Alburquerque. Así lo señalaron Veitia y Linaje y Uribe cuando, en 1710, escribieron a la Corte para explicar por qué habían diferido la toma de la residencia de Calderón.⁶⁵⁰ La voz de Cano Cortés no era imparcial, pero sí resulta cabal su asunción de que en el juicio de residencia “los hombres ricos no declararán en su contra y los pobres temerán algún castigo”, sabiendo a don Miguel en el Consejo y a sus agentes bien instalados en aquella Audiencia.⁶⁵¹ Como señalaba el *virrey* Linares en una carta a Felipe V de septiembre de 1715, “los *virreyes* se van, pero los oidores se quedan”.⁶⁵² Calderón de la Barca se fue, pero dejó a sus parciales en la Audiencia, a la cabeza de los cuales hemos de reconocer a Díaz de Bracamonte.

Sin el filtro de la idoneidad, funcionando el dinero por toda llave para el acceso a la magistratura, las medidas tendentes a garantizar la honradez de los ministros en Indias y sancionar su conducta —el inventario de bienes antes de tomar posesión del cargo y el mismo juicio de residencia—, resultaron de escasa utilidad en el caso de Calderón de la Barca. La residencia y la visita se sucedieron prácticamente en el tiempo, pero sólo la segunda tuvo éxito en el alumbramiento de la verdad. El secreto radicó —lo hemos visto—, en la amplitud del número de testigos que acudieron a declarar, seleccionados con mayor imparcialidad por un inquisidor que era también más objetivo que Valenzuela Venegas, y en el secretismo que envolvía los procedimientos y formulación de los cargos. Los testigos depusieron libremente y se extendieron en sus respuestas, pormenorizando al máximo los detalles, de manera que la experiencia de la lectura de los expedientes se asemeja a la de quien se asoma a un escaparate para

⁶⁵⁰ A.G.I., *México*, 656. Juan José de Veitia y Linaje al Consejo, Puebla, 12 de abril de 1710. Recordemos que Veitia, por sí mismo pero apoyándose en las razones esgrimidas por Uribe —que Calderón contaba con el “auxilio del superior fomento”, por lo que en esa coyuntura “nada ha de probarse”—, decidió “dar tiempo al tiempo” y suspender la residencia.

⁶⁵¹ *Ibidem*, 236A, ff. 300-305. Testimonio de Lorenzo Cano en el juicio de residencia de Calderón de la Barca. En esta línea encajan las aserciones de Uribe y Linares que dieron cuenta de que públicamente los parciales de don Miguel se jactaban de este hecho.

⁶⁵² A.G.I., *México*, 656. El *virrey* duque de Alburquerque a Felipe V, México, 12 de septiembre de 1715.

contemplar el autorretrato –sorprendente, complejo, lleno de matices–, que una parte de aquella sociedad hizo de sí misma.

Afirmaba Solórzano en su *Política Indiana* que la venalidad, lejos de procurar que los ministros cumpliesen con su obligación, les daba “alientos para que la corrompan y violenten el juramento que hacen de abstenerse de todo genero de mala codicia, dádivas y presentes, aunque sean de cosas de poco valor y digan que las reciben de los que voluntariamente se las ofrecen”.⁶⁵³ Recuperar la inversión no era el único factor que explica la corrupción⁶⁵⁴ galopante que quedó al descubierto en la visita general. Salieron a relucir en ella otras causas desencadenantes, como la cortedad del salario y la tardanza y dificultad en los cobros, o la fuerza de la costumbre que había convertido en norma lo que eran prácticas que penaba la ley. Parece lógico, en todo caso, que el desembolso inicial de una fuerte suma para granjearse la plaza y el consiguiente endeudamiento de los jueces cuando entraban a servirla, excitasen su avaricia.

Colegimos que Calderón de la Barca no fue el inventor de los abusos, pero no actuó para atajarlos, sentando en su lugar un ejemplo nefasto y enlodando la imagen de la institución que representaba. Los tratos y contratos, baraterías y cohechos de que se le acusó se registraron con posterioridad a 1697, cuando quedó como oidor más antiguo e influyente de la Audiencia. No es casualidad que fuera en aquel tiempo cuando desafió a los hermanos Juan y Manuel de Escalante, y formó su propia facción de seguidores en la Audiencia. Puso en marcha todo un aparato en el que intervenía su esposa y mediaban distintos abogados y procuradores “criados” por él, para poner a la venta su justicia. Hombre sumamente ambicioso, al tiempo que sacaba ventaja de sus operaciones al margen de la ley, movió diligentemente sus contactos en la Corte para obtener una plaza en el Consejo. Como en 1689, el azar se puso de su parte: las necesidades hacendísticas de la Corona para financiar la Guerra de Sucesión le franquearon el acceso al cargo. Lo que escapó a su control fueron las consecuencias derivadas de la carta que en agosto de 1706 José Joaquín de Uribe escribió al monarca, despertando sus recelos. El rey se vio forzado a desviar su atención de los avatares bélicos para “inquirir, como jamás se ha

⁶⁵³ J. DE SOLÓRZANO Y PEREIRA, *op. cit.*, lib. V, cap. IV, pág. 286.

⁶⁵⁴ El mismo término y su aplicación a hechos que sucedieron en un tiempo pasado y un contexto muy diferente, son discutibles. Nosotros entendemos por tal la contravención del ordenamiento legal en vigor en aquel momento.

visto, en las operaciones de este ministro”.⁶⁵⁵ Si bien es cierto que Felipe V no impidió al cabo que Calderón de la Barca tomara posesión de la plaza en el Consejo, fue con la condición de que ingresase por cuenta de lo que podía resultar en la residencia 300.000 reales en la Tesorería de la Guerra, que no habría de recuperar don Miguel en vida y sus testamentarios sólo podrían cobrar con una importante rebaja. También es verdad que en diciembre de 1716, cuando por fin empezó a verse su residencia en el Consejo, antes de que se determinase la revista se le concedió oportunamente la salida honrosa de la jubilación.

La fortuna de Calderón de la Barca al tiempo de su muerte fue tal que descubrimos en su haber más de media tonelada de plata. La abundancia de bienes recogidos en el inventario y tasación de la testamentaria demuestran que en Indias amasó una fortuna considerable, y algo más. Su estancia en Nueva España determinó su gusto por objetos suntuarios y exóticos procedentes del mundo americano y oriental. La práctica totalidad tenía un fin utilitario o devocional, lo que nos sitúa ante un individuo sin una inclinación particular por lo artístico. Calderón no era un hombre de gustos refinados, como pudo serlo Bracamonte, al que describimos siendo cohechado con dos telas atribuidas a Murillo o con una rara edición del *Átlas de todo el mundo*. Sin una preferencia por la pintura, notablemente escasa en su haber, lo que acumuló ante todo fueron alhajas de plata, oro, perlas y piedras finas. La prueba, no obstante, de que no actuó como un coleccionista al atesorarlas y de que no apreciaba excesivamente la hechura de las mismas se constata en que, salvo una pequeña parte que pasó a sus herederos, mandó que a su muerte se empleasen en la custodia que había encargado a Gómez de Ceballos, o que se vendieran al peso para invertir su producto en la fundación del vínculo de legos. La propiedad del mismo quedó cargada con numerosas obligaciones, destinadas en conjunto al pago de las obviaciones de las misas y

⁶⁵⁵ Así lo decía Uribe, apuntando a que fue el fantástico caudal y equipaje introducido por Calderón en la Corte a su llegada a Madrid lo que había despertado las suspicacias del monarca, “haciéndolo más sospechoso venir de Indias”. No mentaba su carta de agosto de 1706, que fue la que verdaderamente disparó las alarmas. A.G.I., *Escribanía*, 236^a, fol. 426. Tan irregular como había sido la venta del puesto en el Consejo fueron los procedimientos que dispuso el rey que se siguieran en la toma de la residencia y en su enjuiciamiento. Nos preguntamos si Felipe V actuó movido por una preocupación sincera por que se hiciese justicia si Calderón había incurrido en faltas graves, o si lo que buscaba era una justificación para revocar a Calderón el nombramiento sin devolverle la cantidad que había entregado por la plaza, o para exigirle, como se hizo, un nuevo y astronómico pago que soliviantase las urgencias bélicas. Puede que la respuesta contenga algo de ambas posibilidades.

aniversarios que se debían officiar anualmente por su alma –sólo en las capellanías que fundó eran 600 misas–.

El paso por México intensificó su devoción por la Virgen de Guadalupe, a la que quiso erigir una capilla en Conil de la Frontera, donde había nacido y dotar de una fiesta que se había de celebrar cada 12 de diciembre. Fue en las postrimerías de la muerte cuando planificó las donaciones y el legado por el que se mantiene vivo su nombre. El fuerte espíritu religioso de don Miguel se deja entrever también aquí, como lo delató asimismo su actuación para con las monjas de Santa Inés de México, donde pudimos atisbar sentimientos elevados: caridad, generosidad... Nos remitimos al testimonio del canónigo Costela, que supuestamente reprodujo las palabras del arzobispo Ortega al deponer en la residencia de Calderón por señalamiento de Uribe: “Vea vuestra merced: este caballero es de buen corazón y de gran caridad y me ayuda a llevar la Cruz del Arzobispado; y en algunas limosnas en que he cooperado (...) las he hecho por las instancias y buenos oficios de este oidor”.⁶⁵⁶

Un aspecto digno de loa fue su preocupación por la educación de los jóvenes conileños, con la financiación de una casa para el maestro que sirviera de escuela de Gramática. Calderón de la Barca fue un hombre culto y bien formado, aunque no halláramos rastro de su biblioteca en la documentación de la testamentaria. Así lo evidencia la composición del poema en latín a la Magdalena, que declamó en las justas florales por el final de la peste en Cádiz en 1681 y el texto para las *Exequias* de la reina Mariana de Austria, cargado de referencias a bíblicas y de los sabios de la Antigüedad.

Un interrogante que queda abierto y de difícil solución es el de por qué no inició los trámites para la obtención del hábito de una de las tres órdenes militares, a pesar de que se le había concedido la merced. Al vestir la garnacha e ingresar en el Supremo Consejo indiano logró ennoblecerse, y sus fastos fueron los propios de la aristocracia. De ahí la extrañeza ante la decisión de no procurarse el lustre de ser caballero cuando se le presentó la oportunidad.

⁶⁵⁶ *Ibidem*, ff. 290-292. Juicio de residencia de Miguel Calderón, declaración del canónigo Pérez de Costela. Otorgamos mayor credibilidad a este testigo en tanto que fue llamado por Uribe, con el que tenía una estrecha relación. Y sin embargo, en vez de deponer en contra de Calderón, como hubiera cabido esperar, únicamente señaló sus buenas prendas.

Al actuar como benefactor de los templos conileños y de la catedral gaditana se afirmaron y entremezclaron los ingredientes que hemos descubierto como preponderantes en su personalidad: la fe y el deseo de reconocimiento. La inscripción en la peana de la soberbia custodia de Pedro Vicente Gómez de Ceballos así lo proclama. A través del inventario de sus bienes y del estudio y análisis de lo que aún se conserva de cuanto donó y legó Calderón de la Barca hemos procurado, por otra parte, describir un fenómeno complejo como es el recorrido de ida y vuelta de las técnicas, formas de expresión y devociones que se manifiestan silenciosamente en un Crucificado de marfil, un cáliz, una custodia, unos blandoncillos, una pintura y una cruz de altar. Hemos trabajado con la esperanza de subsanar el olvido de este repertorio de arte hispanoamericano, prácticamente desconocido para la historiografía a pesar de que por su rareza y excepcionalidad bien merecía ser reseñado.

BIBLIOGRAFÍA

ABAD VIELA, J., “Plateros de Guatemala. El platero Jorge de Mayorga, anteriormente conocido como Pero Xuárez de Mayorga”, J. RIVAS CARMONA (coord.), *Estudios de Platería, San Eloy*, Universidad de Murcia, 2013.

AGUILÓ ALONSO, “Aproximaciones al estudio del mueble novohispano en España”, *El mueble del siglo XVIII: Nuevas aportaciones para su estudio*, Barcelona, 2009.

AGUILÓ ALONSO, M.P., “El coleccionismo de objetos procedentes de ultramar a través de los inventarios de los siglos XVI y XVII”, AA.VV., *Relaciones artísticas entre España y América*, CSIC, Madrid, 1990.

AGUILÓ ALONSO, M.P., “Vía Orientalis 1500-1900. La repercusión del arte del extremo oriente en España en mobiliario y decoración”, *El arte foráneo en España: presencia e influencia*, CSIC, Madrid, 2005, vol. 12.

AGUIRRE SALVADOR, R., *Por el camino de las letras: el ascenso profesional de los catedráticos juristas de la Nueva España, siglo XVIII*, UNAM, México, 1998.

ALFONSO MOLA, M., “Fiestas en honor de un rey lejano. Proclamación de Felipe V en América”, *XIV Coloquio de Historia Canario Americana*, Cabildo Insular de Gran Canaria, 2000.

ALONSO BENITO, J., “En torno a las mancerinas de plata del Museo Nacional de Artes Decorativas”, *Estudios de Platería San Eloy*, Universidad de Murcia, 2003.

ÁLVAREZ, M., “La platería guatemalteca”, *Boletín de los Museos*, Dirección de Museos y Centros Culturales, Ciudad de Guatemala, junio 2010, vol. 3.

AMERLINCK DE CORSI, M.C., “El santuario de Nuestra Señora de Guadalupe en 1709”, *Boletín de Monumentos Históricos*, Septiembre-diciembre 2010, México, D.F., n. 20.

ANDÚJAR CASTILLO, F., *Necesidad y venalidad. España e Indias, 1701-1711*. Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, Madrid, 2008.

ANDÚJAR CASTILLO, F., “Sobre la financiación extraordinaria de la Guerra de Sucesión”, *Cuadernos dieciochistas*, Universidad de Salamanca, 2014, n. 15.

ANDÚJAR CASTILLO, F. “Venalidad y gasto militar: sobre la financiación de la Guerra de los Nueve Años” en A. GONZÁLEZ ENCISO (editor), *Un estado militar: España, 1650-1820*, Actas, Madrid, 2012.

ANTÓN SOLÉ, P., “Escuelas de primeras letras y las cátedras de gramática del obispado de Cádiz en el siglo de las luces”, *Tavira*, Universidad de Cádiz, 1992.

ANTÓN SOLÉ, P., *La Iglesia gaditana en el siglo XVIII*, Universidad de Cádiz, 1994.

ARAGÓN, J., PAZ, J. y SOUTO, A., *Conil durante la ocupación francesa*, Ayuntamiento de Conil de la Frontera, 2004.

ARANDA HUETE, A.M., *La joyería en la Corte durante el reinado de Felipe V e Isabel de Farnesio*, tesis doctoral, UCM, Madrid, 2002.

ARREGUI ZAMORANO, P., *La Audiencia de México según los visitantes. Siglos XVI y XVII*, UNAM, México, 1981.

BALLESTEROS FLORES, B., “El menaje asiático de las casas de la élite comercial del virreinato novohispano en el siglo XVII”, *Boletín del Archivo General de la Nación*, n. 20.

BAREA AZCÓN, P., “Iconografía de la Virgen de Guadalupe en España”, *Archivo Español de Arte*, CSIC, Madrid, 2007, n. 318.

BAREA AZCÓN, P., “Pintura guadalupana en Cádiz”, *Atrio*, Universidad Pablo de Olavide, Sevilla, 2007-2008, n. 13 y 14.

BARRERO GARCÍA, A. M., “El régimen contributivo indiano en los siglos XVI y XVII” en *Memoria del X Congreso del Instituto Internacional de Historia del Derecho Indiano*, Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM), México D.F., 1995.

BARRIO MOYA, J.L., “El inventario de los bienes de don Nicolás Ventura Echevarría, hidalgo vizcaíno afectado por la matxinada de 1718 (1719)”, *Boletín de la Real Sociedad Bascongada de Amigos del País*, 1998, t. 54, n. 2.

BERNARD, G., *Le Secrétariat d'État et le Conseil Espagnol des Indes (1.700-1.808)*, Librairie Droz, Ginebra, 1.972.

BERTRAND, M., “La contaduría de las alcabalas de Puebla: Un episodio reformador al principio del siglo XVIII”, *Jahrbuch für Geschichte von Staat, Wirtschaft und Gesellschaft Lateinamerikas*, 1995, n. 32.

BRAVO GONZÁLEZ, G., “La platería de la Catedral de Cádiz a fines del Medioevo y comienzos de la Modernidad”, *Estudios sobre patrimonio, cultura y ciencia medievales*, 2007-2008, n. 9 y 10.

BURGOS LEJONAGOITIA, G., “Reos de conciencia. El discurso del Consejo de Indias ante la venalidad de cargos en América durante el reinado de Felipe V”, *Campo y campesinos en la España Moderna. Culturas políticas en el mundo hispano*, Fundación española de Historia Moderna, Salamanca, 2010.

BURKHOLDER, M.A. y D.S. CHANDLER, D.S., *Biographical Dictionary of Audiencia Ministers in the Americas 1687-1821*, Greenwood, 1982.

BURKHOLDER, M.A., y CHANDLER, D.S., *De la impotencia a la autoridad: La Corona española y las Audiencias en América, 1687-1808*, Fondo de Cultura Económica, México, 1984.

BUSTOS RODRÍGUEZ, M., *Cádiz en el sistema Atlántico. La ciudad, sus comerciantes y la actividad mercantil (1650-1830)*, Sílex, 2005.

CÁRDENAS GUTIÉRREZ, S., “El teatro de la justicia en la Nueva España. Elementos para una arqueología de la judicatura en la época barroca”, *Historia Mexicana*, El Colegio de México, A. C., México, D. F., abril-junio 2006, vol. LV, n. 4.

CARRASCO GONZÁLEZ, M.G., *Comerciantes y casas de negocios en Cádiz, 1650-1700*, Universidad de Cádiz, 1997.

CARRERA STAMPA, M., “Las ferias novohispanas”, *Historia mexicana*, El Colegio de México, Centro de Estudios Históricos, 1953, n.7, vol. 2.

CASTRO, C., M. CALVO, M., Y GRANADO, S., “Las capellanías en los siglos XVII y XVIII a través del estudio de la escritura de fundación”, *A.H.Ig*, 2007, n. 16.

CERVANTES BELLO, F. J., “De la mina a la prebenda. Trayectoria de un eclesiástico en la transición al siglo XVIII” en CERVANTES BELLO, F.J. (coord.), *La Iglesia en la Nueva España: relaciones económicas e interacciones políticas*, Seminario de Historia política y económica de la Iglesia en México, Instituto de Ciencias Sociales y Humanidades “Alfonso Vélaz Pliego”, Benemérita Universidad Autónoma de Puebla, 2010.

CHARLO BREA, L., “Epigramas latinos en unos juegos florales con motivo de la victoria sobre la peste en Cádiz (1680- 1681)”, *Revista de Estudios Latinos (RELat)*, n. 6, 2006.

DE LA CONCEPCIÓN, (Fray) G., *Emporio del Orbe*, Cádiz Ilustrada, 1690.

CODORNIÚ, A., y DE LA RUBIA, J.M., *Compendio de la Historia de la Medicina*, Imprenta de Don Ignacio Boix, Madrid, 1839, vol. II.

CODDING, M.A., “Las artes decorativas en América Latina, 1492-1820”, RISHEL, J.J., (ed.), *Revelaciones: las artes en América Latina, 1492-1820*, FCE, México, D.F., 2007

CRESPO SOLANA, A., “Los registros destino Buenos Aires del comerciante Andrés Martínez de Murguía, 1717-1730”, *Estudios de la UCA ofrecidos a la memoria del profesor B. Justel Calabozo*, Cádiz, 1998.

J.M. CRUZ VALDOVINOS, “La platería en la Corte madrileña de los Habsburgos a los Borbones”, RIVAS CARMONA, J. (coord.), *Estudios de platería San Eloy*, Universidad de Murcia, 2003.

CRUZ VALDOVINOS, J.M., “Miguel Calderón de la Barca, Pedro Vicente Gómez de Ceballos y la custodia del Millón de la catedral de Cádiz”, J. RIVAS CARMONA (coord.), *Estudios de platería San Eloy*, Universidad de Murcia, 2009.

CRUZ VALDOVINOS, J.M., “Plata de vajilla: Talleres castellanos”, *Archivo Español de Arte*, Madrid, 1980, n. 206.

CUADRIELLO, J., “La propagación de las devociones novohispanas: las guadalupanas y otras imágenes preferentes”, VV.AA., *México en el mundo de las colecciones de arte*, Universidad de Colima, México, 1994, vol. II.

CURIEL, G., “Formas, costumbres y rituales cotidianos de las élites novohispanas a través de los objetos de la cultura material”, *La grandeza del México virreinal: tesoros del Museo Franz Mayer*, University of Texas Press, Italia, 2002.

DÍAZ-TRECHUELO, L., “Marfiles hispano-filipinos”, *Buenavista de Indias*, Aldaba, Sevilla, 1992, n. 4.

DOMÍNGUEZ CASAS, R., “Una Virgen de Guadalupe de Nicolás Rodríguez Juárez”, *Boletín del seminario de Estudios de Arte y Arqueología (BSAA)*, n. 62, 1996.

DOMÍNGUEZ ORTEGA, M., “Análisis metodológico de dos juicios de residencia en Nueva Granada: don José Solís y Folch de Cardona y don Pedro Messía de la Cerda (1753-1773)”, *Revista Complutense de Historia de América*, UCM, 1999, n. 25.

DOMÍNGUEZ ORTIZ, A., *Política fiscal y cambio social en la España del siglo XVII*, Instituto de Estudios Fiscales, Madrid, 1984.

DOMÍNGUEZ ORTIZ, A., “Un virreinato en venta”, *Mercurio peruano*, XLIX, 453, Lima, 1965.

ENRILE Y MÉNDEZ DE SOTOMAYOR, J.M., *Historia de la ciudad de Medina Sidonia que dejó inédita el Dr. D. Francisco Martínez y Delgado*, Imprenta y Litografía de la Revista Médica, Cádiz, 1875.

ESCAMILLA GONZÁLEZ, I., “La memoria de gobierno del virrey duque de Alburquerque, 1710”, *EHN*, julio-diciembre 2001, n. 25.

ESTELLA, M., “Artes aplicadas y marfiles”, L. CABRERO (edit.), *España y el Pacífico. Legazpi*, Sociedad Estatal de Conmemoraciones Culturales, Madrid, 2004.

ESTELLA, M., *La escultura barroca de marfil en España. Escuelas Europeas y coloniales*, Instituto Diego Velázquez, Madrid, 1984, t. I y II.

ESTERAS, C., *La platería de la Colección Várez Fisa. Obras escogidas (siglos XV-XVIII)*, TF Editores, Madrid, 2000.

ESTERAS MARTÍN, C., “Plata y platería, fortuna y arte en América Latina”, RISHEL, J.J., (ed.), *Revelaciones: las artes en América Latina, 1492-1820*, FCE, México, D.F., 2007.

DE EZQUERRA, M., *La imperial águila renovada para la inmortalidad de su nombre (...)*, Imprenta de Juan José Guillena Carrascoso, México, 1697.

FAJARDO DE RUEDA, M., *Oribes y plateros en la Nueva Granada*, Secretariado de publicaciones de la Universidad de León, 2008.

FEIJOO, R., “El tumulto de 1692”, *Historia mexicana*, COLMEX, México, julio-septiembre 1964, n. 54, vol. XIV.

Gaceta de Madrid, Madrid, 14 de noviembre de 1713, n. 46.

GARCÍA GARCÍA, A., “Corrupción y venalidad en la magistratura mexicana durante el siglo XVIII”, *Illes Imperis*, 2014, n.16.

GARCÍA GARCÍA, A., “La reforma de la plantilla de los tribunales americanos de 1701: el primer intento reformista del siglo XVIII”, *La venta de cargos y el ejercicio del poder en Indias*, Secretariado de Publicaciones de la Universidad de León, 2007, pág. 60.

GARMENDIA ARRUEBARRENA, J., *Cádiz, los vascos y la Carrera de Indias*, Eusko Ikaskuntza, San Sebastián, 1989.

Guía histórica y monumental de Conil, Patronato Municipal de Turismo de Conil de la Frontera, s.f..

GONGORA, M., *Estudios sobre la Historia colonial de Hispanoamérica*, Editorial Universitaria, Santiago de Chile, 1998.

GONZALBO AIZPURU, P., “De la penuria y el lujo en la Nueva España. Siglos XVI-XVIII”, *Revista de Indias*, CSIC, 1996, n. 206.

GONZÁLEZ MORENO, J., *Iconografía Guadalupana. Clasificación cronológica y estudio artístico de las más notables reproducciones de la Virgen de Guadalupe conservadas en las Provincias Españolas*, Editorial Jus, México, 1959.

GONZÁLEZ UREBA, F., “La ocupación francesa de Conil”, *Feria y fiestas de primavera de El Colorado*, Conil, 2011.

GONZÁLEZ UREBA, F., “Miguel Calderón de la Barca. Un conileño en el Gobierno de Indias”. *Sociedad Vejeriega de Amigos del País*, 11, Vejer de la Frontera, 2005.

GREENLEAF, R. E., “Viceregal Power and the Obrajes of the Cortes Estate, 1595-1708”, *The Hispanic American Historical Review*, Duke University Press, 1968, vol. 48, n.3.

GUILLAUME-ALONSO, A., “Conil, año 1563: una almadraba espectacular”, *Boletín La Laja*, Asociación La Laja, Amigos del Patrimonio Natural y Cultural de Conil, 2006, n. 7.

GUTIÉRREZ DE ARCE, M., Estudio preliminar en B. De TOBAR, *Bulario Índico*, CSIC, Sevilla, 1945, vol. II, pág. XLI.

GUTIÉRREZ CONICET, R., “Los circuitos de la obra de arte. Artistas, mecenas, comitentes, usuarios y comerciantes”, en VV.AA., *Pintura, escultura y artes útiles en Iberoamérica, 1500- 1825*, Cátedra, Madrid, 1995.

HERNÁNDEZ NAVARRO, F.J. y GUTIÉRREZ NÚÑEZ, F., “Conil durante la Guerra de Sucesión: 1700-1711”, *Boletín La Laja*, Asociación La Laja, Amigos del Patrimonio Natural y Cultural de Conil, 2006, n. 7.

HERNÁNDEZ, F.J., CAMPESE y P. YBÁÑEZ, “Los corregidores señoriales del Ducado de Medina Sidonia en Conil de la Frontera (1724-1779). Estudio Prosopográfico”, *Baetica. Estudios de Arte, Geografía e Historia*, 2009, Universidad de Málaga, n. 31.

F.J. HERNÁNDEZ, F.J. CAMPESE y P. YBÁÑEZ, “Prosopografía de una élite municipal: Los corregidores señoriales del Ducado de Medina Sidonia en Conil de la Frontera (1724-1779)” en *Baetica. Estudios de Arte, Geografía e Historia*, Universidad de Málaga, 2010, n. 32.

KAGAN, R., *Universidad y sociedad en la España Moderna*, Tecnos, Madrid, 1981.

KAMEN, H., *La España de Carlos II*, Crítica, Barcelona, 1987.

KAWAMURA, Y., “Apuntes sobre el arte de *Urushi* a propósito de un sagrario complutense de arte *Namban*”, *Arte e identidades culturales: actas del XII Congreso nacional del Comité Español de Historia del Arte (CEHA)*, Oviedo, 1998.

KONETZKE, R., *Colección de documentos para la Historia de la formación social de Hispanoamérica*, vol. III, t. I, CSIC, Madrid, 1962.

LAFAYE, J., *Quetzalcoatl and Guadalupe: The formation of Mexican National Consciousness (1531-1813)*, University of Chicago Press, 1987.

LANG, M. F., *Las flotas de la Nueva España (1630-1710): despacho, azogue, comercio*, Muñoz Moya editores, Sevilla, 1998.

DE LANTERY, R., *Memorias de Raimundo de Lantery, mercader de Indias en Cádiz (1673-1700)*, Escélicer, Cádiz, 1949.

LLANAS Y FERNÁNDEZ, R., *Ingeniería en México, 400 años de Historia: Obra pública en la ciudad de México*, UNAM, México, 2012.

LOHMANN VILLENA, G., *El corregidor de indios en el Perú bajo los Austrias*, Fondo Editorial PUCP, Lima, 2002.

LÓPEZ DE MARISCAL, B., “La muerte de una reina lejana. Las exequias de Mariana de Austria en la Nueva España”, pp. 187-196, en VV.AA., *Teatro y poder en la época de Carlos II. Fiestas en torno a reyes y virreyes*, Universidad de Navarra, 2007.

LUQUE TALAVÁN, M., *Un universo de opiniones: la literatura jurídica indiana*, CSIC, Madrid, 2003.

LYNCH, J., *Los Austrias, 1516 -1700*, Crítica, Barcelona, 2010.

MAGDALENO, R., *Catálogo XX del Archivo General de Simancas*, Patronato Nacional de Archivos Históricos, Valladolid, 1954.

MARILUZ URQUIJO, J.M., *El agente de la administración en Indias*, Instituto de Investigaciones de Historia del Derecho, Buenos Aires, 1998.

MARILUZ URQUILLO, J.M., *Ensayo sobre los juicios de residencia indianos*, EEHA, Sevilla, 1952.

MARTÍNEZ DEL RÍO DE REDO, M., “La plumería mexicana”, *Buenavista de Indias*, Aldaba, Sevilla, 1992, n. 3.

DE MAS Y SANS, S., *Informe sobre el estado de las Islas Filipinas*, s.n., Madrid, 1843, t. II.

MAYORALDO Y LODO, J.M., “Necrológico nobiliario del siglo XVIII (1701-1808)”, *Hidalguía*, Madrid, 2010, n. 336.

MORGADO GARCÍA, A., “Solicitudes de fundación de oratorios en la diócesis de Cádiz (1650-1814)”, *Trocajero*, Universidad de Cádiz, Cádiz, 1989, n.1.

MORGADO GARCÍA, A., *La Diócesis de Cádiz: de Trento a la desamortización*, Universidad de Cádiz, 2008.

MURO ROMERO, F., “El beneficio de oficios públicos con jurisdicción en Indias. Notas sobre sus orígenes”, *Anuario de Estudios americanos*, XXXV, Sevilla, 1978.

NAVARRO GARCÍA, L., “Los oficios vendibles en Nueva España durante la Guerra de Sucesión”, *Anuario de Estudios Americanos*, n. 32, 1975.

Nombres antiguos de las calles y plazas de Cádiz, Imprenta de la Revista Médica, Cádiz, 1857.

La Nueva Era, Cádiz, 7 de enero de 1895, n. 4.080.

OROZCO GUERRERO, A., *Cádiz durante el Sexenio Democrático: El conflicto Iglesia – Secularización*, Tesis doctoral, UNED, 2013.

ORTEGO AGUSTÍN, M^a A., *Familia y matrimonio en la España del siglo XVII: Ordenamiento jurídico y situación real de las mujeres a través de la documentación notarial*, Tesis doctoral, Universidad Complutense de Madrid, 1999.

OTAZU, A., Y DÍAZ DE DURANA, J.R., *El espíritu emprendedor de los vascos*, Sílex, Madrid, 2008.

OTS CAPDEQUÍ, J.M., *El Estado español en las Indias*, Fondo de Cultura Económica, México DF, 1957.

PARRY, J. H., *The Sale of Public Offices in the Spanish Indies*, University of California Press, Berkeley - L.A., 1953, pág. 3.

DE LA PASCUA SÁNCHEZ, M. J., “Aproximación a los niveles de alfabetización en la provincia de Cádiz: las poblaciones de Cádiz, El Puerto de Santa María, Medina Sidonia y Alcalá de los Gazules entre 1675 y 1800”, *Trocadero*, Universidad de Cádiz, 1989, n. 1.

DE LA PASCUA SÁNCHEZ, M. J., “La cara oculta del sueño indiano: mujeres abandonadas en el Cádiz de la Carrera de Indias”, *Chronica Nova*, Granada Universidad, nº 21, 1993-1994.

PÉREZ MORERA, J., “Formas y expresiones de la platería barroca poblana. Repertorio decorativo, técnicas y tipologías”, *Anales del Instituto de Investigaciones Estéticas*, México, D.F., 2012, vol. 34, n. 100.

PHAKE-POTTER, H.M.S., “Nuestra Señora de Guadalupe: la pintura, la leyenda y la realidad. Una investigación arte-histórica e iconológica”, *Cuadernos de Arte e Iconografía*, Fundación Universitaria Española, Madrid, 2003, t. XII, n. 24.

POLANCO ALCÁNTARA, T., *Las Reales Audiencias en las provincias americanas de España*, MAPFRE, Madrid, 1992.

PONCE-LEIVA, P., “El valor de los méritos. Teoría y práctica política en la provisión de oficios (Quito, 1675-1700)”, *Revista de Indias*, CSIC, Madrid, 2013, vol. LXXIII, n. 258.

PUERTA ROSELL, M.F., *Platería madrileña: colecciones de la segunda mitad del siglo XVII*, Tesis doctoral, Universidad Complutense de Madrid, 1994.

RIONDA ARREGUÍN, I., *La mina de San Juan de Rayas (1670-1727)*, Tesis doctoral, Escuela de Filosofía y Letras, Universidad de Guanajuato, 1982.

RIVAS, J.F., Observaciones sobre el origen, desarrollo y manufactura del mobiliario en América Latina”, RISHEL, J.J., (ed.), *Revelaciones: las artes en América Latina, 1492-1820*, FCE, México, D.F., 2007.

RIVERO LAKE, R., *El arte Namban en México virreinal*, Turner y Estilo México Editores, España, 2005.

DE ROBLES, A., *Diario de sucesos notables*, t. II, Porrúa, México, 1946, t. I-III.

RODRÍGUEZ MOYA, I., “La mujer-águila y la imagen de la reina en los virreinos americanos”, *Quiroga*, julio-diciembre 2013, n. 4.

DE ROJAS CLEMENTE RUBIO, S., [A. GIL ALBARRACÍN (ed.)], *Viaje a Andalucía. Historia Natural del Reino de Granada (1804-1809)*, Griselda Bonet Girabet, Barcelona, 2002.

ROMERO DE TORRES, E., *Catálogo monumental de España. Provincia de Cádiz (1908-1909)*, Ministerio de Instrucción Pública y Bellas Artes, Madrid, 1934.

ROSENMÜLLER, C., *Patrons, partisans and palace intrigues: the court society of colonial Mexico, 1702-1710*, University of Calgary Press, Alberta, 2008.

RUBIO MAÑÉ, J.I., *El virreinato*, Fondo de Cultura Económica, México, D.F., 1983.

El virreinato, vol. I: orígenes y jurisdicciones y dinámica social de los virreyes

El virreinato II, parte I: Expansión y Defensa.

RUBIO MAÑÉ, J.I., “Gente de España en la ciudad de México. Año 1689”, *Boletín del A.G.N*, México, 1966, 2ª serie, t. VII, núms. 1-2.

DE SAAVEDRA, I., *Gloriosos, sagrados y graves cultos con que la... ciudad de Cádiz celebró fiestas a sus tutelares patronos, Jesús Nazareno y Santa María Magdalena, en acción de gracias de la pública salud que a sus ruegos goza, en el mal de contagio de que se había picado. Dibujados por los más primorosos y agudos pinceles de los*

Ingenios gaditanos...; Recogidos y sacados a la luz por don Ignacio de Saavedra, fiscal de la Real Justicia, que los dedica y consagra a la misma ciudad y siempre nobles capitulares suyos. Impreso por el alférez Bartolomé Núñez de Castro, Cádiz, 1681.

D. de SALAZAR, *Carta-Relación de las cosas de la China y de los chinos del Parián de Manila, enviada al Rey Felipe II por Fr. Domingo de Salazar, O. P, primer obispo de Filipinas.* Desde Manila, a 24 de junio, de 1590, incluido en W.E. RETANA, *Archivo del Bibliófilo filipino. Recopilación de documentos históricos, científicos, literarios y políticos y estudios bibliográficos*, Madrid, 1897.

SÁNCHEZ BELLA, I. “Importancia de la Visita en Indias”, *Anuario del Derecho Español*, Instituto Nacional de Estudios Jurídicos, Madrid, 1980, vol. 50.

SANCHIZ, J., y CONDE, J.I., “Familia Monterde y Antillón en Nueva España: Reconstrucción genealógica”, *EHN*, UNAM, México, 2005. Primera parte en n. 32 y Segunda parte en n. 33.

DE SAN JOSÉ, F., *Historia Universal de la primitiva y milagrosa imagen de N^a Sra. de Guadalupe*, Imprenta de Antonio Martín, Madrid, 1743.

SANTOS GARCÍA, A., “Conil en el siglo XV (1411-1530)”, *Boletín La Laja*, Asociación La Laja, Amigos del Patrimonio Natural y Cultural de Conil, 2006, n. 7.

SANTOS GARCÍA, A. y VELÁZQUEZ GAZTELU, F., *Conil de la Frontera*, Diputación de Cádiz, 1988.

SANTOS GARCÍA, A., (autor) y GONZÁLEZ UREBA, F., (colab.), *Patrimonio Cultural del Litoral de La Janda: Conil de la Frontera*, Janda Litoral, Vejer, 2007, vol. II.

M. J. SANZ, *La Custodia de la Catedral de Cádiz*, Fundación Vipren y Excelentísimo Ayuntamiento de Cádiz, 2000.

SANZ, M.J., “La orfebrería en la América española”, *I Jornadas de Andalucía y América*, Instituto de Estudios Onubenses, Sevilla, 1981, t. II.

SANZ, M.J., *La orfebrería hispanoamericana en Andalucía Occidental*, Fundación El Monte, Sevilla, 1995.

SANZ, M.J. *La orfebrería sevillana del barroco*, Diputación provincial, Sevilla, 1976, t. II.

SANZ TAPIA, A., *¿Corrupción o necesidad? La venta de cargos de Gobierno americanos bajo Carlos II (1674-1700)*, CSIC, Madrid, 2009.

SANZ TAPIA, A., “El proceso de venta y beneficio de cargos indianos en el siglo XVII”, *La venta de cargos y el ejercicio de poder en Indias*, Universidad de León, 2007.

SCHÄFER, E., *El Consejo Real y Supremo de las Indias: su historia, organización y labor administrativa hasta la terminación de la Casa de Austria*, Marcial Pons Historia, Valladolid, 2003, vol. I y II.

SEBASTIÁN LÓPEZ, S., DE MESA FIGUEROA, J., GISBERT DE MESA, J., “Arte Iberoamericano desde la colonización a la independencia I”, *Summa Artis*, Espasa Calpe, Madrid, 1999, vol. XXVIII.

SERRANO MANGAS, F., *Función y evolución del galeón en la carrera de Indias*, Mapfre, Madrid, 1992.

DE SOLÓRZANO Y PEREIRA, J., *Política Indiana*, Imprenta Real de la Gaceta, Madrid, 1776.

STAFFORD POOLE, V., *The Guadalupean Controversies in Mexico*, Stanford University Press, 2006.

STOICHITA, V.I., “Imagen y aparición en la pintura española del siglo de Oro y en la devoción popular del Nuevo Mundo”, *Norba, Revista de Arte*, 1992, n. 12.

SUÁREZ DE FIGUEROA, C., *El Pasajero, advertencias utilísimas a la vida humana*, Madrid, 1617. Hemos consultado la edición digital comentada por Enrique Suárez Figaredo, Barcelona, 2004.

DE LA TORRE VILLAR, E., “Advertencias acerca del sistema virreinal novohispano”, *Anuario Mexicano de Historia del Derecho*, UNAM, Instituto de investigaciones jurídicas, México, 1991, n. 3.

TORRES TORRES, E. M., *El beneficio de la plata en Guadalajara, 1686-1740*, tesis para la obtención del título de licenciado en Historia, UNAM, Facultad de Filosofía y Letras, Colegio de Historia, México, 1999.

TOUSSAINT, M., *Arte colonial en México*, Imprenta Universitaria, México, 1948.

TOUSSAINT, M., “La pintura con incrustaciones de concha nácar en Nueva España”, *Anales del Instituto de Investigaciones Estéticas*, 20, Universidad Autónoma de México, 1952, vol. V, n. 20.

DE URRUTIA, J., *Descripción histórico-artística de la Catedral de Cádiz*, Revista Médica, Cádiz, 1843.

VARGAS LUGO, E., “Algunas notas más sobre iconografía guadalupana”, *Anales del Instituto de Investigaciones Estéticas*, México, 1989, n. 60.

VV.AA., *Desastres agrícolas en México: catálogo histórico*, Fondo de Cultura Económica, CIESAS, México, 2010, vol. 2.

FUENTES INÉDITAS

1.- ARCHIVO CATEDRALICIO DE CÁDIZ (A.C.C.)

- Libro de Actas capitulares, n. XXIV
- Libro de Matrimonios de la Parroquia de Santa Cruz, XIV y XV.
- Inventarios de fábrica: 1741, 1806 y 1877.

2.- ARCHIVO GENERAL DE INDIAS (A.G.I.)

- Consulados: 63 A
- Contaduría: 235.
- Contratación:, 189, 854, 1209, 1215, 1249-1252, 1451, 2455, 2456, 4126, 5440, 5454.
- Escribanía: 233A; 236 A y B; 278 A, B y C; 279 A, B y C; 280 A, B y C; 281 A, B y C.
- Guadalajara: 232.
- Indiferente general: 126, 133, 134, 141, 538, 652, 792, 795, 826, 828, 2077
- México: 10, 61, 65, 87, 88, 90, 232B, 235, 236B, 262, 376, 401, 402, 460, 610, 656, 670A, 1072.
- MP: México, 97.
- Pasajeros: lib. 13 y 14.
- Patronato: 226.

3.- ARCHIVO HISTÓRICO NACIONAL (A.H.N.)

- Estado: 174, 6380.

4.- ARCHIVO HISTÓRICO PROVINCIAL DE CÁDIZ (A.H.P.C.)

- Prot. de Cádiz: 2361, 2362, 2365, 3610, 3770, 5326, 8231.
- Prot. de Conil: 50, 68, 76, 100, 123, 126.

5.- ARCHIVO HISTÓRICO DE PROTOCOLOS DE MADRID (A.H.P.M.)

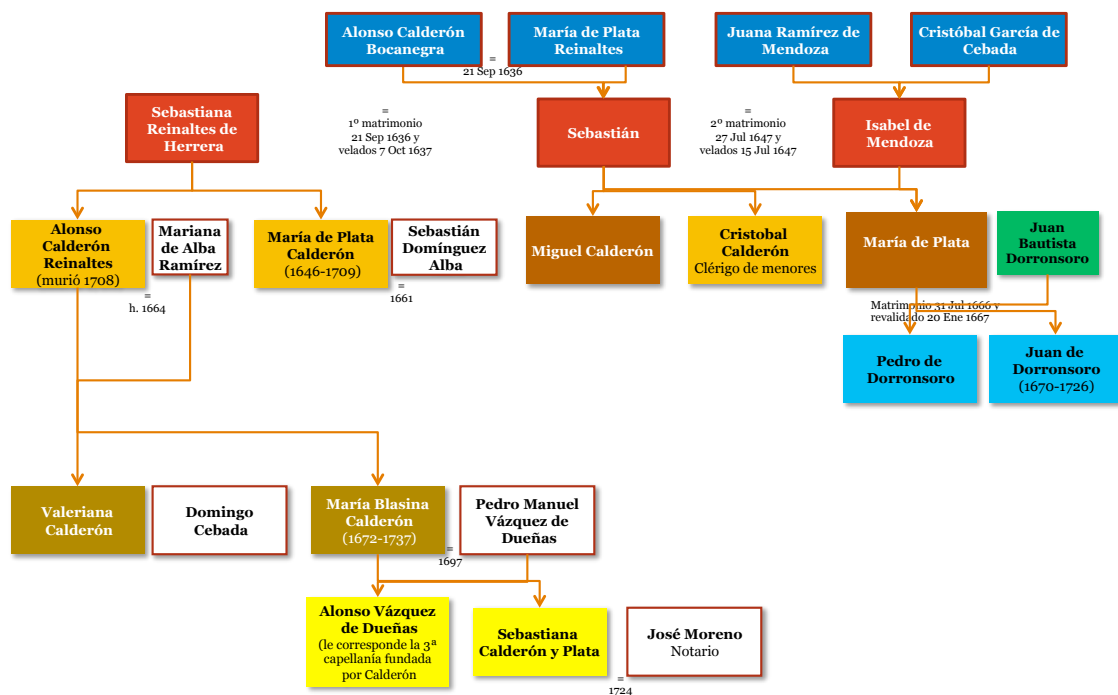
- Prot. 12.530, 13.476 y 14.192.

6.- ARCHIVO PARROQUIAL CONIL (A.P.Co.)

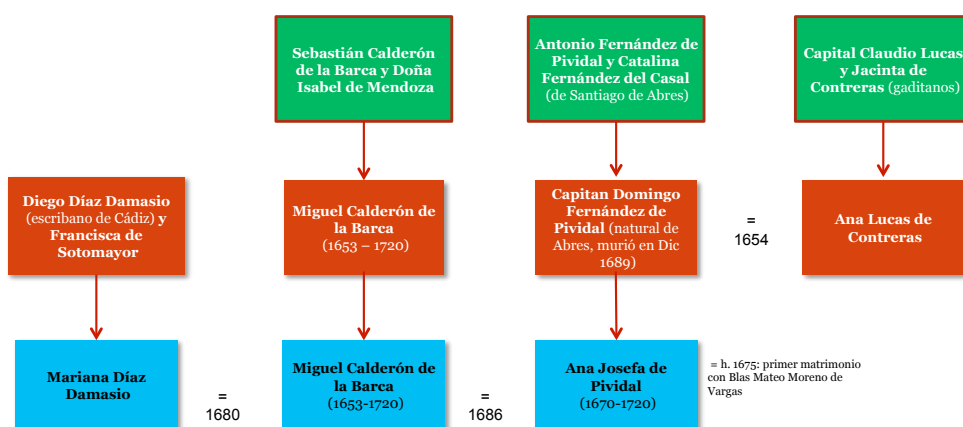
- Libro de Bautismos: n. 6.
- Libro de Capellanías: n. 7.
- Libro de Entierros, testamentos y abintestatos: n. 4 y 5.
- Libro puntador de misas: n. 4 y 5.

APÉNDICES DOCUMENTALES

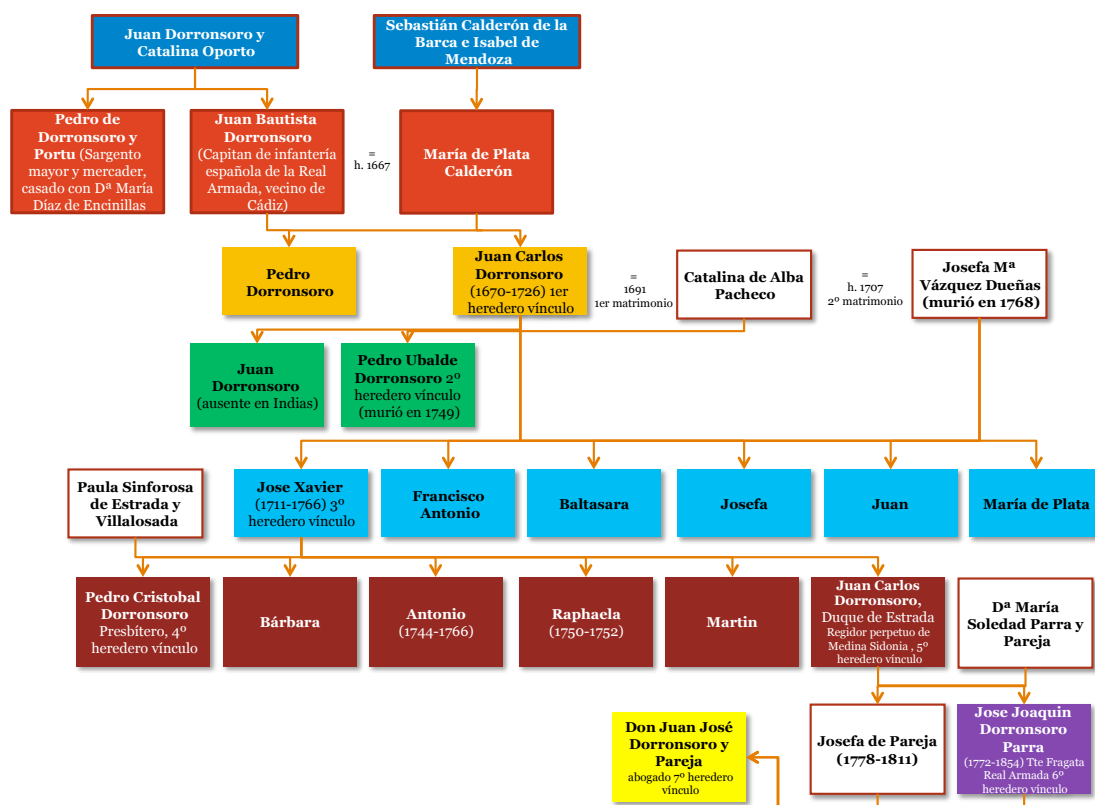
Apéndice 1. Calderónes



Apéndice 2. Calderón y Pividal



Apéndice 3. Dorronsoros



CALDERÓN DE LA BARCA AL MARQUÉS DEL CARPIO / MÉXICO 31/07/1700

D
Ex. M. N.
Ex. S.

En lo de 20 de 1700

Señor. Acabo de recibir la del V. E. de
Marzo de este año en que expresa V. E. que
hallandose informado de que el lujo con
meporto en el ornato de su persona y casa
excede de lo que puede adquirir lícitamente
el que vive con integridad. No quise V. E.
permanecer en la gran relajación que
se había propuesto. Y para V. E. a lo que
con el cargo de omitir el dar quenta a su Magestad de
defectando estas importunas y cambiar ordenes para que
el fons. la causa corrija y la advertirme a esta relación
sancion contraese esperando V. E. que con una benigna prevención
Reformare lo que hasta ahora hubiere excedido
apartando motivos que obliguen a ungo
advertencia para V. E. no tenga el de sentir
la resolución que de lo contrario debiera se.
Quirre.

Ex. M. N. con el respeto de mi mayor Veneración y
leído ya admitido la piadosa advertencia y
corrección de V. E. quedando perpetuado en mi
el reconocimiento de haber debido a la benignidad
de V. E. suspender el juicio en merecedad el
giro de el medio de la prevención. Y con la
misma sumisión suplico a V. E. puesto a mi pie
tenga paciencia para ignorar en la satisfacción
con la pura sinceridad y por esta la

Δ 61
MEXICO 90
R 4. N 59

ARCHIVOS
ESTATALES

propria inocencia preguntando al P. delante
de Dios no contenta cosa que no sea verdad
infalible tan publica y notoria que no haya
alguno en M.ª. que no la conozca latenga
o ignorada y reparada.

1.ª. Sindicacion tan agena no es de la vida
de los pero tan distante de tener algun viso
de Realidad, no se aporrea hasta aora y
antes de servir por menor mi parte y
el de mi casa entro aientando al P. que
no al Ministro en M.ª. no es lo que se pero
ni de la segunda clase de contadores y fis-
cales Reales que tenga menos favor y pre-
sencia que la mia. Pues con lo que
mira cam' persona el traje no permites
exeso aun en el mas velado de dentro del
esta linea siendo lo regular entre los gasta-
los de la casa y de la de los de la casa
de china por que es mucho mas barato. El
ornato de mi casa es de gente reducida
a la coladura de estrado de procel que
las palmeadas y algonora las traje y
line de la casa y eran alla del P. de mi
muger. El coche no se si a vista de la im-
postura lo creera P.ª. siendo aqui comun
no es entre los jorgánicos sino en la gente
muy distante de esta esfera tener los casa-
dos de la regular P.ª. y la familia de la
de la casa y de la de la casa con el P.ª.
de la casa y de la de la casa; no es de la casa
de la casa y de la de la casa, el primero

Sempre ya usado que me duro tres años,
y de rinde abastante hije otro nuevo de
baquetag y enserado que me a servido ami
gami mujer y le esta manteniendo
a aderecho, porque lo regular es no durar
mas que dos años; Por criados no tengo
ninguno español, pero aunq algunos de mis
compañeros los mantienen en lo mal de la
tierra no se separan de su falda y siendo lo
comun andar con los coches tres lacayos
gel y menos dos de los que entre en mes
no estais, mas que uno. Las libreas me
llevan segund de España con fajas de terciado
yelo forado. Las de los misos las llevo enmades del
paño de la tierra blancas sin mas compostura q
uno de paño de seda. Las criadas de mi mujer
se reducen alas mismas que trae de España
y algunas menos sin haber agregado otras en
el viaje, como en otros donos con algunas faltas
por no entrar personas de la tierra, que las tienen
grandes. Mi mujer sigue los mismos pasos
en su ornato y sigue hasta aora aia hecho
en Mex. En vestido de tela sea tan mal
de la calidad q comprende alas mujeres de
oficiales, manteniendole con lo q traen
de España donde desde muchos años se
mal esplendor que aqui q lo que meban
a hecho ansido de penados de china que son
de q sea por la compra Napieral.
Or. este es el lujo ornato y tanto q mantengo
y mas toa la vida de los reyes que no llega
ala decencia que a hecho comun el uso
de los demas ying yorea por miseria y por

quiere y perdura conociendo no sirve lo que se
deja de dar y los genios malisimos de los de por a
especialmente contra los Ministros que no pueden
dejar de adquirir quejor a la mitad de los
Bienes y de los y algunas veces a ambas partes
Debo dar muchas gracias a V. de que hauiendo
permitido aqui en hio la acumulacion el emborazar
con ella las sobras innumeras de V. que se
en materia tan falsa y sin instancias no
dando la liza para proponer otra en linea mas
grave aun con la misma insensibilidad. de pin-
do asegurar a V. deseo salvarme en mi mi-
nisterio cumpliendo con Dios en la Veta ad-
ministracion de Justicia sin queja de personas
de gozo misericordia e de de infinitas mu-
ltas y con gratia espero no faltar a esta
obligacion como alas demas de piedad de
a V. Que es una Persona y un oficio de
Mes. Lunes 31 de Mayo

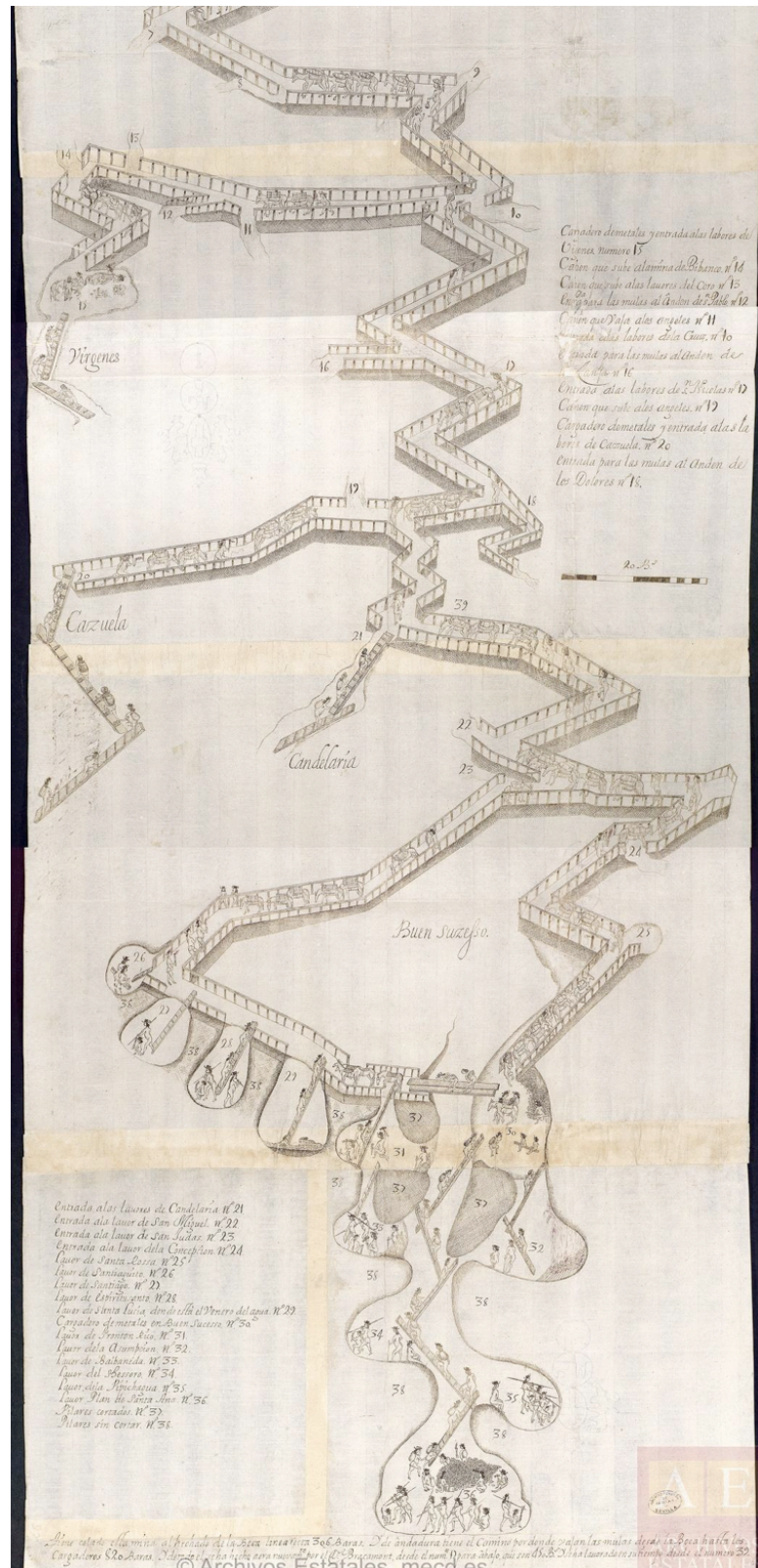
Cmo gr.
S. S.

Vta al Sr. de V.

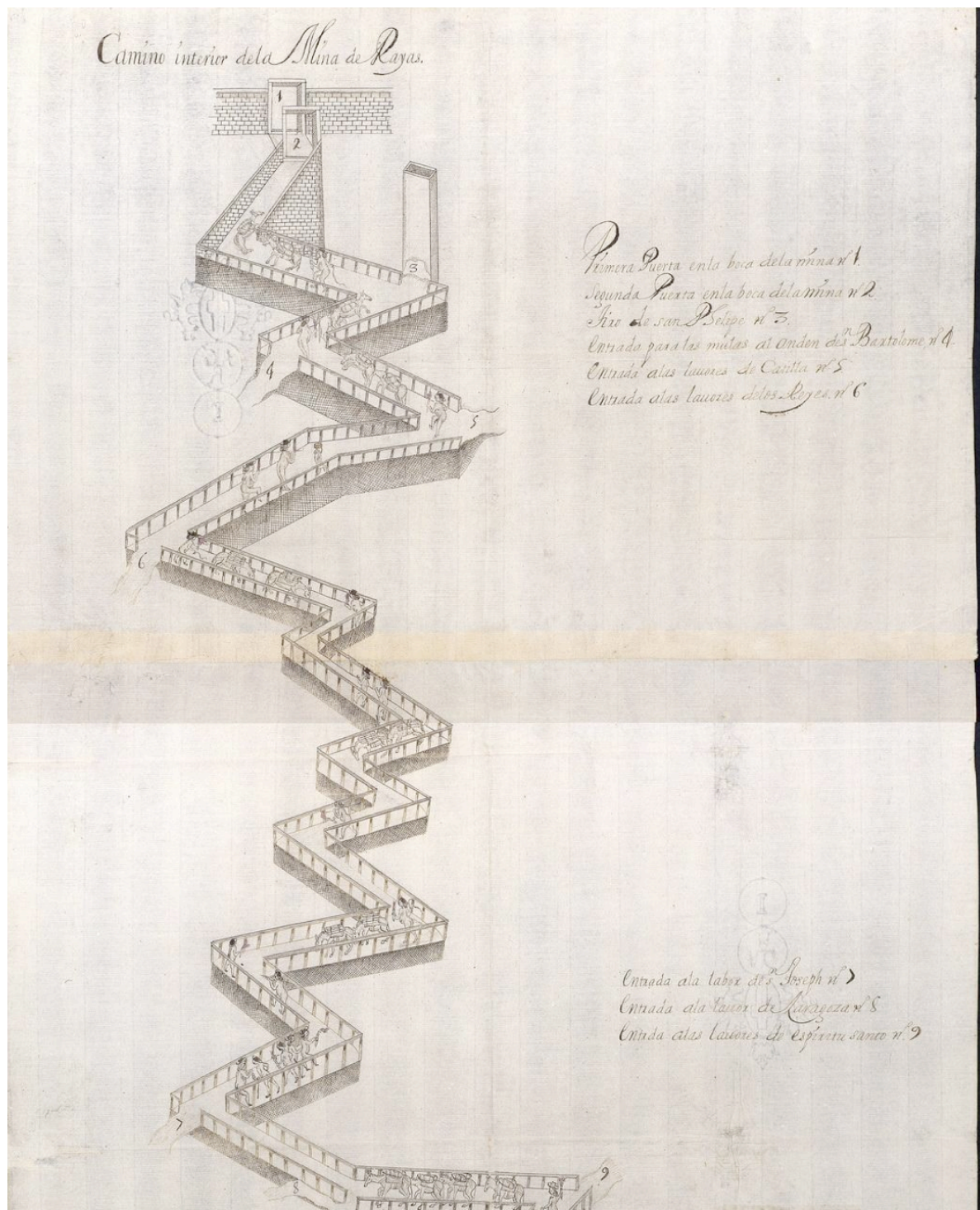
Don
Sr. D. Juan de los Rios y de las Indias

Don Juan de los Rios y de las Indias

APÉNDICE 6. MINA DE RAYAS: Fuente: A.G.I., MP-MÉXICO, 96. Planos y diseños de la mina de Rayas (Guanajuato), presentados a don Miguel Calderón de la Barca, visitador de la mina, el 27 de septiembre de 1704 por José de Ledesma.



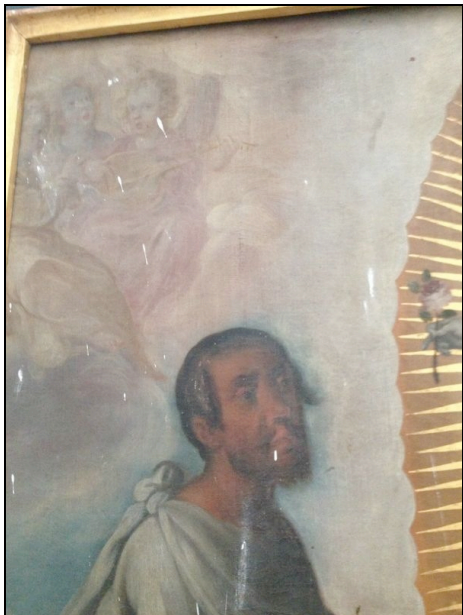
APÉNDICE 6. De la misma fuente, vista del camino interior de la mina de Rayas (Guanajuato)





APÉNDICES 7. *Las cuatro apariciones*
 Matías de Arteaga y Alfaro
 h.1685
 Guadalupe, Arizona
 Basílica de Guadalupe

APÉNDICE .8 CAPILLA DE LA VIRGEN DE GUADALUPE. Detalles de la escena de la ofrenda a la Virgen de las flores recogidas en la cima del Tepeyac. Nótese el deterioro ocasionado por las salpicaduras blancas que se han derramado sobre la superficie.



Vista del interior de la capilla dedicada a la Virgen de Guadalupe sita en la ermita de Nuestro Padre Jesús Nazareno. Se aprecia parte de la reja de hierro forjado original y el retablo neoclásico que preside el lienzo de la Virgen de Guadalupe traído por Calderón de la Barca de México. En los laterales, a modo de calles del retablo, están dispuestas las pinturas que recogen el ciclo de las Apariciones.



Apéndice 8. Custodia procesional.

Jorge de Mayorga. Parroquia de Santa Catalina, Conil de la Frontera.

Imagen izquierda: E. ROMERO DE TORRES, *Catálogo monumental de España. Provincia de Cádiz (1908-1909)*, Ministerio de Instrucción Pública y Bellas Artes, Madrid, 1934.

A la derecha, detalle de la marca del platero.



Apéndice documental 9. Cristo Crucificado. Parroquia de Santa Catalina de Conil de la
Frontera



Apéndice documental 10. Cáliz de plata sobredorada, Parroquia de Santa Catalina, Conil de la Frontera.



Apéndice documental 11. "Paseo por la Provincia. Cádiz, Santa Iglesia Catedral", *La Nueva Era*, Cádiz, 7 de enero de 1895, n. 4.080.

Año XIII

Precios de la suscripción

En Cádiz, un mes Pesetas 2'50

En las demás poblaciones

trimestre adelantado 9

Número suelto, 35 céntimos de peseta.

LA NUEVA ERA

ORGANO DEL PARTIDO LIBERAL-DINÁSTICO

Núm. 4.080

Precios de las inserciones

Remitidos y anuncios a precios convencionales.

No se devuelven los originales.

Número suelto, 35 céntimos de peseta.

Redacción y Administración, Duque de Tetuán, 11

CADIZ 7 DE ENERO DE 1895

La Correspondencia a su Director, D. DOMINGO S. DEL ARCO

PASEO POR LA PROVINCIA

CADIZ

SANTA IGLESIA CATEDRAL (1)

Hay varias alhajas notables. El rico ostensorio de oro, guarnecido de muy preciadas piedras preciosas que donaron el conde de Indias D. Miguel Calderón de la Barca y su esposa doña Ana Josefa Pevidal en 1721, y del cual presentamos el grabado.

Lo posee la Catedral desde el 7 de Junio de 1721, en que le fué entregado por D. Cristóbal García Morejón.

El artefacto que lo labró en Madrid fué D. Pedro Vicente Gómez de Ceballos.

Almácase del millón por el vulgo, porque, dicen, tiene 999.999 piedras preciosas, y se aprecia la obra en 82.000 pesos fuertes.

No son tantas las piedras y perlas, pues se reducen a 8.975 en esta forma: 4.467 diamantes rosas y tablas, uno grueso.

2.569 perlas, de las cuales 25 son de gran tamaño.

1.300 rubíes.

649 esmeraldas, de las que 50 alcanzan gran tamaño.

Horozco, que escribió en 1598 la *Historia de Cádiz*, dice al hablar del incendio y saqueo de la Catedral por el Inglés: «Se perdió lo demás de la iglesia, (que algunas tenía por extremo) ornamentos y reliquias, sin que de todo ello se escapase, más que algunas pocas cosas de plata, entre ellas dos piezas escogidas, una custodia que sirve el día del Santísimo Sacramento y una cruz de manga, bella y de gentil hechura por todo extremo, aunque quedó del humo maltratada y abollada de haberse guardado en un carnero ó bóveda.»

La preciosa custodia es la que habla Horozco es la que dicen *cogallo*, donación de D. Alfonso el Sabio. Esta obra, de estilo gótico, con varias torrecillas aligrenadas a imitación de la Catedral de Burgos, y está finamente trabajada.

Tiene de altura 62 centímetros, rematando en una cruz de amatistas lindísimas.

En sus dos cuerpos tiene multitud de estatuas de santos, primorosamente labradas, contándose en el primer veinte y uno.

Un hermoso cáliz de plata sobredorada y en él relevados los atributos de la Pasión, las efigies de Jesús, la Virgen, San Juan y otro santo y las armas del prelado, para quien se labrara.

Entre las alhajas notables merece citarse un hermoso cáliz de base octógona, al que realizan las efigies del Salvador, de la Virgen y de San José.

El termo de terciopelo que se usa el Viernes Santo es de ver.

Los bordados son de oro y plata.

Fuó restaurado merced al celo del Excelentísimo Sr. D. Vicente Calvo, Obispo de Cádiz al presente, y cuando lo ordenó canónigo de esta Catedral.

Hay un termo blanco, que donó el Obispo Fray Tomás del Valle, el cual es de elevado precio.

Un manto de altar, bordado en oro, donativo que se hiciera en 1838 al dedicarse el templo, también es de ver.

Estas y otras muchas alhajas seguran



OSTENSORIO

dan en estas Sacristías en hermosa estantería de dobles puertas, unas para seguridad con hermosas tallas y otras de limpios cristales, para a su través contemplarlas.

Las sillas de los capitulares son de caoba, con espaldares tallados, de los que arrancan los tallados de cedro que llevan a una escocia de grandes proporciones, sostenida por hermosas es-

El coro de la Catedral es muy digno de visitarse por los artistas.

Fuó construida la sillería, para la extinguida Cartuja de Santa María de las Cuevas, en Sevilla, siendo obra del afamado escultor D. Pedro Duque de Cornejo, y lo posee la Catedral de Cádiz merced a las gestiones de aquel su sabio pastor D. Juan José Arbol y Acaso, que tanto lustre dió a nuestra ciudad, de la que era natural.

Fuó colocada por el hábil arquitecto diocesano D. Juan de la Vega, y restaurada por el notable artista D. Juan

Sobre cada una de las sillas hay una ménsula para un santo, separando una de otras columnas salomónicas, de orden corintio.

La escocia sirve de base a cuerpos áticos, que tienen medallones con efigies en relieve, y sobre todos ángeles con instrumentos músicos diferentes.

Las escalinatas son de mármol, con barandillas de hierro dorado y pasamanos de bronce.

El coro es un cuerpo sencillo del orden dórico.



CRUZ CATEDRALICIA

Rosado, quien le enriqueció con piezas completas de su labor.

Dividese en dos cuerpos: sillería alta con 41 asientos y baja con 24.

En el centro del testero está la silla del Prelado, a la que se sabe por una escalinata de cuatro gradas de mármol, ante la silla hay un reclinatorio de la gentil labor de Rosado.

A ambos lados del estrado pontifical están dos puertas que son de las llamadas de lacería.



CRUZ DE MANO Y BANDEJA DE AGATA

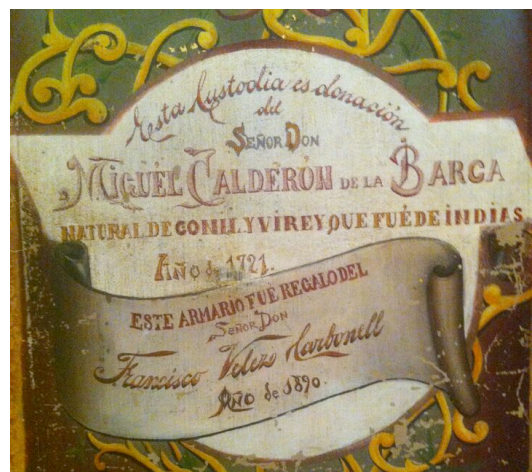
Giérnalo una primorosa verja, cuyos diseños dió el arquitecto D. Juan de la Vega, construyéndose en Sevilla por D. Manuel Grosso.

El estilo es el del Renacimiento, componiéndose de cinco cuerpos.

El friso es calado, las pilstras con bajos relieves son de mármol, admirándose lo gracioso de su dibujo.

Tiene una puerta grande en el centro, alcanzando la verja en este sitio 8'07 metros. Sobre ella hay el escudo de la

Apéndice documental 12 Custodia «del Millón», Pedro Vicente Gómez de Ceballos. Museo de la Contaduría, Cádiz.



TABLAS QUE CONTIENEN LOS BIENES TESTAMENTARIOS

TABLA 1: GÉNEROS TOCANTES A MADERA, PINTURAS, ABANICOS, VIDRIERAS, COCOS, PASTA DE CACAO Y OTRAS MENUDENCIAS DE CHINA

ARTÍCULO	DESCRIPCIÓN	MEDIDAS/PESO	ORIGEN	VALOR DE TASACIÓN reales de vellón	VALOR EN ALMONEDA reales de vellón	COMPRADOR
MADERA CHAROL						
Dos escritorios	Iguales charol, con ramos de oro, pájaros y flores embutidos de nácar con sus puertas sin pies	Vara casi en cuadro	Filipinas	2400 reales de vellón	720 reales de vellón	Tomás de Sola
Friso para estrado	Charol del Japón que se compone de diez y ocho tablas	Cada tabla se compone vara y tres cuartas de alto y cerca de tres cuartas de ancho	Japón	5500 reales		
Friso para estrado	Charol, que se compone de veinte hojas	Cada hoja de a vara y cuarta de alto por tercia de ancho		2.400 reales	1000 reales	José de Caracena
Biombo	Charol, de doce hojas, de diferentes figuras rebajadas, arboledas y países	Cada hoja de diez pies de alto y media vara y cuatro dedos de ancho	Japón	8.000 reales		
Dos escritorios	Charol, cada uno con seis gavetas con sus puertas	Cada uno de a media vara en cuadro		1.000 reales		
Dos tibores	Pasta imitados charol el fondo negro con ramos de oro con sus tapas ochavados	De tres cuartas de alto		360 reales		
Tocador	Imitando a charol, por adentro cubierto de tafetán sencillo encarnado que no tiene espejo	Dos tercias de largo y media vara de ancho		150 reales		
Dos cofres	Charol de labores de ramos y diferentes animales realzados	Tres cuartas y media de largo, y media vara de alto	Filipinas	1.400 reales		
Dos cofres	Charol de labores de ramos y animales	Tres cuartas de largo y media de alto	Filipinas	1.200 reales		
Dos cofres	Charol iguales	Dos tercias de largo	Filipinas	800 reales		
Dos cofrecitos	Charol	De media vara y cuatro dedos de largo	Filipinas	700 reales		
Dos cofrecitos	Charol	Tres cuartas de largo	Japón	720 reales		
Dos cofrecitos	Charol	De a media vara poco menos de largo	Japón	600 reales		
Escritorito	Charol con flores de realce y seis gavetas dentro	Cerca de media vara en cuadro	Filipinas	480 reales		
Escritorito	Charol más hordinario, por adentro con gavetas encarnadas	Media vara en cuadro		360 reales		

ARTÍCULO	DESCRIPCIÓN	MEDIDAS/PESO	ORIGEN	VALOR DE TASACIÓN	VALOR EN ALMONEDA	COMPRADOR
MADERA CHAROL						
Dos bateas	Cuadradas, imitadas charol, la una de con friso encarnado, la otra con friso negro	vara		240 reales	Una se vende por 45 reales a Don Juan Antonio Velasco y la encarnada se le vende a Antonio de la Torre por 120 con dos petacas	
Caja	Charol, se compone de siete piezas, todo maltratado		"Parece haber sido de un Mundo Nuevo"	300 reales		
Caja	Redonda en forma de frasco de medio charol y dentro de ella un espejo de acero por un lado y por el reverso, bronce vaciado			120 reales		
MADERA DE DIFERENTES GÉNEROS						
Dos escritorios	En forma de torrecillas hechos en Campeche de tres cuerpos en el primero ocho gavetas y los demás correspondientes cada uno con cuatro columnas salomónicas todos embutidos de concha perfilados de hueso con su pie cada uno salomónico con sus barrotes plateados (*en la tasación se dice que son de plata), y las columnas tienen una cintilla de hoja de plata arrolladas a ellas y sus escudos de hoja de plata las gavetas		Brasil	5620 reales	4.000 reales	Conde de Altamira

ARTÍCULO	DESCRIPCIÓN	MEDIDAS/PESO	ORIGEN	VALOR DE TASACIÓN	VALOR EN ALMONEDA	COMPRADOR
MADERA DE DIFERENTES GÉNEROS						
Camita	Torneada de tres cabeceros de madera de Campeche y en ella un niño de marfil cuarta de largo con seis ángeles de marfil con varios instrumentos de música, con su colgadura, que se compone de cielo, rodapié, telliza y dos almohadas de raso liso encarnado bordado de plata con sus remates de plata en las cuatro esquinas			1.100 reales		
Brasero	De un aro dorado cubierto de palo santo, boj y cocobolo con sus cebollones y su vacía de azófar			220 reales	Junto con otra pieza, se vendió en 262 reales y medio	Manuel Pacheco
Escribanía	Cubierta de concha, perfilada de perfil de hueso con sus sobre levantados de concha y nácar con su escudo de plata	Cerca de media vara en cuadro	Indias	300 reales		
Tocador	Con una gaveta debajo cubierto de palo santo perfilado de hueso y una cintilla grabada y por dentro de cedro y en él un espejo con su marco de hoja de plata	Media vara en cuadro		330 reales	150 reales	
Arquilla	Cubierta de raíz de olivo y por adentro cubierta de lináloe guarnecida con bisagras, cantoneras y aldabones, todo de plata	Dos tercias de largo y media vara de ancho		250 reales		
Escribanía	Toda cubierta de lináloe y embutida y grabada de diferentes labores frisada de palo santo	Dos tercias en cuadro y media vara de ancho	Indias	400 reales		

ARTÍCULO	DESCRIPCIÓN	MEDIDAS/PESO	ORIGEN	VALOR DE TASACIÓN	VALOR EN ALMONEDA	COMPRADOR
BUFETES						
Dos bufetes	Uno grande perfilada de labores encarnada toda cuajada	De dos varas de largo y vara y cuarta de ancho		800 reales	En la almoneda se habla de uno "de caobas de dos varas de largo y vara y cuarta de ancho con sus pies lisos cuadrados y cuatro barrotes de hierro" que se vende en 200 reales a don Pedro García de San Román	
Bufete	Cubierto vaqueta encarnada con pies de nogal	Vara y cuarta de largo y tres de ancho		66 reales		
Dos bufetillos de estrado	De estrado, cubiertos de damasco carmesí y guarnecidos con un galón al canto con sus clavos escarolados de bronce con sus pies torneados de nogal	Vara de largo con poca diferencia		150 reales		
Bufetillo de luces	Cubierto de damasco carmesí y guarnecido con su galón al canto, clavos escarolados de bronce y pies torneados de nogal			60 reales		
Dos bufetillos de estrado	Cubiertos de ébano y cintilla de hueso labrados	Vara de largo con poca diferencia		150 reales		
Bufetillo para luces	Cubierto de ébano y cintilla de hueso			50 reales	15 reales	Creo que se le vende a Alberto Urueña

ARTÍCULO	DESCRIPCIÓN	MEDIDAS/PESO	ORIGEN	VALOR DE TASACIÓN	VALOR EN ALMONEDA	COMPRADOR
BUFETES						
Bufete	Cubierto de baquetas con pies de nogal y barrotes de hierro ¿eseados?	Vara y media de largo y vara de ancho		33 reales		
Bufete	Cubierto de vaquetas con su galón al canto y clavos de estrella con pies de nogal	Vara y tercia de largo y cerca de tres cuartas de ancho		33 reales		
Bufetillo de cama	Cubierto de badanas encarnadas con sus pies de nogal			24 reales	20 reales	Don Luis Curiel Consejero de Castilla
Bufete	De nogal cabeceado con pies de lo mismo	Vara y tres cuartas de largo y vara de ancho		66 reales	24 reales	Don Alfonso de Mendiluz
Bufete	Redondo pino de doblar dado de color de nogal			33 reales	25 reales	Don Juan Bautista Miralles
Mesa de altar	Cerrada pino	Dos varas y cuarta de largo		88 reales		
Gradas	Se componen de dos órdenes azules y doradas			100 reales	40 reales	Francisco Minguela
Mesita	Pino con su cajón	Vara de largo con poca diferencia		12 reales		Se dice que es de oratorio
Mesa para cocina	Con su cajón pino	Vara y media de largo		20 reales		Se vendió por un tercio de su tasa
Mesita	Pino	Vara de largo		8 reales		
Mesa para apluchar	Pino	Dos varas de largo y tres cuartas de ancho		22 reales	12 reales	
Bufete	De nogal con sus pies de dos chambranas	Vara y cuarta de larga y dos tercias de ancho		66 reales		
Bufete	De nogal mayor que el antecedente	Tres cuartas de ancho		66 reales		
Caja de tarimilla de brasero	Pino con su vacía de cobre			40 reales	34 reales	Manuela Mercato

ARTÍCULO	DESCRIPCIÓN	MEDIDAS/PESO	ORIGEN	VALOR DE TASACIÓN	VALOR EN ALMONEDA	COMPRADOR
SILLAS						
Doce sillas	Vaqueta tableadas con sus clavos escarolados			528 reales (44 reales c/u)	C/u a 30 reales	Manuel Cañedo compra seis
Otras doce sillas	Vaqueta tableadas con sus clavos escarolados			480 reales (40 reales c/u)		10 se le venden a don Francisco Escudero a 18 c/u
Tres sillas	Vaqueta con sus clavos			60 reales (20 reales c/u)		
TABURETES						
Seis taburetes	Bajos, de nogal torneados cubiertos de damasco carmesí con sus cubiertas de Guadamacil			198 reales (33 reales c/u)	27 reales y medio cada uno	Don Pedro Rueda
COFRES						
Dos cofres	Tumbados , cubiertos de concha embutidos en ellos estrellas de hueso y perfilados de perfil de hueso con su guarnición de puntilla de dicho hueso con sus cantoneras y escudos de hoja de plata y aldabones de lo mismo con sus banquillos correspondientes	Vara y cuarta de largo y tres cuartas de ancho	Indias	6.000 reales	3000 reales	José de Caracena
Dos baúles	Tumbados, cubiertos por dentro y fuera de lináloe y por afuera todos grabados y embutidos de diferentes labores de negro con su cerradura de hierro	Cuarta de largo		2.400 reales		Conde de Altamira
Dos baúles	Cubiertos por la parte de adentro de lináloe y por afuera de palo santo embutidos de una maderilla blanca grabados de negro	Vara de largo		800 reales		
Cofre	Tumbado, por adentro cubierto de lináloe y por afuera de palo santo con frisos y chapas blancas grabadas de negro	De tres cuartas de largo	Indias	150 reales		
Dos baúles	Cubiertos vaqueta tumbados cada uno con dos cerraduras			220 reales	80 reales (uno a 30 y el otro a 50)	Juan Manrique

ARTÍCULO	DESCRIPCIÓN	MEDIDAS/PESO	ORIGEN	VALOR DE TASACIÓN	VALOR EN ALMONEDA	COMPRADOR
ARCAS						
Arca	Pino, con sus cantoneras de hierro	Vara y dos tercias de largo y más de media vara de ancho		60 reales	28 reales	Manuel García
Dos arcas	De cedro, lisas cada una con su cerradura y llave	Más de tres cuartas de largo		200 reales (100 reales c/u)		
Arcón para tapices	Pino	Dos varas de largo y una de ancho		44 reales		Se vendió a un tercio de la tasación
Arcón para cebadas	Pino con cerradura y llave	Dos varas de largo y una vara de ancho y vara y cuarto de alto		110 reales		
Arcón	De cedro, con su cerradura y llave	Vara de largo		100 reales		
Arca	Pino	De poco más vara de largo		20 reales		
Arquita	Frisada de palo santo por afuera y chapa gravada blanca y por adentro de lináloe con su herraje	Poco más de a tercia		80 reales		
Dos cajas para sillitas	La una de Indias y la otra cubierta de badana encarnada		La una de Indias	30 reales (15 reales c/u)		
ESCRITORIOS						
Dos escritorios	De tapa de a vara de largo y dentro todo de gavetas grabadas de negro frisados de palo santo con sus bufetes de nogal por pies	Más de una vara de largo		2.200 reales	1.600 reales	Conde de Altamira
Escritorio papelera	Cubierto de nogal y boj, con sus barretas dentro	Vara menos sexma de largo		100 reales	60 reales	Francisca de Almarra
Escribanía	De lináloe con cuatro gavetas embutida por afuera y labrada de blanco sin herraje	Media vara		100 reales		
CAMAS DE TABLAS						
Cinco camas de tablas	Pino viejas			110 reales (22 reales c/u)		
Cama	Pino con seis tablas			60 reales		
Cama	Pino, con sus tablas viejas			18 reales		

ARTÍCULO	DESCRIPCIÓN	MEDIDAS/PESO	ORIGEN	VALOR DE TASACIÓN	VALOR EN ALMONEDA	COMPRADOR
ARMARIOS						
Armario	Pino y cuatro puertecillas tableado (en la almoneda se dice 'porteuelas tableado')	Dos varas y tercia de alto		100 reales	75 reales	Claudio Gordar
Armario	Pino liso con dos medias puertas dado de colorado con su llave			33 reales	22 reales, aunque incluye una media luna de picar (carne)	Isabel del Pozo
FREGADEROS						
Un fregadero para fregar plata	Pino para fregar plata	Dos varas de largo		24 reales		
Fregadero y dos artesones	Pino			12 reales	12 reales	María Zerrochina
Antepuerta	Cubierta de jerguilla encarnada con sus tableros y picaportes			33 reales		
Tajo				15 reales		
Baño	Pino viejo			66 reales		
Escalera		Quince pies de largo		22 reales		
Tablero de damas y ajedrez	Ébano y hueso labrado con sus piezas correspondientes			120 reales	90 reales	Don Ignacio Albardén
Estante de libros	Pino para libros que se compone de escalerilla con sus tablas correspondientes			120 reales		Se vendió por un tercio de su valor
Atril recostadero para la cama	Pino, cubierto de tafetán doble azul			30 reales		
42 molinillos	Madera moradilla		Indias	251 reales (6 reales c/u)	4 reales y medio	Francisco Figueroa compra seis
Petaca	Madera a modo de calabaza, el fondo encarnado y diferentes flores	Media vara en redondo		30 reales	12 reales	No se indica a quién
Banco	Nogal con su respaldo de dos varas de largo			44 reales		
Cruz	Peral	Poco más vara de alto dada de negro		12 reales		

ARTÍCULO	DESCRIPCIÓN	MEDIDAS/PESO	ORIGEN	VALOR DE TASACIÓN (REALES)	VALOR EN ALMONEDA	COMPRADOR
HECHURAS DE MARFIL						
Crucifijo	De marfil cuarto con su Cruz de ébano y casquillos de plata y potencias de lo mismo			150 reales	75 reales	
Cruz de santo Toribio	Ochava de largo, guarnecida de plata			30 reales		
Una hechura de marfil de san José con el Niño de la mano	De marfil con su peana peral dada de negro, guarnecida con siete mascarones en las esquinas y medios de plata con tres borlas de dicha plata en el almohadilla y el bocelón también de plata	De más de tercia de alto	Indias	600 reales		
PETACAS						
Dos petacas	Forradas por afuera de pellejo azul con su guarnición respuntada y por adentro damasco carmesí sin herrajes	Tres cuartas y media de largo		240 reales	260 reales todo	Tomás de Sola
Una petaca	De color de ámbar labrada de flores con sus herrajes, llave y cerradura	Dos tercias poco más de largo		110 reales	70 reales	Juan Luengo
Petaca	Pellejo encarnado labrado de flores con sus herrajes, llave y cerradura	Tres cuartas y media de largo		150 reales	260 reales todo	Tomás de Sola
Petaca	Pellejo blanco y castaño sin herraje, llana			60 reales	120 reales con Petaca y una batea	Antonio de la Torre 500 V
Petaca pequeña	Labrada de sedas de diferentes colores sobre blanco y en ella dos escudos de la Merced	Media vara de largo		90 reales	260 reales todo	Tomás de Sola
Petaca	Vaqueta encarnada labrada de punto de diferentes labores con su cerradura y llave	Casi de media vara de largo		60 reales	120 reales con petaca y una batea	Antonio de la Torre
Dos petacas	Cubiertas de pellejo azul labradas en fajas de baqueta sin herrajes	Poco más de a tercia de largo		120 reales	1 se vende por 22 reales y medio	Don Sebastián Romero

ARTÍCULO	DESCRIPCIÓN	MEDIDAS/PESO	ORIGEN	VALOR DE TASACIÓN	VALOR EN ALMONEDA	COMPRADOR
PINTURAS EMBUTIDAS DE NÁCAR						
Dos pinturas	Embutidas de nácar la una de la Presentación de Nuestra Señora al templo y la otra del Nacimiento de san Juan con sus marcos correspondientes	Cada una de más vara de alto	Indias	480 reales	230 reales	Juan Luengo
Otras dos pinturas	Embutidas de nácar, la una del Prendimiento de N. Señor y la otra de la Oración del huerto, la una maltratada vara y media de largo y bara de alto, cada una con sus marcos correspondientes	Vara y media de largo y vara de ancho	Indias	400 reales	189 reales	Juan Luengo
Tres pinturas	Embutidas de nácar, las dos de Nª Señora de Guadalupe de México y la otra de la Transfiguración de N. Señor, cada uno con su marco correspondiente	Vara y cuarta de alto y vara de ancho	Indias	900 reales (300 reales c/u)	270 por la Transfiguración y Guadalupe	Una de las de NS de Guadalupe se la queda D. José de Leticia; La Transfiguración y la de la Virgen de Guadalupe se las queda Juan Luengo
Pintura	Embutida de nácar de Nª Señora de Guadalupe de México con su marco correspondiente	Vara de alto	Indias	200 reales	120 reales	Matías Pérez Muñoz
Pintura	Del Arcángel San Miguel hecho de pluma con su marco, embutido de nácar	Media vara de alto		150 reales	75 reales	Don Pedro de Medina
PINTURAS EN LIENZO						
Marco sin pintura	El marco con su friso de cintilla grabado de hueso y chapas de concha	Tres cuartas de largo y dos tercias de ancho		60 reales		
Un retrato en lienzo del venerable Gregorio López	Sin bastidor, ni marco	Dos varas de alto y vara y media de ancho		66 reales	67 reales y medio de vellón	Don Miguel Gastón
Un lienzo de Nª Sª de Guadalupe de México	Sin bastidor, ni marco	De dos varas de alto y vara y media de ancho		240 reales		Don José de Leticia

ARTÍCULO	DESCRIPCIÓN	MEDIDAS/PESO	ORIGEN	VALOR DE TASACIÓN	VALOR EN ALMONEDA	COMPRADOR
PINTURAS EN LIENZO						
Dos retratos en lienzo de San Ignacio de Loyola y San Francisco Javier	Sin bastidor, ni marco	Vara de ancho		24 reales	12 reales	Claudio Gondar
Una pintura de San Juan de Dios	En su bastidor, sin marco	Tres cuartas y media de alto y dos tercias de ancho		66 reales	24 reales	No se dice a quién
Pinturita de Nª Sª de la Contemplación	Sin marco	Media vara		44 reales		
Una pintura de San Agustín	Con su marco dorado y negro	Tres cuartas de alto		120 reales	60 reales	Matías Pérez Muñoz
Una pintura en tabla de Santa Ana, Nª Señora y el Niño	Con su marco negro y dorado imitado charol	Tercia de alto		120 reales		
Pintura de los Desposorios de Santa Cathalina	De "miñatura", con su vidrio delante con su marco y friso y sobrepuesto de bronces de molido	Tercia en cuadro		600 reales	210 reales	Don José de Lispuu
Dos laminicas la una de la Magdalena y la otra de San Jerónimo	En óvalo guarnecidas de bronce dorado demolido, con sus marcos de ébano y vidrios cristalinos	Sexma		180 reales		
BOLAS						
Cinco bolas para juego de trucos	Marfíl			135 reales (tasa las cuatro que son iguales en 120 reales y la otra desigual en 15 reales)	3 se le venden al prior de San Felipe el Real por 20 c/u	

ARTÍCULO	DESCRIPCIÓN	MEDIDAS/PESO	ORIGEN	VALOR DE TASACIÓN	VALOR EN ALMONEDA	COMPRADOR
ABANICOS						
124 abanicos	Blancos de varillas caladas		Indias	1.488 reales (12 reales c/u)	7,5 reales	Dña. Antonia Pérez Roy compró uno por 7,5 reales
16 abanicos	Blancos con varillas negras perantones (*abanico muy grande)			192 reales (12 reales c/u)		
12 abanicos	Todos de hueso pintados		China	360 reales(30 reales c/u)		
VIDRIERAS						
Nueve postigos de vidriera	Tienen 50 vidrios que están en ventanas de cuarto bajo			75 reales (tasa c/u a 1 real y medio)		
Una puerta vidriera	Tiene 28 vidrios ordinarios que están en una ventana del dicho cuarto bajo			42 reales (c/u a 1real y medio)		
Dos postigos altos	Que están en la ventana de la partida antecednte tiene 18 vidrios ordinarios			27 reales (c/u a real y medio)		
Dos postiguitos chicos	Que tienen 8 vidrios y están en una ventana del dicho cuarto bajo			12 reales (c/u a real y medio)		
Cuatro postigos altos y bajos	Con 21 vidrios ordinarios que están en otra venta del referido cuarto bajo			31 reales y medio de vellón (c/u a real y medio)		
Cuatro postigos altos y bajos	De vidriera ordinaria que tienen 32 vidrios y están en otra ventana del dicho cuarto			48 reales (c/u a real y medio)		
Dos puertas vidrieras de alcoba	Que tienen 36 vidrios hordinarios y están puestos en dicho cuarto bajo			54 reales (c/u a real y medio)		
Seis postigos de vidrieras altos y bajos	Y en ellos 49 vidrios ordinarios que están puestos en dos ventanas del dicho cuarto bajo			73,5 reales (c/u a real y medio)		
Dos pares de puertas vidrieras iguales	Cada una tiene 28 vidrios ordinarios y hacen las dos 56 vidrios que están puestas en el cuarto principal			84 reales (c/u a real y medio)		
Puertas vidrieras añadidas	Y en ellas 28 vidrios puertas en dicho cuarto			42 reales (c/u a 1real y medio)		
Otras puertas vidrieras chicas añadidas	Con unos tableros por abajo y en ellas 48 vidrios ordinarios que están puestas en dicho cuarto principal			72 reales (c/u a real y medio)		
Diez postigos altos iguales	Todas tienen 90 vidrios ordinarios que están en las ventanas del cuarto principal			135 reales (c/u a real y medio)		
Unas puertas vidrieras chicas	Que están en una ventana de dicho cuarto principal y tienen 38 vidrios ordinarios			57 reales (c/u a real y medio)		

ARTÍCULO	DESCRIPCIÓN	MEDIDAS/PESO	ORIGEN	VALOR DE TASACIÓN	VALOR EN ALMONEDA	COMPRADOR
VIDRIERAS						
Dos postigos altos iguales	Que tienen 21 vidrios ordinarios puestos en dicho cuarto a real y medio cada uno			31 reales y medio de vellón (c/u a real y medio)		
Otros dos postigos altos iguales	Que tienen 18 vidrios sanos que están en una ventana de dicho cuarto principal			27 reales (c/u a real y medio)		
Dos postigos bajos iguales	Y en ellos 20 vidrios ordinarios que están en dicho cuarto			30 reales (c/u a real y medio)		
Dos postigos altos iguales	De dicho cuarto principal y en ellos 23 vidrios ordinarios que están en dicho cuarto			34 reales y medio (c/u a real y medio)		
Dos postigos altos iguales	Que están en dicho cuarto y en ellos 18 vidrios ordinarios			27 reales (c/u a real y medio)		
Dos postigos altos	17 vidrios ordinarios en dicho cuarto			25 reales y medio (c/u a real y medio)		
Otros dos postigos altos iguales	Que tienen 12 vidrios sanos de dicho cuarto a dicho real y medio			18 reales (c/u a real y medio)		
Dos postigos bajos iguales	Que tienen 16 vidrios ordinarios puestos en dicho cuarto principal			24 reales (c/u a real y medio)		
Dos postigos altos	Con 18 vidrios ordinarios en dicho cuarto			27 reales (c/u a real y medio)		
Cuatro postigos altos iguales	Que tienen 33 vidrios que están en dicho cuarto principal			49 reales y medio (c/u a real y medio)		
Cuatro postigos bajos	En dicho cuarto con 38 vidrios "ordinarios"			57 reales (c/u a real y medio)		
Dos postigos altos	De dicho cuarto que tienen 12 vidrios ordinarios			18 reales (c/u a real y medio)		
Dos postigos bajos iguales	Que tienen 18 vidrios sanos ordinarios que están en dicho cuarto			27 reales (c/u a real y medio)		
Tres pares de puertas vidrieras iguales	Que todas tienen 90 vidrios ordinarios sanos			35 reales (c/u a real y medio)		
Seis postigos altos iguales	Que están en dicho cuarto principal y todos tienen 66 vidrios sanos ordinarios			99 reales (c/u a real y medio)		
Dos postigos altos	Que están en dicho cuarto principal con 18 vidrios ordinarios			27 reales (c/u a real y medio)		

ARTÍCULO	DESCRIPCIÓN	MEDIDAS/PESO	ORIGEN	VALOR DE TASACIÓN	VALOR EN ALMONEDA	COMPRADOR
ESTERAS DE PALMA						
Estera de palma	Nueva	13 varas de largo y 6 de ancho		195 reales	130 reales	Marqués de la Fresneda
Estera de palma	Nueva	6 varas de largo y 3 de ancho		15 reales	16 reales	Antonio Alonso
Otra estera de palma	Más pequeña			24 reales	15 reales	Felipe Martínez
BARROS, COCOS Y PLATILLOS						
16 barros grandes	Negros, blancos y encarnados		Indias	240 reales (c/u a 15 reales)	Se dice en la almoneda que 6 negros se le vendieron al Duque de Arcos a 15 c/u	Duque de Arcos
20 barros	Para salva medianos		Indias	200 reales (c/u a 10 reales)	5 se venden a 7,5 reales c/u	Duque de Arcos
16 platillos de barro	Que sirven de salvillas	Diferentes tamaños	Indias	120 reales (c/u a 7,5 reales)		Condesa de Fuensalida se lleva tres; Don Alejandro Márquez dos (a 15 reales c/u) y Doña Antonia de Velasco 4 por 30 reales todos
6 platos de barro	Desiguales		Indias	22 reales y medio de vellón(tasa cada uno a dos reales de plata)	Se compran por 22 reales y medio	Condesa de Fuensalida
19 cocos	Negros y encarnados de diferentes tamaños			228 reales (c/u a 12 reales)		
11 cocos calabazas	Diferentes colores			66 reales (c/u a 6 reales)		Al prior de San Felipe el Real le venden 7 a 20 reales c/u

ARTÍCULO	DESCRIPCIÓN	MEDIDAS/PESO	ORIGEN	VALOR DE TASACIÓN	VALOR EN ALMONEDA	COMPRADOR
LOZA DE CHINA						
Cinco tibores	De loza de China, todos con brocales de hierro, llave y cerradura	de media vara y cuatro dedos de altos		Tasa cada uno a 50 pesos que hacen 3.750 reales	1.500 reales	Don Juan Francisco de Goyeneche
118 pocillos	De loza de China, de diferentes géneros y tamaños		Indias		No todos tienen el mismo valor	Don Dionisio de Provo se llevó 12 por 101 y tres en 19 reales y tres cuartillos y la Condesa de Fuensalida 18 a 12 reales c/u
30 tazas lecheras	Diferentes tamaños y colores		Indias			
21 escudillas calderas	Diferentes colores y tamaños		Indias			
1 vaso y bernegal	el bernegal es de piedra de "cale" y el vaso grande, abarquillado en forma de caramones					
1 vaso pequeño	Liso pequeño					
2 cajas saleros	Medianas con sus tapas labradas blancas, la una con unas florecitas encarnadas					
2 cajas	Más chicas, la una "abujereada" por el suelo y la otra sana					
31 platillos medianos	Medianos, de diferentes tamaños					
9 platos chicos	Chiquitos, desiguales					
1 plato mediano	De dicha loza de china					

ARTÍCULO	DESCRIPCIÓN	MEDIDAS/PESO	ORIGEN	VALOR DE TASACIÓN	VALOR EN ALMONEDA	COMPRADOR
PASTA DE CACAO						
Cajón de pasta de cacao		6 arrobas y 8 libras en limpio	Soconuzco	1.896 reales (tasa cada libra a 12 reales)	Se vende en el mismo precio	Prior de San Felipe el Real
Cajón de pasta de cacao		7 arrobas y 2 libras en limpio	Soconuzco	2.124 reales (tasa cada libra a 12 reales)	Se vende en el mismo precio	Juan Luengo
Cajón de pasta de cacao		6 arrobas y 15 libras en limpio	Soconuzco	1.980 reales (tasa cada libra a 12 reales)	Se vende en el mismo precio	Conde de la Cadena
Cajón de pasta de cacao		6 arrobas y 2 libras	Soconuzco	1.824 reales (tasa cada libra a 12 reales) // Se corrigió el peso en la almoneda, de modo que importó 1680 reales	En almoneda se dice que se pesó mal: "se padeció el error de poner 12 libras más y por haberse vuelto a pesar se conoció este hierro"	Matías Pérez Muñoz
Cajón de pasta de cacao		6 arrobas y 4 libras en limpio	Soconuzco	1.848 reales (tasa cada libra a 12 reales)		
Cajón de pasta de cacao		6 arrobas y 14 libras en limpio	Soconuzco	1.968 reales (tasa cada libra a 12 reales)	Se vende en el mismo precio	Se vendió al contraste Juan Muñoz (tasador de joyas y alhajas)
Cajón de pasta de cacao	Pequeño	3 arrobas y 20 libras	Soconuzco	1.140 reales	Se vende en el mismo precio	Conde de la Cadena
Ladrillo suelto de dicha pasta		23 libras	Soconuzco	276 reales	Se vende en el mismo precio	Francisco Montenegro
Cajón	En que hay 171 cajas de chocolate con recado de a libra inclusa la caja		Indias	1.710 reales (Tasa cada caja a 10 reales)	Se tasa a razón de 9 reales la libra, lo que hace 1539	Francisco Montenegro
Cajón de chocolate	Ladrillos con recado	4 arrobas y 18 libras en limpio	Indias	1.416 reales (Tasa cada libra a 12 reales)		

ARTÍCULO	DESCRIPCIÓN	MEDIDAS/PESO	ORIGEN	VALOR DE TASACIÓN	VALOR EN ALMONEDA	COMPRADOR
PASTA DE CACAO						
Tres taleguillos de Polvos de Oaxaca		14 libras	Oaxaca	Hace 210 reales (Tasa cada uno a 15 reales)		
Saco de cacao de Caracas	Decentado	3 arrobas y 22 libras	Caracas	Tasa cada una a 7 reales hacen 709 reales		Francisco Montenegro
Cajón de pastillas de barro para tabaco		3 arrobas y media		262 reales (cada libra a 3 reales)	Se vende en 350 reales a don Agustín Manrique, el propio tasador, a razón de 4 reales la libra	

TABLA 2: GÉNEROS TOCANTES A COCINA

ARTÍCULO	DESCRIPCIÓN	TASACIÓN (reales de vellón)	VALOR EN ALMONEDA	COMPRADOR
AZÓFAR, COBRE Y HIERRO				
Velón de estaño	Cuatro mecheros	20 reales	20 reales	Ortiz de Bracamonte
Velón de azófar	Cuatro mecheros ochavados	18 reales		
Velón de azófar	Pie vuelto	18 reales	15 reales	Ana de Castilla
Cazo de azófar	Grande, con su atril de hierro	6 reales	5 reales y medio	Polonia Fernández
Cacito de azófar	Roto	3 reales	7 reales con un chocolatero	Marcos de Oquendo
Calentador de azófar	de Flandes	36 reales	26 reales	Doctor don Gaspar Calculí
Cuatro candeleros de azófar	Iguals	16 reales (Tasa cada para a 8 reales)	2 se venden por 7,5 reales a don Francisco de la Cernuda y los otros 2 se venden en 6 reales a doña Paula Gómez	
Palmatoria de azófar		5 reales	4 reales	
Pareja de candeleros de azófar	Pie vuelto	9 reales		
Almirez de azófar	Grande con su mano	36 reales	33 reales	
Copa de azófar	Con su vacía, pie y concha	80 reales	70 reales	Matías de Salinas
Copa de azófar	De una pieza	36 reales	26 reales	Marcos Vázquez
Peso	De dos balanzas de hojas de latón con sus cordones de sedas carmesies nuevo con sus pesas	36 reales		
COBRE				
Caldero mediano	Todo de cobre	36 reales		
Bacinica	Con su caja de madera	36 reales		
Garrafa	Grande con su mano	24 reales	12 reales	Matías Pérez Muñoz
Garapiñera	De cobre	14 reales	8 reales	Matías Pérez Muñoz
Jarro de cobre		6 reales		
Chocolatero	Pequeño, de cobre	4 reales		
Un chocolatero	Grande, de cobre sin tapa	15 reales		
Chocolatero	Mediano de cobre	9 reales	Con unas parrillas de hierro, se vende por 10 reales a doña María Zerrochina	
Dos cazuelas	Medianas de cobre	36 reales	Por los tres se pagan 40 reales + otra tortera	Ortiz de Bracamonte
Tortera	Mediana de cobre con su tapa	18 reales	Por los tres se pagan 40 reales + otra tortera	Ortiz de Bracamonte
Espumadera de cobre	A la francesa	7 reales		
Espumadera de cobre	Con su borde alrededor	5 reales	3 reales	Ortiz de Bracamonte
Tortera	Grande, con su tapa	84 reales	Se la lleva Bracamonte con los cubiletes por 75 reales	Ortiz de Bracamonte
Perol	Grande de cobre con su tapa	54 reales	32 reales	

COBRE				
Docena de cubiletes	Abarquillados de cobre	22 reales	Los cubiletes son los que se lleva Bracamonte por 75 reales con la tortera	Ortiz de Bracamonte
Olla grande	Con tapa y contra tapa	54 reales		
Cuchara		6 reales		
Seis cántaros	Medianos	Pesan 97 libras		533 r y medio (c/libra a 5 reales y medio)
HIERRO				
Parrillas de hierro	Medianas	8 reales		
Parrillas de hierro	Más pequeñas	2 reales		
Sartén grande de hierro		6 reales		
Dos tres pies de hierro	Nuevos	7 reales	4 reales	Ortiz de Bracamonte
Estuche de cocina		10 reales	10 reales	Don Matías de Salinas
Parrillas de hierro	Chicas	3 reales		
Dos pares de trébedes de hierro		3 reales	1 real y medio; otro par se vendió a 3 reales	Matías de Salinas ; Ortiz de Bracamonte
Dos pares de trébedes de hierro grandes		10 reales	Un par a 5 reales	Ortiz de Bracamonte
Caballo de hierro de cocina		12 reales		
Asadores de hierro	Desiguales	3 reales		
HIERRO				
Romanita	Chica de hierro de balanza	12 reales	12 reales	Paula Gómez
Asador de hierro	Grande	8 reales		
Asador de hierro	Más mediano	5 reales		
40 varillas de hierro	Desiguales de puertas y ventanas en que entran las de tres camas de colgar todas desiguales	160 reales (tasa una con otra a 4 reales)	Se venden a 3 reales c/u a Agustín Manrique, testamentario	
Cuchilla de hierro		6 reales		Junto con un tajo pino, se vende en 16 reales a Domingo Álvarez de Mora
Cuchillo grande de cocina		4 reales		
Media luna de picar carne		5 reales	Se vende con un armario por 22 reales	
Dos pares de tijeras de cortar papel	Las unas grabadas con su concha en los anillos y las otras llanas ordinarias	36 reales		
Dos piedras para labrar chocolate	Negra en bruto cada una con su mano	120 reales (c/u a 60 reales)		

TABLA 3: TAPICES Y ALFOMBRAS				
ARTÍCULO	DESCRIPCIÓN	MEDIDA/PESO	VALOR DE TASACIÓN (reales de vellón)	VALOR EN ALMONEDA / COMPRADOR
TAPICES				
Tapicería fina de Bruselas	De buen cuerpo, historia del robo de Elena	Se compone de doce paños de 6 arras de caída y 73 de corrida que hacen en cuadro 438 arras	24.090 reales (cada arra a 55 reales)	16.000 reales de vellón
Tapicería	Entre fina de figuras pequeñas fábulas de Diana	Se compone de once paños de 4 arras y media de caída y 63 de corrida que hacen en cuadro 285 arras	7.994 reales (cada arra 28 reales)	5.292 reales / D. Andrés Gutiérrez de Solana
Tapicería	Ordinaria, de arboledas	Se compone de 12 paños y el uno es agregado a ellas de cuatro arras y media de caída y 58 y media de corrida que hacen en cuadro 263 arras	4.734 reales (cada arra 18 reales)	3.000 reales / D. Ignacio Albardén
Seis tapices	Ordinarios, de montería	Cuatro arras de caída y 33 de corrida que hacen en cuadro 132 arras	824 reales (cada arra a 7 reales)	
Cinco tapices	Maltratados, deshermanados y dos de ellos cortados y todos alamparados	4 arras de caída y 15 arras de corrida	Tasa los cinco tapices en 240 reales	
REPOSTEROS				
Dos reposteros	Hermanos, entre finos	Tres varas de caída y tres de corrida	Tasa ambos en 150 reales	
ALFOMBRAS				
Alfombra turca	Hordinaria, algo maltratada	Ocho varas de largo y cinco de ancho que hacen en cuadro 40 varas	1.760 reales de vellón (tasa cada vara a 44 reales)	1.350 reales de vellón / D. Bernardino de Torremocha, portero de estrados del Cº de Inquisición
Alfombra turca	Fina, maltratada, desgastado el pelo	8 varas menos cuarta de largo y 4 y media de ancho, que hacen en cuadro 35 varas poco más o menos	700 reales de vellón (tasa cada vara a 20 reales)	440 reales de vellón/ Francisco Rubio

TABLA 4: RELOJES				
PRODUCTO	DESCRIPCIÓN	VALOR DE TASACIÓN (reales de vellón)	VALOR EN ALMONEDA	COMPRADOR
Reloj grande de Madrid	De pesas de pendola larga que llaman de lentejuela que da horas y medias horas de 8 días, de cuerda hecho madrid con su caja de madera pintada	1.200 reales de vellón	630 reales de vellón	Marqués de Santiago
Reloj de faltriquera de Ginebra	Hecho en Ginebra con caja y sobre caja de plata y la sobrecaja está tallada con dos manos; una para las horas y otra para los minutos	420 reales de vellón	270 reales de vellón	Don Joseph Antonio Montaña

TABLA 5: ROPA BLANCA Y COLCHONES	
ARTÍCULO	VALOR DE TASACIÓN
COLCHAS	
Colcha de hilo de pita con sus cuatro anchos y sus puntas al canto	100 reales
Colcha de cotonía labrada de tres anchos guarnecida alrededor con una punta de hilo bien tratada	60 reales
Colcha de cotonía labrada con puntas de hilo al canto manchada	60 reales
CORTINAS	
Ocho cortinas blancas de lienzo de crea mojadas de a 10 varas c/u y 3 anchos componen todas ocho ochenta varas	320 reales
Siete cortinas blancas iguales de dicho lienzo de crea mojadas de a dos anchos y dos varas y media de alto, todas componen 35 varas	140 reales
Dos cortinas iguales blancas de lienzo de crea mojadas añadidas de a dos anchos y 7 varas c/u	56 reales
Dos cortinas iguales más pequeñas de 2 anchos y 4,5 varas c/u	36 reales
Ocho cortinas de estopa nuevas mojadas de 3 anchos y 10 varas y media c/u	210 reales
Cortina de estopa nueva	22 reales
Cortina de estopa vieja	12 reales
PEINADORES	
Un peinador de Cambray sin mojar guarnecido con encaje de soles	100 reales
Un peinador de Cambray mojado guarnecido con un encaje de Barcelona	100 reales
CAMISAS	
Seis camisas de Holanda para hombre llanas mojadas	180 reales
Cuatro camisas de Holanda para hombre labradas con sus encajes	120 reales
Dos camisas de lienzo de Bretaña para hombre mojadas guarnecidas con encajes por el pecho, mangas y costuras de dos dedos de ancho	60 reales
Cuatro camisas de dicho lienzo de Bretaña remendadas	60 reales
CALZONCILLOS	
Cuatro pares de calzoncillos de lienzo de Bretaña fina y en ellos labrados unos ramos	120 reales
Dos pares de calzoncillos de dicho lienzo de bretaña llanos	40 reales
Dos pares de calzoncillos de lienzo delgado llanos	40 reales
Nueve pares de calzoncillos de lienzo de Bretaña fina sin mojar todos guarnecidos de encajes y labrados de encajitos delgados de diferentes géneros	360 reales
Un par de calzoncillos de dicho lienzo de Bretaña sin mojar guarnecidos y labrados de encajitos picados	30 reales

#¡VALOR!

ARTÍCULO	VALOR DE TASACIÓN
ENAGUAS	
Unas enaguas de Cambray sin mojar guarnecidas por las costuras y cintura de encajes y por abajo con puntas	150 reales
ALMILLAS	
Tres almillas para hombre de lienzo de Bretaña	21 reales
CORBATA	
Una corbata de muselina con encajes de pitiflor vieja	20 reales
Dos corbatas de Cambray guarnecidas son encajes anchitos finos usadas	40 reales
Dos corbatas de muselina y un par de vueltas de Cambray mojado	30 reales
GORROS	
Dos gorros de lienzo delgado guarnecidos con un encaje de cuatro dedos de ancho	24 reales
Tres gorros lisos de lienzo delgado sin mojar	12 reales
MANTELES	
Dos tablas de manteles de gusanillo mojadas cada una de ancho y medio y vara y cuarta de largo que ambas tienen 4 varas menos cuarta	21 reales
Una tabla de manteles de China mojados de dos varas y cuarta de largo	15 reales
Tres tablas de manteles alemaniscos	60 reales
Dos tablas de manteles alemaniscos	60 reales
Dos tablas de manteles alemaniscos mojados	72 reales
Dos tablas de manteles de gusanillo ordinario pequeñas de la familia usadas	ambas en 16 reales
SERVILLETAS	
Siete servilletas de a 3 cuartas en cuadro de gusanillo sin mojar	21 reales
Cuatro servilletas de la China sin mojar de cerca de vara en cuadro	30 reales
37 servilletas alemaniscas finas de poco menos de vara en cuadro usadas	222 reales
24 servilletas reales de cerca de vara en cuadro andadas las más	180 reales
Dos servilletas de gusanillo ordinario usadas de la familia	12 reales
SÁBANAS	
Dos sábanas de media Holanda remendadas guarnecidas con unas puntas y en medio de los anchos un encaje	72 reales
Tres sábanas de media Holanda guarnecidas de puntas y un encaje entre los anchos usadas	120 reales
Sábana de media Holanda guarnecida con puntas manchada	30 reales
Dos sábanas de media Holanda buenas guarnecidas al canto con un encaje de cuatro dedos y en medio un encaje angosto	110 reales
Dos sábanas de lienzo de Francia con un encaje de cortados de 6 dedos de ancho	180 reales
Dos sábanas de lienzo de la China sin mojar de a tres piernas cada una llanas con sus randas en las costuras	135 reales

ARTÍCULO	VALOR DE TASACIÓN
SÁBANAS	
Cuatro sábanas de lienzo de la Coruña sin mojar llanas	144 reales
Cuatro sábanas de lienzo de Bretaña mojadas de tres piernas las dos enteras y dos medias a los cantos llanas	90 reales
Sábana de lienzo de la Coruña fina de tres de ancho	36 reales
Sábana de dicho lienzo de la Coruña, usada y maltratada de tres anchos	20 reales
Sábana de lienzo de Bretaña de tres anchos bien tratada	45 reales
Sábana de lienzo de La Coruña de tres anchos nueva	45 reales
Dos sábanas de media 'Holanda' bien tratadas de a dos piernas cada una	70 reales
16 sábanas de estopa pequeñas de la familia andadas	128 reales
ALMOHADAS Y ACERICOS	
Dos almohadas de Cambray sin mojar labradas de soles a dos haces	60 reales
Dos acericos de Cambray sin mojar labrados de soles a dos haces	24 reales
4 almohadas de Cambray nuevas labradas con seda encarnada que se llaman de Tangay	80 reales
Dos acericos de Cambray nuevos labrados con dicha seda encarnada que llaman de Tangay	20 reales
Dos acericos de Cambray nuevos labrados de dicha seda encarnada de Tangay	20 reales
41 almohadas de Bretaña angosta sin mojar guarnecidas por los ojetes con un encaje de una pulgada	389 reales
Doce almohadas de lienzo gallego usadas que son de la familia	36 reales
TOALLAS	
Dos paños de manos de gusanillo sin mojar de vara de largo	8 reales
Dos toallas de gusanillo ordinario de a más de cuarta de ancho con sus desilados al canto	24 reales
Doce toallas alemaniscas sin mojar con sus rapacejos al canto de vara y media de largo	144 reales
Dos toallas labradas de ojo de perdiz guarnecidas de encaje de dos dedos de ancho sin mojar y son de Cambray	60 reales
Una toalla para cubrir almohadas de Cambray labrada con seda encarnada que llaman de Tangay	30 reales
4 toallas de Cambray de cerca de vara de ancho picadas guarnecidas con un encaje de cortados de cinco dedos de ancho	104 reales
Dos toallas de Cambray de cerca de dos varas de largo picadas y guarnecidas con un encaje cortado de cinco dedos de ancho	30 reales
Una toalla de cama picada guarnecida de encajes de hilo de pita	30 reales
Dos toallas de gusanillo usadas que son de la familia	30 reales
PAÑUELOS	
Un pañuelo de Cambray guarnecido con un encaje de cortados de cinco dedos de ancho usado	20 reales
Otro pañuelo de muselina labrada de florecitas guarnecido con un encaje de cinco dedos de ancho	40 reales
RODAPIÉ	
Tres pedazos de cotonía labrada con su punta al canto que son rodapiés de cama	50 reales

TABLA 7: PLATA PARA LA HERENCIA DE LOS DORRONSOROS

ARTÍCULO	DESCRIPCIÓN	VALOR
2 fuentes de plata	Redondas cinceladas de flores	El valor total de esta partida se estima en 18.020 reales de plata al contraste *Montaba a la ley de 81 reales y cuartillo de plata el marco
2 azafates	Aovados iguales cincelados de flores	
24 platos trincheros	Hilo arriba	
2 medianos		
2 flamenquillas		
1 palangana	Aovada con dos bocados	
1 bacía	Redonda cinceladas unas águilas	
1 salva	Con pie entornillado	
8 candeleros	Iguales con plantillas cuadradas y mecheros redondos	
6 macerinas	Redondas cinceladas de flores	
1 cacharro	Con pie, asas y pico	
1 bacinica	Redonda	
1 orinal		
1 salero	Grande, con tapador que sirve de pimentero	
1 platillo de despabilar	Con cabo, cadenilla y tijeras	
24 vasos	Desiguales	
18 cucharas		
18 tenedores		
2 cabos de cuchillos dorados		
Peso total del conjunto:	220 marcos 6 onzas y 2 ochavas	

Tabla 8 PLATA SOBREDORADA

ARTÍCULO	DESCRIPCIÓN	VALOR
Una fuente de plata redonda grande	cicelada de hojas y racimos	En la tasación el marco montaba a la ley de 81 reales y cuartillo de plata. Ahora bien, se vendieron a 9 pesos el marco
Otras dos fuentes redondas iguales grandecitas	ciceladas de hojas y flores	
Dos salvas con pies entornillados iguales	ciceladas	
Otras dos fuentes	con pies entornillados de vástagos y ciceladas de hojas y racimos	
Dos vasos	hechura de hojas de parra con pies de vástagos y dos asas y una pieza en cada una de hojas pintadas de verde	
Otros dos vasos abarquillados	con pies entornillados, dos asas de bichas y una piedra bezar en medio de cada uno, que la una es de hechura de sierpe	
Jarro redondo mediano	con pie, asa, pico y tapador	
Un plato cicelado de hojas mediano		
Dos remates	Parece que son para poner en el medio de algunas fuentes	
Un tapador con un gallo por remate		
Una guarnición de espadas con puño, pomo, gancho y contera		
Una caja ochavada cicelada de hojas y cartones	Contiene doce cuchillos con sus cabos de plata cicelados	
En contraste: 125 marcos, 7 onzas y 47 ochavas que importaron		8.611 R de plata
Cuentas de la testamentaría Se vendieron 105 marcos 7 onzas y 7 ochavas, que hicieron 952 pesos y 7 reales de plata o 14.294 reales de vellón		
Fuente: A.H.P.M., prot. 14192, ff. 463, 388v y 522.		

TABLA 9: PLATA BLANCA Y DORADA

ARTÍCULO	DESCRIPCIÓN
Una tabla de taller de plata	Muy grande resalteada con pie con diez cabezas de serafines, un salero en medio con tapador y una figura por remate, azucarero y pimentero con tapadores y letras por remates, aceitera y vinagrera con pies, asas y picos y tapadores con letras por remates, dos copas seisavadas con pies y dos asas de bichas cada una, dos vasos con pies y dos asas de bichas con pies, asas y picos, y todo cincelado de hojas.
Dos fuentes	Muy grandes redondas, cinceladas de hojas y conchas con una flor en medio de cada una
Dos azafates	Aovados, iguales, cincelados de hojas
Azafate	Aovado, cincelado de hojas y flores, con unas figuras en medio
Azafate	Redondo, cincelado de hojas y flores con una flor en medio
Azafate	Redondo, cincelado de hojas y frutas, con un vaso en medio con pie de cuatro bichas, tapador con un ramito por remate
Dos salvillas	Cinceladas de flores y la una con animales sin pies
Mancerina	Redonda con una flor en medio para poner la jicara
Pila para agua bendita	Cincelada de hojas y flores, y en medio la Santísima Trinidad y abajo su piloncillo con un águila
Un vaso seisavado	Con pie y dos asas de filigrana
Vaso	Hechura de copa, con pie sobrepuesto de plata de filigrana de la Habana y le falta un asa
Tres vasitos	Picados de zapa con un tapador

TABLA 12: MENUDENCIAS DE PLATA

ARTÍCULO	DESCRIPCIÓN	VALOR DE TASACIÓN (reales de plata)	VALOR EN ALMONEDA (reales de vellón)	COMPRADOR
Doce cocos negros	Iguales, con pies y dos asas cada uno y tapadores de plata de filigrana	300 reales de plata	6 en 225 reales	Condesa de Fuensalida
Doce cocos	Labrados, con pies, tapadores, asas y unas listas de plata de filigrana con amayates	240 reales de plata		
Doce cocos negros	Con pies de plata de tres cartelas, dos asas y tapadores	300 reales de plata	6 en 225 reales	Condesa de Fuensalida
Doce cocos calabazas	Con pie y dos asas cada uno y tapadores de plata con un pajarito por remate	300 reales de plata		
Cuatro cocos	Los tres negros y uno colorado con pies, dos asas y tapadores de plata cincelados con un pájaro por remate	100 reales de plata		
Seis guarniciones (jícara)	De plata de filigrana dorada, de jícara con sus tapas y en ellas unos pedacitos de coral	180 reales de plata	250 reales de vellón	Condesa de Fuensalida
Seis guarniciones (jícara)	De plata blanca de jícara con dos asas cada una	120 reales de plata		
Tres nacarones	Los dos con pies y dos asas de plata de filigrana y el mayor con dos asas y guarnición de filigrana, sin pie	100 reales de plata	118 reales	Juan Luengo
Pájaro	Con pies, alas, cola y pico de plata y el cuerpo de un caracol con dos pendientes con cuatro granitos de aljófar	90 reales de plata	128 reales	Juan Luengo
Peana de plata	Pequeña, cuadrada, prolongada y encima una imagen de N. S. con su cerco de plata, sus cartelas y Cruz	160 reales de plata	88 Reales	Doña María González
Cofre de concha	Con sus cantoneras de plata y cuatro bolitas, cerradura y asa	80 reales de plata	Se vende a don Juan de Velasco junto con el de la guarnición por 75 reales ambos	Juan de Velasco
Cofre de concha	Con cuatro bolitas de plata por pies, listas y cerradura	60 reales de plata	195 reales	
Cofre de concha	Con guarnición de plata de chapa muy delgada y l cofre está quebrado	50 reales de plata	52 reales y medio	Don Felipe de Arco Agüero

ARTÍCULO	DESCRIPCIÓN	VALOR DE TASACIÓN (reales de plata)	VALOR EN ALMONEDA (reales de vellón)	COMPRADOR
Cofre de madera, concha y marfil	Con cuatro leones de plata por pies y guarnición de plata y asa	120 reales de plata	134 reales	Gabriel González
Cofrecito	Muy pequeño de concha con cuatro bolitas por pies y guarnición de plata	20 reales de plata	Con el de las cantoneras se vende en 75 reales	Juan de Velasco
Arquita	Aovada almenillada de zapa, guarnecida de plata de diferentes hojas y flores y dentro un vasito de plata de cajitas redondas, tinteros y salvaderita, una campanilla, un embudito y ocho frasquitos de cristal con sus tapadorcitos de plata dorada	320 reales de plata		
Marco de ébano	Cuadrado, prolongado, guarnecido de plata blanca y bronce dorado y seis piedras de diáspero, en medio una chapa de plata cincelada en ella Nuestro Señor con la Cruz a cuestras, Ntra. Señora y san Juan	400 reales de plata		Santiago Rubio
Marco de ébano	Pequeño, con 4 cantoneras de plata caladas y en medio una chapa de plata cincelada Nuestra Señora con el Niño Jesús y San José	120 reales de plata		
Caja de concha de barbero	Guarnecida de plata y dentro tres navajas, espejo y tijeras	100 reales de plata	130 reales de vellón	Juan Luengo
12 cucharas de nácar	Con cabos de plata de filigrana blanca y dorada	60 reales de plata	4 se venden por 30 reales, 2 por 45 reales junto a otras dos de nácar con cabos de plata	Don Álvaro de Aldana; Doña Antonia de Velasco
10 cucharas de caracol	Con sus cabos de plata	40 reales de plata	6 por 50 reales de vellón, 4 por 45 junto a 2 de nácar	Condesa de Fuensalida se lleva seis; Antonia de Velasco compra cuatro
Tres tapadores de plata	Que parecen de cocos, los dos pequeños y una guarnición de una jícara y un pie de filigrana de La Habana con tres cartelitas doradas valen	80 reales de plata	115 reales de vellón	Juan Luengo
12 jícara blancas	Las 10 con pies y dos asas y tapadores de plata dorada cincelados los tapadores y dos jícara no tienen guarnición	520 reales de plata	Cuatro con guarnición y las dos sin ella se venden en 350 reales de plata	Condesa de Fuensalida
Seis jícara	Las cuatro iguales pintadas y las dos mayores azules y todas con guarnición de plata blanca de pie y dos asas	140 reales de plata		

ARTÍCULO	DESCRIPCIÓN	VALOR DE TASACIÓN (reales de plata)	VALOR EN ALMONEDA (reales de vellón)	COMPRADOR
Seis escudillitas de la China	Azules y blancas con guarniciones de plata dorada que se componen de pie, dos asas y tapador con un pajarito por remate	180 reales de plata	220 reales de vellón	Juan Luengo
Cinco escudillitas	De la misma hechura con pies y dos asas y tapadores de plata blanca cincelados los tapadores	80 reales de plata		
Cinco escudillitas de Indias	Muy pequeñas blancas, con pies y dos asas y tapadores de plata de filigrana con un pájaro por remate, la filigrana dorada y otra escudillita sin guarnición	80 reales de plata		
Seis escudillitas	Blancas con pies y dos asas y tapadores de plata dorada	60 reales de plata		
Seis escudillitas más pequeñas	Las 6 con pies y dos asas de plata doradas y cuatro tapadorcitos y le faltan dos	40 reales de plata		
Vasito de cristal	Ochavado con el pie de oro	80 reales de plata	140 reales	Juan Luengo
Dos barritos	de Chile con sus listas de plata de filigrana	20 reales de plata	30 reales de vellón	Hermana de las Descalzas
Cofre de plata	De filigrana con cuatro bolas por pies, tapador tumbado, asa y una piedra azul	195 reales de plata	292 reales de vellón	Condesa de Fuensalida
Cofrecito más pequeño	De plata de filigrana con tapador tumbado	60 reales de plata	90 reales de vellón	Condesa de Fuensalida
Dos cofrecitos muy pequeños	De plata de filigrana	20 reales de plata		
Dos saleritos	De plata de filigrana el uno mayor con tapadores y unos ramitos por remates	66 reales de plata		
3 arpas, 1 guitarra y 2 cítaras	De plata de filigrana	46 reales de plata	2 arpas se venden 52,5 reales; 1 cítara en 7 reales y medio	Hermana de las Descalzas; la cítara en Matías Pérez Muñoz
Dos petaquitas	De plata la una aovada de filigrana y la otra de hilo encestada ("a modo de cesta" dice el inventario)	62 reales de plata	Se dice que una "muy pequeñita" se vendió en 45 reales; otra de plata de filigrana se vendió en 40 reales	Una para Hermana de las Descalzas; la otra la compra Francisco Montenegro

ARTÍCULO	DESCRIPCIÓN	VALOR DE TASACIÓN (reales de plata)	VALOR EN ALMONEDA (reales de vellón)	COMPRADOR
Dos jaulas	De hilo de plata	26 reales de plata	1 por 30 reales de vellón	Simón Gutiérrez adquiere una
Dos calderitas	de plata de filigrana con tapadores y asas pintadas	34 reales de plata	51 reales de vellón	Pedro García de San Román
Seis salvillitas pequeñas	de plata de filigrana y otras tres más pequeñas y seis tapadorcitos de filigrana y un cabo de una cuchara	30 reales de plata		
Una cajita cuadrada	cuadrada, prolongada de filigrana de La Habana	20 reales de plata	30 de vellón	
Dos bandejas iguales	de plata estriadas (no aparece 'estriadas' en el Inventario), almenilladas	47 reales de plata	70 reales de vellón	Condesa de Fuensalida
Seis platillos	de plata muy pequeños, hilo arriba	58 reales de plata	70 reales de vellón	Francisco Montenegro
Diez azafaticos	de plata muy pequeños iguales cincelados de flores	60 reales de plata	90 reales de vellón	Francisco Montenegro
Siete azafaticos	de plata aovados, tres iguales y otros dos iguales y los dos mayorcitos desiguales, cincelados de flores (en el Inventario se dice sólo "otros 4 desiguales")	72 reales de plata	100 reales de vellón	Francisco Montenegro
Siete azafaticos y dos conchitas	Almenillado, estriado, de plata, dos cincelados de canastillos, otros dos pequeños redondos cincelados de flores, dos conchitas cinceladas de flores, otros dos hechura de palanganitas y otro muy pequeño aovado	68 reales de plata	90 reales de vellón	Francisco Montenegro
Tres bufeticos	de plata los dos iguales con los pies y travesaños de filigrana y el otro más pequeño	86 reales de plata	129 reales de vellón	Don Manuel de Velasco
Tres cofrecitos	de plata muy pequeños cincelados los dos con asas	66 reales de plata		
Cuatro arañas	De 6 cartelas cada una las dos muy pequeñas	118 reales de plata	Las dos mayores las venden en 156 reales y las 2 más pequeñas a 28 reales de vellón	Las 2 mayores a doña Petronila Muñoz y las 2 menores a Don Pedro García de San Román
Cuatro bufeticos de cristal	Con pies y guarniciones de plata de filigrana	80 reales de plata	60 reales de vellón	Dña. Antonia de Velasco y Simón Gutiérrez el mismo día los otros dos

ARTÍCULO	DESCRIPCIÓN	VALOR DE TASACIÓN (reales de plata)	VALOR EN ALMONEDA (reales de vellón)	COMPRADOR
cajita	De plata redonda dorada con tapa con remate y dentro tres divisiones	42 reales de plata	60 reales de vellón	Simón Gutiérrez
Dos salvillitas	Muy pequeñas de plata dorada con 8 vasitos muy pequeños	67 reales de plata	92 reales	Francisco Montenegro
Dos garrafitas	De plata muy pequeñas doradas con tapadores y cadenillas	13 reales de plata	18 reales	Francisco Montenegro
Seis aguamanilitos y jarrito	De plata muy pequeños y un jarrito	68 reales de plata	90 reales de vellón	Francisco Montenegro
10 candeleros y 2 pares de tijeritas de despabilar	De plata, muy pequeños con plantillas cuadradas y dos pares de tijeritas de despabilar	70 reales de plata	102 reales	Francisco Montenegro
Dos salvillitas	De plata muy pequeñas con 2 vasitos con pie y dos asas cada uno y unos pajaritos en medio	13 reales de plata	15 reales	Francisco Montenegro
Tortuga y león	Los cuerpos de dos caracoles y las cabezas pies y colas de plata	100 reales de plata	135 reales	Francisco Montenegro
Tortuga	Guarnecida de plata de filigrana y el cuerpo de un caracol	30 reales de plata	45 reales	Francisco Montenegro
Pomito	De plata blanca, con pie y dos asas y tapador con dos figuras en el cuerpo y un huevo de plata de filigrana blanca y dorada	39 reales de plata	58 reales y medio de vellón	Antonia de Velasco
1 tapador y 1 alfilerero	De plata dorada y un alfilerero dorado	34 reales de plata		
1 alfilerero	De plata blanca y dorada con dos pasadores de plata de filigrana	22 reales de plata	33 reales de vellón	Hermana de las Descalzas
Dos estuches de plata	Con sus herramientas y en la tapa una rosa de filigrana dorada y otro de arista	40 reales de plata	45 reales	Don Pedro de Veytia
Bolsillo	Guarnecido de plata calada	20 reales de plata	30 reales	Francisco Montenegro

ARTÍCULO	DESCRIPCIÓN	VALOR DE TASACIÓN (reales de plata)	VALOR EN ALMONEDA (reales de vellón)	COMPRADOR
Frasco	De concha guarnecido de plata	12 reales de plata	40 reales con los monitos, la cucharita, el tapadorcito...	Francisco Montenegro
2 monos, 1 cucharita, 1 tapadorcito, 1 pie calado, 1 nacarón 1 puño de espadín	2 monos de plata, una cucharita, 1 tapadorcito con un pajarito, 1 pie calado dorado, 1 nacarón hechura de navío, y el puño de espadín	40 reales de plata	El puño costó 13 reales de vellón , El nacarón en Matías Pérez Muñoz en 7 reales y medio; con el frasco de arriba, la cucharita, los 2 monos, el tapadorcito y el pie calado costaron 40 reales	Los monitos, el pie, el tapadorcito a Francisco Montenegro
Tintero y salvadera	De cobre dorado y una pieza hechura de petaca sobrepuesto de coral	40 reales de plata	37,5 reales de plata a Don Luis Curiel, Consejero de Castilla	
Estuche	Y dentro una cuchara, tenedores de plata dorada y tres cabos	40 reales de plata	55 reales de vellón	Prior de San Felipe el Real
Cruz	De plata de filigrana dorada	29 reales de plata	43 reales y medio	Francisco Recalde
Seis barritos	Los 5 negros y uno de chile quebrado con guarniciones de plata	60 reales de plata		Hermana de las Descalzas; el quebrado y otro a Francisco Montenegro
Barrito negro	Guarnecido de plata dorada y en medio de la tapa una rosita esmaltada de verde	20 reales de plata	24 reales	Francisco Montenegro
Tres cajitas de cristal	La una aovada, otra ochavada y la otra hechura de castañuela guarnecidas de plata	30 reales de plata	La ochavada se vende en 12 reales, la aovada por 15 reales de vellón y la de castañuela por 15 reales	La ochavada a Ana de Castilla, la aovada a Antonia de Velasco y la de castañuela a Simón Gutiérrez
Caja	Compuesta de dos nacarones con bisel de plata	40 reales de plata	37 reales y medio	Don Manuel González

ARTÍCULO	DESCRIPCIÓN	VALOR DE TASACIÓN (reales de plata)	VALOR EN ALMONEDA (reales de vellón)	COMPRADOR
Dos ajas	De plata para antojos	30 reales de plata	32 reales una de ellas y la otra a 16	Don Álvaro de Aldana y Don Luis Curiel, Consejero de Castilla (que la compra más barata)
Tres cajas de marfil	Maltratadas con unos biseles de plata	40 reales de plata	1 se vende en 9 reales, 1 a 15 reales a Luis Curiel, 1 se vende a 15 reales a Don Manuel de Velasco	Don Diego Sánchez, Don Luis Curiel, Manuel de Velasco
Caja de concha	Redonda embutida en nácar	12 reales de plata		
Caja	De tumbaga cuadrada prolongada tallada (en el Inventario se dice que para tabaco)	120 reales de plata		180 reales de vellón al prior de San Felipe el Real, don Diego Fermín
guarnición de plata	Plata dorada aovada y en medio la Encarnación bordado de aljófar muy menudo y granates y en reverso un agnus y una reliquia	160 reales de plata	180 reales de vellón	Luis Curiel, Consejero de Castilla
Guarnición de plata	De plata cuadrada prolongada con dos puertas y dentro una Señora de Guadalupe de México y san Anastasio	50 reales de plata	55 reales de vellón	Matías Pérez Muñoz
Guarnición de plata	Ochavada tallado Jesús y María y dentro una reliquia	40 reales de plata	60 reales de vellón	Doña Ursola de Torres
Guarnición de plata	Dorada aovada y dentro una Señora del Populo con un diamantico rossa y unos granitos de aljófar y unas reliquias	50 reales de plata	94 reales de vellón	Hermana de las Descalzas
Guarnición de plata	Aobada y en medio Nuestra Señora de Guadalupe de México y Santa Francisca	30 reales de plata	45 reales	Hermana de las Descalzas
Guarnición de plata	Redonda dorada y en medio Nuestra Señora y unas reliquias	30 reales de plata	45 reales	Juan de la Torre
Guarnición de plata	De filigrana almenillada dorada y en medio una Señora de Guadalupe de México y la Señora Santa Ana	30 reales de plata	45 reales	Hermana de las Descalzas
Guarnición de plata	Ochavada dorada con una cadenilla blanca y en medio de la guarnición una Señora con el Niño Jesús y San Jerónimo	40 reales de plata		

ARTÍCULO	DESCRIPCIÓN	VALOR DE TASACIÓN (reales de plata)	VALOR EN ALMONEDA (reales de vellón)	COMPRADOR
Guarnición de plata	Dorada aovada y en medio una Señora Santa Ana con Ntra. Señora de marfil de México	30 reales de plata	40 reales	Matías Pérez Muñoz
Guarnición de plata	Dorada y en medio Ntra. Señora de Guadalupe de México pintada en un nácar	20 reales de plata	30 reales	Hermana de las Descalzas
Guarnición de plata	Blanca y en medio una chapa de porcelana pintada Ntra. Señora	20 reales de plata	28 reales de vellón	Prior de San Felipe el Real
Cajita de ágata	Con un bisel de plata dorado	40 reales de plata	60 r de vellón	Condesa de Fuensalida
Cultre	De bronce dorado y dentro el ángel de la guarda de marfil	20 reales de plata	28 reales	Doña María González
Dos cruces y alfiletero dorado	La una de San Pedro Alcántara guarnecida de plata y otra pequeña y un alfiletero cincelado dorado muy pequeño de plata dorada	50 reales de plata	La de Alcántara se vendió en 15 reales en don Juan de Medina	
Estuche	Con dos cuchillos los cabos de yerro dorado y un punzón y un mondadientes	20 reales de plata		
Dos hebillas	De plata dorada aovadas	12 reales de plata		

TABLA 10: PLATA BLANCA

ARTÍCULO	DESCRIPCIÓN
Dos bufetes	Los dos grandes con sus chapas y molduras de vara y cuarta de largo, poco más o menos cuatro columnas salomónicas por pies en cada uno y sus travesaños
Dos bufetes	Y los otros dos más pequeños como de a tres cuartas con sus chapas molduras, cuatro columnas salomónicas en cada uno y sus travesaños, tornillos y porquezuelas
Bufete	De vara de largo, poco más o menos, con sus pies y atravesaños, que la tabla de madera que está guarnecida de chapas de plata cinceladas de figuras y animales y los pies y travesaños están guarnecidos de dicha plata, que se hace juicio pesará 12 marcos, poco más o menos, los cuales van incluidos en el peso de arriba
Dos fuentes casi iguales	Cinceladas de flores con un remate dorado en medio de cada una
Dos fuentes grandes	Cinceladas de flores y pájaros
Cuatro fuentes iguales	Cinceladas de flores con un remate dorado en medio de cada una
Dos fuentes muy grandes	Hondas cinceladas de flores, pájaros y canastillos con pies entornillados y un remate en medio de cada una
Fuente grande	Cincelada de flores
Dos fuentes medianas iguales	Cinceladas de hojas y flores, con un remate dorado en medio
Dos alzaderas de mesa ochavadas iguales	Cinceladas de hojas y flores con dos asas cada una
Concha con dos águilas	
Cinco azafates aovados	Cincelados de flores casi iguales
Sesenta y cuatro platillos trincheros de plata iguales hilo arriba	
Dos platos de plata muy grandes reales hondos	

ARTÍCULO	DESCRIPCIÓN
Dos platos de plata reales	Hondos más pequeños
Dos platos	Medianos
Dos platos	Más pequeños
Dos flamenquillas	De plata, hilo arriba
Dos tapaderas grandes redondas de cazuelas	Con un cuadrado en le canto
Dos tapaderas	Más pequeñas, lisas
Tres salvillas redondas , una de ellas con pie y tres vasos redondos de bocados con pie y dos asas y una piedra bezoar en cada una	La una agallonada, la otra cincelada de flores y frutas, y la otra cincelada de flores
12 mancerinas iguales	Cinceladas de flores con huecos en medio para jicaras
6 mancerinas lisas	Con huecos para jicaras
18 macerinas	Las doce iguales con una flor en medio de cada una para poner las jicaras
Otras 6 macerinas	Ochavadas, cinceladas de flores con su flor en medio para jicaras
Caja confitera	Cincelada, con tapador y sus divisiones dentro
Dos perfumadores grandes	Iguales, con cuatro garras cada uno y cuatro asas y dos cuerpos: el de arriba calado con cuatro cartelas en cada uno, con arandelas y mecheros y dos figuras por remates
Otro perfumador más pequeño	Con pie y cuatro medias bolas, cuatro cartelas, cuatro asas y el cuerpo de arriba calado y una figura por remate y cincelado de flores
Tres azafates pequeños aovados	Iguales, cincelados de flores, una salva redonda con pie entornillado e hilo al canto y, en medio, un cuadrado por remate

ARTÍCULO	DESCRIPCIÓN
Salva lisa	Lisa, con pie entornillado e hilo al canto
Salva	Redonda, almenillada cincelada de flores
Otras tres salvas desiguales con pies cinceladas de flores	Con pies, cinceladas de flores y la una de conchas
Salva	Más pequeña con pie cincelada de flores
Salva almenillada	Cincelada de flores con pie
Tres bandejas	Desiguales agallonadas
Palangana	Aovada cincelada de conchas con moldura y dos bocados
Palangana	Pequeñita, lisa
Escupidera	Con cabo y tapador
Bacinica	Redonda
Junciera	Redonda almenillada con pie, cincelada de flores
Canastillo redondo calado	
Petaca redonda	Encestada con asa de hilo
Dos cazuelas grandes	Iguales, con dos asas cada una
Cazuela más pequeña lisa	

ARTÍCULO	DESCRIPCIÓN
Cazuela pequeñita con dos asas	
Cazuela pequeña con dos asas	
Cazuelas pequeñas	Redondas, iguales con asas de hilos
Olla con dos asas	
Braserito	Pequeño cincelado de flores, con pie y dos asas y tapador
Tabla de taller grande	Resalteada con pie redondo, cuatro copas iguales, azucarero, pimentero, vinagrera y aceitera, y en medio una caja confitera con su tapador con cuatro bocados y encima un salero con tapador y remate todo de plata
Tabla de taller seisavada	Con pie y en medio un salero con tapador y remate y seis copitas ochavadas, con dos asas cada una, todo de plata
Tabla de escribanía	Cuadrada con cuatro garras por pies, cincelada de flores con tintero, salvadera y obleera redondas, campanilla y sello
Tabla de escribanía redonda	Lisa, almenillada, con un cañón en medio y seis piezas redondas que es tintero, salvadera y obleera. Un cacharro redondo con pie, asa y pico
Dos frascos muy grandes redondos	Con tapadores con asas y una bomba
Nueve candeleros de plata	Con plantillas cuadradas y mecheros redondos
Dos perfumadores iguales pequeños	Con tres garras cada uno, tres mecheros y seis cartelas y tapadores con remates
Cuatro piezas iguales hechura de tinajillas lisas	
Un jarro chocolatero liso	Con tapador, asa y cadenilla
Chocolatero de la misma hechura	Algo más pequeño

ARTÍCULO	DESCRIPCIÓN
Chocolatero con asa, tapador, remate y cadenilla	
Chocolatero pequeño liso	Con asa, tapador y cadenilla
Vaso	Hechura de jarro con dos asas de bichas
Un cañón, una arandela y tapador entornillados con una figura por remate	
Otro cañón algo más pequeño	Cincelado de conchas con asa, pico y tapador
Dos cubetas iguales	Con tapadores entornillados y asas
Tres pies seisavados	Con seis cartelas cada uno, cincelados de flores y en medio de cada uno, una "bolla" que parece sirven de candeleros
Salva redonda almenillada	Con pie soldado de plata
Vaso ochavado con pie	Y dos asas de bichas de plata
Una pieza de plata ochavada lisa con pie que parece junciera	
Cuatro jarrillas de plata iguales	Con pies y dos asas cada una cincelada en ondas
Dos jarrillas de plata iguales con pies y dos asas cada una cincelada de cartones	
Azafate de plata redondo cincelado de flores	
Pila cincelada	Con Nuestra Señora de la Concepción en medio
Pila	Con una cabeza del Salvador

ARTÍCULO	DESCRIPCIÓN
Pila	Otra con san Antonio
Pila	La otra con una Cruz
Una juncierita	redonda, almenillada, cincelada de flores
Otras dos juncieritas pequeñas almenilladas	La una lisa y la otra tallada que parecen ensaladeras
Cuatro vasos cincelados en ondas	Altos iguales, con pies y dos asas cada uno
Seis vasos ochavados iguales con pies y dos asas cada uno	
Dos vasos iguales altos de bocados con pies y dos asas cada uno	
Otro vaso alto con pie y dos asas	
Dos vasos almenillados sin asas	
Cuatro vasos redondos iguales lisos con pies	
Seis vasos que entran unos en otros lisos	
Vasito de bocados con pie y cuatro cartelas	
Cuatro piezas iguales redondas que son de taller cinceladas de flores con pies, tapadores y un pico en cada una; un azucarero y pimentero, aceitera y vinagrera con remates	
Vaso hechura de concha con pie entornillado y dos asas	

ARTÍCULO	DESCRIPCIÓN
Vaso redondo cincelado en ondas con pies	
Vaso redondo de bocados con pie y dos asas de bichas	
Pieza redonda que parece salero	
Azucarero con pie y tapador calado y remate	
Una calderilla lisa con asa, tapador y cadenilla y pie	
Cacito con cabo	
Dos perejileras pequeñas	
Una pieza de plata cincelada redonda con pie, ocho agujeros que parece plumero	
Caja cuadrada prolongada con tapa cincelada de flores	
Otra caja cuadrada prolongada, con dos puertas, asa y remate	Dentro va una Señora de Copacabana (y va descontado lo que pueda pesar el barro)
Salero de plata aovado de dos tapas	
Ensaladera pequeña de seis bocados y con pie de solista	
26 flores azucenas de chapa lisa	
Cuatro arandelas con sus cartelas y mecheros que son de dos escritorios	
Dos vasitos iguales lisos	Con un remate en medio de cada uno
Bola pequeña para jabón	
Atril cuadrado con cuatro bolitas por pies y corredorcillo	

ARTÍCULO	DESCRIPCIÓN
Cáliz maltratado con pie redondo, basa y copa dorada por adentro	
17 cucharas iguales con cabos de bichas	
6 cucharas para huevos	
4 cucharas pastoriles con cabos de bichas	
16 cucharas lisas desiguales	
Cucharón grande con cabo	
24 tenedores	Los 23 iguales y el otro pequeño
5 tenedores iguales con los cabos de cucharitas	
3 tenedores trinchantes, los dos iguales	
2 pares de despabiladeras chatas	
Siete cabos de cuchillos	El uno salomónico y los seis cincelados de cartones
Cuchillo grande	con cabo de plata y contera y un engaste, con su asa y la vaina bordada
Caja grande con dos puertas y sus remates	Dentro Nuestra Señora de Copacabana, y va descontado lo que puede pesar el barro
Cerco de rayos blanco y dorado con cuatro cabezas de serafines, tres cadenillas, un eslabón y asa	En medio un Agnus bordado con algunos granos de aljófár

ARTÍCULO	DESCRIPCIÓN
Dos pájaros de plata de filigrana con pies, alas, picos y colas con un ramo en cada uno pintado de flores, y los cuerpos de dos nacarones	
Otros dos pájaros de plata de filigrana con pies, alas, colas y picos con amayates y los cuerpos de dos nacarones	
Un pie blanco y dorado cincelado de flores con una bicha y encima un nacarón hechura de naveta de incienso con su guarnición d plata compuesta de dos listas y una rana	
Salva de plata de filigrana redonda almenillada	
Salva de dicha plata de filigrana seisavada	
Dos salvas de filigrana redondas iguales	Con pies de solistas
Salva redonda de filigrana con pie y diez rosillas doradas	
Salva cuadrada prolongada de filigrana de la Habana sin pie	
Rociadera dorada con un pico	
Ocho tapadores	cincelados, desiguales, que parecen de barro
En el contraste	El total pesó 1.864 marcos y 4 onzas, montando a la ley de 81 reales y cuartillo de plata el marco, de modo que se apuntó como valor de tasación: 151.490 reales y medio de plata (Fuente: A.H.P.M., prot. 14192, ff. 455-460v)
Cuentas de la testamentaría	Se vendieron 1.745 marcos y 6 onzas -se descontaron 118 marcos 4 onzas y 2 ochavas de lo que cobró el platero y de lo que se pagó a Ana de Castilla-, montando a la ley de 8 pesos y 2 reales de plata el marco, de modo que importaron 14.397 pesos escudos. Es decir, 215.955 reales de vellón (Fuente: Ibidem, ff. 521-522)

ARTÍCULO	DESCRIPCIÓN
Una caja ochavada con tapador, cincelada de hojas y cartones	Dentro doce cuchillos con sus cabos de plata
24 cuchillos	Con cabos cincelados de cartones, todos iguales
10 cabos de cuchillos	Salomónicos
Cuchillo	Grande, con cabo redondo cincelado de hojas
Un tenedor	Grande, con cabo
48 cucharas	Con cabos de bichas
36 tenedores	Con cabos de bichas
Cuchara	Pequeñita, con su cabo sobredorado
En el contraste	Se registró que el conjunto pesaba 175 marcos 2 onzas y 4 ochavas (Fuente: A.H.P.M., <i>prot. 14192</i> , ff. 461-462)
Cuentas de la Testamentaría	No obstante, en las cuentas de la testamentaría se contaron 165 marcos 2 onzas y 4 ochavas, que se vendieron a 8 reales y medio el marco, lo que produjo 1.490 pesos escudos, o lo que es lo mismo, 22.350 reales de vellón (Fuente: <i>Ibídem</i> , fol. 521r)